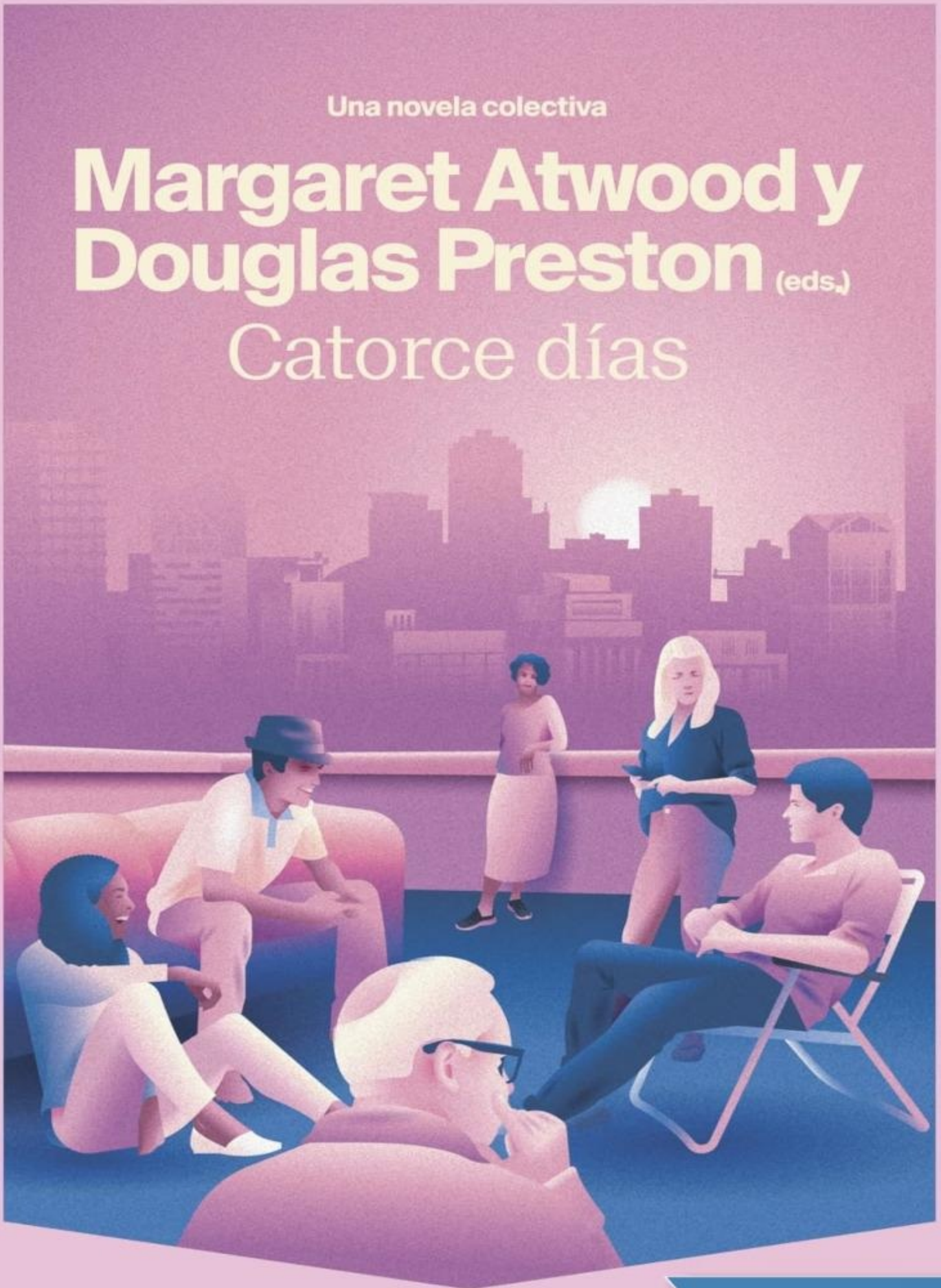
Una novela colectiva

Margaret Atwood y Douglas Preston (eds.)

Catorce días



Lectulandia

Tras una semana confinados por el COVID-19, los inquilinos de un edificio de apartamentos del Lower East Side de Manhattan empiezan a reunirse en la azotea para contar historias. Cada noche que pasa, se reúnen más y más vecinos. Poco a poco, los inquilinos (algunos de los cuales apenas se han dirigido la palabra) se convierten en verdaderos vecinos.

Catorce días es una hermosa oda a las personas que no pudieron escapar cuando la pandemia golpeó. Una narración deslumbrante, conmovedora y, en última instancia, sorprendente de cómo, por debajo de la horrible pérdida y el sufrimiento, algunas comunidades consiguieron hacerse más fuertes.

AA. VV.

Catorce días

Una novela colectiva

ePub r1.0
Titivillus 11.01.2025

Título original: *Fourteen Days*
AA. VV., 2024
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Catorce días
Nota de la Authors Guild Foundation
Día 1
Día 2
Día 3
Día 4
Día 5
Día 6
Día 7
Día 8
Día 9
Día 10
Día 11
Día 12
Día 13
Día 14
Participantes
Notas

UNA NOVELA COLABORATIVA

Relatos de

Charlie Jane Anders
Margaret Atwood
Jennine Capó Crucet
Joseph Cassara
Angie Cruz
Pat Cummings

Sylvia Day
Emma Donoghue
Dave Eggers
Diana Gabaldon
Tess Gerritsen
John Grisham
Maria Hinojosa

Mira Jacob
Erica Jong
CJ Lyons
Celeste Ng
Tommy Orange
Mary Pope Osborne
Douglas Preston
Alice Randall
Ishmael Reed
Roxana Robinson
Nelly Rosario

James Shapiro
Hampton Sides
R. L. Stine
Nafissa Thompson-Spires
Monique Truong
Scott Turow

Luis Alberto Urrea
Rachel Vail
Weike Wang
Caroline Randall Williams
De’Shawn Charles Winslow
Meg Wolitzer

Nota de la Authors Guild Foundation

Tienes en tus manos una novela a la vez singular y extraordinaria. La palabra «novela» viene del latín *novellus* pasando por el vocablo italiano *novella*, que describía aquellas historias que no eran rescrituras de ningún relato, mito o parábola bíblica familiar, sino algo nuevo, fresco, extraño, divertido o sorprendente.

Catorce días encaja en esa definición. Es una novela cooperativa sorprendente y original; se podría considerar incluso un acontecimiento literario. La han escrito treinta y seis autores americanos y canadienses practicantes de todos los géneros literarios, con una edad comprendida entre la treintena y los ochenta y tantos y procedentes de una notable diversidad de trasfondos culturales, políticos, sociales y religiosos. No es una novela por entregas ni una narración con marco clásica modelada sobre el *Decamerón* ni los *Cuentos de Canterbury*. Es un *novellus* épico en el sentido más antiguo y genuino del término.

Los autores que han escrito las historias del libro no las han firmado. Hasta que no mires la lista del final, no sabrás quién ha escrito qué. La mayoría son eminentes en sus diversos géneros, desde la novela romántica hasta el *thriller*, desde la novela literaria hasta el libro infantil, desde la poesía hasta la no ficción. *Catorce días* es, en este sentido, una celebración de la diversidad de los autores norteamericanos y una puya a la balcanización literaria de nuestra cultura.

Los narradores de *Catorce días* son un grupo de neoyorquinos dejados a su suerte durante la crisis del COVID-19, incapaces de escapar al campo como hicieron casi todos los adinerados de la ciudad al principio de la pandemia, que es lo que han hecho durante siglos los ciudadanos privilegiados siempre que se presentaba el desastre. Todas las noches, los vecinos se congregan en la azotea de su destartalado edificio del Lower East Side para participar en la cacerolada, vitorear al personal sanitario, discutir entre ellos… y contar historias. Como en cualquier buena novela, hay conflictos, redención y muchas sorpresas por el camino.

Por encima de todo, *Catorce días* es una celebración del poder de las historias. Desde mucho antes de que se inventara la escritura, los seres

humanos hemos hecho frente a nuestros mayores desafíos contando historias. Cuando nos enfrentamos a la guerra, la violencia, el terror —o una pandemia —, nos contamos historias para entender las cosas y defendernos de un mundo aterrador e incomprensible. Las historias nos dicen dónde hemos estado y adónde estamos yendo. Infunden sentido a lo que no lo tiene y le aplican orden al desorden. Transmiten nuestros valores a lo largo de las generaciones y afirman nuestros ideales. Asaetan a los poderosos, denuncian a los fraudulentos y dan voz a quienes no la tienen. En muchas culturas, el acto de la narración invoca poderes mágicos para curar las enfermedades espirituales y físicas y para transformar lo profano en sagrado. Los biólogos evolutivos creen que tenemos incorporada la sed de historias a nuestros genes: las historias nos hacen humanos.

En la Authors Guild Foundation estamos encantados de presentaros este *novellus* titulado *Catorce días*.

La estructura y los temas de la novela reflejan la misión de la Authors Guild Foundation, sección benéfica y educativa del Authors Guild, y *Catorce días* es un proyecto benéfico cuyos beneficios van destinados a financiar el trabajo de la fundación. La Foundation se creó a partir de la idea de que un corpus rico y diverso de literatura creada en libertad es esencial para nuestra democracia. Apoyamos y empoderamos a escritores americanos de todos los trasfondos y en todas las fases de su carrera a base de educarlos en el trabajo de la escritura ofreciéndoles recursos, programas y herramientas y promoviendo un entendimiento del valor del escritor y de su profesión. La Foundation es la única organización de este tipo dedicada a empoderar a todos los autores, reflejando el venerable espíritu de los escritores que la instituyeron: Toni Morrison, James A. Michener, Saul Bellow, Madeleine L’Engle y Barbara Tuchman, entre otros, procedentes también de un trasfondo diverso de géneros literarios.

La Authors Guild Foundation está muy agradecida a Margaret Atwood por ponerse al timón y convencer a tantos autores con talento para que se sumaran al proyecto. Le damos unas gracias enormes a Doug Preston, expresidente del Authors Guild, por haber creado el concepto y haber escrito la narración marco. Le extendemos ese agradecimiento enorme a Suzanne Collins, que hizo una generosa donación que permitió pagarles sus honorarios a todos los participantes.

También le debemos una gratitud tremenda a Daniel Conaway, de la agencia literaria Writers House, y a su director, Simon Lipskar, que donó el cien por cien de sus comisiones a la Authors Guild Foundation. Dan supuso

una ayuda extraordinaria y experta desde el principio del proyecto hasta su fin. Queremos dar las gracias a Liz Van Hoose, que hizo de editora del proyecto, encargándose de compilar originalmente los relatos, y también a Millicent Bennett, nuestra maravillosa editora en HarperCollins, que reconoció el atractivo de *Catorce días* y ha sido una representante inestimable del libro ayudando de forma incansable a darle forma y defenderlo durante el proceso de publicación. Gracias también a Angela Ledgerwood y a Sugar23 Books y al resto de HarperCollins por su apoyo entusiasta al proyecto, especialmente a Jonathan Burnham, Katie O'Callaghan, Maya Baran, Lydia Weaver, Diana Meunier, Elina Cohen, Robin Bilardello y Liz Velez. También queremos dar las gracias al equipo del Authors Guild, que ha trabajado de forma infatigable para proteger los derechos de los autores.

Y por encima de todo, queremos dar las gracias a los treinta y seis autores que han participado en este proyecto cooperativo, que son:

Charlie Jane Anders, Margaret Atwood, Jennine Capó Crucet, Joseph Cassara, Angie Cruz, Pat Cummings, Sylvia Day, Emma Donoghue, Dave Eggers, Diana Gabaldon, Tess Gerritsen, John Grisham, Maria Hinojosa, Mira Jacob, Erica Jong, CJ Lyons, Celeste Ng, Tommy Orange, Mary Pope Osborne, Douglas Preston, Alice Randall, Ishmael Reed, Roxana Robinson, Nelly Rosario, James Shapiro, Hampton Sides, R. L. Stine, Nafissa Thompson-Spires, Monique Truong, Scott Turow, Luis Alberto Urrea, Rachel Vail, Weike Wang, Caroline Randall Williams, De'Shawn Charles Winslow y Meg Wolitzer.

Todos los beneficios de esta obra literaria irán destinados a la Authors Guild Foundation. Una parte del adelanto de este libro se destinó al trabajo combinado que realizaron el Authors Guild y la Foundation para apoyar a los escritores durante la peor parte de la pandemia, cuando se postergaron muchas fechas de publicación, cerraron bibliotecas y librerías y los autores tuvieron grandes dificultades para lanzar sus nuevos libros. Una encuesta realizada por el Authors Guild mostró que nada menos que el setenta y uno por ciento de sus miembros experimentaron un descenso de sus ingresos de hasta el cuarenta y nueve por ciento durante la pandemia por culpa de la postergación de las fechas de publicación y de la cancelación de giras promocionales, lecturas y charlas, encargos de escritura cancelados y otros trabajos. El Authors Guild hizo presión al Congreso para que redactara regulaciones y una legislación que incluyera a los escritores por cuenta propia en sus paquetes de ayudas por el COVID, después de que quedaran inexplicablemente fuera de la legislación original.

La Foundation ha destinado otras partes del adelanto a combatir la prohibición de libros en escuelas y bibliotecas y las peticiones de cierres de bibliotecas. Se ha sumado y ha aportado informes periciales a varios litigios destinados a disputar la eliminación y prohibición de libros y las leyes recientes que promueven o requieren dichas prohibiciones.

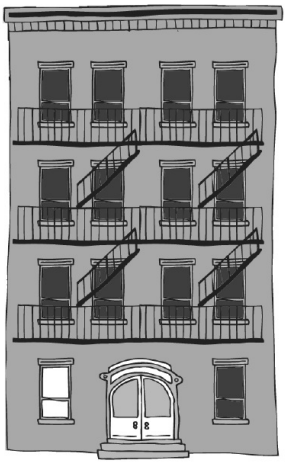
Entre los proyectos apoyados por la fundación está el Stop Book Bans Toolkit y un Club de Lectura de Libros Prohibidos, con más de siete mil miembros, en la plataforma digital Fable, que permite que los jóvenes y más personas de todo el país puedan leer y debatir libros sometidos a prohibiciones recientes. Junto con el Authors Guild, la Foundation es miembro activo de la plataforma Unite Against Book Bans y trabaja en campañas con la National Coalition Against Censorship.

La Authors Guild Foundation respalda la firme representación de los intereses de los autores que lleva a cabo en Washington el Authors Guild, educando, informando y asesorando al Congreso sobre la legislación que puede ayudar —o perjudicar— a los autores. Junto con el Authors Guild, la Foundation litiga y envía informes periciales a casos judiciales cruciales de cara a proteger los derechos de los autores y asegurar la salud del ecosistema editorial y de la profesión literaria, además de apoyar la libertad de expresión.

Entre los miembros del Authors Guild hay novelistas de todos los géneros y categorías, autores de no ficción, periodistas, historiadores, poetas y traductores. El Authors Guild da la bienvenida a autores publicados de la forma tradicional y a autores independientes autoeditados. Los beneficios de la membresía incluyen asistencia jurídica, desde revisiones de contratos hasta asesoramiento sobre problemas legales de *copyright* y formatos, así como intervención en disputas legales; un programa de asesoramiento de *marketing* destinado a preparar a los autores para la publicación de su libro; acreditaciones de prensa de prestigio para los periodistas *freelance*; foros y comunidades *online* dinámicos para compartir información con otros autores; opciones de cobertura sanitaria y programas de descuentos; alojamiento de páginas web; acuerdos modelo; delegaciones y programas locales; oportunidades para conocer a otros autores y seminarios presenciales y en red sobre la industria de la edición, el *marketing*, la autoedición, los impuestos, patrimonios literarios y mucho más.

[LA SIGUIENTE NARRACIÓN ES LA TRANSCRIPCIÓN DE UN MANUSCRITO SIN RECLAMAR ENCONTRADO EN EL ALMACÉN DE LA OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE NUEVA YORK, CALLE FRONT, 11, BROOKLYN, 11201, NUEVA YORK. ARCHIVADO EL 14 DE ABRIL DE 2020.

RECUPERADO Y PUBLICADO EL 6 DE FEBRERO DE 2024.]



Día 1

31 de marzo de 2020

Llamadme 1A. Soy la conserje de un edificio que hay en la calle Rivington del Lower East Side de Nueva York. Es un edificio de seis plantas sin ascensor y con el bufonesco nombre de Fernsby Arms, una casa de vecinos destartalada y birriosa que deberían haber demolido hace mucho tiempo. Ciertamente no está en la onda de la gloriosa transformación del vecindario en paraíso *yuppie*. Que yo sepa, aquí nunca ha vivido nadie famoso; no ha habido asesinos en serie, grafiteros subversivos, famosos poetas borrachuzos, feministas radicales ni pianistas de grandes almacenes de Broadway que dieron el salto a la industria musical. Puede que haya habido un par de asesinos —el edificio tiene toda la pinta—, pero nada que llegara al *New York Times*. Apenas conozco a los inquilinos. Soy nueva; entré a trabajar aquí hace unas semanas, más o menos cuando la ciudad se confinó por el COVID. El apartamento venía con el trabajo. El número, 1A, sugería que debía de estar en la primera planta, pero cuando llegué, y para entonces ya era demasiado tarde para echarme atrás, descubrí que estaba en el sótano y que era tan oscuro como el armario de las escobas del Hades, y encima una zona sin cobertura para los móviles. En este edificio, el sótano es la primera planta, el segundo piso es el primero real y así hasta el sexto. Una estafa.

En el Fernsby Arms pagan una miseria, pero estaba desesperada y el trabajo me salvó de acabar en la calle. Mi padre emigró aquí de Rumanía siendo adolescente, se casó y entró a trabajar de sol a sol como conserje de un edificio en Queens. Y luego nací yo. Mi madre se marchó cuando yo tenía ocho años. Cuando mi padre iba a arreglar grifos que goteaban, cambiar bombillas y transmitir su sabiduría, me tocaba a mí acompañarlo. De niña era

bastante adorable y siempre me llevaba con él para sacarse más propina. (Sigo siendo adorable, por cierto). Era uno de esos conserjes a los que a la gente le gusta contarles sus cosas. Mientras se dedicaba a desatascar retretes embozados de mierda o a poner trampas para cucarachas, a los inquilinos les gustaba explicarle sus problemas. Él se mostraba comprensivo, les impartía su bendición y les daba ánimos. Siempre tenía algún antiguo refrán rumano para reconfortarlos o alguna perla de sabiduría ancestral de los Cárpatos; además, el acento rumano le hacía parecer más sabio de lo que en realidad era. Los vecinos lo amaban. Por lo menos, algunos. Yo también lo amaba, porque nada de todo aquello era impostado; era realmente así, un padre cálido, sabio y cariñoso que fingía ser severo; su único problema era que estaba demasiado anclado en el Viejo Mundo como para darse cuenta de hasta qué punto la vida en América lo estaba machacando a diario. Baste decir que no heredé su naturaleza amable ni su predisposición a perdonar.

Mi padre quería una vida distinta para mí que no tuviera nada que ver con limpiar mierda ajena. Ahorró como un loco para que yo pudiera ir a la universidad; me dieron una beca de baloncesto para ir a SUNY y mi plan era hacerme locutora deportiva. Era un tema sobre el que discutíamos: mi padre había querido que fuera ingeniera desde que en quinto de primaria gané el premio de la Primera Liga de Lego. La universidad no me fue bien. Me echaron del equipo universitario de baloncesto cuando di positivo por marihuana. Y luego abandoné la carrera, dejándole a mi padre una deuda de treinta mil dólares. Al principio no eran treinta mil, empezó siendo un pequeño préstamo para suplementar mi beca, pero los intereses crecieron como un tumor. Tras dejar los estudios, me mudé a Vermont y pasé una temporada viviendo de la generosidad de una amante, pero pasó algo malo y me tuve que volver a vivir con mi padre y ponerme de camarera en el Red Lobster del Queens Place Mall. Cuando mi padre empezó a decaer por culpa del alzhéimer, lo sustituí en el edificio lo mejor que pude haciendo arreglos por las mañanas, antes de irme al trabajo. Pero, al final, una zorra asquerosa de vecina nos denunció al casero y obligaron a mi padre a jubilarse. (Usé mi llave maestra para tirarle una bolsa de piezas de Lego por el retrete a modo de agradecimiento). No me quedó más remedio que meterlo en una residencia. No teníamos dinero, así que el estado le asignó una clínica para la demencia en New Rochelle. Mansión Prados Verdes. Vaya nombre. Prados Verdes. Lo único que tiene verde son las paredes, de ese verde vómito de los manicomios, ya sabéis cuál digo. VEN POR EL ESTILO DE VIDA. QUÉDATE PARA SIEMPRE. El día que lo instalé allí, me tiró un plato de *fetuccini* Alfredo. Hasta

el confinamiento, lo estuve visitando siempre que podía, que no era muy a menudo por culpa de mi asma y del puto desastre continuo que era mi vida.

Me empezaron a llover facturas por el tratamiento de mi padre, aunque yo creía que las iba a pagar Medicare. Pero no, no las pagaban. Espera a que te llegue el momento de ser viejo y ponerte enfermo. Deberíais haber visto el fajo de medio palmo de facturas que quemé en la papelera, disparando la alarma antiincendios. Eso fue en enero. El edificio contrató a un conserje nuevo —no me quisieron por ser mujer a pesar de que conocía aquel lugar mejor que nadie— y me dieron treinta días para marcharme. Me echaron del Red Lobster porque perdía demasiados días de trabajo para cuidar de mi padre. El estrés de estar desempleada y la amenaza de quedarme sin techo me provocaron otro ataque de asma y me tuvieron que llevar corriendo a urgencias del Presbyterian y llenarme de tubos. Cuando salí del hospital, me habían tirado todo lo que tenía en el apartamento: todo, también las cosas de mi padre. Aún me quedaba el teléfono y en el correo electrónico me encontré una oferta de aquel trabajo en el Fernsby que venía con un apartamento supuestamente amueblado, así que no me lo pensé.

Todo sucedió muy deprisa. Un buen día el coronavirus era algo que estaba pasando en Wu-Dios-sabe-dónde-han y al día siguiente estábamos en plena pandemia global aquí, en Estados Unidos. Tenía planeado visitar a mi padre nada más mudarme al apartamento nuevo, y entretanto hablaba por FaceTime con él casi a diario gracias a la ayuda de una enfermera auxiliar de la Mansión Vómitos Verdes. De repente llamaron a la Guardia Nacional para que rodeara New Rochelle y mi padre quedó en plena zona cero, aislado del resto del mundo. Peor: de repente, ya no conseguía que nadie respondiera al teléfono en la clínica ni en recepción ni en la sala de enfermeras ni el personal de mi padre. Llamaba y llamaba. Primero lo dejaban sonar sin que nadie lo cogiera o bien alguien descolgaba el teléfono y la línea me daba la señal de ocupado o bien me salía una voz de ordenador diciéndome que dejara un mensaje. En marzo, confinaron la ciudad por el COVID y me encontré en el ya mencionado apartamento del sótano lleno de trastos raros, en un edificio destartalado y con una panda de inquilinos a los que no conocía.

Estaba un poco nerviosa, porque la mayoría de la gente no se espera que el conserje sea una mujer, pero mido metro ochenta y cinco, soy fuerte como un roble y capaz de cualquier cosa. Mi padre siempre me decía que era *strālucitor,* que significa ‘radiante’ en rumano, un comentario muy propio de un padre, pero que en mi caso es cierto. Recibo mucha atención de los hombres —no deseada, claro, porque no es lo que me va—, pero no me

preocupan. Digamos que he lidiado con unos cuantos capullos en el pasado y no lo olvidarán fácilmente, así que, creedme, puedo con cualquier cosa que me depare este trabajo de conserje. O sea, Drácula era mi retatarabuelo lejano, o eso dice mi padre. No Drácula el vampiro atontado de Hollywood, sino Vlad Dracula III, rey de Valaquia, también conocido como Vlad el Empalador… de sajones y otomanos. Soy capaz de desmontar y arreglar lo que sea. Puedo dividir mentalmente un número de cinco dígitos por otro de dos y una vez memoricé los cuarenta primeros dígitos de pi y todavía soy capaz de recitarlos. (Qué queréis que os diga, me gustan los números). No espero pasarme la vida entera en el Fernsby Arms, pero de momento lo puedo aguantar. A fin de cuentas, mi padre ya no está en situación de sentirse decepcionado conmigo.

Cuando empecé este trabajo, el conserje que se jubilaba ya se había marchado. Supongo que no todos los edificios vacían el apartamento del conserje cuando se marcha, porque me lo encontré abarrotado de sus trastos y, madre de Dios, cómo le gustaba acumular cosas al tipo. Apenas podía moverme, así que lo primero que hice fue recogerlo todo y hacer dos montones, uno para eBay y otro para tirar. La mayor parte era basura, pero también había alguna cosa que se podía vender y hasta unas cuantas que yo tenía esperanzas de que valieran bastante. ¿He mencionado que necesito dinero?

Para que os hagáis una idea de lo que encontré, os hago una lista al azar: seis discos de cuarenta y cinco pulgadas de Elvis atados con una cinta sucia, unas manos de cristal en gesto de rezar, una pintura en terciopelo del Vesubio, una máscara de médico de la peste con un pico largo y curvado, una carpeta de acordeón llena de documentos, una mariposa azul sujeta con un alfiler dentro de una caja de cristal, unos impertinentes con diamantes falsos y un fajo de billetes griegos antiguos. Lo más maravilloso de todo era una urna de peltre llena de cenizas que tenía grabado el nombre WILBUR P. WORTHINGTON III, RIP. Imagino que Wilbur sería un perro, aunque también podría haber sido una pitón mascota o un tejón australiano, qué sé yo. Por mucho que busqué, no encontré ningún objeto personal del viejo conserje, ni siquiera su nombre. Así pues, cuando pienso en él lo llamo Wilbur. Me lo imagino como un viejo gruñón con la típica actitud de «a ver, ¿qué pasa aquí?», sin afeitar, evaluando una persiana rota con un mohín pensativo en los labios húmedos, soltando gruñidos por lo bajo. WILBUR P. WORTHINGTON III, CONSERJE, THE FERNSBY ARMS.

Cuando ya estaba terminando, encontré en el armario un alijo de algo mucho más de mi gusto: un surtido multicolor de botellas de alcohol, licores y bebidas para mezclar que llenaba todos los estantes de arriba abajo.

La carpeta de acordeón me intrigó. Dentro había una colección de documentos variados. No eran escritos del conserje, eso estaba claro; eran documentos que había recopilado de alguna parte. Algunos eran antiguos y estaban escritos con una máquina de escribir manual, otros eran impresos de ordenador y unos pocos estaban escritos a mano. Muchos parecían ser narraciones en primera persona, relatos caóticos e incomprensibles sin principio ni final, sin trama y sin firmar; fragmentos y pasajes de vidas al azar. A muchos les faltaban páginas y los relatos empezaban y terminaban a media frase. También había algunas cartas largas y documentos legales ininteligibles. Todas aquellas cosas ahora eran mías, supuse, y me puso mala darme cuenta de que, después de que el edificio de mi padre me lo tirara todo, aquella basura era lo único que yo poseía en el mundo.

Pero entre las cosas del apartamento también había un grueso y solitario dosier encuadernado sobre un escritorio de madera de barniz descascarillado con un bolígrafo Bic mordido encima. Cuando digo «mordido» quiero decir medio comido; mi misterioso predecesor le había arrancado al menos media pulgada de la parte superior. El escritorio parecía el único sitio ordenado del apartamento. Aquel dosier encuadernado a mano me intrigó de inmediato. Tenía el título bosquejado con caligrafía gótica en la portada: *La biblia del Fernsby*. En la primera página, el antiguo conserje había adjuntado una nota para el nuevo conserje, es decir, yo, donde explicaba que era psicólogo aficionado y un incisivo observador de la naturaleza humana y que aquellas eran las notas que había recopilado de su investigación sobre los residentes del edificio. Eran muy extensas. Las hojeé, asombrada por la prolijidad y densidad del trabajo. Y luego, al final del dosier, había añadido un montón de páginas en blanco, con el encabezamiento «Notas y observaciones», y les había puesto una notita en la parte inferior: «Para que las continúe el próximo conserje».

Miré aquellas páginas en blanco y pensé que el viejo conserje debía de estar loco si creía que su sucesor —o cualquiera, de hecho— iba a querer continuar sus notas. Todavía no sospechaba la atracción mágica que ejercerían en mí un bolígrafo medio comido y aquel papel en blanco.

Regresé a los escritos del conserje. Era un escritor de lo más prolífico y había llenado páginas y más páginas de retratos de los inquilinos del edificio escritas con una caligrafía fanáticamente pulcra, incluyendo comentarios

mordaces sobre su biografía, rarezas y manías y las cosas con las que había que tener cuidado, así como cruciales descripciones de sus hábitos con las propinas. El dosier estaba atiborrado de relatos y anécdotas, apartes y acertijos, curiosidades, nimiedades y chistes. Le había puesto un apodo a cada inquilino. Eran apodos graciosos y al mismo tiempo crípticos. «Es la Señora de los Anillos», escribía sobre la ocupante del 2D. «Tiene anillos y alhajas y finos ropajes.» De la ocupante del 6C: «Es la Cocinera, subjefa de cocina de los ángeles caídos». El del 5C: «Es Eurovisión, un hombre que se niega a ser lo que no es». O del 3A: «Es Wurly, sus lágrimas se vuelven notas musicales». Muchos apodos y notas eran así, acertijos. Wilbur debía de ser un campeón de la *procrastináutica*, que escribía aquel libro en vez de arreglar los grifos que goteaban y las ventanas rotas de aquel estercolero de edificio.

Leí aquellas páginas encuadernadas con fascinación. Dejando de lado sus rarezas, eran oro puro para una conserje novata como yo. Me dediqué a memorizar todos los inquilinos, apodos y números de apartamento. Se convirtieron en mi lectura de cabecera. Por ridículo que parezca, sin *La biblia del Fernsby* me vería perdida. El edificio estaba hecho un desastre y Wilbur se disculpaba por ello explicando que el casero vivía fuera de la ciudad, no contestaba a sus peticiones, se negaba a pagar nada y ni siquiera cogía el puto teléfono; el cabrón estaba completamente desaparecido. «Te sentirás frustrado y triste, hasta que asumas que estás solo», escribió.

También había pegado con cinta adhesiva una llave y una nota a la contracubierta de la biblia: NO TE PIERDAS ESTO.

Pensé que sería la llave maestra del edificio, pero la probé y resultó que no. Tenía una forma extraña y ni siquiera entraba en las muchas cerraduras en las que la probé. Me sentía intrigada y, en cuanto pude, empecé a recorrer el edificio de forma metódica probando la llave en todas las cerraduras, sin éxito. Ya estaba a punto de rendirme cuando, al final del pasillo del sexto piso, me encontré con una escalera estrecha que subía a la azotea. En el rellano superior había una puerta con candado y, ¡oh, maravilla! ¡La llave encajaba perfectamente en él! Abrí la puerta, salí y miré a mi alrededor.

Me quedé pasmada. La azotea se parecía bastante al paraíso, a pesar de las arañas y la mierda de paloma y la tela asfáltica despegada y agitada por el viento. Era grande y tenía unas vistas magníficas. Las casas de vecinos de ambos lados del Fernsby Arms habían sido demolidas recientemente por los promotores inmobiliarios y el edificio estaba solo en medio de un descampado de escombros, con unas vistas espectaculares de The Bowery tanto en dirección norte como sur que llegaban hasta el puente de Brooklyn y

el de Williamsburg, así como de los rascacielos del Downtown y el Midtown. Estaba anocheciendo y la ciudad entera se veía teñida de una luz rosada, con la estela de un avión solitario cruzando una franja de cielo naranja brillante. Me saqué el teléfono del bolsillo: cinco líneas. Mientras miraba a mi alrededor, pensé: «¿Por qué no?». Desde allí arriba podía por fin llamar a mi padre, y hasta con suerte encontrarlo, si en definitiva lo único que me impedía contactar con la Mansión Vómitos era un problema de cobertura. Era ciertamente ilegal estar en la azotea, pero estaba claro que el casero no iba a venir a la ciudad sacudida por el COVID para ver cómo estaban sus propiedades. Ahora que llevábamos ya dos semanas de confinamiento, aquella azotea era el único lugar para respirar aire fresco y tomar el sol que parecía un poco seguro. Un día las inmobiliarias levantarían torres de cristal para *hipsters* alrededor del Fernsby Arms y lo sepultarían en unas sombras perpetuas. Hasta entonces, sin embargo, ¿por qué no podía ser mía la azotea? Obviamente, el bueno de Wilbur P. Worthington III había pensado lo mismo, y eso que ni siquiera había estado allí en pleno confinamiento.

Un primer examen del lugar me reveló algo voluminoso y protegido de la intemperie con una lona. La aparté de un tirón, revelando un viejo sofá de terciopelo rojo sucio, desvencijado y comido por los ratones; el sitio donde pasaba el rato el antiguo conserje, sin duda. Me apoltroné en él para ver lo cómodo que era y pensé: «¡Dios bendiga a Wilbur P. Worthington III!».

Empecé a subir a la azotea todas las tardes, al ponerse el sol, con un termo de margarita o algún otro cóctel exótico que me preparaba gracias a mi surtido multicolor de licores, me tumbaba en mi sofá y veía ponerse el sol sobre el Bajo Manhattan mientras marcaba una y otra vez el número de mi padre. Seguía sin encontrarlo, pero por lo menos me subía el alcohol mientras lo intentaba.

Mi paraíso solitario, por llamarlo de alguna manera, no duró mucho. Hace un par de días, esta última semana de marzo, mientras el COVID asolaba la ciudad, uno de los inquilinos arrancó la cerradura de la puerta y sacó a la azotea una silla de jardín de plástico junto con una mesilla de té y una maceta con un geranio. Me fastidió bastante. El bueno de Wilbur había guardado una colección de candados con sus demás cosas, así que cogí uno monstruoso de acero cromado, un armatoste lo bastante pesado como para partirle la cabeza a un alce, y lo puse en la puerta. Venía con garantía de que si alguien te lo rompía te devolvían el dinero por triplicado, pero supongo que aquellos vecinos tenían las mismas ganas de ser libres que yo, porque alguien usó una palanca para reventar la cerradura y el pasador y, de paso, cargarse la puerta.

Después de aquello, ya era imposible cerrarla. Probad a comprar una puerta nueva durante el COVID.

Estaba bastante segura de quién había sido. Cuando salí a la azotea después de toparme con la puerta rota, me encontré a la culpable repanchingada en una «butaca de huevo», uno de aquellos asientos cóncavos forrados de piel falsa donde te has de meter dentro, fumando con vaporizador y leyendo un libro. Debía de haber sido jodido cargar con aquella butaca hasta la azotea. La reconocí como la joven inquilina del 5B, a la que Wilbur llamaba Hello Kitty porque llevaba jerséis y sudaderas de ese personaje de dibujos animados. Me miró con frialdad, como desafiándome a que la acusara de haberse cargado la puerta. No dije nada. ¿Qué iba a decir? Además, me merecía cierto respeto por lo que había hecho. Me recordó a mí misma. Y tampoco teníamos necesidad de hablar; parecía tan decidida a fingir que no me veía como yo a fingir que no la veía a ella. De forma que mantuve las distancias.

Después de aquello, sin embargo, otros inquilinos empezaron a descubrir la azotea de forma gradual. Subían por las escaleras estrechas las sillas más feas que tenían y las colocaban bajo el sol, manteniendo todos la «distancia social», la nueva expresión de moda. Intenté impedírselo. Puse un cartel diciendo que era ilegal (¡lo cual era técnicamente cierto!), que allí arriba no debería haber nadie, que alguien podía tropezarse y caerse de aquellos parapetos tan bajos. Pero llegados a aquel punto, llevábamos confinados tanto tiempo que nos parecía una eternidad y ya no había manera de impedirle a la gente que accediera al aire libre y las vistas. Y no los culpo. El edificio es oscuro y frío y está lleno de corrientes de aire; los pasillos huelen raro y hay ventanas resquebrajadas y rotas por todos lados. Además, la azotea parece lo bastante grande; todo el mundo va con cuidado de no tocarse, de no hablar muy alto y de no sonarse los mocos ni siquiera y todos nos mantenemos a dos metros de distancia. Lástima que no se pueda encontrar desinfectante de manos en esta ciudad de las narices; si no, pondría un bote gigante en la puerta. A falta de desinfectante, limpio los pomos con lejía una vez al día. Y no me preocupo por mí misma; solo tengo treinta años, estoy en esa franja de edad en que dicen que el virus no va a venir a por mí, salvo por el asma.

Aun así, echaba de menos mi dominio privado.

Entretanto, el COVID estaba golpeando la ciudad con fuerza. El 9 de marzo, el alcalde anunció que había dieciséis casos en la ciudad; el 13 de marzo, como ya he mencionado, la Guardia Nacional tenía rodeado New Rochelle, y el 20 de marzo se confinó Nueva York, justo a tiempo para que

todo el mundo pudiera ver *Tiger King* de una sentada. Al cabo de una semana, ya había más de veintisiete mil contagiados y cientos de muertos diarios y la cifra de casos aumentaba exponencialmente. Yo estudiaba las estadísticas y, supongo que de forma predestinada, las apuntaba en las páginas finales en blanco del libro de Wilbur, lo que había llamado *La Biblia de Fernsby*.

Como es natural, todo el mundo que podía ya se había marchado de Nueva York. Las clases ricas y profesionales habían huido de la ciudad como ratas de un barco que se hunde, correteando y chillando, destino a los Hamptons, Connecticut, Cape Cod, Maine…, adonde fuera, con tal de no estar en COVID York. Quedábamos los pringados. En tanto que conserje, tengo el trabajo —o eso creo— de asegurarme de que no entre el COVID y mate a los inquilinos del Fernsby Arms. (Salvo a los que pagan alquileres antiguos; «A esos no hace falta lavarles los pomos con lejía, ja, ja», estoy segura de que me habría dicho el casero). Hice circular una nota explicando las reglas: no se permitía la entrada en el edificio de gente de fuera, todo el mundo tenía que mantener dos metros de distancia en las zonas comunes y nada de congregarse en las escaleras. Y más por el estilo. Tal como habría hecho mi padre. Todavía no nos han llegado directivas de los poderes fácticos sobre las mascarillas, ya que ni siquiera hay suficientes para los trabajadores sanitarios. Estamos básicamente atrapados en el edificio mientras dure todo esto: confinados.

Así pues, cada tarde, los inquilinos que habían descubierto la azotea subían y pasaban el rato allí. Al principio éramos seis. Los busqué a todos en *La biblia del Fernsby*. Estaban Vinagre, del 2B; Eurovisión, del 5C; la Señora de los Anillos, del 2D; la Terapeuta, del 6D; Florida, del 3C, y Hello Kitty, del 5B. Hace un par de días, los neoyorquinos empezaron a hacer eso de aplaudir a los médicos y otros trabajadores de primera línea a las siete de la tarde, cuando se ponía el sol. Era agradable poder hacer algo que rompiera la rutina, de forma que la gente cogió la costumbre de reunirse en la azotea justo antes de las siete y, cuando llegaba la hora, todos aplaudíamos y vitoreábamos desde allí con el resto de la ciudad, hacíamos cacerolada y silbábamos. Era nuestra forma de acabar el día. Yo subía un fanal medio roto que había encontrado entre los trastos de Wilbur y que tenía dentro una vela. Otros llevaban fanales y candelabros con protecciones antiviento; los suficientes como para crear una pequeña zona iluminada. Eurovisión tenía un quinqué de keroseno con la pantalla de cristal decorada.

Al principio no hablaba nadie y ya me parecía bien. Después de ver cómo había tratado a mi padre la gente con la que había convivido y a la que había

servido durante años, no quería conocer a nadie. Ni siquiera habría estado allí con ellos si no fuera porque había empezado siendo mi espacio. Cualquier conserje que crea que puede hacer amigos en su edificio se está buscando problemas. Incluso en los estercoleros como aquel, todo el mundo se consideraba siempre superior al conserje. Así pues, mi lema era: mantén las distancias. Y estaba claro que ellos tampoco me querían conocer a mí, gracias a Dios. Bien.

Como era nueva, todo el mundo me resultaba desconocido. Se pasaban el tiempo mirando el móvil, bebiendo cervezas o copas de vino, leyendo libros, fumando hierba o tecleando en los portátiles. Hello Kitty se sentaba sin decir nada en su butaca y se dedicaba a vapear casi sin pausa. En un momento dado me llegó una vaharada del humo del vapeador y noté una especie de olor dulzón y asqueroso a sandía. Se dedicaba a dar caladas literalmente sin interrupción, como si estuviera respirando. Era un milagro que no estuviera muerta. Con las historias que nos llegaban de Italia de gente conectada a respiradores artificiales, me daban ganas de arrearle un bofetón en la mano para que soltara aquel chisme. Pero todos tenemos derecho a nuestros vicios, supongo; además, ¿quién iba a hacer caso a la conserje? Eurovisión subió uno de aquellos altavoces *bluetooth* pequeñitos marca Bose y los puso al lado de la silla, emitiendo Europop suave. Por lo que yo podía ver, en nuestro edificio no había nadie que saliera nunca, ni siquiera para comprar comida y papel higiénico. Estábamos en modo confinamiento total.

Entretanto, como estábamos tan cerca del hospital Presbyterian Downtown, las ambulancias subían y bajaban aullando por The Bowery; las sirenas aumentaban de volumen cuando se acercaban y se convertían en un lamento agónico al alejarse. Habían empezado a aparecer todos aquellos camiones frigoríficos sin distintivos, que pronto nos enteramos que transportaban cadáveres de víctimas del COVID. Retumbaban por las calles como los carros de la peste de antaño, día y noche, parando demasiado a menudo para recoger bultos amortajados.

El martes, 31 de marzo —hoy— ha sido una especie de punto de inflexión, porque ha sido el día en que he empezado a escribir en este libro. Mi plan original era limitarme a registrar números y estadísticas, pero se me ha ido de las manos y ha acabado siendo un proyecto más grande. Las cifras de hoy han sido otro punto de inflexión: el *New York Times* ha informado de que la ciudad ha rebasado el millar de muertes por COVID. Hay 43 139 casos en la ciudad y 75 795 en el estado. De los cinco municipios, Queens y Brooklyn están siendo los más vapuleados por el COVID, con 13 869 y

11 160 casos respectivamente; el Bronx tiene 7814, Manhattan 6539 y Staten Island 2354. Registrar las cifras da la sensación de estar domesticándolas, haciendo que den menos miedo.

Esta tarde ha llovido. He subido a la azotea, como de costumbre, quince minutos antes de la puesta del sol. La luz vespertina proyectaba sombras alargadas por el pavimento mojado de The Bowery. Entre sirena y sirena, la ciudad estaba vacía y en silencio. Se hacía extraño y también daba cierta paz. No había ni coches ni bocinas ni peatones yendo a su casa en manada por las aceras ni aviones zumbando por el cielo. El aire estaba limpio y puro, lleno de una belleza oscura y de portentos mágicos. Sin el humo de los coches, tenía un olor refrescante y me ha recordado mi breve época feliz en Vermont, antes de…, bueno, en fin. Mientras las calles se sumían en el crepúsculo, se han ido congregando en la azotea los inquilinos habituales. Cuando han dado las siete y hemos oído los primeros vítores y cacerolazos de los edificios circundantes, nos hemos levantado de la silla y nos hemos entregado a los habituales silbidos, aplausos y vítores, todos, salvo la inquilina del 2B, que se ha quedado sentada, intentando que le funcionara el teléfono. Wilbur me había advertido sobre ella: era una mujer regia que lo llamaba hasta para que le cambiara una bombilla, aunque por lo menos dejaba propinas de reina. «Es pura nativa avinagrada de Nueva York», había escrito, y añadido uno de sus acertijos: «El mejor vino da el vinagre más agrio». A saber qué quería decir. Le he echado unos cincuenta y pico años; iba toda de negro, con camiseta negra y vaqueros de pitillo negros descoloridos. El único color que llevaba encima eran las manchas y salpicaduras de pintura que tenía en las Doc Martens gastadas. He supuesto que sería artista.

La mujer del 3C, rebautizada Florida en el libro, ha llamado a Vinagre:

—¿No vienes con nosotros?

He notado de inmediato que había cuentas pendientes entre ambas. Florida —el antiguo conserje no explicaba el origen de aquel nombre, quizás fuera simplemente como la llamaban todos— era una mujer corpulenta y de pechos grandes que conseguía transmitir una energía incansable. Debía de tener unos cincuenta años, peinado impecable de peluquería y camisa de lentejuelas con un chal dorado reverberante por encima. *La biblia* la describía como una chismosa y añadía el chiste: «Los chismes son la forma en que los amantes de la raza humana conversan sobre ella».

Vinagre ha respondido a la mirada de Florida con otra igual de gélida.

—No —ha dicho.

—¿Cómo que no?

—Estoy cansada de gritarle al universo para nada, gracias.

—Estamos vitoreando a los trabajadores de primera línea. A la gente que está ahí fuera arriesgando la vida.

—Oh, pero mira que eres noble y pura —ha dicho Vinagre—. ¿Y cómo les ayuda que grites?

Florida se ha quedado mirando a Vinagre.

—No tiene lógica. Esto es una mierda y estamos intentando mostrar nuestro apoyo.

—¿Y crees que vas a cambiar algo dando golpes a una cacerola?

Florida se ha arropado los hombros con el chal dorado, ha fruncido los labios para mostrar su irritación y se ha vuelto a acomodar en su silla.

—Cuando todo esto se haya acabado —ha dicho al cabo de un momento la Señora de los Anillos—, será como el 11-S. Nadie hablará del tema. Pasará como con la gente que se suicida. Ya nadie habla de ellos.

—La gente no habla del 11-S —ha dicho la Terapeuta— porque Nueva York sigue teniendo estrés postraumático. Todavía tengo pacientes que intentan superar el estrés postraumático. Veinte años más tarde.

—¿Quién dice que la gente no habla del 11-S? —ha dicho Hello Kitty—. No paran de hablar del tema. Parece que la mitad de Nueva York todavía esté allí corriendo para salvar la vida y asfixiándose con el humo y el polvo. Y lo mismo pasará con esto. «Uy, te voy a contar cómo sobreviví a la Gran Pandemia de 2020». La gente no se callará ni un momento.

—Anda, la otra —ha dicho Vinagre—. Pero ¿tú habías nacido cuando pasó el 11-S?

Hello Kitty ha dado una calada a su vaporizador y ha dado a entender que no la había oído.

—Pensad en todo el estrés postraumático que va a causar esta pandemia —ha dicho Eurovisión—. Madre de Dios, vamos a pasarnos el resto de la vida psicoanalizándonos. —Ha soltado una risilla y se ha vuelto hacia la Terapeuta —. ¡Menudo chollo para ti!

Ella le ha contestado con una mirada gélida.

—Hoy en día todo el mundo tiene estrés postraumático —ha continuado Eurovisión—. Yo lo tengo porque han cancelado Eurovisión 2020. No me he perdido ni una edición desde 2005. —Se ha llevado una mano al pecho y ha hecho una mueca.

—¿Qué es Eurovisión? —ha preguntado Florida.

—El festival de la canción de Eurovisión, cielo. Seleccionan a cantantes de todo el mundo para que compitan con una canción original, un cantante o

un grupo por país. Y el ganador se decide por votación. Lo ven por la tele seiscientos millones de personas. Es el mundial de la música. Este año tenía que hacerse en Rotterdam, pero lo cancelaron la semana pasada. Ya tenía los billetes de avión, el hotel, todo. Así pues, ahora —se ha abanicado con gestos exagerados—, ayúdeme, doctora, tengo estrés postraumático.

—El estrés postraumático no es ninguna broma —ha dicho la Terapeuta —. Ni tampoco el 11-S.

—El 11-S sigue con nosotros —ha añadido una mujer de treinta y tantos años. La he reconocido como la que aparecía en *La biblia* con el apodo de Hija del Merenguero, 3B—. Lo tenemos fresco. Nos afectó a todos, mi familia incluida. Hasta a la gente de Santo Domingo.

—¿Perdiste a alguien en el 11-S? —le ha preguntado la Señora de los Anillos, en tono desafiante.

—Pues de una manera extraña, sí.

—¿De qué manera?

Ha respirado hondo.

—Mi padre era un importante merenguero, que, por si no lo sabéis, significa que se ganaba la vida tocando merengue. Siempre estaba apareciendo en *El show del mediodía*. Si hay un programa que vea todo el mundo en la República Dominicana, es ese. De hecho, todavía lo ponen.

En cuanto ha empezado a hablar, ya me he dado cuenta de que iba a contar una historia y se me ha ocurrido una idea. Desde los veintipocos años, tengo la costumbre de grabar las cosas que dice la gente a mi alrededor, sobre todo las cosas que me dicen los tíos que me intentan entrar en los bares. Dejo mi teléfono como quien no quiere la cosa en la barra o en la mesa o dentro del bolsillo; otras veces, en el metro, hago como que estoy mirando algo en el móvil mientras grabo lo que dice algún capullo. No os creeríais lo que he compilado a lo largo de los años, cuántas horas gloriosas de idiotez y asquerosidad registradas para la posteridad. Me dan ganas de monetizarlas en YouTube o algo así. Y no solo momentos malos. También he grabado otras cosas: historias tristes, graciosas, ejemplos de generosidad, confesiones, sueños, pesadillas, reminiscencias y hasta crímenes. Cosas que te cuentan desconocidos de noche en el tren de la línea E: «Una vez estaba tan desesperado que fumé mierda de perro para colocarme». «Espié a mis abuelos mientras follaban y no te vas a creer lo que hacían…». «Para ganar una apuesta de cien dólares, desollé, cociné y me comí el hámster de mi hermano».

Mi padre coleccionaba gente con su encanto. Yo, con mi sigilo.

En fin, me he puesto a grabarla. Mi sofá estaba demasiado lejos de la Hija del Merenguero, así que me he levantado y, haciendo ver que tenía muchas ganas de escuchar, he arrastrado el puñetero sofá rojo por aquellos espacios de dos metros que separaban unas sillas de otras dedicándoles a todos una sonrisa bobalicona y murmurando que no me quería perder ni una palabra. Me he puesto cómoda y he sacado el teléfono del bolsillo, he fingido que miraba algo en él, lo he orientado y he pulsado el botón de grabar. Luego lo he dejado en el sofá como quien no quiere la cosa, señalando a la Hija del Merenguero, y me he apoltronado con los pies en alto y mi margarita en la mano.

¿Qué iba a hacer con la grabación? En aquel momento, mientras ponía el teléfono a grabar, no lo sabía, pero más tarde, ya en mi apartamento, he visto el grueso dosier de Wilbur sobre el escritorio, con todas aquellas páginas en blanco que me había dejado. «Muy bien —he pensado—, pues vamos a llenarlas. Así tendré algo que hacer mientras me paso estas semanas atrapada por la pandemia».

Pero silencio: estaba hablando la Hija del Merenguero.

—Antaño, salían en el programa las bandas de merengue más de moda y las emergentes. Por cierto, algunas canciones de entonces tenían unos títulos y unas letras demenciales. Y os aviso de que son bastante racistas.

Ha hecho una pausa y ha examinado la azotea con cierto nerviosismo, como si no estuviera segura de qué iba a decir, pero también para ver quién la estaba escuchando.

—Había una canción que preguntaba literalmente «¿Qué será lo que quiere el negro?». Fue una canción que causó sensación en los años 80 y la ponían a menudo en *El show del mediodía,* que yo veía de niña. No me dejaban ir al estudio porque mi padre no me quería allí y además estaba trabajando, o sea, que no me podía vigilar. Acordaos de que era padre soltero. Necesitaba tenerme controlada y no quería que fuera a sitios así.

»Mi padre era amigo de algunas de las bailarinas del programa y allí conoció a una mujer. No sé qué pasó entre ellos. Solo decían que eran “muy amigos y muy queridos”. No sé, no pregunté. Pero mantuvieron la amistad a lo largo de los años. Ella siempre fue amable conmigo. No como una figura materna perdida ni nada por el estilo, pero sí que me enseñó qué tenía que hacer cuando me vino la regla el verano en que cumplí once años. No me puedo imaginar qué habría hecho mi padre. La mujer desapareció de nuestra vida cuando yo todavía era niña, pero siempre guardé buenos recuerdos de ella.

»Resulta que me la encontré hace poco, unas semanas antes de este confinamiento. Fue de locos. Estaba en mi peluquería favorita cardándome el pelo, ya sabéis. Es la broma que todo el mundo sigue haciendo, que hasta en el cielo las peluqueras dominicanas siguen cogiendo el rizo y estirando con el cepillo con una mano mientras usan la otra para aplicar quién sabe cuántos grados de calor directo sobre el pelo para alisarlo lo más posible.

»Sí, yo me hacía eso todas las semanas, hasta que me di cuenta de que me estaba jodiendo el pelo y la cabeza, y lo dejé.

»En cualquier caso, la vi en la peluquería y le pregunté cómo estaba. Al principio no pareció contenta de verme ni de ver a alguien conocido, pero luego se puso a contarme una historia demencial que parece increíble, pero es verdad. La historia de la mujer empezaba el 11 de septiembre. Todo el mundo puso cara de "ay, Dios, ¿de verdad tenemos que volver al 11 de septiembre?". Qué peñazo, ¿no? Pero quizás haya algo en ella que nos pueda servir de lección sobre el momento en el que estamos, aquí, sentados en la azotea. Le he puesto el título *La tragedia* doble.

»Os aseguro que, cuando en una peluquería hay una historia que capta la atención de todo el mundo, se paran todos los secadores. Te pueden poner rulos, te pueden poner el tinte, te pueden cortar el pelo, pero, si alguien tiene la palabra y está contando una historia que interesa a todas, no suena ni un secador. Que no os quepa duda.

»Por cierto, he de mencionar que Eva tenía setenta años, aunque aparentaba cincuenta. Tenía el pelo gris natural ahuecado, pero bastante oscuro todavía como para que se notara que lo había tenido de un negro fenomenal. Ahora lo tenía de un gris distinguido. También estaba, digámoslo así, un poco retocada en unas cuantas zonas. Y lo llevaba bien. Conseguía que aquellas tetas y aquel trasero le quedaran bien a una mujer de setenta años. Quizás será así como acabe Jennifer Lopez. Es pronto para saberlo. La cuestión es que estaba buena con setenta años.

»Cuando tenía cincuenta y tantos años, ya no salía en *El show del mediodía* y habíamos perdido el contacto, se enamoró de un hombre más joven. Hizo la locura de dejar a su marido, con quien no había podido tener hijos, y se enamoró de un dominicano que, mira qué raro, tocaba en bandas de merengue. Era percusionista, así que tocaba un poco de todo, claves, bongos, maracas, triángulo, cascabel y hasta un instrumento de percusión peruano hecho de pezuñas de cabra secas. Pero tocaba un merengue politizado y mezclado con *jazz*, al estilo del Juan Luis Guerra de los viejos tiempos, antes de hacerse cristiano, Victor Victor, Maridalia Hernández y Chichi Peralta.

»Eva nos contó que le había entrado el típico impulso loco de empezar por fin a escuchar a su corazón y mandar todo lo demás al carajo. Ya no le importaba eso que impide a tanta gente de América Latina y de la Isla hacer las cosas que quiere hacer, que es básicamente el qué dirán. ¿Qué pensarán los vecinos? Eva se puso en plan: "A la mierda. No me importa. Estoy enamorada de este tipo. Toca en una banda. Y voy a dejar a mi marido".

»Y luego, seguramente porque se habían enamorado tanto y de forma tan desquiciada, se quedó embarazada. Parece increíble, claro, pero tal como le contó Eva a la peluquería entera sin un asomo de vergüenza, el sexo era alucinante. Se pasaban el día follando. Con su marido ya no follaba, solo digo eso. Nunca, lo habían dejado. Pero aquel tipo debía de tener treinta años y estaba en su mejor momento. Ay, Dios mío. ¡Cómo hablaba del sexo! En fin, fue una maravilla que acabara embarazada, solo digo eso.

—Cuanto mejor es el sexo, más deprisa te preñas —la ha interrumpido Florida, la del 3C. En fin, *La biblia* ya me había avisado de que era una chismosa.

—Eso es científicamente falso —ha dicho Vinagre en tono cortante, con un gesto despectivo—. Un cuento de viejas que ya hace años que se demostró que no es verdad.

—¿Y tú cuándo has estudiado Medicina?

Después de una pausa cortés, la Hija del Merenguero ha pasado por alto la interrupción y ha continuado:

—A veces, el sexo lo es todo. A veces son el sexo y la pasión. Y la combinación de ambas cosas hizo que pasara un milagro. Eva tenía cincuenta años y estaba embarazada de su amante de treinta, ahora su marido. Por supuesto, la gente estaba escandalizada. Pero para entonces, ya había roto con el qué dirán. Vamos, del todo.

»Y él también. Su nuevo marido tenía unos orígenes muy humildes en Santo Domingo, venía de un barrio conocido como Villa Mella. El hecho de que hubiera triunfado como músico y pudiera ganarse la vida así era tremendo. Se sentía feliz. Y se había enamorado de una mujer increíble. Eran una pareja cero tradicional, pero se las apañaban. Decidieron ya desde el principio que nunca dejarían entrar en su matrimonio ni la guerra ni nada de fuera.

»En la peluquería estábamos todas enganchadas a la historia de Eva. ¡Carajo! La gente le pidió a la ayudante de la peluquería que les trajera una ronda de café con leche porque la historia apenas estaba empezando y ya era estupenda.

»Y entonces llegó el 11 de septiembre. Ese día, Eva tenía casualmente una cita en Wall Street y lo vio. Vio el avión que le pasaba por encima y se estrellaba contra la primera torre. Resulta que fue una de las mil y pico personas desafortunadas, las más desafortunadas, o quizás una de las más afortunadas, según cómo se mire, que estaban allí mismo cuando pasó. Se tropezó y se cayó del puro *shock* y se torció de mala manera el tobillo, pero le dio un subidón de adrenalina y echó a correr con el tobillo jodido. Solo pensaba en llegar a casa con su marido y su hijo de dos años.

»Era lo único que quería. Salir de allí como fuera, meterse en el metro y volver a Washington Heights para estar con su familia. Y todo eso con la edad que tienen la mayoría de las abuelas. Pero también era una mujer de mediana edad desesperada por ver a su niñito y abrazarlo otra vez. De olerlo. Eva consiguió entrar en el metro, pero por los pelos. Faltaba menos de una hora para que cerraran toda la red del metro de Nueva York. Llegó a casa, entró por la puerta y allí estaba: el bombón de su marido, con sus ojos de color miel y aquellos rizos que parecían las olas de un océano furioso. Tenía el pelo castaño oscuro, pero las puntas más claras le hacían juego con el color canela de la piel.

»Se llamaba Aleximas, un nombre inventado a partir de Alexis y Tomás, muy dominicano, pero no lo juzguéis, carajo, y nada más verla se echó a llorar. Le caían los lagrimones por las mejillas como si fuera un bebé. Porque aquella pareja nada convencional se quería tanto que daba igual que fuera un hombre adulto llorando. Así de seguro se sentía Aleximas con aquella mujer veinte años mayor que él. Eva le hacía sentirse a salvo. Había tenido una vida muy dura en Villa Mella. Oh, sí, ya lo creo. La casa donde había crecido en la República Dominicana tenía el suelo de tierra. Creo que no hace falta decir más, ¿verdad?

»Llegados a aquel punto, todo el mundo en la peluquería estaba dando sorbos a su cafecito. Eva continuó explicando lo agitada que se había quedado tras presenciar lo sucedido el 11 de septiembre. Hasta el punto de que no podía dormir.

»El médico le dijo que se había hecho un esguince en el tobillo y se había roto un músculo, de forma que ahora le tocaba pasarse varias semanas en casa con la pierna en alto. Se le caía la casa encima. Dependía de su marido para todo. La compra salía a hacerla él. Todo lo tenía que hacer él, para ella y para la familia. A Aleximas no le importaba hacer la compra, ni siquiera comprarle tampones. Era un hombre dominicano fuerte y centrado que había tenido la

suerte de encontrar a una mujer que decía: “Me importa un carajo lo que digan de mí y de lo que hago. ¡Soy una de muchas mujeres así!”.

»Eva no sabía gestionar aquellas emociones nuevas. Hay que recordar que en 2001 mucha gente nunca había oído hablar del estrés postraumático. No había empezado la guerra de Irak. El estrés postraumático, ¿eso qué es? Eva no se daba cuenta, pero lo tenía. Decía que no podía salir de la depresión. Se quedaba en casa mirando la tele, pensando en el hecho de que no podía mover la pierna porque se la había torcido huyendo horrorizada de la cosa más terrible que había visto en su vida. Cada vez que veía imágenes de aquel día por la tele, y ya era lo único que ponían una y otra vez, le parecía que volvía a estar en aquella calle y se echaba a temblar y a llorar.

»Aleximas se estaba empezando a preocupar porque las pesadillas de Eva no dejaban dormir a la familia. El bebé se estaba contagiando de la ansiedad de su madre y ya no dormía tampoco. Igual que el avión se había estrellado contra aquella torre, también se había estrellado en su hogar, poniendo sus vidas patas arriba.

»No podían salir del ciclo del trauma. Por fin tomaron juntos la difícil decisión, que sabían que era la mejor a largo plazo, de marcharse de Nueva York y volver a la República Dominicana, volver a Santo Domingo. Pese a que básicamente habían triunfado en Estados Unidos, lo bastante como para poder vivir la vida que habían soñado en Nueva York, en un piso alargado y estrecho de tres habitaciones con ventanas grandes, sala de estar y comedor aparte.

—Imposible —ha mascullado Florida. Se han elevado murmullos de sorpresa de nuestro pequeño círculo de oyentes; no sé si por el tema del piso o por la interrupción de Florida—. ¿Cómo se podían pagar un piso así? ¡Hoy en día eso cuesta más de tres o cuatro mil dólares al mes! E incluso entonces… ¡No! Y si era de renta antigua, habría sido una locura dejarlo.

—Es verdad —ha dicho Eurovisión—. Es para flipar. Yo ya casi no puedo pagar este cuchitril.

—Dejad que cuente la historia —ha dicho Vinagre en tono cortante.

—Sí. —La Hija del Merenguero estaba asintiendo con la cabeza—. Comedor separado en la Calle 172, con vistas a la Avenida Fort Washington. Sí. Iban a dejar aquello porque les había llegado el terror a su casa y Eva no paraba de tener pesadillas.

»El plan que habían trazado juntos era que su marido y su hijo viajarían primero a Santo Domingo mientras ella ataba los últimos cabos sueltos del trabajo. Además, necesitaba estar sola para aceptar su dolor y curarse, para

vivir sus emociones sin asustar al bebé. Volaría al cabo de un mes o dos como máximo. Y así quedó la cosa. Se iban a mudar a Santo Domingo y empezar desde cero. Conocían a bastante gente allí y saldrían adelante.

»Miró los vuelos disponibles y resultó que lo más pronto que podían conseguir uno para Aleximas y su hijo era el 11 de noviembre. Y dijo: "Uy, no pienso dejar que mi familia viaje nunca el día 11 de ningún mes. El once está quemado. Tiene una maldición". No pensaba volver a comprar ningún vuelo en aquella fecha. Nunca más. De forma que compró los billetes para el 12 de noviembre, llevó a su marido y a su bebé al JFK y se despidió de ellos en el aeropuerto.

»Estaba hecha un manojo de nervios, pero sabía que ahora que su familia se había marchado podría gestionar su terror. Quizás gritaría con la cabeza pegada a la almohada tres o cuatro veces al día, algo que no podía hacer con un crío de dos años. ¿Y os podéis imaginar qué pasaría si su marido la viera hacer aquello? Pensaría que había perdido la cabeza. Pero bueno, es que la había perdido. Estaba traumatizada. Lo único que le impedía volverse loca era el amor y la responsabilidad que sentía por su marido y su hijo.

»Así pues, Eva nos contó que los dejó en JFK y volvió en coche a Washington Heights. Puso un CD de la música de su marido, porque era lo que se hacía por entonces, y aquello le cambió el humor al instante. La tristeza de su despedida en el aeropuerto dio paso al alivio que le producía saber que pronto tendría una nueva vida lejos de la tragedia. Sonrió y se rio y bailó al volante y hasta se puso un poco excitada y húmeda solo de pensar en su marido y en el hecho de que ya lo echaba de menos. Imaginaos. Una mujer adulta caliente como una adolescente. ¡Ay!

»Estaba tan en la inopia, perdida en los primeros momentos de felicidad que sentía en meses, que no oyó las noticias. Cuando volvió a Washington Heights, entró cojeando en el piso y vio que parpadeaba la luz del contestador (recordad que era 2001). Pulsó el *play* y oyó la voz de la hermana de su marido diciendo: "¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Cómo es posible que haya pasado esto? ¿Por qué los pusiste en ese vuelo?". Eva corrió a encender el televisor y fue entonces cuando se enteró de que el vuelo 587 se había estrellado en Far Rockaway, Queens, noventa segundos después de despegar.

»El vuelo 587 era tan conocido en la República Dominicana que incluso había un merengue con su nombre. Y sí, su marido lo había tocado. De hecho, ponían el merengue *El vuelo cinco ocho siete* a bordo del avión, así de popular era. El vuelo siempre despegaba a primera hora de la mañana para que, cuando llegaras a Santo Domingo, pudieras tener tu primera cerveza del

día esperándote, metida en hielo. Cuando se sirve la cerveza así, se llama "vestida de novia", porque la botella está cubierta de hielo y parece que lleve un vestido blanco.

»Su marido debería haber estado bebiéndose su cerveza vestida de novia, pero en cambio él y su niñito estaban muertos. Habían muerto al instante en el vuelo 587 del 12 de noviembre de 2001. Y todo por evitar volar el 11 de noviembre. La peluquería entera había quedado en silencio, salvo una mujer que estaba llorando.

La Hija del Merenguero nos ha mirado a los que estábamos en la azotea. El *shock* nos había dejado callados a todos. Incluso a Vinagre. He cogido mi teléfono, creyendo que ya había terminado con su historia. En aquel momento me han venido más ganas que nunca de llamar a mi padre.

—Me dijo Eva: «Sí, esa ha sido mi vida. He vivido una tragedia doble». —La Hija del Merenguero iba negando con la cabeza mientras hablaba—. Me limpié la nariz con la camiseta y le pregunté: «¿Y cómo lo superaste?».

»"No lo superé", dijo Eva. "Eres la primera persona a quien se lo cuento. Hace veinte años que pasó y sigo sin hablar del tema. Enterré lo que pude de mi marido y mi hijo. Cerré mi apartamento de Nueva York y me mudé a la República Dominicana. Allí nadie sabe quién soy ni lo que he vivido. Y no te cuento más de mí porque no quiero que me encuentres nunca". Cuando Eva dijo aquello, miró en mi dirección y le devolví un gesto para comunicarle que no pensaba delatarla.

»Miró a las mujeres congregadas en la peluquería como desafiándolas. "Me da igual lo que penséis. No me importa el qué dirán. No me importa lo que piense nadie de mi vida ni de mis decisiones ni de lo que hago para lidiar con mis tragedias dobles. Y así fue, y así es la vida", añadió Eva, y se dirigió a la peluquera: "Acaba de peinarme, por favor".

»Cuando la peluquera hubo acabado, aquella mujer de setenta años le dejó una propina de veinticinco dólares y salió.

»No sé. ¿Cuál es la lección?

En la azotea nadie ha dicho nada. La Hija del Merenguero ha hecho una pausa como esperando a que le contestara alguien y se ha vuelto a encoger de hombros.

—Negar la realidad. Básicamente, negar la realidad le funcionaba. Compartimentó las cosas hasta el punto de poder decirse a sí misma: «No voy a pensar más en ello». Más adelante me enteré de que empezó una nueva vida en la República Dominicana. No se volvió a casar, pero sí que tiene múltiples

pretendientes que la visitan y la tratan como a una reina. Lo cual en realidad significa que folla tan a menudo como quiere.

»¿Y qué hacemos nosotros, pues? Hay quien está viviendo tragedias múltiples, ya sabéis: gente que pierde a miembros de su familia, sus hogares, sus trabajos, sus carreras y, en algunos casos, a su familia entera. Hay mucha gente que niega la realidad. Pero es esa gente la que nos hace enfermar y estoy harta de ella. Esto es lo que pienso: que negar un poco la realidad ayuda, pero negarla mucho es pasarse. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

La Hija del Merenguero se ha vuelto hacia Eurovisión.

—Colega —le ha dicho—, pon algo de merengue. Necesito alejar esta tragedia doble bailando. Pon *Ojalá que llueva café*. Quiero que llueva café.

—¿Quién, yo? —ha preguntado Eurovisión, pillado por sorpresa.

—Eres el que tiene los altavoces.

—Claro, claro. —Eurovisión se ha incorporado rápidamente y se ha puesto de pie, toqueteando su teléfono—. ¿Cómo, mmm, cómo se escribe el título de la canción esa? El español no es uno de mis idiomas.

Ella se lo ha deletreado. Eurovisión lo ha tecleado y se ha puesto de pie.

—Damas y caballeros, les presento a Juan Luis Guerra, en directo, cantando *Ojalá que llueva café*.

Yo no la había oído nunca. Era una música suave y nostálgica, no el ritmo machacón que me esperaba. Al terminarse, se ha hecho el silencio.

—A mí no me ha sonado a merengue —ha dicho Vinagre.

—Porque en realidad no lo es —ha dicho Florida—. Es bachata.

—La bachata es un tipo de merengue —ha dicho la Hija del Merenguero, ofendida.

—Era un comentario, nada más.

—¿Nos la puedes traducir? —ha preguntado Eurovisión.

—Ay, hombre —ha dicho la Hija del Merenguero—. Es una canción de la cosecha dominicana. Una plegaria. Habla de esperar que haya buena cosecha y que no sufran los granjeros. Pero es más que eso. Habla de una vida simple y de los sueños y del amor por la tierra; en realidad, habla de quiénes somos. —Ha cerrado los ojos, ha tarareado la melodía y, por fin, ha llegado a la letra, traduciéndola al inglés y meciéndose un poco:

Ojalá que llueva café en el campo
Que caiga un aguacero de yuca y té

Cuando ha terminado, la Hija del Merenguero ha abierto los ojos.

Al cabo de un momento, Hello Kitty ha dicho:

—Es de locos, morirse el día doce porque no querían volar el once. Es como si tuvieran una maldición.

—¿Una maldición? —ha dicho la Señora de los Anillos—. No hicieron nada malo. Esa clase de tragedias son arbitrarias e indiscriminadas.

—Las maldiciones están en la mente —ha dicho la Terapeuta—. Afirmar que tienes una maldición o mala suerte o que eres una víctima es la forma que tiene alguna gente de lidiar con la tragedia, como por ejemplo, esta pandemia. Lo veo en mi terapia. La gente incluso se maldice a sí misma, por vergüenza o por culpa.

—¿Y tu trabajo es quitarles la maldición? —ha dicho Eurovisión.

—Se podría decir así.

—Pues necesito a alguien que me quite la mía —ha dicho él.

—Mi *poh poh*, mi abuela materna, era experta en maldiciones —ha dicho la Terapeuta—. Lo sabía todo de ellas. Tenía un sistema único para lanzarlas.

—¿Qué sistema?

—Bueno, mi madre se crio aquí y yo también, pero Ah Poh nació en una aldea diminuta de Guangdong. Nunca he estado allí, pero una vez me enseñó una foto: una casita de piedra gris en mitad de la nada, rodeada de arrozales. Mi *gung gung* pescaba en el río para traer la cena. Justo antes de la guerra vinieron a San Francisco, se instalaron en el Sunset District y ya no volvieron. Ni siquiera sé si la casita sigue en pie o si la destruyeron en la Revolución o qué; destruyeron muchas cosas.

»En fin, después de nacer yo, se murió mi *gung gung* y mi *poh poh* se vino a vivir con nuestra familia y nos cuidaba a mis hermanas y a mí cuando mis padres estaban en el trabajo. Nos dejaba jugar con la pulsera de jade que tenía en la muñeca; la había llevado desde niña y seguía siendo minúscula, pero la muñeca le había crecido y ya no se la podía quitar. Mi madre tenía una idéntica; se le llenaba de jabón cuando fregaba los platos y se le cubría de tierra de las macetas cuando trabajaba en el jardín. Ah Poh nos regaló una a cada una de las niñas cuando éramos pequeñas, quería que la lleváramos también, pero yo no aguantaba tenerla en la muñeca. Me parecía como ir esposada. Creo que Mina y Courtney todavía tienen la suya; no sé qué pasó con la mía.

»Ah Poh era diminuta, medía metro y medio como mucho, y cada año se encogía un poco más. Llevaba unos chalecos de punto floreados y tenía esa espalda encorvada que se les pone a las viejitas chinas; si alguna vez habéis pasado por Chinatown, lo habréis visto. Quasimodo, la llamábamos mis hermanas y yo, hasta que un día nos oyó mi madre y nos dio una buena tunda. Es osteoporosis, tal como averigüé más tarde, causada por la falta de calcio en la infancia. Se hacen fracturas minúsculas en la columna que se rompen y se vuelven a curar una y otra vez, como cuando arreglas una taza con demasiado pegamento. Por lo menos, eso nos explicaron en la facultad de medicina.

»Pero no os equivoquéis; Ah Poh parecía una viejecita encantadora, pero era feroz. Una vez, en la calle Grant, un tipo le intentó robar el bolso. Ella no lo soltó. Y dio un tirón tan fuerte que el tipo perdió el equilibrio. Luego le pegó tales gritos que el hombre se quedó allí tirado, como si lo hubieran derribado con una manguera. Cuando terminó, todos los tenderos estaban petrificados en su puerta, mirando, y el tipo se levantó como pudo y se largó. Me acuerdo de que me quedé allí plantada, con la bolsa de plástico rosa donde llevaba el pescado y el manojo de *bok choy* que habíamos comprado para la cena, y que Ah Poh se volvió hacia mí y me dijo: "Venga, vamos, *neui neui*, vamos a casa". Como si no hubiera pasado nada.

»En fin, después de marcharnos a la universidad, mis hermanas y yo ya éramos adultas, estábamos ocupadas, teníamos novio y trabajo y ya no llamábamos tan a menudo a casa. Ah Poh empezó a hacer lo típico de las abuelas: incordiarnos porque estábamos solteras, decirnos que más nos valía darnos prisa y encontrar a alguien. "¿No te sientes sola? —me decía por teléfono—. Sin familia, ¿qué meta tienes en la vida?". Yo le sugería que aquello era una proyección por su parte; ahora que ya no estábamos, le sobraba el tiempo.

»"Quita, quita —me decía—, no te me pongas pisicóloga, *neui neui*. Esas cosas no se aplican a la gente china. Son solo para los *gweilo*".

»Para entonces ya me había pasado de Medicina a Psicología y mi abuela era la única que no me criticaba por ello. Por supuesto, mis padres no consideraban que la psicología fuera medicina y querían que yo fuera doctora en medicina de verdad. De hecho, creo que todavía no han perdido la esperanza. Es un estereotipo, pero existe por algo, ¿sabéis? La explicación es que han sufrido mucho para llegar adonde están. Se acuerdan de que Ah Poh creció en mitad del arrozal y de todos los años que pasaron apretándose el cinturón para pagarnos la matrícula, ¿y ahora lo íbamos a tirar todo a la basura para perseguir nuestros sueños y hacernos poetisas o bailarinas

interpretativas posmodernas o lo que fuera? Somos su inversión o su pago inicial por lo que han sufrido y está claro que van a sacarnos rédito.

»Pero a lo que iba; Ah Poh no paraba de meterse conmigo porque yo no estaba con nadie.

»—¿Qué pasó con el tal Alex? —me dijo—. Parecía que os iba muy bien.

»Alex me había dejado hacía poco por mi amiga, ahora mi examiga, y encima todavía me debía novecientos dólares que le había prestado y que ya tenía claro que no iba a recuperar. Cuando se lo conté a Ah Poh, chasqueó la lengua.

»—Muy bien —me dijo—. Te diré qué vamos a hacer, *neui neui*. Le voy a poner una maldición.

»Ah Poh tenía muchas supersticiones, somos un pueblo supersticioso, aunque quizás lo sea todo el mundo. No le des la vuelta al pescado en el plato o se volcará tu barca. No dejes el monedero en el suelo o te volverás pobre. No regales tijeras ni cuchillos porque cortarás por la mitad la amistad. No digas el número cuatro. De niñas, no podíamos darnos la vuelta sin chocarnos con algo que nos iba a traer mala suerte. Pero las maldiciones no eran una práctica china de la Antigüedad de la que yo hubiera oído hablar.

»—¿Qué quieres decir con maldiciones? —le pregunté.

»Al parecer se las había enseñado su amiga Marcie, a quien había conocido jugando al bingo en la iglesia del vecindario los martes por la mañana.

»—Pensaba que el bingo te aburría —le dije.

»—Me aburre —me dijo—, pero resulta que a Marcie también. O sea, que le enseñé a jugar al mahjong y ahora lo jugamos todas las semanas en vez del bingo. Y vamos al casino los jueves, que es el día del descuento para los jubilados.

»—Un momento. ¿A qué juegas en el casino? —le pregunté.

»—A las tragaperras —dijo, un poco sorprendida, como si fuera obvio—. Y a veces también al *blackjack*.

»Marcie tenía un ritual: cada vez que alguien la perjudicaba, escribía el nombre completo de la persona en un papel, lo enrollaba y lo congelaba dentro de un cubito. Y lo dejaba en el congelador. Para siempre.

»—Funciona —insistió mi *poh poh*—. A Marcie le cobró de más un contratista por repararle el tejado, así que escribió su nombre y lo congeló. Al cabo de dos semanas, al contratista lo demandó el ayuntamiento por dejar que le caducara la licencia. Dime el nombre completo del Alex ese. Tengo un papel aquí mismo.

»Pensé que no tenía nada que perder, y además discutir con Ah Poh solía ser una batalla perdida, así que le recité el nombre completo de Alex, nombre propio, segundo nombre y apellido y hasta el III y ella lo escribió en un papel y me dijo que lo metería en la cubitera en cuanto colgáramos.

»Y mira por dónde, al cabo de un mes me enteré de que mi examiga le había puesto los cuernos a Alex con su hermana y que ahora estaban saliendo en serio y al cabo de otra semana vi por Facebook fotos de su anillo de compromiso, de tres quilates.

»Después de aquello, mis hermanas y yo empezamos a llamar a Ah Poh cada vez que teníamos con alguien cuentas pendientes que no se pudieran resolver por los medios normales y ajenos a las maldiciones. Cuando a Mina la pusieron de sustituta en su obra, Ah Poh congeló a la actriz que tenía el papel y al cabo de unos días se rompió un pie y la reemplazó Mina. Cuando el jefe de Courtney en su empresa se propasó con ella, Ah Poh escribió su nombre y aquel mismo año lo pillaron falsificando pruebas y lo inhabilitaron. Y cuando el vecino de la casa de enfrente de mis padres colgó el letrero de Trump con la frase MÁNDALOS A SU CASA, escrita a mano encima, también escribió su nombre. Mi madre me contó que se había enterado de que el vecino había pillado un herpes y se había tenido que pasar meses encerrado en su casa. Cada vez que oíamos alguna otra de aquellas desgracias justificadas, llamábamos a Ah Poh para darle la noticia. “Adivina qué ha pasado”, le decíamos, e inyectábamos la siguiente dosis de alegría por el mal ajeno.

»Se lo tomaba muy en serio. Tenía aquellas maldiciones metidas en cubitos de hielo en una bolsa con autocierre de cuatro litros al fondo del congelador, detrás del helado y de los restos del pavo. Una vez, cuando yo todavía vivía en el Área de la Bahía, me llamó:

»—Se ha ido la luz —me dijo.

»—Ah Poh, ¿estás bien? —le pregunté—. ¿Necesitas ayuda?

»Volvió a hacer aquel chasquido con la lengua.

»—Estoy bien —dijo—. No me da miedo la oscuridad. Pero escucha, *neui neui*, tu madre no está en casa y necesito que hagas una cosa.

»Lo que quería era que le llevara una nevera llena de hielo.

»—Ah Poh, acabo de llegar a casa —le dije. Por entonces estaba viviendo en Oakland y no quería tener que cruzar el puente por tercera y cuarta vez en lo que iba de día.

»—Aiyah —me dijo—. Con todas las cosas que he hecho por ti todos estos años ¿y tú no me quieres hacer un favor de nada?

»Cuando llegué, cuarenta y cinco minutos después, arrastrando la enorme nevera roja y blanca marca Coleman que usaba para ir de acampada, mi abuela me recibió en el porche con la bolsa de las maldiciones en la mano.

»—Buena chica —me dijo. Abrió la nevera, metió la bolsa entre el hielo y la volvió a cerrar, con la pulsera de jade tintineándole contra la tapa—. Ya está —dijo—. Debería aguantar hasta que vuelva la electricidad.

»Aguantó, y por la mañana, cuando la llamé para ver cómo estaba, lo primero que me dijo fue que los cubitos volvían a estar en el congelador. No se le había derretido ni uno.

»Murió el otoño pasado, a la provecta edad de noventa y seis años, más pequeña y feroz que nunca, y hasta el final mismo estuvo yendo al casino con Marcie y con su gorra enorme con visera. En muchos sentidos, me alegro de que se muriera antes de que empezara todo esto. Creedme, habría tenido mucho que decir del COVID y demás. Pobre del desgraciado al que le hubiera oído decir la chorrada esa del "virus chino".

»En fin. Fui al Área de la Bahía en febrero, justo antes de que cerrara todo, para ayudar a mi madre a ordenar las cosas de Ah Poh. La última noche que pasé en la casa, mientras todo el mundo dormía, fui al congelador. Seguían estando allí todas las maldiciones, los cubitos de hielo con los papeles de un blanco turbio dentro. Yo quería conocer todo el alcance de nuestra furia. Tener delante a todas las personas que nos habían hecho mal a lo largo de los años. ¿Qué había escrito para sí misma mi *poh poh*? ¿Quiénes la habían perjudicado?

»Extendí los cubitos sobre la mesa y los vi derretirse despacio. Hacía frío en la cocina y tardaron mucho. Pero por fin emergieron: rollitos de papel, liberados por fin, empapados en aquel charco cada vez más grande. Empecé a desenrollarlos.

»¿Y sabéis qué? Estaban en blanco. Todos. Solo había papelitos enrollados y congelados. Sigo sin saber qué pensar de aquello. "No te me pongas pisicológica", como habría dicho Ah Poh.

La Terapeuta ha guardado silencio y, si no fuera porque ha surcado el aire la sirena de otra ambulancia, se podría haber oído caer un alfiler en la azotea del Fernsby Arms.

—Guau —ha murmurado Hello Kitty.

—Quizás fuera una especie de terapia —ha dicho Vinagre—. No quería maldecir a otros, sino complacerse.

—O quizás —ha dicho la Señora de los Anillos— sus maldiciones eran demasiado terribles para ponerlas por escrito. Solo se las decía al papel.

La Terapeuta no ha ofrecido ninguna explicación. El grupo se ha quedado callado. Había caído la noche. Los rascacielos del Midtown, con las luces extrañamente apagadas, eran como enormes ballenas verticales en el mar. Han empezado a resonar a lo lejos unas campanas de iglesia, arrancando ecos por las calles vacías. Las ocho en punto. Nadie parecía estar seguro de qué hacer a continuación, y al final, subyugados por las historias, los presentes se han puesto a recoger sus cosas para bajar a su apartamento. He cogido despreocupadamente mi teléfono, he pulsado el botón de detener grabación y me lo he guardado en el bolsillo. Las historias me habían recordado a mi padre, confinado y completamente solo en el geriátrico, aislado del mundo y de todo contacto humano; he sentido arcadas.

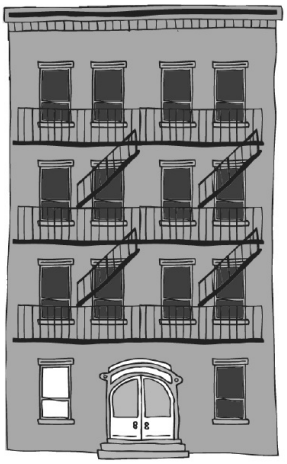
De vuelta en mi habitación, me he pasado mucho rato sentada frente al escritorio descascarillado del conserje, con su tomo enorme delante, pensando en todo. No estaba cansada en absoluto. Todavía me resonaban en el cerebro los relatos que había oído aquella noche. He cogido el Bic mordido y he abierto el libro, o mejor dicho *La biblia*, por las páginas en blanco tituladas «Notas y observaciones». Luego he sacado el teléfono y me he puesto a repetir los relatos que se habían contado, junto con toda la charla y las conversaciones de en medio, deteniéndome y empezando y escribiéndolo laboriosamente todo a mano, añadiendo mis propios comentarios y conexiones entre las partes.

He tardado un par de horas. Al acabar, he reclinado la espalda en la silla desvencijada y he levantado la vista para mirar el techo de poliespuma manchado de mi apartamento. Tenía la sensación de ser una de aquellas personas de las que nos había hablado la Terapeuta, las que se maldecían a sí mismas. Mi vida parecía una sarta de maldiciones a mí misma, pero el hecho de plasmar la velada sobre el papel me ha parecido una especie de purga. Una siempre se siente mucho mejor después de una buena vomitada.

Ha sido entonces cuando he oído unos pasos amortiguados en el apartamento de encima del mío: el 2A. Sabía que estaba vacío porque la biblia del conserje contaba lo que le había pasado al inquilino anterior. Se había vuelto loco allí dentro y cuando por fin habían tirado la puerta abajo, habían aparecido miles de dólares en billetes de veinte doblados y metidos por todas las ranuras y recovecos. Cuando la policía le preguntó al loco por

qué había hecho todo aquello, les contestó que había sido para mantener a raya a las cucarachas y los malos espíritus.

Más me vale registrar el apartamento por la mañana para ver si hay okupas.



Día 2

1 de abril

Cuando he subido esta tarde a la azotea, me ha parecido que estaba corriendo la voz, porque he visto que había varios inquilinos más, ya fuera para vitorear, dar cacerolazos o disfrutar de la puesta del sol. Uno de ellos estaba literalmente tomando el fresco, colocando una de esas butacas inflables de piscina con ventosas. Yo todavía estaba memorizando los números, nombres y detalles de todos. Normalmente no me interesa mucho la gente, pero después de lo de anoche he empezado a sentir una punzada de curiosidad por todos ellos. Me he traído la biblia de Wilbur y me he puesto a hojearla intentando identificar a cada persona que me rodeaba y al mismo tiempo interfiriendo lo menos posible. Pero nadie me prestaba atención; la mayoría de quienes habían subido llevaban un diario o un ordenador portátil. Cuando no estaba hojeando la biblia, la tenía a mi lado en el sofá, cubierta con una manta. Hoy todo el mundo ha subido la merienda: una botella de vino, un *pack* de seis cervezas, un termo, galletas, biscotes salados o queso. Parecían casi embriagados por aquel acto de rebeldía, como si a base de abolir las leyes del casero también pudieran abolir la pandemia.

Las estadísticas del día pintan mal. El estado de Nueva York ya tiene 83 712 casos de COVID y 1941 muertes. El *Times* ha anunciado que Nueva York ya es el epicentro de la crisis del COVID-19 en Estados Unidos. Entretanto, el resto del país sigue viviendo su vida como si no pasara nada. Dicen que es una enfermedad de estados demócratas e incluso una enfermedad de Nueva York; nada de lo que ellos necesiten preocuparse. No sé por qué creen que no les va a llegar también. Cuomo está todas las noches

en la tele largando sin parar, no como el viejo Cara Zanahoria de la Casa Blanca, que sigue diciendo que el problema se va a esfumar, magia potagia.

Ha llegado Eurovisión, emperifollado con pajarita y chaqueta de cuadros, pantalones ajustados y zapatos de cuero calado de dos hebillas. Era una tarde fría, pero yo iba bien guarecida con un discreto termo, esta vez lleno de un cóctel llamado Alabazam que me había inventado a base de rebuscar en la colección de Wilbur: coñac, triple sec, angostura y zumo de lima Rose's. Dios sabe que me hacía falta una copa. Ya llevaba horas en la azotea intentando conectar con la Mansión Vómitos Verdes seguidas de más horas llamando a diversas agencias y departamentos sanitarios. No encontraba a nadie que tuviera una respuesta que darme. No paro de oír rumores de brotes enormes en las residencias de ancianos, pero Cuomo no está haciendo públicas las estadísticas. Si es que tienen alguna. Sentía una necesidad desesperada de anestesiar mi pánico, por mucho que mi padre hubiera odiado que bebiera tanto. Tampoco es que se fuera a enterar nunca.

Al llegar las siete en punto, nos hemos puesto a aporrear, gritar y silbar. Todos menos Vinagre, que se ha limitado a seguir leyendo un libro de poesía. Mientras el ruido iba *in crescendo*, me ha venido una visión repentina de los hermanos Wickersham —todavía oigo el nombre recitado con la voz de mi padre, de cuando yo era pequeña y él me leía el libro—, los Wickersham del cielo, mirándonos con su cara peluda de mono mientras intentábamos hacer el ruido suficiente como para demostrar que existíamos. Para evitar que nos hirvieran vivos en aceite de churricate.

Cuando se ha apagado el ruido, hemos vuelto a ir cada cual a la suya. Eurovisión tenía la música puesta con el volumen bajo. Hello Kitty estaba tecleando en el teléfono. Vinagre leía. Yo bebía.

—Perdón —ha dicho la inquilina del 4D, cerrando de golpe el libro de tapa dura que estaba leyendo y dirigiéndose a Eurovisión—. ¿Sería posible que quienes subimos a la azotea en busca de paz y tranquilidad recibiéramos un poco de consideración? ¿No tienes auriculares?

Según *La biblia del Fernsby*, 4D trabajaba de bibliotecaria en el Whitney. Su marido era médico. Yo ya había tenido trato con ella. La biblia contaba que era la que dejaba las propinas más cuantiosas del edificio, nunca menos de veinte pavos por visita. Voy tan apurada de dinero que un día hice algo terrible. Me había llamado a su apartamento para que le arreglara un desagüe atascado en el baño y así me había sacado veinte dólares. Luego volví, cuando ella no estaba, y le saqué una junta de goma al grifo de la cocina. Así me saqué otros veinte. Sabía que mi padre se habría quedado horrorizado, pero

sin aquellos dos billetes de veinte literalmente no habría podido comprar comida ni pillar el último paquete de papel higiénico de Instacart.

—Lo siento —ha dicho Eurovisión—. Tenía la música puesta para que disfrutara todo el mundo.

—Gracias, pero para serte sincera no la estoy disfrutando.

—Vale —ha dicho él—. Muy bien. —Y se ha metido la mano en el bolsillo para sacarse los auriculares.

—Lo que no disfruto yo —ha anunciado Vinagre de golpe— es que todos estemos aquí arriba escondidos cada cual en su burbuja. Cada uno encogido en su isla de espaldas a los demás. Tampoco es que estemos en el metro y todos podamos bajarnos y volver a nuestra vida. Estamos atrapados aquí juntos durante Dios sabe cuánto tiempo. Quizás nos deberíamos intentar conocer un poco.

—De verdad que prefiero el silencio —ha dicho Whitney, empezando a parecer exasperada.

—Si quieres silencio, en tu apartamento hay todo el que quieras —ha dicho Vinagre—. O ahí fuera. —Señaló las calles vacías—. Ahí hay silencio de sobra.

Al oír aquello, Whitney ha abierto su libro y ha fingido que leía, con la cara ruborizada. Pero no se ha marchado.

Ha intervenido entonces un visitante nuevo, el inquilino que imagino que debe de ser el que la biblia identifica como *Monsieur* Ramboz, del 6A. No estaba segura, sin embargo, porque no tenía ni idea de qué significaba aquel apodo, ya que el hombre no era francés y tampoco se parecía en nada a Rambo; era un viejecillo desaliñado, flaco y frágil que según la biblia era un acérrimo comunista.

—Estoy de acuerdo y creo que deberíamos hablar los unos con los otros —ha dicho con una vocecilla aguda—. El mundo ha cambiado. Y no va a volver a ser como era por lo menos hasta dentro de unos meses. Y aquí estamos jugando con los móviles como Nerón mientras ardía Roma.

—No sabía que Nerón tuviera *smartphone* —ha dicho Florida.

—Pero mira que eres graciosa —ha respondido Vinagre.

—Si me permitís decir una cosa… —ha intervenido la Señora de los Anillos, haciendo tintinear la mano—. Como galerista que soy, llevo toda la vida oyendo a la gente hablar, no os imagináis las chorradas que se oyen en una galería de arte, y estoy harta. Yo también agradecería un poco de silencio y tranquilidad en la azotea.

—¿Galerista de arte? —ha dicho Vinagre.

—Eso es. —La Señora de los Anillos ha enderezado la espalda—. He expuesto obras de algunos de los artistas conceptuales negros más importantes del país; incluyendo a Alex Chimère.

Ha dicho el nombre como si nos tuviera que impresionar tremendamente a todos, pero yo no había oído hablar nunca de Alex Chimère, y, a la vista de las caras inexpresivas que me rodeaban, lo mismo les pasaba a los demás.

—Siento que tengas que rebajarte a mezclarte con el pueblo llano de la azotea —le ha dicho Vinagre.

La Señora de los Anillos se ha ajustado el pañuelo de seda Hermès que llevaba en torno al cuello y ha movido los dedos con gesto irritado, haciendo tintinear los anillos.

—Haces honor a tu apodo, no digo más.

Vinagre se ha levantado y me he preguntado qué iba a pasar. Me daba la impresión de que no era alguien que fuera a dejar pasar un comentario así. Ha carraspeado, ha recorrido lentamente la azotea con la mirada y nos ha mirado a todos a los ojos, uno por uno.

—Sé cómo me llamáis a mis espaldas: Vinagre. Se lo inventó la Como Se Llame del 4C, junto con ciertos rumores sobre mi familia de los que hablaré enseguida. Pero quiero decir de entrada que lo que importa no es cómo te llame la gente, sino a qué nombre respondes tú. Me han llamado cosas que no son mi nombre desde que aterricé en una sala de hospital de este planeta. Mi madre decía que al nacer tenía pinta de rata almizclera, «toda arrugada y encogida y un poco maliciosa, como si ya hubieras estado aquí antes». Mi tía levantaba las manos a modo de disculpa falsa y decía: «Tenías más pinta de *bulldog*, pero se te fue arreglando la cara. Ahora eres guapa. Has sido guapa por lo menos desde los diez años, en cuanto te pusieron la ortodoncia».

»Estudié Bellas Artes aquí, en Nueva York, y después de que leyéramos y representáramos *Huck Finn*, hubo chavales que me empezaron a llamar Jen la Negra. Mi nombre de pila es Jennifer, que está un poco a medio camino entre Jim y Vinagre, así que la del 4C se cree muy ingeniosa, igual que aquellos chavales de mi escuela. Pero escuchad, escuchad, el mismo proceso que se usa para hacer vino es el que se usa para hacer vinagre. La belleza, la clase, el descaro, el arte…, todo es subjetivo. Si parezco una “borde” es porque sé lo bajo que puede caer la gente. E igual que el vinagre es lo mismo que el vino, la sal se puede considerar un irritante que escuece, pero también un condimento que muchos usáis. En cualquier caso, la mujer negra deslenguada,

borde y siempre cabreada es un estereotipo trillado y gastado y la del 4C debería saberlo. Todo el mundo debería saberlo, sobre todo ahora, con la oleada de protestas y con el activismo que demuestra que las vidas de los negros no solo importan, sino que son ricas, plenas y hermosas.

»Mi hijo, Robert, Robbie, que se llama como mi abuelo, que era juez, el primer juez negro del condado de Rockland, nunca ha dejado de ir a las manifestaciones, ni siquiera después de que el gobernador las prohibiera. Me preocupo por él todos los días, quizás por eso se me ve la cara toda crispada; la preocupación es algo que te envejece, por mucho que la piel negra no se arrugue. Estoy orgullosa de él, a pesar del miedo a que coja el virus o algo peor. La violencia policial ha afectado a mi familia mucho más que el COVID este que tiene a todo el mundo tan preocupado. Sí, empatizo con todo aquel que está perdiendo el trabajo y a sus seres queridos, incluso con la del 3C, a quien el idiota de su hijo siempre le está aporreando la puerta para gorrearle primero la poca comida que tiene y después el dinero de la indemnización, y desprecio al idiota del presidente por su inacción y por su narcisismo maligno y su supremacismo blanco sociopático. Pero me preocupa en la misma medida mi hijo y su vida y la forma en que lo ve la gente. Es como si estuviera siempre esperando que me llamaran a la puerta o ver algún video viral que me comunicara que ha muerto con las manos del Estado estrangulándolo. Me pregunto si la del 3C, aunque me debe cincuenta y siete dólares y diecisiete centavos, y ya hace tres meses que me los debe, y eso que sé que le pagaron la indemnización hace una eternidad, me puede entender como latina que es. ¿Acaso le preocupa que la haya dejado de llamar a la puerta su hijo?

»Mi hija, Carlotta, está embarazada, por eso nunca sube aquí con nosotros. Estamos siendo supercuidadosas, algo que ella ya es por naturaleza. Ha tenido fobia a los gérmenes desde la escuela, cuando se popularizaron aquellos llaveros con desinfectante de manos de olor extrafuerte de las marcas Bath y Bodyworks; tiene una pizca de trastorno obsesivo-compulsivo. Solo come con cubiertos de plástico y platos de cartón, no toca nuestra vajilla, usa la camisa o una servilleta de papel para tocar los pomos de las puertas y hace lo que puede para cargarse el medio ambiente con todo lo que tira. Antes de divorciarme, la mandamos a una psicóloga, pero Carlotta me pidió dejar de ir al cabo de un mes porque la psicóloga “solo quiere hablar de ti, madre, y me manda deberes como lamer el asiento del retrete para que vea que no me voy a morir”. No la culpé por querer dejar de ir, ninguna psicóloga debería sugerir esa clase de terapia de choque ahora, porque sus clientes pueden contraer el

COVID y qué sé yo qué más. Ya está de seis meses, pero apenas se le nota porque es muy flaca. Así somos todas las embarazadas de mi familia, flacas y con una especie de pelota de fútbol en la barriga, como esos embarazos falsos de la tele, hasta que llegamos al octavo mes y nos inflamos. Me da la sensación de que Carlotta es especialmente feliz, no solo por el bebé que se avecina (aunque la cuestión de cómo y dónde va a dar a luz a su nena en estas circunstancias es otra causa constante de estrés para mí), sino porque tiene excusa para llevar guantes y mascarilla incluso dentro de casa y para untarse todo el cuerpo con desinfectante de manos. Así es mi hija, dulce, pero un poco boba; si pudiera, seguramente se bebería el yodo o el alcohol de friegas.

»Lo cual me lleva otra vez a la Como Se Llame del 4C, que sé que es quien empezó el rumor de que a Carlotta la dejó embarazada en el lavabo de un McDonald's un granuja llamado Benjamin al que he visto pulular por ahí pero no he conocido en persona. Tiene unos rizos naturales y relucientes, eso que los tontos llaman "pelo del bueno". Dice que es dominicano, pero a mí me parece negro y seguramente sea un camello. (No lo digo porque sea dominicano y parezca negro, dejemos eso bien claro, sino porque siempre está cerca de algún portal o algún callejón). Pero volvamos con la del 4C. Carlotta nunca usaría un lavabo público, y mucho menos en un McDonald's, quizás en un Starbucks si estuviera desesperada, y lo cierto es que nunca follaría sin protección en uno. Dicen que es imposible saber lo que hacen tus hijos, pero yo conozco a mi nena, y el padre de su bebé es su novio desde hace seis años, un hombre igual de dulce y voluntarioso que se llama, no os lo perdáis, Carl.

»Carl y Carlotta, una coincidencia que les parece encantadora, llevan juntos desde que ella tenía dieciocho años. Querían casarse ya entonces, pero le dije que se esperara a terminar la carrera en la CUNY. No quería que terminara joven y divorciada como yo, con un bebé o incluso dos. Dejó la universidad en el segundo año para intentar emular mi carrera de artista y pintar cuadros surrealistas y absurdos. Pero digámoslo claramente: algunas de sus obras son buenas, pero nunca podrá mantener a una familia con su arte como he hecho yo con el mío y con los cheques de la pensión alimenticia. Mi obra es la clase de arte que has de mirar desde el ángulo correcto, un poco como pasa conmigo. Por desgracia, Carlotta necesita formación y quizás un poco más de mis genes y menos de los de su padre. Solo le puedo enseñar el oficio hasta cierto punto.

»Mirando el lado bueno, Carl tiene un buen empleo como trabajador esencial, técnico de emergencias médicas. Ya no lo vemos nunca, y cuando habla con Carlotta por teléfono le cuenta unas historias terribles que no quiero

repetir aquí porque, a diferencia de la Como Se Llame, no me meto en los asuntos ajenos.

»A la del 4C le iría bien practicar la misma ética. Antes de este confinamiento, yo no paraba de ver entrar y salir de su apartamento a toda clase de gente y a todas las horas del día, a pesar de las restricciones de visitas. Ella dice que son trabajadores esenciales, que le hacen cosas en el apartamento que no hace la conserje…

He notado que me miraban. Aquella mujer no me había llamado ni una vez. Ya estaba abriendo la boca para protestar cuando he entendido lo que estaba insinuando Vinagre.

—… y supongo que es una descripción adecuada. Los supuestos fontaneros y pintores nunca llegan con herramientas ni suministros y se van con las manos igual de vacías mucho después de que terminen los horarios de trabajo, ya me entendéis, y sin una sola marca ni mancha, a menos que contemos los chupetones.

»Si hay alguien borde aquí es ella, porque el cartero nunca la llama dos veces; ninguno de esos hombres vuelve a aparecer nunca por su apartamento. Me ha contado una fuente fiable del edificio que la tía envidia mi carrera artística y lo bien que les va a mis hijos. Quizás sea estéril. No sé cómo se gana la vida, a menos que sea con trabajo sexual, y no tiene nada de vergonzoso trabajar de eso, pero la del 4C se dedica a propagar rumores como si fueran enfermedades sociales, enfermedades de transmisión sexual. Ella tiene la enfermedad en la boca, no se puede callar esos labios pintarrajeados. Me daría lástima si no fuera tan arpía.

Vinagre ha hecho una pausa momentánea y luego ha levantado la voz como si la vecina ausente del 4C la pudiera oír a través de la tela asfáltica de la azotea.

—Quizás sí que me das lástima, 4C, a pesar de todo. Podrías ser preciosa, incluso con ese lunar gigante (que alguna vez te podrías plantear depilarte), si no fuera por tu personalidad, igual que yo sé que soy un buen vino con un corcho complejo. Cualquiera y cualquier cosa puede serlo, salvo el presidente; incluso este momento tan feo y tumultuoso, que nos ha juntado, si lo miras desde el ángulo adecuado. Así pues, hola a todos, me llamo Jennifer y es el único nombre al que respondo.

Al final de este sorprendente monólogo, Vinagre —en mi cabeza yo era incapaz de llamarla Jennifer, por mucho que supiera que debía intentarlo— ha vuelto a mirar a su alrededor, como si estuviera lanzando un desafío. No me sorprendía que su abuelo fuera juez. Me lo imaginaba perfectamente bramando desde el estrado, blandiendo su mazo; alguien a quien más valía no tocar las narices.

Para mi sorpresa, Florida no la ha interrumpido ni siquiera cuando ha mencionado a su hijo o la ha acusado de deberle dinero. Se ha quedado ahí sentada, con las manos juntas, arrebujada en el chal, con una mueca todavía más crispada de desdén. En un momento dado, me he fijado en que Vinagre se volvía para mirar por encima de mi hombro en dirección a un mural recién pintado que hay en la pared embreada de la caseta por donde la escalera emerge a la azotea. Llamaba tanto la atención que no me puedo creer que no lo haya visto antes, mientras hacía mis llamadas telefónicas. Vinagre lo debe de haber pintado hoy mismo. La obra consiste en retratos de tres niños negros felices, llenos de color y vigor en las pinceladas. No soy crítica de arte, pero me parece una buena pintura. Muy buena. Ahora también la han visto los demás y unos cuantos se han levantado para examinarla más de cerca. Incluso la Señora de los Anillos. Me he fijado en la «firma» de Vinagre: sus iniciales encima de una botella de vinagre Heinz. Está claro que no le molesta tanto su apodo.

—Son mis niños cuando eran pequeños —ha explicado Vinagre—. Supongo que hay espacio en la pared para todo el mundo que lo quiera. Puedo dejar pintura, pinceles y latas de espray en una caja junto a la puerta si me prometéis que no os vais a cargar mis materiales. Cualquiera puede escribir un mensaje o hacer una pintura o lo que sea. —Ha mirado a su alrededor—. Este edificio ya es insalvable, pero por lo menos, mientras estemos aquí atrapados, nos lo podemos apropiar.

Whitney nos había estado haciendo el vacío de forma estudiada todo aquel tiempo, pero ahora ha dejado su libro, se ha levantado y ha caminado hasta el mural para verlo más de cerca. Me ha sorprendido ese interés repentino.

Whitney se ha vuelto hacia Vinagre:

—¿Sabes? Creo que he visto antes tu obra. ¿No fue el año pasado en una galería de la Avenida C? No me acuerdo de cómo se llamaba.

—Pues sí —ha dicho Vinagre con una satisfacción inmensa, juntando las manos sobre el regazo—. La galería Loisaida. «Retratos fantasma». Vendí cinco piezas de aquella exposición. —Ha hecho una pausa—. ¿Cómo es que la viste?

—Trabajo en el Whitney —ha dicho Whitney—. Llevo la biblioteca del museo. Me interesa mucho el arte contemporáneo. Antes trabajaba de tasadora.

—Ah, me encanta el Whitney —ha dicho Vinagre.

—Pues a mí me parece —ha dicho la Señora de los Anillos— que el casero te debería hacer una rebaja en el alquiler por introducir mejoras en el edificio.

—O multarla por vandalismo —ha dicho Florida en tono envarado.

—Gracias, Jennifer, por añadir un poco de color a nuestra vida —se ha apresurado a decir Eurovisión, adelantándose al altercado inminente—. No entiendo cómo el casero puede tener el edificio hecho una ruina.

Me ha echado un vistazo mientras lo decía, lo cual me ha dado ganas de atizarle un mamporro. Empezaba a tener la sensación de no ser popular entre los inquilinos. En fin, citando la maldición que solía lanzar mi padre cuando lo cabreaba mucho alguno de sus inquilinos, *Îmi voi agăta lenjeria să se usuce pe crucea mamei lui*, 'le voy a colgar mi ropa interior a secar en la cruz de su madre'.

—¿Por qué ese título, «Retratos fantasma»? —ha preguntado Whitney.

—Porque era gente a la que yo había conocido y que había muerto. Me imaginé qué aspecto tendrían sus fantasmas y los retraté. Tengo la idea de que el fantasma de una persona son simplemente los recuerdos, deseos y penas de la persona muerta, todos enredados y enmarañados, que se quedan atrás cuando se marcha el alma purificada. Por tanto, fue eso lo que intenté plasmar.

—¿Como el viejo Abe, el que murió en el 4C? —ha dicho la Señora de los Anillos—. Deberías pintar su fantasma. No me extrañaría que todavía rondara por aquí.

La Hija del Merenguero se ha estremecido.

—Tanto hablar de fantasmas ha hecho que me entre frío. —Y se ha arrebujado dentro de su chaqueta.

—Una vez vi un fantasma —ha dicho Whitney.

—¿En serio? —ha añadido Eurovisión.

—Absolutamente en serio. Fue en mayo de 1990. Estaba en un congreso de bibliotecarios en San Antonio, alojada en el hotel Menger, un edificio antiguo con bastante encanto construido a finales del XIX. Pues resulta que el hotel

está justo delante de El Álamo, que ahora queda dentro de unos pequeños jardines botánicos llenos de árboles y arbustos, cada uno con una plaquita metálica que lleva su nombre.

»Había venido a verme un amigo de Houston y me sugirió que visitáramos El Álamo porque era botánico y le interesaban las plantas. También pensó que quizás me interesaría el edificio. Me contó que lo había visitado unas cuantas veces de niño y que le había parecido "evocador", de forma que paseamos un rato por los jardines, miramos las plantas y después entramos.

»El monumento conmemorativo que hay ahora es la antigua nave principal de la iglesia, que básicamente no son más que cuatro paredes de piedra. De la iglesia en sí no queda nada: el suelo y las paredes, con las marcas de miles de balas; la piedra parece mordida. Hay un par de salas más pequeñas semiabiertas en la parte delantera de la iglesia, antaño ocupadas por la pila bautismal y una capilla pequeña. Originalmente estaban separadas del recinto principal con pilares de piedra y muros parciales.

»Alrededor de la sala principal hay unas cuantas vitrinas de museo en las que se exponen los artefactos que han conseguido reunir las Hijas de Texas: una colección bastante lastimosa que incluye cucharas, botones y (ya resignados a poner cualquier cosa, creo yo) un diploma que certifica que uno de los defensores se había graduado en la Facultad de Derecho (igual que varios otros artefactos, aquel no había estado presente en El Álamo en el momento de la batalla, sino que lo había donado más adelante la familia del hombre al que había pertenecido).

»Las paredes están decoradas con unas pinturas al óleo horrendas que muestran a varios de los defensores en un surtido de "poses" heroicas. Sospecho que todos los pintaron las Hijas de Texas en alguna clase de arte celebrada especialmente a tal efecto, aunque admito que esta conjetura es un poco insultante para las Hijas. En cualquier caso, si hablamos de museos, este no era uno.

»Reina el silencio, debido a la presencia de la mujer que blande el letrero de ¡SILENCIO, POR FAVOR! ¡ESTO ES UN SANTUARIO! en mitad de la sala, pero, por lo demás, el lugar no tiene una atmósfera particularmente reverencial ni temible. No es más que una sala grande y vacía. Mi amigo y yo paseamos lentamente por el recinto haciendo comentarios por lo bajo sobre las pinturas y mirando los artefactos.

»Y entonces me encontré con el fantasma. Estaba en la parte delantera de la sala principal, a unos tres metros de la pared, cerca del cuartito de la

izquierda (según se entra). Me sorprendió mucho, porque no había esperado encontrarme a un fantasma y, aunque me lo hubiera esperado, no me lo habría imaginado así.

»No vi nada, no experimenté ningún frío ni opresión ni malestar. El aire era un poco más cálido donde yo estaba, pero no lo bastante como para que fuera perceptible. La única sensación clara que tuve fue de… comunicación. Una comunicación muy clara. Sabía que el fantasma estaba allí y ciertamente él sabía que estaba yo.

»¿Alguna vez has mirado a los ojos a un desconocido y has sabido al instante que era alguien que te caía bien? Experimenté un fuerte impulso de seguir allí de pie, comunicándome (por decirlo así, ya que no había intercambio de palabras) con aquel hombre. Porque estaba rotundamente claro que era un hombre.

»Di por sentado de forma natural que me estaba imaginando aquello y me volví en busca de mi amigo para restablecer la sensación de normalidad. Lo tenía a un par de metros. Pero cuando me acerqué dos pasos a él, perdí el contacto con el fantasma, dejé de sentirlo. Fue como dejar a alguien en una parada de autobús.

»Sin decir nada a mi amigo, volví al sitio donde había encontrado al fantasma. Allí estaba. Una vez más, él también fue muy consciente de mí. “¡Ah, ahí estás!”, aunque no intercambiamos aquellas palabras ni ninguna otra.

»Probé el experimento dos o tres veces más, alejándome y regresando, con resultados parecidos. Si me alejaba, dejaba de sentirlo; si regresaba, ahí estaba de nuevo. Para entonces, a mi amigo ya le estaba entrando una curiosidad comprensible. Se me acercó y me susurró, en broma: “¿Todas las bibliotecarias hacen eso?”. Estaba claro que él no notaba al fantasma, estaba aproximadamente en el mismo sitio donde había estado yo. No dije nada. Me limité a sonreír y salí con él para continuar nuestras investigaciones botánicas.

»Todo el episodio me había parecido muy raro y al mismo tiempo muy normal, de forma que volví sola a El Álamo los dos días siguientes. Pasó lo mismo: allí estaba el fantasma, en el mismo lugar, y me reconocía. Me limitaba a quedarme allí de pie y establecer algo que solo puedo llamar “comunicación mental”. En cuanto me iba del punto exacto, que era un área de quizás sesenta centímetros por un metro, dejaba de sentirlo.

»Me pregunté quién sería, claro. Había placas metálicas desperdigadas por las paredes de la iglesia que indicaban las estadísticas vitales de los

defensores de El Álamo y me paseé por el recinto intentando ver si alguna me resultaba familiar. No me pasó con ninguna.

»Les mencioné el episodio a algunos bibliotecarios del congreso y todos se mostraron muy interesados. No creo que ninguno llegara a ir a El Álamo, y si lo hicieron no me lo dijeron, pero más de uno me sugirió que quizás el fantasma me quisiera contar su historia, dado que yo era archivista. Dije en tono poco convencido que no me parecía que fuera eso lo que quería, pero en mi siguiente —y última— visita a El Álamo, se lo pregunté tal cual.

»Me quedé allí y pensé, de forma consciente, con palabras: "¿Qué quieres? No puedo hacer nada por ti. Solo puedo hacerte saber que sé que estás ahí; que me importa que vivieras y me importa que murieras aquí".

»Y él me dijo, no en voz alta, aunque oí con claridad las palabras en mi mente: "Con eso basta".

»Con eso bastaba; no quería nada más. Fue la única vez que me habló. Mi visita a El Álamo estaba completa. A continuación, di un pequeño rodeo para eludir a un grupo de turistas que se interponía en mi camino. En vez de ir en línea recta hasta la puerta, di la vuelta al pilar que separaba la nave principal de la iglesia de uno de los cuartos pequeños. Y en el ángulo de aquella pared, invisible desde el santuario principal, había una placa metálica.

»La placa decía que el cuarto pequeño se había usado como polvorín durante la defensa del fuerte. En las últimas horas del asedio, cuando ya estaba claro que iba a caer la plaza, uno de los defensores había hecho un intento de volar el polvorín, a fin de destruir el fuerte y llevarse por delante a tantos atacantes como fuera posible. Sin embargo, al hombre lo habían matado de un tiro, justo delante del cuarto, antes de que pudiera tener éxito en su misión; más o menos, en el sitio donde me había encontrado al fantasma.

»Así que no estoy segura: el fantasma no me dijo cómo se llamaba ni me pude hacer una idea clara de su aspecto, solo me llevé la impresión general de que era bastante alto, ya que de alguna forma me hablaba desde arriba. En cualquier caso, el hombre que murió intentando volar el polvorín se llamaba Robert Evans. Su descripción decía que "tenía el pelo negro y los ojos azules, medía más de metro ochenta y siempre estaba alegre". Esto último concordaba ciertamente con el hombre al que yo había conocido, pero no hay forma de saberlo con seguridad. La descripción aparece en un libro titulado *Los defensores de El Álamo*, que me compré en la librería del museo a modo de gesto de despedida. Nunca había oído hablar ni de Robert Evans ni del episodio del polvorín. —Whitney ha hecho una pausa momentánea—. Y ahí se acaba la historia.

—Mmm. ¿Esa historia es verdad? —ha preguntado Eurovisión en tono de recelo—. O sea, todo el mundo que cuenta historias de fantasmas empieza diciendo que son verdad, pero quiero saber si esta realmente lo es.

—Es completamente de verdad —ha dicho Whitney.

—¿Y crees que sabía que estaba muerto? —le ha preguntado Vinagre—. Quizás se convirtió en fantasma porque no lo sabía.

—Es justamente lo que pensé —ha dicho Whitney—. Que lo abatieron de un disparo tan deprisa que no tuvo tiempo de experimentar su muerte. Luego la explosión acabó con su cuerpo, o sea, que no hubo entierro y quizás ni siquiera funeral. Se quedó allí atrapado en aquel sitio, aturdido y preguntándose qué estaba pasando, arrancado de la vida, pero incapaz de llegar al otro mundo. La gente dice que los fantasmas se quedan aquí porque tienen cuentas pendientes en el mundo, pero creo que muchos son como él; no tienen clara su condición, por así decirlo.

—Yo creo que la cosa va más allá —ha dicho la Señora de los Anillos—. La gente tiene tanto miedo de morir o le tiene tanto apego a la vida que a veces, cuando le llega el momento, no puede aceptar que ha muerto. Niega la realidad. Sobre todo si la muerte es rápida y no hay funeral.

—¿O sea, que crees que los fantasmas van a su propio funeral? —le ha preguntado Eurovisión con una risa forzada.

—Yo iría al mío, lo tengo claro —ha dicho Vinagre—. Aunque solo sea para ver quién no ha ido.

—Quizás lo importante sea ver cómo meten tu cuerpo bajo tierra —ha dicho la Señora de los Anillos—. Si no, no te lo puedes creer.

Florida ha fruncido el ceño.

—Me pregunto cuántos fantasmas mexicanos rondan también por allí. Solo estaban intentando recuperar la tierra que les habían robado. ¿Por qué dedicar energía a llorar a hombres como Robert Evans?

—No niego que tengas razón —ha dicho Whitney—, pero ¿con qué dureza tenemos que juzgar a los muertos?

—Con toda —ha dicho Hello Kitty—. Hay que ponerlos contra el paredón y fusilarlos.

Vinagre ha fruncido el ceño.

—Tenemos derecho a juzgar a los muertos.

—¿No creéis que el hecho de haber vivido ya tiene un valor? —ha dicho la Señora de los Anillos—. A todos se nos juzgará al final, pero por lo menos tenemos la dignidad de haber existido.

Yo ya no soportaba aquella conversación. Había hecho lo posible para intentar no preocuparme por mi padre, a quien el silencio de la Mansión Mocos Verdes le estaba negando la dignidad y hasta la misma existencia. O por lo menos, esa era la sensación que me producía.

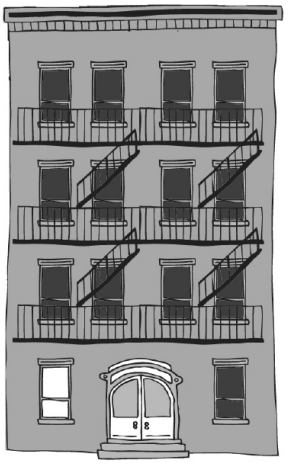
Un coro de sirenas nos ha impedido hablar durante un momento largo. Debía de haber media docena de ambulancias subiendo a toda pastilla por The Bowery. Me pregunté qué contagio masivo debía de haber tenido lugar: quizás vinieran de algún otro geriátrico abarrotado de moribundos.

Cuando se ha desvanecido el ruido de las sirenas, la conversación sobre los muertos ya parecía haber puesto punto final a la velada. Las campanas de una iglesia se entrometieron en el silencio y supuse que debían de venir de la antigua catedral de San Patricio de la calle Mulberry. Todos hemos sentido que tanto la conversación como nuestra reunión se habían acabado y, obedeciendo a una señal inconsciente, nos hemos puesto a recoger nuestras cosas y a bajar las escaleras.

Pero me he alegrado de oír las historias, no lo voy a negar. Ha estado bien tener un descanso del miedo. Aun así, mientras cogía mi teléfono y apagaba la grabadora, he pensado con un escalofrío en los muchos fantasmas nuevos que ahora rondan esta ciudad en pandemia y en los muchos que todavía están por venir. Confío en que todo esto se termine pronto.

De vuelta en mi pequeño armario de las escobas, me he puesto inmediatamente a transcribir los relatos de la velada y a añadir mis comentarios. Me he pasado media noche con esto, pero aun así no me ha venido nada de sueño. Por alguna razón, se me han pasado del todo las ganas de dormir. A pesar de eso, me he quedado tumbada en la cama y he estado mucho rato despierta. Y, en efecto, han regresado los pasos en el piso de arriba, lentos y medidos como unas campanadas. Y luego he oído la música lejana de un piano Wurlitzer, procedente de alguna parte del edificio, tocando una versión lenta y nostálgica de una vieja melodía de *jazz* que me ha hecho sentir más sola que nunca.

Día 3



2 de abril

Una vez más, después de fregar los pasillos y cubrir con cartón y cinta aislante un par de ventanas rotas de la escalera, me he pasado el resto del día intentando contactar con mi padre en la Mansión Bichos Verdes. Se me ha ocurrido coger directamente un tren y plantarme allí, pero, con la Guardia Nacional rodeando la zona, me he dado cuenta de que no llegaría nunca. Y coger el Metro North sería como subirme al Epidemia Exprés. Mi único consuelo es que seguramente mi padre no se esté enterando de nada de lo que está pasando. La mayor parte del tiempo ya no se acuerda de quién soy, así que, a fin de cuentas, no me va a echar de menos. Solo confío en que el virus no haya conseguido entrar en la residencia. Lo único que quiero es verlo, saber que está bien. Me mata que Instagram y Twitter estén llenos de *posts* de nietecitos con las mejillas sonrosadas haciendo dibujos delante de las residencias de ancianos, perros y adultos llorosos pegados a la barrera de cristal que los separa de esas manos con manchas de la edad. Quizás sea así la cosa si te puedes permitir una residencia privada y cara, pero ciertamente no en la Mansión Cacas Verdes.

He consultado las cifras para poder tomar nota de las estadísticas de hoy. No sé por qué me resulta relajante, cuando las cifras no lo son en absoluto; supongo que me delimitan la catástrofe en la mente. Hoy, 2 de abril, se ha llegado a los 92 381 casos en el estado de Nueva York. La cifra es más alta que el número total de contagios que se ha registrado en China. 1562 muertos en la ciudad en esta mañana de jueves. Las noticias de la CBS han anunciado que hoy se han recibido más llamadas al número de emergencias que el 11 de septiembre de 2001.

Pensadlo por un momento. Todas esas ambulancias. Una ciudad asolada por múltiples 11-S.

Me doy cuenta de que la azotea se ha empezado a convertir en un refugio para los habitantes del edificio, pero, nada más llegar esta tarde, ya he visto que iba a haber problemas. Estaba la vecina del 4C, en quien Vinagre se cagó anoche, vestida de punta en blanco y en pie de guerra. Es una mujer flaca y fibrosa estilo adicta al gimnasio, con los brazos musculados, una melena rubia larga y frondosa y un lunar discreto en la barbilla; resumiendo, una diosa. No es mi tipo, pero me ha picado la curiosidad, por mucho que no me quiera mezclar con los inquilinos. Apostada sobre unos vertiginosos zapatos de tacón alto de charol rojo rubí de Louboutin. ¿De dónde demonios saca el dinero para unos zapatos así viviendo en este cuchitril?

Vinagre la había llamado Señoritinga, pero yo no había tardado en encontrarla en la biblia del conserje. Era Tacones Altos, claro. Al parecer, es *influencer* de Instagram especializada en fotos de sus pedicuras. Doscientos mil seguidores.

Ahora Tacones Altos estaba de pie frente a la puerta, con el cuerpo flexionado como un boxeador que espera la campana, mientras los demás íbamos subiendo a la azotea a nuestra manera desorganizada de costumbre, instalándonos en nuestros asientos socialmente distanciados con nuestra copa y nuestra merienda. Nada más aparecer Vinagre, Tacones Altos se le ha echado encima:

—Has estado rajando de mí —ha dicho Tacones Altos, cortando el aire con su acento de zona residencial de Nueva Jersey tipo Los Soprano, del todo discordante con su apariencia gloriosamente diseñada.

Vinagre ha seguido caminando como si nada hasta su asiento, impertérrita, mientras Tacones Altos la seguía. Vinagre llevaba un enfriador de vino en una mano y una mesita plegable debajo del brazo. Mientras Tacones Altos se plantaba a su lado, fulminándola con la mirada, Vinagre ha desplegado una mesilla redonda, se ha sacado de la mochila una copa y un sacacorchos, ha desprecintado la botella, la ha descorchado, ha olisqueado el corcho, se ha servido un poco para probarlo, ha agitado suavemente la copa y lo ha vuelto a probar mientras todo el mundo observaba subrepticiamente el decurso del drama. Al final, Vinagre ha asentido con satisfacción y se ha servido el vino.

Solo entonces se ha dignado a mirar a su antagonista, plantada frente a ella con los brazos en jarras. Se ha reclinado en su silla, aumentando la distancia social entre ambas, y le ha dicho con calma:

—Tú has estado rajando de mí desde que me alcanza la memoria. Solo te he devuelto el favor. —Se ha sacado de la mochila una gamuza empapada en alcohol (el olor químico ha aumentado más la tensión ambiental) y una segunda copa de vino y ha procedido a limpiar el cristal con la precisión de una pintora que limpia su lienzo. Luego ha llenado la segunda copa de vino y se la ha ofrecido a Tacones Altos, que ha dado un paso atrás, alarmada.

—Ahora, lárgate con tu aliento de coronavirus a otra parte —ha dicho Vinagre— y déjame que disfrute de la conversación con mis amigas. —Se ha vuelto hacia Eurovisión—. ¿Verdad que sí?

—Mmm —ha respondido él, nervioso. Llevaba una pajarita nueva de cachemir, camisa de rayas y pantalones verdes ajustados con estampado de patitos amarillos. Estaba claro que nuestra azotea iba a hacer las veces de Eurovisión 2020—. Mmm, señorita, eeh, lo siento, no sé cómo se llama, pero es bienvenida a sumarse a nuestra conversación.

—Prefiero pasarme la tarde metida en el culo de Satanás en compañía de escorpiones que escuchar vuestra conversación de zorras. —Tacones Altos ha girado sobre sus talones y se ha marchado dando un fuerte portazo con la puerta de la azotea al salir.

—Guau —ha dicho Florida abanicándose aunque era una tarde fría—. Mi madre siempre decía: «Quien ladra es porque va con perros», ¿me entendéis? Esa mujer es un bicho.

—Se paga esos puñeteros zapatos zorreando por todo Instagram —ha dicho Vinagre—. Eso me han contado.

—Está claro que el mundo ha cambiado —ha continuado Florida— para que una imbécil como esa, con un aro de luz y los pies bonitos, gane dos mil pavos a la semana colgando fotos de pies. Me acuerdo de cuando el café con leche costaba un dólar y el supermercado *gourmet* se llamaba bodega. Mira que he visto cosas y ¿alguna vez he dicho algo al respecto? Ya os podéis creer que no.

»No como esos blanquitos, que no paran de denunciarnos al 311. Te gusta una canción en la radio y subes un poco el volumen y al cabo de un momento ya estás oyendo la sirena por la ventana y tienes a un poli llamándote al timbre para que lo bajes. Como si las buenas canciones pudieran molestar a alguien. Para ellos solo es ruido porque no lo escuchan. La música nos da una vía de escape, colorea las mierdas de la vida y, os lo aseguro, necesitamos esa puta música porque la vida no siempre nos trata bien. ¡Sobre todo ahora! ¿Me entendéis?

Florida hablaba como si tuviera una historia que contar. Me estaba empezando a gustar aquello. Me serví el cóctel del día, un Rusty Nail, y me acomodé en el sofá con el móvil cargado y grabando.

—Siempre he jugado limpio, he trabajado duro y he pagado mis facturas creyendo que cuando me hiciera mayor me podría jubilar en mi país o que podría jubilarme sin más y cobrar mi pensión, pero es lo que dicen: tú haces planes y Dios se ríe y, oh, Dios mío, nos quedamos todos sin trabajo y los únicos que se libraron fueron los ricos y yo tenía cincuenta y cinco años cuando trasladaron la fábrica. Los jefes dijeron que ya no nos podían pagar.

»¿Sabes cuánto ganaba después de trabajar diecinueve años en aquella fábrica de muñecas? Once dólares la hora. Si no hubiera hecho horas extra los sábados y las vacaciones, no me habría llegado para el alquiler ni para la luz ni el gas ni el cable ni el teléfono ni la comida. Pero los jefes dijeron que nos pagaban demasiado. Y a mí me pagaban más que a la gente nueva, o sea que imaginaos. Nos quedamos todos sin trabajo y sin nadie a quien acudir. Hasta mi hijo, que fue a una universidad pija y trabajaba en uno de los grandes bancos, se quedó sin trabajo y estaba peor que yo porque no había ahorrado ni un centavo. Lo compraba todo con la tarjeta de crédito creyendo que ganaría una pasta gansa para siempre. ¡Ja! Para los pobres no hay seguridad ni nada que sea para siempre. Solo hay trabajo a destajo y siempre hace falta suerte. Mira que se lo dije, pero no creáis que me escuchó.

»En fin, me rompió el corazón verlo sin trabajo y desesperado, porque estoy acostumbrada a vivir con muy poco, pero a mi hijo le gusta el calzado de marca y tiene a dos críos en la escuela privada y una mujer a quien le gusta arreglarse las uñas y el pelo todas las semanas. Así que, claro, vino a mí para pedirme ayuda creyendo que yo tenía ahorros. Por entonces tenía mil trescientos dólares, más de lo que le quedaba a él en el banco, lo cual es una locura porque él trabajaba para un banco. Pero eso no era ni la mitad de su alquiler. Le di el dinero, pero no todo, porque, aunque los cheques del paro me cubrían casi todas las facturas, me guardé doscientos dólares para una emergencia.

»Por entonces, aunque el mundo se estaba cayendo a pedazos, yo era optimista. ¿Os acordáis de cuando salió elegido Obama con aquella cantinela del “Sí se puede”? Dios, qué prendada me quedé con las esperanzas y los sueños que nos vendía. Y carajo, lo guapo que era. ¡Qué guapo! En las

primeras semanas después de que lo eligieran presidente me despertaba sintiéndome de maravilla porque me había visitado en sueños. En el sueño estábamos en una habitación de una casa preciosa y nuestras miradas se encontraban y él me miraba con aquella cara como diciéndome: “Te veo, Florida Camacho”. Y si no estuviera casado con Michelle, sé que me habría sacado a bailar. Y tal como se mueve Obama, está claro que sabe bailar. ¡Sí se puede, papi! Sí se puede, en mi cocina, en mi sala de estar, en mi dormitorio.

»Ay, ¿no lo echáis de menos? El bailar, el estar pegado a alguien, la música tan fuerte que no te oyes pensar, la vibración de los altavoces en el corazón y los pies abriendo surcos en el suelo, llegando a la raíz de las cosas. Y con la persona adecuada, alguien que te pueda abrazar como Dios manda cuando bailas, poniéndote la mano en la espalda baja, y por un momento te da la sensación de que todo va a ir bien.

»Pero ahora estamos atrapados. Dios no se anda con bromas. No podemos ni darle la mano a nadie. Dos metros de distancia. Qué triste. Y si toses porque te has atragantado con algo, todo el mundo te quiere tirar una piedra. Ni siquiera mi hijo me quiere visitar, y eso que no le he fallado nunca, por muchos líos en que se meta. Ni siquiera quiere saludarme con la mano por la ventana. Sabe que no veo a nadie más. A nadie, porque tengo asma y la última vez que pasé una neumonía casi me muero. Sabe que voy con cuidado y que no le va a pasar nada por visitarme. Pero no, dice que está intentando protegerme de enfermar, haciendo ver que le importo. Pero miente. ¿Y sabéis de qué me está haciendo darme cuenta toda esta soledad? De que me he estado mintiendo a mí misma. Cuando llega la sangre al río, estamos solos. Y la gente es capaz de matarse por el último rollo de papel higiénico.

»¿Os acordáis del año en que tuvimos una nevada tras otra y las aceras eran como una pista de patinaje? Y la mayoría de los conserjes echaban sal la noche antes para que pudiéramos caminar sin matarnos cuando intentábamos llegar a la parada del autobús. Pero resulta que el vago del conserje de la esquina de la calle Clinton dejó que se acumulara el hielo. Un peligro de verdad. Y un día en que yo iba con prisas y no me imaginaba que me pudiera pasar una tragedia, pisé aquel hielo, me resbalé en la acera, me estampé contra el edificio y se me enganchó el pie en la verja de hierro. Me rompí la rodilla y me hice una fisura en la cadera.

»¿Os podéis creer que llamé al abogado ese que se anuncia en los autobuses? “No hay caso demasiado grande ni demasiado pequeño”, decía. Y tal como prometía en su anuncio, me llegó el dinero. Y entonces ya os podéis imaginar que mi hijo sí que vino a visitarme al hospital, varias veces, y

siempre quería hablar directamente con el abogado, se supone que con mis intereses en mente, pero le dije al abogado que mi hijo no era de confianza. Porque es verdad. Es lo que pasa cuando te haces vieja, que dejas de mentirte a ti misma. O quizás simplemente pasó que yo dejé de mentirme. Cuando mi hijo se quedó sin trabajo, se puso a beber y se dio al juego porque siempre se había creído afortunado. Pero no lo es. Yo no paraba de decirle que todo lo que había tenido venía del trabajo duro, en la escuela y en el trabajo, pero él siempre estaba buscando el atajo que lo llevara a hacerse rico. Así que cuando me llegó la indemnización, me visitaba todo el tiempo, claro. Y le di una buena parte. Pero luego le dije que ya se había acabado, para ver si seguía pasando a saludar. Confiando en que viniera porque quería a su madre y sabía lo feliz que me haría y quizás incluso me traería a mis nietas para que las viera. Pero no vino ni una vez.

»Mi hijo cree que ya no tengo nada que darle. Cree que no me queda dinero que prestarle y, francamente, hasta la comida ya no me sale igual de bien porque no tengo olfato. Y antes de que empecéis a mirarme como si tuviera algo chungo, sí, yo también vi aquel artículo del *Times* de la semana pasada, pero creedme, no lo tengo. Hace una eternidad que perdí el olfato, antes de que apareciera todo esto del coronavirus. Y por eso no puedo probar la comida que preparo.

»Y por eso creo que esta maldición, esta plaga que le ha caído encima al mundo entero… Vale, hay gente muriendo y hemos de ir con cuidado, ¿pero no os parece bastante conveniente también, cuando veis cómo se está aprovechando de esta plaga la gente joven? Van por ahí como si no les importara. Quizás solo quieran que nos muramos los viejos para heredar lo que nos quede. Quizás les alivie no tener que visitarnos… O sea, ¿creéis que puede haber amor cuando hay necesidad y codicia? O sea, ¿acaso yo solo era alguien a quien mi hijo necesitaba? Todo esto me pone muy triste. ¿Qué pasa, que voy a acabar como el viejo del cuarto piso?

»¿Vivíais aquí por entonces? No me acuerdo. Hablo del señor pelirrojo que vivía encima de mí, el que olía a mofeta y no se afeitaba nunca. Siempre estaba dando martillazos, tan fuerte que me temblaban las lámparas. Me volvía loca con todo aquel ruido. Y a veces parecía que estuviera serrando el tubo de la calefacción. Qué tortura. Y yo pegaba con la escoba en el techo para que parara. Y me quejé al conserje, al de antes. Hasta le escribí una nota y le pedí que no hiciera tanto ruido. Y paró. Y fue maravilloso. Me había olvidado de lo bonito que es el silencio. Me gustaba tanto que ni siquiera quería encender la radio. Ni la tele. Ni abrir una ventana. Durante unos días

fue como si tuviera los oídos llenos de agua y solo pudiera oír el runrún de mis pensamientos. Qué feliz me ponía aquel silencio. Hasta la cháchara que tenía en la cabeza se me apagó. Y cuando sonaba una sirena a lo lejos o alguien le gritaba a alguien en la calle, me sobresaltaba como si saliera de un sueño.

»Pero luego todos lo pudimos oler. Olía a podrido y es que, ay, aquel pobre viejo que hacía tanto ruido y que apenas te daba las gracias cuando le aguantabas la puerta del vestíbulo se había muerto. Llevaba días y días muerto. Y al principio me sentí fatal, porque había estado feliz de aquel silencio y resultaba que llevaba todo aquel tiempo muerto. ¿Y sabéis qué? Con él se me fue el olfato. Adiós. Para siempre. Tal cual.

»Y luego volvieron los ruidos. Porque el casero quería renovar el apartamento entero para triplicar el alquiler, y menuda pesadilla. Y esa chavala, la de los zapatos y el Instagram, tiene dinero, porque paga ella sola el alquiler triplicado. Pero no digáis que os lo he dicho yo. Repito, yo no me meto en los asuntos ajenos. Solo sé que algo pasa entre el exterminador y ella.

»¿Os acordáis de que antes el exterminador venía el tercer sábado de cada mes? Cualquiera que tenga ojos puede ver que es guapo. Pero también es superrespetuoso, siempre con el "sí, señora, permiso, señora". Y yo siempre le ofrezco agua y café porque quién sabe lo largas que son sus jornadas de trabajo. Y él siempre me dice que no y rocía a toda prisa el baño y la cocina. Y pasa por todos los apartamentos de cada planta, siempre en orden. En mi planta lo oigo pasar por el 3A y el 3B antes de llegar al mío, el 3C, y luego sigue por el pasillo. Cuando acaba, va al piso de arriba. Y cuando está arriba, oigo perfectamente sus pasos, porque lleva unas botas enormes de operario, de las de goma dura. Y tiene los pies grandes, que quedan bien en un hombre. Y pisa fuerte. Y ya sabéis cómo son los suelos, finos como el papel. Así que me entero de cuándo está rociando el baño y cuándo la cocina, porque tiene que patearse el pasillo entero. Pero luego me fijé en que se detenían los pasos. Al principio no me di cuenta, pero después presté atención. Y cada tercer sábado del mes pasaba lo mismo. Yo cronometraba los minutos que pasaba en mi apartamento y luego contaba los apartamentos del edificio y calculaba el tiempo que tardaría en acabar todos los apartamentos, minuto arriba minuto abajo, teniendo en cuenta que había gente que no estaba en casa. ¿Y sabéis qué? Siempre había una cantidad misteriosa de tiempo sin explicar. ¿Y sabéis dónde lo pasaba? Pues con la mujer que vive encima de mí.

»Por tanto, la siguiente vez que vino a mi apartamento intenté averiguar más de él. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? Y él, trabajando a toda prisa, con

esos músculos enormes abultados debajo de la camiseta. El pelo largo recogido en una coleta, tupido y oscuro y reluciente, como el de esos hombres que salen en la portada de las novelas románticas. Y él hacía ver que yo no le estaba preguntando nada, siempre con prisas por llegar al piso de arriba. Y siempre, cuando subía al cuarto, me llegaba el ruido de la puerta del apartamento de encima al cerrarse. Oía los pasos en mi techo, pateándose el largo pasillo, y luego silencio.

»Resulta que el tubo de mi calefacción atraviesa el techo y se mete en el apartamento de ella. Y todos debéis de saber que, si tus vecinos hablan cerca del tubo, se oye lo que dicen como si los tuvieras en la cocina. Así pues, cuidado con lo que decís. Y claro está que no es asunto mío, pero no podía dormir por las noches por no saber lo que pasaba, de forma que pegué el oído al tubo de la calefacción para ver si los oía. A veces el volumen de la música sube y después baja, a veces la oigo reírse. Y al cabo de media hora el exterminador se marcha, pisando fuerte por el pasillo y haciéndome retumbar el techo.

»Sinceramente, yo la entiendo. ¿Quién no echa de menos el afecto? O sea, la última vez que me abrazó alguien fue mi hijo. Quizás solo me visitara cuando quería algo, pero cuando me visitaba, siempre traía la boca llena de miel; y qué abrazos, se le da de maravilla abrazarte. Y yo me vestía para él solo para que me dijera que me veía guapa. Dios, cómo lo echo de menos.

»Solo necesito decirle que tengo dinero en el banco y en un momento se olvidará de todo lo que me ha dicho de que no quiere ponerme en peligro durante esta plaga y lo tendré en mi apartamento, sentado en mi cocina, comiéndose mi comida y dándome todos los abrazos que yo quiera. Lo tengo claro.

La idea de que Florida eche tanto de menos a su hijo me ha dejado sin habla. Dios bendito. ¿Cuándo fue la última vez que pude abrazar a mi padre? Pues cuando tuve aquel ataque de asma el mes pasado. ¿Por qué demonios no me coge nadie el teléfono en la Mansión Vómitos Verdes? ¿Y si me presentara allí y exigiera entrar? Me tendrían que dejar entrar. O bien podría colarme por el jardín trasero de alguna casa. Aunque primero tendría que salir de aquí.

La voz rota de Ramboz me ha devuelto de golpe a la charla de la azotea:

—El conserje anterior fue quien encontró el cuerpo en descomposición del viejo aquel —nos ha dicho, deleitándose en la información—. O eso me

contaron. Llevaba días allí. Tenía un color morado horrible y se le escapaban todos los fluidos.

Era cierto; yo había visto las notas en el libro de Wilbur. Me he preguntado qué más me podrían revelar los inquilinos sobre mi predecesor. Me he acercado un poco más a la acción intentando aparentar todo el tiempo que me traía sin cuidado.

Hello Kitty se ha desperezado en su butaca de huevo, con el vapeador resplandeciente entre los dedos.

—Tenía nombre, ¿sabéis? —Y ha clavado una mirada en Florida.

Florida no se ha dejado amedrentar y le ha sostenido la mirada.

Ha intervenido entonces la Señora de los Anillos con voz tranquilizadora:

—Seguro que era un hombre encantador si no te tocaba vivir debajo de él.

Hello Kitty ha hecho ver que no la había oído.

—Se llamaba Bernstein. Pronunciado no como *steen*, sino como *stine*. Siempre me decía: «Nada de *steen*, siempre *stine*». Jamás lo llegasteis a conocer, ninguno de vosotros. —Se ha despegado la mano del collar y ha abierto los dedos de golpe como si los demás fuéramos mosquitos—. No tenéis ni idea. Menudo cabreo cogería el señor Bernstein si os oyera decir que era un hombre ruidoso y apestoso. ¿Sabéis por qué hacía tanto ruido? Pues porque estaba casi sordo. Y si estuviera aquí ahora, os contaría cuál es la peor manera de morir que existe. ¿La queréis oír? —Ha parecido que nos estaba desafiando a decirle que no.

Como no lo ha dicho nadie, Hello Kitty se ha vuelto a reclinar en su asiento.

—Ha habido otras pandemias, peores que el COVID. Si alguien lo sabía era el señor Bernstein, porque hubo una que estuvo a punto de matarlo.

—Sabéis que es mentira que el coronavirus sea como la gripe, ¿verdad? —A Eurovisión parecía ponerle nervioso el hecho de ceder el control de la conversación a aquella joven impredecible—. ¿No habéis oído todas esas historias de hospitales donde se están acabando los respiradores y la gente se asfixia? Es una manera bastante terrible de morirse.

—Sí —ha dicho Hello Kitty—. Pero las hay peores. —Ha echado la silla un poco hacia atrás para dejar más espacio entre ella y los demás; estaba claro que disfrutaba de la atención. Ha levantado el vapeador y le ha dado una calada rápida—. Hay un destino peor que la muerte.

—Abe solo tenía ocho años. Corría el verano de 1952 y él y su gemelo, Jacob, se estaban quedando en casa de su tía en Canton, Ohio. Se lo estaban pasando bomba visitando el Salón de la Fama, pescando y nadando en el lago en cuya orilla estaba la casa de su tía y saliendo en barca con su tío. Todo era genial hasta la mañana en que Jacob se levantó de su cama en el desván, donde dormían los dos, y se cayó por las escaleras.

»No se rompió nada, pero no podía mover las piernas, así que lo llevaron a toda prisa al hospital infantil de Akron y llamaron a los padres de Abe y de Jacob para que volvieran antes de las vacaciones de una semana que estaban pasando en Atlantic City. Lo único que recordaba Abe eran los susurros. Unos susurros constantes que se detenían cada vez que los adultos veían que se acercaba. O el hecho de que se abrazaran entre ellos, pero nunca lo abrazaran a él. Y lo supo; simplemente, lo supo. Le tenían miedo. Les daba miedo que tuviera la misma plaga que Jacob. La polio.

»Y entonces Jacob se murió. A Abe no lo dejaron asistir al funeral, tampoco bajar del desván cuando vinieron en tromba todos los parientes de Pittsburgh, Cincinnati, Erie, Buffalo y otros sitios de los que nunca había oído hablar, como Altoona.

»Y todo aquel tiempo se lo pasó en su cama del desván, preguntándose si sería el próximo en morirse. A solas, encerrado con la cama vacía de su gemelo y sin nada que hacer más que leer y preocuparse y tratar de añadir su voz a las del cortejo fúnebre de la planta baja cuando recitaban el Kadish, la plegaria por los muertos, confiando en que lo oyera Dios.

»Pero Dios no lo oyó. Dos días después de que muriera Jacob, Abe ya no se pudo levantar de la cama. No permitieron que su madre lo acompañara en la ambulancia; las portezuelas metálicas se cerraron, dejando fuera sus chillidos y sus lágrimas. Luego le clavaron una aguja y se durmió preguntándose si se volvería a despertar.

»Y se despertó. Pero solo para verse atrapado. Encerrado en una pesadilla.

»No se podía mover. Se había tragado su cuerpo entero una máquina que traqueteaba y zumbaba y le robaba el aliento cuando intentaba coger aire y obligaba a sus pulmones a llenarse cuando él quería soltarlo. Le entró el pánico y trató de chillar, pero descubrió que no tenía voz.

—Harlan Ellison a tope —la ha interrumpido Eurovisión. Yo estaba mirando fijamente a Hello Kitty a la cara, de forma que el comentario me sobresaltó un poco incluso a mí.

—¿Perdón? —ha dicho Vinagre en tono cortante.

—Ya sabes —ha explicado Eurovisión, animándose—. «No tengo boca y debo gritar». Un relato clásico. La especie humana es destruida por una IA, pero el ordenador mantiene con vida a unos cuantos humanos solo para torturarlos y jugar con ellos como si fueran ratas de laboratorio.

—Suena horrible —ha dicho Vinagre—. Deja seguir a la chica.

Hello Kitty ha buscado mi mirada, me ha visto mirarlos. No es tonta.

—El pobre Abe. Un niño solo y asustado, sin poder contar a nadie cómo se sentía. Solo al intentar tragar ya se asfixiaba, así que le metieron un tubo por la nariz. El pulmón de hierro seguía sacudiéndole y dándole tirones del cuerpo, era peor que un instrumento de tortura medieval. Pero lo peor era lo solo que se encontraba. Y no podía evitar preguntarse si era así como había muerto Jacob: solo, incapaz de chillar, incapaz de hacer nada más que quedarse mirando el monstruo metálico que lo tenía prisionero, haciendo ruidos extraños como si se lo estuviera comiendo vivo. ¿Quizás los tipos de la ambulancia lo hubieran secuestrado, quizás aquello no fuera el hospital, sino el laboratorio de algún científico loco malvado, como en los cómics?

»Quizás nunca volvería a ver a sus padres. Quizás se moriría allí, igual que Jacob.

»Pero no se murió. Lo que hizo fue luchar. Aprendió a relajarse y a trabajar junto con la máquina. A no hacer caso del picor que estaba desesperado por pedirle a alguien que le rascara, del dolor de la sonda gastronasal que le rozaba el fondo de la garganta y del escozor de unos ojos completamente secos, porque lo único que podía mover eran los párpados, y eso le exigía un esfuerzo tan grande que se le abrían a menudo cuando se quedaba dormido.

»Luego oyó a los médicos aconsejar a sus padres que se rindieran, que su caso ya estaba perdido, que estaban manteniendo con vida el cuerpo pero que Abraham, el niño al que conocían, seguramente tenía ya la mente demasiado dañada. Estaba gritando por dentro, pero lo único que vieron sus padres fue una lágrima que le salió después de que el médico le iluminara los ojos con una linterna. Su madre se la secó sin mirarlo siquiera. Abe tenía miedo de que sus padres lo dieran por perdido, de morirse allí, quizás incluso de que lo enterraran vivo, su peor pesadilla.

»Pero después de perder a un hijo, ¿cómo no iban a luchar por el único que les quedaba? Por tanto, los padres insistieron en que los médicos siguieran haciendo todo lo posible. Fue su amor lo que finalmente lo salvó; eso y un espejo.

»Para ser más exactos, un espejo torcido.

»Imaginaos a un niño que lucha por su vida, atrapado en la cárcel de su cuerpo, incapaz de decirle a nadie que todavía está vivo. Imaginaos las horas, los minutos…, los segundos. Cada picor lo atormentaba, cada corriente de aire le quemaba la piel. Contaba todas las respiraciones que le arrancaba la máquina, contaba los remaches, tornillos y tuercas de la máquina, contaba el eco que sentía en el cerebro de los latidos de su corazón. Jugaba a juegos imaginarios con su hermano muerto, intentaba acordarse de los marcadores de todos los partidos de béisbol que había visto o escuchado por la radio. Incluso rezaba, aquel niño aterrado, solo, aburrido y volviéndose loco lentamente.

»Hasta que un día, y ya había perdido la cuenta de cuántos llevaba prisionero de la máquina y de su cuerpo, un día, después de que se marchara el conserje, con prisas porque tenía entradas para ver a los Indians recibiendo en su campo a los Pirates, a Abe le llegó una voz del desierto. La voz de una niña. “Anda, hola. Hasta ahora no te veía muy bien, pero el señor Álvarez le ha dado un golpe a mi espejo cuando lo estaba limpiando y ahora, en vez de ver lo que tengo detrás, te veo a ti. Qué bien, ¿verdad? Eres Abe, ¿verdad? He oído que te llamaba así tu madre. Me gustaría que mis padres vinieran a verme también, pero tienen que trabajar y cuidar de mis hermanos y hermanas”.

»Abe había oído hablar antes a la niña con las enfermeras, claro. Y notaba que no la tenía muy lejos; a fin de cuentas, compartían el pulmón artificial, ¿a qué distancia podía estar? Pero el espejo de Abe solo reflejaba la pared vacía que tenía detrás, y como no podía mover la cabeza, tampoco la podía ver. Hasta ahora, la presencia de la niña había sido una causa más de irritación, menos molesta que aquel picor de nariz que no le podía pedir a nadie que le rascara, pero más molesta que la mosca que zumbaba cerca de la lámpara del techo. A aquella edad, las niñas eran, en fin, niñas. Abe no las entendía; parecía que hablaran todo el tiempo, pero nunca de nada importante ni interesante, y no sabían jugar al béisbol, o bien no querían. Así pues, ¿para qué servían? Por lo menos, ese era el consenso al que habían llegado sus amigos, Jacob y él a la sabia edad de ocho años.

»Pero ahora lo acababa de ver una niña, aquella niña. Y se puso a parlotear sin parar, a hablarle de sus hermanos y hermanas y a contarle que echaba de menos a sus amigas de la escuela, y por allí en medio se coló la historia de una ardilla a la que una mañana le había dejado comida en la repisa de la ventana y de pronto se había encontrado siendo responsable de una familia entera de ardillas y confiaba en que alguien se estuviera

acordando de darles de comer a todas. Y Abe sintió que le acababan de lanzar un salvavidas.

»Y luego ella dijo: “Sé que me puedes oír. Parpadea una vez para decir que sí y dos para decir que no. De esa forma, podremos hablar un poco. Estoy aburridísima. Y da un poco de miedo estar aquí sola. ¿Puedes? ¿Puedes hablar conmigo?”. Abe estaba eufórico. Había intentado parpadear a sus padres y a las enfermeras e incluso al señor Álvarez, pero le costaba mucho y nadie se fijaba, sobre todo después de que los médicos dijeran que solo era un reflejo. En cambio, la niña se había fijado. Ella podía ser su voz. Quizás. Si no era tonta, como todas las demás niñas a las que había conocido. Así pues, despacio y con determinación, Abe concentró toda su energía en los párpados y los cerró con cuidado. El tiempo suficiente como para que la máquina expulsara el aire y lo volviera a meter. Por fin los abrió.

»La niña aplaudió. “¡Sí, eso es un sí!”. Empezó a acribillarlo a preguntas. ¿Le dolía el tubo con que le daban de comer? *Sí*. ¿Notaba el sabor de la comida? Porque era amarilla como masa de pastel pero olía raro. ¿Sabía a pastel? *No*. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Porque ya estaba allí cuando la habían traído a ella, hacía dos días. Abe no estaba seguro, así que se quedó mirando al frente, manteniendo los ojos tan abiertos como pudo hasta que se le llenaron de lágrimas. “Ah, ¿no lo sabes?”, tradujo ella, y de pronto acababan de ampliar su vocabulario.

»Y así siguió la cosa. Para cuando las enfermeras hicieron la ronda de noche, la niña ya dominaba el lenguaje de los parpadeos de Abe, y, pese a estar agotado, Abe lo volvió a hacer para ellas. Al día siguiente, se lo enseñaron al médico y a otras enfermeras y después a los padres de Abe, que lloraron de alegría antes de agachar inmediatamente la cabeza para ponerse a rezar. Despacio, pero sin pausa, Abe empezó a mejorar, recuperando el control de los músculos hasta que le pudieron quitar la sonda gastronasal, y su voz, que al principio solo era un susurro, cobró fuerza. Seguía sin poder mover la cabeza, pero le pidió a una enfermera que se la girara y por fin, al cabo de unos días, consiguió echarle un vistazo a la niña.

»No había gran cosa que ver: igual que le pasaba a él, el pulmón artificial se tragaba casi todo su cuerpo. Tenía un pelo rizado que las enfermeras le cepillaban y le recogían con una cinta roja, los ojos castaños como los de él y también bastantes pecas y un par de dientes incisivos que se solapaban un poco. Pero, para Abe, era la cosa más preciosa del mundo. Solo deseaba que hubiera estado allí Jacob para ver que quizás, al fin y al cabo, las niñas no estaban tan mal. Se llamaba Clarissa y Abe decidió ya entonces que se iba a

casar algún día con ella. Ella le dijo que estaba mejorando. La iban a trasladar a otro hospital donde le pudieran ejercitar los músculos.

Hello Kitty se ha reclinado hacia atrás en su silla, como si esperara un aplauso. Hemos esperado a que siguiera, pero se ha limitado a dedicarnos a todos aquella sonrisilla indescifrable que me irritaba a saco.

—¿Y qué pasó? —ha dicho la Terapeuta—. ¿Se volvieron a ver? ¿La encontró? ¿Se casaron Abe y Clarissa?

—Eran niños —ha dicho Vinagre en tono socarrón—. ¿Cómo la iba a encontrar?

—Creo que Abe tenía una mujer que murió joven —ha dicho Florida.

—¿Se llamaba Clarissa? —ha preguntado alguien.

—Lo que creo que queremos saber todos —ha dicho Eurovisión, dirigiéndose a Hello Kitty— es lo que pasó.

—¿Qué creéis vosotros? —Hello Kitty ha acariciado inconscientemente su vapeador. Si estuviéramos jugando al póquer, habría dicho que aquel era su tic; pero ¿qué significaba? ¿*Full* o farol?—. Quizás no sé lo que pasó.

—Está claro que sí lo sabes —ha dicho la Señora de los Anillos—. Si Abe te contó la historia hasta ahí, seguro que la acabó de contar. O bien Clarissa se murió, o él nunca averiguó qué fue de ella, o bien se reencontró con ella más adelante y quizás se casaron. La verdad ha de ser una de esas.

Otra sonrisilla; Hello Kitty estaba disfrutando de la atención.

—¿Qué es la verdad —ha preguntado— y qué es ficción?

—Dios, pero qué teatrera —ha dicho Eurovisión—. ¿Se casó con Clarissa o no?

—Vale. Después de que Clarissa le salvara la vida, o por lo menos la cordura, Abe no se olvidó de ella. En cuanto se recuperó lo bastante como para volver a casa, le pidió a su madre que lo ayudara a escribir tarjetas de agradecimiento a las enfermeras que habían cuidado de él. Y dentro de los sobres metía notas de su puño y letra preguntando por el apellido y la dirección de Clarissa para poder escribirle. Pasó muchísimo tiempo sin recibir respuesta, pero por fin un día llegó una carta dirigida a Abe. Por supuesto, las enfermeras no podían dar la información privada de Clarissa y la mayoría de ellas ni se habían planteado la petición manuscrita de Abe, pero una de ellas se había puesto en contacto con los padres de Clarissa y les había pasado el mensaje.

»Había tardado mucho; no era como hoy, que la gente escribe una propuesta de matrimonio en ciento cuarenta y cuatro caracteres en menos tiempo de lo que se tarda en ver un TikTok. Pero Clarissa respondió. Y a

continuación contestó Abe, y poco a poco, a lo largo de los años, se mantuvieron en contacto. Ella era dos años más joven, de forma que Abe la tuvo que esperar y se pasó los dos primeros cursos de la universidad preocupado por la posibilidad de que Clarissa se graduara del instituto, se casara con el chaval que la había llevado al baile de graduación y él jamás volviera a saber de ella.

»Y eso fue lo que pasó. Al menos, durante el verano después de que ella se graduara. Ni una nota de agradecimiento ni una llamada después de que él le mandara un regalo de graduación: una encantadora polvera antigua que había encontrado en una tienda de segunda mano. Creyó que la había perdido para siempre.

»Pero luego, cuando se estaba mudando a su apartamento para empezar el tercer año de la universidad, le dio en toda la cara un destello de luz tan fuerte que estuvo a punto de dejar caer la lámpara que llevaba en la mano. Parpadeó y se volvió para ver a Clarissa, plantada en la acera de enfrente, donde el sol se reflejaba en la polvera en el ángulo correcto para mandarle a Abe sus rayos. Los parpadeos, su antiguo código.

»Estuvieron juntos más de cuarenta años, hasta que Clarissa murió, y Abe no pudo soportar vivir en la casa de ambos sin ella, sin la chica que lo había salvado de un destino peor que la muerte. De manera que se vino a vivir aquí.

—Y eso —ha dicho, lanzándole una mirada fría a Eurovisión— fue lo que pasó.

He echado un vistazo al grupo preguntándome si estarían pensando lo mismo que yo. Pero me ha sorprendido ver a Vinagre limpiándose discretamente una lágrima. Hasta Eurovisión parecía haberse quedado sin palabras.

—No me extraña que pareciera tan enfadado todo el tiempo —ha dicho la Terapeuta—. Pobre tipo. —Ha dado la impresión de que estaba a punto de añadir algo, pero en ese momento se han puesto a sonar las campanas de la antigua catedral de San Patricio. Las ocho en punto. Por primera vez me he fijado en lo torpes y desafinadas que sonaban. Debía de haber alguna rota, porque hacía un ruido apagado en el último tañido. Parece que las campanas se han convertido en la señal implícita del final de nuestras veladas, porque todo el mundo ha empezado a levantarse lentamente de su silla y ha iniciado la ronda de buenas noches a dos metros de distancia.

Ya estaba a punto de dejar correr el asunto. ¿Qué me importaba a mí si la chica quería contar mentiras? Pero me habían fastidiado sus sonrisillas. Ella sabía que yo lo sabía. Pero no quería denunciarla en público. Me he acercado a Hello Kitty y me he detenido como quien no quiere la cosa mientras ella guardaba sus AirPods. Ha levantado la vista para mirarme con expresión desafiante.

—No has entrado nunca en el 4C, ¿verdad que no? —le he dicho en voz baja.

—¿Quién lo dice?

—Sé la historia del viejo que vivía allí. —Confiaba en no tener que explicar por qué; estaba bastante segura de que aquella gente no daría saltos de alegría si se enteraba de la existencia de la biblia de Wilbur.

Hello Kitty me ha sostenido la mirada con cuidado de no revelar nada con su expresión. Me debería haber callado, pero he seguido:

—Su mujer se llamaba Roxanne, no Clarissa. La conoció estando en la Marina. Nada de lo que has contado de su vida encaja con lo que sé de él, salvo el hecho de que era viejo y sordo.

Le ha aparecido una sonrisita cínica en la cara; ni siquiera me ha hecho el honor de parecer culpable.

—Te has inventado la historia —he terminado de decirle.

Después de una pausa, y todavía con ese centelleo burlón en la mirada, Hello Kitty ha dicho:

—¿Y qué?

No se me ha ocurrido ninguna respuesta inmediata. Pero Eurovisión, que estaba guardándose el altavoz en la mochila, nos ha oído y se ha acercado, siempre interesado en estar en el centro de la acción.

—Querida, de verdad que no está bien contar una historia falsa sobre alguien que vivió en el edificio. ¿Lo conociste siquiera?

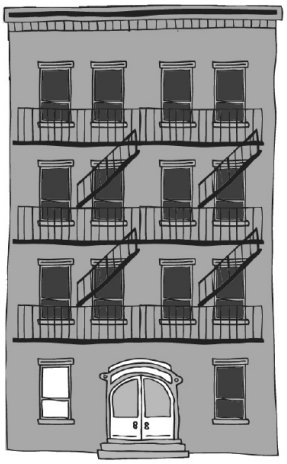
—Muy bien, pues. No lo conocí, ¿vale? —Hello Kitty ha subido la voz por encima del resto de las charlas de la azotea—. Pero ¿acaso alguno de vosotros se molestó alguna vez en conocerlo? Si no fuera por la Señorita Sabelotodo esta, ninguno de vosotros tendría ni puñetera idea. ¿Y quiénes sois vosotros para juzgar lo que es verdad y lo que no? Nadie debería morirse solo, abandonado y olvidado. Y ahora todo el mundo se acordará de él. Abe Bernstein.

Hello Kitty se ha levantado de su silla, ha girado sobre sus talones y ha bajado las escaleras a zancadas, dejando la butaca de huevo y al resto de nosotros en medio del silencio inquietante de la ciudad que se supone que no

duerme nunca. Las miradas se han apartado de la puerta para regresar a Eurovisión y a mí, petrificados. Me he preguntado si había hecho lo correcto. Todo el mundo se había querido creer su historia. A pesar de la plaga, de la amenaza que nos rodea, a todos nos gusta creernos la mentira de que quizás algún día nuestra vida tendrá un final feliz aunque la verdad sea que terminaremos todos como el viejo del 4C, morados y rezumando fluidos.

He regresado a mi pesar al Hades, me he sentado delante del viejo escritorio medio borracha y me he puesto a reproducir la velada en mi teléfono, apuntándolo todo en *La biblia del Fernsby*. A medida que se acercaba la medianoche, han regresado los pasos. Esta noche eran muy suaves, como si hubiera alguien en calcetines caminando de puntillas, y lo más extraño era que parecían ir en una sola dirección. Las pisadas suaves me llegaban, apenas audibles, una tras otra, con lentitud agónica, como niños haciendo travesuras. Iban a tardar un par de minutos en cruzar la sala, de derecha a izquierda. Me he esforzado para oírlas volver por donde habían venido, pero no han vuelto. Quizás me lo estuviera imaginando todo. Pero luego los pasos se han reanudado, de derecha a izquierda. También he oído un par de veces un chapoteo suave. «Dios —he pensado—. Tienen un escape».

Mañana iré a mirar.



Día 4

3 de abril

Hoy el alcalde ha dado una rueda de prensa y ha recomendado que todo el mundo lleve mascarilla; el resultado ha sido que las noticias se han llenado de debates sobre las mascarillas, sobre la cuestión de si ayudan, de si hay que exigirlas y, sobre todo, de si son protección suficiente y, en caso de que no, de si no deberíamos estar reservando las mascarillas para los médicos y las enfermeras. A medida que atardecía, he visto que algunos de los inquilinos han seguido la recomendación y han improvisado diversas mascarillas de fabricación casera: bufandas, bragas de cuello de esquí y pañuelos.

Esta tarde he llegado con antelación extra. Mi plan era ser la primera en la azotea para hacer una lista de todos los vecinos y emparejarlos con su nombre, número de apartamento y descripción en la biblia. Así podría ir marcándolos a medida que llegaran, un poco como pasar lista. Quería organizármelos en la mente, sobre todo a los simples espectadores que todavía no habían dicho nada y se limitaban a sentarse al margen de la reunión y hacer sus cosas. También había dibujado un diagrama del edificio que mostraba todos los apartamentos y lo había pegado a una página en blanco de la biblia.

El primero en llegar después de mí ha sido Eurovisión y he seguido a partir de él. Esta es la lista:

- Eurovisión, 5C.
- Monsieur Ramboz, 6A.
- Vinagre, 2B.

- Hello Kitty, 5B.
- La Hija del Merenguero, 3B.
- Tango, 6B. Esta mujer misteriosa se ha estado sentando en una silla de mimbre en una esquina de la azotea; es una rubia bien plantada de unos cuarenta años, delgada y de espalda recta, con gafas y mascarilla de seda negra. Siempre está callada, pero me doy cuenta de que nos observa a todos con atención. «Es Tango, la que baila dentro de la vida de los demás», dice la biblia de Wilbur.
- Whitney, 4D.
- Amnesia, 5E. «Es Amnesia, la que lleva el deseo universal de olvidar». Las notas de Wilbur dicen que su afición es envejecer ropa de segunda mano, pero también escribe tebeos y fue una de las guionistas del famoso juego de ordenador *Amnesia*. Me despierta mucha curiosidad, pero tampoco muestra interés en nuestras reuniones y se mantiene en los oscuros márgenes exteriores de la azotea.
- La Terapeuta, 6D.
- La Señora de los Anillos, 2D.
- Barbanegra, 3E. «Es Barbanegra, venido para abrir el testamento púrpura de la guerra sanguinaria», dice la biblia sobre este oso barbudo que se suele sentar solo en un rincón oscuro, leyendo un ajado libro de bolsillo y bebiendo *bourbon* directamente de la botella.
- La Reina, 4E. Me intriga más que la mayoría de los inquilinos silenciosos. Es tan alta como yo, quizás más. Sus movimientos son estudiados, teatrales —como si su cuerpo entero fuera consciente de su ubicación en el espacio cada vez que se mueve— y los rizos castaños le caen en cascada por los hombros. La biblia le dedica este aforismo: «Puedes deponerla del trono, pero sigue siendo reina de sus penas».
- Lala, 4A. Se la reconoce al instante. «Es Lala, la de los ojos como infinitos negros». Lala es una mujer menuda y guapa de unos cuarenta y cinco años con una dentadura deslumbrantemente blanca, el pelo largo y ondulado y unos ojos que parecen goterones enormes y bamboleantes de tinta negra. Sus manos y dedos están en movimiento casi constante, como dos pájaros que revolotean a su alrededor cuando habla.

- Próspero, 2E. Profesor en la NYU, «absorto en estudios secretos». No tiene mucha pinta de académico, con su chaqueta de chándal y sus pantalones de deporte con rayas, como si acabara de venir del gimnasio. Lleva una de esas barbas meticulosamente cuidadas de medio centímetro, a juego con una nariz aguileña y los pómulos altos. Siempre escucha al grupo, pero de momento no ha dicho nada.

- Wurly, 3A. Se sienta en una banqueta de piano con la que carga escaleras arriba y abajo cada noche. Sospecho que debe de ser el vecino que toca el Wurlitzer con el volumen bajo. Cabeza afeitada y reluciente, barba tupida, ojos castaños hundidos, modales discretos al hablar. Da la impresión de ser el típico hombre en el que puedes confiar. «Es Wurly, sus lágrimas se vuelven notas musicales.»

- El Poeta, 4B. «Es el Poeta, el que escribe grafitis en el alma», dice la biblia. Un hombre larguirucho de unos cuarenta años, cara nerviosa con expresión de sabihondo, una especie de media sonrisa burlona dirigida al mundo.

- La Cocinera, 6C. «Subjefa de cocina de los ángeles caídos». No acabo de entender qué significa la descripción, pero es otra mujer espectacularmente alta, de melena oscura, que se pasa el rato en la azotea encorvada y usando el móvil.

- Compi y Socia, 6E. Madre e hija. «El expreso de medianoche proyecta su luz en ellas», dice la biblia. He visto a la madre, pero ni rastro de la hija. Quizás se esté escondiendo del COVID, como la hija embarazada de Vinagre.

- Darrow, 3D. Superalto, quizás dos metros, trajeado, camisa blanca almidonada, gemelos y corbata de seda con el nudo bien prieto. Sospecho que si lleva esa pinta es porque se debe de pasar el día reunido por Zoom, o quizás simplemente le guste arreglarse. La biblia de Wilbur dice: «Sus secretos se convierten en cicatrices».

Así pues, este era el quién es quién de la azotea esta noche, un grupo bastante grande, aunque habían hablado menos de la mitad de sus integrantes. Supongo que yo me contaba entre los observadores silenciosos.

Estamos empezando a caer en una dinámica diaria en la azotea. A falta de quince minutos para las siete, se empieza a congregar la gente. A las siete en punto ya estamos casi todos en nuestro sitio para sumarnos a los aplausos

vespertinos. Y una hora más tarde, las campanas de la vieja San Patricio señalan el final de la velada.

Hoy cubría la ciudad un cielo plomizo que bañaba las calles en un crepúsculo lúgubre. Por la mañana he fregado los pasillos, tal como he de hacer a diario, y me ha cabreado el hecho de que la misma gente que en la azotea parece tan unida después se cruce conmigo y me salude con un simple gesto de la cabeza. Creo que hay algunos a quienes les caigo mal, o quizás me tengan un poco de recelo. El edificio está hecho un desastre: ventanas rotas, cucarachas y una calefacción horrible de esas que te queman los pulmones y se encienden a intervalos aleatorios, pero con el tema del coronavirus no consigo que nadie me venga a arreglar nada y ni siquiera puedo encargar piezas. Se me están acabando las bombillas y me queda un solo rollo de cinta aislante. A falta de algo útil que hacer, y sin poder encontrar todavía a mi padre, me paso las tardes hojeando los manuscritos sin ton ni son de la carpeta de acordeón del conserje. Es un catálogo de cosas extrañas y sin sentido que aun así resultan fascinantes. Me hacen sospechar que Wilbur se dedicaba a rescatar cosas del reciclaje y de la basura. Debo admitir que, cuando trabajaba para mi padre, a veces yo hacía lo mismo. Una vez encontré dinero en metálico en el reciclaje. De momento, en el Fernsby no he visto que nadie haya tirado dinero. Cuando llegué, mientras inspeccionaba uno de los apartamentos abandonados de arriba —creo que el inquilino se había marchado a los Hamptons—, sí que encontré una carta hilarante arrugada en el suelo. La alisé y la añadí a la carpeta de acordeón sintiéndome un poco culpable por haberla cogido. Pero, la verdad, ¿quién se iba a enterar?

Esta noche, las velas parpadeantes de la azotea apenas consiguen disipar la oscuridad. ¡Y qué viento! Una ráfaga repentina ha arrastrado unas hojas mojadas y las ha hecho bailar y arremolinarse una y otra vez. También nos ha apagado unas cuantas velas. Las sirenas parecían no parar ni un momento. Mientras la gente volvía a encender las velas, he apuntado las estadísticas brutales del día. Hoy ha sido otra jornada en que las llamadas al número de emergencias han superado a las del 11-S. El sistema está saturado. El número de casos en el mundo ya ha superado el millón. De Italia llegan historias aterradoras de médicos que intentan aplicar los protocolos de intervención a unos pacientes que se asfixian. Al parecer, los italianos han decidido dejar morir a la gente de más de ochenta años porque se les están acabando los respiradores. Dicen que nos faltan tres semanas para llegar a la misma situación. Cuomo ha ordenado que la Guardia Nacional requise respiradores y equipos de protección individual de hospitales y clínicas con baja incidencia

de COVID del norte del estado para redistribuirlos entre los hospitales de la ciudad. Y leo una predicción horrible del Centro para el Control de Enfermedades: que solo en Estados Unidos podrían morir cincuenta mil personas antes de que se acabe la pandemia. Imaginaos: cincuenta mil muertos. El estado de Nueva York ya ha registrado un total de 102 863 casos y casi tres mil muertes. Es viernes, pero llegados a este punto, los días de la semana se están desdibujando. He estado llamando a mi padre sin parar, pero no ha servido de nada. Estoy agotada y enferma de rabia.

Esta noche había más vecinos en la azotea, todos asegurándose de mantener la distancia de dos metros —o más— entre la colección de sillas de cocina, taburetes, tumbonas de playa plegables y hasta un puf. Por no mencionar la banqueta de piano de Wurly. Muchas de las sillas ya están ahí de forma permanente, sin importar que les llueva encima, supongo. Eurovisión, en cambio, ha llevado la contraria y ha cambiado su silla de jardín por una silla de anticuario de madera de caoba con resaltes dorados y asiento mullido de terciopelo, cubierta con una funda de plástico como si estuviera en la sala de estar de una abuela de Queens. Ha instalado ese cuasitrono en el centro de la azotea, obligándonos a los demás a distanciarnos socialmente por la periferia. Vinagre ha aparcado su silla de directora de cine cerca de él, aunque no demasiado. A modo de mascarilla, llevaba un simple trozo de tela atado con cordeles que le amortiguaba la voz. Se le veía una expresión preocupada en los ojos, y me he preguntado cómo le deben de ir las cosas con Carlotta, su hija.

Después de que todos nos instaláramos, Vinagre nos ha echado un vistazo.

—Imagino que todos hemos tenido tiempo de apreciar la nueva obra de arte, ¿no?

Todos hemos mirado el mural comunitario. Alguien había pintado con aerosol un emoji de caca al lado de la botella de vinagre Heinz.

—Creo que todos podemos adivinar quién es la Da Vinci anónima —ha dicho Vinagre, con el ceño fruncido.

—Es asqueroso —ha dicho Eurovisión—. No debería ser difícil de tapar. —Se ha puesto de pie y ha dado un paso hacia la caja de materiales de arte.

—Déjalo en paz —lo ha interrumpido la Señora de los Anillos—. Aquí arriba todo el mundo ha de tener libertad para expresarse; si no, ¿qué sentido tiene esto? Sí, incluso la Señoritinga —añadió clavando una mirada en Vinagre—. Lo que tenemos que hacer es añadir cosas al mural, no censurarlo.

En aquel momento, la cacofonía lejana de los aplausos de las siete en punto ha emergido de la ciudad desde todas direcciones y ha arreciado

deprisa, como un tren que se acerca. Nos hemos sumado.

Después de apagarse el ruido, Eurovisión se ha quedado de pie. Ha carraspeado, ha mirado a su alrededor y ha juntado las manos como si acabara de subir a un escenario. He podido ver, por el pequeño mohín de sus labios, que andaba tramando alguna travesura.

—Creo —ha dicho— que el precio para que te admitan en nuestro refugio de la azotea ha de ser contar una historia. Cada. Uno. De. Nosotros. —Ha escrutado al grupo con expectación de maestro.

—¿Quién te ha nombrado líder de tropa? —ha preguntado la Señora de los Anillos.

Ha secundado su comentario un alboroto de voces de desaprobación, negaciones con la cabeza e inserciones ostentosas de auriculares.

—¡Por el amor de Dios, solo es una idea! —ha respondido él—. Todos tenemos historias. El amor, la vida, la muerte, una reminiscencia, un cuento de fantasmas… ¡Lo que sea!

—Creo —ha dicho la Terapeuta— que contar historias es una idea maravillosa. Maravillosa de verdad.

—¡Yo también! —ha exclamado *Monsieur* Ramboz—. ¡Una idea excelente!

—Gracias —ha dicho Eurovisión como si aquello zanjara la cuestión—. Y para demostrar que soy una persona justa, voy a empezar con la mía. Una historia verídica. Es un poco cómica, o quizás no tanto. Trata de una adopción.

Ha hecho una pausa teatral para asegurarse de que le estábamos prestando atención, ha respirado hondo y ha empezado.

—Pues conozco a una pareja, Nate y Jeremy, que estaba intentando adoptar un bebé. Digo «intentando» porque el proceso no era nada fácil. Ya se habían quemado un par de años antes; les habían dado en acogida durante seis meses a un niño pequeño, acogida con vistas a adoptar, ya sabéis. Al final de la primera semana, los dos ya estaban completamente chiflados por aquel niño. Y también la madre de Jeremy, que solo vivía a tres paradas de metro y siempre había querido ser abuela. A pesar de todas las advertencias de que no podía «volcarse demasiado», la mujer se entregó desde el primer día.

»Lo que no habían dicho con claridad los servicios sociales era que las posibilidades que tenía la pareja de quedarse con aquel niño en concreto eran

mínimas. La situación familiar era muy complicada: la madre de la madre estaba reclamando la custodia y el padre estaba completamente desaparecido, además de que había "diferencias culturales". Al final, lo que más cabreó a mis amigos no fue tanto el tener que devolverlo, eso les rompió el corazón, pero mira, formaba parte del trato; fue el tener la sensación de que los servicios sociales les habían dado falsas esperanzas solo para que aceptaran una acogida de corta duración.

»Pero, en fin, cuando lo superaron, Jeremy convenció a Nate para que se volvieran a apuntar. La madre de Jeremy estaba hecha una *cheerleader*, los animaba al cien por cien; de hecho, era casi pesada con el tema, aunque, ya sabéis, con las mejores intenciones.

»Y resultó que no estaban tan hartos del tema como habían creído, porque se les despertaron los recuerdos nada más mirar la página web de la Oficina de Servicios de Permanencia. (¿En serio tenían que ponerle un nombre tan orwelliano?).

»De forma que decidieron probar con una agencia privada. Se registraron en una, rellenaron un perfil superdetallado y esperaron a que alguna madre biológica eligiera su expediente del montón. Pasaron un año entero sin saber nada. Se dieron cuenta de que seguramente habían sobrestimado la simpatía por los gais de la típica neoyorquina infelizmente embarazada. Nate estaba intentando olvidarse del tema y seguir con sus planes de negocios, viajes al extranjero y esas cosas. Pero, claro, esas cosas son una bomba de relojería; en cuanto rellenas una solicitud así, suplicando una criatura, ¿cómo te lo puedes quitar de la cabeza?

»Y un día recibieron una llamada. Una adolescente había sacado su expediente y lo había puesto encima del montón porque, como decía, le molaban los gais.

»Todo fue de maravilla durante el embarazo. Todos estábamos emocionados por ellos y les dábamos todo nuestro apoyo. Nate y Jeremy contaban unas historias geniales de lo maravillosamente que se llevaban con la chica, de lo bien que lo pasaban cenando con ella y de lo cómoda que se sentía en su apartamento. Ellos le cubrían todos los gastos: la ropa de embarazada y los taxis para las citas, y hasta le consiguieron una psicóloga y una abogada. Por supuesto, querían seguir en contacto con ella después de la adopción y permitirle que formara parte de la familia, tanto o tan poco como quisiera. La verdad, se sentían puñeteramente agradecidos de que les fuera a dar a su bebé.

»Eso sí, sabían, por la última vez, que todo se podía torcer en el último momento. Así pues, cuando la chica dejó de llamarlos a ellos y a la agencia cerca de la fecha del parto, intentaron mantener la calma. Ni siquiera cuando ya pasaban dos semanas quisieron perder la cabeza.

»Por fin recibieron la llamada. La asistenta social les dijo que mamá (qué raro que la llamara así, ¿no? Era como si estuviera hablando de la madre de ellos) había dado a luz una tarde al salir de la escuela, superdeprisa y en el baño de su casa, antes de que pudiera llegar la ambulancia, y que tanto ella como la niña estaban bien.

»Jeremy rompió a llorar cuando se enteró de que era niña, aunque habría estado igualmente emocionado de lo contrario. Pero el hecho de saberlo lo hacía real.

»A continuación, la asistente social los sobresaltó al decirles que en realidad el parto había sido la semana anterior y que mamá no había llamado a nadie, ni a la agencia ni a su abogada, porque había decidido que a fin de cuentas quizás le gustaría criar a la niña ella.

»Mis amigos se quedaron petrificados al oír aquello. Pero, por supuesto, lo entendieron y se mostraron comprensivos. ¿Cómo podía alguien, y sobre todo una adolescente, saber por adelantado lo que iba a sentir alguien después de dar a luz?

»Pero la asistente social se alegraba de informarles, bueno, se alegraba por ellos, por Nate y Jeremy, de que mamá había cambiado de opinión después de lo que había calificado como la semana más mierda de su vida. La agencia le ofrecía apoyo continuado, claro, pero no: llegados a aquel punto, decía que ya estaba segura, que quería que Nate y Jeremy se llevaran al bebé de inmediato. Ya había firmado la cesión, que es como se llama el acuerdo para otorgarte los derechos de custodia.

»Al parecer, cuando la madre de Jeremy se enteró, pegó un grito.

»En fin, me voy a saltar los cuarenta y cinco días siguientes, que es lo que en el estado de Nueva York tarda en hacerse irreversible el consentimiento de la madre biológica; a menos que la madre firme los papeles delante de un juez y con la presencia de su abogado, tiene un mes y medio para cambiar de opinión. Lo cual parece justo, porque el posparto no parece el mejor momento, ni mucho menos, para tomar decisiones difíciles.

»Así pues, llegados a ese punto, Nate y Jeremy estaban felices, pero también completamente histéricos, no porque lo estuvieran celebrando, sino de agotamiento por el hecho de despertarse cada dos horas. Porque, aunque tuvieran planeado turnarse, cuando te aterriza un bebé en casa está claro que

no va a dormir nadie. Al llegar la sexta semana, la pequeña Sophie (la habían llamado así por la abuela de Jeremy) ya había ganado dos kilos, te seguía con la mirada y levantaba la cabeza de la manta cuando la ponías bocabajo y te dedicaba unas sonrisas que los libros sobre bebés decían que seguramente eran gases, pero qué va, a mí me parecían sonrisas de verdad. (Todos la habíamos conocido a lo largo de varios almuerzos).

»Durante la última semana, la madre de Jeremy me escribió por Facebook para decirme que estaba organizando una fiesta para la medianoche del día cuarenta y cinco; es decir, para señalar el momento exacto en que Sophie pasara a ser definitiva, absoluta y legalmente de ellos para siempre. Me sorprendió un poco que Jeremy dejara a su madre organizarla, porque todos lo conocemos por las fiestas que monta, pero supuse que simplemente andaría demasiado liado.

»Así pues, al llegar la medianoche de aquel martes, nos juntamos unas cuarenta personas delante de su edificio con globos, serpentinas, flores, champán, todo. La madre de Jeremy llamó al timbre de su apartamento, que está en el tercer piso.

»No hubo respuesta.

»—A lo mejor están emperifollando a la bebé —dijo alguien—. Pañales, un vestido bonito, todo eso.

»De forma que nos quedamos todos allí charlando y gastando bromas.

»Pero yo veía que la madre de Jeremy se estaba poniendo nerviosa. No paraba de llamar al timbre.

»—¿Es posible que estén fuera? —pregunté.

»—¿Quién sale a medianoche con una bebé recién nacida, sobre todo cuando tienen una fiesta? —Yo apenas conocía a aquella mujer y me pareció que usaba un tono innecesariamente sarcástico.

»Un amigo de Nate del gimnasio contó que él llevaba muchas veces a su hija con el cochecito por el vecindario cuando no había manera de que se durmiera y que así era fácil perder la noción del tiempo.

»Miramos calle arriba y calle abajo.

»Ya había sacado mi teléfono, pero la madre de Jeremy me vio.

»—¡No! ¡Lo llamo yo! —dijo.

»—¿Jeremy? —dijo por teléfono—. Mierda, ha saltado el buzón. ¡Jeremy, soy tu madre, cógeme el teléfono!

»Nada.

»Luego alguien probó a llamar a Nate mientras otra persona pulsaba un par de veces más el timbre de la puerta.

»No hubo respuesta.

»Era como si los hubiera secuestrado algún psicópata. ¡Quizás los hubiera asesinado!

»Intenté refrenar mi imaginación.

»¿Estaba llorando el bebé en un balcón que nos quedaba encima? ¿Más o menos al nivel del tercer piso? Eché la cabeza atrás para mirar.

»—¿Nate? —grité—. ¿Jeremy? ¡Yujuu!

»Hubo una pausa larga.

»Por fin se asomaron por encima de la barandilla. Jeremy llevaba a la niña sujeta al pecho con un portabebés. Los dos nos miraron con…, bueno, por entonces me pareció terror, pero ahora quizás diría que era cólera.

»La madre de Jeremy levantó las manos y chilló:

»—¡Sorpresa!

»Solo entonces nos dimos cuenta los demás de lo que había hecho aquella mujer y de lo que habíamos hecho todos.

»Hay que agradecerles a Nate y a Jeremy que nos dejaran subir al apartamento. Y en cuanto nos contaron la historia desde su punto de vista, el pánico que les había entrado cuando habían oído el timbre casi a medianoche, convencidos de que era la madre biológica, que había venido para llevarse a Sophie, conscientes de que no se lo podían impedir legalmente, ni siquiera éticamente, y en cuanto nos contaron que no habían sido capaces de abrir la puerta y que les habían estado sonando frenéticamente en los teléfonos los tonos de llamada de *Staying Alive* y de los Minions, que Sophie había llorado, pero no tanto como Nate, que habían salido corriendo al balcón para alejarse del timbre y de sus teléfonos, y que a Jeremy se le había ocurrido literalmente (le avergonzaba admitirlo) que aquello podía terminar con los tres saltando en plan *Thelma y Louise* por encima de la barandilla… En fin, después de todo eso y de las disculpas interminables de la madre de Jeremy por no haber pensado en ello, abrieron el champán. Sophie regurgitó encima de la mesilla de café y fue, digámoslo así, una fiesta memorable.

Eurovisión se ha detenido y ha mirado a su alrededor, sonriendo de oreja a oreja. Nos hemos dado cuenta de que estaba esperando los aplausos. De forma que hemos aplaudido —al fin y al cabo, era una historia muy buena— y le ha brillado la cara de placer.

—Gracias —ha dicho—. Gracias.

Casi he esperado que hiciera una reverencia. Ha quedado claro que tener público es su vida misma, un sustento que le ha quitado el COVID. Dios, cuántas cosas nos está quitando el COVID.

—¿Quién va ahora? —ha preguntado.

—No se me da muy bien contar historias —ha dicho un hombre alto que estaba en el margen del círculo—, pero también tengo una sobre un bebé. —Era el vecino del 3D; el atildado abogado Darrow, que supongo que se llamaba así por Clarence Darrow.

—¡Maravilloso! —Eurovisión ha dado una palmada, entusiasmado por aquella idea.

Me he asegurado de tener el teléfono bien orientado y grabando. Darrow se ha puesto a hablar proyectando sobre la azotea su suave acento sureño.

—Crecí en una granja de algodón de Arkansas.

»Éramos pobres, pero los típicos pobres que no saben que lo son porque todo el mundo que conocen está igual que ellos.

»La semana antes de que naciera mi hermano, en las granjas del este de Arkansas hubo una fuerte nevada que nos regaló una Navidad blanca, la primera que vivíamos.

»Los campos y las carreteras cubiertos de nieve prometían hacer que la Navidad fuera todavía más mágica; lo malo era que mi madre estaba esperando a su cuarto hijo. Yo era un niño de seis años protegido de las realidades de la vida y no sabía nada de la reproducción humana; eran temas de los que no se hablaba nunca. Recuerdo que pensaba que no hacía ninguna falta un cuarto hijo. Que apenas nos llegaba para los que ya éramos.

»En aquella época, las mujeres embarazadas se esforzaban para esconder lo que cada vez saltaba más a la vista, pero incluso yo me di cuenta pronto de que la cosa se estaba poniendo seria. Mi hermana era una cría fisgona y, como era niña, sabía mucho más que yo y que el besugo de mi hermano pequeño. Mientras contábamos los días que faltaban para Navidad, nos informó en tono solemne de que mi madre podía ponerse de parto más o menos por la misma fecha en que estábamos esperando a Papá Noel. Aquello generó cierta preocupación. Me sabía de memoria el catálogo navideño de Sears & Roebuck y no me interesaba rebajar mis expectativas.

»Y, en efecto, estábamos saliendo de la iglesia en Nochebuena cuando mi madre nos sobresaltó gruñendo en el asiento delantero y agarrando el brazo de

mi padre. Luego lo soltó y pareció que estaba bien. Después volvió a gruñir e hizo lo que pudo por esconder su malestar.

»—Está de parto —me susurró mi hermana en el asiento de atrás.

»—¿Eso qué es? —pregunté. Había estado mirando al cielo por si veía renos.

»Puso los ojos en blanco y me dijo:

»—Pero qué tonto eres.

»La cosecha de algodón de aquel otoño había vuelto a ser decepcionante y, aunque no lo sabíamos, nuestros padres ya tenían planeado abandonar la granja y cambiar de vida. Corrían tiempos difíciles. Se debían muchas facturas. No sobraba ni un dólar por ningún lado, pero, de alguna forma, siempre se las apañaban para darnos una Navidad maravillosa.

»Nada más llegar a casa, mi padre tuvo el ingenio de informarnos de que un vecino de nuestra calle acababa de ver a Papá Noel. Subimos corriendo a los dormitorios, nos pusimos el pijama y apagamos las luces. Solo eran las ocho.

»En cuestión de minutos, o eso pareció, mi padre apareció otra vez, encendió las luces y anunció que Papá Noel se acababa de marchar.

»¿A quién le importaba que no hubiéramos tenido tiempo de quedarnos dormidos? Corrimos al cuarto de juegos, donde el árbol resplandecía rodeado de los juguetes que habíamos pedido.

»Apenas habíamos tocado los regalos que nos había dejado Papá Noel cuando mi padre nos anunció que a mi madre le había llegado el momento de irse al hospital y tener un bebé. Estaba acostada en el sofá, intentando voluntariosamente disfrutar del momento con nosotros. Aunque era obvio que lo estaba pasando mal, no me preocupó mucho. Tenía una flamante escopeta nueva de balines Daisy, un juego de construcción Lincoln Logs y un tren eléctrico; estaba ocupadísimo. Como no me moví lo bastante deprisa, mi padre me dio una palmada bien firme en el trasero y nos dijo que no había tiempo para cambiarnos. Que nos metiéramos en el coche en pijama.

»Mi padre arrancó el motor y el coche empezó a patinar. Mi madre le ladró; él le devolvió el ladrido. Pude ver por el parabrisas trasero nuestra pequeña granja blanca, con la ventana delantera rodeada de lucecitas de Navidad centelleantes que mi padre se había olvidado de apagar. Papá Noel acababa de marcharse. Nuestros juguetes se habían quedado dentro. Parecía una gran injusticia.

»Mi padre ya era un conductor temerario de por sí, pero la idea de que su mujer diera a luz en el asiento de delante con sus tres hijos viéndolo desde el

de detrás era excesivo para él. Iba conduciendo demasiado deprisa por una carretera helada, y después de que el coche derrapara por tercera o cuarta vez, mi madre le dijo en tono cortante: “No pienso tener a este bebé en una zanja”.

»El hospital quedaba a media hora y mis abuelos vivían en una granja a medio camino. En aquella época, la gente tenía teléfono, pero intentaba no usarlo, sobre todo para llamadas a larga distancia. Las visitas a parientes y amigos nunca iban precedidas de una llamada de advertencia. No, señor. Simplemente te presentabas cuando querías. La sorpresa formaba parte del ritual.

»Estaba claro que mis abuelos no se esperaban que apareciera nuestro coche patinando delante de su casa a las nueve de la noche y tocando frenéticamente la bocina. Cuando salieron al porche dando tumbos y en pijama, mi padre nos hizo salir del coche e ir corriendo con ellos. La entrega solo duró unos segundos.

»Mis abuelos, Mark y Mabel, eran granjeros decentes y trabajadores que vivían de la tierra y, mucho más importante, vivían según las Escrituras, interpretando cada palabra literalmente y solo en la versión del rey Jacobo. Mi abuela hizo chocolate caliente mientras mi abuelo encendía un fuego crepitante, la única fuente de calor que tenían en la casa. Me acurruqué debajo de una colcha, dejé que el fuego me calentara y escuchamos a mi abuelo leernos la historia del Niño Jesús de su querida y gastada Biblia.

»Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, nos contaron que nuestra madre había dado a luz a un niño poco después de la medianoche. Por tanto, era ciertamente un bebé navideño. Pero eso nos traía sin cuidado. Simplemente, nos sentíamos aliviados de que nuestra madre estuviera bien y solo queríamos volver a casa para abrir el resto de los regalos.

»A la mañana siguiente, durante el desayuno, oímos una bocina. Mi abuela miró por la ventana de la cocina y exclamó: “¡Ya está aquí!”. Corrimos a la puerta, cruzamos el porche y llegamos al coche, donde estaba sentada nuestra madre sonriendo orgullosa con su nueva criatura en brazos. Lo había llamado Mark.

»Subimos al coche y volvimos a toda prisa a casa, donde las luces de Navidad continuaban encendidas y los regalos de Papá Noel seguían desperdigados por el cuarto de jugar. Retomamos las cosas tal como las habíamos dejado antes de aquella terrible interrupción.

»Con todo nevado, nuestro padre tenía poco que hacer, aparte de quedarse en casa y jugar con nosotros. Sabía que no volvería a plantar otra cosecha de algodón y a menudo me he preguntado si eso le causaba alivio o le daba

miedo. Pero, por supuesto, aquellas conversaciones se nos ocultaban. Seis semanas más tarde, abandonamos de repente la granja para no volver nunca, gracias a Dios. Mi padre encontró un buen trabajo, en una constructora, que nos obligaba a mudarnos todos los veranos a otro pueblito del sur.

»La Navidad siguiente, esperamos con gran expectación a que llegara el catálogo navideño de Sears & Roebuck. En cuestión de horas, ya habíamos hecho nuestra lista de deseos, que empezaba invariablemente siendo demasiado larga y acababa gradualmente recortada por nuestros padres. Cuando Papá Noel hizo una visita sorpresa a mi clase de segundo de primaria, le dije con total seriedad que quería tal y cual cosa, pero que, de verdad, no quería otro hermano por Navidad.

Cuando Darrow ha terminado de hablar, Eurovisión se ha levantado de un salto y ha liderado los vítores aplaudiendo, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—¿Quién ha dicho que no sabes contar historias? ¡Bien, muy bien! —Ha mirado a su alrededor y he visto que estaba buscando otra víctima entre los espectadores reticentes de las últimas filas, todos los cuales estaban fingiendo un gran interés repentino por su teléfono.

»¡Venga, todos! ¿Quién es el siguiente? —Su mirada ha deambulado por el grupo de gente nerviosa hasta detenerse en mí—. Imagino que nuestra conserje tiene historias interesantes que contar sobre este edificio.

Me he quedado estupefacta y momentáneamente petrificada por el pánico. He negado con la cabeza.

—Solo llevo aquí unas semanas.

Me ha mirado con recelo.

—Pues háblanos de tu edificio anterior…

—Trabajaba en un Red Lobster. Nunca pasa nada en los Red Lobster.

Otra mirada de desconfianza.

—Bueno, pues ya volveremos a ti. Creo que nos produces cierta curiosidad a todos.

—¿Curiosidad? ¿Por qué? —Me ha puesto nerviosa con su mirada penetrante, como si sospechara de mí por algo. He detectado cierto nivel de desconfianza, o por lo menos de cautela, en la cara de los demás. Con lo que me he esforzado por ser invisible, me ha asombrado enterarme de que tienen opiniones sobre mí.

—Bueno —ha dicho Eurovisión—, tienes que admitir que no eres exactamente, en fin, la clase de conserje a la que estamos acostumbrados.

—Ah, claro. ¿Porque no soy un hombre?

—No, no, no. Solo es que… Bueno, un poco, sí.

Me ha entrado la risa al verle la cara. Me tentaba dejarlo sufrir, pero finalmente, para desviar la atención de mí, he dicho:

—Os contaré una historia, lo prometo. Pero dadme tiempo. —Me he preguntado si habría alguna en el alijo de historias de Wilbur que pudiera hacer pasar por mía. No tenía ninguna intención de contarles a aquellos desconocidos mis secretos.

—Muy bien.

—¡Nada de gorrones! —ha dicho Vinagre—. Quien quiera escuchar, ha de contar algo.

—Yo tengo una historia —ha intervenido Amnesia. Llevaba un montón de ropa mal puesta, llena de manchas de ácido, pintura y cortes desiguales, como si la acabaran de rescatar de un edificio derruido. En Vermont, mi novia y yo habíamos jugado al juego de ordenador *Amnesia*. Trata de alguien que se despierta en un desierto sin recordar nada de su existencia anterior y lo persiguen espíritus malignos, demonios y maldiciones. Había molado mucho, al menos hasta que había empezado a parecerse demasiado a la realidad.

—Gracias —ha dicho Vinagre en tono firme, acomodándose para escuchar.

—Me he pasado la vida entera —ha dicho Amnesia— soñando con una mujer. No es exactamente una pesadilla, pero resulta inquietante porque siempre pasa exactamente lo mismo. Estoy en un jardín. Es verano. Tengo delante un caserón oscuro con las persianas blancas y las cortinas corridas en todas las ventanas, salvo una. Y esa es la ventana donde está la mujer, una silueta oscura de pie dentro del marco blanco, mirándome. Tiene una cicatriz en la mejilla y una crucecita dorada colgando del cuello y sé que tal como lo explico no da miedo, pero es que nunca sonríe. O sea, la mayoría de la gente te sonríe cuando te ve, ¿no? En cambio, esa mujer se limita a mirarme con la cara vacía y suele ser entonces cuando me despierto.

»Cuando era niña, le conté una vez el sueño a mi madre y se puso muy seria: “¿Qué edad tenía la mujer? ¿De qué tamaño era la cicatriz? ¿Qué ropa llevaba? ¿Cómo era la casa? ¿En qué estado se encontraba?”, como si

estuviéramos intentando encontrar a alguien que hubiera sido secuestrado. Me acuerdo bien porque mi madre me clavó las uñas en el brazo, a pesar de que estábamos en un Waffle House y era justo después de la iglesia y nos podía ver todo el mundo. Y mi padre le dijo: "Suéltala, Kath" con firmeza, como si estuviera dispuesto a intervenir si no me soltaba.

»¿Sabéis que hay relaciones en las que una persona ocupa más sitio que la otra? Pues así eran mis padres. O sea, si mi madre era el sol, mi padre era Mercurio o algo parecido, algo pequeño y demasiado cercano a ella como para estar cómodo. Sanjay y yo solíamos decir en broma que la única razón por la que estaban juntos era que mi madre se había quedado embarazada de mí y después de él, pero ahora creo que simplemente convertimos la verdad en broma para poder decirla en voz alta. Mis padres nunca cuentan la historia de cómo se conocieron ni de cómo fueron sus primeras citas ni nada parecido. Si se lo preguntas, se limitan a decirte: "Ah, pues nos conocimos en la Universidad Cristiana de Texas", como si el resto fuera inevitable, como si estuviera claro que un hombre que había dejado a todo el mundo al que conocía en Tamil Nadu para ir a estudiar fuera a terminar casado en Lubbock.

»En fin, no volví a sacar nunca más el tema de la mujer del sueño. Mi madre se preocupaba demasiado y la verdad era que, para eso, ya me tenía a mí misma. No sabía por qué. ¿Habéis visto a esas madres de los anuncios que lloran cuando ven a sus hijas bailar *ballet* y les ponen tiritas en los rasguños de las rodillas y esas cosas? Pues mi madre probó todo aquello conmigo, pero simplemente era incapaz. Apretaba los dientes cuando me abrazaba o hacía una mueca de desagrado cuando me reía, o bien se iba de la habitación si me echaba a llorar. Con Sanjay era distinta: a él le hacía ojitos todo el tiempo y lo abrazaba sin venir a cuento. Incluso le dijo una vez a la señora Hewson, cuando no sabía que yo estaba en el cuarto de al lado, que sabía que no debía tener favoritos, pero que simplemente Sanjay le resultaba más fácil porque no la necesitaba tanto. La señora Hewson se rio y le contestó que lo que pasaba era que ella y yo nos parecíamos demasiado —la gente nos lo decía todo el tiempo; las dos teníamos el pelo claro y la barbilla de patata, mientras que Sanjay y mi padre eran morenos y con pinta de pajarillos—, pero mi madre le contestó: "Esa y yo no nos parecemos en nada", después de lo cual la señora Hewson ya no dijo nada.

»La Semana Santa en que mi madre tuvo el colapso, Sanjay tenía siete años y yo doce. Nos pasaríamos años enteros rememorando el episodio en voz baja, como si fuera una película que nos encantaba y que no deberíamos haber visto. Y era una locura, porque mi madre siempre estaba perfecta en la iglesia

First Baptist, siempre estaba recolocándose algo, alisando los programas y tratando a todos como si estuvieran en su sala de estar solo porque era una de las encargadas de la bienvenida. La noche antes había desplegado dos vestidos amarillos y dos trajes azul marino para que pudiéramos encarnar a alguna horrible familia de casa de muñecas: claro/oscuro/claro/oscuro, sentados en el penúltimo banco de la iglesia, donde ella pudiera tener vigilada la puerta.

»Aquella mañana estábamos abatidos. De eso también me acuerdo: nuestra madre se había pasado el trayecto entero en coche chillándonos por avergonzarla delante de todo el mundo, a pesar de que todavía no habíamos llegado, y me había mirado con el ceño fruncido por el retrovisor y me había preguntado dos veces si me había acordado de ponerme desodorante. A veces me daba la sensación de que mi única esperanza era que apareciera algo más grande que yo que le hiciera dejar de prestarme atención. Así pues, cuando el pastor Mitchell bramó: "¡Ha renacido! ¡Ha renacido!", el alivio que sentí fue real. Su voz nos llenó a todos, desde la garganta hasta la cintura, y por un minuto pareció que el techo entero podía convertirse en uno de esos murales dorados del cielo.

»Entonces fue cuando se puso de pie mi madre. Deprisa, casi como si se hubiera olvidado de algo, y con los puños en los costados. A continuación, echó a andar despacio en el sentido que no era. Un paso seguido de otro, y de otro, por el pasillo central. Y nadie supo qué hacer porque era Kathleen Blair Varghese, la que siempre estaba poniendo firmes a todos; así pues, ¿qué hacía caminando lentamente hacia la tarima como si la acabaran de llamar? Incluso el pastor Mitchell pareció confundido y esperó a que mi madre se le detuviera delante para preguntarle:

»—¿Estás bien, Kathleen?

»Mi madre dijo algo. No la pudimos oír. A continuación, lo repitió:

»—Mi madre ha muerto.

»Emergieron pequeños murmullos de los bancos de la iglesia y entonces se levantó también mi padre, aunque normalmente intentaba moverse por la iglesia sin que nadie se fijara en él. No era que la gente fuera mezquina a propósito, solo pasaba que siempre estaban haciendo pequeños comentarios en plan: "Bueno, aquí en Lubbock celebramos la Navidad con el piromusical de villancicos", como si él todavía no lo supiera después de quince años. En cualquier caso, ahora se alejó a toda prisa, cogió a mi madre del brazo y, cuando ella se volvió para mirarlo, todo el mundo ahogó una exclamación. Estaba jadeando como un perro. Tenía la cara roja y húmeda.

»—Se ha ido, Arvin —me dijo—. Se ha ido y no volverá nunca.

»—¿La abuela Cindy? —susurró Sanjay con los ojos muy abiertos, porque pasábamos la tarde de todos los sábados con la abuela Cindy fumando cigarrillos de chocolate en el jardín mientras ella se fumaba los de verdad.

»—No —dije, porque nuestros padres estaban volviendo por el pasillo con todas las miradas clavadas en ellos, luego en mí y luego en Sanjay. Además, ¿qué le podía decir yo? ¿Qué sabía yo entonces? Mi padre abrió la puerta del vestíbulo y nos dirigió una mirada, de manera que salimos del banco y los seguimos. Y de pronto estábamos todos de pie fuera. Así, sin más: los cuatro bajo el sol, entre el ruido de los aspersores y el olor del agua sobre el cemento caliente.

»—¿Está bien la abuela? —dijo Sanjay. Miré a mi padre y mi padre miró a mi madre y mi madre abrió la boca hasta convertirla en un túnel oscuro que después se tapó con la mano.

»—¿Está bien? —repitió Sanjay con voz aguda, y mi padre sacó el teléfono. Sonó unas cuantas veces y después la abuela Cindy se puso a gritarnos por entre la corriente de aire del descapotable que nos iba a tener que devolver la llamada cuando parara el coche. Mi padre colgó. Todos miramos a mi madre, que parecía un simple contorno de sí misma.

»En el trayecto en coche a casa, mi padre le cogía la mano siempre que no tenía que cambiar de marcha, la segunda cosa más extraña que yo veía en lo que iba de día. Nada más llegar a casa, mi madre se acostó y se quedó en la cama toda la noche. Vino a verla la abuela Cindy y después mi padre y mi abuela estuvieron hablando durante tres cigarrillos, pero no los podíamos oír sin abrir una ventana. Se me ocurrió que quizás estuvieran hablando de mandarla a Sunrise Canyon, porque era adonde había ido la madre de Laura Gibson después de perder a su bebé; pero cuando me levanté a la mañana siguiente y bajé a desayunar, mi madre volvía a ser la de siempre, haciendo gofres con la tostadora, comprobando si teníamos sucias las uñas y acompañándonos al autobús cinco minutos antes de que fuera la hora. Y el domingo siguiente, en la iglesia, apartó de sí con tanta fuerza las miradas de preocupación que todo el mundo se quedó un poco desorientado, como si quizás se lo hubieran imaginado todo. Hasta yo habría pensado lo mismo si no lo hubiera visto también Sanjay, si el episodio no se hubiera convertido en el objeto de nuestros susurros infantiles y después de nuestras risas de adultos, porque, francamente, ¿qué había más típico de Kathleen que el hecho de que hubiera interrumpido el sermón de Semana Santa para decir que se había

muerto la abuela Cindy y todo el mundo le tuviera demasiado miedo como para volver a sacar el episodio a colación?

»Celebramos el funeral de mi madre el año pasado en la iglesia First Baptist. Todos los demás llevábamos años sin ir, entre la cadera de mi padre y el hecho de que Sanjay vivía en Austin y yo estaba aquí, pero no importaba: todo lo organizaron las mismas mujeres de su grupo de plegaria de los miércoles que se habían estado turnando para llevarla en coche a la quimioterapia. Lo único que tuvimos que hacer nosotros fue entrar y recibir el pésame. El sustituto del pastor Mitchell recitó su panegírico, olvidándose de mencionar que mi madre organizaba el pícnic de la catequesis y que era la primera vela que se encendía en el árbol de Navidad viviente; pero cuando cantamos *Abide with me*, su himno favorito, sentí que mi madre nos envolvía con su aprobación. Después vinieron unas cuantas personas a casa con platos de comida congelada y por fin todo se acabó: una vida entera doblada como si fuera un mantel y lista para ser guardada.

»Pero no podíamos, ¿verdad que no? Era imposible. Cuando te pasas la vida entera con alguien tan enorme, da igual que sea a ti a quien se olvidó de querer o a quien no supo querer ni a quien quiso demasiado; aun así, la sientes en todas partes. Todavía no la echaba de menos, no como ahora, pero me daba cuenta de que mi padre y Sanjay sí, de forma que serví Jameson para todos en los vasos buenos y luego nos sentamos a la mesa de la cocina, rememorando todas las chifladuras que hacía. ¿Os acordáis de cuando nos planchó los pantalones de chándal? ¿Os acordáis de cuando llamó al perro del vecino "movimiento de tripas con patas"? ¿Os acordáis de cuando hizo a aquel tipo pintar otra vez el porche entero porque había corrido una ardilla por un rincón y ella dijo que la pintura nueva no se secaría del mismo color? ¿Os acordáis de cuando le dijo a toda la iglesia First Baptist que se había muerto la abuela Cindy? Nos reíamos de la misma forma en que te ríes de algo cuando intentas perdonarlo por haberte asustado.

»—¡En mitad del sermón de Semana Santa! ¡Y nadie dijo nada! —dijo Sanjay.

»—La abuela Cindy… —empezó a decir mi padre, pero nos estábamos riendo demasiado fuerte para oírlo. Esperó a que nos hubiéramos tranquilizado para continuar— no era su madre.

»Lo dijo así, sin más, como si nos estuviera diciendo cualquier otra cosa de la abuela Cindy. "A la abuela Cindy le gustaban los hombres más jóvenes. La abuela Cindy y su condenada lotería. La abuela Cindy solo iba al Costco los días que tenían muestras".

»—¿Cómo? —dije.

»—Su madre biológica vivía en Oklahoma City —explicó mi padre.

»Sanjay y yo nos miramos.

»—Papá —dijo Sanjay—, ¿te estás quedando con nosotros o qué?

»Mi padre me señaló con la barbilla.

»—La conociste una vez, cuando tenías unos meses. Barbara. Barb. Dijo que la llamáramos Barb. Vino en coche, almorzó con nosotros en La Quinta y se volvió aquella misma noche.

»—¿A Oklahoma City? —pregunté, como si lo extraño fuera aquello.

»—Entonces estaba casada y había tenido más hijos. Creo que le daba miedo que se enteraran, que se enterara su marido. Nos enseñó fotos de sus otros hijos. Las chicas se parecían a tu madre. —Mi padre me miró—. Y a ti.

»¿Sabéis que a veces alguien te cuenta algo y dentro de ti se empiezan a mover una serie de palanquitas y diales porque has recuperado una parte de ti que ni siquiera sabías que te faltaba? Pues mi padre dijo "y a ti" y me empezó a vibrar el cuerpo entero. Sanjay parecía enfermo.

»—¿Esa fue la mujer que murió? —dijo.

»Mi padre asintió con la cabeza.

»—De lo mismo. Cáncer de ovarios.

»—¿Pero cómo se enteró mamá de…?

»—No lo sé.

»—¿Había estado en contacto con ella?

»—No.

»—¿Pues cómo os enterasteis el mismo día…?

»—No nos enteramos. Lo leímos más adelante en la necrológica.

»—¿Pero nunca hablasteis del tema?

»—¿Qué había que hablar?

»—¿Y Barb… era… —ni siquiera sabía qué quería preguntar en realidad — simpática?

»Era extraño que doliera hacer una pregunta así, pero, por alguna razón, dolía. Mi padre tardó un momento muy largo en contestar:

»—Era joven.

»Y se puso entonces a recitar una serie de cifras. Barb había tenido a mi madre a los quince años. Solo la había tenido dos horas antes de que fuera al centro a recogerla la abuela Cindy. Mi madre tenía veintitrés años cuando se puso a buscarla. Tardaron un año en dar con ella y tres meses más en negociar dónde y cómo se iban a encontrar. Guardé silencio, pensando en que mi madre debió de ponerse a buscar a la suya unos meses antes de quedarse

embarazada de mí, y que debió de tener noticias de ella sobre la época en que nací. Sanjay, en cambio, estaba enfadado. Se puso a quejarse a mi padre de que no se podía creer que nunca nos lo hubieran contado, que no se podía creer que nos tuviéramos que enterar así, y entonces mi padre se puso a gritar también.

»—¡No importaba! —dijo mi padre—. ¡Vino una mujer, comió un día con nosotros y tuvo al bebé en brazos y le lloró a tu madre por todo el tiempo que había perdido y le prometió que volvería pronto, pero no volvió nunca! No llamó nunca ni escribió y se mudó sin decirle a tu madre adónde; así pues, ¿qué había que contar? —Tenía la cara ruborizada por el pánico y crispada como la de un niño y entonces supe a ciencia cierta que la amaba de verdad.

»—¿Qué centro? —dije.

»Mi padre pareció confundido.

»—La abuela Cindy fue a recogerla a un centro. ¿A qué centro?

»Y entonces se puso a contarme el resto, aunque yo ya lo sabía, ¿sabéis? Lo sabía incluso antes de que dijera "el Centro para Mujeres Florence Crittenton" y "Little Rock, Arkansas", antes de buscarlo por Google y ampliar la foto diminuta de mi teléfono para quedarme mirando aquella ventana de marco blanco en una casa oscura. En la foto estaba vacía, pero lo supe igualmente.

Al acabarse la historia, ni siquiera he querido mirar a Amnesia. Me he quedado observando mi copa. La piel de gallina. Me ha hecho pensar en mi madre, a quien he odiado desde que nos abandonó. Mi recuerdo más nítido de ella ni siquiera es un recuerdo de ella; es un recuerdo de mi padre sollozando y diciéndome que se había vuelto a Rumanía. Fue la primera y última vez que lo vi llorar. (Salvo en febrero, la primera vez que lo visité después de dejarlo en la residencia. Mi padre creyó que era su madre y se echó a llorar y a suplicarme que lo llevara a casa, que aquella no era una buena escuela, que echaba de menos a Zbura, su estornino. Aunque esa no cuenta de cara al total de veces que lloró en su vida, porque ya tenía demencia). Yo tampoco lloro: lo de no llorar es un rasgo de familia. No he llorado desde que tenía diez años y me rompí el brazo patinando por la calle Poyer. No es que llorar tenga nada de malo si es tu rollo. Pero no es el mío. Drácula tampoco lloraba.

—Es un cuento de fantasmas —ha dicho Darrow.

Amnesia ha negado con la cabeza.

—No. Es una historia de conexiones. Vivimos con la ilusión de que somos seres separados, pero en el fondo estamos conectados metafísicamente.

—Eso es demasiado profundo para mí —ha dicho Vinagre—. No quiero estar conectada con la mayoría de la gente, solo con mis hijos, Charlotte y Robbie, y tampoco todo el tiempo.

—Creo que es una historia sobre el estoicismo de las mujeres —ha sentenciado la Señora de los Anillos, volviéndose hacia Amnesia, pero Eurovisión la ha interrumpido.

—Por favor. No nos pasemos analizando las historias de los demás —ha dicho—. Esto no es una clase de literatura. Venga, ¿a quién le toca ahora?

—Ya que estamos con el tema del estoicismo y la muerte —ha intervenido Lala, barriéndonos con su mirada de ojos negros y enormes—, tengo una historia.

Se ha inclinado hacia delante con las manos juntas y por fin las ha abierto, ansiosa, incluso desesperada por contar su historia. Ha ajustado su asiento, un taburete alto sobre el cual estaba posada como si fuera un pajarillo nervioso, ha apoyado las manos en las rodillas y con voz débil pero intensa se ha puesto a hablar mientras miraba el suelo de la azotea, como si no estuviera hablando con el grupo, sino consigo misma.

—Pasó hace unos años, antes de mudarme a Nueva York.

»Era un viernes por la noche y todavía estaba trabajando, aunque ya preparándome para cerrar, porque pasaban de las tres de la madrugada. Cuando me sonó el teléfono, miré el identificador de llamada y vi que era el número de mi suegro. Mi suegro tiene ochenta años y mi suegra ochenta y cuatro, y los dos andan muy delicados de salud, así que cuando contesté la llamada ya estaba mentalmente preparada para tratar con una emergencia.

»Pero era mi suegro en persona, Max. Me dijo que lo acababa de llamar la hermana de mi madrastra porque no me había encontrado a mí. (En pleno estrés del momento, debía de haberme llamado a algún número antiguo). Al parecer, mi padre estaba en Urgencias de Traumatología del hospital Good Samaritan; Max no sabía más.

»Desperté a mi marido —le di un buen susto porque estaba profundamente dormido— y me vestí, mientras pensaba que tenía que ponerme una sudadera de invierno porque en las salas de espera de los hospitales siempre hacía frío y no había forma de saber cuánto tiempo me iba

a pasar allí. Le prometí que llamaría a casa en cuanto supiera algo, le prometí que no conduciría demasiado deprisa, rechacé los intentos que hizo el perro de acompañarme —no sabía cuánto rato lo tendría que dejar solo en el coche — y me marché.

»Iba conduciendo con cuidado, la verdad, pero me encontraba sumida en ese estado de agitación nerviosa que acompaña al hecho de ser arrancada de la soledad de la noche para afrontar ansiedades desconocidas. Iba rezando, claro, de esa manera informal en que uno reza ante semejantes situaciones. Y luego, a poca distancia de la autopista, todo se detuvo.

»Se detuvieron las plegarias, se detuvo la agitación y desapareció la ansiedad. El reloj del salpicadero, que siempre va un par de minutos atrasado, marcaba las 3:26. No llegué a ver el certificado de defunción, pero no me hizo falta.

»Todo quedó simplemente… quieto.

»Seguía conduciendo; de vez en cuando, me cruzaba con otro coche. Veía pasar las luces y era consciente de las señales de tráfico, pero los latidos de mi corazón y mi respiración habían regresado a su estado original de soledad tranquila. Intenté componer una plegaria, pero no me vinieron las palabras. No es que no se me ocurrieran, sino que no eran necesarias; cualquier cosa que pudiera haber pedido ya había recibido respuesta.

»Todo estaba simplemente… en paz.

»A veces siento a mi madre cerca de mí, a veces porque la llamo y otras veces sin llamarla. No siempre viene cuando la convoco, pero siempre vuelve a aparecer en algún momento. Ahora la busqué en mitad de aquel silencio y la sentí allí, pero no fue ella quien me contestó.

»Diría que llevaba unos diez años sin acordarme ni una sola vez de mi abuela Inez. Era muy mayor cuando nací y se murió cuando yo tenía once años. (Solo me acuerdo porque se murió en mi cumpleaños). La veíamos una vez al año, proforma: una anciana minúscula que olía raro y no hablaba inglés. Aprendimos unas pocas frases en español y se las repetíamos como si fueran plegarias en latín en una iglesia; nos entendíamos, pero con poca sensación de comunicarnos.

»En aquel momento, sin embargo, me vino mi abuela a la cabeza. Tenía el pelo blanco, pero la cara joven, y me fijé en que los dientes parecían suyos, no la dentadura postiza.

»—Somos duras —me dijo en español, y añadió—: lo somos.

»Yo conocía la palabra española “duro”. Dependiendo de cómo se usara, podía significar ‘difícil’ o ‘doloroso’ (una situación dura) o bien ‘fuerte’ o

‘resistente’.

»—Muy bien —dije.

»Llegué al hospital y dejé el coche en el aparcamiento de las visitas. Ya no hacía falta darse prisa ni quise ocupar un espacio que pudiera hacer falta cerca de la entrada de vehículos de emergencia. Era una noche plácida y templada. Pasé por delante de una mujer que estaba sentada en un banco frente al departamento de Cirugía de Pacientes Externos, fumando. Le sonreí y la saludé con la cabeza al pasar.

»Subí la larga rampa que llevaba a Urgencias de Traumatología; estaba en la segunda planta. Fuera estaban dos de las hermanas de mi madrastra, encorvadas sobre su móvil como si fueran agentes del servicio secreto. Toqué a una de ellas en el hombro y se volvió; la cara se le descompuso de dolor y me abrazó con fuerza y dándome una palmada en la espalda.

»—No pasa nada —dije, al cabo de un momento—. Estoy bien.

»—¡Yo no! —me dijo ella, y se aferró a mí, sollozando, mientras entrábamos.

»—Somos duras —repitió mi abuela.

»Lo primero que vi de él fueron los pies. Eran como los míos, cortos y anchos, llamativamente pequeños en comparación con su cuerpo. Yo no tengo pelos negros en los dedos de los pies, y además él sufría una enfermedad crónica de las uñas que se las ponía gruesas y amarillas, pero sí que compartíamos los talones redondos y los empeines cortos y pronunciados. Los dedos anchos y cortos que apuntaban un poco hacia arriba cuando el pie estaba en reposo: pies feos pero felices.

»Había varias personas alrededor de mi padre, acostado en una camilla y cubierto a medias con una sábana de franela. Estaba allí mi madrastra, cogiéndole la mano; no me fijé en nadie más. Necesitaba verle la cara a mi padre.

»Se le veía exactamente igual que cuando dormía; tenía la costumbre de quedarse dormido viendo la televisión. En los años posteriores a la muerte de mi madre, antes de que se casara otra vez, siempre me levantaba a medianoche cuando estaba en la casa con él para despertarlo y decirle que se fuera a la cama. Creo que le daba miedo irse a la cama solo.

»Tenía las orejas un poco moradas. Mi hijo tiene las mismas orejas que él; una caracola suave con el lóbulo carnoso. En cada lóbulo se le hacía una arruga profunda; yo había leído en alguna parte que aquello indicaba una predisposición a las enfermedades cardiacas.

»Había pensado que me embargaría el dolor cuando lo viera, así que me sorprendió experimentar en cambio una sensación muy peculiar de… cierre. Mi padre había sido un hombre feliz, en general, aunque no había sido para nada un hombre en paz. Tenía aristas afiladas que surcaban su personalidad igual que las fisuras surcan un glaciar. Siempre nervioso, siempre en movimiento. Poseía un gran talento para el odio cerval y guardaba unos rencores implacables. Ahora todo eso se había acabado. No se había ido exactamente, pero sí se había acabado. Ahora mi padre disfrutaba de una paz que siempre le había faltado; estaba completo.

»—Somos duras —dijo mi abuela en voz muy baja, y supe a qué se refería.

»Mi madrastra me abrazó a mí y yo a ella.

»—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Me contó que se había ido a la cama a medianoche. Mi padre la había seguido un poco más tarde. Ella se había despertado a las tres menos cuarto porque la respiración de él había cambiado, estaba roncando muy fuerte. Ella le había dado un golpecito para que se diera la vuelta y los ronquidos habían vuelto a cambiar para convertirse en unos “ruidos horribles”. Mi madrastra encendió la luz, le vio la cara y supo que le pasaba algo malo; corrió al dormitorio de invitados en busca de su hermana y su cuñado, que habían venido de California de visita.

»Corrieron al dormitorio y le hicieron reanimación cardiopulmonar mientras mi madrastra llamaba al número de urgencias. Vivían a pocas manzanas de un hospital grande, de forma que la ambulancia llegó en dos minutos. Los paramédicos lo trataron allí mismo y de camino a urgencias y consiguieron, según ella, reanimarle “una parte del músculo cardíaco”, pero no lo pudieron revivir.

»El desconocido que estaba en la cabecera de la camilla de mi padre se acercó para estrecharle la mano a mi madrastra y explicó que mi padre “todavía no estaba frío” al llegar; todo bien, por tanto. Era el sacerdote, que había venido a dar la extremaunción; existía la superstición popular de que, si el cuerpo todavía estaba caliente, el alma todavía andaba lo bastante cerca como para beneficiarse.

»Todavía no estaba frío; todo el mundo le había puesto las manos encima, en el hombro desnudo, en la mano o en la montaña enorme y redonda de la panza; siempre había tenido sobrepeso, pero concentrado en la barriga. Yo también le puse la mano encima por un momento. Luego levanté la vista y me di cuenta de que estaba mirando a mi tío Albert, el que vive en Albuquerque;

el único hermano que le quedaba vivo a mi padre y también mi padrino. No lo había visto hasta entonces porque se parece a mi padre: todos los hermanos se parecían mucho de cara. Me había resultado completamente normal y corriente ver a mi padre acostado y de pie al mismo tiempo.

»En aquellas circunstancias, más bien surrealistas, al principio me pareció bastante normal que estuviera allí Albert. Tenemos una familia muy extensa y, durante toda mi juventud, cada vez que se moría alguien se reunían todos los parientes, viajando de Albuquerque a California o viceversa; todos se alojaban brevemente en nuestra casa, porque Flagstaff quedaba a medio camino. Yo sabía que se tardaba por lo menos una hora en venir en avión desde Albuquerque.

»—¿Qué haces tú aquí? —le solté, pensando un poco demasiado tarde que confiaba en que mi comentario solo transmitiera asombro y no falta de amabilidad.

»Mi tío se mostró solemne, pero no visiblemente afligido. Era el último de los hermanos y ya tenía setenta y pico años; había visto mucha muerte.

»—Estaba aquí —dijo encogiéndose un poco de hombros. Había venido, por casualidad, o no, a pasar el fin de año. Mi padre y él se habían quedado levantados hasta tarde charlando y riendo y se habían ido a la cama a las doce y media.

»Las hermanas de mi madrastra, que por entonces eran tres, iban y venían trayendo clínex y vasos de agua. De vez en cuando venía también la secretaria del hospital, una mujer discreta y considerada, y nos traía preguntas e impresos para firmar.

»¿Qué depósito de cadáveres preferíamos? ¿Entierro o incineración? Y por último, y se disculpó alegando que la ley le obligaba a preguntarlo, ¿nos plantearíamos la donación de órganos?

»—Sí —dije con firmeza y las manos en el vientre de mi padre. Estaba muy convencida, aunque sentí que mi madrastra vacilaba. Es una persona amabilísima, de otra forma no podría haber estado tanto tiempo casada con mi padre, pero ese rasgo la hacía fácil de intimidar. Lo habría hecho yo, de no haber tenido más remedio, pero por fin dijo que sí.

»—¿Pero se pueden aprovechar? —pregunté, mirándolo de reojo—. Tiene sesenta y siete años.

»—No lo sé —dijo la joven frunciendo el ceño con incertidumbre—. Lo voy a comprobar. —Lo comprobó—. Las córneas —afirmó; podían usar los ojos y las córneas.

»Las hermanas no paraban de tocarlo y de exclamar todo el tiempo: "¡Aquí todavía no está frío!" y de agarrarle la parte del cuerpo que fuera. (La opinión que mi padre le expresaba a menudo a mi madrastra mientras ellas lo podían oír era: "Tus hermanas son muy buena gente, pero…").

»Me aparté un poco. Me preguntaron si me quería quedar un momento a solas con él. No hacía falta. No me hacía falta volver a tocar el cuerpo; no tenía la sensación de que aquello fuera mi padre. Sabía exactamente dónde estaba mi padre; estaba conmigo, con sus esposas, con su hermano y con su madre. Somos duras.

»No estaba afligida en absoluto, aunque de vez en cuando lloraba por pura reacción emocional. Al cabo de un rato me quedó claro que no había nada más que hacer; aun así, parecía imposible marcharse. Albert dijo en voz baja que le gustaría volver a casa a descansar. Llegaron más parientes de mi madrastra; también tenía una familia muy extensa, siempre leal y dispuesta a apoyar.

»Miré a mi padre con mucha atención. Aquellos rasgos que perduraban en mí y en mis hijos los seguiría viendo. Pero ¿qué era lo irrepetible, aquello que necesitaba grabarme en la memoria ahora porque no lo volvería a ver más? Mis manos son las suyas, igual que los pies; mi hermana tiene sus ojos. Las espaldas anchas las he visto en mi hijo desde que nació; mi hija pequeña ha heredado la forma de sus pantorrillas.

»Por fin volvió la joven y nos dijo con voz baja pero firme que necesitaba llevárselo ya "para terminar de ocuparse de él". Le toqué un pie, le dije "adiós, papá" y me alejé sin mirar atrás.

»En la sala de espera, nos reunimos con el encargado del programa de donación de órganos y lo acompañamos para rellenar los impresos necesarios. He tenido pocas experiencias más surrealistas que estar sentada en una consulta médica a las cinco de la mañana contestando preguntas acerca de si mi padre había aceptado alguna vez dinero o drogas a cambio de sexo o si había tenido relaciones sexuales con otro hombre.

»Las respuestas (que eran no, por cierto, al menos que yo supiera) resultaron ser satisfactorias y nos dejaron marcharnos. No dejé que me acompañara ninguna de las hermanas, aunque me costó convencerlas, y me volví a casa atravesando la ciudad a oscuras. Me parecía importante llegar antes de que acabara la noche porque quizás a la luz del día todo parecería más real.

»Así pues, ahora siento punzadas y desgarros, nudos de dolor que se me hacen en la garganta y en el estómago. Todas las dificultades y distracciones

que provoca tratar con la muerte repentina.

»Pero me acuerdo de aquella gran quietud y estiro la mano para cogerla como si fuera una piedrecita lisa que llevo en el bolsillo.

»Somos duras.

»Me sentí… asombrada.

La Hija del Merenguero contemplaba a la narradora asintiendo con la cabeza, claramente conmovida y haciendo comentarios en voz baja sobre la familia. Me he dado cuenta de que ninguno de los que estábamos en la azotea queríamos romper el hechizo. Se ha entrometido en el silencio una sirena a lo lejos, claro, como siempre, con su susurro de dolor lejano. Me he acordado de que ahora mismo, por toda la ciudad, hay gente siendo arrebatada de sus seres queridos. Padres y tíos y cuñadas muriéndose por todas partes, conectados a respiradores o algo peor. La descripción que ha hecho Lala de su padre, de sus pies feos pero felices, Dios, me ha hecho echar de menos a mi padre.

—Menuda historia —ha dicho una mujer desde la otra punta de la azotea —. Gracias por compartirla. Es todo un recordatorio de lo que estamos perdiendo, ahora que no dejan a la gente estar con sus seres queridos cuando mueren. La pérdida de ese último contacto, de las manos en el cuerpo todavía cálido… Es desgarrador.

Tenía razón. Desde donde yo estaba sentada, no veía quién lo había dicho, pero hablaba por todos. Aquel maldito coronavirus no solo nos estaba robando la libertad para estar juntos en vida, sino también para estar juntos en el momento de la muerte y despedirnos. Un pensamiento terrible me pasó por la cabeza antes de que pudiera aplastarlo: el deseo de que mi padre hubiera muerto antes de que llegara esta pandemia.

No. Iba a encontrar la forma de volver a verlo.

Eurovisión se había vuelto hacia la que acababa de hablar. Llegado a aquel punto de la velada, se le había helado un poco la sonrisa de presentador de gala entusiasta.

—Bienvenida —ha dicho, pasándose un poco de risueño—. Creo que no nos conocemos. ¿En qué, mmm, en qué apartamento estás?

—En el 2C.

Me he quedado un poco sorprendida. Mi biblia indicaba que el 2C estaba vacío. Y aquella tarde yo tampoco había registrado su llegada a la azotea; no la debía de haber visto o quizás había llegado tarde. Se la veía un poco fuera

de lugar con su coleta, su cara sin maquillar y su falda de cuadros pijita de LL Bean, sobre todo en un barrio tan *hipster* como el Lower East Side. Además, llevaba mascarilla; mascarilla quirúrgica de verdad. ¿Cómo demonios la había conseguido?

—Acabo de llegar —ha dicho un poco nerviosa—. Soy de Maine.

—¿De Maine? —ha preguntado Eurovisión, como si la chica acabara de anunciar su llegada procedente de la Mongolia Exterior—. ¿Y te has mudado a Nueva York durante una pandemia? ¿Estás loca?

—Quizás sí —ha dicho Maine con una risilla—. Soy médico de urgencias de refuerzo aquí, a la vuelta de la esquina, en el Presbyterian Downtown. De hecho, me ha sorprendido encontrar un apartamento tan cerca. Me he apuntado voluntaria a un programa de trabajadores médicos destinados a Nueva York para ayudar con la crisis del COVID-19.

—Oh —ha dicho Eurovisión—. Lo siento, no era mi intención… Gracias. En serio. ¡Gracias! —Lo ha dicho con total sinceridad y apartando un poco su silla hacia atrás al mismo tiempo, como quien no quiere la cosa. Tampoco lo podía culpar. He mirado a mi alrededor y he visto a otros fingir que recolocaban sus sillas, carraspear con delicadeza a modo de excusa para cubrirse la boca y apartarse con discreción, calculando la distancia que los separaba de ella. No me ha parecido que la mascarilla estuviera tranquilizando a nadie. También yo he sido consciente de estar apartándome un poco y pegándome al respaldo de mi sofá rojo.

—¡Eres una de las personas a las que aplaudimos todas las noches! —ha exclamado la Señora de los Anillos con un tonillo de entusiasmo extra, como para camuflar la tensión creciente.

—Todos menos Vinagre —ha dicho Florida en tono ácido.

—Me llamo Jennifer y estoy agradecida, claro que lo estoy. Muy agradecida. Lo que pasa es que no creo que aporrear ollas y chillar sea una forma decente de dar las gracias a nadie. —Ha fulminado con la mirada a Florida y se ha vuelto para sonreír a Maine.

Maine ha asentido con la cabeza, impertérrita ante nuestro nerviosismo.

—Mi historia también trata del final de la vida. —Ha hecho una pausa—. Quizás no sea apropiada… Teniendo en cuenta que estos días nos rodea la muerte por todos lados.

—Tampoco es que nos vayamos a salvar de la muerte a base de no hablar de ella —ha dicho Vinagre, dándose una palmada resuelta en las rodillas—. Igual que no nos vamos a hacer ricos a base de no pagar las facturas. Son cosas que te llegan cuando te han de llegar. —Ha levantado la barbilla y nos

ha mirado a los demás—. Así que adelante, cuenta la historia, en esta azotea no hay nada vetado. —¿Son imaginaciones mías, o los últimos días de contar historias han ablandado un poco incluso a Vinagre?

Maine ha reunido aplomo y se ha puesto a hablar en voz más alta que los demás, quizás para compensar la barrera de la mascarilla quirúrgica.

—Esta también es una historia verídica. No sé si contarla, porque soy una persona de ciencia y me han formado para creer solo en lo que está demostrado y confirmado mediante métodos científicos rigurosos y esta historia trata de algo que no se puede demostrar. Algunos no me creeréis ¿y por qué me ibais a creer? Soy nueva en vuestro edificio, una simple inquilina temporal en el 2C, y como no salgo del apartamento sin mascarilla, nunca me habéis visto la cara. Mientras vosotros os escondéis aquí, a salvo, en este edificio, yo salgo todos los días y me reúno con el enemigo. Y cuando vuelvo después de mi turno en el hospital, estoy segura de que os preocupa que me pueda haber traído al enemigo a casa en la ropa, en las manos o en el aire que expulso. Sé que por eso me evitáis, porque tenéis miedo, y no me extraña. Cada ambulancia que pasa chillando os recuerda que tenéis a la muerte delante de vuestra puerta. La podéis sentir y oler, volando en círculos cada vez más estrechos.

»Igual que la podía sentir la hermana Mary Francis.

»La hermana Mary Francis era enfermera en el hospital católico donde yo trabajaba hacía treinta años. Pertenecía a la orden franciscana, que siempre he considerado las monjas “amigables”, y Mary Francis ciertamente lo era: sonriente y con los carrillos redondos, una mujercilla rechoncha de ojos oscuros que llevaba zapatones ortopédicos debajo del hábito blanco. Con cuarenta y pico años, tenía esa expresión serena de quien está en paz con el camino que ha elegido en la vida. Mary Francis era una de la docena de monjas franciscanas que trabajaban de enfermeras en el hospital y al principio no le presté ninguna atención especial.

»Hasta que descubrí su don secreto.

»Lo descubrí durante una de las rondas matinales en las que los internos acompañábamos al médico de guardia cuando visitaba a los pacientes de su departamento. Nos estábamos acercando a una de las habitaciones cuando vi a la hermana Mary Francis de pie frente a la puerta con la cabeza gacha. Deprisa, casi furtivamente, se santiguó y se alejó.

»—Oh, oh —susurró otro de los internos—. Mala señal.

»—¿Mala señal por qué? —pregunté.

»—Porque la hermana Mary Francis siempre lo sabe.

»—¿Qué es lo que sabe?

»—Sabe que se va a morir alguien.

»No es particularmente difícil darse cuenta de que alguien se va a morir. Lo cierto es que no requiere ningún talento sobrenatural. Cualquier médico puede leer los indicios, ya sean un coma cada vez más profundo o un ritmo cardíaco entrecortado, y di por sentado que Mary Francis simplemente sabía reconocer los mismos síntomas que los médicos. Pero cuando entramos en aquella habitación, no vimos a ningún paciente en su lecho de muerte; lo que vimos fue a una mujer con aspecto de estar muy viva, incluso animada. Tenía programada una cateterización coronaria y esperaba irse a su casa aquella misma tarde.

»Pero la paciente no se fue a su casa. Unas horas más tarde, durante la cateterización, sufrió una parada cardiaca y murió en la mesa de operaciones.

»Fue entonces cuando empecé a prestar atención a la hermana Mary Francis y sus pequeñas bendiciones furtivas. Había que estar alerta para pillarla haciéndolas porque era muy discreta. Simplemente hacía una pausa para agachar la cabeza, trazaba una cruz en el aire y seguía su camino. Podían pasar unos cuantos días, a veces incluso una semana, pero cada vez que yo veía a Mary Francis hacer aquel pequeño ritual silencioso ante la habitación de un paciente, se presentaba inevitablemente la muerte de visita.

»Sé que estáis pensando todos exactamente lo que pensé yo: que la hermana Mary Francis era una de esas enfermeras homicidas que aparecen en las historias de crímenes reales, un ángel de la muerte que se mete por la noche en la habitación del paciente y lo asfixia con una almohada o le inyecta una dosis letal de insulina. Es natural dar por sentado que tiene que haber una explicación lógica, porque la alternativa es… en fin, no hay alternativa. Por lo menos, si crees en la ciencia.

»De manera que no le quité el ojo de encima a aquella monja. Me fijé en qué pacientes elegía para dispensarles su ominosa bendición y en cómo y cuándo expiraban aquellos pacientes. Tenía que haber algún patrón, pensé, algo que revelara cómo conseguía asegurarse de sus muertes.

»Pero no había ningún patrón. Aunque algunos de aquellos pacientes morían durante sus turnos en el hospital, otros morían en el quirófano, adonde ella no entraba, o en días en los que ella ni siquiera estaba en el edificio. A

menos que hubiera dado con una forma de cometer asesinatos a través de terceros, la hermana Mary Francis no los podía haber matado.

»El misterio me empezó a volver loca. Tenía que averiguar cómo lo hacía.

»Una tarde, mientras estábamos las dos sentadas en la sala de enfermeras rellenando historias médicas, reuní por fin las agallas para preguntárselo. Estaba claro que se lo habían preguntado antes, porque ni siquiera levantó la vista de sus papeles cuando me contestó.

»—La muerte tiene un olor peculiar.

»—¿Y a qué huele? —le pregunté.

»—No lo sé describir bien. —Se quedó callada un momento, pensando—. Huele a tierra. A hojas húmedas.

»—¿O sea, que no huele mal?

»—Yo no diría mal. Es lo que es.

»—¿Y así es como sabes que va a morir alguien? ¿Por el olor?

»Se encogió de hombros, como si fuera una capacidad completamente normal. Y debía de parecérselo, porque la tenía de nacimiento. Cada vez que se abrían con un chirrido las puertas del Más Allá, Mary Francis captaba el olor de lo que se aproximaba. Y creía que era su deber preparar al alma que se iba para su viaje de este mundo al siguiente, de forma que la bendecía.

»No soy una persona supersticiosa, lo repito: creo en la ciencia. Así pues, ¿cómo iba a aceptar aquella tomadura de pelo? Pero mis colegas médicos del hospital sí creían que la hermana Mary Francis tenía aquel don, que realmente podía asomarse a través del velo que separaba la vida de la muerte. Quizás llevaran demasiados años trabajando en aquel edificio viejo y destartalado que, por lo general, se consideraba que tenía fantasmas. En aquella institución, donde los fantasmas se consideraban parte de la atmósfera, no costaba tanto creer que una monja franciscana pudiera oler a la muerte que se avecinaba.

»Si había una explicación lógica, no la encontré. Pero seguí siendo escéptica. Seguí esperando a que me mostrara sus cartas, a que cometiera una equivocación…

»Y un día me pareció que la había cometido.

»Vi a la hermana Mary Francis detenerse frente a la puerta de un paciente nuevo al que acababan de admitir. No era la enfermera que le habían asignado al paciente y ni siquiera tenía razón alguna para saber quién había en la habitación, pero algo la hizo detenerse. Agachó la cabeza, se santiguó y siguió caminando.

»Pasó una semana y el hombre seguía con vida. No solo con vida: parecía estar en buena forma. Había tenido un ataque al corazón poco importante, pero su función y ritmo cardíacos eran normales. El día que le dieron el alta, lo vi caminar por el pasillo, sonriendo mientras se despedía del personal. “Por fin la hermana Mary Francis se ha equivocado”, pensé. Está claro que ese hombre se va a ir a su casa vivo.

»Y, de repente, el sistema de megafonía del hospital empezó a vociferar: “¡Código azul! ¡Código azul!”. Corrí por el pasillo para sumarme a la melé de médicos y enfermeras que intentaban reanimar a un hombre que se acababa de desplomar. Era el mismo hombre que me había sonreído hacía un momento.

»La hermana Mary Francis había tenido razón. Era evidente que había captado en él el olor a muerte.

»Dejé de trabajar en el hospital Saint Francis hace treinta años. De hecho, ya no existe. Los edificios, igual que la gente, tienen vidas finitas, y aquel viejo hospital, con sus fantasmas y todo, fue demolido para construir apartamentos de lujo. Todavía me acuerdo de la hermana Mary Francis, sobre todo estos días. Cada vez que me cruzo con alguien por la calle, me pregunto cuál de ellos aparecerá en mi sala de urgencias con tos y fiebre y a cuál tendré que intubar. Y cuál no sobrevivirá, por mucho que me esfuerce por salvarle la vida. Con tantos pacientes desesperadamente enfermos llegando en tromba a mi hospital, me hace una falta tremenda tener a una Mary Francis a mi lado, a alguien que me pueda decir qué vidas tengo que luchar para salvar y qué otras están ya perdidas.

»Si todavía está viva, ya tendrá setenta y pico años. Me gusta imaginármela pasando su vejez en una cómoda residencia en compañía de sus hermanas monjas. Un sitio con buena comida y personal amable y un jardín donde florecen rosas. En un sitio así, la muerte no sería necesariamente una visitante molesta. Y cuando le llegue el final, como le ha de llegar, seguramente captará su olor. Sabrá que esa vez la puerta se ha abierto para ella.

»Y sonreirá cuando la atraviese.

Se ha hecho un silencio largo y plateado. Por una vez, la ciudad ha quedado callada, libre de las ubicuas sirenas, incluso de las lejanas.

—Cielos —ha dicho Eurovisión. Sus manierismos de presentador lo han abandonado momentáneamente.

—No me puedo imaginar lo que debe de ser la sala de urgencias ahora mismo —ha dicho la Terapeuta.

—No tienes ni idea —ha murmurado Maine—. Hace veinticinco años que soy médico y nunca he visto un sufrimiento así. Se mueren de asfixia. La UCI es como una sala llena de gente a la que le están haciendo la tortura del agua, con la diferencia de que solo se oye el suspiro de los respiradores. Pero se siente ese terror silencioso del final de la vida.

Por favor, Dios, protege a mi padre de eso en New Rochelle.

—¿Cuándo se acabará? —he preguntado—. ¿Cuánto falta? ¿Un mes? ¿Dos?

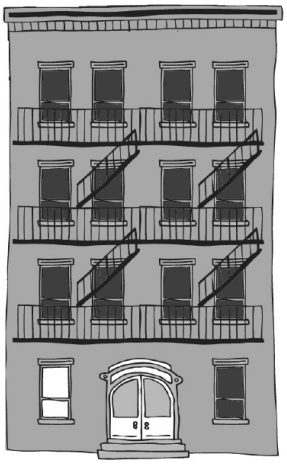
Me ha mirado con una fatiga infinita en la mirada y se ha limitado a negar con la cabeza un momento largo, meciendo la coleta, como si el gesto fuera a hacer descarrilar de alguna forma el futuro.

La vieja San Patricio se ha puesto a dar la hora.

—Ah, las campanas —ha dicho Eurovisión—. ¿Qué os parece si lo dejamos por hoy y nos volvemos a encontrar aquí mañana por la tarde? Eso dará tiempo a que más gente prepare historias. Y quizás se nos sumen unos cuantos más.

Apagados, los presentes se han puesto a recoger sus cosas para bajar cada cual a su apartamento. He cogido despreocupadamente el teléfono y he pulsado el botón de *stop* antes de guardármelo en el bolsillo. Ya en el Hades, me he pasado la mitad de la noche transcribiendo las historias, por mucho que me he esforzado en acabar antes. Luego se me ha ocurrido una idea: quizás le pueda pedir a la médico de urgencias que intente averiguar lo que está pasando en la residencia de mi padre. Imagino que no pasarán de ella como hacen conmigo.

Cuando todo esto se acabe y pueda ver otra vez a mi padre, he pensado, le leeré mis crónicas de nuestros encuentros en la azotea. Por lo menos, eso lo apartará de la tele, que la última vez que estuve allí arrancaba ecos de los pasillos de la Mansión Llagas Verdes como si fueran las voces penetrantes de los condenados.



Día 5

4 de abril

Esta tarde los vítores de las siete en punto en la azotea han sido especialmente entusiastas. Parecía que el Lower East Side entero hubiera prorrumpido no solo en los cacerolazos y silbidos de costumbre, sino también en aplausos y lanzamientos de petardos y cohetes de verbena al cielo nocturno, como si estuviéramos celebrando el 4 de julio. El día, por supuesto, no había sido digno de celebración: ya han dado positivo por COVID-19 113 704 personas en el estado de Nueva York y la cifra de muertos asciende a 3565, con 4126 pacientes luchando por su vida en la UCI. Cuomo ha avisado de que el número álgido de casos puede llegar dentro de entre cuatro y ocho días. «Es como un incendio que se propaga», ha dicho. Nueva York ha encargado y pagado 17 000 respiradores, según él, pero el encargo ha llegado y ahora el estado se encuentra jodido. El alcalde ha dicho que únicamente la ciudad necesita 15 000 respiradores, 45 000 profesionales médicos y 85 000 camas de hospital más solo para aguantar los próximos dos meses. Son unas cifras demenciales, descabelladas. Gracias a Dios, en nuestro edificio no parece haber nadie que salga nunca. Quizás podamos mantener el viejo Fernsby a salvo hasta que todo esto se haya acabado y podamos salir de nuestro pequeño capullo. Cuomo habla mucho de «aplastar la curva», pero lo que está quedando aplastado es la ciudad en sí. Cuesta imaginar lo que pasaría sin el confinamiento. ¿Acaso la ciudad sería como una de esas películas distópicas donde todo el mundo muere en las calles? ¿O quizás el confinamiento no ha ayudado en nada? ¿Hemos hecho bien quedándonos confinados en nuestro edificio todo este tiempo? ¿Y ha estado haciendo todo el mundo lo mismo?

No me ha dado la impresión de que hubiera nadie en las calles, aparte de la policía y los médicos.

Mientras nos juntábamos, me he dirigido a Maine y le he preguntado si me podía ayudar a ponerme en contacto con mi padre. Ha puesto una cara muy triste cuando le he contado lo de la residencia de ancianos y ha dicho que compartía mis temores por lo que pueda estar pasando allí.

—Estoy de baja temporal del hospital —me ha contado—. Intentaré hacer unas cuantas llamadas y ver qué puedo averiguar. Dame su nombre y el número y los datos de la residencia.

He arrancado una página de mi cuaderno, lo he apuntado todo y se lo he tirado, pero he errado el tiro y el papel ha caído revoloteando al suelo de la azotea que nos separa. Qué locura esto de los dos metros de distancia. Ella lo ha recogido y me ha dedicado una sonrisa que le ha arrugado los ojos y me ha llenado de esperanza.

—Bueno, bueno —ha dicho Vinagre cuando ya estábamos todos—. ¿Habéis visto la nueva obra de arte?

Alguien había pintado un cono de helado encima del emoji de caca. Al lado, alguien había trazado a pincel unas líneas de caligrafía.

—¿Qué es eso, japonés? —ha preguntado la Señora de los Anillos.

—¿Qué pone? —Unas cuantas personas han mostrado curiosidad.

Por fin, el inquilino del 4B —el Poeta, según la biblia de Wilbur— ha carraspeado para llamar la atención.

—Es un poema funerario japonés, escrito por Minamoto-no-Shitagō en el siglo X y traducido por mí.

—¿Y qué dice?

—Lo voy a leer en japonés y luego lo traduciré al inglés. —Hizo una pausa y habló despacio en japonés:

Yononaka o
nani ni tatoemu
aki no ta o
honoka ni terasu
yoi no inazuma

Tras una pausa, se ha pasado al inglés:

Este mundo, ¿con qué puedo compararlo?
Con campos en otoño oscureciendo al atardecer
Y apenas iluminados por centellas.

Quizás el poeta hubiera escrito aquello después de escuchar todos los relatos sobre la muerte de anoche: los de los fantasmas, el padre en el hospital y la monja que olía la muerte. Me está costando dormir por las noches y debo decir que, cuando miras a tu alrededor, se ve a casi todo el mundo abatido y demacrado, como si ellos también hubieran estado marinando en la muerte que nos rodeaba.

Por fin, Darrow ha roto la atmósfera:

—Pasando a una cuestión más terrenal, ¿quién ha transformado el montón de caca en un helado de Mister Softee?

Nos reímos, aliviados.

—He sido yo —ha proclamado Eurovisión con orgullo.

—Es ingenioso —ha dicho Vinagre—. Gracias.

—Pues empecemos, ¿no? —Eurovisión ha sonreído—. Espero ver más arte y buena literatura en nuestro muro del COVID; queda mucho espacio. ¡Gracias! Ahora, a ver: ¿quién tiene una historia? No seáis tímidos.

—Oigamos alguna historia de amor y belleza —ha dicho la Señora de los Anillos—. Ya ha habido demasiadas sobre muerte.

Vinagre ha mirado a la Señora de los Anillos con el ceño fruncido en una mueca de recelo.

—¿De amor y belleza?

—Algo optimista.

—Las historias de amor —ha dicho Florida— solo son felices si son falsas. Las de verdad siempre son descorazonadoras.

—No es verdad —ha rebatido la Señora de los Anillos—. El mundo está lleno de historias de amor sencillas que no terminan mal.

—Pero nunca las oyes —ha dicho Vinagre— porque la gente como ella —ha mirado a Florida— siempre prefiere oír historias de desastres, infortunios y corazones rotos.

Florida ha fruncido los labios y no ha dicho nada. Eurovisión estaba a punto de hablar cuando lo ha interrumpido la voz de Wurly.

—Yo os puedo contar una historia de amor que es feliz y verídica —ha dicho, inclinándose hacia delante en su banqueta de piano—. Crecí en Carolina del Norte rodeado de mujeres negras fuertes y fascinantes. Una de ellas, una mujer llamada Bertha Sawyer, falleció cuando yo tenía diez años.

—Oh, espero que sea una historia con música… —ha dicho Eurovisión animándose.

—No hay nada que no tenga música —Wurly ha soltado una risilla grave —. Igual que muchos músicos, empecé mi carrera en la iglesia, tocando el

órgano. Siempre pasábamos por casa de Bertha de camino a la iglesia, de forma que la asocio con el despertar de mi vocación musical. A veces, cuando estoy tocando un riff lento con acordes aumentados enormes de séptima, novena y decimotercera, me acuerdo de Bertha sentada en su porche, no sé por qué. Quizás porque, igual que esos acordes, ella también era grande y complicada y disonante. Y sigue ahí, en el fondo de mi música, con mucha otra gente de mi pasado.

—A veces, cuando canto, pienso en cosas raras y en gente que ya se murió —ha dicho Eurovisión—. Cuando me dejo llevar.

—Y cuando yo te oigo cantar de madrugada a través de la pared —ha intervenido Vinagre en tono gélido— también me dejo llevar. Por los demonios.

—Lo siento mucho —le ha espetado Eurovisión.

—Yo también.

Wurly ha agachado la cabeza y se ha pasado una mano gigante por el cráneo antes de volver a levantar la vista y empezar a hablar.

—Bertha ya formaba parte de mi familia mucho antes de que yo naciera: era la novia de mi tío abuelo Leo. Tardé muchos años en darme cuenta de que no estaban casados, pero la presencia de Bertha en la mayoría de nuestras reuniones familiares, así como en las fotos, daba a entender que era más que bienvenida. La actitud íntima en la que aparecía con algunos miembros de mi familia demostraba que la respetaban como a una matriarca. Y en la práctica lo era.

»Conservo tres recuerdos muy nítidos de Bertha y cada uno muestra un aspecto muy distinto de ella, pero los tres me recuerdan por igual su fuerza, su amor a los demás y el hecho de que había mucha gente que la quería.

»Mi madre formaba parte del comité de ujieres de la iglesia baptista Antioch Missionary de South Mills, el templo donde se habían criado muchas generaciones de mi familia, yo incluido. El comité de ujieres casi siempre celebraba sus reuniones mensuales a primera hora de la tarde de los sábados y yo solía acompañar a mi madre. Iba por el órgano: las reuniones del comité eran el único momento en que podía experimentar con el órgano de la iglesia sin tener que compartirlo con otros chavales; los demás querían jugar con el órgano como si fuera un juguete.

»Yo quería tocarlo.

»Un sábado, de camino a la iglesia, mi madre y yo vimos a Bertha sentada en el porche de la casa en la que se habían criado mi madre y sus hermanos y hermanas. Bertha había vivido varias temporadas en ella con mi tío abuelo y, siempre que tenían una pelea de pareja, se marchaba a su viejo autobús, que estaba aparcado detrás de la casa. Se pasaba mucho tiempo sentada en aquel porche, saludando con la mano a la gente que pasaba y haciendo de anfitriona de los vecinos que la visitaban para conversar o tomar una copa.

»Aquel día, mi madre y yo nos paramos a hablar con Bertha, y cuando llegó la hora de ir a la iglesia, le pregunté a mi madre si me podía quedar con Bertha. No me acuerdo de por qué renuncié a pasar una hora con el órgano, pero a Bertha no pareció importarle mi compañía. (Y, si le importó, fingió que no). Mi madre me dio permiso siempre y cuando le prometiera que me iba a portar bien. Bertha dijo que si no me portaba bien me daría un buen tirón del rabo, un comentario que en aquella época y en mi comunidad era del todo aceptable. De hecho, era lo normal.

»Lo mejor de pasar aquel día con Bertha fue visitar el interior de su autobús. Había sacado todos los asientos y había puesto una cama individual, un sofá de dos plazas y alfombras en el suelo. Las ventanas estaban cubiertas con mantas gruesas y tenía una estufa de keroseno en el centro. Donde debería estar el asiento del conductor había una mesilla cubierta con un montón de comida enlatada, galletas, biscotes y cosas por el estilo. Entre las latas había sardinas, algo que yo no había probado nunca. Le pregunté a Bertha a qué sabían y me explicó que se parecían al atún.

»Bertha me hizo un sándwich de sardinas. Miré cómo untaba de mostaza las dos rebanadas de pan blanco. Nada más dar el primer bocado, ya me di cuenta de que sabían demasiado a pescado. No me quería terminar el sándwich, pero me habían enseñado a no desperdiciar comida, sobre todo en las casas ajenas.

»Bertha vio que yo estaba sufriendo con cada bocado. Se rio. Y con su voz ronca —creo que no era fumadora— me dijo algo así como: “Ya sabía yo que no te iban a gustar las sardinas. Tráemelo, anda”. Y se terminó mi sándwich sin quejarse. Puede que me equivoque, pero creo que a Bertha le había gustado que yo hiciera de tripas corazón. En cualquier caso, me libró de las sardinas y la mostaza.

»El segundo recuerdo nítido que tengo de Bertha es de un año o dos después del incidente de las sardinas con mostaza. Bertha y mi tío abuelo Leo estaban bajo la influencia del licor que fuera que llevasen todo el día bebiendo. Ya se estaban medio peleando. En cuanto entramos en escena mi

madre y yo, mi madre tuvo que salir corriendo del coche para separarlos. Estaban intercambiando golpes e insultos. Leo y Bertha debían de tener el mismo tamaño y estaban los dos como una cuba. No estoy seguro de quién le sacaba ventaja a quién.

»Por desgracia, a aquella edad no me resultaban del todo desconocidas las disputas domésticas entre hombres y mujeres; a lo que no estaba acostumbrado era a que aquellas disputas se resolvieran en público. Mientras viva, no me olvidaré nunca de que Bertha no derramó ni una lágrima durante aquella pelea. En cambio, mi tío abuelo sí. Mi madre le dijo que entrara en la casa y recobrara la compostura, lo cual quería decir que entrara y se fuera a dormir la mona. Luego ordenó a Bertha que se subiera al asiento de atrás de su coche. Por muy borracha que estuviera, Bertha se preocupó de desviar mi atención. Se dedicó a preguntarme por la escuela, por mis "clases" y esas cosas. Pero no lloró, de eso estoy seguro. Uno no se olvida de una muestra de fuerza y determinación como esa.

»Incluso con la camiseta toda dada de sí y desgarrada y el pelo alborotado, Bertha quería aparentar normalidad delante de mí, el niño.

»El tercer recuerdo poderoso que tengo de Bertha es increíblemente especial. Era junio de 1989 y yo acababa de cumplir diez años. Bertha estaba en una unidad de cuidados intensivos y mi madre y yo la fuimos a visitar. En aquellas salas no se permitía entrar a los niños, de forma que me quedé un rato en el vestíbulo hojeando revistas. Por fin mi madre vino y me llevó, pasando a toda prisa por delante de la sala de enfermeras, a la habitación de Bertha. Estaban mi tío abuelo y un par de personas a las que conocía de la comunidad, viendo la tele y hablando entre ellos.

»Bertha estaba despierta y sepultada bajo un montón de sábanas y mantas; solo asomaba la cabeza. Le habían recogido el pelo en un moño desarreglado sobre la coronilla. Quizás se lo hubiera hecho mi madre antes de meterme a hurtadillas en la habitación.

»A aquella edad yo ya entendía mejor la muerte. Había acompañado a mi madre a visitar a otras personas en hospitales y poco después terminaría asistiendo a sus funerales con ella o bien viéndola marcharse para asistir sola. Estaba lo suficientemente enterado y era lo bastante pesimista, incluso a aquella edad, como para entender que quizás no volvería a ver a Bertha fuera de allí.

»Bertha sacó un brazo de debajo de las mantas y me hizo una señal para que me acercara a ella. Respondí a todo lo que me preguntaba diciendo "sí, señora" y "no, señora". Me tuvo la mano cogida unos minutos, fue un poco

incómodo. Una vez más, Bertha parecía estar asegurándose de que todo el mundo que la rodeaba estuviera bien, por mucho que fuera ella la que sufría.

»Murió dos o tres días más tarde.

»Mi madre había ido a la funeraria a verla y me contó que la habían maquillado muy bien. Asistí al funeral, que se celebró después de nuestro servicio normal de los domingos en la iglesia. Fue mucha gente a verla. Había más en su funeral que en la misa de las once y media. De hecho, hubo tantos asistentes que mi madre y los demás ujieres tuvieron que ir a buscar más sillas plegables al trastero de la iglesia.

»En su ataúd, Bertha parecía salida de un culebrón. La habían transformado, pero todavía se la reconocía. Le habían rizado el pelo e iba maquillada. Ya no se veía cómo los años de beber le habían dañado los labios.

»No era maestra, no era una lectora voraz, ni siquiera había sido madre. Pero estoy convencido de que había tenido la capacidad de ser las tres cosas.

»Mi madre tenía razón. Bertha estaba preciosa. Bertha era preciosa. Para mí, para mi familia y para mucha otra gente de South Mills, Carolina del Norte, Bertha Sawyer era una estrella.

Cuando Wurly ha terminado de hablar, la Hija del Merenguero ha dejado escapar un suspiro de satisfacción.

—Te oí tocar anoche —ha dicho—. ¿Cómo se llamaba la canción? Era preciosa.

—A ver si me acuerdo —ha respondido Wurly—. Estaba jugando con un tema de Jimmy Rowles. *The Peacocks*.

La Hija del Merenguero se ha vuelto hacia Eurovisión.

—Oye, Encargado de la Música, ¿tienes esa canción en tu aparato?

—Lo tengo todo. —Eurovisión le ha dedicado una sonrisa, ha tecleado algo en su teléfono y al cabo de un momento se han propagado por la azotea unos acordes contundentes y nostálgicos de piano por debajo de una línea triste de saxo—. Wayne Shorter y Herbie Hancock.

El sonido del saxo se ha alejado flotando hacia la ciudad.

—Ahí tenéis esos acordes aumentados de decimotercera llenos de angustia de los que os hablaba —ha dicho Wurly, asintiendo con la cabeza.

Se ha terminado la canción y en ese mismo momento ha circulado por la azotea un olor intenso y terroso a humedad: se avecinaba lluvia.

—Jazzmeia Horn hizo una versión fantástica de ese tema —ha comentado Wurly. Ha tarareado la melodía y se ha puesto a cantar—. *Hold the memory forever… A mirage is all it's ever been*.

—Ya que estamos con las historias de amor y de dolor —ha dicho alguien desde el confín más oscuro de la azotea—, os voy a contar una. Trata de ser una niña que recibía mucho amor aunque lo recibiera de alguien con problemas. Porque la gente con problemas es la más incansable y generosa dando amor. Y en mi historia también hay música.

Se ha adentrado en la luz: era Compi, la hermosa madre de mirada feroz que vivía con su hija en el 6E. Tenía una voz extraordinaria, grave y potente.

—¿Cómo nos podemos resistir a eso? —ha dicho Eurovisión—. Somos todo oídos.

Compi se ha acomodado en una silla vacía y ha empezado.

—Fui hija única y la niña de los ojos de mi padre. Había tenido otros hijos, chicos, con otras mujeres que no eran mi madre; bien criados, pero a distancia. A mí, en cambio, me crio a su lado; era «su niña sin madre con la piel morena y los ojos luminosos» y me llamaba «socia».

»A principios de los sesenta, no pasaba una semana en Texas sin que mi padre me anunciara que yo era su socia, los dos sentados en el comedor de nuestra casa con vistas a la bahía de Galveston. Y apenas pasaba un día sin que me llamara "su mejor pareja de baile" mientras bailábamos en alpargatas por la sala de estar. Las mías siempre eran pantuflas de tela de toalla de colores chillones naranja y rosa; lo único que iba cambiando era la talla. Las suyas eran unas zapatillas de cuero marroquí rojo oscuro, de la talla doce y suaves como la seda. Cada vez que Leadbelly cantaba "hombre", nosotros gritábamos "¡socio!".

»La forma que tenía mi padre de pronunciar "socia" era la que había heredado de sus antepasados. La palabra, un título honorario que concedías a una criatura a la que amabas, se la había pasado el padre de mi padre a mi padre, que a su vez me la había regalado a mí, su herencia más valiosa, junto con todas las demás palabras del único poema que mi padre o el suyo se sabían de memoria, *Lil Brown Baby*, de Paul Laurence Dunbar.

»Cuando me llegó el momento de ir a la escuela, sin embargo, Bell Britton dejó de llamarme "socia" en público y empezó a llamarme "compi" porque le parecía que sonaba más femenino y apropiado.

»Mi padre tenía unas ideas muy peculiares sobre lo que era apropiado para mujeres y hombres. Se resumían en lo siguiente: creía que las mujeres tenían que disparar más y los hombres cocinar más y que todo el mundo tenía que hacer un poco de ambas cosas, aunque no con todo el mundo.

»Por ejemplo, no creía en los matrimonios interraciales. El tema salía tan a menudo como el nombre de Jack Johnson en nuestro entorno negro y masculino de Galveston; es decir, con bastante frecuencia.

»Mi padre me agasajaba con superlativos, sus amigos también. Sus viejos amigos del sur y del oeste de Texas y sus compañeros del ejército me cubrían de elogios extravagantes y pintorescos que decían más de la poesía que tenían en el alma y de su amor por las criaturas de piel oscura que de mi virtud.

»Los compañeros del ejército de mi padre nos solían visitar durante una semana. Les encantaba pasear tranquilamente por la arena marrón de las playas cercanas a Galveston. Aquellas visitas eran un tónico para mi padre.

»Sus compañeros podían venir en cualquier época del año, pero normalmente venían para la fiesta del 19 de junio, el día en que toda la población negra de Texas celebraba tanto el final de la esclavitud como el placer de recibir buenas noticias por fin.

»El mejor amigo del ejército de mi padre se llamaba Lafayette y siempre venía una semana por el 19 de junio y otra semana por Acción de Gracias. Me encantaba que nos visitara Lafayette. Siempre nos traía a mi padre y a mí los mejores álbumes, y a mí, algún bolso bonito que no tenía nadie más en Galveston.

»A mi padre le gustaba contarme la misma historia que me había contado muchas otras veces: que hacía mucho tiempo, antes de que naciera yo, Lafayette le había salvado la vida y la cordura en un pueblo de Corea llamado No Gun Ri.

»El 19 de junio era una festividad importante en nuestra casa, y celebrarlo por todo lo alto era lo único que hacía mi padre que lo asemejaba a los demás padres de Galveston.

»En casi todos los demás sentidos, mi padre era una anomalía en el pueblo. Había ido a la universidad, a Prairie View, donde había conocido a mi madre, pero nada más graduarse lo habían reclutado y lo habían mandado a Corea antes de poder pasar por el altar. Cuando volvió de Corea se casó con mi madre, pero no se hizo reverendo como tenía planeado ni fue a estudiar teología a Yale, donde ya lo habían aceptado. Empezó a trabajar en gasolineras y mi madre empezó a llorar.

»Cuando mi madre no estaba llorando, estaba suplicando. Pero mi padre le decía que después de volver de Corea lo único que quería hacer ya en una iglesia era cantar en el coro y montar barbacoas en los encuentros parroquiales de los domingos.

»Fue en esa misma época cuando mi padre se escabulló de mi llorosa madre para engendrar a mis hermanastros, que vivían en Houston y a los que no llegué a conocer porque sus madres ya no querían tener nada que ver con mi padre. En aquella época, él ya no vivía en la casa de dos plantas con vistas a la bahía, sino en una vieja cabaña de tablones situada a unos minutos del rompeolas y con dos palmeras altas en el jardín.

»Fue a aquella cabaña adonde volvería mi padre, conmigo en brazos, pero sin mi madre cogida de la mano. Mi madre había muerto en el hospital poco después de que naciera yo.

»Sospecho que mi padre creyó que aquella muerte era un castigo que se le infligía. Una cosa sí sé: nunca me la recriminó a mí. Le había prometido a su mujer en su lecho de muerte que me haría de madre y de padre e hizo todo lo que pudo para mantener esa promesa, empezando por tenerme siempre cerca y terminando por no volverse a casar.

»Mi padre interpretó la muerte de mi madre como una invitación a hacer algo nuevo con su vida, algo que no fuera ni la iglesia ni la gasolinera.

»Y confiaba en que fuera algo relacionado con el mar. Había crecido montando a caballo, cazando y pescando, pero también nadando y yendo en barca, así que yo también crecí de la misma manera.

»A mi padre le gustaba más el agua que la tierra. Estaba muy orgulloso de su pueblo de adopción, Galveston. Y ese orgullo le resultaba liberador. Nuestro pueblo nunca era un lugar egoísta, todo era para la comunidad. Estaba más orgulloso de Galveston que de mí, que ya es decir.

»Le encantaba afirmar —y lo creía ardientemente— que, aunque no era un dato demostrado, los primeros africanos que habían puesto un pie en la tierra que llamábamos Galveston habían sido piratas. Estaba orgulloso de las catorce antiguas iglesias negras de Galveston y también de que Galveston hubiera tenido una escuela secundaria para estudiantes negros antes que Birmingham, Alabama, antes que Houston, antes que Dallas y antes que Fort Worth. Y también una biblioteca para negros. Reclamaba a Jack Johnson para Galveston y hablaba del Charlie Brown real, mucho más importante que el de las tiras cómicas, el hombre negro que había llegado a West Columbia, Texas, en 1865, tan pobre que no era dueño ni de sí mismo —había llegado esclavizado—, pero antes de que se terminara el siglo ya poseía tierras junto

al río Brazos y ganaba una fortuna vendiendo madera de cedro mientras afirmaba ociosamente cosas como “vale más la madera bien plantada que la ternera bien criada”.

»Cuando mi padre tuvo lo que denominó su “primer golpe de suerte”, nos compró una casa en la playa, encargó una mesa de cedro y retratos de Charlie Brown y de su esposa, Isabelle, que colgó en nuestra sala de estar. No colgó el retrato de mi madre porque nos habría hecho llorar.

»Estaba orgulloso de Norris Wright Cuney, que había sido el primer gran maestre de los masones de Prince Hall de Texas y la razón de que mi padre se hubiera hecho masón. Cuney había fundado una empresa de estibadores que formaba, equipaba y daba trabajo a quinientos hombres negros en una época en que el movimiento Lily-White, que constituía el poder fáctico republicano, rechazaba a los trabajadores portuarios cualificados negros y ni siquiera quería a negros en el partido republicano.

»Mi padre estaba orgulloso de que su abuelo materno hubiera tenido una cuenta bancaria en el primer banco de propiedad negra de Texas —el Fraternal Bank and Trust—, fundado por William Madison McDonald.

»Mi padre estaba orgulloso de su yayo, el padre de su madre, del que decía que tenía la misma profesión que el padrastro de Jesucristo, José. Su yayo era carpintero y masón, y la madre de mi padre recordaba haber caminado entre sus padres por las calles de Fort Worth para abrir su cuenta en el Fraternal Bank and Trust el mismo año que había abierto el banco, 1906.

»La familia de mi padre estaba muy influida por William Madison McDonald, y una parte de esa influencia se manifestaba en la disciplina con que votaban a las listas republicanas, porque los republicanos eran el partido de Lincoln y de McDonald. Y también de Cuney.

»Cuney murió en 1898; McDonald, en 1950. Tras su muerte, la familia de mi padre rompió con los republicanos. En 1948, Hobart Taylor Sr., que se había mudado a Atlanta para ganar dinero vendiendo seguros, ya estaba de vuelta en Texas, ganando más dinero y levantando una empresa de taxis mientras trabajaba a favor de los derechos civiles y agitaba en general la situación de Houston de manera que beneficiaran a la gente negra. Así pues, en 1948 Hobart consiguió que mi abuelo paterno votara a Lyndon B. Johnson para el Senado, y los Britton llevamos siendo demócratas desde entonces.

»Gracias a que Hobart y Charlie Brown y Cuney habían sido todos empresarios y a que su abuelo siempre le estaba poniendo sus vidas frente a las narices, mi padre decidió, a su regreso de Corea, que pondría gasolina hasta que se le ocurriera cómo ganar una fortuna.

»Tenía la extraña idea de que la adquisición de capital podía curar el dolor que lo atormentaba desde su servicio en el Sudeste Asiático. Quería ganar dinero para él y para mí, pero, sobre todo, para donarlo. Había presenciado en tres países distintos —Estados Unidos, Corea y México— que la pobreza podía reventar las almas tanto como las bombas.

»Como no tenía interés en conducir un taxi ni en ser dueño de una flota entera de taxis, ni tampoco en abrir una funeraria ni en dedicarse al transporte de mercancías como Britt Johnson o Matey Stewart, no sabía cómo empezar a enriquecerse sin trabajar demasiado. Llenó muchos depósitos de gasolina y limpió muchos parabrisas de polvo y de bichos antes de que se le ocurriera qué debía hacer. Mejor dicho, antes de que se le ocurriera a uno de sus amigos y la idea prendiese hasta arderle en los oídos.

»Yo estaba presente aquel día, sentada en mi sillita de bebé y comiéndome un panecillo. He visto la Polaroid, de manera que sé que es verdad. Era 19 de junio. Había un grupo de hombres de piel broncínea en el jardín de la cabaña de las dos palmeras, comiendo chuletas, cuando Lafayette dijo:

»—Colega, tendrías que comercializar esta salsa; es mejor que la de Scatter's.

»Luego, otro de sus amigos —un tipo de Cleveland, Ohio, que había jugado al fútbol americano en la Alabama State y siempre llevaba una sudadera del Alabama State Magic City Classic para recordarle a la gente sus hazañas heroicas sobre el terreno de juego— se puso a decir que la salsa barbacoa de Texas estaba "bien", que era "buena" e incluso "muy buena", pero que la clásica de Cleveland era "el alfa y el omega".

»En el mundo de mi padre, decir que algo era el alfa y el omega era concederle una bendición suprema en el nombre de Jesús que no se podía cuestionar, al menos sin causar lesiones graves a quien había impartido la bendición o a quien la había cuestionado. Las únicas formas de salir de aquello eran mostrarse de acuerdo, demoler la autoridad del otro tipo o que el otro tipo demoliera la tuya.

»Los presentes no se dividieron en bandos. Todo el mundo, incluyendo mi padre, se mostró rotundamente de acuerdo. Pronto a todos los invitados los barrió una ola de adhesión que los arrojó a un mar de nostalgia por la salsa de barbacoa de Ohio.

»Pero el mero hecho de que hayas silenciado a alguien no significa que lo hayas convertido a tus ideas. Es una frase que oí mucho de chica en mi casa. Mi padre se quedó toda la noche levantado cocinando, aderezando, cociendo a

fuego lento, atendiendo el fuego y volteando los filetes con aquel tenedor suyo de dientes largos tan sagrado que nadie lo podía tocar más que él. A la tarde siguiente se celebró otra barbacoa en Galveston.

»El señor Magic City Classic estaba bien predispuesto a disfrutar de su carne, ya que mi padre le había hecho la debida genuflexión a la salsa de Ohio. Estaba bien predispuesto a disfrutar de su carne, pero no estaba preparado para lo que probó. Negó con la cabeza como si le pesara el mentón. Lo primero que le salió de los labios tras el primer mordisco fue:

»—¡Me vas a provocar paperas! —Y royó la chuleta que tenía en las manos hasta dejarla limpia, como quien hace algo sagrado. Para entonces, todos ya habían entendido que quería decir que la carne era tan buena que le iba a engordar la cara.

»Intrigado, Lafayette cogió una chuleta de la parrilla de mi padre. Dio un buen mordisco, ladeó la cabeza en dirección a mi padre mientras masticaba, tragó y por fin declaró:

»—Estás a punto de hacerte muy rico. ¿Necesitas un inversor?

»A mi padre le gustaba decir que nuestro dinero venía de un tesoro perdido por los piratas negros que él había encontrado a base de investigar laboriosamente en la biblioteca. Y había quien se empeñaba en creer que mi padre había hecho algo malvado. Pero es que sus chuletas eran así de buenas. Pronto me convertí en princesa de la salsa de barbacoa.

»Mi padre no tardó mucho en enorgullecerse de saber que todo lo que pudiera comprar el dinero en Galveston podía ser mío. No le molestaba que hubiera cosas que no nos pudiéramos permitir fuera de Galveston. Nunca nos alejábamos mucho del condado de Galveston.

»Teníamos una casa en la bahía, amigos y comida, y pronto mi padre estaba pagando el alquiler atrasado de gente a la que no conocíamos y sus facturas del agua y sus deudas de juego y a veces incluso algún que otro camello.

»Compraba tanto arroz, alubias y gachas para la gente que nunca necesitábamos pagar para que nos plancharan sus camisas ni mis vestidos ni para que nos limpiaran el jardín. Siempre había alguien deseoso de hacernos algún favor para dar gracias a mi padre. Y él siempre se lo permitía.

»Mi padre ejemplificaba la diferencia entre caridad y ayudar al prójimo. Todos nuestros conocidos de Galveston me llamaban “compi” y cada año había más de esos conocidos que llamaban a mi padre “socio” porque así era como lo llamaba yo. La gente de nuestro pueblo pronunciaba “socio” con una inflexión que yo no le ponía. A Lafayette le resultaba tan evidente la

diferencia que incluso la sacó a colación durante la cena de Acción de Gracias de 1967.

»Yo tenía ocho años, la edad de la suerte, como decían mi padre y Lafayette. Estábamos sentados a la mesa, turnándonos para recitar las cosas por las que dábamos gracias, y yo acababa de dar gracias por mi disco sencillo de Sam and Dave *Soul Man* cuando Lafayette me miró y me dijo que él daba gracias "¡porque hayas metido tus zarpas en esta tarta de boniato, compi!". A continuación, dio un trago largo del licor marrón de una gruesa copa de cristal de estilo anticuado, señaló a mi padre con un dedo de color caoba y le dijo que había algo por lo que daba casi tantas gracias como por la tarta, y era lo mismo por lo que estaban agradecidos "los ciudadanos de color más desafortunados de Galveston: porque les hayas perdonado sus pecados, hijo mío, ¡igual que has mostrado piedad por los míos!".

»—Los perdono… —replicó mi padre— hasta que deje de perdonarlos. —Y Lafayette sonrió al oír aquella mentira. Mi padre no mentía. O quizás sí. Ciertamente, sí que cambiaba de tema.

»Cuando le llegó el turno a mi padre, dijo que daba gracias por mí. Yo repliqué que daba gracias por la salsa de barbacoa porque sabía que eso le haría reír.

»Mi padre vendía toda clase de salsas. Lo que hacía era básicamente vender la receta y unas cuantas variaciones sobre la receta a un conglomerado y negociar unas regalías. Conocía muy bien las regalías del petróleo y el gas y no creía que el petróleo y el gas fueran fundamentalmente distintos de la salsa. Pronto alcanzó una posición que significaba que ya no le hacía falta mover ni un dedo.

»Pero no paraba de mover dedos y yo lo ayudaba a seguir manufacturando y distribuyendo —bajo una marca privada— una versión *gourmet* más cara de su salsa de barbacoa, al mismo tiempo que obtenía unos beneficios enormes con los frascos normales y afirmaba no trabajar.

»Aquello me dejaba perpleja. Mi padre no mentía. Lo acusé de la misma forma en que él me había enseñado a denunciar las mentiras. Me pareció que quizás me estuviera poniendo a prueba, a ver si lo acusaba de mentir.

»—Pero es que sí que trabajas, socio. Te veo. Haciendo envíos, vendiendo, contratando a personal y supervisándolo.

»Mi padre me dio unos golpecitos en la nariz.

»—Si encuentras algo que te encante hacer, compi, no trabajarás ni un día de tu vida.

»El año que Armstrong caminó por la Luna, 1969, celebramos nuestra gran barbacoa del 19 de junio. Había vino. Había toda clase de carne, no solo chuletas, sino también pollo, carnitas de cerdo y pecho de ternera. Con la ayuda de las señoras de la iglesia de nuestro antiguo vecindario, yo había hecho pastelillos de higo para todos mis amigos, empanadillas y galletas de mermelada. A los chicos del vecindario les volvían locos mis empanadillas. Las chicas parecían preferir las galletas de mermelada.

»Le estaba dando al chico del barrio que me gustaba la más bonita y tostada de mis empanadillas, porque tenía los ojos de un castaño tremendamente bonito y tostado, cuando mi padre me dijo:

»—Como me traigas a casa a un chico blanco, te prometo que os pego un tiro a los dos. La única duda será a cuál de los dos se lo pego primero.

»Teniendo en cuenta que yo no conocía a ningún chico blanco y tampoco me intrigaban los que veía por televisión, y teniendo en cuenta que le acababa de dar a Lamont Hill mi empanadilla más bonita y que aquel mismo día él me había regalado una flor, y teniendo en cuenta que mi padre me había sonreído al hacerme aquella extraña promesa, no sentí miedo. Me di por informada. Nunca llevaría a casa a un chico blanco. A mi padre lo mataría tener que matarme. Y yo no quería matar a mi padre. Eso lo tenía claro.

»Entre el 19 de junio y mi décimo cumpleaños, en verano de 1969, el Apollo 11 había salido al espacio, había rodeado la Luna y había mandado fotos a la Tierra que se habían emitido por el televisor de nuestra sala de estar. Mi padre se mantuvo pegado de forma intermitente al televisor y estuvo hecho un manojo de nervios desde el despegue hasta el alunizaje. A mí no me interesaba. Tenía la nariz metida en un libro y estaba recorriendo la Tierra Media con Gandalf y los hobbits. Pero mi padre insistió en que levantara la vista de mi libro y viera a Neil Armstrong en la superficie lunar. Poco después, subí a mi dormitorio, me metí en mi cama con dosel y leí hasta quedarme dormida, esperando ver a mi padre por la mañana.

»Pero no iba a ser posible. Poco después de la medianoche, vi un reflejo en el reloj en sombras de mi mesilla de noche. Mi padre me zarandeó para despertarme, me sacó de la cama, cogió su rifle y me hizo bajar con él al embarcadero.

»Cuando nos sentamos en nuestra posición de siempre, con el trasero sobre la madera de la plataforma y los pies colgando por encima del agua, la tranquilidad regresó y mi padre aprovechó la ocasión del paseo lunar no para celebrar la gesta de Armstrong, sino para recordarme que el primero en orbitar la Tierra había sido un ruso.

»Aquella observación tranquilizó a Bell Britton. Consciente de que todavía no me había contado la historia de Alexander Pushkin, se zambulló en ella y me contó que el abuelo de Pushkin —o su bisabuelo, mi padre no estaba seguro— había sido un negro propiedad de Pedro el Grande. Que el primer Pushkin había nacido esclavo y que lo habían criado para formar parte de la nobleza rusa y que Pushkin, "un hombre negro brillante igual que Cuney, Brown y Taylor", según mi padre, había escrito "mojando la pluma en un tintero con forma de balas de heno sostenidas por esclavos africanos; un negro en Rusia podría haber llegado más lejos que Cuney, Brown y Taylor". Mi padre reconoció que le dolía decir aquello de sus héroes de Galveston, pero me aseguró que había que decirlo "porque Pushkin añadió más palabras al idioma ruso que Shakespeare al inglés".

»Todo esto me lo contó con unas palabras que eran como petróleo manando de una torre perforadora. Las palabras le salían a presión y eran hermosas y veloces y me sentí rica porque me estaban salpicando. Me sentía bien en aquel embarcadero, sonriendo a mi padre con los ojos y la boca mientras él me devolvía la sonrisa y hablaba a borbotones, como si chorreara petróleo. Estábamos bien en el embarcadero. Mi padre me llevó de vuelta a casa y dormí tranquila sabiendo que él volvía a estar bien, por fin, igual que antes del lanzamiento del Apollo 11.

»Pero por la mañana, sin más preámbulos, mientras desayunábamos chips de maíz con huevos revueltos y beicon, supe que el paseo lunar de Neil Armstrong le había quitado algo importante a mi padre.

»Aquel año en mi cumpleaños, el 29 de julio, hubo luna llena. Hicimos una barbacoa en el jardín e invitamos hasta al último niño negro, moreno y tostado de Galveston y de La Marque. Vinieron también todas las niñas morenas listas como gacelas de Houston y Fort Worth porque sus madres querían bailar con mi padre y sus padres querían comer su carne a la barbacoa y beber su alcohol sin tener que pagarlo. Cuando se marcharon todos los invitados, mi padre y yo salimos a pasear por el embarcadero, a contemplar el cielo.

»Mi padre declaró que la luna llena era un regalo que me había hecho Dios solo a mí. A continuación, me dijo:

»—Los blancos tienen la Luna, tienen el Tribunal Supremo, tienen el Senado y tienen el Congreso. Y tú eres más que la Luna, el Tribunal Supremo, el Senado y el Congreso juntos. Ellos tienen todo eso, pero yo te tengo a ti, de manera que tengo más.

»Cuando ya fui mayor y le conté a Jericho la historia de mi primer cumpleaños de dos dígitos, me hizo una pregunta que me pareció una bobada:

»—Cuando te dijo eso, ¿se había llevado la pistola al embarcadero?

»—Pues claro que no. Se había llevado el rifle. —Mi padre siempre se llevaba el rifle al embarcadero cuando tenía algo que celebrar. Y los dos dígitos eran motivo de celebración. Jericho me respondió con un silencio. (Cambiamos de tema. Se me daba muy bien cambiar de tema, y a él también. Era algo que nos gustaba a los dos del otro y que nos parecía que le faltaba a la mayoría de la gente).

»Mi primer cumpleaños de dos dígitos lo seguimos celebrando durante casi un mes e incluyó un viaje a México DF; por fin se terminó la época del cumpleaños y empezó la escuela de verdad: me acababan de pasar directamente de cuarto a sexto de primaria. Todo iba muy bien hasta que se murió Jimi Hendrix. Al cabo de un mes, se murió Janis Joplin. Lo normal sería que aquello no afectara a nuestra casita de la bahía, pero sí que nos afectó.

»En los días posteriores a la muerte de Jimi Hendrix, mi padre me contó que "nieve" era una palabra que podía significar 'heroína' o 'cocaína'. Cuando murió Janis Joplin —una pérdida llorada en nuestra casa, porque Janis Joplin y Stevie Nicks eran las únicas dos cantantes blancas que mi padre apreciaba—, entendí por fin que Lafayette, el amigo de mi padre, era camello de heroína.

»Lafayette llegó el día de Acción de Gracias soñando con cenar pavo ahumado con grelos y tarta de boniato, que no eran precisamente los ingredientes de un festín, un comentario ácido que solo podía hacer una niña enfadada y consentida. Cuando Lafayette se marchó el sábado de después de Acción de Gracias por la mañana, ya no me despedí de él con un abrazo. Mi padre sí.

»A mi padre le daba lástima Lafayette. Cuando aquel sábado por la mañana tomamos el café en la mesa de la cocina, con los platos, el vaso y los cubiertos de Lafayette —que ya se había marchado— todavía sobre la mesa, mi padre me explicó que, para entender por qué quería tanto a Lafayette, lo habría tenido que conocer como lo había conocido él cuando habían llegado a Corea; habría hecho falta saber cómo había sido antes de ver los cuerpos de tantos civiles masacrados y fermentando bajo el sol, cuerpos de niños comidos por el calor, los insectos y los animales salvajes; y saber que, antes de que lo hicieran prisionero, había intentado salvar a todo niño que se encontrara, daba igual que fuera norcoreano o surcoreano; o que, más de una

vez, se había negado a disparar a civiles cuando se lo mandaban; o que, al regresar de la guerra, solo había sido capaz de decir: "¡Un, dos, tres, salta! ¡Un, dos, tres, salta!". Como yo no entendía lo que me estaba diciendo, mi padre emprendió un sermón más simple.

»—Perdona a quienes pecan contra ti igual que deseas ser perdonado. — Luego me recordó todas las dulces tardes que habíamos pasado juntos, con Lafayette y mi padre contando lo que ahora mi padre me explicó que no eran "historias bélicas", sino historias de "amor en mitad de la guerra", mientras se turnaban para bailar conmigo por la sala de estar al ritmo de T-Bone Walker, Billie Holiday y Big Mabel, Big Mama Thornton y Aretha Franklin, Sam y Dave, y Jackie Wilson.

»Lafayette traía la música de Billie, las dos Big y Aretha. Era algo que yo iba a echar de menos, pero estaba dispuesta a echarlo de menos. Cuando me hacía falta, era una chica dura.

»El siguiente 19 de junio, Lafayette no vino a Galveston, tampoco para Acción de Gracias. Seguían viniendo el señor Magic City Classic y un círculo cada vez más nutrido de invitados, pero Lafayette no. A veces mi padre visitaba a Lafayette en Detroit. Cuando yo escuchaba a Big Mabel o a Big Mama, lo echaba de menos. Pero luego veía en las noticias o en algún programa de la tele a alguna persona negra escuálida y mugrienta que estaba "enganchada a la heroína" y me volvía a enfadar con él.

»Me enteré de la muerte de Lafayette cuando leí la noticia en el *Michigan Chronicle*. Mi padre se había enterado hacía días, pero no me lo había querido decir. Mi padre quería a Lafayette. Y no deseaba hablar mal de los muertos, pero tampoco me mentía, de forma que cuando la compi Britton de quince años le preguntó a su padre, a Bell Britton, cómo era posible que una mujer joven "sin antecedentes" hubiera podido matar a Lafayette a plena luz del día, mi padre me contó una historia tan simple como triste.

»La chica tenía dieciséis o diecisiete años; era demasiado joven, según mi padre, para que Lafayette estuviera enredado con ella "de alguna forma". Tenía un hermano adicto al jaco y que le debía una pequeña suma de dinero a Lafayette; mi padre creía recordar que era una cifra extraña, tipo sesenta y siete dólares, lo que le quedaba por pagar de una deuda más grande. La chica le había devuelto a Lafayette una parte de la deuda de su hermano, pero no toda, y Lafayette la estaba presionando para que le pagara el resto; si no tenía dinero, entonces con sexo. La chica necesitaba tiempo para conseguir el dinero o bien la valentía necesaria para acariciar a Lafayette. Y este le había dado tiempo porque uno de sus hombres había recibido un disparo y estaba en

el hospital y él tenía otros asuntos urgentes que atender: parecía que alguien estaba amenazando su trono. Este último miedo era una de las razones de que se estuviera intentando distraer con aquella chica con la que no debería haber estado enredado.

»De forma que le concedió una semana para que reuniera el dinero o bien para que le diera amor. Dos días más tarde, Lafayette estaba visitando a su camarada caído en el hospital. El hombre convaleciente se estaba recuperando. El liderato de Lafayette ya no estaba amenazado. Se había pactado una tregua cautelosa. Lafayette estaba bajando los escalones del hospital, flanqueado de partidarios fieles e incondicionales, todos con una pistola en el bolsillo del abrigo, dispuestos a morir por él. Todo apuntaba a que iba a ser un día en que el mundo sonreiría a Lafayette.

»Pero la chica tenía una pistola en la mano y mató a Lafayette en la misma escalera de entrada del hospital, delante de sus guardaespaldas, que habían dado por sentado que esta no suponía ninguna amenaza. Lafayette había dado por sentado que le traía placer sin peligro. La habían infravalorado y ella se había aprovechado.

Al oír esto, ha recorrido la azotea una exclamación ahogada. Supongo que ninguno de nosotros nos lo esperábamos, igual que no se lo había esperado Lafayette.

Compi ha sonreído.

—Esa historia fue el regalo que me hizo mi padre por mi quince cumpleaños.

»Mi padre le había perdonado muchas cosas a Lafayette, pero ahora tenía una hija adolescente y no le iba a perdonar que intentara forzar sexualmente a una niña, ni siquiera que la deseara. Mi padre me dijo que a Lafayette no lo había matado aquella chica; que para hacer lo que había hecho, Lafayette ya tenía que haber estado muerto antes.

La historia nos tenía hipnotizados. Cuando Compi le ha puesto punto final, después de la última frase, he notado que todos nos obligábamos a regresar al presente.

—¿Y eso lo consideras una historia de amor? —ha preguntado por fin Eurovisión.

—Eh, tiene mucho amor —ha dicho la Hija del Merenguero—. A mí me parece una historia de amor en mitad de la guerra, como ha dicho Compi.

Supongo que también se puede decir que es una historia de odio. Y una historia de todo lo que hay en medio de ambas cosas. En la vida real está todo mezclado.

—Has dicho que habría música —se ha quejado Wurly.

—Está por venir —ha dicho Compi— en lo que queda de historia.

—¡Pues cuenta el resto! —ha exclamado la Señora de los Anillos.

—No, esta noche ya estoy cansada. Seguro que habrá otra ocasión para contar una historia de música… y mentiras. —Ha guiñado el ojo.

—¿Queréis una historia de mentiras?

Era la inquilina del 4E, la Reina, que todavía no había dicho gran cosa.

—Pues claro. Me encantan las mentiras —ha contestado Eurovisión—. Como decía Oscar Wilde, «mentir es contar cosas hermosas y falsas; la meta verdadera del arte».

La Reina se ha reído.

—Yo diría que esta no es tanto una historia de cosas hermosas y falsas como de cosas feas y verdaderas.

—¡Parece divertida! —ha dicho Eurovisión.

—Mi exmarido me solía obligar a acompañarlo a unas ridículas vacaciones de tíos con él y sus amigos, siempre alrededor del 4 de julio. Todos los veranos pedíamos una semana libre y explorábamos alguna ciudad a la que pudiéramos llegar en coche, aunque por lo general aquellos viajes se centraban en sus amigotes y él bebiendo y volviendo a contar todas sus batallitas del instituto, mientras que sus mujeres también bebíamos y fingíamos que los escuchábamos. Un poco como lo que estamos haciendo aquí, pero compartiendo más recuerdos del pasado y sin la pandemia a todo gas. Supongo que este verano no harán el viaje anual, a menos que para entonces todo haya vuelto a la normalidad —aunque eso implica suponer que los tíos se estén tomando en serio el COVID y esta cuarentena, que en el caso de unos cuantos de ellos, mi exmarido incluido, es mucho suponer—, pero la verdad es que no me voy a enterar, teniendo en cuenta que ya llevo tres años libre de esa obligación, gracias a Dios, desde el verano en que fuimos todos a Maine.

»Estábamos en el Segundo Campeonato Mundial Anual de Bocadillos de Langosta, la primera parada del viaje de encuentro de aquel año, en Portland, y cada uno de nosotros había pagado cien dólares para hacer de juez, lo cual

implicaba probar diez bocadillos de langosta por barba. Si no lo piensas mucho, puede parecer divertido. En el aparcamiento, después de pagar otros diez dólares por aparcar, mi ex se volvió hacia mí tras apagar el motor y me dijo:

»—Me da la sensación de que no ha venido Laura. —Y salió a toda pastilla del coche, cerrando la portezuela de un golpe tras de sí antes de que yo le pudiera preguntar de qué carajo me hablaba.

»Laura era la mujer de Marco, la pareja que más tiempo llevaba casada del grupo. Llevaban juntos básicamente desde su primera semana de universidad, o esa era la versión oficial. Laura era de Nueva Inglaterra, de Nueva Hampshire o algo así, mientras que los tíos habían ido todos juntos al instituto en Miami. Era Laura quien me había pegado lo de llamarlos así: los "tíos". Durante los cuatro años en que tuve contacto con ella, desde que yo también me había convertido en una de las esposas, siempre que bajábamos a Miami para Navidad o nos juntábamos en aquellos viajes de verano, llegaba un momento en que Laura se reclinaba en su silla después de beber demasiado *whisky* y se quedaba contemplando al grupo, todos jugando al dominó y fumando los puros que había comprado mi marido pero había pagado yo. Y entonces me decía, con los ojos entrecerrados para que la escena le resultara lo bastante borrosa:

»—Mira a los tíos, Mari; ¿no te encanta verlos a todos juntos así?

»Mi respuesta solía ser tragarme lo que me quedara en la copa y murmurar "ajá" con un cubito en la boca. Todos los tíos eran cubanos, como yo, mientras que Laura era una estadounidense blanca, de manera que me quedaba claro por qué, al no haber crecido con tíos como ellos, sentía nostalgia de algo de lo que nunca había tenido que protegerse.

»Por el parabrisas —yo todavía estaba sentada en el coche, preparándome para esas situaciones en que los tíos se amplifican entre ellos— vi a mi marido darle una palmada en la espalda a Marco, que parecía más bronceado que nunca. Además, yo nunca lo había visto tan flaco y llevaba la clase de ropa —como si estuviera a punto de subirse a un yate— que Laura siempre había intentado, sin éxito, que se pusiera aquel tío de Miami. Los demás se acercaron y los cinco se turnaron para levantar al resto del suelo mientras las otras esposas —que debo decir que también eran estadounidenses, y a quienes yo no conocía tan bien porque, a diferencia de ellas, había crecido en la misma ciudad que los tíos, Miami, mientras que ellas venían todas de sitios al parecer más tranquilos, como la Pensilvania Central y Connecticut, lugares a los que los tíos se habían acabado mudando con aquellas esposas, dejando a

sus madres atrás para que me tocara a mí oír sus quejas cada vez que me llamaban para preguntarme si sabía algo de sus hijos— se quedaban al margen y se besaban en las mejillas. Salí para reunirme con ellas tras comprobar que era cierto: Laura no estaba.

»En aquel momento, una mujer salió de un brinco del asiento del copiloto del Land Rover de Marco y se le plantó al lado. Sinceramente, lo que más recuerdo de ella —otra estadounidense blanca: a Marco le gustaba cierto tipo de mujer— son las piernas, que se le veían superlargas y flacas y libres de moretones con aquellos *shorts* diminutos con los bordes deshilachados, unos *shorts* que demostraban que era mucho más joven que nosotras. Marco se la presentó al grupo como una compañera de su bufete de abogados y no dijo nada más, ni siquiera cómo se llamaba.

»Las demás esposas echaron un vistazo a aquella mujer nueva y ni se inmutaron. Vi que procesaban con rapidez las implicaciones y decidían que la mejor estrategia era simplemente aceptarlo, creerse la versión de Marco según la cual solo era una compañera de trabajo y habría sido una tontería no aprovechar la entrada, porque parecía que sus maridos se la creían. ¿Qué remedio nos quedaba?, parecían estar indicándome con la cara, acercando el brazo un poco más a su marido como quien no quiere la cosa. ¿Acaso no lo veíamos venir todas? ¿Acaso no estábamos todas aliviadas de que le hubiera pasado a Laura y no a nosotras?

»La mujer nueva tenía un *ticket* en la mano; la entrada llevaba mi nombre porque lo llevaban todas, las diez. Yo me había encargado de comprarlas; era el más sencillo de los trabajos que nos repartíamos entre las parejas y me lo asignaban porque a lo largo de los años había demostrado que no me podían confiar la tarea de elegir hotel ni coche de alquiler ni nada que te diera la opción de optar por lo más barato. No puedo cambiar la forma en que me criaron. Lo que sí podía hacer, en cambio, era refrenarme de preguntarle a Marco por qué aquella mujer —que por fin nos dijo ella misma, cuando entrábamos en el local, que se llamaba Ashley, un nombre que la mitad no oyó porque había alguien con una camiseta de voluntario que nos estaba poniendo la pulsera de "juez" en la muñeca izquierda— llevaba en la mano la entrada que yo había comprado para Laura. Desde que estaba casada, había aprendido a morderme la lengua.

»Los tenderetes de los diez competidores del Segundo Campeonato Mundial Anual de Bocadillos de Langosta flanqueaban las paredes del almacén con sus pancartas remachadas a los paneles de madera rústica. No tengo ni idea de cómo se había seleccionado a aquellos diez, puesto que todos

los establecimientos que habíamos visto de camino durante kilómetros y kilómetros anunciaban que tenían bocadillos de langosta. Solo cinco de los competidores eran locales; los otros cinco —venidos de sitios como Atlanta, Venice Beach y París— nos parecieron inmediatamente fuera de lugar; los logotipos eran demasiado elegantes, estaba claro que se los habían encargado a empresas de diseño. Inexplicablemente, en la parte delantera del local había una banda de *bluegrass* tocando.

»—Un momento. ¿El *bluegrass* es típico de Maine? —dije por decir algo. Nadie había pronunciado ni una palabra desde que nos habían puesto las pulseras. Como nadie contestó, me reí y dije—: Es broma. Ya sé que no.

»Dirigí sutilmente al grupo hacia el equipo de París: dos hermanos que afirmaban haberse enamorado del bocadillo de langosta durante un viaje familiar a Maine que habían hecho de niños. Se rumoreaba que tenían el mejor bocadillo de langosta del concurso con diferencia, pero yo estaba convencida de que no iban a ganar: cuando compré las entradas había leído que el año anterior, durante el Primer Campeonato Mundial Anual de Bocadillos de Langosta, había ganado un tipo de Boise, de un restaurante llamado Salty's, y aunque el dueño de Salty's había nacido y se había criado en Maine, la gente que todavía vivía en el estado estaba ansiosa por llevarse el título a casa. Dejé que mi marido creyera que era él quien nos estaba dirigiendo hacia los franceses.

»Mi esperanza era que el espectáculo que parecían haber montado los parisinos —habían contratado a un equipo de rodaje de documentales y estaban usando ralladura de lima con generosidad, por el amor de Dios— bastara para distraernos de la presencia no explicada de Ashley durante el tiempo suficiente como para reagruparnos, aunque por alguna razón yo era la única a quien se le veían en la cara las preguntas frenéticas de quién era aquella mujer y qué estaba haciendo allí. ¿Por qué ninguno de los tíos parecía igual de confundido y perturbado que yo por su presencia? ¿Por qué ninguno había preguntado abiertamente cómo demonios se le ocurría a Marco endilgarnos a aquella chavala? ¿Y dónde demonios estaba Laura?

»Intenté apartar un poco a mi marido del grupo para encontrar la forma de hacerle alguna de estas preguntas, pero en cuanto nos arrimamos al tenderete y nos vimos atrapados allí por la muchedumbre, Ashley se abrió paso entre la gente hasta ponerse a mi lado, como si alguien la hubiera avisado de que las demás mujeres me seguían a mí. No era verdad: eran los tíos quienes me seguían (solo hasta cierto punto) porque les recordaba a su madre. Y porque sabían que al final de la semana sus madres me llamarían para preguntarme

cómo había ido el viaje a Maine. Las demás mujeres no pensaban en absoluto en mí de aquella manera, como una líder. Pensaban que por el hecho de haber conseguido llevarse a sus tíos de la ciudad que nos había criado ya habían ganado. Y no se equivocaban.

»—Me ha dicho Marco que también eres de Miami, ¿verdad?

»"¿También? ¿En serio? ¿Y qué más ha considerado Marco que era esencial que supieras?", he dicho para mis adentros. Pero en voz alta solo he dicho que sí.

»Ella ha asentido enfáticamente con la cabeza un par de veces, esperando a que le contara más. Tenía los ojos azules, las pestañas enceradas con rímel y sombra de ojos negra con un poco de purpurina. Era rubia con mechas todavía más rubias, quemadas de una forma que le hacía parecer mayor. Me fijé en que llevaba una camisa de botones —de hombre o diseñada para parecer de hombre— y bajé la vista para mirarle los *shorts* cortados con el forro de los bolsillos asomando sobre sus muslos delgados, como velas vueltas del revés. ¿Aquella mujer era abogada? ¿Qué más esperaba Marco que nos creyéramos? ¿Y acaso se había molestado en explicarle adónde la estaba llevando?

»—Mola, mola —dijo asintiendo con la cabeza una vez y otra y otra.

»Y entonces, cuando la vi asentir, sentí algo que no siento nunca en compañía de las otras esposas: poder. Un poder que aumentaba cada segundo que me negaba a mantener la conversación de cortesía que Ashley estaba intentando iniciar. Todas las parejas estaban cogiditas de la mano y mirando a los lados, lejos de mí y de Ashley, con la barbilla levantada en dirección a los otros tenderetes. Casi pude oír cómo la mente de Ashley urdía su siguiente pregunta.

»No parecía que le hiciera falta parpadear. Llevaba tanto bronceador que me pregunté si estaría intentando igualar mi tono de piel o burlarse de él.

»—¿Y cómo os habéis enterado de que se hacía este evento? —soltó por fin.

»Los tíos llevaban bromeando con asistir a aquello desde el verano anterior, cuando se habían enterado del desastre que había sido el Primer Campeonato Mundial Anual de Bocadillos de Langosta celebrado al aire libre. Al parecer, una tormenta tremenda había surgido de la nada, había destruido todas las casetas entre relámpagos zeusianos y se había alejado sobrevolando el océano tan deprisa como había venido. Uno de los tíos nos había mandado un enlace a un vídeo de YouTube donde un vendedor de bocadillos de langosta de Maine que ni siquiera había quedado entre los diez finalistas se quejaba del evento en general y, más concretamente, del hecho de

que hubiera ganado el concurso pasado por agua un bocadillo de langosta de Idaho; la idea de compartir aquel vídeo había sido que nos pudiéramos reír todos de la mezcla de indignación del hombre con su fuerte acento de Maine. Y luego, como hacían siempre los tíos, el vídeo se convirtió en objeto de memes y remezclas hasta quedar completamente integrado en su repertorio de maromos: las mismas frases que recorrerían la mesa de dominó de mis suegros cuando nos reuniéramos por Navidad en Miami. Llegó la primavera —todos padecían el invierno de Nueva Inglaterra, ligeramente más duro que el nuestro de Nueva York— y mi marido encontró una página web que anunciaba el segundo campeonato anual —"¡Los cabrones lo van a volver a intentar!"—, pero antes de que él pudiera transformar la noticia en el siguiente avatar del ya viejo chiste de su chat de grupo, le dije:

»—¿Por qué no vamos? ¿Por qué no cogemos el coche este verano y nos juntamos todos allí?

»Ahora me quedé mirando a Ashley, esperé a verla parpadear y le dije:

»—En internet.

»Ella siguió asintiendo con la cabeza y soltó otra ronda de: "Ya ves, cómo mola". Sonrió con aquella dentadura de concurso de belleza. Jamás en la vida había visto a una mujer con tantas ganas de caerme bien. Mi situación solía ser la contraria, por eso la supe reconocer.

»Y eso significaba que, si quería jugar bien mis cartas, era el momento de dirigir mi atención a un hombre.

»Mi marido estaba de puntillas, con el teléfono en la mano, intentando hacer una foto que captara a la perfección la cola entera que iba hasta el tenderete de los parisinos. Me di cuenta de que no era el momento oportuno para reclamar su atención, de forma que me volví hacia Willy —habíamos crecido llamándolo Guille, de Guillermo, pero su mujer lo llamaba Willy y, por tanto, ahora nosotros también— y traté de hacerle la pregunta más basada en información interna del grupo que se me ocurriera.

»—¿Ya ha encontrado un trabajo nuevo tu hermano? —le dije, aunque ya sabía la respuesta gracias a las llamadas semanales de su madre.

»Ashley me sorprendió poniéndome la mano en el hombro y diciendo:

»—Ah, sí, tu hermano Lázaro… Laz, ¿verdad? Lo despidieron de Best Buy ¿hace cuánto, un mes? —Enseñaba aquella dentadura perfecta al hablar.

»Willy me miró como si fuera culpa mía que Ashley supiera lo de Laz, que conociera su misma existencia. Mi marido seguía fingiendo estar enfrascado en hacer la foto perfecta de la cola y me enfadé tanto y tan deprisa que a duras penas me refrené de agarrarle la visera de la gorra y arrancársela

de la cabeza, sin importarme los problemas que eso causara. Interpreté la mirada torva de Willy como lo que había significado cuando éramos niños: que no pensaba contestar y que era yo quien debería hacer algún comentario borde. En plan: "¿Qué pasa, que Marco te ha mandado informes de todos nosotros? ¿Es porque sois abogados?". O quizás: "Lo siento, pero ¿por qué coño tienes en la boca el nombre de mi amigo?", O, para simplificar: "Perdona, ¿alguien estaba hablando contigo?".

»Willy retrocedió un paso, esperando alguno de aquellos comentarios. Todos los tíos del grupo esperaban siempre que fueran las mujeres quienes les hicieran el trabajo sucio, quienes les taparan las vergüenzas. Willy había notado el mismo cambio de equilibrio de poder que había percibido yo y había pensado que me correspondía a mí —por el hecho de ser la única esposa de Miami— decir algo en aquel momento, señalar quién pertenecía al grupo y quién no. Pero Willy estaba malinterpretando completamente aquel cambio. Me pregunté si ya sabía de antemano que no vendría Laura, si ya estaba al corriente de la situación entre Marco y ella y de lo que comportaba.

»—Tienes los dientes muy blancos —le dije por fin.

»Ashley nos enseñó todavía más la dentadura, se atusó un lado de la melena pese a que no le hacía falta y dijo: "Ah, sí, gracias", como si mi comentario fuera un cumplido genuino.

»A continuación se relajó y me miró con los ojos entrecerrados. Era guapa de esa forma que les resulta atractiva a los tíos cubanos de Miami, precisamente por lo extranjera que resulta esa belleza en su territorio: la piel clara, el pelo lacio y unas extremidades delgadas que no nos resultan fisiológicamente posibles a las mujeres como yo. Incluso les parecía sexi hasta que se les pasaba la novedad y reconocían aquel tipo corporal como el que habían tenido ellos de chicos. Pero el hecho de que ahora Ashley le resultara novedosa, añadido a que sus *shorts* mostraran eso que las revistas llamaban "espacio entre las piernas", bastó para ablandar a Willy y volverlo amable, después de que malinterpretara mi respuesta como reflejo de mi decisión de que estábamos todos en el mismo equipo. A continuación, Ashley se fue a charlar con mi marido, con el teléfono por encima de la cabeza, y de pronto todo el mundo pareció intercambiable y a mí me entraron ganas de marcharme. Ashley bajó los brazos y le enseñó la pantalla a mi marido, que se rio de algo que ella acababa de decir.

»Lo que quería decir con mi comentario sobre el poder es lo siguiente: que al final aquel día nadie hizo ningún comentario sobre la llegada repentina de Ashley y que, aunque estuve vigilando a Marco y a ella durante cada

bocado que les di a aquellos diez minibocadillos de langosta, no los pillé ni una sola vez cogidos de la mano. Al contrario, Marco no le hacía ni caso, ni a Ashley ni a nadie. Y eso hizo que Ashley no se rindiera. Se pasó la tarde pululando de esposa en esposa, como si la anfitriona del Campeonato de Bocadillos de Langosta fuera ella, asegurándose de que a ninguna nos faltara agua ni servilletas, repartiendo botecitos de mantequilla derretida para que rebañáramos nuestros últimos pedazos de pan, forzando esa clase de intimidad. Se disculpó por lo fuerte que tocaba la banda de *bluegrass* como si la hubiera contratado ella. Nos estuvo preguntando a quién pensábamos votar después de comernos el bocadillo de cada tenderete, haciéndonos una lista de las diversas categorías —mejor presentación, mejor sabor, mayonesa o no mayonesa—, como si importara lo que pensaba la gente que había pagado por ser juez, como si todo el evento fuera algo más que una forma cara de pasar la tarde. El hecho de que se esforzara tanto me distrajo durante el viaje entero hasta el punto de que no me acordé de preguntarle a mi marido cómo había sabido que no iba a estar Laura. ¿Cuándo había hablado con Marco sobre su separación? ¿Y por qué había decidido no contarme a mí aquella conversación, o un buen montón de conversaciones, de hecho?

»Solo me acordaba de que le quería preguntar aquellas cosas cuando ya se había ido a dormir, o bien a fingir que dormía, o cuando estábamos con los demás. Y me daba cuenta de que ya no era yo, de que ahora me daba un miedo instintivo zarandearlo para despertarlo e insistir en que habláramos; me daba miedo hablar de cualquier forma que lo pudiera avergonzar. Empecé a preguntarme cuándo había empezado a sentir aquel miedo y cuánto tiempo había tardado en entender que aquella inseguridad que sentía con él era miedo. Y cómo había conseguido mi marido impedirme durante tanto tiempo que lo entendiera.

»Terminé dejándolo antes de que llegara el verano siguiente (y el viaje de turno), pero no sin celebrar una Navidad más en Miami, donde al parecer Ashley estaba de visita con Marco, pero no atrapada en torno a la mesa de dominó de mis exsuegros como el resto de nosotros. Y por alguna razón aquello no parecía cabrear a Marco, que contestaba a todo el mundo que le preguntaba dónde estaba Ashley que se callara, que no era asunto de ellos. Y, basándome en la mirada que me echó mi marido tras la nube de humo de los puros, supe que no debía insistir ni en broma: antes de que llegaran los demás aquella noche habíamos tenido una de nuestras peores broncas, de forma que me había pasado la hora previa a su llegada limpiando las huellas de dicha bronca para que todo pareciera normal. Aquella noche ya no me apetecía

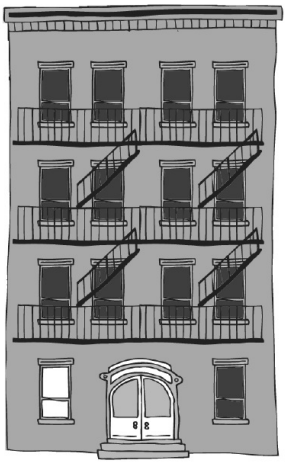
sentarme con ellos y fue una de las primeras en que no lo escondí. Me fumé mi puro apartada de las otras esposas, dejando caer la ceniza por el patio de mis suegros, y me dediqué a planear cómo conseguir que mi marido se quedara una temporada allí, en casa de sus padres; qué excusa podía encontrar que le hiciera sentir que lo necesitaban allí y me permitiera tener nuestra casa para mí sola un tiempo y preparar mis pasos siguientes. Marco soltó algún chiste que contaba todos los años y vi salir un montón de humo denso y concentrado de la boca de mi marido, un volcán listo para entrar en erupción. Me pregunté cómo estaría pasando la Navidad Laura.

»A juzgar por lo último que he oído, mi marido sigue allí, viviendo con sus padres en Miami. Y a juzgar por la clase de cubanos que son, estoy segura de que estarán encantados de tenerlo allí durante la pandemia. Es un tipo fuerte y eso les puede acabar resultando útil. Me lo imagino noqueando a alguien para conseguirles papel higiénico a sus padres, sin duda. No sabe que ahora vivo aquí, que me fui de nuestro apartamento en cuanto se aprobó la documentación del divorcio. Quiero que crea que sigo viviendo en nuestra antigua casa. Es lo más seguro para todo el mundo.

»Pero ¿os puedo contar lo del concurso de bocadillos? A aquellos franceses les robaron el premio. La ralladura de lima estaba…, joder…, de rechupete, amigos. En materia de sabor, de presentación… Y, obviamente, no había mayonesa porque no había nada que intentar esconder. Los restaurantes locales no les llegaban ni a la suela del zapato. Pero, al final, tenía razón yo. Uno de los restaurantes locales —me he olvidado de cuál de los cinco, porque, seamos francos, eran todos iguales— se llevó el título, que fue devuelto al gran estado de Maine, tal como yo me había esperado. No os creáis que me importa lo que dice de mí el hecho de que me encantara el bocadillo de langosta de los franceses. Fue lo más delicioso que había comido en muchísimo tiempo.

Justo cuando la Reina acababa su historia han sonado las campanas de la vieja catedral de San Patricio, con su tañido roto al final. Imaginándonos todavía sobre nuestra lengua el dulce sabor de aquellos bocadillos de langosta, nos hemos despedido los unos de los otros y he regresado a mi escritorio descascarillado y a los pasos suaves del piso de arriba.

Día 6



5 de abril

—«La muerte es como el retumbar lejano de un trueno en un pícnic» —ha citado Eurovisión cuando ha llegado a la azotea con su termo y la manta echada sobre el brazo, deteniéndose para leer una pintada nueva que había aparecido en la pared de los murales—. Me gusta.

Lo he visto sentarse en su espectacular silla envuelta en plástico y colocar a su alrededor las cosas de su pícnic: una coctelera, un vaso de tubo con dos olivas ensartadas, una bandeja plateada con queso y biscotes y una vieja salsera mellada con una cuchara para meter ruido. Ha dejado la manta sobre el brazo de la silla, listo para protegerse del frío del anochecer. Ha agitado la mezcla del Martini y la ha servido lentamente en el vaso de tubo hasta que ha rebosado. Luego, con extremo cuidado, lo ha levantado y, con un mohín en los labios, ha sorbido el exceso de líquido antes de dejarlo de nuevo sobre su mesilla. Hay algo que me resulta reconfortante en la forma tan minuciosa que tiene de organizar todas sus cosas a su alrededor, creando un pequeño hogar en su radio de dos metros.

—Cómo me gustaría que pudiéramos hacer chocar las copas como en los viejos tiempos —ha dicho—. ¡Pero considerad esto un brindis por todos los narradores y oyentes que estamos aquí! —Ha levantado su vaso y los que ya estábamos congregados lo hemos imitado.

Ha llegado más gente. Esta noche hay algunos a los que no reconozco de la última vez que pasé lista, vecinos cuyos apartamentos no he visitado y que de hecho ni siquiera he visto en los pasillos. Supongo que está corriendo la voz de nuestra pequeña hora de los cuentos. La gente dispone sus sillas en semicírculo, lo más alejadas entre sí que pueden. Es gente desesperada por

salir de su apartamento cerrado y encontrar compañía humana donde sea posible, si se atreven. Me he dado cuenta de que llevo dos semanas sin salir del edificio. Me pregunto si habrá salido alguien.

Esta noche tengo el termo lleno de Singapore Sling, preparado con ingredientes mangados del armario multicolor. Quería beber algo dulce y tropical que me supiera a viajar a sitios lejanos, a maletas de piel de cocodrilo con adhesivos de transatlánticos y a hoteles antiguos con terraza, ventilador en los techos y camareros con guantes blancos. ¡Ja! ¿Quién me creo que soy?

Vinagre ha ocupado su lugar cerca de Eurovisión con su enfriador de botellas, su copa y su mesilla; Hello Kitty, con su butaca de huevo; la Señora de los Anillos, con su pañuelo con estampado de guepardo; Whitney, con su fea silla estilo Bauhaus; Wurly, con la banqueta de piano con la que carga escaleras arriba todas las tardes; Florida, con su chal dorado, etcétera.

—Saludos a todos —ha empezado a decir Eurovisión, poniéndose de pie y dándose unos tirones de la pajarita. Se ha mirado el reloj—. Medio minuto para el espectáculo.

A las siete hemos aplaudido y vitoreado todo lo que hemos podido y por primera vez he oído, sonando a todo volumen desde algún lugar más bajo, a Sinatra cantando *New York, New York*. El clamor se ha apagado igual que todas las tardes, con una especie de ruido triste de retirada, como cuando se retira una ola por la playa.

Al acabar mis tareas diarias como conserje he redactado el sumario de las estadísticas del día: hay 122 031 personas que han dado positivo por COVID-19 en el estado de Nueva York, en comparación con las 113 704 del sábado, lo cual hace subir el número total de casos en la región de los Tres Estados a 161 431, con 4159 muertes, respecto a las 3565 del sábado. He dejado el libro a mi lado, como de costumbre, y lo he cubierto sutilmente con la manta.

—Es un verso mal citado de W. H. Auden —ha musitado Ramboz, prestando atención al mural—. Debería decir: «Pensamientos de su muerte, como el retumbar lejano de un trueno en un pícnic».

—¿Lejano? —ha dicho Maine—. Ya no. Tenemos la tormenta justo encima.

—Sí, y machacándonos la cabeza —ha apuntado Darrow.

—Somos los jinetes en la tormenta —ha dicho Eurovisión, dando un sorbo ostentoso a su Martini—. O, para ser más exactos, los daños colaterales de una guerra.

—Por lo menos, estamos sobreviviendo —ha repuesto la Señora de los Anillos—. De momento.

—Me da la sensación de que es cuestión de tiempo que venga a por nosotros la peste —ha comentado Florida—. Entrará en el edificio, infectará el aire y nos tendrán que llevar a todos al Presbyterian Downtown en una de esas ambulancias que no paran de aullar. No quiero volver allí nunca.

—Reconozcamos por lo menos —ha dicho Maine— que en este edificio estamos haciendo muy bien la cuarentena. No entra ni sale nadie. Ahora mismo, ni siquiera yo.

He intentado mirarla a los ojos, preguntándome si habrá tenido la oportunidad de hacer las llamadas que me prometió. Pero Maine no ha mirado en mi dirección, así que he pensado que ya la iré a buscar al final de la velada. No quiero que los demás se enteren de mis cosas.

—Se acabará pronto —ha dicho Eurovisión, añadiendo su falso entusiasmo a la conversación—. Solo tenemos que esperar. Estamos progresando en la lucha contra el virus.

—¿Eso crees? —ha preguntado Ramboz—. ¿Progresando? ¿Te parece que progresamos? Qué palabra tan odiosa. El progreso no es más que la trola que se cuenta a sí misma cada generación para justificar la tendencia actual a la ignorancia, el miedo y el prejuicio.

—Es todavía peor —ha intervenido Vinagre—. Estamos yendo hacia atrás. Mira a esos racistas trumpistas, saliendo como cucarachas en la oscuridad, ahora que el Payaso Naranja ha apagado las luces de América.

—En todas las épocas —ha dicho Ramboz—, los estúpidos y los ignorantes han superado a los ilustrados y a los cultos en proporción de cien a uno. Y se han inventado un sistema económico perfecto para perpetuar la situación: el capitalismo.

Me parece un poco ridículo e irritante que el hombre sea comunista. No tiene ni idea de cómo es en realidad el comunismo. Mi padre odiaba a muerte a los comunistas, y cuando yo era niña siempre me llenaba la cabeza de historias de su brutalidad.

—Venga, hombre, no todo es tan terrible —ha dicho Eurovisión—. Hay cosas que están mejorando. No querría volver a los años cincuenta. Acuérdate de cómo trataban a la gente como yo.

—Te refieres a cómo tratan todavía a otra gente, ¿no? —ha soltado Vinagre.

—Creo que hemos avanzado —ha dicho Darrow— desde los tiempos en que quemaban a los sodomitas en la hoguera y esclavizaban a los negros.

Ramboz ha negado vigorosamente con la cabeza agitando el pelo blanco como si fuera un halo flexible.

—No, no, no. Somos igual de ignorantes ahora que cuando éramos unos monos desnudos en el bosque que comían serpientes y saltamontes. Y seremos igual de toscos y estúpidos cuando estemos viviendo en una ciudad de torres de cristal en Alfa Centauri. La misma especie cruel y despreciable de siempre.

—Ah, vaya, tenemos a un cínico de verdad entre nosotros —ha dicho Eurovisión, con la irritación infiltrándosele en la voz—. ¿Podemos pasar a otra cosa, pues?

La Señora de los Anillos ha dicho:

—Yo siento mucho que haya gente tan sepultada en el miedo que es incapaz de apreciar la belleza de la humanidad.

Ramboz ha seguido negando con la cabeza. «Es un hombre nutrido por sus pesares», decía la biblia sobre Ramboz. Yo estaba empezando a entender por qué.

—¡Basta de charla! —ha espetado Eurovisión, molesto—. ¿Quién tiene una historia?

—Es lo que estaba intentando decir; que he venido con una historia —ha continuado Ramboz, impertérrito—. Una historia sobre Vietnam. Sobre mi despertar radical. Y sobre las razones que me llevaron a hacerme periodista.

—¿Despertar radical? —ha preguntado el Poeta en tono de recelo.

He visto que unos cuantos ponían los ojos en blanco.

—Bueno, pues oigámosla —ha dicho Eurovisión.

—Tenía once años cuando mi madre vio un pasquín que decía que Wellesley News necesitaba repartidores de periódicos. Se puso a decirme que ya era hora de que me convirtiera en un miembro útil de la sociedad en vez de hacer el tonto por ahí. No paró de incordiarme sin descanso hasta que por fin un día, al salir de la escuela, fui a la oficina de Wellesley News. Era un edificio con pinta de cobertizo situado detrás de un taller mecánico. Llamé y recibí una respuesta bronca —una voz estridente con fuerte acento de Boston— que parecía ser una invitación a entrar. Dentro había un gordo enorme aparcado en una silla giratoria delante de un escritorio metálico. Llevaba una camiseta que le venía pequeña y le dejaba al descubierto la parte inferior de la panza peluda. Su olor corporal era tremendo.

»—¿Sí?

»—Me han dicho que buscáis repartidores —le dije.

»—¿Dónde vives? —Me señaló un mapa gigante de Wellesley, que cubría la pared entera del fondo del cobertizo, con todas las calles y casas.

»—En el 10 de Vane Street.

»—No me lo digas, por el amor de Dios, enséñamelo en el mapa.

»Se lo enseñé.

»—¿Tienes bicicleta?

»—Sí, señor.

»—Rellena este impreso. Empiezas el lunes.

»—Mmm, ¿cuánto me pagan?

»—Cincuenta centavos al día, seis días por semana. El domingo libras. Para recoger tus tres pavos has de traer los recibos el sábado entre las doce y las dos del mediodía. A las cinco y media te dejamos un fardo de periódicos en tu puerta y los has de tener ya repartidos a las seis y media. Los dejas dentro de la puerta mosquitera o en el porche, nada de tirarlos en la hierba. ¿Entendido? Nada de tirarlos.

»—Sí, señor. Nada de tirarlos.

»Pasó las páginas de una carpeta grasienta de tres anillas y consultó el mapa de Wellesley, hojeando y murmurando para sí mismo, presionando aquí y allí con un dedo mugriento, garabateando una lista y comparándola con el mapa.

»—Muy bien, vas a repartir quince *Globe* y un *New York Times*. Uno de los *Globe* es para tu casa. Aquí tienes las direcciones. Haz que tu madre te lleve en coche para ver cuál es la mejor ruta.

»—Sí, señor.

»—Y así es como los has de doblar.

»El gordo cogió un periódico grasiento de demostración y me enseñó cómo había que doblar el papel.

»—Así.

»Luego metió la mano debajo de la mesa y sacó un saco de lona blanca que tenía estampado el logo del *Boston Globe* con tipografía Old English. Lo dejó bruscamente sobre la mesa.

»—Tu saco.

»Lo cogí, emocionado. Cuando ya me volvía para marcharme, me dijo:

»—No quiero oír ni una queja. Si tiras el periódico a la hierba, se van a quejar. Si se moja, se van a quejar. Si pasas tarde, se van a quejar. Y cada vez que se quejen, recibirás una notificación rosa. A las tres notificaciones, estás despedido. ¿Te queda claro?

»Me llevé el saco de la oficina, me lo eché al hombro y me fui a casa. Tenía una pinta chulísima. No era ninguna tontería de periódico como el *Wellesley Townsman*, era *Boston* Globe.

»Llamé a mi amigo Chip para fanfarronear. Todavía me acuerdo del rencor de su respuesta:

»—Te vas a arrepentir. Te va a llover encima, te va a nevar encima y te van a perseguir todos los perros. —Mi inconsciencia le hizo negar con la cabeza—. ¿Sabes, Doug? Esos perros se mueren de ganas de clavarte los colmillos en el culo.

»Me levanté el lunes temprano, antes de que saliera el sol. Oh, colega, qué sensación la de aquel primer día. Los periódicos me llegaron al alba, haciendo un ruido sordo en nuestro porche; el transportista pisó el acelerador y se largó. Abrí el fardo y del interior salió una vaharada de olor a papel y tinta todavía calientes de la imprenta. Doblé todos los periódicos de la forma especial y los coloqué con cuidado dentro del saco. Me eché el asa al hombro, fui al cobertizo, saqué mi bicicleta —que me había pasado el día anterior engrasando, poniendo a punto e inflándole las ruedas— y empecé mi ronda mientras una luz pálida asomaba sobre los olmos.

»Era una mañana fría y acabé mi ronda en cuarenta minutos. En mi casa todavía no había nadie levantado. Por simple curiosidad, miré nuestro periódico y me llamó la atención un titular:

SENADOR MURPHY ESCAPA DE ATENTADO CON BOMBA POR UNA CUESTIÓN DE MINUTOS

»El artículo empezaba: “Había sangre por todas partes, sangre goteando por las paredes, hasta la calle misma…”.

»El artículo describía con estridencia un atentado terrorista con bomba en un lugar llamado Vietnam. Habían estado a punto de hacer volar por los aires a un senador estadounidense. Yo había oído hablar de Vietnam, claro, y sabía que había una guerra, pero para mi cerebro de once años era algo vago y remoto. En Wellesley, a finales de 1967, la guerra era un simple ruido de fondo, algo que sucedía muy lejos y donde combatía otra gente. La verdad es que nadie conocido había ido allí. Pero aquella sangre que goteaba por las paredes no era vaga ni remota. Leí el artículo con una fascinación enfermiza.

»A continuación, pasé a la sección de deportes. Los Red Sox iban en cabeza de la liga.

A Ramboz le ha empezado a temblar la voz de emoción cuando ha evocado aquel recuerdo lejano.

—Estaba empezando la temporada del «Sueño Imposible». Los Red Sox parecían estar a punto de llevarse el título de la American League por primera vez desde 1946. No os podéis imaginar lo importante que era esto para un chaval de once años.

»Ahora que yo era el repartidor en nuestro vecindario del prestigioso *Boston Globe*, empecé a interesarme por las noticias como si fueran algo mío. Todas las mañanas, cuando acababa la ronda, hojeaba el periódico para leer las noticias de la guerra de Vietnam y de los Red Sox. Todos los sábados iba en bicicleta hasta Wellesley News, le daba los seis recibos al gordo y él me daba mis tres dólares, que yo guardaba en la caja fuerte de latón que tenía tras un panel secreto de mi habitación. No sabía qué demonios iba a hacer con el dinero, porque mis padres me compraban todo lo que se me antojaba. Solo quería dinero, mucho. Estaban criando a un buen capitalista.

»Pero Chip tenía razón. Los perros me perseguían. Todas las mañanas, hacia la mitad de mi ruta, un terrier histérico salía disparado de un porche y echaba a correr detrás de mi bicicleta. La dueña, una señora mayor, se quedaba en el porche riñendo a su perro con voz débil y ofreciéndome disculpas insinceras mientras el chucho asqueroso corría a mi lado, saltando y tratando de morder el saco. A veces se aferraba a él con los dientes y se quedaba colgando como un péndulo mientras yo pedaleaba con furia y me lo intentaba sacudir de encima.

»Todos los días, el periódico traía la crónica del ascenso glorioso de los Red Sox, partido a partido, hacia el Sueño Imposible, y todas las mañanas informaba también de la grotesca, violenta e insensata guerra de Vietnam. Había listas de víctimas mortales estadounidenses, artículos sobre bombardeos de saturación, ataques y contrataques, colinas conquistadas, colinas perdidas y manifestaciones en las calles. Todo mezclado con noticias de Yax haciendo otro *home run* y de Lonborg eliminando a todos los bateadores rivales. Y también traía fotos: bombas cayendo, aldeas ardiendo bajo el napalm, chavales aterrados en camilla con la sangre empapándoles las vendas, soldados acurrucados en zanjas de la selva con el barro hasta los muslos, políticos vociferando y apuñalando el aire con el dedo. El *Globe*, como muchos periódicos de la época —algunos os debéis de acordar, ¿no?—, estaba empezando a cubrir la guerra con una precisión gráfica implacable.

»Nunca, ni una sola vez en ningún artículo de los que leí, encontré una explicación de a qué se debía la guerra. Incluso mis padres parecían confusos cuando me lo intentaban explicar y me hablaban del efecto dominó y chorradas por el estilo. ¿Acaso nos habían atacado? ¿Había alguna razón para

luchar? ¿Quién era el Vietcong y por qué estábamos matando a sus miembros? ¿Dónde estaba Vietnam? Hasta el momento, la guerra podría haber estado perfectamente en otro planeta, pero, de pronto, irrumpía todas las mañanas en mi sala de estar, con la tinta todavía caliente de las páginas del *Boston Globe* rezumando muerte. No paraban de llegar los titulares de la guerra, semana tras semana, junto con las crónicas del Sueño Imposible. Siempre he recordado ambas historias mezcladas entre sí. La de los Red Sox era una historia que tenía sentido, un viaje del héroe americano. Tenía introducción, nudo y desenlace. Tenía un arco moral claro y surgía de un universo ordenado. De niño, yo entendía aquella clase de relatos. En cambio, Vietnam era lo contrario; no se parecía a nada que me hubieran contado nunca. Solo un movimiento de tropas fútil y asesino por una geografía siniestra. La historia de los Red Sox se volvía oscura al final, cuando perdían la Serie Mundial, pero por lo menos era un tipo de derrota que yo entendía, por mucho que la odiara. En Vietnam, ¿se podía ganar o perder? No había forma de saberlo.

»A finales de octubre llegó un titular que me dejó atónito:

UN SACERDOTE Y OTRAS DOS PERSONAS DERRAMAN SU SANGRE
SOBRE LOS ARCHIVOS DEL RECLUTAMIENTO

»El artículo salía en portada con la fotografía de un sacerdote católico, el padre Philip Berrigan, echando un chorrito de sangre de un botellín de plástico en el interior de un archivador, con la misma compostura impecable con la que Julia Child en televisión vertía leche en un cuenco de harina para hacer un pastel. Y decía lo siguiente:

»“Antes y después de derramar su sangre con botellines de plástico, los hombres repartieron una declaración preparada de antemano que decía que lo hacían para protestar contra ‘el lamentable derramamiento de sangre americana y vietnamita a quince mil kilómetros de distancia. Derramamos nuestra sangre de forma voluntaria en lo que confiamos que sea un acto de sacrificio constructivo’”.

»No me lo podía creer. ¡Su propia sangre! ¿Cómo se la había sacado de las venas sin morirse? ¡Y encima era sacerdote! Me quedé helado. ¿Era posible que los adultos que estaban a cargo de aquella guerra no tuvieran ni idea de lo que hacían? Se dedicaban a volar por los aires a unos adolescentes no mucho mayores que yo, sin que nadie supiera por qué, en una selva desconocida que quedaba en la otra punta del mundo.

»Y a medida que pasaban los meses, empeoraron la guerra y el caos. Las protestas se radicalizaron y el país se vino abajo. Enero de 1968 trajo la ofensiva del Tet; marzo, la masacre de My Lai; abril, el asesinato de Martin Luther King; en mayo murieron dos mil muchachos americanos en el mes más sangriento de la guerra; en junio fue asesinado Bobby Kennedy; en agosto, los disturbios policiales en la Convención Demócrata de Chicago. Yo estaba horrorizado y confuso, pero a mis amigos parecía traerles sin cuidado y vivían su vida como si no estuviera pasando nada. Me empecé a sentir separado de los demás, incluso aislado.

»1968 fue el año de mi iniciación a la vida. El año que definió a mi generación. Cuando eres chaval, la vida parece el inicio de un Sueño Imposible nuevo y maravilloso y lleno de promesas, pero luego creces y te das cuenta de que todo es una mierda. Nos despertamos de la infancia para encontrarnos en un barco pilotado por locos y granujas, arrojados a unos mares oscuros, a la deriva, perdidos y sin mapa.

Ramboz se ha detenido, se ha sacado un pañuelo del bolsillo, se ha secado la frente y la cara y, por último, se ha limpiado la boca.

—No ha cambiado nada. Mirad el mundo actual. Mirad a nuestros líderes. «Vamos a echarlos» —ha graznado imitando la voz del presidente—. «Va a ser una gran victoria».

—Bueno, gracias por la historia —ha dicho Eurovisión—. Lamento decir que soy seguidor de los Yankees. Aun así, gracias por recordarnos lo complicado y sin sentido que puede ser el mundo. —Me di cuenta de que Eurovisión, el eterno optimista, se había quedado perturbado por la historia y lo estaba intentando disimular con aquel comentario típico de club de lectura.

Ramboz ha enarcado sus pobladas cejas.

—¿Seguidor de los Yankees? Vaya, lo siento mucho por ti.

Eurovisión ha empezado a esbozar una sonrisa, pero entonces ha interrumpido la conversación una voz resonante que yo no había oído antes.

—Vale, entiendo lo que dices de los horrores de la guerra, pero tú estabas viviendo en un bonito pueblo residencial repartiendo la prensa. Algunos la hemos vivido.

—¿Quién ha dicho eso? —ha preguntado Eurovisión mirando por encima de la luz de las velas—. No te podemos ver.

En el espacio entre la Señora de los Anillos y Darrow ha aparecido un tipo corpulento con una silla demasiado pequeña en la mano. Es Barbanegra, del 3E. Ha colocado la silla del revés y se ha sentado precariamente mientras los demás se han apartado un poco para mantener una distancia segura.

—¿Qué tal? ¿Me podéis ver y oír ahora?

Podíamos, casi demasiado bien. Su tono era sarcástico. No era joven, le he echado unos cuarenta años; tenía una barba negra y corta, la cabeza afeitada y una cara tan llena de surcos que parecía tallada en madera.

—Tengo una historia de guerra y sexo —ha continuado Barbanegra—. Las dos cosas más insensatas y destructivas que hacen los seres humanos. —Ha hecho una pausa, y, como no ha habido objeciones, ha empezado.

—Podemos hablar de Trump y Stormy Daniels o de Jeff Bezos mandando fotos de su polla, pero, os lo aseguro, el sexo es el enemigo acérrimo del sentido común, tal cual. Mi padre me dijo una vez: «Hay hombres que son capaces de tirarse por un barranco si creen que van a aterrizar sobre la persona correcta». Os voy a poner un ejemplo.

»Me mandaron a Irak en 2004. Tenía veinte años y muchas ganas de aprender de la vida y aprendí unas cuantas lecciones, os lo aseguro. Aquello todavía era el salvaje oeste. Todos los iraquíes nos odiaban, algunos más que otros, pero no había forma de saber quién era el enemigo, si un joven fornido sin afeitar o una abuela con burka.

»En un lugar así había muchas cosas de las que no convenía hablar, como por ejemplo, el hecho de que no había población amiga o a quién le habían volado una mano y un pie el día antes o que en DC nadie tenía ni puta idea de lo que estaba pasando allí. Así pues, cuando estábamos juntos, los solteros hablaban mucho de sexo, de las ganas de follar que tenían y de cómo conseguirlo, tal como siempre han hecho los soldados. No todo el mundo quería oírlo. Muchos de los hombres casados y de los que eran religiosos intentaban cortar aquellas conversaciones, y hacían más que bien, y algunos oficiales dejaban claro que debíamos callarnos aquellas cosas en presencia de las mujeres soldado. Pero los solteros se quejaban entre ellos y urdían planes. La clase de guerra que era aquella, en la que nunca sabías dónde estaba el frente o cuándo te podía explotar una bomba de fabricación casera en mitad de una misión, parecía intensificar los apetitos de algunos, ya que el mero hecho de irte a dormir el día incorrecto podía ser una tarea peligrosa.

»Nos habían mandado a un teniente segundo a liderar nuestro pelotón. No era mal tipo comparado con algunos cabrones a los que te encontrabas en el ejército, pero iba demasiado pulido para caer bien. Acababa de salir de West Point y no sabía nada que no viniera en el manual. Pero estaba pasando por el aro, para que no pudieran decir que no había visto combate, antes de que lo mandaran a la Zona Verde a ser jefe de personal de algún coronel durante el resto de la guerra.

»Cuando llevaba aproximadamente un mes con nosotros, empezó a visitar el cuartel de la tropa. Tenía algo en mente y por fin un día lo soltó: "¿Adónde van los hombres para satisfacer sus necesidades?". No le contesté, ni yo ni nadie, pero la segunda vez que lo preguntó, un tal Mallory, un chaval criado en una granja de Idaho que era bastante gracioso, le indicó una granja de cabras que estaba en el margen mismo de nuestra base. El teniente miró a Mallory como si hubiera perdido el juicio, pero Mallory siguió asintiendo con la cabeza y el teniente se largó cabreado.

»De forma que pasó otra semana. Una noche estábamos todos sentados jugando a las cartas, creo, cuando el teniente entró en la tienda hecho un basilisco y buscando a Mallory. El teniente tenía un chichón tremendo en la cabeza del que salía un hilo de sangre y Mallory dijo:

»—¿Qué ha pasado, teniente?

»Y el teniente respondió:

»—Que me ha dado una coz una puta cabra, eso es lo que ha pasado. Tengo suerte de estar vivo.

»No conseguimos refrenarnos, todos los presentes, y nos echamos a reír con unas carcajadas que hicieron que algunos se cayeran de su silla. Por fin, un chistoso, dándole la espalda, le canturreó:

»—¿Le ha dado la coz antes o después de follársela, señor?

»O sea, era lo más divertido que nos pasaba en muchas semanas y hasta el teniente estaba sonriendo. Mallory apenas podía hablar y un cabo que se llamaba Jonas vio que aquello no acabaría bien y por fin rodeó los hombros del teniente con el brazo y le dijo:

»—No hablábamos del ganado, señor. Hay que ir a la choza del granjero para ver si está una de sus cuatro hijas y si quiere ganar un dinero extra.

»—Demonios —dijo el teniente—. Me lo podrías haber explicado, Mallory.

»—Sí, señor —contestó Mallory.

»De forma que pasaron solo unos días, y en plena noche alguien dijo que venía un helicóptero de evacuación médica y al aterrizar salieron de él un par

de tipos corriendo con una camilla y bajo la luz pude ver que era el puñetero teniente. Había ido y había llamado a la puerta del granjero. Habían intercambiado algunas palabras, sin que ninguno hablara el idioma del otro, pero el granjero había entendido de qué iba aquello y había ido a buscar un arma y le había dicho al teniente que se largara. Pero el teniente era joven y tonto y no sé con quién había hablado, pero al parecer iba lo bastante salido como para creerse cualquier cosa, de manera que alguien lo había convencido de que simplemente había tenido mala suerte y que normalmente salía a abrir la puerta alguna de las hijas. De manera que el teniente había vuelto con sus ínfulas de West Point y se había llevado un tiro. Cuando despegó el helicóptero, ninguno de nosotros tenía ni idea de si saldría vivo de aquella.

»Y, en fin, terminó tomando cartas en el asunto el comandante, claro, porque no podía ser que un granjero iraquí le pegara un tiro a un oficial estadounidense. Uno de los suboficiales decidió que aquello ya había llegado bastante lejos y fue y le contó toda la historia al viejo. Pero resultó que el tío del teniente era teniente general en el Pentágono y nadie quería hacer llegar a los altos mandos la historia de que a aquel teniente imberbe lo habían matado mientras buscaba amor donde no debía.

»De forma que se dijo que Al-Qaeda en Irak había puesto una trampa con señuelo en nuestro perímetro y que al teniente le habían pegado un tiro los puñeteros terroristas mientras lideraba una patrulla. El pobre granjero fue lo bastante listo como para escaparse antes de que la inteligencia militar le echara el guante, aunque Dios sabe cuándo volvió a ver otra vez su granja y a su familia, incluso a sus cabras. A Jonas lo degradaron a soldado raso y nadie sabe adónde demonios mandaron a Mallory.

»El teniente pasó un par de meses en Ramstaad y salió condecorado con un Corazón Púrpura, una bolsa de colostomía y alguna medalla más. Lo repatriaron a Estados Unidos y allí lo declararon un puñetero héroe. Seguramente ya debe de ser general, el cabrón. No lo sé. La tropa tardó un año en empezar a contar aquella historia y solo cuando no había oficiales presentes; la moraleja era siempre la misma: que los que estábamos allí éramos personas igual que en todas partes. Decidme un sitio, da igual que sea Bagdad o París, Arkansas o el puñetero Beverly Hills, donde te puedas presentar en casa de un tipo y ofrecerle veinte dólares por follarte a su hija y creas que no te va a pegar un tiro.

—Eso no es una historia —ha dicho Eurovisión, con lágrimas de la risa en los ojos—. Es una leyenda urbana. ¡La coz de la cabra! ¡Ay, Dios, me encanta!

—Volví de Irak hecho mierda —ha dicho Barbanegra—, y no solo por las heridas. El simple hecho de estar allí sin saber quién era el enemigo, sin saber en qué montón de basura había una bomba, odiado por todo el mundo… Sales de la base en esos blindados antiminas monstruosos y todos los niños de la aldea se ponen en fila por el arcén para tirarte piedras. Unos niños traumatizados por la guerra que supuestamente los tenía que salvar. Se suponía que los teníamos que salvar nosotros. Cuando ves esas cosas, te hacen polvo mentalmente.

—La guerra es donde la brutalidad se encuentra con la farsa —ha dicho Vinagre, con voz entrecortada—. Y hace polvo también a todas las familias que están aquí: hijos, esposas, abuelos, amigos, a todos.

Me ha dado la sensación de que Vinagre tenía razones personales para odiar la guerra.

—No saber dónde está el enemigo mortal… es algo que resulta bastante familiar ahora mismo —ha murmurado la Terapeuta—. Esa misma incertidumbre, ese torbellino de peligro constante nos rodea por todas partes, da igual que el virus no vaya armado. Va a provocar muchos traumas muy prolongados.

Eurovisión ha soltado una risa incómoda.

—Debe de ser bueno para tu negocio, ¿no?

La Terapeuta lo ha fulminado con la mirada y él ha carraspeado embarazosamente a modo de disculpa.

—Pero en serio. Esto me recuerda a una historia sobre traumas —ha dicho —. La escuché hace mucho tiempo, pero nunca me la pude quitar de la cabeza. Y, de hecho, parece bastante relevante ahora mismo. ¿Me permitís?

—¿No hemos tenido ya suficiente trauma y guerra? —ha dicho Florida—. ¿Por qué no oímos una historia bonita, para variar? Una historia optimista.

—Venga, por favor —ha dicho Vinagre volviéndose hacia ella—. ¿Una historia bonita? Eso no existe. Al cuerno con lo bonito. La vida real es casi todo trauma y horror. De manera que sí, oigamos una historia fea y cruel ahora mismo.

Se ha hecho el silencio mientras todos esperábamos a que Florida estallara. Ha sido como si alguien encendiera la mecha de una bomba y todos nos quedáramos mirando cómo se consumía hasta el armazón.

Florida se ha vuelto lentamente hacia Vinagre, con la cara crispada y el cuerpo paralizado por la rabia.

—Ah, o sea, ¿que no te gustan las historias bonitas? ¿Crees que lo que necesitamos es más violencia, odio y racismo? —Se ha puesto a recoger sus cosas con determinación metódica—. Pues muy bien. Os dejo que sigáis trayendo más desgracia al mundo con vuestras historias. Ya estoy harta. Gracias a todos, pero estoy harta de esta conjura de la azotea o lo que sea.

Después de un momento de asombro, Eurovisión ha hablado:

—Espera. Un momento. No nos puedes dejar.

—¿Por qué no?

—Quizás haya un par de historias que se han pasado un poco de la raya —ha dicho—. Pero es solo… Podemos hacerlo mejor. Lo que necesitamos es demostrarnos más respeto los unos a los otros. —Ha mirado a su alrededor con cara de pánico. Pese a toda su pose de presentador, está claro que le importa de verdad la pequeña comunidad que hemos construido en la azotea. Se ha vuelto hacia Vinagre—. Jennifer, es un poco duro lo que has dicho, ¿no te parece? No estropeemos esto tan bueno que tenemos.

Volvía a ser el líder de tropa de los Boy Scouts. Al principio, Vinagre no ha abierto la boca y se ha quedado cruzada de brazos. Al cabo de un momento, sin embargo, ha dicho escuetamente:

—No quería ofender.

—Bien —ha dicho Eurovisión—. Ahí la tienes. Una disculpa.

Florida ha seguido recogiendo sus cosas.

—Somos náufragos —ha terciado la Señora de los Anillos—. Somos una panda de desconocidos traídos aquí por las olas del naufragio del mundo. Y nos encontramos atrapados los unos con los otros en una isla desierta, nos guste o no. «Hay que perdonárselo todo a todo el mundo», decía mi madre. Quédate con nosotros, por favor.

Pero Florida se ha mostrado inflexible. Enseguida, portando todas sus cosas, ha desaparecido por la puerta rota.

Tras un momento de silencio preocupado, Eurovisión se ha puesto a contar una historia en voz alta y tensa.

—Cuando entré en el posgrado, me hice amigo de una pareja hetero joven que acababa de adoptar a un conejo. Cuando digo que eran jóvenes quiero decir que acababan de terminar la universidad, Harvard, para ser exactos. La cosa fue así: ella era redactora del *Crimson* y le habían encargado reseñar una producción estudiantil de una obra de Shakespeare donde él era el

protagonista. Ella vio la obra y tomó notas, pero no le gustó nada. En su reseña, se cargaba la interpretación de él y la calificaba de sobreactuada y empalagosa. Aquello dolió al actor. Una tarde entró en las oficinas del *Crimson*, donde la encontró sentada y bebiéndose una taza de té, y defendió su interpretación. Ella no dio su brazo a torcer y le dijo que lo dejara correr, que no era más que una reseña de una bobada de obra, que había cosas más importantes en la vida de las que preocuparse. Él la invitó a cenar, pero ella lo rechazó. Él insistió, cosa que imagino que a ella le resultó molesta, pero por fin aceptó, aunque solo fuera para conseguir que se callara. Tres años más tarde estaban frente a un edificio del Gobierno de Iowa City, intentando encontrar a dos desconocidos que aceptaran hacerles de testigos de su boda. Y no debería haber sido difícil, pero parecía que la gente de Iowa se tomaba muy en serio el papel de testigo. Al final no pudieron encontrar a dos personas dispuestas a hacerlo, así que condujeron tres horas hasta Illinois, donde, por la razón que sea, no hacen falta testigos.

»Pero la historia no trata de testigos ni de la insistencia ni del matrimonio ni del amor juvenil. Trata de los traumas, aunque todavía no hemos llegado a esa parte. ¿Os acordáis del conejo que he mencionado antes? Pues resulta que a mi amiga y a su nuevo marido les encantaban los animales. Ya tenían un gato. El gato y el conejo vivían juntos en armonía, de forma que decidieron adoptar otro conejo. ¿Qué podía salir mal?, se preguntaron. O quizás ni siquiera se les pasó por la cabeza.

»Y ahora es cuando se tuerce la historia: cuando mi amiga llegó a casa con el conejo nuevo y lo metió en la jaula que tenía que compartir con el otro, les puso un cuenco lleno de zanahorias frescas y lechuga. Pero, en vez de comerse la comida, los conejos se atacaron entre sí. Se pasaron toda la tarde chillando y después la noche, chillando y dándose zarpazos. Al cabo de unas noches, mi amiga vino a casa a tomar una copa, después de un seminario de tarde, y nos dijo que tenía los nervios destrozados. Su marido y ella ya no podían dormir porque les daba miedo que los conejos se mataran entre ellos y no sabían qué hacer.

»Nadie supo qué decirle. Una persona le sugirió que cortara por lo sano y diera el conejo nuevo en adopción. Otra persona sugirió que se quedara a los dos, pero en jaulas distintas. ¿Quizás necesitaran cuencos distintos para la comida y el agua?, sugirió alguien. No, dijo otro, lo que tienes que hacer es soltarlos en el campo y dejarlos libres. Al fin y al cabo, son conejos. Como podéis ver, ninguno teníamos ni idea de qué hacer.

»Pasó una semana. Cuando volvimos a quedar para tomar una copa después del seminario, que ya era nuestro ritual, mi amiga nos contó que había buscado en internet y había encontrado a una mujer que vivía a cincuenta kilómetros y era terapeuta de conejos. Cobraba doscientos dólares por adelantado y su página web, según mi amiga, tenía varios testimonios de clientes. Quizás sea el neoyorquino que llevo dentro, que está entrenado para desconfiar de todo el que promete curas milagrosas, pero me asombró ver que dos licenciados en Literatura Inglesa por Harvard —que seguramente habían leído a Chaucer— estaban a punto de ser timados por una charlatana que susurraba a los conejos. Me enfadé por mi amiga, aunque no dije nada porque en general soy de la opinión de que, en lo tocante a cómo decida gastarse su dinero la gente adulta, es mejor guardarte tus opiniones. Si mi amiga y su marido se querían gastar doscientos dólares en una terapeuta de conejos, ¿quién era yo para decirles que no?

»La semana siguiente, esperamos con ansia el nuevo episodio de la saga del conejo. Os contaré lo que les dijo la mujer que susurraba a los conejos: en primer lugar, les aconsejó que compraran una caja de cartón y le hicieran agujeritos en el costado lo bastante grandes como para que los conejos pudieran respirar, pero no lo suficiente como para que se pudieran escapar. Después tenían que poner una toalla en la caja por si los conejos se meaban. Luego había que meter a los conejos en la caja, cerrarla, darle la vuelta con cuidado un par de veces y colocarla en el asiento trasero del coche. Por último, tenían que conducir en círculos por el vecindario durante una hora aproximadamente, o hasta que se aburrieran, deteniéndose de vez en cuando para darle la vuelta con cuidado a la caja y cambiarla de lado. Cuando llegaran a casa, se encontrarían a los conejos por fin tranquilos y unidos por el afecto mutuo.

»La teoría, nos contó mi amiga, era que el hecho de compartir aquella experiencia traumática uniría a los conejos y que después de aquello vivirían el resto de su vida juntos y en paz.

»—¿Y ha funcionado? —le preguntamos.

»—Sí —dijo mi amiga. Ya se llevaban oficialmente bien.

»Jamás pensé que tendría que volver a pensar en los detalles del proceso de reconciliar a conejos por medio de experiencias traumáticas compartidas. De hecho, si he de ser completamente sincero, a punto estuve de olvidarme de aquel incidente hasta un año más tarde, cuando me llamó otro amigo que vive en Chicago con su marido y un conejo.

»—Hemos adoptado otro conejo —me dijo el amigo— y Liam no lo soporta.

»(Liam es su primer conejo, porque mi amigo es la típica persona que le pone nombre de persona a las mascotas).

»—Oh, no —dije—. Y a ver si lo adivino: se quieren matar.

»Mi amigo estaba exasperado. Me preguntó cómo lo sabía.

»—Liam nunca ha sido así. Es increíble —dijo—. No estoy preparado para esto.

»—Escucha —le dije. Y le expliqué exactamente lo que necesitaba hacer. Le iba a parecer una locura, pero solo necesitaba una caja, una toalla (que bien mirado parecía opcional) y un coche.

»—No tenemos coche —dijo—. Vivimos en Chicago. Vamos en bicicleta a todas partes.

»Le respondí que el coche era indispensable para el éxito del plan o que se lo iba a tener que pedir a un amigo o alquilarlo por un día.

»Oí la reticencia en su suspiro.

»—Confía en mí —dije—, es un ejercicio de reconciliación. Vas a traumatizar a los conejos.

»—¿Traumatizarlos?

»—Tú confía en mí —repetí. Y le di todos los detalles como si fuera yo el rey de la terapia conductista de conejos.

»Al cabo de unos días, me llegó un mensaje de texto diciendo: ¡¡¡GRACIAS!!! Mi amigo y su marido habían ejecutado el plan con precisión de láser para diamantes. Y había funcionado, porque funcionaba, claro. Estaban eufóricos. Contaban que ahora los conejos eran un cielo y que solo armaban jaleo cuando roían ocasionalmente las plantas de las macetas y les obligaban a subirlas a las encimeras. Pero eso es normal cuando tienes conejos, me recordaron.

»—He estado pensando en el trauma —me dijo mi amigo por teléfono.

»—¿En el trauma humano o el de los conejos? —le pregunté.

»—No —contestó—, el trauma común y corriente. El que compartimos todos.

»—Caramba —dije.

»—¿Sabías que la gente que ha experimentado un trauma, como por ejemplo sobrevivir a un incendio o a un accidente aéreo, o incluso a cosas más pequeñas, como quedarse atrapada en un ascensor que se cae, se reúne de vez en cuando, tipo una vez al año, para hacer encuentros conmemorativos y esas cosas?

»No lo sabía.

»—Pues mira —me dijo—. Es verdad.

»Lo creí, y ese fue el giro final que le puso el cierre a la historia. Porque fijaos, para entender a mi amigo y su interés por el trauma, necesitáis saber la historia de cómo nos conocimos y de por qué se marchó.

»Nos habíamos conocido en Barcelona seis años antes. Los dos éramos expatriados estadounidenses que nos habíamos puesto a trabajar de profesor de inglés al acabar la universidad. Fueron unos años liberadores y sin rumbo: fiestas en la playa, fiestas en azoteas, fiestas en casa, lo que queráis. Mi amigo era muy mujeriego, y creo que se había acostado con todas, o casi todas, las mujeres estadounidenses de nuestro grupo de profesores de inglés. Cuando ya hacía seis meses que éramos amigos, me dijo que se estaba cuestionando su sexualidad y me pidió si lo podía llevar a un bar gay. Por supuesto, le dije que sí y lo llevé a una de las discotecas gais más grandes de la ciudad, donde se tomó un éxtasis en el baño, pero esa es una historia que no viene a cuento hoy. Al cabo de unos meses, me enteré por alguien de que mi amigo se había marchado de Barcelona sin despedirse. Había desactivado sus cuentas de las redes sociales. Me entristeció perder a un amigo y me pregunté si volvería a saber algún día de él.

»Un par de años más tarde, cuando yo ya había vuelto a Estados Unidos para empezar el posgrado, mi amigo se puso en contacto conmigo para contarme que estaba viviendo en Chicago con el hombre que ahora es su marido. Me alegré mucho por él, pero claro, sentí curiosidad por saber por qué se había ido de Barcelona sin decir nada. Era una historia triste, me dijo, pero, después de varios intentos, por fin lo convencí para que me explicara lo que le había pasado durante aquellos últimos meses en Barcelona.

»Se había mudado a un apartamento nuevo que compartía con el casero, que también tenía una tiendecita en la planta baja. El hombre tenía una amante joven que no era su mujer. Según contaba aquel casero, su mujer, ausente, había caído en una vida de prostitución y drogas, una vida que él no quería compartir.

»Una noche, mi amigo necesitaba preguntarle una cosa al casero. Se acercó a la puerta de su habitación, que estaba entreabierta, y llamó con los nudillos. Cuando se abrió, mi amigo vio a la amante en una situación comprometida con el hombre. La amante estaba llorando y mi amigo se quedó convencido de que el hombre le estaba haciendo daño. Perturbado por el hecho de que estuviera pasando aquello en el mismo apartamento donde vivía él, mi amigo me dijo que creyó —mejor dicho, supo— que necesitaba hacer

algo, pero no tenía ni idea de qué. Como no encontraba solución, mandó un correo electrónico a una antigua profesora suya de psicología, que había dedicado su vida a investigar los efectos del trauma en la psique humana.

»La profesora respondió con empatía y compasión, pero le dijo que la realidad de la situación implicaba decidir entre dos opciones muy malas. Le explicó que solo podían suceder dos cosas: o bien la joven seguía viviendo con el casero o bien se tendría que marchar sola, sin apoyo ni protección de nadie. Si se marchaba sin recursos para mantenerse, lo más probable era que fuera víctima del tráfico de mujeres, siguiera recibiendo malos tratos graves y terminara cayendo en una vida de trabajo sexual y drogas. Si continuaba viviendo con el casero, existía la posibilidad de que con el tiempo pudiera guardar a hurtadillas el dinero suficiente para encontrar una salida.

»"Yo no podía hacer nada", me dijo mi amigo. Creía que su profesora tenía razón. Entre aquellas dos opciones, seguramente la amante tendría más posibilidades de escaparse si se quedaba con aquel maltratador que le daba un techo.

»Comprendí que aquello lo había destrozado. No me imaginaba el horror con el que mi amigo había tenido que lidiar en aquella época.

»Pero mientras le obligaba a aceptar aquella desagradable realidad, la profesora le había tirado un salvavidas: lo había invitado a que volviera con ella a Chicago para asistirla en su investigación. Necesitaba hacer trabajo de campo, entrevistar a mujeres de Mount Greenwood sobre su experiencia con los malos tratos domésticos en un entorno de bienestar económico. Mi amigo se marchó de Barcelona a toda prisa y sin mirar atrás. Y estando en Mount Greenwood conoció al hombre que se convertiría en su marido.

»Quizás de esta historia podamos extraer una extraña lección positiva: el hecho de que del trauma nace una posibilidad de conectar emocionalmente. Quizás sucedió simplemente que a mi amigo le había surgido la oportunidad propicia, que había podido mudarse a Chicago y conocer al hombre de sus sueños. Me pregunto si se acordará de aquella joven de Barcelona. Sé que yo sí me acuerdo. Me pregunto si estará bien. No compartí su trauma y tampoco lo presencié, pero, cuando mi amigo me contó aquella historia, sentí que compartíamos su carga entre ambos. No tenemos eventos anuales para conmemorar nuestra tristeza, el hecho de que el mundo, pese a toda su belleza y sus pequeños milagros, nos revele que la gente es capaz de hacer daño a otra gente. Es una verdad triste que hay que aprender y que ya no nos abandona nunca. No somos conejos atrapados en una caja con una manta y

conducidos en círculos. Aun así, nuestra experiencia de la vida en este mundo nos otorga ciertas cosas inefables que nos unen.

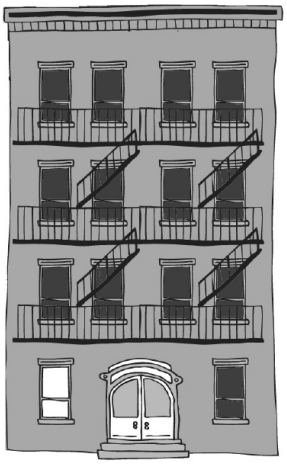
»Lo que me pregunto es que si los conejos pueden conectar emocionalmente tras compartir su experiencia en una caja, ¿por qué no podemos nosotros?

Mientras la pregunta de Eurovisión quedaba suspendida en el aire, nos han llegado sirenas desde The Bowery, un trío de ambulancias con rumbo al Presbyterian Downtown. Eran excepcionalmente estridentes, incluso ensordecedoras, y se les añadían los pitidos de las bocinas. Hemos hecho una pausa y hemos esperado a que el ruido, que nos llegaba distorsionado y resonante por entre los edificios, disminuyera hasta dejar paso a las campanas de la vieja San Patricio.

Sin decir una palabra más, hemos puesto punto final a la velada.

He pasado varias horas transcribiendo lo sucedido esta noche y por fin he apagado la luz y me he acostado. Del piso de arriba solo me ha llegado silencio. Eso me ha inquietado tanto como los pasos y el hecho de esperar a que llegaran me ha causado todavía más insomnio. Allí acostada, me ha entrado la paranoia de que quizás la persona que había estado caminando por aquel piso se había muerto.

Al cabo de un rato se me han acumulado las ideas paranoicas. No lo he podido soportar más. He salido de la cama cubierta de sudor, he ido al piso de arriba y he entrado en el apartamento solo para asegurarme de que no hubiera ningún cadáver pudriéndose en el suelo. Pero el piso estaba vacío e intacto: la misma ventana rota, los mismos muebles baratos y el mismo suelo polvoriento. He vuelto a la cama más convencida que nunca de que había fantasmas yendo y viniendo por allí arriba, trabajando con diligencia en sus asuntos de otro mundo. Dándole vueltas a nuestra caja de conejos.



Día 7

6 de abril

Había una nueva pintada en la pared del mural escrita con caligrafía pequeña y pulcra:

DE LAS TUMBAS SALIERON LOS MUERTOS
A RONDAR POR LAS CALLES DE ROMA

Shakespeare. Sabía que lo era, aunque no tenía ni idea de a qué obra pertenecía la cita. Me había encantado la clase sobre Shakespeare a la que había ido en la universidad, aunque había estado a punto de suspenderla por culpa de todas las mierdas personales que me pasaron en aquel último semestre de mis estudios.

He ocupado mi lugar de siempre y he intentado no mirar a los ojos a Eurovisión. Me he dado cuenta de que se moría de ganas de pedirme que hablara y seguramente le estaba irritando mi actitud distante, pero yo no tenía ninguna intención de levantarme delante de todo el mundo. Pese a todo, había guardado aquella carta arrugada dentro de la biblia, lista para sacarla en caso de que me arrinconaran. Básicamente confiaba en que siguieran sin prestarme atención. Los Singapore Sling de la noche anterior me habían dado resaca, de forma que había pisado el freno y había hecho una simple sangría con una botella de vino barato. Me había fijado en que se bebía mucho en la azotea. Si aquello duraba mucho más, íbamos a acabar todos alcohólicos.

Hoy han salido a la luz las noticias de los camiones refrigeradores que hay aparcados en Queens llenos a rebosar de cadáveres y de que se está instalando un hospital de carpas en Central Park. Cuanto más evitamos todos hablar de la pandemia, más palpable se vuelve el miedo soterrado. Sigue viniendo gente a

nuestros encuentros y todo el mundo se toma muy en serio la distancia social y nada de tocarse; aun así, confío en que al subir aquí para contarnos historias todas las noches no nos estemos condenando mutuamente a una muerte invisible.

A la tensión reinante se añade el hecho de que se me han acabado las bombillas. Tengo muy claro que no voy a salir de compras, tampoco consigo que me cojan el teléfono el casero ni sus lacayos administradores. Quizás estén todos en la Mansión Cacas Verdes con mi padre. Sospecho que las lámparas del edificio se irán fundiendo una por una. En cierta manera, me parece adecuado. La sensación de antagonismo que me generan los inquilinos seguramente esté relacionada con el estado del edificio y me entran ganas de darles un buen cachete y gritarles que no es culpa mía. Aunque hay que reconocer que nadie ha dicho abiertamente nada al respecto. En circunstancias normales, una panda de neoyorquinos enjaulados en un edificio como este ya estaría metida en una revuelta total.

Mientras se congregaba el resto de la concurrencia, me he dedicado a mi habitual terapia de cifras. Hoy los contagios han llegado a los 130 689 en todo el estado, con 4758 muertes. Cuomo asegura que la pandemia ya está llegando a su punto álgido. (Todo el mundo está enamorado de Cuomo y sí, quizás sea mejor que el tipo de la Casa Blanca, pero yo creo que solo es un tío que habla muy bien y que se nutre de salir por televisión. Un farsante, igual que su hermano). Las muertes en Estados Unidos ya han superado las diez mil y los casos suben a 347 000. Las cifras se están volviendo impensables. El *Times* informa de que una tigresa malaya del zoo del Bronx llamada Nadia ha enfermado de COVID. Entretanto, China, por primera vez desde que empezó la pandemia, no ha informado de nuevas muertes; al menos, esa es la versión oficial.

Las mentiras se están volviendo más impenetrables.

Pensaba que las noticias terminarían asustando a los vecinos y disuadiéndolos de subir a la azotea, pero esta tarde se ha presentado más gente que nunca.

Eurovisión ha arrancado con su fanfarria habitual, moviéndose con brío y dando la bienvenida a los recién llegados con un *ciao ciao*, saludando con la mano en todas direcciones, todo energía, antes de tomar asiento en su trono. Es un poco teatrero, pero me está empezando a caer bien con su actitud de Pollyanna. Cuando se le sienta al lado Vinagre en su silla de director de cine, los dos tienen cierta pinta de rey y reina de antaño presidiendo un salón de banquetes medieval. Pero la gran sorpresa es que ha vuelto Florida, toda

emperifollada y solemne, sentada lo más lejos posible de Vinagre. Tiene la cara tan crispada que parece una granada a punto de explotar, pero no me importa. Cualquier cosa es bienvenida si añade un poco de emoción a la vida en los tiempos del COVID.

Hemos participado en los vítores de las siete en punto y por fin Eurovisión ha iniciado la velada señalando la pintada del muro:

—Veo que tenemos a alguien con inclinaciones literarias. Son dos versos de *Julio César*, si no me falla el recuerdo de las clases de literatura inglesa de la secundaria, ¿verdad?

—Mmm, no —ha dicho el vecino del 2E, el profesor de NYU, Próspero —. Son de *Hamlet*. Me han parecido adecuados en las circunstancias presentes.

—Pero ¿habla de las calles de Roma? —ha preguntado Eurovisión—. Hamlet está ambientada en Dinamarca.

No he podido estar segura, pero me ha parecido que se le infiltraba cierto orgullo en la voz, cierto placer ante la posibilidad de eclipsar a un académico.

—Por supuesto —ha declamado el profesor—, pero el verso es de Horacio, que está rememorando lo que pasó justo antes de que asesinaran a Julio César. Lo está comparando con los recientes avistamientos de fantasmas y portentos malignos en Dinamarca. Está sugiriendo que está a punto de suceder algo espantoso —ha añadido—. Algo bastante apropiado en nuestra situación actual.

—Ah —ha dicho Eurovisión—. Gracias, profesor.

Me he guardado mi sonrisa para mí misma.

—Eso me recuerda —ha dicho Ramboz— que Shakespeare escribió *El rey Lear* durante la gran peste de Londres. No me cabe duda de que los horrores de la muerte negra fueron los responsables de la crueldad y la mezquindad espectaculares de esa obra. —Y se ha estremecido.

Al oír aquello, Próspero se ha vuelto para clavar una mirada de exasperación en Ramboz.

—¡Otra vez con ese cuento! Es un meme que ha estado apareciendo en todas partes. Pero es una *fake news*, como dicen ahora. No puede ser más incorrecto. Shakespeare escribió *El rey Lear* en verano y otoño de 1605, sin peste a la vista. Ya habían pasado dieciocho meses de calma total desde el final de la terrible pandemia de 1603, que, por cierto, acabó con la vida de uno de cada siete londinenses.

Sometido a aquella ráfaga de academicismo, Ramboz se ha quedado petrificado con una especie de sonrisa bobalicona en la cara y ha asentido

sabiamente con la cabeza, como si su impresión se acabara de ver confirmada.

—El mensaje no tan sutil —ha dicho Próspero— es que, si el bardo se las apañó para escribir una obra maestra durante una pandemia, más os valdrá haber producido algo bueno antes de que se acabe esta cuarentena, ¡y espero que sea más impresionante que hacer pan con masa madre! —Ha soltado una risilla de aula magna—. Pero existe una historia verídica sobre Shakespeare y la pandemia que resulta mucho más interesante. Y que además tiene una lección para nuestros días.

—Oigámosla —ha dicho Ramboz, intentando recuperar los puntos perdidos ante el imponente profesor.

—Mi historia se remonta a principios del verano de 1592, cuando Shakespeare aún no había cumplido la treintena y trataba de salir adelante como escritor por cuenta propia. Llevaba unos tres años viviendo y trabajando en Londres como actor y autor teatral después de dejar a su mujer, Anne, y a sus tres hijos pequeños en Stratford-upon-Avon.

»No sabemos gran cosa de la vida de Shakespeare en ese periodo: ni dónde se alojaba ni con quien dormía…, pero sí tenemos algún dato de cómo iba su carrera. En 1592, el cascarrabias de Robert Greene avisó a sus colegas autores teatrales de la presencia de un "cuervo arribista, embellecido con nuestro plumaje, que con su 'corazón de tigre envuelto en pellejo de actor' se cree capaz de darle bombo a un verso blanco igual que los mejores de vosotros y que… tiene la presunción de ser el único Shakespeare del país". El resentido de Greene pinta un retrato esclarecedor de un Shakespeare emergente que debía su éxito reciente a lo que estaba aprendiendo (o, en opinión de Greene, robando) de los grandes dramaturgos de su época.

»La vida de un actor por cuenta propia, que era como había empezado Shakespeare en el teatro, no era fácil. La media docena aproximada de accionistas que componían cada compañía teatral isabelina, que se repartían los gastos y beneficios, empleaban a una docena de "contratados" para engrosar sus filas, la mayoría de los cuales hacían más de un papel, dependiendo de las exigencias del reparto de la obra que estuvieran montando. Los papeles femeninos los solían interpretar chicos adolescentes (los becarios no remunerados de la época). La paga diaria de los actores por cuenta propia no era gran cosa: un chelín. Pero en un buen año, un actor

contratado que fuera fiable se podía sacar entre doce y catorce libras, que era más de lo que ganaba un jornalero o un maestro de escuela.

»Como cada día se montaba una obra distinta y cada año se añadían veintitantas obras nuevas a un repertorio que ya tenía muchas favoritas de siempre, se esperaba que los actores que tenían la suerte de ser contratados en un día cualquiera se reunieran por la mañana para ensayar la obra de turno y, después, tras una pausa para almorzar, la representaran por la tarde. Era una vida precaria, todavía más por culpa de los cierres periódicos que traían la peste o las prohibiciones gubernamentales cada vez que una obra escandalosa causaba indignación. Una de las cartas más tristes que sobreviven de aquella época la firma el talentoso actor Richard Jones para suplicar un préstamo que le permita unirse a una compañía itinerante a punto de irse de gira al continente "porque aquí no me saco nada; a veces gano un chelín al día y otras veces nada, de forma que vivo en una gran miseria".

»Doce libras al año bastaban para pagar el alquiler y la comida de Shakespeare. Pero tenía muchas otras bocas que alimentar, y no solo las de su mujer y sus tres hijos en Stratford-upon-Avon. Su anciano padre había contraído tantas deudas que no podía salir de la casa familiar de la calle Henley por miedo a que lo arrestaran. De forma que Shakespeare, que era el primogénito, seguramente tenía que mantener también a sus padres y a sus tres hermanos menores. A tal fin, necesitaba ganar más dinero. Y eso comportaba iniciar una segunda carrera mercenaria, no menos precaria que la primera, como autor. Mientras sus compañeros actores se relajaban después de pasar el día actuando, Shakespeare se iba a escribir sus obras.

»Las compañías teatrales estaban dispuestas a pagar a los autores la modesta cifra de seis libras por obra, de la cual poseían todos los derechos, incluyendo los beneficios de la publicación. Había muchos gremios en la Inglaterra isabelina, pero ninguno que protegiera los derechos de autoría. A los autores teatrales por cuenta propia les resultaba casi imposible mantenerse escribiendo unas cuantas obras al año y prácticamente no hubo autor alguno de la época que lo consiguiera o que lo consiguiera durante un periodo largo. Desde un punto de vista económico, era mejor escribirlas en colaboración, aunque, cuando se dividían entre dos o más autores, aquellas seis libras no quedaban en mucho.

»En menos de cuatro años, aproximadamente entre 1589 y 1592, Shakespeare consiguió escribir, coescribir o aportar escenas a *Arden de Faversham, La primera parte de la disputa de las dos famosas casas de York y Lancaster; La verdadera tragedia de Ricardo, duque de York; La fierecilla*

domada; La comedia de las equivocaciones; Enrique VI; Eduardo III; Los dos hidalgos de Verona, y *Tito Andrónico*. No conocemos el orden en que las escribió y quizás hubo un par que fueron redactadas antes o después. Con toda aquella escritura apenas se sacaba un poco más de lo que ganaba como actor, quizás quince libras al año.

»Pero a Shakespeare le faltaban horas en el día para ganar más dinero. La única forma de salir adelante que le quedaba era hacerse accionista, dividirse los beneficios de la sala de teatro con el dueño, unirse a las filas de quienes explotaban a actores y autores. Pero primero lo tenían que invitar a sumarse a alguna compañía, y en 1592 no hay constancia de que ninguna lo hubiera invitado. En cualquier caso, aunque así hubiera sido, hacerse accionista de una compañía de propiedad compartida requería una inversión inicial de treinta libras o más, un dinero que no es probable que Shakespeare tuviera. Y por muy buen escritor que estuviera llegando a ser, tenía el camino bloqueado por dramaturgos más célebres que habían producido éxitos de taquilla y cuyas nuevas obras se esperaban con ansia: el mismo Greene, Christopher Marlowe, George Peele, Thomas Lodge, Thomas Kyd, John Lyly o Thomas Watson.

»Pese a todo, le iba bastante bien, todo lo bien que le podía ir a alguien que tenía dos trabajos por cuenta propia y a quien no le llegaban las horas. Pero todo eso se terminó de golpe en verano de 1592, cuando llegó de repente la peste a un Londres que no había vivido un brote tan contagioso desde la muerte negra de 1348. Al principio, las autoridades cerraron los teatros hasta septiembre y después hasta diciembre, que era cuando el frío solía matar la plaga. Pero el brote persistió. Aunque los teatros reabrieron brevemente cuando la cifra de muertes semanales por la peste bajó de la treintena, los volvieron a cerrar en febrero de 1593, cuando empezaron a morir, todas las semanas, primero decenas y después centenares de londinenses. Al llegar agosto de aquel año, los londinenses estaban teniendo dificultades para enterrar a las mil ochocientas víctimas semanales de la peste.

»Aquel mes, el dueño del teatro Rose, Philip Henslowe, escribió a su yerno, el autor estrella de tragedias Edward Alleyn, que “han muerto en Shoreditch la mujer del actor Robert Browne y todos sus hijos y familiares y les han entablado la puerta”. Browne había estado ausente, de gira por el continente, al morir su familia entera. Les habían sellado la casa, junto con todo el mundo que siguiera vivo haciendo cuarentena en el interior, durante cuatro semanas; también era costumbre pintar en rojo en la puerta QUE EL SEÑOR SE APIADE. Al oír la noticia, Shakespeare se debió de alegrar de no

haber llevado a su familia a la ciudad de los contagios. El verano de 1593 debió de parecer el fin del mundo; y ciertamente, el fin del mundo teatral.

»Los problemas que afrontaba el joven Shakespeare en aquella época eran tremendos. No podía escribir obras por encargo en un momento tan incierto, ya que estaban escritas con ciertas compañías y autores en mente. ¿Y quién se las iba a pagar? Las compañías que se iban de la ciudad para hacer giras por las provincias menos peligrosas no necesitaban obras nuevas; se limitaban a montar las mismas favoritas de siempre en todos los pueblos que les permitían actuar. Y tampoco podía ganar un penique actuando, a menos que fuera de gira él también (y el jornal para los actores por cuenta propia que iban de gira era notoriamente bajo). Si se hubiera echado a la carretera, habría dejado atrás las oportunidades de colaboración, así como los libros que necesitaba para basar sus obras en ellos. Quedarse en un Londres donde reinaba la infección, sin embargo, ponía en peligro su vida. Mientras subían y bajaban las cifras de la peste y aquellas reaperturas engañosas de los teatros se convertían en nuevos cierres, está claro que le debió de pasar por la cabeza que había llegado la hora de marcharse, de abandonar la ciudad de los contagios y encontrar una forma mejor de usar su talento.

»Podría haber dejado la vida de escritor y haberse vuelto a Warwickshire, buscar trabajo de maestro o quizás fabricar guantes como su padre. Sin embargo, decidió aguantar en Londres, escribió un par de poemas largos tremendamente populares —*Venus y Adonis* y *La violación de Lucrecia*— dedicados al conde de Southampton, que, siguiendo la tradición, le debió de recompensar con sendas donaciones de unas cuantas libras por obra. Ambos poemas se vendieron excepcionalmente bien y tuvieron múltiples ediciones; pero fueron sus editores y no Shakespeare quienes se beneficiaron de su éxito. Aunque los poemas le reportaron elogios y atención, ganó una miseria por su publicación. Si la peste que empezó en 1592 y duró casi dos años se hubiera prolongado mucho más, cuesta imaginar que Shakespeare hubiera tenido futuro en el teatro o como autor teatral capaz de vivir de su trabajo.

»El mes en que Shakespeare cumplió treinta años —abril de 1594—, la cifra de muertes semanales por la peste por fin bajó de las treinta y se reabrieron los teatros de Londres. Para entonces, la epidemia ya se había llevado a más de doce mil londinenses de los 150 000 que había vivos al producirse el brote. El largo cierre había llevado a la quiebra a las principales compañías teatrales de Londres para las cuales es probable que Shakespeare actuara o escribiera: Los hombres de la reina, Los hombres de Sussex y Los hombres de Pembroke. Para cuando se reanudaron las representaciones,

Marlowe y Greene habían muerto. Watson había sido uno de los primeros en morir, seguramente a causa de la peste; había sido uno de los casi doscientos londinenses que la habían contraído en la última semana de septiembre de 1592. Peele había dejado de escribir obras teatrales, igual que Lodge y Lyly. Kyd se estaba muriendo. La mayoría de aquellos hombres todavía no había cumplido los cuarenta años.

»Aquello dejaba a Shakespeare sin competidores célebres. Los actores que habían sobrevivido se reagruparon. Una de las compañías recién formadas fue Los hombres del chambelán, que contaba en sus filas con el mejor actor trágico (Richard Burbage) y el actor cómico más divertido (Will Kemp) del país. En verano de 1594, añadieron a otro accionista a la compañía: el actor y autor teatral William Shakespeare (que, junto con Burbage y Kemp, consta que cobró por una actuación en la corte aquel mismo año). No está claro cómo se pudo permitir Shakespeare el dinero por adelantado que le permitió unirse a la compañía. Quizás le perdonaron la cuota o tal vez ofreció textos teatrales en lugar del pago. Pero Los hombres del chambelán hicieron bien en obtener los servicios del mejor autor teatral que había sobrevivido y que, encima, sabía actuar.

»Shakespeare nunca más iba a tener que esforzarse para vender una obra. Invitar a un autor por cuenta propia a ser socio de pleno derecho de una compañía era algo que carecía de precedentes en 1594 y que seguiría siendo infrecuente después, pero resultó ser una decisión lucrativa para Los hombres del chambelán. Tener un empleo seguro acabó siendo una gran ventaja para el prometedor joven dramaturgo. Shakespeare llevaba menos de un año como accionista y ya había terminado dos de sus obras más populares, *Romeo y Julieta* y *El sueño de una noche de verano*. En la década sin peste que vino a continuación, siguió escribiendo dos o tres obras al año, todas ellas mucho mejores que las que había escrito cuando iba por cuenta propia. En 1598 lo invitaron a ser copropietario del teatro The Globe.

»Si alguna rata rabiosa llena de pulgas y portadora del *Yersinia pestis* se hubiera adentrado por un callejón enfangado de Southwark en vez de por otro, es posible que el nombre de Shakespeare hubiera quedado relegado a una nota a pie de página y quizás estaríamos celebrando a Thomas Watson como el autor teatral más grande de Inglaterra o venerando a algún otro autor emergente hoy en día anónimo. Hay quien ve destruida su salud, su sustento o su familia por una pandemia; otros son más afortunados. La cuestión de por qué esta historia alternativa de Shakespeare y la peste no se ha convertido en un meme del COVID-19 la dejaré para que la expliquen otros.

—¿Cuántas páginas de la historia de la humanidad —ha preguntado la Señora de los Anillos— han escrito las ratas rabiosas y llenas de pulgas?

—¿Y cuántos escritores jóvenes están muriendo de COVID ahora mismo —ha dicho el Poeta—, antes de poder aportar su genialidad al mundo? Esto está siendo nuestro equivalente a la *Elegía escrita en una iglesia de* campo.

Yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—El COVID está matando sobre todo a gente mayor —ha dicho Maine. Y luego, mirando la cara escandalizada de la gente «tirando a mayor» de la azotea, se ha apresurado a añadir—: Por supuesto, la muerte de una persona mayor no es menos triste que la de una persona joven.

—Pues claro que sí —ha indicado la Señora de los Anillos—. Tengo sesenta y cinco años. Si me muero, será triste. En cambio, si se muere esa… —ha señalado con el pulgar a Hello Kitty—, será una tragedia. Sobre todo, si sigue con sus cartuchos de cáncer.

Hello Kitty ha dado una calada larga a su vaporizador y ha soltado una bocanada de humo en dirección a la Señora de los Anillos.

—No sabemos adónde está yendo el COVID —ha apuntado Maine—. Los virus mutan. Por eso todos los que estamos aquí deberíamos llevar mascarilla. —Ha echado un vistazo a su alrededor. Todavía había unos cuantos que no se habían cubierto la cara.

—Las mascarillas interfieren a la hora de comer, beber y hablar —ha dicho Eurovisión a la defensiva—. Por no mencionar la respiración.

Era uno de los que todavía se resistían. Y yo también. ¿Dónde se suponía que iba a encontrar una mascarilla? ¿Tenía que salir y pillar COVID mientras me peleaba con alguien en el Duane Reade para comprar la última? Eso sí que tendría gracia. Además, ¿os podéis imaginar la sensación de intentar conversar con la cara tapada?

Al oír eso, una mujer sentada en una silla de mimbre, cerca del mural, ha cogido algo que tenía a un lado de su silla y nos ha mostrado un fardo de tela. Era alguien que todavía no había hablado y me he preguntado quién sería. He supuesto que debía de ser Tango, la vecina del 6B. Se ha puesto de pie y ha desplegado el fardo y he visto que era un delantal de cocinero hecho en casa y cosido de cualquier modo con una tela que tenía estampadas cabezas bobaliconas de pollo.

—¿Qué demonios es eso? —ha preguntado Próspero.

—Es un delantal… Y quizás una idea para este grupo. —Tango ha sonreído.

—Que Dios la perdone —ha dicho Eurovisión—. Ganaría de calle el concurso al delantal más feo.

—Gracias. Lo hice en clase de economía doméstica hace medio siglo. Estaba predestinado al fracaso. En cuanto me senté a coserlo, en cuanto mis manos tocaron esa tela tan fea de mezcla de poliéster, en cuanto empecé a dedicar lo que acabarían siendo dieciocho horas a intentar enhebrar la puta aguja, ya todo estuvo perdido. No paraba de meterme la punta del hilo en la boca para hacerla muy muy fina, pero, por alguna razón, cada vez que lo hacía, el ojo de la aguja se volvía misteriosamente más fino todavía. Y enseguida me quedó claro que aquel experimento de finura y fealdad iba a acabar en lágrimas. Y que la verdadera víctima sería este triste delantal.

Lo sostuvo en alto para que los viéramos todos. Detrás de la imagen surrealista de cada cabeza cercenada de gallina estaba la de un gallinero diminuto de fondo, con la perspectiva mal hecha.

—Sucedió en 1970, en un pueblo de Long Island del que no habéis oído hablar nunca. Los chicos y las chicas tenían intereses de chicos y de chicas y no había más que hablar. A mí no me motivaban los intereses clásicos de las chicas ni tampoco los de los chicos. Aquel proyecto de delantal me resultaba indiferente.

»Pero la experiencia no estuvo tan mal. Había una chica que se me sentaba delante en la clase de economía doméstica, llamémosla Jennifer Esposito, que molaba mucho. Venía a clase todos los días oliendo como si hubiera descendido sobre nuestro pueblo una nube de marihuana en plan lluvia radiactiva. Una vez, cuando se suponía que teníamos que estar cosiendo nuestros delantales, Jennifer me dijo:

»—Eh, ¿has oído una canción nueva que se titula *American Pie*?

»De hecho, la había oído porque tenía una hermana mayor que se había comprado el disco. Sentadas a nuestra mesa de aquella clase, Jennifer Esposito y yo analizamos la letra de *American Pie* de Don McLean como si fuéramos dos académicas especialistas en poesía analizando el Canto XI de *La divina comedia*:

»—… *And a voice that came from you and me…* —recité en voz alta, usando mi mejor entonación poética. Y las dos nos quedamos allí sentadas, en silencio, pensando en la frase—. Creo que habla de la naturaleza inclusiva del arte —le dije—. Que puede venir de todo el mundo.

»Los chicos, entretanto, daban clase de taller al otro lado del pasillo. No me daba ninguna envidia el taller. De allí dentro salía un estruendo tremendo, como el de los automóviles de las 500 Millas de Daytona. Todavía hoy en día me siento inexplicablemente orgullosa cuando uso el vocabulario más básico relacionado con herramientas. Hace poco le dije a mi marido: “Ese cajón tiene el mango suelto. Creo que necesitamos usar un destornillador con punta Phillips”.

»Me encanta esa expresión, “punta Phillips”. ¿Quién fue el tal Phillips? ¿Y cómo consiguió que le pusieran su nombre a la punta de un destornillador? Es como cuando le ponen tu nombre a una estrella o a un cometa, pero mucho más pedestre. Una cosa os puedo decir con seguridad: nunca va a haber una punta de aguja de coser que lleve mi nombre. Ni tampoco un tipo de hilo. Mi delantal fue el único producto de mis días de la clase de economía doméstica, ya remotos. No llegué a convertirme en una de esas mujeres a quienes les encanta coser o hacer punto y que se dedican a ello para relajarse o sentirse a gusto o por el desafío que plantea la labor manual.

»La idea de entrar en una tienda de manualidades me pone enferma. Si me dijeras ahora mismo: “Ten, veinte dólares. Necesito que me vayas a comprar un rollo de tela —y creedme, entiendo que lo llamen ‘rollo’— que tenga dibujitos de mazorcas de maíz, así que ve a una tienda de telas y cómpramelo”, sería obediente e iría. Pero en cuanto entrara en la tienda, me abrumaría el olor a lana y pegamento y tela. El olor a costura. El olor a manualidades. Y por alguna razón, todo eso me pone triste.

»Mi delantal ya olía cuando todavía era un rollo de tela. Cuando solo era un pedazo suelto de tejido, aún sin transformar en nada. Igual que yo, cuando tenía trece años y estaba en clase de economía doméstica, sentada delante de Jennifer Esposito, todavía no me había convertido en nada. No era ni alumna de economía doméstica ni de taller. No era ni buena ni mala. No sabía qué era. Todos empezamos siendo un rollo vacío de tela y es tarea nuestra convertirnos en algo significativo, útil, bonito u original. Yo tardé mucho tiempo en conseguirlo. Nunca he llegado a cogerle cariño a este delantal, pero lo he conservado todas estas décadas. Lo he guardado porque, de forma extraña, me gusta acordarme de mí misma cuando todavía estaba sin formar.

»Y a veces pienso en mí en aquella aula, que era todo suelo de baldosas, paredes de hormigón y luces fluorescentes sobre la cabeza de aquella chica llena de esperanzas que todavía no conocía su lugar en el mundo. Porque ¿cómo podía saberlo entonces? ¿Cómo puede saberlo alguien? Tengo delante mi delantal extendido como si fuera (más o menos) un paciente anestesiado

sobre una mesa. Y está cubierto de cabezas de gallinas con sus gallineros correspondientes. Lo he guardado todo este tiempo, pero no me lo he puesto nunca. Ni siquiera cuando "cocinaba" pizzas de pan francés Stouffer's para mi panda de amigos de la secundaria ni tampoco después, cuando ya no era adolescente, sino una mujer adulta, una madre que preparaba comidas enteras, que sacaba bandejas del horno y les decía a mis hijos "cuidado, cuidado, que quema" si se me acercaban demasiado. Lo he hecho todo sin delantal y lo sigo haciendo. Prefiero correr el riesgo.

Lo ha vuelto a sostener en alto.

—Anoche estaba pensando en eso y en este delantal, así que lo saqué del fondo de un cajón. Prefiero arriesgarme a no llevar delantal, dejar que la vida me ponga a prueba. Pero esto de ahora parece distinto, esto del COVID. Lo otro te abría más posibilidades en la vida, pero esta enfermedad va a acabar con todos. Así que aquí lo tenéis. —Sin más ceremonias, ha sacado unas tijeras enormes de una cesta que tenía a sus pies y se ha puesto a cortar la tela, segando cabezas de pollo por el camino—. Quienes sepáis coser, podéis llevaros unos retales a vuestro apartamento y volver mañana con mascarillas para todos. —Mientras hablaba, ha seguido cortando el delantal y amontonando pedazos en el brazo de su silla.

Maine nos ha examinado las caras intentando discernir quiénes necesitábamos un esfuerzo extra para persuadirnos.

—Es un pequeño inconveniente —ha dicho—. Todos deberíamos llevar mascarillas. Confiad en mí porque sé de qué hablo.

—Sí, y a ver si podéis centraros bien la gallina sobre la boca, para que proteja más —ha dicho Hello Kitty con una sonrisilla.

—Para que sea más ridículo —ha sentenciado la Señora de los Anillos—. No, gracias. Prefiero Hermès. —Y se ha tocado el pañuelo con estampado de piel de guepardo.

—Si vas a sacrificar el Hermès por el COVID —ha dicho Eurovisión—, hazme a mí también una mascarilla. No quiero llevar un pollo.

—¿Cortar un Hermès? Ni lo sueñes.

El aire iba lleno del ruido que hacían las tijeras.

—¿Quién de los que estamos en la azotea —ha preguntado de pronto Wurly—, aparte de mí, odia esa canción?

—¿*American Pie*? Pensaba que le encantaba a todo el mundo —ha dicho la Reina.

—Cuatro acordes mal puestos —ha seguido Wurly—, guitarrazos en plan banda de escuela secundaria y una letra estúpida atiborrada de rimas. O sea, ya os vale. ¿Se supone que eso es una canción profunda? Escuchad algo de música de verdad, colegas. Escuchad a Armstrong o a Billie Holiday o a Coltrane. O a Mahler, por el amor de Dios.

—Es una especie de música folk —ha dicho Eurovisión—. Intenta ser simple.

Wurly ha chasqueado la lengua.

—No. La gran música folk nunca es simple, nace del alma de la gente y de sus vidas y penurias. *American Pie* era hilo musical para *hippies* blancos privilegiados.

—Ay —ha dicho Eurovisión riendo.

Yo no conocía la canción, no había oído hablar nunca del cantante y francamente me importaba un carajo.

—Muy bien —ha continuado Eurovisión, recobrando la compostura—. En vez de cagarnos en Don, ¿quién tiene otra historia?

Hemos caído todos en un silencio incómodo mientras la mirada amenazadora de Eurovisión deambulaba por la azotea. He intentado evitarla fingiendo que hojeaba mi cuaderno.

—Ejem —ha dicho. He sentido su mirada, pese a que tenía la cabeza gacha—. ¿Qué pasa con la historia que prometiste?

He levantado la vista.

—¿Yo?

—Sí, tú. Cuéntanos una historia. Cualquier historia. ¡Aunque sea la aventura del grifo que gotea! —Y se ha reído de su chiste estúpido.

Por un momento, me han dado ganas de estrangularlo. Pero no pasaba nada, había venido preparada para aquello.

—Pues no tengo ninguna historia mía que contar —le he dicho—. Pero puedo leer una carta que he encontrado. —Era una carta delirante y graciosa, una buena forma de desviar la atención de mí misma aparentando que les seguía el juego.

—¿La has encontrado? ¿Dónde?

—En la basura.

—¿Miras nuestra basura?

—Estaba limpiando un apartamento del edificio —he respondido, crispándome—. Creo que el inquilino se ha ido a los Hamptons. Estaba

arrugada en el suelo.

—Gentuza —ha dicho la Señora de los Anillos, con la voz rezumando desaprobación. Por un momento me ha parecido que estaba hablando de mí, hasta que me he dado cuenta de que se refería a los neoyorquinos que han huido de la ciudad al oler los primeros indicios de problemas—. ¿Qué apartamento?

Me he encogido de hombros.

—Prefiero no decirlo.

Eurovisión ha suspirado con más dramatismo del necesario.

—Bueno, estaba esperando algo real, más personal. Pero vale, oigamos tu carta.

Parecía obcecado con la idea de que había algo sospechoso en mí, algo que estaba escondiendo. No pensaba darle tiempo para que siguiera indagando. He sacado las páginas arrugadas, me las he alisado sobre el muslo y me he puesto a leer.

Queridos Cheryl y Steve:

¡Felicidades en el día de vuestra boda!

Espero que lo estéis celebrando de todas maneras en el que habría sido el día de vuestra boda, de no ser por esta pandemia espantosa. Menuda decepción. Espero que hoy siga siendo un día especial para vosotros, a pesar de no poder celebrar vuestro suntuoso evento en esa maravillosa propiedad con vistas al océano de la cual lo sé todo gracias a Facebook e Instagram, aunque nunca me hayáis invitado. Aquí tenéis un jarrón.

Es mi regalo para la nueva vida que empezáis juntos, además de esta carta por la que he pagado un extra ¡porque lo valéis! Quizás Steve te regale unas flores para ponerlas en el jarrón, Cheryl. ¡Sería muy romántico! A mí una vez me regaló una sandía. No es tan absurdo como parece; fue una especie de broma privada que tenía sentido si estabas allí y tal. Fue simpático y gracioso, de esa forma en que lo son las bromas privadas cuando llevas mucho tiempo con alguien. Era San Valentín y, en fin. Una sandía. Aun así, yo podría haber reaccionado con más elegancia. Éramos todos mucho más jóvenes. ¡Estoy segura de que hemos madurado mucho en los últimos dieciocho meses!

Si me regalara una sandía hoy, seguramente me reiría en vez de llorar y «montar un numerito».

Sobre todo porque le diría: Steve, ¿me estás regalando una sandía el día en que te casas con mi ex mejor amiga? Qué tontorrón eres.

A veces lo llamaba «tontorrón» y él me llamaba «tontuela». ¡Espero que a ti te haya puesto un apodo mejor, Cheryl! Por supuesto, yo te he puesto un millón: algunos se remontan a primaria (¡Estrella!), otros a secundaria (¿tú eras Pin y yo Pon o al revés?) y posteriores, hasta llegar a estos últimos meses, en los que…, guau, colega, ¡mejor que ni te enteres de esos apodos nuevos! O quizás hayas oído algunos por boca de nuestras «amistades» comunes. ¡Algunas estaban invitadas a la boda, o sea, que supongo que no has roto tu relación con todas! Me parece buena idea. Es difícil empezar una vida nueva de cero.

Aunque todas las fotos de compromiso que te hiciste con Steve son un buen intento. O sea, ¡eres rubia! ¡Eso es nuevo! Y sé lo mucho que te burlabas de aquellas chicas que colgaban selfis en bañador, así que no me pasa desapercibida tu valentía a la hora de superar la sensación de hipocresía que te debió producir posar para tantas fotos en bikini con Steve.

Ni a mí ni a tu madre, estoy segura. ¿Está bien tu madre? Oh, la «tía» Jeanie y el «tío» Paul. Deben de estar destrozados por esta nueva calamidad, tener que cancelar la boda después de haberse visto obligados a organizarla tan deprisa, ¡y es que asombrasteis a todo el mundo con vuestro repentino compromiso!

A todo el mundo salvo al fotógrafo al que contrató Steve para documentar cada instante de la pedida de mano. ¿Qué puede haber más íntimo y espontáneo que tres docenas de fotos posadas desde múltiples ángulos del momento exacto en que Steve se apoya en una rodilla con sus pantalones caqui y su camisa blanca a juego con tu vestido blanco y tus nuevos zapatitos beis de tacón corto y fino, que ciertamente no te hacían parecer más alta que él, solo de la misma altura, aproximadamente? ¡No os preocupéis ninguno de los dos! ¡Estabais muy monos!

Solo confío en que te encuentres bien de ánimos, a pesar de las muchas decepciones que estás sufriendo. Obviamente, ahora mismo están pasando cosas peores que la cancelación de una boda suntuosa. Aun así, una pierna rota (como la que te rompiste en quinto de primaria; ¿te acuerdas de que me pasé un mes llevándote los libros de clase en clase? ¡Qué tiempos aquellos!) o un golpe en la punta del pie (guau, ¿te acuerdas de cuando me di en la punta del pie con aquella silla tan rara que tenías en la cocina y al cabo de diez minutos ya nos estábamos riendo tanto que casi nos ahogamos con el helado que nos estábamos comiendo directamente del tarro que tenías apoyado en la punta de mi pie?) no son tan graves como, por ejemplo, un cáncer terminal; pero la verdad es esta: en el momento en que te pasa, el hecho de que otra gente tenga cáncer terminal no anula el dolor que sientes por el golpe en la punta del pie. (Tal como le intentamos explicar a tu abuela, que en paz descanse, y ahora veo que fuimos unas insensibles. Mira que éramos brutas a veces).

Así pues, que se os haya ido al garete la boda sigue siendo una putada pese a todo, tortolitos, pese a toda la muerte, enfermedad y colapso económico que nos rodea. Espero que consigáis de alguna manera olvidaros de los sentimientos de todo el mundo y pasar una velada romántica juntos. Trae mala suerte dejar vacío un jarrón, claro. Si resulta que las floristerías están todas cerradas por culpa de esta plaga no metafórica y no lo podéis llenar —y me doy cuenta de que no estaba en la lista de bodas, pero sinceramente, me he visto incapaz de compraros alguno de esos horrores que alguna vendedora os debe de haber obligado a poner—, ¡quizás lo podáis llenar de ginebra y montaros una fiesta! Dejé en el congelador una botella de Hendrick’s, la ginebra que le gusta a Steve. Se la iba a dar de regalo a él antes de encontrar esas fotos tuyas que tienes en el cajón de la ropa interior, Cheryl.

Si sigue ahí —la ginebra, quiero decir—, ¡considérala un regalo de bodas extra que os hago a los dos! Para que acompañe al jarrón.

Aunque he oído decir que estás intentando no beber, Cheryl. Bien por ti, por cierto. Poquito a poco. Por supuesto, tú y yo no hemos vuelto nunca a beber ginebra desde aquella noche en que teníamos veintiún años y bebimos más de la cuenta juntas. ¿Te acuerdas, Cheryl? ¿Apenas? ¡En fin, hay detalles de aquella noche que obviamente nunca compartiremos contigo, Steve!

No hace falta que me mandéis nota de agradecimiento, ninguno de los dos. ¡Sé que los dos odiáis escribirlas! Os conozco muy bien a ambos.

Tened cuidado. Quién sabe cómo afecta esta pandemia a un feto en su primer (¿o ya es el segundo?) trimestre.

¡Con todo mi amor!
Tontuela / Pin o Pon

Se han propagado unas risillas incómodas por la azotea. He oído una risotada por encima del hombro que parecía de Barbanegra. Me lo estaba pasando genial con aquella mujer furiosa y divertida, fuera quien fuera, pero he visto que Eurovisión buscaba mi mirada. Me estaba examinando con cara de recelo.

—¿Esa carta es real?

—Supongo que sí. No lo sé —he dicho—. Como os digo, la he encontrado arrugada en el suelo. Supongo que quien la escribió decidió no mandarla.

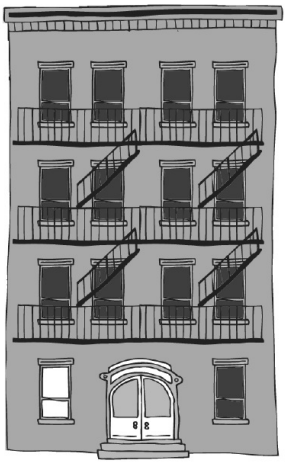
—Exacto —ha señalado la Señora de los Anillos, sorbiéndose la nariz—. Esa clase de cartas no se mandan. La escribiría para desahogarse y después la tiró. Bien por ella.

He asentido con la cabeza y he echado un vistazo a Hello Kitty. De todos los que estábamos en la azotea, era quien tenía más papeletas para haber sido amiga de la autora de la carta, pero no ha parecido que la reconociera.

Las campanas tristes y rotas de la vieja San Patricio se han puesto a tocar y me han salvado de más interrogatorios a manos del fisgón de nuestro presentador.

Después de transcribir las historias de la velada, he apagado la luz y me he tumbado a esperar con cierta ansiedad los pasos lentos: ¿vendrían o no? Y han vuelto, una procesión cansina de condenados, junto con un ruido misterioso de remos en el agua. Y lo que es aún peor, he oído algo que sonaba a voces amortiguadas, asustadas, confusas y balbuceantes. ¿Cuántos inquilinos había en el edificio? Me he cubierto la cabeza con la almohada y he intentado ahogar todos los ruidos. He tardado mucho en quedarme dormida.

Día 8



7 de abril

Cuando he llegado esta tarde a la azotea, Tango había dejado las mascarillas con el estampado bobalicón de gallinas en una cesta junto a la puerta. La Señora de los Anillos, por su parte, estaba rutilante con una mascarilla de seda cubierta de guepardos dorados; al final ha sacrificado su pañuelo de Hermès. Ha dejado otra mascarilla en el trono de Eurovisión y él la ha recogido con chispitas en los ojos.

—En tiempos mejores, te daría un abrazo enorme, cielo —ha dicho Eurovisión, poniéndosela en la cara, tirando de las gomas y ajustándola para dejarla bien colocada—. ¿Cómo queda?

—Fabulosa, claro.

No me iba a poner una mascarilla de gallinas ni muerta. Me había limitado a atarme un pañuelo de vaquero sobre la cara como si fuera un bandolero. Se correspondía más con mi visión de mí misma. Y había otras mascarillas: Hello Kitty llevaba una de Hello Kitty, claro; la Hija del Merenguero, una de lentejuelas; Maine llevaba su mascarilla quirúrgica, un poco estropeada, y Darrow se había fabricado la suya con una corbata ancha rosa. Vinagre se había hecho una de terciopelo negro con la cara de un fantasma pintada.

La pared de los murales tenía una pintura nueva: un demonio grotesco con cara de murciélago y cola de pavo real en llamas que se retorcía de dolor. Frente a él se erguía un ángel con las alas azules y rosadas que lo miraba desde arriba con expresión de placer en su rostro etéreo. Era espectacular y estaba claro que lo había pintado un artista de verdad.

—Guau —ha dicho Eurovisión. No estaba claro si lo decía con admiración o con desdén. Ha señalado el mural con la barbilla—. ¿Quién lo ha pintado?

—Yo —ha dicho Amnesia con orgullo.

—Qué intenso.

—Antes me ganaba la vida escribiendo cómics e ilustrándolos y a veces me vienen a la cabeza imágenes extrañas. Esta me vino anoche: un ángel que se lo pasa bomba torturando a un demonio.

—Qué imagen tan absolutamente cruel —ha comentado la Señora de los Anillos—. Cruel… aunque quizás justificada.

—Pero ¿no os preguntáis —ha dicho Amnesia, dando un sorbo de su bebida— qué deben de estar pensando los ángeles en el cielo? Cuando contemplan la pandemia y nos ven a todos escondidos y muriéndonos, a toda la gente en los hospitales, ¿estarán llorando o riéndose? ¿O acaso para ellos esto solo es un ciclo más?

—Dios sabe —ha dicho la Señora de los Anillos.

—Pues claro que lo sabe —ha afirmado Florida en tono brusco.

—Me vino la imagen a la cabeza al enterarme de lo que ha pasado en la residencia universitaria de Columbia en el norte de Manhattan —ha dicho Amnesia.

—¿Qué ha pasado?

—Que al evacuar Columbia entraron en una de las residencias de estudiantes y encontraron a gente muerta en la mitad de las habitaciones.

—No es verdad —ha dicho Whitney—. Tengo amigos allí. Me habría enterado.

—¿Has estado en contacto con ellos? —ha preguntado Amnesia.

—Últimamente no.

—¿Pues entonces cómo lo sabes?

—Porque habría salido en el Times.

Eso ha provocado una risotada de la Señora de los Anillos.

—Cariño, hay muchas cosas que no salen en el Times.

—Cuando escribía juegos de ordenador y cómics —ha dicho Amnesia— me inventaba situaciones delirantes a diario, pero esta realidad las supera todas. Hay alguien ahí arriba pasándoselo bomba, lo juro, con las chifladuras que nos ven hacer a los terrícolas.

—Hablando de ángeles —ha intervenido una mujer que todavía no había hablado, la vecina del 6C, la Cocinera. Había sido una presencia de fondo casi desde el principio, pero todos los días, cuando se terminaban los aplausos, se

enfrascaba en su teléfono y ya no hacía caso de nadie—. Una vez vi a un ángel.

—¿Qué clase de ángel?

—No se parecía en nada a ese —ha dicho señalando la pintura.

—¿Un ángel verídico, mágico y toda la pesca? —ha preguntado Eurovisión con la voz teñida de ironía.

—En primer lugar —ha dicho la Cocinera—, esto no es realismo mágico. Estamos hartos del realismo mágico. —Hablaba con un suave acento mexicano en su voz de contralto—. Dicho lo anterior, los campesinos de mi país saben la verdad: que la magia nos rodea. Soy de San Miguel de Allende, pero mi padre me hizo venir a estudiar cocina aquí porque pensó que eso me haría ciudadana del mundo. Me estoy, o me estaba, formando para ser chef en el Xochitl de Brooklyn. En teoría me tendría que haber vuelto a casa el mes pasado, pero llegó el COVID. —Puso cara de burla—. ¿Alguno habéis estado en San Miguel?

Florida ha levantado la mano. Whitney también.

—Pues los demás deberíais ir —ha dicho la Cocinera.

—Antes de que llegara la plaga, las calles estaban llenas de vida día y noche. Podías caminar a cualquier parte a cualquier hora. San Miguel, un reino mágico rodeado del siglo XV. Es como una obra de arte, mi pueblo. La mayoría de sus rincones parecen una pintura. Pero ya sabéis: fuera de la burbuja, fuera de los muros luminosos y las galerías y las catedrales, lo que hay es una tierra muy antigua. Territorio chichimeca. Y allí la gente sufre igual que ha sufrido siempre. De forma que necesitáis entenderlo, por el bien de la historia: lo que os estoy diciendo es que aquella gente iba al centro para vender sus mercancías, para exponer sus tejidos y sus tallas. Y para ir a misa.

»En el centro de la ciudad tenemos una plaza. Una especie de Central Park muy pequeño, para entendernos. Humilde. Lo llamamos el Jardín. Está lleno de árboles. En el lado occidental de la plaza tenemos la catedral. Alrededor de la plaza hay edificios coloniales que hoy albergan comercios y tiendas de golosinas y mi tenderete de helados favorito. Tenía la costumbre de ir allí todos los días solo para ver pasar a las familias, a las parejas y a los indios. Sobre todo, a medida que se avecinaba el día de venir a Nueva York.

»Y el día del que hablo hacía sol. Me faltaba una semana para venir aquí. Estaba un poco sentimental, como es normal. Me senté al sol, leyendo poemas

de Lorca. Estaba muy cosmopolita con mis gafas de sol, mirando cómo dos hombres jóvenes celebraban su compromiso haciéndose retratar por un fotógrafo en las encantadoras calles adoquinadas. Estaban presentes sus madres. Les tiré besos. Y las niñas indias que los rodeaban vendían burros de madera que habían tallado y pintado sus familias en las aldeas otomi del valle. Empezaron a sonar las campanas de la iglesia y miré en aquella dirección. Y fue entonces cuando vi al ángel.

»Al principio no supe con seguridad lo que estaba viendo. En San Miguel no son infrecuentes los artistas callejeros. Tenemos a un Pancho Villa con el atuendo completo, por ejemplo, que posa para los turistas a cambio de una pequeña donación. Hasta blande su machete si se lo pides. También es frecuente ver a gente con un disfraz de cartón piedra de más de dos metros, gigantas caminando por los callejones. Todo es posible. Y cuando vi a aquella mujer, me pareció que quizás fuera un mimo o una contorsionista.

»¿Cómo la puedo describir? Imaginaos a una anciana. No, más anciana de lo que estáis pensando. Y más pequeña, ¿vale? Encorvada. Encorvada del todo, en ángulo de noventa grados. Y vestida con harapos. Con el pelo blanco asomándole por debajo del pañuelo. ¿La visualizáis? ¿Os hacéis una imagen de ella?

»Bien. Me alegro. Porque nadie más parecía verla. Iba dando tumbos por la calle. ¿Lo he mencionado ya? No. Iba apoyada en dos bastones. Bastones cortos, de madera sin desbastar, como si hubiera encontrado dos ramas arrancadas por una tormenta. Parecía una criatura de cuatro patas subiendo con dificultad la cuesta sobre aquellos adoquines traicioneros. Los turistas no la derribaban de milagro. Los perros la perseguían. Los niños le pasaban corriendo al lado. Pareció que un coche primero y un autobús después la embestían. Y una vez, una sola vez, levantó la cabeza y volvió la cara hacia la iglesia. Después volvió a mirar los adoquines y siguió su camino.

»Yo no la había visto nunca. Pero es todavía peor, porque he de confesar que quizás simplemente nunca me hubiera fijado en ella. ¿Qué tenía que ver aquella mujer con la buena comida o el arte o la ropa de importación de las tiendas? ¿Qué tenía que ver con las risas de mis amigos o la tontería de mis romances?

»Y, cuando se acercó a mi esquina, pasó algo terrible.

»El ángel se acercó a la esquina del Jardín y ya estaba girando para tomar la última y más terrible pendiente que llevaba a la iglesia. Lo vi todo en aquel instante: el hecho de que, si quería ir a misa, debía luchar para subir la cuesta a diario. Debía de tardar horas. Y no la veía nadie. Nadie le ofrecía ayuda.

¿Qué le pediría a Dios?, me pregunté. ¿A quién reza? Ciertamente, no a sí misma. Y entonces sucedió. Se le enganchó el bastón entre dos adoquines, se le soltó de la mano y se cayó.

»Se cayó de cara al suelo. Vi que llevaba una bolsa de redecilla echada al hombro y que se le escapaba rodando una naranja. La gente se la quedó mirando. Un hombre se puso de pie para mirar. Pero nadie fue a ayudarla.

»Se quedó tumbada como si estuviera muerta. Se había caído a un par de metros de unos carros que vendían fruta fresca, zumo y agua. Tiré el helado y corrí hasta donde estaba. Más tarde me di cuenta de que me había dado vergüenza hacerlo. Me había sonrojado porque me imaginaba que me estaba mirando todo el mundo. Burlándose de mí, quizás.

»Me arrodillé a su lado y le cogí el brazo. Cuando la ayudé a ponerse de pie, le oí una voz débil. Le colgaba la carne de los huesos. Olía a orina y cebollas. Volvió la cara hacia mí. Tenía cataratas en los ojos.

»—Hija —me dijo—, que Dios te bendiga.

»Le contesté que se moviera despacio, con cuidado, y la ayudé a ponerse de pie hasta donde se lo permitiera su espalda encorvada. Yo también iba doblada para permitirle que apoyara su peso en mí. La acompañé al bordillo y la hice sentarse.

»—Bendita seas, bendita seas —no paraba de repetirme. Le dije que descansara allí y fui a toda prisa a recogerle los bastones y la naranja.

»—¿Tiene hambre? —le pregunté.

»—Agua —contestó ella.

»Corrí a los carros y les pregunté si habían visto lo sucedido.

»“Muy triste”, dijo un hombre. Furiosa, compré dos botellas de agua y dos vasos altos de plástico llenos de fruta. El hombre me cobró y se limitó a darme la espalda. Me entraron ganas de darle un puñetazo. Quería abofetear a todo el mundo que estaba en el Jardín por no haber visto caer al ángel.

»Cuando le llevé el agua, casi vació la primera botella. Me puso las manos en la cara y dijo:

»—Dios y los espíritus te bendecirán, hija. Tendrás amor por cuidar de los pobres. Tendrás amor por cuidar de los hambrientos.

»Cuando me incliné hacia ella, me hizo unas señales sobre la cabeza y me dibujó una cruz en la frente con el pulgar.

»—Que tengas amor para siempre por tu compasión. —Ahora parecía que nos estaba mirando todo el mundo. Me sentí abrumada. Le puse en las manos todo el dinero que me quedaba.

»Me eché a llorar, y eso que nunca lloro en público. Tuve que ir a una de las tiendas del otro lado de la calle y fingir que estaba mirando la ropa del escaparate para recobrar la compostura.

»Cuando volví, la vi subir la pendiente otra vez. Intentando llegar a la iglesia.

La Cocinera ha hecho una pausa y todos hemos esperado.

—¿Y cómo sabes que la viejita era un ángel? —ha preguntado Florida.

—Estoy llegando a eso —ha dicho la Cocinera—. Os quiero enseñar una cosa. —Se ha sacado el teléfono, ha tocado varias veces la pantalla y le ha dado la vuelta para enseñárnosla.

»Esto es el Jardín ahora mismo, y eso que hay de fondo es la parroquia. Uno de mis cocineros en el Xochitl es de una ciudad vecina, Celaya. Y me ha recordado que en San Miguel hay una webcam que funciona las veinticuatro horas. Aquí está, en directo.

Ha hecho el gesto de darle el teléfono a Vinagre, pero Vinagre se ha apartado. Con cara de disculpa, como si acabara de acordarse de la pesadilla de la pandemia, la Cocinera ha sostenido el teléfono para que Vinagre lo viera desde lejos. Luego ha ido de persona en persona y todos nos hemos turnado para contemplar el retrato pixelado de aquel lugar mágico situado a casi cinco mil kilómetros de distancia, tal como se veía en aquel momento. He podido ver los jardines públicos vacíos florecidos por la primavera, más allá de los cuales se erigía una fantástica iglesia gótica de piedra rosada con torres escalonadas.

—Mi amigo me contó que su madre iba a la cámara todos los miércoles a las tres de la tarde para saludarlo con la mano. No me lo podía creer. Con toda la emoción de Nueva York, me había olvidado. Aquello era como una droga para una chica llena de nostalgia. En cuanto se terminó el trabajo, vine a toda prisa y encendí el portátil. Era pasada la medianoche, claro. Y San Miguel estaba en una zona horaria distinta, pero también era de noche. No me importó. Solo quería verlo.

»Y se abrió la imagen y allí estaba. Toda iluminada, con sus luces de colores y las fachadas de las tiendas del otro lado también iluminadas. Las parejas paseando. ¡Vi que estaban comiendo helado! ¡Me sentí como una criatura que chilla de felicidad!

»Y todavía fue mejor cuando se pusieron a tocar los mariachis.

»Solo fue un momento. Pero en cuanto lo ves, quieres estar allí, ¿me entendéis? Nada más despertarme por las mañanas, lo encendía. Miraba las palomas, que por alguna razón no se parecen en nada a las de aquí. Los

perros. Y a los colegiales de uniforme dando zancadas hacia la escuela. Era mi ritual diario. Hasta las calles vacías eran mágicas. Hasta que un día…

»Pero ya sabéis qué pasó.

»Estaba mirando. Y salió ella de debajo de un árbol. La misma lentitud dolorosa, agónica. Salió de las sombras y caminó bajo el sol. Y esto es lo que pasó: que levantó la vista. Levantó la vista para mirar a la cámara que había en lo alto del poste. Levantó la vista y me miró a los ojos. Directamente a los ojos. Y sonrió. Y eso no es todo. Os juro que vi que su boca decía: "Hija".

Se ha detenido. Nadie ha dicho nada. El momento ha quedado en suspenso. Por fin, ha continuado:

—Y entonces llegó la plaga. Y en las calles ya no había más que hombres llevando trajes de ciencia ficción con capucha y protector facial rociando sustancias químicas con palos. Las calles quedaron desiertas. No la he vuelto a ver nunca. Pero la sigo buscando. La busco todos los días. Me he llegado a convencer de que estaba muerta. He intentado resignarme a la idea de que era humana. De que no era un ángel. Sé que eso no es ningún menoscabo.

»Ha habido días en que me he pasado horas frente a la pantalla. Y ahora que estamos encerrados, aquí me tenéis. Esperando. Llamando al ángel.

La Cocinera ha terminado de ir de uno en uno por la azotea.

—Y ahora… —Ha mirado a su alrededor—. ¿Qué hora es?

—Casi las siete y media —ha dicho Eurovisión.

—Quizás, solo quizás…, esta vez sí vendrá. —Y ha vuelto a levantar el teléfono para que lo viéramos todos. La gente ha estirado el cuello para mirar la pantallita, que relucía como una joya rutilante en la penumbra. Reinaba un silencio profundo.

Nos hemos quedado mirando la webcam de San Miguel, todos esperando que sucediera un milagro. Se me han saltado las lágrimas del esfuerzo, pero juro que lo he visto: un simple asomo de movimiento, el vislumbre de una sombra encorvada que entraba apenas en el marco minúsculo del teléfono desde detrás de unos árboles… Y entonces el teléfono ha fundido a negro y se ha muerto.

Se ha elevado un coro de exclamaciones consternadas. La Cocinera ha replegado el brazo y ha mirado su teléfono con el ceño fruncido.

—Mierda —ha dicho, agitando la mano—. Es la batería.

Me he sentido intensamente decepcionada. Había creído realmente que iba a poder ver al ángel; no estoy segura de por qué.

—Lo has hecho a propósito —ha dicho Amnesia.

La Cocinera ha negado vehementemente con la cabeza.

—Mi ángel es buena, por muy vieja y fea que sea. No como el tuyo, que es un sádico guapo.

Amnesia se ha reído.

—En mis cómics nunca se sabe cuáles son los ángeles y cuáles los demonios. Saco muchas ideas de las pinturas del Bosco. Y de los cuentos de hadas. Si lo piensas, los juegos de ordenador son como los nuevos cuentos de hadas.

—Los juegos de ordenador son peores que los cuentos de hadas —ha dicho Vinagre—. Y más violentos.

—Ahí te equivocas —ha dicho Amnesia—. Los cuentos de hadas antiguos eran igual de oscuros. Brujas caníbales, lobos que comen niñas, madrastras crueles, manzanas venenosas y mujeres mutiladas. No sé por qué, pero a los niños les gustan las cosas oscuras y violentas con tal de que al final triunfe el bien. Siempre estoy inventando relatos extraños, pero muchos no los puedo convertir en juegos de ordenador ni en cómics porque no terminan bien.

—¿Por qué no nos cuentas uno? —le ha preguntado Eurovisión—. Uno de los que terminan mal.

—Muy bien. A ver, hay uno que escribí hace unos años, pero me lo rechazó mi editor… —Amnesia ha respirado hondo debajo de su mascarilla —. Había una vez dos hermanas llamadas Frannie y Tara que le hicieron un favor a la diosa de la verdad.

—¿Qué clase de favor? —ha preguntado Eurovisión.

—No lo sé. Le recogieron la ropa de la lavandería o le encontraron el orbe que había perdido o la salvaron de una ofuscación monstruosa. La cuestión es que la diosa de la verdad les debía un favor.

—Así que Frannie le pidió la cosa más obvia que le pedirías a la diosa de la verdad. Le pidió que nadie le volviera a mentir. Que la gente le dijera la verdad pura y dura o bien se callara la puta boca. No quería que la gente se viera obligada a contarle la verdad, vamos; solo quería que no le mintieran. Porque es algo de lo que te hartas, ¿sabes?

»Tara, en cambio, pidió algo un poco más complicado. Pidió un conjuro que hiciera que cada vez que alguien le mintiera, la mentira se convirtiera en verdad. Así pues, si le decías a Tara: “El dinero te lo doy mañana”, eso sería la verdad absoluta e inalterable. Pero se aseguró de añadir que aquello no se aplicaría si alguien estaba exagerando a propósito, por ejemplo para darle dramatismo a una historia, o haciendo un chiste. Solo si alguien la estaba intentando engañar activamente.

»Pasaron unos años y Frannie y Tara terminaron viviendo juntas porque ya no podían hablar con nadie más.

»Sucedía que Frannie se había cansado de oír la verdad todo el tiempo. Si se hubiera parado a pensarlo bien antes de pedir aquel favor en concreto, se habría imaginado lo que pasaría, ¿verdad? Ahora la gente siempre mostraba una sinceridad un poco demasiado brutal con Frannie. Sobre su aspecto, sobre su rendimiento en el trabajo, sobre cómo sonaba su voz y más cosas por el estilo. Lo peor era no poder culpar a aquella gente por decir la verdad.

»Entretanto, Tara descubrió por las malas que no todas las mentiras que cuenta la gente van endulzadas. “Nunca te he querido” es mentira en la misma medida que “solo te quiero a ti”. O que “no tienes lo que hay que tener para triunfar en esto”. En un momento dado, Tara podía ser la mujer más preciosa del mundo, porque lo había dicho alguien, y al cabo de un momento podía ser repulsiva e infollable.

»A veces la única gente con la que puedes tener una conversación sin mentiras es tu familia. Aquellas chicas habían perdido a sus padres cuando Frannie tenía diecisiete años y Tara quince, y no mantenían una relación lo bastante estrecha con ningún otro pariente como para demostrarse aquella sinceridad tan radical. A Tara no le importaba verse obligada a no decirle nada más que la verdad a Frannie, mientras que Frannie tenía cuidado de no decirle ninguna mentira demasiado cruel a Tara.

»Os puedo contar que Frannie intentó encontrar alguna carrera en la que sus talentos fueran valiosos —asesora, gestora de inversiones, agente de policía—, pero descubrió con que todos esos trabajos requerían que te pudieran mentir con éxito. O que Tara se hizo monumentalmente rica a base de reunirse con una serie de estafadores que le prometían sumas fabulosas de dinero a cambio de un pequeño depósito, pero luego lo perdió todo porque un hombre le dijo que nunca se le daría bien conservar el dinero.

»Incluso os podría contar la historia de cuando montaron una religión. Bueno, vale, una secta. Montaron una secta y durante tres días estuvo muy

bien. Hasta que dejó de estarlo. Tuvieron que cambiar de números de teléfono, quemar salvia y traer a un exterminador, se armó un drama enorme.

»Frannie y Tara se compraron una olla de cocción lenta de segunda mano en un mercadillo o algún sitio parecido. Su expropietario juraba que funcionaba a la perfección, y por suerte fue con Tara con quien habló, de manera que iba de maravilla. Las dos se obsesionaron un poco con la cocina de cocción lenta. Desde las pijadas estilo ternera *sous vide* a la sopa de tacos y los inventos raros con kale. Su casita siempre estaba impregnada de un aroma como de almidón y levadura: la comida del día siguiente ya en marcha. Juro por Dios que tenían conversaciones de una hora entera sobre aquella olla y sobre todas las cosas que podían meter en ella. Era la satisfacción de su vida.

»Aquella casa también les provocaba bastantes quebraderos de cabeza. La habían heredado de sus padres y eran dueñas de ella sin hipotecas, de forma que solo se tenían que preocupar del mantenimiento y los impuestos. A Tara le tocaba hablar con los fontaneros y los contratistas; Frannie era la interlocutora con el ayuntamiento. La casa siempre estaba en algún punto a medias entre caerse a pedazos y la perfección, dependiendo de si mirabas las vigas o los cimientos. Para ser sinceros, ninguna de las hermanas tenía muy por la mano lo de ser propietarias y la casa les generaba bastantes preocupaciones. Les daba la sensación de que sus padres las estaban juzgando por no cuidarla bien (y los muertos te pueden decir lo que les dé la gana, sin límites).

»Un día, las hermanas estaban sentadas en un café; era la primera vez en mucho tiempo que ninguna de las dos salía de casa. (Hablo de antes de que fuera normal no salir nunca de casa).

»—Soy viejísima. Soy más vieja que el ir a pie —dijo Tara.

»—Yo soy todavía más vieja. Soy más vieja que el abuelo de ir a pie —dijo su hermana mayor, Frannie.

»—Disculpad —les dijo el hombre de la mesa de al lado, dirigiéndose a ellas de esa manera en que los hombres cis se sienten con libertad de hablar en las cafeterías con mujeres a quienes no conocen—. Pero las dos sois muy jóvenes.

»Se lo quedaron mirando las dos fijamente hasta que se calló y volvió a hablar con su ordenador.

»Pero… había estado hablando con las dos a la vez, de forma que no había podido decir ninguna mentira. Además, Tara y Frannie eran plenamente conscientes de que tenían veintitantos años (veinticinco y veintisiete, respectivamente).

»—Vamos a casa y hagamos algún plato de cocción lenta —le dijo Frannie a Tara.

»—Quiero quedarme y terminarme el café. —Tara señaló su taza, que todavía estaba bastante llena y tibia—. He pagado este café y me lo quiero beber aquí.

»Frannie no dijo nada, se limitó a guardar un silencio huraño. Sabía que no debía decirle a su hermana que algo estaba bien si no lo estaba. Al cabo de unos minutos, se puso de pie.

»—Ya no aguanto más estar aquí. La gente se va a poner a hablar con nosotras y cada vez que alguien intenta decirnos cómo somos me canso más.

»—Estoy cansada de estar sola —dijo Tara—. En esa casa en mitad de la nada, contigo, haciendo platos de cocción lenta. Es una buena vida, pero no lo bastante para mí.

»—Podemos adoptar un perro. —Frannie no lo había querido decir hasta que lo dijo, y entonces lo dijo.

»Se acercó otro hombre, con demasiada ropa vaquera y una sonrisa desdentada.

»—Disculpad —dijo—. No he podido evitar fijarme…

»—No —le dijo Tara al hombre.

»—No y punto —ratificó Frannie.

»—No iba a… —protestó el hombre. Pero le hicieron un gesto para que se marchara y se marchó.

»—Podríamos comprar una sartén —le dijo Frannie a Tara—. O incluso un wok. Podríamos freír cosas.

»—¿No puedo quedarme aquí sentada y terminarme el café? —suplicó Tara.

»Las hermanas solo tenían un coche para las dos. Lo debería haber mencionado antes. Y el camino de vuelta a pie hasta su cabaña era largo e incómodo e iba la mayor parte del tiempo por el arcén sin pavimentar. El coche era un Hyundai de hacía diez años de color champán, con un montón de kilómetros, y el asiento de atrás cubierto de discos a pesar de que el reproductor de CD se negaba a regurgitar un álbum de Johnny Cash que Tara le había metido hacía años. Ni siquiera tenía ninguna de las canciones de asesinatos, eran todas baladas y cortejo, declaraciones estentóreas de amor.

»Frannie se daba cuenta de que Tara estaba a punto de dejarla allí. Se le ocurrió que quizás le podía decir la mentira adecuada para conseguir que se quedara.

»Por ejemplo: “No vas a tener valor para irte sola”.

»O bien: “Nunca vas a ser feliz viviendo con nadie más que conmigo”.

»Pero sería horrible decirle a su único pariente consanguíneo cualquiera de aquellas dos frases proyectadas. Y nadie quiere tener que vivir a la fuerza con alguien tras haberle dicho esas cosas. Además, Frannie también sabía que a Tara le daba miedo marcharse porque, si salía al mundo, cualquiera le podía decir cualquier cosa. Y la verdad es que no era difícil asustar a Tara para que se quedara.

»Por primera vez, Frannie se sorprendió deseando que tuvieran sus dones invertidos. Por ejemplo, si Tara tuviera el don de Frannie, entonces Frannie le podría decir a su hermana: “Me voy a quedar desconsolada, entiendo que quieras seguir tu propio camino, pero sin ti me quedaré rota por muchos sitios”. Y Tara sabría que era la verdad pura y simple.

»Las dos hermanas visitaron la tumba de sus padres, en un prado rodeado por muros que tenía tantas ortigas como piedra. Dejaron margaritas y azafranes en las lápidas de granito sin inscripción y se limitaron a quedarse sentadas en la hierba sin decir nada.

»De regreso al coche, Tara dijo:

»—¿Y si me mudara una temporada a la ciudad?

»—Tendrías a tu alrededor menos enfermedad de Lyme —contestó Frannie—. Pero más estupidez.

»—Oiría tantas falsedades que sería capaz de dejar que me resbalaran y mantenerme centrada. Quizás las mentiras de un millar de personas se cancelarían entre sí o aprendería a encontrar a la clase de mentirosos que me conviniera. No sé.

»Frannie no se podía arriesgar a decir la mitad de las cosas que tenía en mente. De forma que se limitó a decir:

»—Quizás.

»—Vendría a verte con frecuencia —le dijo Tara—. Te visitaría todo el tiempo. Y tú también podrías venir a visitarme si quisieras. Solo quiero intentar vivir rodeada de voces y ver qué efecto tienen en mí.

»—¿Y si no te gusta la forma en que te cambian? —le preguntó Frannie.

»—Pues entonces volveré aquí y me podrás recordar quién soy en realidad. —Tara sonrió y dejó que su hermana se pusiera al volante. Empezó a jugar con la radio.

»—¿Y si no quiero tener ese trabajo? —Frannie siempre tenía mucho cuidado de plantearlo todo en forma de preguntas e hipótesis, en lugar de medias verdades y falsedades.

»—Pero es que no es un trabajo. —Tara decidió intentar expulsar el CD de Johnny Cash, quizás para dejarle a su hermana una gama más amplia de opciones musicales cuando se marchara—. Forma parte del hecho de ser hermanas. No es algo que una hace, es algo que una es.

»—Sí, pero ¿qué pasa si vas a la ciudad y oyes tantas falsedades que se hacen realidad y un día vienes a casa y esperas que te ayude a recomponerte y resulta que soy incapaz? —Frannie estaba sintiendo oleadas de dolor, náusea y soledad y no podía quitarse de la cabeza que Tara había dicho que le resbalarían las cosas. A Tara nunca le había resbalado nada, al contrario: todo se le adhería.

»—Estaré bien —Tara intentó agarrar el CD con unos alicates—. En serio. Me puedo defender, en el fondo siempre sé la diferencia entre la verdad y una mentira que se ha hecho realidad. Ya sabes que soy capaz de manejar esto.

»—Deja en paz el aparato de CD —le dijo Frannie en tono cortante—. Estoy intentando…

»Las dos hermanas se centraron en el estéreo del coche y en los intentos vacilantes por parte de Tara de rescatar a Johnny Cash, como si el CD atrapado fuera el único problema que había entre ellas, y eso hizo que Frannie levantara la vista demasiado tarde para ver un ciervo grande y musculoso que salía de golpe del bosque y se interponía en su camino. El coche lo golpeó con un topetazo estridente, un ruido de aplausos confusos por la llegada a una meta repentina y, de repente, los cinturones de seguridad de las hermanas se tensaron y aparecieron unas formas blancas y mullidas inflándose delante de ellas.

»Poco después, las hermanas vieron que el ciervo se alejaba lentamente, renqueando un poco, de los restos abollados de su parachoques delantero y del compartimento del motor.

»Las dos hermanas se quedaron en el arcén esperando a la grúa. Frannie encontró un paquete de galletas para el té entre los detritos del asiento trasero y le ofreció unas cuantas a Tara. Las dos se dedicaron a masticar y ver cómo se disipaba el humo.

»—Todo irá bien —dijo Tara ligeramente llorosa.

»—Ya lo sé. —A Frannie se le habían agotado las lágrimas, pero todavía lloraba un poco—. Eso es lo que me aterra.

—Y esa —ha dicho Amnesia— es la historia de las dos hermanas que se metieron en líos por intentar desterrar las mentiras del mundo. —Y se ha reído.

—No es como me imaginaba que terminaría la historia —ha musitado Eurovisión, tanto para sí mismo como para los demás.

Amnesia se ha encogido de hombros cordialmente.

—Hagas lo que hagas, no hay forma de encontrarle un final feliz a esa historia.

—Las mentiras son el lubricante de la vida —ha dicho la Señora de los Anillos—. Yo, por ejemplo, no querría vivir en un mundo de verdades. —Ha mirado alrededor—. Miento todos los días. Igual que todo el mundo, estoy segura. De hecho, me pasé treinta años viviendo una mentira y me dio una felicidad espectacular. Y cuando todo salió a la luz…, aun así fui feliz.

—Cuéntanoslo —ha dicho Eurovisión echándose adelante con entusiasmo.

—Todavía no.

—Me encantan las buenas mentiras —ha dicho Hello Kitty.

Florida ha soltado un soplido de burla y ha negado con la cabeza.

—Las buenas mentiras no existen.

—Yo tengo algunas —ha dicho alguien detrás de mí.

Acababa de regresar Compi. Estaba apoyada en la pared de al lado de la puerta, con los ojos iluminados.

—Os prometí la segunda parte de mi historia, ¿verdad? Está llena de mentiras.

Eurovisión ha sonreído.

—Sí, señora, lo prometiste. Siéntate y cuéntanosla.

Compi ha esbozado su sonrisa enigmática y se ha vuelto a acomodar en una silla que nadie estaba usando del borde del círculo. Todos nos hemos movido para oírla mejor. Su historia anterior era tan descabellada que no me podía imaginar cómo seguiría.

—¿Por dónde iba? Ya os hablé de mi padre y de la historia que me contó sobre Lafayette en mi decimoquinto cumpleaños. Pero aquella historia no fue mi regalo de cumpleaños. Lo que me regaló fue un collar con cadenilla de oro y un colgante en forma de luna de oro macizo. Y también una suscripción a algo llamado *Paris Match,* que era una especie de revista de cotilleos francesa

con fotografías, porque le pareció que era lo que más me motivaría para aprender francés hasta que tuvo una idea mejor y contrató a una señora mayor haitiana para que nos viniera a cocinar y limpiar. Pensaba que era importante aprender francés por si acaso nos teníamos que marchar del país.

»Con el tiempo fue quedando claro que la razón de ser del plan descabellado de mi padre para hacerme aprender francés era que me estaba haciendo mayor y no quería pegarme un tiro. Creía que nos teníamos que mudar a algún sitio cálido, donde la gente hablara francés y la población negra fuera mayoría y hubiera muchos hombres negros apuestos, cultos y cuerdos. De esa forma me resultaría fácil encontrar un marido negro y mi padre no tendría que matarme en primer o en segundo lugar, antes o después que al chico blanco.

»A mí me parecía más sencillo no elegir a un chico blanco.

»Al final aterricé en la Universidad de Texas, en Austin, en otoño de 1977. Y me terminé enamorando de un chico blanco. Y se lo acabé contando a mi padre. Al instante se desdijo de todo. Me dijo: “No puedo evitar amar lo que amas”.

»Pero mi padre pagó un precio. Se quedó apagado. Le volvió aquella expresión que había tenido la noche en que Neil Armstrong caminó por la Luna y se le asentó de forma semipermanente en la cara. Con eso bastó para deslucir aquel amor. También contribuyó el hecho de que el chico fuera un chico, y además la clase de chico que no quería que su novia se dedicara a tocar en bares. El hecho de que yo no debía tocar en bares había sido una de las cosas en que se habían mostrado de acuerdo mi padre y el chico antes de que nos separáramos. Pero seguí tocando en bares.

»No fue mi último novio blanco. Por un tiempo, cuando iba por el hotel Driskill, me rodeé de una clase particular de chicos blancos y de música de chicos blancos al mismo tiempo que salía con estudiantes de medicina de piel broncínea, hasta que sus madres se preocupaban porque mi padre se ganara la vida preparando salsa de barbacoa, por el hecho de que yo tuviera medios hermanos en Houston y, por encima de todo, porque no tuviera madre, lo cual, para ellos, significaba que no tenía una madre que formara parte de ninguno de los clubes sociales locales, una madre burguesa negra respetable como Dios mandaba. Aquellos chicos querían que me avergonzara de tocar la guitarra, de montar a caballo, de ir en velero, costumbres del Galveston más negro. No era posible.

»Yo estaba siguiendo los pasos de T-Bone. Y orgullosa. Y quizás, a mi manera, los de Jack Johnson. Por entonces en Austin escuchábamos a Jerry

Jeff Walker y a Townes Van Zandt. A Guy Clark y a Steve Earle, a Robert Earle Keen y a Lyle Lovett, a Rodney Crowell y a Larry Willoughby. Y también a la Uncle Walt's Band. Mi lista de reproducción era todo aquello más Charley Pride, Ray Charles, Lil Hardin y Big Mama Thornton; era mi T-Bone Walker original y aquel nuevo personaje alto y brillante, T-Bone Burnett. Y me escuchaba a mí misma. Sabía que el mundo necesitaba música de chica negra vaquera-pirata y la iba a componer.

»Una noche, en Austin, puede que fuera el tercer o cuarto concierto que daba en mi vida, toqué en un club no tan pequeño y solo aparecieron tres personas.

»Una de las tres era Jericho. Tenía los pómulos tan marcados que las mujeres tenían miedo de cortarse cuando lo besaban. Las piernas largas. El cuerpo larguirucho. Se le veían los músculos del estómago tan definidos como los tatuajes de los brazos pálidos. Se enorgullecía de tener los ojos de su madre, no porque fueran unos ojos deslumbrantes de color azul-gris-verde, sino porque podían distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Se hablaba de su adicción a las drogas, pero solo tomaba cocaína para tener más energía para beber y solo se pasaba la noche despierto para beber a fin de poder pasarse la noche despierto escribiendo. Estaba completamente enamorado del licor oscuro. Perdidamente. Tenía treinta y siete años y ya había creado su mejor obra. Siete álbumes y cientos y cientos, miles de conciertos en clubes de todo el mundo, en cruceros, en emisoras de radio, en tiendas de discos, y ahora me cantaba en mi cocina a primera hora de la mañana. Chorreaba lenguaje igual que mi padre, salpicándome toda.

»En aquel concierto al que no vino más público que una atractiva pareja negra y aquel hermoso hombre blanco, Jericho, toqué lo que yo llamaba mis canciones de la Madre Dixie, que trataban del sur representado como madre maltratadora —pero madre a fin de cuentas— de la cultura negra. Cuando llegué a la última, Jericho aplaudió tanto rato que me puse a decirle que no con la cabeza. Me invitó a ir en busca de algún bar que no cerrara pronto. Pero me fijé en cómo arrastraba las palabras y me rozaba las caderas con las manos.

»—Quizás sería mejor encontrar un café. Con lo borracho que vas y lo poco que me conoces, es probable que acabes haciendo algo inapropiado y te tenga que pegar un tiro.

»Como se rio, le enseñé mi pistola. Eso le hizo reírse todavía más y me dijo que conocía una cafetería abierta toda la noche que hacía un café muy bueno y una vez allí podría sacar sus mejores modales. Terminamos en el

reservado de una cafetería que servía tortitas de harina de maíz azul, café hawaiano y *bourbon* fuera de menú a los clientes habituales. Jericho lo era.

»Se había labrado fama de ser una especie de cruce entre Kristofferson y Glen Campbell, pero mucho más áspero. Cuando le dije que aquello no era más que la versión moderna de Merle Haggard, me dio un beso enorme en los labios. Luego me hizo la mejor proposición que me han hecho nunca, y eso que en los años venideros recibiría proposiciones de poetas laureados de múltiples naciones y de ganadores de Grammys de distintos géneros musicales. Movido, creo, por el hecho de que una gran alma puede oler a las grandes almas del pasado que llevas enredadas en los rizos, Jericho me dijo:

»—Hagamos a un poeta esta noche.

»(Si mi padre no hubiera sido mi padre, habría aceptado la proposición de Jericho aquella primera noche, pero mi padre era mi padre, de manera que tardé unas semanas).

»Me dijo que era una chica vaquera poeta de Texas y se puso a hablarme de vaqueros y vaqueras negros como si yo no hubiera crecido en Texas. Hablamos de que el Oeste era negro y moreno y nativo americano y no solo blanco y de que la gente de El Álamo tenía esclavos y nadie quería hablar del tema y de que la Rosa Amarilla de Texas seguramente fue una mujer de color que ayudó a los tejanos a ganar la guerra y nos preguntamos por qué lo habría hecho y le conté a Jericho lo que me había dicho mi padre y Jericho se preguntó si Texas quizás todavía pertenecería a México si a la Rosa Amarilla de Texas le hubiera dicho lo mismo su padre.

»No tardé en irme a vivir yo también a Nashville, aunque seguía matriculada en la Universidad de Texas. Yo era su pequeño secreto. Por entonces, igual que no se podía ser gay, tampoco se podía tener una novia negra. Que no se pudiera no significaba que no se hiciera; simplemente, no se podía decir. Así que yo era una simple corista que viajaba con la banda.

»Jericho declaró que “guardar las apariencias” era el tercer arte escénico más importante de Nashville, después de escribir canciones y tocar la guitarra. Cantar, según él, era el cuarto a bastante distancia. Para cuando me gradué en Austin y aterricé en Nashville y conseguí firmar un contrato para grabar un disco y publicarlo, ya estaba dispuesta a grabar las canciones de la Madre Dixie y a cultivar el tercer mayor arte de la Ciudad de la Música: aparentar ser algo que no eras. Me lo exigía el contrato de grabación. Pero me sentía dispuesta. Tenía un proyecto del que estaba enamorada, y cuando estás enamorada te sientes dispuesta a hacer lo que sea.

»Por aquella época se murió mi padre, de causas naturales. Bell Britton dijo que aquello era un triunfo: morirse negro y en su cama, con una hija a su lado que lo quería y a consecuencia de una combinación de la vejez y sus vicios favoritos. Y no me quedó más remedio que reírme, pese a que no tenía por qué estar de acuerdo. Después de que mi padre muriera feliz, ya sentí que me podía casar con Jericho.

»Estábamos en un pueblecito y Jericho entró en una casa de empeños, salió con un anillo de diamante enorme y me lo puso en el dedo, diciendo:

»—Ya no vas a ir en el autobús con la banda y las chicas; llama a tu discográfica, cuéntales la verdad y así te subes en el Cadillac conmigo, o bien tiras mi anillo al río.

»No tiré su anillo al río. Me puse a dar brincos en su Cadillac descapotable verde en Birmingham y él puso rumbo a Jackson, Misisipí. Desde allí nos dirigimos a Shreveport y después a Dallas. Era un trayecto fácil. De Birmingham a Jackson había menos de cuatro horas, a menos que se te averiara el coche en una gasolinera de Meridian, Misisipí.

»Me gustaban las gasolineras. Me habían criado en una. Si creces en Texas, la gasolina te huele a zapatos nuevos. Pero es distinto si estás viajando con un chico blanco y eres negra como una mora. Aparecieron en la gasolinera unos chavales borrachos en una camioneta roja —eran tres, y cuando los recuerdo, los llamo Fulanito, Menganito y Zutanito— que solo vieron a un hombre blanco con una chica negra y empezaron a meterse conmigo.

»Cuando se acercaron con la camioneta, estábamos en el descapotable con la capota bajada, sentados muy juntos en el asiento delantero, con el pitorro del surtidor metido en el depósito. Fulanito, el más grande de los tres, dijo:

»—¿Qué haces con esa?

»Fuera del escenario, y sin sombrero, Jericho no parecía él. Y todavía parecía menos él si le ponías al lado una mujer negra con peto en vez de una mujer negra con vestido de lentejuelas.

»Jericho les dedicó a los moteros de campo —así de familiares le resultaban— su enorme sonrisa de Jericho, la misma que le había dedicado desde el escenario a tantos moteros y granjeros y policías de carreteras y verduleros capullos como ellos. Era una sonrisa que solía sacar otras a modo de respuesta. Luego les dijo algo que era una variación sobre los primeros versos de una de sus canciones más famosas:

»—¿Qué tal chavales? ¿Por qué no le damos la vuelta a esto? —Sabía que, si les dedicaba aquella sonrisa y decía aquellas palabras, lo reconocerían,

verían que era Jericho. De forma que les dedicó la sonrisa y les dijo las palabras. Y de golpe, la situación se volvió extraña.

»De repente, ya no era un hombre blanco con una chica negra. Era su Jericho, el amigo cuya voz había estado presente en todos los momentos íntimos de su vida, desde el día en que enterraron a Micifuz hasta la noche en que se acostaron por primera vez con una chica, pasando por la tarde en que le dieron un puñetazo a su mejor amiga sin razón alguna o el día que cobraron su primer cheque o el primer lunes en que llamaron al trabajo para decir que estaban enfermos. Jericho, la voz que habían oído en su cabeza durante todo aquello, estaba sentado con una chavala de color pegada al lado. Fulanito, Menganito y Zutanito parpadearon: Jericho estaba en su gasolinera y estaba enamorado de una *hippy* negra, no follándosela.

»Mi hombre les acababa de desmontar sus esquemas quemados por el sol. Y no les gustó ni un pelo. Supongo que era el rollo *hippy* lo que mosqueaba a los fans de Jericho. El más alto de los tipos dijo:

»—Voy a tener que irme a casa y romper todos tus discos.

»El más gordo dijo:

»—¿Te estás gastando el dinero que has ganado conmigo, con tres hombres blancos como Dios manda, que arriesgamos la vida arrancando petróleo del mar, en una zorra negra con peto?

»—¡Calla la puta boca! —Jericho lo dijo bien alto y con firmeza y sonriendo. Era un actor fascinante. Nadie habló cuando Jericho salió del coche y sacó el pitorro del surtidor de nuestro depósito. Se sacó la billetera. Todo el mundo se quedó mirando cómo metía un billete de cien en una rendija del surtidor. Y todavía estábamos mirando cuando tiró tres billetes de cien dólares, uno detrás de otro, en dirección a la camioneta.

»Ahora Fulanito, Menganito y Zutanito habían sido insultados. Zutanito me hizo un comentario horrible. ¿Por qué iba a hacer aquello?

»—¡Métete en el coche! —le ordené gritando a Jericho. Pero él ya había empezado a beber en serio aquel día, de forma que recibir órdenes o echarse atrás ya eran cambios de marcha que no podía asumir. Tenéis que entender que en un verano había alcanzado el metro noventa y después había crecido a lo ancho. Se había pasado todo el instituto siendo bajito y gordito, el típico chaval del que dice la gente: “Lo que cuenta no es el tamaño del perro, es la rabia que tiene dentro”. Y la rabia de Jericho era colosal, y ahora encima medía metro noventa y tenía la espalda como un armario. Le dio un puñetazo a uno de aquellos tipos, a Fulanito, en toda la cara. Zutanito se le empezó a echar encima y pareció que iban a intentar enzarzarse en una pelea justa,

porque nadie más se le sumó. Pero el cabrón de Menganito me miró a mí. Así que me eché a llorar. Jericho lo captó de inmediato y retrocedió un paso hacia mí. Nadie me estaba prestando atención salvo aquel cabrón sádico de Menganito.

»Me di cuenta de que era un sádico porque mis lágrimas le pusieron chiribitas en los ojos y dejé que me viera morderme el labio. Me temblaron los dedos como si estuviera intentando agarrar el asiento del coche para darme fuerzas.

»—Tu puta me quiere a mí —le gritó Menganito a Jericho. Llegado a aquel punto, el sádico patético de Menganito apartó la vista para ver la reacción de Jericho y aproveché para sacar las dos pistolas que tenía cargadas y metidas debajo del asiento, las que había estado toqueteando con los dedos a la espera de ver cómo se desarrollaba aquel episodio. En un abrir y cerrar de ojos ya le había volado un trozo de oreja al capullo de ojos azules de Menganito.

»No estaban preparados para aquello. Jericho sí: él me conocía. En el mismo momento en que me habían brotado las lágrimas, ya había empezado a retroceder hacia el coche. Para cuando me mordí el labio, ya tenía la mano en la manecilla de la portezuela. Sabía qué pie calzaba yo. Mi padre me había enseñado a disparar bien, deprisa y primero. Salimos pitando de allí mientras yo disparaba con ambas pistolas a las ruedas de la camioneta de aquellos palurdos. Solo paramos para comprar más munición. Llegamos a Jackson riendo y cantando temas de Johnny Cash.

»Dimos el concierto en Jackson. Tocamos en Shreveport. Tocamos en Dallas. No fuimos con el Cadillac, sino que hicimos los conciertos y fuimos a Dallas en autobús, pero después volamos de vuelta a Nashville en primera clase. No nos arredramos. No nos dejamos asustar. No me olvidé de mi regalo de cumpleaños. Llevaba mi luna de la suerte colgada al cuello y el anillo de Jericho en el dedo.

»Pero cuando volvimos a la casa de Nashville, todas las cosas bonitas que poseía Jericho le recordaron a aquella gente patética, sádica y cruel. No veía nada bonito en su casa; apenas me veía a mí. Solo veía a aquella gente cuyo dinero había pagado todo lo que él poseía. Y ya no los amaba. Yo era lo único que quedaba en la casa que él amaba.

»Decidió que iba a dejar de escribir canciones y tocarlas en directo para ponerse a escribir novelas y conseguir fans nuevos que nos amaran a los dos. Fue en avión a Nueva York sin mí y alquiló un apartamento anodino bajo un nombre falso. Dejó de tocar en estadios y clubes grandes y empezó a tocar

únicamente en sitios como el Bottom Line, el Cellar Door y el Birchmere, y solo cuando tocaba yo también.

»El álbum de la Madre Dixie se convirtió en un pequeño fenómeno de culto, pero él me aseguró que era una obra maestra no reconocida y puso todos sus Grammy en mi lado de las estanterías.

»Luego dejó de tocar y nos convertimos en gente que pasaba el rato en los clubes como *performance* artística a tiempo completo. Antes de mudarse a Nueva York, la única música que Jericho había conocido era el *country*, el *bluegrass* y un poco de *jazz*. Cuando nos mudamos aquí empezamos a comer salmón ahumado de Russ and Daughters y a escuchar punk, *jazz* y *glam rock*. Íbamos del Club 57, el CBGB y el Bitter End al Gerde's Folk City y al Bottom Line. Éramos bienvenidos al otro lado de las cuerdas de terciopelo y de las miradas de rencor. Él tenía el dinero de sus discos y yo el de la salsa de barbacoa, y si en las salas VIP creían que sus discos eran una mierda, por lo menos consideraban que yo hacía algo lo bastante extraño como para ser interesante. No sabían nada de vaqueros negros ni de putas negras del oeste, así que todo lo que les pudiéramos contar era una revelación. Y estábamos guapos juntos, como una escultura; eso lo dijo Basquiat. La noche que nos conoció se maravilló de lo alto y recto, de lo baja y peligrosamente curvilínea que éramos, del alcance increíble de los brazos abiertos de Jericho, que abarcaban la masa inmensa de mis rizos y de mis tetas genuina e inverosímilmente firmes. Predijo que nos recibirían con los brazos abiertos y que casi nunca llegaríamos a casa antes del amanecer. Y tenía razón.

»No teníamos ningún club en particular; deambulábamos por todo el East Village igual que mi padre y yo habíamos deambulado por Galveston, pero había un sitio adonde no íbamos nunca: Harlem. Ninguno de los dos quería arriesgarse a que lo que nos había pasado con su gente en Misisipí nos pasara con la mía en Nueva York.

»Un día me desperté a mediodía y había desaparecido mi anillo. Me pasé toda la tarde buscándolo. Le pregunté a Jericho si lo había visto. Luego tuve que salir para entrevistar a unos guitarristas. Estaba preparando otro álbum de estudio. Cuando llegué a casa al anochecer, me lo encontré en una silla, muerto. Fue como aquella canción, *Whisky Lullaby*; se había llevado una botella a la boca y había apretado el gatillo. Había tenido la cortesía de no usar una de mis pistolas. Enseguida vi claro que debía de haber empeñado mi anillo para comprarse una pistola. Y me había dejado una nota. Su caligrafía había sido bonita hasta el final. Decía: "Cuando alquilé este piso, puse el alquiler a tu nombre. Dije que era porque tenías mejor crédito. Pero no era

eso. Estoy cansado del mundo y de mi gente. Tú estás lista para el mundo y para toda tu gente. Este es mi testamento. Te dejo una guitarra llena de canciones y la llave de una habitación llena de historias".

»Jericho no sabía que íbamos a tener una hija. La llamo Socia. Le regalé la guitarra cuando cumplió diez años y la llave del apartamento a los veinticinco. Jericho se equivocaba en muchas cosas. Pero sí que había canciones en la guitarra y libros en la habitación. En eso tenía razón.

Compi ha hecho una pausa.

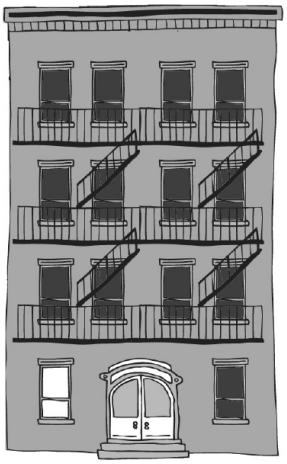
—Esa es mi historia de amor, de odio y de todo lo que hay en medio. —Se ha vuelto hacia Wurly—. ¿Tiene suficiente música para ti?

—Ya lo creo.

—Para ser una historia de amor —ha dicho Eurovisión—, tampoco es que tenga un final muy feliz.

—Tiene sus momentos felices —ha dicho Compi—. Y esos momentos felices son mejores que nada. Además, me ha quedado una maravilla de hija.

Día 9



8 de abril

He acabado temprano mis tareas porque el edificio cada vez tiene menos remedio y nadie parece ver ni agradecer mis esfuerzos por tener los pasillos limpios. Me he pasado una hora extra ordenando el armario de las bebidas y organizando las botellas. El antiguo conserje tenía una colección asombrosa de licores, aperitivos, digestivos y angosturas en botellas extrañas de formas distintas. Ya me había acabado muchas de las más comunes, de forma que he empezado a probar aquellas de las que no había oído hablar nunca. Algunas eran realmente espantosas, mejunjes amargos de hierbas seguramente destiladas por monjes en monasterios remotos. Por fin me he servido un termo de ginger ale mezclado con un licor llamado Malört. Estaba tan asqueroso que su capacidad para despejar la cabeza era casi como recibir un tratamiento de electroshock.

Para cuando me he presentado a la azotea, ya casi no sentía dolor. He llegado tarde y me he perdido los vítores de las siete en punto. He ido agachada hasta mi sofá desvencijado, intentando llamar la atención lo menos posible, y he encendido el teléfono. Eurovisión estaba dando inicio a la velada como de costumbre, juntando y separando teatralmente las manos mientras miraba a su alrededor con expectación risueña, animando a que alguien contara una historia.

En ese momento he visto a una recién llegada a la azotea, una joven de aspecto nervioso que no miraba a los ojos a nadie y tenía un lenguaje corporal tenso. Me he quedado alarmada. ¿Cómo había entrado? Todos los días compruebo la puerta para asegurarme de que tiene el pestillo pasado. No aparecía en la biblia, de eso estaba segura. Me he preguntado si también

estaría pagando alquiler, pero me he recordado a mí misma que ninguno de nosotros le debe ninguna lealtad a nuestro casero ausente. He dado otro trago a mi bebida.

Eurovisión también se ha fijado en ella.

—Bienvenida —le ha dicho mientras la joven ocupaba un asiento libre, con las manos juntas sobre el regazo—. ¿Cómo te va?

—Bien —ha dicho ella en tono vacilante—. ¿Y a ti?

—Creo que no te habíamos visto nunca.

—No conozco mucho la ciudad —ha dicho. Tenía un acento fuerte; estaba claro que el inglés no era su primer idioma. Me ha parecido que quizás fuera china.

Eurovisión le ha dedicado una sonrisa rutilante pasando por alto la incongruencia de la respuesta.

—Pues bueno, bienvenida a la azotea. Nos hemos estado divirtiendo aquí mientras permanecemos encerrados en el edificio. ¿Tienes alguna historia que contarnos?

—Pues no —ha dicho tartamudeando—. Pero quizás me podáis ayudar. He estado buscando a un amigo mío. Pero me pregunto si es hora de dejarlo correr.

La confusión ha nublado la cara de Eurovisión, pero antes de poder decir nada, la joven ha seguido hablando.

—Llegué a la ciudad hace ocho meses para empezar el semestre de otoño. Antes, solo había visto la Estatua de la Libertad, el Empire State Building y las tiendas de la Quinta Avenida en fotos. No era consciente de lo grande que era Central Park, ese rectángulo enorme en el centro de la isla, con sus bosques y sus lagos y alguna que otra ave de presa. Cuando pensaba en un apartamento, me lo imaginaba con vistas al parque y las típicas de los rascacielos, quizás alguien que vendiera camisetas de I ♥ NEW YORK y bagels con semillas de sésamo. Me había imaginado que tendría dos ventanas grandes, pero resulta que mi estudio solo tiene una. Una ventana con vistas a una salida de incendios, sin parques ni rascacielos a la vista. Había leído en una página web de viajes que no había ningún sitio de la ciudad al que se tardara más de veinte minutos en llegar. La web debía de referirse a veinte minutos en coche, porque, aunque en Google Maps la punta sur, Battery, se ve cerca, tardé tres cuartos de hora en llegar. Fui a saludar a la Estatua de la

Libertad, que estaba atrapada en su isla, y al toro que hay en medio de Wall Street.

Se había estado mirando las manos, pero ahora ha levantado la vista para mirar a Eurovisión y se ha encogido de hombros.

—Así que Estados Unidos era esto. Una mujer verde y solitaria. Un toro de bronce.

»Igual que muchos alumnos de intercambio de mi país, vine a pasar dos años con un visado de estudiante para estudiar análisis de datos; después solicitaría un visado de trabajo y me dedicaría a las finanzas o al análisis corporativo, algún trabajo anónimo.

»En el aeropuerto, en la puerta de embarque, mis padres y yo no sabíamos cuándo nos íbamos a volver a ver, de manera que no hablamos de la cuestión y se limitaron a darme sus últimos consejos.

»—No comas demasiado —me dijo mi madre, cogiéndome el brazo con firmeza—. No te vuelvas corpulenta e irreconocible por accidente. No hables con hombres desconocidos y no te preocupes por nosotros.

»—Céntrate en tus estudios —dijo mi padre, cogiéndome todavía más fuerte el otro brazo—. Haz caso a tus maestros y a tu madre; y sí, no hables con hombres desconocidos.

»En la escuela de posgrado ya no había maestros, sino que a los profesores los llamabas por el nombre de pila y te sentabas en los bares con ellos; muchos eran hombres extraños. Me costaba acostumbrarme a la irreverencia americana. A la sociabilidad estadounidense: “Eh, ¿cómo te va?”. La única respuesta correcta era: “Bien, ¿y a ti?”.

He echado un vistazo a Eurovisión, a quien se le había congelado la sonrisa al oír aquello último. Me han dado ganas de reírme mientras la chica seguía con su historia.

—¿Por qué hablan de hijos pródigos y no de hijas pródigas? Pues porque se supone que las hijas no se han de marchar. Hay una expresión en mi país que dice que una hija es la manta que hace sentirse seguros a sus padres; es como una colcha gruesa en invierno.

»El primer día de las clases no conocía a nadie. El segundo día se me acercó otro estudiante de intercambio para preguntarme por un ejercicio cuya explicación nuestro profesor se había saltado para embarcarse en una larga tangente sobre la Segunda Guerra Mundial. El alumno de intercambio que tampoco entendía el ejercicio era de la misma región que yo, pero no de la misma provincia ni ciudad y, si no hubiéramos salido de nuestro país para estudiar aquí, nunca nos habríamos conocido. Pero tenía algo familiar que me

resultaba reconfortante y se le veía el pelo corto y bien igualado. Llevaba un jersey feo de punto, negro con uves púrpura entrecruzadas, y durante todo el tiempo que estuve en contacto con él nunca se puso ningún otro jersey ni se cambió de ropa. Trabajamos juntos en el ejercicio. Los dos sacamos una nota mediocre. Al profesor le gustaba garabatear comentarios en los márgenes. Comentarios indirectos, inescrutables, pero a veces simples signos de exclamación o las palabras “no, no, no”.

»En la zona había muchos restaurantes que hacían comida típica de nuestra región y los fines de semana elegíamos alguno para ir a comer. Pero en comparación con los platos con los que yo había crecido, los de aquí tenían más sal, más aceite y las porciones eran enormes hasta un extremo de indecencia. Mi amigo y yo a menudo comíamos en silencio y nos dedicábamos a sacar los mejores pedazos de carne de nuestro cuenco para ponerlos en el del otro. Me acordaba de mis padres, pero no hablábamos de nuestras familias porque seguramente debían de tener la misma historia. Mi amigo me preguntaba por mis aficiones, por si acaso alguna coincidía con las suyas. Yo no jugaba a rol en línea, por desgracia, ni salía a correr por el margen del río cuando oscurecía.

»—¿Por qué haces eso? —le dije, y le recordé que la ciudad seguía siendo peligrosa.

»Me preguntó qué tenía de peligroso correr. Me contó que corría deprisa. En el peor de los casos, podía hacer un esprint.

»—Pero supongamos que te pasa algo.

»—¿Como por ejemplo qué? —me preguntó desafiándonos a mí y a mi pregunta, que seguramente le parecía una pregunta de chica. Las chicas tienen más miedos que los chicos. Las chicas deben tener miedo a los chicos, por ejemplo, y a su útero todos los meses.

»Me invitó a correr con él, pero yo nunca había corrido deprisa, y si él se pusiera a esprintar yo me quedaría atrás indefensa.

»Los domingos llamaba a mis padres y me aparecían durante una hora en la pantalla, en forma de caras borrosas que se turnaban para mover la cámara a su lado cuando hablaban. Me dijeron que nuestro gato se había muerto y ahogué una exclamación porque había sido mi gato durante catorce años. Mi madre me contó que, desde que me había marchado, el gato se había dedicado a esperarme en mi cama todas las noches.

»—Intenté razonar con él —dijo mi madre—. Pero claro, no hablo idioma gato.

»Una noche, el gato decidió dejar de esperar y, a la mañana siguiente, se lo encontraron hecho una bola en el balcón y muerto.

»—De viejo —me aclaró mi padre. Catorce años de gato equivalen a setenta y dos de un ser humano.

»Cuando llegaron las fiestas, mi primer día de Acción de Gracias y mi primera Navidad, me encontré con que me distraían los adornos de los edificios, las canciones y las celebraciones, aquellos árboles tan exagerados y todo lo que la gente consideraba alegre. Durante la Navidad en sí, el grupo de los que no habíamos viajado a ninguna parte nos reuníamos en el apartamento de alguien en torno a una mesa plegable prestada y una olla de comida caliente. Normalmente iba con mi amigo, que había hecho otros amigos durante el semestre y se había vuelto más extrovertido en público. Siempre que llegábamos juntos nos hacían bromas como si fuéramos pareja y nos preguntaban cuándo nos íbamos a casar. En aquellas situaciones, él me rodeaba con el brazo, pero nunca llegaba a tocarme, nunca me apoyaba el brazo en los hombros ni en la cintura. No me hacía falta que me abrazara y no me sentía atraída por él de aquella manera, aunque el gesto tampoco me habría molestado, ya que los dos habíamos sido el primer amigo del otro al llegar.

»Las vacaciones de invierno duraron un mes y en varias ocasiones sentí un ansia insaciable de chocolate caliente, no de leche ni de cacao en polvo. De forma que me enfundaba en un abrigo de plumón largo hasta el suelo y me envolvía la cabeza con un pañuelo. Cuando me miraba al espejo, me veía tal y como mi madre había temido: corpulenta e irreconocible, y el chocolate caliente no ayudaba precisamente. En uno de aquellos trayectos a la tienda, vi a mi amigo al otro lado de la calle. De noche, el púrpura de su jersey se veía casi brillante, casi de neón, y las uves parecían flechas que me señalaban en su dirección. Estaba con otra persona, los dos a la sombra de un edificio, muy juntos, y los dos fumando, que era algo que yo no sabía que mi amigo hiciera. Se había dejado el pelo largo y lo llevaba recogido en un moño diminuto y negro, como un guerrero de hacía miles de años. La otra persona era desconocida para mí. No era ningún estudiante de intercambio de mi país ni nadie a quien reconociera de mi programa. Eché a andar hacia ellos, pero cuando estaba a medio camino cambié de plan. Me calé todavía más el pañuelo y apreté el paso. Pasé por su lado muy deprisa y sin volver la cabeza.

»Cuando empezó el semestre de primavera, mi amigo y yo seguimos estudiando juntos y cosechando notas mediocres. Me preguntó si le podía

echar un vistazo a su currículum. Yo le pedí que me diera algunos consejos para hacer entrevistas de trabajo.

»—Necesitas practicar el mirar a los ojos —me dijo señalándose los ojos con dos dedos y después volviéndolos hacia mí.

»Le dije que ya lo estaba mirando.

»Él me dijo que estaba mirando a lo lejos. A algún punto situado tras él, entre el infinito y la convergencia de unos rayos paralelos.

»Aquello nos llevó a una discusión sobre los rayos paralelos y los puntos de fuga que a su vez llevó a otra discusión sobre los inmigrantes y la integración.

»Me dijo que intentábamos pasar demasiado desapercibidos y que ese era nuestro problema.

»Le dije que no creía que tuviéramos ningún problema y él me contestó que ese era otro de nuestros problemas, el hecho de no hablar nunca de nuestros problemas ni admitirlos.

»—Pues es que quizás no tenemos ninguno —le sugerí. ¿Acaso todos los inmigrantes necesitan tenerlos? Y en caso de que no, ¿para qué hablar de cosas que no existen?

»—¿Prefieres no hablar nunca de nada?

»—Lo que me pregunto es qué ganamos hablando de todo. ¿No podemos guardarnos unas cuantas cosas?

»Mi amigo no me contestó, sino que me examinó con atención desde el otro lado de mi mesita del desayuno. Me preocupaba que me revelara algo de sí mismo que requiriera algo de mí a cambio. Pero antes de que yo pudiera suspender manifiestamente aquel examen, le vibró el teléfono y, sin mirar el mensaje de texto, se puso de pie y dijo que se tenía que marchar.

»—¿Marcharte? —le pregunté—. Pero si acabas de llegar.

»No era cierto del todo, ya llevábamos un rato discutiendo. Costaba discutir sobre la integración, un proceso que era inevitable y que requería que borraras áreas enteras de ti mismo. Yo misma no sabía si estaba borrada o si ya me había sucedido en mi país la primera vez que me había planteado venir aquí.

»Nunca me llamó para terminar el ejercicio de clase en el que estábamos trabajando y la semana antes de las vacaciones de primavera dejó de quedar conmigo en la puerta de la universidad para subir juntos a clase. Lo busqué en el auditorio. Le guardé un sitio, como había hecho mi gato. Cuando ya no conseguí ponerme en contacto con él, al principio pensé que le debía de haber pasado algo mientras corría por las noches. Se debía de haber caído al río o lo

habían secuestrado. Se debía de haber hecho algo a sí mismo o lo habían obligado a desaparecer. ¿Por qué pensé en todas aquellas cosas y no en lo obvio? Que mientras yo me dedicaba a buscarlo activamente a él, él se dedicaba activamente a no buscarme a mí.

La joven ha vuelto a juntar las manos para indicar que había terminado. Le he visto en la cara la misma soledad que expresaba su historia. Me he estremecido. Aun habiendo crecido en Queens, he sabido al instante lo que quería decir cuando hablaba de resistirse a la integración; he reconocido la sensación de no querer moldearme para los demás. Una sensación que he tenido toda mi vida.

En el silencio reinante, ha salido disparada una araña enorme de una grieta del parapeto y ha cruzado correteando la acera para desaparecer debajo de una lámina suelta de tela asfáltica.

—Puaj —ha dicho Eurovisión, meneando los dedos con gesto de asco.

—¿Cuándo puedes volver a casa? —le ha preguntado Hello Kitty a la chica de la historia.

—Se supone que primero tengo que acabar el máster, pero ahora todo es lejano. No lo sé. No podré viajar a China hasta que se termine la pandemia.

—Puede tardar un tiempo —ha dicho la Cocinera.

La chica ha asentido con la cabeza.

—Toda mi vida he sido adicto a los viajes —ha dicho Eurovisión— y odio verme atrapado de esta manera. Ahora mismo mataría por estar en el hotel Grace de Santorini.

—No seas dramático —le ha contestado Florida—. Solo necesitamos sobrevivir a unas semanas más de esto. Para junio ya se habrá acabado.

—Eso espero —ha dicho la Cocinera—. Estoy igual, muriéndome de ganas de ver a mi familia en San Miguel.

—Cuando se termine esta pandemia, voy a recorrer el mundo entero y voy a verlo todo —ha afirmado Hello Kitty.

Whitney se ha reído.

—Aunque se acabe la pandemia, nadie podrá recorrer el mundo como lo recorrí yo cuando tenía tu edad.

—¿Qué quieres decir?

Whitney ha sonreído.

—Hablo de una época en la que todavía podías conocer a gente que nunca había visto a un occidental o ir a sitios donde podías desaparecer y en tu país nadie sabría nunca qué había sido de ti.

—No me lo creo. ¿Dónde? ¿Y cuándo? —Esta vez no he podido discernir si el tono de Hello Kitty era genuino o solo una dosis más de su sarcasmo habitual.

—Muy bien. Hasta la última palabra de la historia que os voy a contar es verídica. Fue durante el reinado del último rey de Afganistán.

—¿Afganistán?

—Sí. Estuve allí el verano de 1972. Una mañana estaba sentada junto a una fogata, en una meseta afgana seca y desierta rodeada de cordilleras. Además de mí, alrededor del fuego había una mezcla de seis o siete europeos y jóvenes estadounidenses. No éramos voluntarios del Cuerpo de Paz ni diplomáticos de excursión ni tampoco naturalistas, científicos, arqueólogos ni senderistas expertos; ni siquiera excursionistas. Solo éramos una panda heterogénea de veinteañeros que habían ganado un poco de dinero en su país a base de no hacer nada impresionante. Nos habíamos conocido en Kabul y habíamos decidido viajar juntos hasta aquel lugar remoto del Afganistán central.

»Aquella mañana en concreto, estábamos sentados en torno a una pequeña fogata de campamento comiendo un cuenco de avena cuando se materializó una visión: se nos acercaba una mujer a caballo por el llano desierto, con el pelo castaño y lacio flotando al viento y un vestido largo y rojo ondeándole a un costado.

»Antes de continuar, dejadme que os explique que yo personalmente nunca habría estado en Afganistán si no fuera por la compañía de un hombre dominante de España al que había conocido muchos meses antes en una cueva del sur de la isla de Creta. Me había fijado en él por primera vez el día en que su vieja y destartalada furgoneta blanca había llegado a la aldea de la costa que quedaba por debajo de la cueva. Llevaba pantalones de ante con flecos y botas de cuero negro. Lo que me llamó la atención fue su forma de caminar, con pasos alegres y entusiastas. Solo hacía unos días que nos conocíamos cuando me preguntó con su fuerte acento: “¿Quieres hacer un viaje a Oriente conmigo?”. Yo me consideraba una estudiante avanzada de las

religiones orientales porque había leído tanto a Herman Hesse como a Alan Watts, de forma que le dije que sí.

»Reunimos todo el dinero que teníamos (el total subía a unos setecientos dólares, que era más entonces que ahora) y trasladé mi mochila de la cueva a la furgoneta destartalada. Esta solo arrancaba si una persona empujaba mientras la otra pisaba el embrague. Como yo no sabía conducir con marchas, siempre se ponía al volante él, así que me pasaba la vida intentando convencer a desconocidos para que me ayudaran a empujar.

»En la ciudad de Heraklion cogimos un ferri a Atenas. En Atenas, el español contrató a un carpintero para que le construyera un cajón grande de madera. Luego la gente de la carpintería nos ayudó a sujetarlo con correas al techo de la furgoneta. Por último, compramos varios sacos de avena para guardarlos en el cajón porque el español decía que, mientras pudiéramos encontrar agua y preparar avena con el hornillo de la furgoneta, no pasaríamos hambre.

»Y así fue como partimos hacia Oriente.

»Me pasé los diez meses siguientes empujando la furgoneta con la ayuda de hombres de Grecia, Turquía, Líbano, Siria, Irak, Irán, Afganistán y, más adelante, Pakistán, Cachemira (¡donde incluso se nos pincharon las ruedas!), la India y Nepal. Tengo un solo recuerdo malo de mis ratos de empujar la furgoneta: en algún país de aquellos, un anciano se resbaló y se cayó mientras me estaba ayudando y cuando sus amigos se rieron de él me empezó a pegar. Pero solo pasó una vez.

»Mientras viajábamos en soledad por el terreno lleno de baches de ciudades, pueblos, aldeas y parajes remotos y deshabitados en busca de sitios donde acampar, poníamos música en el radiocasete de la furgoneta. El español tenía una colección grande de cintas, pero solo recuerdo *After the Gold Rush* de Neil Young. Todavía hoy, cuando escucho “Till the Morning Comes”, “Tell Me Why” o “Cripple Creek Ferry”, siento la llamada excitante de la aventura.

»Debería añadir que el romanticismo de hacer un viaje a “Oriente” con un hombre de España se veía eclipsado por el hecho de que no habláramos el mismo idioma. Yo no hablaba español y él muy poquito inglés. Así pues, durante la mayor parte de nuestro viaje de diez meses no tuve ni idea de qué me estaba diciendo. Una cosa que sí me pareció entender fue que había sido médico y que había dejado la medicina para viajar, pero siempre me insistía en que no le preguntara nada de aquello, porque la experiencia de abandonar la medicina le había resultado muy dolorosa. Solo tenía veintitrés años, lo

cual me debería haber hecho dudar de su historia. Pero quizás en España se podía llegar a médico antes que en Estados Unidos, pensé.

»Nuestra aventura por Oriente tuvo varios momentos de miedo y peligro, como era previsible. Sobrevivimos a un intento de extorsión por parte de los guardias fronterizos de Turquía, a un interrogatorio a medianoche de la policía turca y a un trayecto accidentado por la tierra de nadie desértica que separaba Siria de Irak (¡por una senda del desierto, ni siquiera había carretera!), hasta que por fin llegamos a Afganistán y acampamos junto a un río que pasaba a los pies de una montaña. Allí atrapé mi primer pez con la mano y viví mi primer terremoto.

»Después de comernos el pescado, empezó a temblar el suelo. Me encogí en posición fetal. Solo podía pensar en que, si me moría junto a aquel río, aplastada por las rocas que caían, nadie sabría nunca que había estado allí. Mi familia no volvería a saber nada de mí. Me horrorizaba la idea de hacerles aquello a mis padres. No estaba peleada con ellos. Les había mandado algunas postales entusiastas, pero la comunicación entre continentes era tan difícil que estaba bastante segura de que nunca sabían dónde estaba.

»Pero el español y yo sobrevivimos al terremoto y pusimos rumbo a Kabul, un destino popular para la juventud occidental viajera de 1972. Aparcamos la furgoneta en una zona de acampada de las afueras y fuimos a pie hasta la ciudad para conseguir comida y agua. Me compré unas botas de cuero hechas a mano por cinco dólares y un vestido bordado de color rojo intenso y negro que todavía tengo colgado en mi armario.

»Nuestra estancia de dos meses en Kabul tocó dramáticamente a su fin cuando un altercado de tráfico entre el español y un conductor afgano provocó un pequeño disturbio. ¡Los tenderos locales nos abrieron la furgoneta, nos arrancaron los altavoces y nos robaron todas las cintas! Otros vinieron corriendo a defendernos y en medio del alboroto el español se escapó. Me quedé sola, buscando a alguien que me ayudara a arrancar la furgoneta y conducirla de vuelta a la zona de acampada, donde me esperaba el español.

»Aquella noche nos escapamos de la ciudad por miedo a que nos detuvieran y viajamos hacia el norte en una caravana con otros vehículos que se habían estado quedando en la zona de acampada. Y eso me lleva por fin al punto en que empezó mi historia… con mi grupo sentado en una llanura desierta, comiendo avena, y la jinete misteriosa acercándose con su vestido rojo ondeante.

»Como he dicho antes, la melena castaña le flotaba al viento mientras su caballo se nos acercaba al galope. Los demás miembros del grupo estaban igual de hipnotizados por aquella visión. (No me acuerdo de qué dijeron con exactitud, pero seguramente serían cosas tipo: “Cómo mola”, “Flipante, tíos”, “¿Quién es esa chati?”).

»Cuando por fin pudimos verle la cara, sin embargo, me acuerdo exactamente de qué dije yo:

»—¡Meredith!

»La mujer de la visión a caballo había sido una de mis compañeras de piso en la universidad. Yo todavía la creía en Chapel Hill, Carolina del Norte. No tenía ni idea de que también hubiera emprendido un viaje a Oriente. Y ella se quedó igual de sorprendida de encontrarme a mí en aquel sitio.

»Meredith se bajó del caballo de un salto y se sentó a comer avena con nosotros. Muchos meses más tarde, mis padres recibieron una llamada de la oficina de su congresista de Carolina del Norte diciéndoles que la embajada estadounidense en Nepal les había mandado aviso de que su hija estaba en un hospital de Katmandú, recibiendo tratamiento por septicemia y malnutrición. Se organizó todo para devolverme en avión a casa.

»Después de todos estos años, lo único que recuerdo de todo lo que dijo mi madre sobre mi gran aventura fue que durante mi ausencia había tenido un sueño desgarrador en el que yo iba dando brincos por un prado y tirando flores. La única regañina que recuerdo de mi padre, coronel retirado del ejército, fue:

»—Cariño, tienes que bajar de las nubes.

—¿Eso es todo verídico? —Hello Kitty parecía impresionada a su pesar.

Whitney ha asentido con la cabeza.

—¿Qué pasó con Meredith? ¿Se quedó con vosotros?

—No. Después de nuestro breve encuentro, siguió su camino hasta la India. Hace veinticinco años que es fotógrafa en París.

—Increíble. ¿Y qué pasó con el español?

—Pues que trabajé día y noche para traérmelo a Estados Unidos. Me casé con él. Y después se volvió loco y trató de matarme. Pero eso es otra historia para otro momento.

—¡Venga, cuéntala! —ha exclamado Hello Kitty, ahora llena de entusiasmo genuino—. Me encantan las historias de asesinatos.

—No es ninguna historia de asesinato —ha dicho Vinagre en tono seco—. No está muerta.

—Pues de intentos de asesinato.

—¿Puedo sugerir que pasemos a otra historia? —ha dicho la Señora de los Anillos—. Por mi parte, no me interesa enterarme de cómo un español perdió la chaveta e intentó matar a alguien. ¿Nadie tiene una historia de la vida cotidiana, para variar?

—Yo tengo una historia que va de pasear perros —ha dicho Hello Kitty.

—¿De pasear perros? —Eurovisión ha soltado un soplido de burla.

—Pues sí. Hasta que empezó el confinamiento hace unas semanas, yo era paseadora profesional de perros —ha dicho Hello Kitty—. Me ha ayudado a pagarme las clases en la NYU.

—Fascinante —ha dicho Eurovisión—. Me muero de ganas de oírla.

—Imaginaos… —Hello Kitty ha dejado su vapeador, se ha levantado de un salto de su butaca de huevo y ha hecho una pose dramática—. Estoy en un apartamento del Upper East Side, en la cocina. Todo blanco y negro, superficies mate chulísimas, ya sabéis de qué clase de cocinas hablo. —Ha estirado los brazos para abarcarlo todo—. Y también está, claro, el frigorífico con revestimiento de titanio, y yo plantada delante.

Hello Kitty ha imitado el gesto de abrir la puerta de la nevera y mirar el interior.

—Empecé con poca cosa. Un puñado de almendras crudas, una manzana Granny Smith olvidada, un envase de yogur desnatado de un estante lleno de envases idénticos. Cosas que no se notara que faltaban.

»Buster levantaba la vista, ladeaba la cabeza y me miraba como si fuera un gato.

»Buster olía igual que su dueña, una abogada cuarentona que se untaba en leche corporal de té verde. Yo también me la ponía. Leche corporal, crema, manteca. Mis manos merecían algo bueno, sobre todo ahora que había que lavárselas tanto.

»Seguramente su dueña también olía un poco como Buster, un perro pastor inglés blanquecino cuyo aliento no me molestaba especialmente. Con los clientes nuevos era el aliento a lo que más costaba acostumbrarse. Todo dependía de lo que comieran.

»La comida de Buster también venía en envases individuales, más grandes que los yogures desnatados y amontonados en el estante de debajo. Debía de tener problemas de sobrepeso, porque sus botes estaban llenos de zanahorias hervidas cortadas en cubitos y de carne blanca de pollo sin piel. Eran botecitos sin etiqueta, así que era probable que se los cocinara la dueña. Así, si quería, podía comer lo mismo que Buster. Le echabas un poco de apio y perejil picado, un par de tazas de caldo y, ¡voilà!, sopa de pollo. Se me ocurrió llevarme a casa unos cuantos, para hacer lo mismo, pero en aquello sí que se habría fijado.

»Nuestra entrevista de principios de enero había sido la única vez en que yo la había visto. Pero me mandaba *emails* y últimamente me dejaba notas escritas a mano en la encimera.

»La más reciente:

> En adelante, NO HAY que dejar que Buster interactúe con desconocidos ni con otros perros. Voy a llamar al veterinario para preguntarle si es aconsejable la mascarilla. Mi amiga de Hong Kong me ha dicho que su perro la lleva. Por el bien de Buster, por favor, cómprate una mascarilla quirúrgica y llévala siempre que estés con él, da igual que sea dentro del apartamento o fuera.
>
> Salvo cuando estés comiendo, claro.

»Por supuesto, en la cocina había una cámara de esas para vigilar a la niñera. O, en su caso, para vigilar a la paseadora del perro.

»Si algo he aprendido después de pasarme años trabajando para la gente rica y sus cánidos es que les gusta mirar y presenciar el trabajo que hacemos para ellos y sus animales. Supervisarnos les hace sentirse útiles.

»Pero no me importaba. Me seguía comiendo su comida. Me metía las almendras secas en la boca como si fueran caramelos salados. Me relamía después de cada bocado de manzana amarga. Ponía los ojos en blanco y parpadeaba con cada cucharada de yogur aguado.

»No era mangar si lo hacía abiertamente.

»No era robar si no sentía culpa.

»Si Buster tenía sus golosinas, ¿por qué yo no?

»¿Sabéis quién piensa así? Una paseadora de perros que necesita una forma nueva de ganarse la vida.

»Buster estaba de acuerdo, pero claro, el chivato no fue él.

»Primero apareció una sola tartaleta, tan delicada que únicamente tenía una frambuesa encima. Aquello fue en febrero, antes de San Valentín.

»Cuando Buster y yo volvimos de nuestro habitual paseo al Guggenheim, nos estaba esperando en la encimera de la cocina. Una colmena roja en miniatura sobre un platillo azul turquesa. No estaba allí antes de nuestro paseo. Creedme, me habría dado cuenta.

»Miré a mi alrededor, casi esperando ver a la dueña. O a alguna invitada, quizás la amiga de Hong Kong.

»Luego miré la tartaleta.

»Buster me miró a mí. Lo supo él antes que yo.

»Me comí la tartaleta. La frambuesa estaba fría cuando entró en contacto con mi paladar, igual que la gota de crema pastelera que tenía debajo. La corteza se me fundió sobre la lengua. Me agarré al borde de la encimera de mármol para no perder el equilibrio.

»Miré en la nevera para ver si había más. Pero solo había las habituales proteínas sin grasa para perro y dueña.

»Durante la entrevista yo le había preguntado a la dueña si tenía niños que pudieran estar en casa por las tardes, que era cuando estarían programadas mis sesiones con Buster. Me espetó un "no" rápido y contundente. Luego me explicó, sin que yo se lo pidiera, que el hecho de que fuera un pastor inglés no había sido elección suya. Bajó la voz al llegar al final de la frase. Buster había sido propiedad de un ex suyo que se había ido de viaje de negocios de un mes a Oslo y no había vuelto.

»—Podía tirar su ropa, pero no al perro.

»Me lo dijo para demostrarme que tenía corazón. A los ricos suele darles miedo no tenerlo. Por eso tienen diez perros, además de niños, y luego los dejan al cuidado de otros.

»Buster era un rehén; estaba secuestrado en aquel apartamento del Upper East Side con dos dormitorios, terraza circundante y vistas a Central Park con la esperanza de que algún día el señor Oslo regresara, oliera la leche corporal de té verde, cambiara de parecer y se quedara.

»Buster era el vestigio de cola de un hombre, la cola del amor, el rabo que antaño había meneado el perro de una relación en quiebra.

»Eso me intentaba decir en realidad su dueña.

»Desde el principio yo había probado variaciones distintas de su nombre para ver a cuál reaccionaba, cuál le hacía ladrar algo que revelara cosas de su verdadero dueño.

»"¡Buster Keaton, ven aquí, Buster Keaton!"

»"Ab Buster, ¿quieres una golosina?"

»"¿Quién es un buen chico? ¡Tú eres un buen chico, Filibuster!"

»"¿Buster Poindexter? ¿Buster Scruggs? ¿Buster Douglas?"

»Me decepcionaba —y me sigue decepcionando— que Buster solo fuera Buster a secas.

»Era un nombre que elegiría un niño, no un adulto. Cosa que estoy segura de que la dueña debía de saber bastante bien.

»Confío en que nunca lo llamara “Embuster” cuando estaban a solas.

»Durante dos semanas seguidas no pararon de aparecer aquellas tartaletas y, cada vez que aparecían, había una más. Me las comí todas. Al principio me dosificaba y dejaba pasar un par de minutos antes de coger la siguiente. Pero pronto me las estaba zampando de dos en dos. Cuando el número sobrepasó la media docena, ya ni siquiera usaba las manos, sino que me inclinaba hacia delante, pegaba la cara al mármol y usaba la lengua para levantarlas de la encimera, estilo Buster.

Hemos esperado a que continuara, pero Hello Kitty se ha limitado a hacer una reverencia, se ha vuelto a meter en su silla y ha seguido vapeando.

—¿Y…? —ha preguntado Eurovisión por fin.

Hello Kitty le ha guiñado el ojo y ha inhalado.

—Otra vez no, por favor —ha dicho él.

Cuando ha quedado claro que Hello Kitty no iba a contar nada más, ha intervenido Vinagre:

—Es obvio que la dueña del apartamento te estaba poniendo a prueba. Dejándote esas tartas como desafío para que las robaras. Y luego viendo cómo las robabas con su cámara para canguros. Lo hacía para darse satisfacción malsana.

Hello Kitty no ha respondido. Me he preguntado si esa historia, igual que la anterior, sería mentira. Pero, por extraño que resultara, parecía verdad.

—Ya os podéis imaginar lo que pasó en Oslo —ha dicho la Señora de los Anillos con una risilla procaz—. Todas esas chicas nórdicas altas y rubias… No les hace falta leche corporal de té verde. Y lo único que el tipo le había dejado era un chucho. No me extraña que estuviera enfadada.

—¿Quién ha dicho que estaba enfadada? —ha preguntado Hello Kitty—. Al contrario, estaba más fresca que una lechuga.

La Señora de los Anillos ha hecho un gesto con la mano.

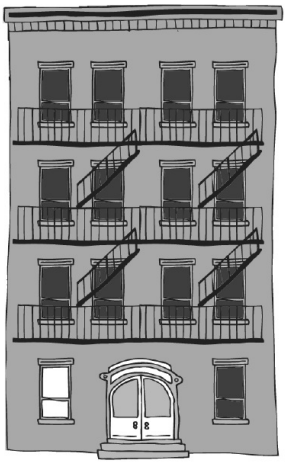
—Créeme, esa lechuga estaba hirviendo por dentro. Como algunos de los que estamos aquí arriba, haciendo lo que podemos para llevarnos bien porque no tenemos más remedio. —Ha echado un vistazo ostentoso a su alrededor y se ha detenido, o eso me ha parecido, en Vinagre y en Florida, que llevaban unas cuantas noches muy calladas después de su pelea—. La verdad es que,

en circunstancias normales, no nos daríamos ni los buenos días. No tenemos apenas nada en común, ¿verdad que no? —Miró a su alrededor e hizo tintinear un poco los anillos para darse énfasis.

»Nada.

Nos han vuelto a salvar las campanas de la vieja San Patricio marcando el fin de la velada.

Día 10



9 de abril

«LO QUE NO QUERÉIS SABER NO LO VAIS A APRENDER.»
JERRY GARCIA

Esta es la nueva pintada que nos ha dado la bienvenida esta noche en la azotea, pintarrajeada de cualquier modo en la parte superior del mural. Vinagre ha preguntado quién la ha hecho, pero nadie ha admitido ser el responsable. Mientras nos sentábamos, Eurovisión ha dicho:

—¿Sabéis que Jerry Garcia se cortó el dedo corazón accidentalmente con un hacha cuando tenía cinco años? Solo tenía un muñón. Pero, incluso con cuatro dedos, fue uno de los grandes guitarristas de su generación.

—Ah, sí —ha dicho Darrow—. Una vez vi a los Grateful Dead en concierto y Jerry Garcia le hizo una peineta al público con aquel muñón suyo. La gente se partía de la risa.

—Me recuerda a la historia de Big John Wrencher —ha dicho Wurly—, el gran arpista de *blues*. Perdió el brazo en un accidente de coche y tuvo que volver a aprender a tocar el instrumento. Lo tocaba con una sola mano y era una maravilla.

—O Paul Wittgenstein —ha dicho Ramboz—, el pianista al que le volaron un brazo en la Primera Guerra Mundial. Consiguió que unos cuantos compositores famosos le compusieran piezas para tocar con la mano izquierda.

—¿Cómo hemos llegado a hablar de músicos amputados? —ha preguntado Hello Kitty.

—¿Habéis oído hablar de Elijah Vick, el músico de *blues*? —Esto lo ha dicho Maine.

—Claro —ha dicho Wurly—. Un chalado, pero muy buen músico. ¿Lo conociste?

—Ya lo creo. Hace años —ha seguido diciendo Maine.

—Fue uno de los casos médicos más extraños que he tratado nunca. El tipo estuvo a punto de perder el brazo y su carrera como guitarrista. En una de mis rotaciones clínicas, cuando estudiaba medicina, me asignaron a la unidad de cuidados intensivos del hospital Saint Joseph's de Memphis, una institución histórica y también, tristemente, el lugar donde se certificó en 1968 la defunción del doctor Martin Luther King. A lo largo de las décadas he visto entrar por las puertas de esa sala de urgencias todas las modalidades de dolor y sufrimiento y todos los colores de la tragicomedia. Pero de Elijah Vick no me olvidaré nunca.

»Elijah tenía cuarenta y cinco años cuando lo conocí; era un promotor de conciertos famoso ligeramente panzudo y propenso a toser por culpa de los muchos años que se había pasado fumando marihuana, pero, por lo demás, con buena salud. Tenía una mata rala de pelo prematuramente blanco y una perilla bien cuidada. Le engalanaba el brazo izquierdo el tatuaje de una Gibson de caja hueca.

»Por lo que me contó, había nacido y se había criado en Memphis, una ciudad de la que no podía imaginar marcharse. Quizás lo que más le gustaba de Memphis, además de la música, era el río Misisipí, la forma en que se arremolinaba y salpicaba en las orillas. Vivía en un *loft* en el mismo talud que bajaba a las aguas y a menudo se pasaba horas contemplándolas, hipnotizado y completamente entretenido con aquel río inmenso. En el margen opuesto, a más de un kilómetro de distancia, arrancaba la llanura aluvial de Arkansas, un mundo de ácaros rojos, patos y serpientes boca de algodón que anidaban en los meandros estancados y cenagosos. En los largos bancos de arena, los cerdos salvajes corrían entre cementerios de madera arrastrada por la corriente y tocones podridos de cipreses. En los claros de más allá de aquellos márgenes silvestres había cientos y cientos de hectáreas de campos de algodón, algodón hasta donde alcanzaba la vista: oro blanco, minado del depósito aluvial más rico del mundo.

»Elijah llevaba toda la vida oyendo que no había que meterse en las aguas pestilentes del poderoso Misisipí. Era nuestro colon nacional, un feo canal de aguas residuales donde se agolpaban todos los peligros imaginables: ramas

que se enganchaban, remolinos, limos industriales, sustancias químicas abrasivas, sedales enredados y bacterias coliformes, por no mencionar una corriente tremenda, decidida a llevarse por delante todo lo que encontrara en su camino.

»Las leyes de la hidráulica no parecían aplicarse a aquel artero torrente de lodo. A Elijah le habían contado que aquellas aguas eran capaces de atraparte y tragarte sin previo aviso y ahogarte con su abrazo de miasma. Era básicamente una cinta transportadora de arenas movedizas.

»Había que recordar también la historia del *Sultana*, el peor desastre náutico de la historia de América. Aquel barco de vapor con final trágico había pasado por Memphis a primera hora de la mañana del 27 de abril de 1865 llevando a bordo casi dos mil quinientos pasajeros, la mayoría soldados de la Unión recién liberados de diversos campos confederados de prisioneros de guerra. A unos cuantos kilómetros río arriba, alrededor de las dos de la madrugada, al *Sultana* le explotaron las calderas. Cientos de personas murieron escaldadas al instante. Los pasajeros se tiraron a las frías aguas del Misisipí, pero muchos de los soldados estaban demasiado débiles y desnutridos para nadar o simplemente no sabían. Aquella noche murieron quemadas o ahogadas mil setecientas personas, más de las que se habían hundido con el *Titanic*.

»Además, en el limo del Misisipí también vivían monstruos. Elijah, que había sido cazador y pescador ferviente desde la adolescencia, estaba fascinado con cierto pez de tamaño colosal, a menudo de varios centenares de kilos, que vivía en los bajos del río. Se trataba del catán, *Atractosteus spatula*, una criatura primitiva con un hocico largo, dientes de aspecto feroz y unas escamas afiladas y tan duras como el hierro, que obligaba a los pescadores a usar cortaalambres para llegar a su carne. Los guerreros chickasaw se hacían corazas y escudos de guerra con las escamas del catán. Aquellos peces grotescos eran unos carnívoros escurridizos con pinta de dragón que crecían hasta tener un tamaño bestial y vivían una vida ridículamente larga; en algunos casos, de más de un siglo. No estaba documentado que atacaran a los seres humanos, pero sí eran capaces de tender emboscadas brutales a sus presas, empalándolas con sus alargados y afilados dientes. Otro detalle extraño que llamaba la atención de Elijah era que el catán disponía de agallas, pero también de una especie de pulmón, de manera que podía respirar tanto en el aire como en el agua.

»Elijah me enseñó una vez una famosa fotografía de uno de aquellos colosos tomada en 1910. Era un catán pescado al sur de Memphis, en un canal

estancado del Misisipí, cerca de Tunica; en la fotografía se veía a un hombre de aspecto perplejo sentado detrás del leviatán acorazado. La criatura medía supuestamente tres metros y debía de pesar casi media tonelada. Aquella extraña forma de vida, en apariencia medio pez y medio reptil, tenía algo que intrigaba a Elijah. Era como si hubiera un dinosaurio vivo nadando al lado de su ciudad natal.

»Pero a lo largo de los siglos la gente había demonizado a los catanes tachándolos de estorbo y de escoria del río. Los palurdos los cazaban de noche usando focos y disparándoles en los remansos. O bien atrapaban a los especímenes más grandes y los vendían por miles de dólares en el mercado negro; al parecer, había hombres de negocios ricos en Tokio que los buscaban como curiosidad para sus acuarios. Elijah creía que el mundo moderno había tratado espantosamente mal al desdichado catán solo porque era feo y grotesco y extraño, el morador monstruoso de un mundo prehistórico.

»Después de divorciarse de su mujer, Florence, Elijah se había obsesionado con la idea de cruzar a nado el Misisipí. Había descubierto que necesitaba algún proyecto, alguna aventura que lo distrajera y le recordara que seguía vivo y que todavía era capaz de asumir algún que otro riesgo. Había abandonado su carrera musical para dedicarse a hacer de mánager y promocionar carreras ajenas. Parecía que la ciudad rezumaba buena música por todos los poros, pero para Elijah, que había sido un guitarrista bien conocido en los estudios y bares de la ciudad, la música se había convertido en una empresa vicaria y la estaba empezando a odiar. Poco a poco se estaban muriendo distintas partes de él.

»Había mantenido una relación estrecha con Florence, incluso tras darse cuenta finalmente de que no podían ser felices viviendo juntos. A ella, su fijación con el Misisipí le resultaba extraña e inquietante. Se pasaba las noches despierto leyendo a Twain. Se convirtió en nadador experto. Estudió mapas del Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Se hizo amigo de unos viejos vagabundos que parecían conocer hasta el último recodo de aquel tramo del gran río y hasta el más mínimo dato histórico y leyenda. Para Elijah, el Misisipí se había vuelto algo mitológico, como Escila y Caribdis, algo malévolo pero infinitamente fascinante.

»Se preguntó cómo sería tirarse a aquellas aguas turbias. Chapotear en ellas e ir a la deriva, sentir en la piel aquel cieno con olor a pescado. Y, todavía más importante, cómo sería adentrarse en el caudal vertiginoso de su corriente central y cruzarlo de orilla a orilla.

»Se imaginaba que sería un acto catártico, que el esfuerzo de cruzar el río lo convertiría en una persona distinta. Era como una fase o etapa que necesitaba quemar. Los habitantes de Memphis se llamaban “menfianos”, que le parecía un término apropiado. Sonaba a anfibio, a seres gomosos del agua y el barro, a formas de vida que empezaron siendo una cosa pero se metamorfosearon en otra. No estaba seguro de por qué el río lo atraía tan poderosamente, pero sentía que nadarlo de una a otra orilla era algo que necesitaba hacer. En parte se trataba de hacer frente a sus miedos de la infancia, pero también era posible que allí operara algo más grande, más metafórico. Era como si creyera que el acto mismo de cruzar el río lo fuera a llevar a un lugar mejor.

»La noche antes de la travesía, Elijah acampó en su vieja camioneta International Harvester en la orilla de Arkansas, a quince kilómetros al norte de Memphis, en la Pista de Carreras del Diablo, un lugar llamado así (en los mapas antiguos y hasta en *La vida en el Misisipí* de Twain) porque aquel tramo de río había sido famoso en el pasado por los detritos que hacían naufragar a las embarcaciones.

»Mientras se quedaba adormilado, oyó aullidos de coyotes en el cañaveral. Subió al cielo una media luna y pasaron bramando por las alturas varios aviones enormes de FedEx en fila india —uno, otro y otro más—, virando hacia el sur en dirección al complejo de ordenación de Memphis, transportando los paquetes del mundo.

»Al alba, Elijah se bebió una taza de café instantáneo y echó a andar por la orilla, estudiando la corriente, probando la temperatura y examinando la orilla opuesta con prismáticos. Se puso el traje de neopreno y se subió la cremallera; a continuación se sujetó a la espalda una mochila impermeable donde llevaba unos zapatos y una muda de ropa.

»¡Vamos allá! —murmuró, y se metió en el agua, que estaba sorprendentemente fría. Sintió que le latía con fuerza el corazón, que le hormigueaba la piel y se le disparaban los nervios. Miró al otro lado del canal, hacia la orilla de Tennessee, ataviada con una bruma de vegetación.

»Durante los primeros treinta metros, Elijah chapoteó por aguas tranquilas, sin problemas. Luego cruzó una línea nítida de demarcación y salió catapultado corriente abajo como si le acabaran de disparar con un cañón. Se dio cuenta al instante de que le iba a ser imposible combatir aquella corriente ni aunque fuera durante un segundo. Resultaba perturbador sentirse barrido por algo tan poderoso, pero en cuanto se rindió, Elijah sintió una euforia instantánea.

»Ahora la superficie del agua estaba picada y agitada, llena de contracorrientes que golpeaban y de burbujas que emergían. Sentía la presión del río por todos los costados, luchando contra aquella impertinencia que era su presencia. Dentro del canal, perdió la noción de la velocidad de la corriente. En algunos momentos le parecía que no se estaba moviendo en absoluto, pero entonces volvía a mirar a la orilla y veía que era lo contrario: que iba "follado", según sus propias palabras, deslizándose sin esfuerzo por el esófago de la nación.

»El río tenía el mismo sabor que todos los ríos: ligeramente metálico, cargado de nutrientes y con un tenue pero no desagradable regusto a algas y pescado. Elijah no sabía si la dioxina tenía sabor, pero sus papilas gustativas no estaban captando nada raro: ni matices tánicos de Monsanto ni un deje satinado de Dow.

»Lo más desacostumbrado, sin embargo, era la arenilla. Elijah nunca había nadado por un agua tan cargada de sedimentos de toda aquella tierra del norte que fluía hacia el sur. Por supuesto, no era más que eso —tierra buena y limpia—, pero se le metía en los ojos, le rebozaba la lengua y los orificios nasales y le crujía entre las muelas cuando apretaba la mandíbula. Había leído que, en los viejos tiempos, los pilotos fluviales se enorgullecían de beberse todas las mañanas un buen vaso de aquella solución granular para mantenerse sanos. ¡El equivalente natural de los suplementos de fibra!

»Bajo el agua, el sonido que se oía era como el crepitar simultáneo de mil cuencos de Krispies. Elijah llegó a la conclusión de que era el ruido que hacían las incontables toneladas de sedimento cuando rebotaban en el lecho del río, arremolinándose en forma de nube debajo de él.

»Ahora estaba avanzando bien. Le resultaba un ejercicio vigorizante; pero si había alguna gesta en el hecho de cruzar a nado el Misisipí, era una gesta más mental que física, más conceptual que aeróbica. La parte física la podía hacer cualquier nadador medio decente.

»Pese a todo, Elijah oía sus propias risillas. No se podía creer que estuviera allí haciendo algo tan exótico, aunque también era, teniendo en cuenta su trasfondo personal, lo más obvio. Era como un tipo de Pamplona que decidía, quizás un poco tarde en la vida, que iba a salir a correr con esos toros desquiciados. Estaba cruzando… el Misisipí… a nado. Y se estaba sintiendo extrañamente cómodo, como si estuviera destinado a encontrarse allí, como si perteneciera a aquel lugar y aquel lugar a él.

»Elijah avanzó lentamente hacia la maleza de la orilla, donde la muscadinia invadía las arboledas de sauces y de cipreses. Por fin, con la mano

izquierda, tocó el gran estado de Tennessee. Había tardado casi una hora en cruzar el río y la corriente lo había arrastrado varios kilómetros. Miró hacia atrás en dirección a Arkansas y saboreó su logro. Estaba agotado y escupiendo agua de río, pero eufórico.

»Al cabo de unos minutos, mientras vadeaba los bajos y empezaba a quitarse el traje de neopreno, divisó algo con el rabillo del ojo: un destello, una erupción de agua, un movimiento lateral repentino. En plena confusión, una criatura le agarró el brazo. Le hizo perder el equilibrio y caer al agua. Por un momento sintió una presencia provista de una masa y un peso tremendos.

»Luego la cosa, fuera lo que fuera, lo soltó. Elijah solo vio una cola y una aleta dorsal mientras el ser se esfumaba en un revuelo de placas dorsales oliváceas y escamas lodosas. Nunca lo sabría a ciencia cierta, pero todos sus instintos le dijeron lo que era: había pisado a un catán dormido y el dinosaurio sobresaltado le había mordido el brazo.

»Cuando Elijah se quitó el traje de neopreno, lo único que vio fue un patrón de perforaciones en la piel. La criatura le había dejado un grabado con forma de herida inmaculada: una hilera larga y limpia de marcas de dientes. Lo extraño del caso era que no había ni una gota de sangre ni sentía dolor.

»Elijah dedicó el resto del día a ir a pie hasta el pueblo más cercano, encontrar a alguien que lo llevara a Memphis y desde allí cruzar el puente de vuelta a Arkansas en coche con Florence para recoger la camioneta y el equipo de acampada. Para cuando llegó a casa, la herida le estaba empezando a supurar y a escocer. Las largas hileras de marcas de dientes se habían puesto feas e inflamadas y le picaban. Elijah supuso que se le irían solas. Pero al día siguiente se levantó con punzadas de dolor y unas manchas rojas amenazadoras que se le extendían por todo el brazo. La mordedura del pez había dejado unos portales diminutos y perfectos que a su vez habían introducido una infección decididamente seria.

»Al cabo de unas horas ya se le había inflado terriblemente el brazo y tenía la piel rígida y caliente. Respiraba con dificultad. Se sintió mareado y febril y por fin se desplomó.

»Consiguió llamar a Florence, que acudió de inmediato y lo llevó a toda prisa al hospital Saint Joseph’s. Allí descubrimos que sufría un *shock* séptico.

»—Te dije que no nadaras en ese puto río —le dijo Florence enfurecida.

»Después de una batería de pruebas, averiguamos que Elijah tenía una rara infección necrosante por estreptococos. Técnicamente conocida como fascitis necrotizante, era una infección sacada de una novela de Stephen King:

ejércitos voraces de microbios destruyéndole la carne del brazo y llenándole los tejidos subcutáneos de exotoxinas.

»Saqué un rotulador negro y le dibujé una línea en el brazo. Le dije que, si la mancha roja traspasaba aquel límite, estaría en apuros graves. A lo largo de la hora siguiente, los estreptococos desfilaron hasta el otro lado de la marca de rotulador y pusieron rumbo a la mano de Elijah. Tenía la mitad del brazo consumido. Era como estar en los tiempos de la Guerra Civil, cuando la gente sacaba pícnics y manteles y se dedicaba a mirar desde la distancia el progreso a tiempo real de la batalla. Con la diferencia de que ahora la batalla estaba librándose dentro de su carne.

»Elijah estaba vomitando y tenía convulsiones y fiebres erráticas que le dejaban la piel húmeda. Avisé a Florence de que estuvieran preparados: quizás iba a tener que amputarle el brazo. Podía ser la única manera de salvarlo.

»En pleno delirio, y oyendo el chirrido lejano de una sierra para huesos medieval, Elijah se encontró a sí mismo haciéndose preguntas: "¿Es así como termina todo? ¿Acaso he tenido una vida medio decente? Si salgo de esta, ¿cambiaré de vida?".

»Le abrí varias veces el brazo para irrigarle y desbridarle los tejidos y lo que saqué era increíblemente asqueroso: grumos de pringue negro, sopas de olor agrio, charcos de pus. Le suministramos varios antibióticos intravenosos, pero ninguno funcionó. Perdiendo y recobrando de forma intermitente la conciencia, Elijah pensó mucho en los invitados no deseados que le estaban consumiendo los tendones y corpúsculos. Parecía al mismo tiempo asqueado y fascinado por la idea de que existieran aquellas cepas de supermicrobios sueltas por ahí, separadas de nosotros por el simple grosor de la piel, millones de ellas en las superficies del mundo, esperando que se produjera algún corte o abrasión diminutos, alguna forma de entrar en el comedor de nuestra carne.

»Le dije a Elijah que nos quedaba una carta que jugar, un antibiótico de diseño astronómicamente caro.

»—Este es un préstamo de Dios —le dije.

»Y funcionó. Al cabo de un día, los ejércitos rojos se empezaron a batir en retirada. Al cabo de unas semanas, Elijah ya volvía a tener el brazo más o menos normal. Pero la cicatriz se le va a quedar para el resto de su vida, un sello indeleble que le han dejado los dientes afilados como cuchillas de una especie vetusta e incomprendida de pez. Elijah consideraba su aventura en el río como tiempo bien invertido y me dijo que veía el resto de sus días como

un tiempo que le prestaba Dios; o por lo menos el departamento de antibióticos de Dios.

»Elijah Vick no tardó en volver a tocar la guitarra con más ganas que nunca y se convirtió en uno de los músicos de estudio más legendarios de la ciudad. Jamás ha vuelto a meter ni la punta del pie en el Misisipí.

—Guau, eso sí que es una historia de terror —ha dicho Wurly—. Si le hubieran amputado el brazo, nos habríamos quedado sin una música fabulosa. Me lo imagino en el escenario, diciendo: «Lo siento, colegas, se me ha comido el brazo un dinosaurio».

—Mi padre —ha contado la Hija del Merenguero— se rompió una vez la muñeca, pero siguió tocando como si nada con un dolor de mil demonios. «Tocar o morir», decía.

—Eso sí que es sabiduría —ha dicho Vinagre—. Tocar o morir. Aquella gente no se pasaba el día quejándose de Dios y de la suerte que les había tocado en la vida. —Ha clavado una mirada cargada de intención en Florida.

He apurado mi Cynar con Coca-Cola y hielo y me he servido otro con el termo. ¿Cómo demonios había terminado la conversación derivando en los hombres que tienen un solo brazo? Era como si Dios se estuviera burlando de mí, buscando formas de castigarme.

—Los llorones se quejan del lloriqueo —ha dicho Florida— porque no les gusta la competencia.

Al oír esto, Vinagre se ha vuelto para dedicarle una larga mirada a Florida.

—Hablando de competencia, ¿cuándo va a dejar de robarte la indemnización el idiota de tu hijo para que me puedas devolver los cincuenta y siete dólares con diecisiete centavos que me debes?

Eurovisión ha dado una palmada.

—¡Amigas, amigas! ¡Cambiemos de tema! ¿Quién va a contar la siguiente historia?

La Señora de los Anillos ha dicho:

—Lo que necesitamos ahora es una historia de reconciliación. Algo que nos tranquilice y nos transporte a otro mundo.

—Yo estoy muy tranquila, gracias —ha espetado Vinagre—. Son otras las que están agitadas.

—¿Quién tiene alguna historia que nos transporte lejos de aquí? —ha preguntado Eurovisión en voz bien alta.

—Yo tengo una historia de imaginación —ha dicho Tango—. Me gano la vida sacando a la gente de su vida.

Todos nos hemos vuelto hacia ella.

—He tenido imaginación desde que era niña —ha continuado—. Miro a la gente y me imagino su vida, la exterior y la interior. Me invento lo que piensan, lo que sienten… y sobre todo lo que quieren. Luego lo empaqueto todo de tal forma que pueda entrar otra gente en esa vida. Como decía mi difunto marido, así pago las facturas.

—Y si me permites la pregunta —ha intervenido Eurovisión—, ¿cuál es esa profesión tan inusual que tienes?

—Escribo novelas románticas.

—Oh, cielos. Qué interesante. Nunca he conocido a nadie que escriba novelas románticas.

—Los novelistas necesitan imaginar mucho más de lo que se ve externamente —ha dicho Tango—. Necesitamos exponer los pensamientos internos. Para mí, todo se remonta a la Mujer de Blanco.

—Nos encantaría saber la historia de la Mujer de Blanco —ha dicho Eurovisión.

—Es obvio que he acabado en Nueva York, pero no empecé mi vida aquí. La empecé en la otra punta del país, en Los Ángeles. Nací y viví un tiempo en Inglewood, un lugar del que mi madre guarda gratos recuerdos de casas de estilo español con el tejado con las tejas rojas. Yo no me acuerdo de nada de allí. Mis primeros recuerdos son de cuando nos mudamos a Redondo Beach, a una calle que el ayuntamiento había decidido llamar «avenida».

»El apartamento al que nos mudamos estaba en Carnegie, que quedaba entre Rockefeller y Vanderbilt. En nuestra calle había muchos bloques de pisos, todos con azotea y revestimiento exterior pintado de distintos tonos café: expreso y con leche, con amplias regiones de capuchino y moka. Entre los coches aparcados en las aceras predominaban los colores trigo dorado, nogal o aguacate, tonos parecidos a los de los armarios de las cocinas.

»Vivía con mi madre en un apartamento de la planta baja. Dos amigas mías, hermanas, vivían en el bloque de al lado, un edificio alargado y estrecho en cuya planta baja había unos garajes individuales y encima estaban los

apartamentos. Solíamos jugar a la pelota o al escondite entre los coches en la enorme entrada para vehículos de la urbanización.

»Una tarde no estábamos haciendo ninguna de esas cosas, sino esperando al camión de los helados, con sus adhesivos descoloridos y su musiquilla cadenciosa. Estábamos las tres sentadas en la acera contando los cigarrillos de golosina que nos quedaban en los paquetes. Los míos eran de chicle envuelto en cilindros de papel. Los de mis amigas eran de azúcar con la punta roja. Nos rodeaban los sonidos del vecindario: los ladridos de los perros, el murmullo de las conversaciones y los duelos entre las televisiones y las radios.

»El sol estaba alto y no había nubes. Del asfalto se elevaban ondas opresivas de calor que hicieron que resultara todavía más asombroso el Corvette de color blanco hielo que se metió en nuestra calle.

»Largo y esbelto, con unas curvas exageradas sobre las ruedas y el capó inclinado, era el coche más precioso que había visto nunca. Resplandeciente y luminoso, aquel descapotable era el envoltorio perfecto para la mujer despampanante que iba al volante, con su melena oscura recogida en un grueso moño francés.

»También iba vestida de blanco, color que contrastaba magníficamente con el tono caramelo de su piel. Unas gafas de sol enormes le protegían los ojos. Llevaba los labios, gruesos y carnosos, pintados de un intenso tono burdeos, y los hombros delgados y el cuello grácil destacaban el mentón elegante. Igual que me había pasado con el coche que conducía, nunca había visto a una persona tan espectacular.

»El Corvette se metió en el aparcamiento reservado a los inquilinos en potencia. Las tres miramos con asombro como la mujer se levantaba del asiento del conductor y revelaba una figura tan curvilínea como el vehículo que conducía. Enfundada en un vestido blanco ajustado sujeto con tiras muy finas atadas en la nuca, se acercó a la oficina del gerente caminando sin prisa con sus tacones de aguja.

»—El señor Hogan —susurró mi amiga Tara, con los ojos como platos.

»Nos reímos, imaginándonos al señor Hogan, el gerente y conserje, levantando la cabeza para ver entrar a aquella diosa. Era un buen hombre, felizmente casado, y no se ponía demasiado duro con nosotras cuando jugábamos entre los coches aparcados. Aun así, nos lo imaginábamos pasmado al ver aparecer delante de él a una mujer con aquel aspecto.

»No pasaba muy a menudo que viéramos cosas extraordinarias en la avenida Carnegie. Bueno, no pasaba nunca.

»Tara, Torrie y yo nos levantamos y nos acercamos para examinar el Corvette. Lo rodeaba un rastro persistente de aroma intenso a flores y almizcle, el olor de la riqueza, la belleza y el misterio. El interior estaba inmaculado y no había ni asomo de nada que no perteneciera al coche.

»Nos quedamos rondando durante los veinte minutos aproximadamente que la mujer se pasó dentro y, cuando reapareció, nos pusimos firmes. Antes de que se volviera a poner las gafas de sol sobre el puente de la nariz, le pudimos ver la cara entera durante un segundo. Unos ojos grandes y oscuros entre gruesas cortinas de pestañas largas y lápiz de ojos negro. Cada vez que yo la describía en los años posteriores, la gente me sugería de forma inevitable a Sofia Loren o a Raquel Welch. Yo siempre los redirigía a Nefertiti, esa mujer que imaginamos regia y sublime.

»—¿Viene usted a vivir aquí? —le pregunté, sin atreverme a creérmelo. En aquel barrio cuyas calles llevaban el nombre de los próceres que habían construido América no vivía nadie como ella.

»—Un tiempito —dijo ella, con una sonrisa tenue y en voz baja.

»Al cabo de un momento, el Corvette ya se estaba alejando por Carnegie, pero unos días más tarde regresó y entró en el aparcamiento con un camión de mudanzas detrás.

»Mis amigas y yo nos preparamos para el espectáculo y contemplamos fascinadas cómo los fornidos empleados de mudanzas subían muebles bajos, curvados y blancos por la escalera estrecha que llevaba a su apartamento. No tenían nada que ver con los muebles de madera oscura y tonos florales y ámbar que predominaban en las casas que yo había visitado. También iba vestida con ropa blanca informal, pantalones anchos y un top de raglán lo bastante holgado como para dejarle un hombro al descubierto. Llevaba el pelo recogido con una cinta trenzada blanca. Mi madre tenía unos cuantos atuendos parecidos en el armario, una ropa cómoda y básica que hasta entonces nunca había sido ascendida de conjunto cómodo a elegante.

»Durante la semana siguiente, me mantuve alerta por si aparecían la Mujer de Blanco y su coche. La mayoría de las veces, el Corvette estaba pulcramente aparcado en su plaza, contigua a los sedanes y camionetas polvorientos. Pero se mostraba esquiva. Hasta que un día vi a través de la mosquitera que tenía abierta la puerta de su apartamento.

»—Vamos a hablar con ella —dije.

»Tara negó con la cabeza.

»—Ni hablar.

»—¿Por qué no? —Torrie echó los hombros hacia atrás, siempre aventurera—. Mi madre ha hablado varias veces con ella. Dice que es simpática.

»Intenté imaginarme a la señora Bracken, una mujer de corazón generoso que fumaba mucho y bebía un montón de té helado con edulcorante Sweet'n Low, hablando con la Mujer de Blanco. Decidí agarrar al toro por los cuernos y fui hacia las escaleras.

»Necesité un poco más de coraje del que me había esperado para llamar, pero valió la pena cuando vi aparecer a la mujer por el pasillo, con el pelo envuelto en una toalla blanca a modo de turbante y vestida con un kimono holgado de seda blanca. Iba descalza, lo cual le daba un aspecto más joven, pero no menos impresionante.

»—Mmm, ¿quiere estar un rato con nosotras? —le pregunté.

»Enarcó las cejas por encima de unos ojos muy abiertos. Tardó unos segundos en contestar.

»—Eres muy amable por invitarme, pero me estoy preparando para una cita.

»—¿Tiene usted una cita? —No me podía imaginar a ningún hombre que estuviera a su altura. Simplemente, no conocía a nadie que tuviera aquel autocontrol silencioso, aquel refinamiento sereno en los movimientos, aquella sensación de que nada la perturbaba ni sorprendía ni la pillaba con la guardia baja.

»Se le curvó la boca.

»—Sí. Y llego un poco tarde, así que tengo que irme. Quizás en algún otro momento…

»—Claro —asentí, sintiendo todavía más curiosidad por quién podría tener la confianza necesaria para pedirle una cita a una mujer así.

»Torrie, Tara y yo nos apostamos en la tapia baja de la calle, ansiosas por ver al hombre de la cita y el aspecto de ella. Todas arrugamos la nariz y negamos con la cabeza. El hombre estaba bien y nada más. Muy normalito. Pelo oscuro, americana marrón, pantalones de tela. Recuerdo que pensé que, si se presentaba con aquella pinta, era porque no la apreciaba como debería. Su coche no era igual de memorable que el de ella.

»Decepcionada, le grité:

»—¡Es muy guapa!

»El hombre se sobresaltó y frunció el ceño.

»Cuando la mujer se marchó con él, estaba fabulosa; por fin se había soltado la melena y ahora le caía en forma de tupida cortina de rizos negros

hasta la cintura.

»Nunca la volví a ver. Al cabo de una semana, me enteré de que se había mudado el día antes, de manera que su estancia había durado en total dos semanas. Pero nunca la he olvidado. Cuando empecé a escribir, a menudo me sirvió de inspiración. Los misterios sin resolver, sobre todo los que perduran desde la infancia, son algo que no te abandona. Al principio la usaba para el rol de la *femme fatale*, de la otra mujer o la ex. Más tarde dejó de ser la antagonista para hacer de heroína, pero siempre era la amante de un jefe del hampa cuya vida se cruzaba con la de un fornido agente del orden o bien una esposa-florero que renacía tras ser abandonada por una mujer todavía más joven.

»Con el tiempo, he reevaluado mi forma de pensar en ella. ¿Acaso soy una de esas mujeres que perpetúan historias en las que otras mujeres carecen de poder para seguir su destino, que deambulan impotentes por entre los caprichos de unos hombres que las cosifican? Decidí que no quería serlo. ¿Por qué limitarla al rol de mujer florero? ¿Por qué hacer que su principal atractivo para el público sea su belleza extraordinaria o bien algo que necesita superar? Y el hombre que salió con ella también ha sido un héroe más de una vez en mis libros. A eso nos dedicamos los escritores: a darle la vuelta a lo que vemos y a probar caminos nuevos y frescos.

»Así pues, la Mujer de Blanco ha sido una novelista superventas que trabajaba en casa, una agente de la CIA que estaba en la ciudad para cumplir con una misión puntual y una empresaria que ha creado con enorme habilidad una plantilla que ya no necesita supervisión constante. A veces el hombre que salió con ella es su agente o su jefe o su hermano. A veces está sin casa y esperando a que se cierre su préstamo y otras es una superviviente que deja atrás el trauma y se adentra en el siguiente capítulo de su vida.

»Nunca conoceré su historia verdadera, pero las que me invento ahora para ella están fabricadas con la gracia y el respeto que todos merecemos. Ese es el poder de la imaginación.

Al llegar al final, Tango se ha vuelto a acomodar en su silla y se ha levantado para ponerse la mascarilla para cubrirse la boca. He mirado a mi alrededor: llegados a ese punto de la velada, la mayoría ya estábamos beodos y nadie parecía saber qué decir después de aquella historia. En cuanto las campanas

de la vieja San Patricio se han puesto a dar las ocho en punto, todo el mundo ha empezado a recoger sus cosas.

Pero antes de que alguien llegara a la puerta, nos hemos fijado en una joven que acababa de aparecer entre nosotros. No era alguien a quien yo hubiera visto antes, ni en el edificio ni en la azotea. Estaba bastante segura de que, si hubiera aparecido en la biblia de Wilbur, me acordaría de ella. Tenía una pinta rara incluso para los estándares de Nueva York. A juzgar por cómo la miraba todo el mundo, nadie sabía quién era. Yo no la había visto salir por la puerta de la azotea; debía de haber estado escondida en las sombras todo el tiempo. Y no llevaba mascarilla.

Tenía el pelo corto y de punta, teñido de verde y con falsas joyas negras engarzadas. Los brazos desnudos, largos y flacos, con los dedos muy finos, y unos ojos redondos y relucientes tan oscuros que parecían todo pupila. La piel pálida, casi verdosa; también el vestido era verde claro, con la falda abombada. La tela tenía una textura áspera, como de piel sin curtir. El efecto resultante era extraño e inquietante, pero hermoso a su manera.

—Buenas noches —ha dicho. Su voz era liviana y seca—. He venido a daros las gracias por vuestras historias. ¡Me han enseñado muchas cosas! No sabía nada del pianista manco ni de la venganza ni de los fantasmas ni del olor de la muerte.

Nos hemos mirado todos. ¿Había estado entre nosotros? ¿Toda la semana? ¿En serio?

—Sí, sí, vivo en este edificio —ha dicho, como si nos leyera la mente—. Pero mi especialidad es pasar desapercibida. —Se ha plegado para sentarse en una de las sillas vacías, recogiendo las rodillas por debajo de la falda, y nos ha contemplado atentamente con aquellos ojos redondos y negros—. Muchas de vuestras historias han sido inusuales, pero sospecho que la mía quizás sea la más inusual de todas.

Eurovisión se la ha quedado mirando como si estuviera hipnotizado.

—Íbamos a despedirnos hasta mañana, pero… —Nos ha mirado a los demás, como pidiendo permiso—. Por supuesto, nos gustaría oír tu historia.

—Gracias —ha dicho. Ha emitido un suspiro que casi era un susurro y se ha puesto a hablar.

—De día trabajo para una empresa de exterminio de chinches. Todos deberíamos tener un trabajo para el que tengamos talento y que nos encante,

¿no os parece? Y resulta que yo tengo una afinidad especial con esa vocación. Puedo avistar y capturar a esos desagradables invasores de hogares con una velocidad y una precisión que maravillan a los demás exterminadores. Dicen que debo de tener ojos en la nuca. Todavía no les he contado que, de hecho, sí que tengo ojos en la nuca, más o menos: tengo tres a cada lado, más los dos delanteros, que suman un total de ocho.

»No os alarméis, no soy del espacio exterior. Lo entenderéis mejor dentro de un momento.

»Trabajo sin pesticidas, lo cual supone un plus para muchos de mis clientes de ideas más ecologistas. Los chinches son un problema enorme en esta ciudad. Por lo que me han contado, le pueden arruinar la vida a una persona; son un estigma, y sus víctimas no pueden confiar en nadie más que en mí. Estoy encantada de ayudarlos y así se lo explico. Además, no estoy en contra de complementar mi dieta con algún que otro aperitivo nutritivo cuando la ocasión lo propicia.

»Además de mi trabajo oficial, he estado yendo a clases en la NYU, o por lo menos iba antes de la plaga. Personalmente tengo una inmunidad natural a ese virus, pero aun así me han pospuesto la mayoría de las clases. He estado haciendo mis pinitos en las humanidades, ya que quería investigar el significado de la palabra “humano”. Así pues, me centro en la filosofía y la mitología.

»En una de mis clases aprendí que los griegos antiguos contaban la historia de una chica llamada Aracné que era una tejedora excelente. Pero Aracné incordió a algún dios y este la convirtió en araña. Se suponía que tenía que ser un castigo terrible, lo cual me hizo reír cuando me enteré, porque yo antes era una araña. Puestos a elegir entre ser chica o araña, ¿quién no optaría por la araña? Una araña hembra, no hace falta decirlo. Las chicas siempre son objeto de depredación por parte de los humanos macho, pero con las arañas pasa lo contrario. No nos comemos a todos los machos, eso es un estereotipo exagerado. Solo a los más pequeños y a los que carecen de agilidad.

»Una vaga amenaza hace que los tíos se espabilen, ¿no os parece? Es lo que sugiero en mi perfil de Tinder: una vaga amenaza. Os sorprenderían las respuestas que recibo.

»Sé que mi historia es extraña y es posible que me toméis por loca, pero os estoy contando la pura verdad. No sé muy bien cómo ni por qué me transformaron. Seguramente fue un dios, como en la historia griega; los dioses son caprichosos. O quizás fuera un experimento de ingeniería genética que se les fue de las manos. ¿Acaso yo era un ser humano al que se le

añadieron materiales arácnidos o fue al revés? Pero no podemos pasar demasiado tiempo preocupándonos por nuestros orígenes, ¿verdad que no? He aprendido en mis clases de filosofía que los seres humanos se pueden agobiar mucho por cosas que son incognoscibles, como por ejemplo el significado último de la vida. Personalmente me da la sensación de que el significado último de la vida es poner huevos, pero es que a veces soy muy anticuada.

»Pero vuelvo a mi historia. Un día ya no estaba corriendo por el follaje. Me encontré sentada en un tren que iba de Cambridge, Massachusetts, a Nueva York. Por suerte, me habían suministrado ropa interior, una maleta para guardarla y una tarjeta de crédito: quizás los dioses sean caprichosos, pero también son detallistas.

»También me habían dado un nombre. Estaba en la tarjeta de crédito: Gabriella Cambridge. Lo de "Cambridge" tenía sentido en vista de que la secuenciación genética se había hecho en el MIT. Gabriella quizás fuera una referencia al ángel Gabriel, que anunciará el fin del mundo haciendo sonar su trompeta. ¿Es ese el secreto de mi materialización en esta forma híbrida? ¿Me han mandado para que haga de mensajera? Y en caso de que sí, ¿cuál es el mensaje? ¿Quizás que el mundo tal como lo conocéis está llegando a su fin? No tengo ni idea, pero imagino que me lo acabarán diciendo; está por ver si será un dios o un científico quien me lo diga.

»Entretanto, estos días de confinamiento, cuando no estoy trabajando en algún caso de chinches, los paso investigando la historia y la prehistoria de la parte arácnida de mi herencia cultural. Somos muy antiguas, las arañas; aparecemos en muchas tradiciones. En algunas, el mundo lo tejió una araña. En otras, somos embaucadoras, astutas, pero a veces irreflexivas y estúpidas, y es en esta última versión en la que tejimos a los seres humanos. Algunas dicen que os protegemos de las pesadillas; otras, que hacemos que llueva. Pero siempre, y hago énfasis en esto, trae mala suerte matar a una araña.

»En el aspecto práctico, algunas controlamos las infestaciones de las casas, mientras que otras se especializan en jardines. Sí, es verdad que algunas somos tremendamente tóxicas, sobre todo en Australia, ¿pero qué grupo de seres quiere que lo juzguen en base a sus miembros más alarmantes? ¿Acaso todos los seres humanos son Calígula y la condesa Báthory? ¡Desde luego que no!

»Y como vosotros sois narradores, permitidme que os señale con humildad que muchos de los términos que usáis —el hilo de la historia, urdir un relato, la trama— están tomados de nuestra cultura arácnida. "Texto", por

supuesto, viene de “textil”. A las arañas no nos gustan los dichos humanos peyorativos, por ejemplo, “enmarañada tela tramamos / cuando el engaño inventamos”. También habláis de “telarañas de mentiras”. Las arañas no mentimos ni engañamos cuando tejemos nuestra tela, simplemente estamos comiendo. Los envases de los productos cárnicos en los supermercados, ¡eso sí que es engañoso! Los niños crecen creyendo que los filetes se fabrican envueltos en precinto transparente, en vez de ser cortados con una sierra del cadáver de una vaca. Las arañas no somos hipócritas por lo que respecta a nuestros modos de ingestión. No nos esforzamos por esconder los cadáveres de las moscas a las que les hemos sorbido los fluidos.

»Pero tanto hablar de comer me ha dado hambre. Tengo una cita en un piso de esta misma calle, que también tiene un problema grave de chinches, y me debo excusar, aunque confío en regresar antes de que haya terminado esta velada. Como digo, soy muy rápida. ¿Alguien me quiere acompañar para ver cómo trabajo? Mis métodos bien merecen el estudio. ¿Usted, señor? ¿No? ¿Y usted?

Ha señalado a Darrow, que ha negado con la cabeza y ha soltado una risa nerviosa.

—No tiene por qué desconfiar de mí, señor —ha dicho ella, con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora. Le han asomado en las comisuras de la boca las puntas de dos colmillos negros y curvados—. Es usted demasiado grande para serme apetecible como presa.

—Seguro que se lo dices a todos —ha dicho Darrow, echando un vistazo a su alrededor. Varias personas han soltado una risilla como para respaldarlo.

La chica ha extendido sus piernas flacas por debajo de su falda bulbosa.

—¿Perdón? No se lo digo a todos porque algunos son mucho más pequeños que usted. —Estiró los brazos y flexionó los dedos. ¿Se había enfadado?—. ¿Me está acusando otra vez de mentir? Yo no miento nunca.

Darrow intentó restarle importancia.

—Eh, sin ánimo de ofender. Era una broma.

—Oh. Las arañas y afiliados tenemos dificultades con este concepto crucial de los humanos, las «bromas». Pero las estoy intentando desentrañar. ¡Os veo más tarde!

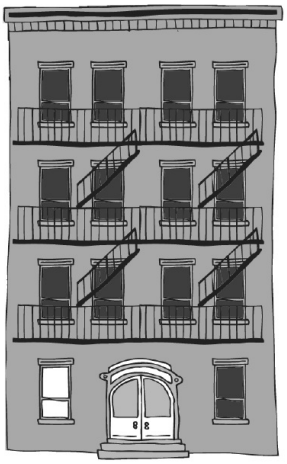
La mujer de color verde claro estaba allí, tan real como vosotros o como yo, y al cabo de un momento su silla estaba vacía. Los rincones de nuestra azotea

estaban oscuros y brumosos, así que quizás se ha fundido con las sombras. Nos hemos mirado los unos a los otros: ¿qué acababa de pasar? ¿Era real? ¿O quizás fuera alguien con un disfraz antiguo de Halloween que se nos había colado en la fiesta, aprovechándose de lo mucho que habíamos bebido para tomarnos el pelo?

O bien… Pero no es posible. Quién sabe.

Aunque no ha vuelto. Eso nos dice algo. O por lo menos, eso creo.

Día 11



10 de abril

Fuera lo que fuera, tomadura de pelo o alucinación inducida por el alcohol, me he pasado el día pensando en la extraña chica-araña. Me he preguntado si su aparición habría asustado a algunos de mis cuentacuentos, pero cuando he llegado a la azotea me ha parecido ver otra vez a todos mis sospechosos habituales. Me he alegrado, a mi pesar.

Aunque no parecía que nadie estuviera dispuesto a sacar otra vez el tema de la chica-araña a plena luz del día, alguien había pintado en la pared del mural una imagen de dos conejos aterrados y con los ojos muy abiertos metidos en una caja con agujeros. La caja estaba en manos de un viejo corpulento y barbudo sentado en una nube.

—Veo que esta noche ha decidido sumársenos Dios en persona —ha dicho Eurovisión, repanchingado en su silla y sirviéndose su Martini hasta desbordar la copa.

—Quita. ¿Un viejo blanco sentado en una nube y moviendo nuestros hilos? —ha dicho Vinagre con un soplido de burla—. Ese no es mi Dios. No, gracias.

—Una vez hice un cómic en el que aparecía Dios como personaje —ha intervenido Amnesia—. Lo hice de color púrpura, narigudo, con bigote y la barba mal afeitada. Ah, y con tentáculos.

—Dios no es más que un niño idiota y nosotros su experimento científico —ha afirmado Hello Kitty.

—Por el cual le van a poner un suspenso —ha dicho Darrow. Ha mirado a Amnesia—. Me resultas curiosa. ¿Escribías cómics?

—Sí, hasta que me contrataron para escribir juegos de ordenador. Me llamaron después de ganar un premio Ringo por mi serie de cómics *Políporo*, que me trajo mis quince minutos de fama y riqueza.

—*¿Políporo?* —le ha preguntado Eurovisión a Amnesia—. ¿Y de qué trataba?

—Era una serie de terror y ciencia ficción sobre un hongo en una repisa que colonizaba el pene humano. Tuve una avalancha de ofertas, rollos tipo Comic Con y cosplay, hasta que me contrató Frictional Games para trabajar de colaboradora externa por una tarifa astronómica. *Amnesia* no lo inventé yo, pero sí que participé en la escritura de las versiones posteriores. Pasó todo muy deprisa: fui millonaria durante un año, hasta que enfermé de VIH, y como era una puta idiota no tenía seguro médico. Me gasté todo mi dinero en esta misma calle, en el Presbyterian. Mi vida entera se vino abajo y cuando salí del hospital terminé en este chiste de edificio. En cualquier caso, durante mi año glorioso de fama y riqueza probé a ser actriz.

—Me salió un papel en *Los monólogos de la vagina* en el Westside Theater de Nueva York. Nunca había querido ser actriz, pero me convencieron el productor y la autora. Resultó un experimento muy interesante. Los escritores viven solos. Los actores siempre están interactuando entre ellos. La jornada de una actriz es completamente distinta de la de una escritora. Te despiertas tarde, desayunas tarde, te prometes a ti misma que vas a hacer cosas como escribir o llamar a gente por teléfono, pero, como sabes que tienes que irte al teatro a las cinco, al final no haces nada. A las cinco, si tienes suerte, te subes a un coche que te manda la compañía y vas al teatro. Allí te pones el maquillaje y la ropa de la obra y charlas y cotilleas con el resto del reparto. Es la mejor parte del día. Es cuando te enteras de qué audiciones hay y de los cotilleos del ramo, y desearías que durara para siempre. Sinceramente, ponerte el maquillaje y planear el resto del día es una maravilla. Hasta que llega la hora. Y te llaman a la puerta.

»“Estad listos para empezar a tal hora.”

»Y te vuelves a arreglar el maquillaje y subes al escenario, lista para empezar, con el corazón a cien. En ese momento estás segura de que te vas a olvidar de tu texto, y, sin embargo, cuando ocupas tu lugar, todo vuelve a ti. El humor, la voz, la locura de estar frente a un público a oscuras de caras invisibles. Es como vivir una vida alternativa, separada de tu vida normal. Y

más intensa que tu vida. Antes del espectáculo no se puede comer y es como que el hambre te impulsa. Cuando se termina la función y se encienden las luces y ves la cara de la gente que te ha estado escuchando, te sientes absolutamente famélica y solo quieres salir a comer. Cuando tengo que hablar en público, no me gusta nada comer —la comida me embota—, pero después del espectáculo me siento liberada y lo único que quiero es una copa de vino y comida. Da igual lo espantoso que sea el restaurante, la comida siempre sabe a gloria, y la compañía es estupenda porque la gente con la que has estado actuando se muestra completamente abierta. Después de la primera copa de vino, están dispuestos a contártelo todo.

»Así pues, aunque nunca había querido ser actriz, me encantaba el ritmo de la jornada de los actores; llegar a casa, desplomarte completamente agotada y dormir hasta las once de la mañana siguiente, vaciada por la euforia. Cuando escribes, siempre has de enfrentarte a las dudas, pero como actriz las palabras que dices no son tuyas, de forma que te metes en el personaje con una especie de alegría irreverente. Cuando hice *Los monólogos de la vagina*, algunos directores y actores amigos míos vinieron a verme y me dijeron que "no lo hacía mal". Aun así, no cambiaría mi difícil vida de escritora por la existencia más social de actriz. Me alegro de haber conocido el ritmo de sus vidas. Algún día escribiré una obra de teatro.

»Lo más notable que me pasó durante el espectáculo fue que un día, mientras estaba interpretando mi papel vaginal, ¡se murió alguien del público, un hombre! Como es natural, no me enteré hasta después de la representación. No me culpo por su muerte, pero quizás el material lo alteró demasiado.

Amnesia se ha interrumpido y Hello Kitty se ha echado a reír a carcajadas.

—Me encanta. ¡*Los monólogos de la vagina* mataron a un hombre! —Se ha partido de la risa—. Es impagable. ¿Y dices que "no lo hacías mal"? ¡Seguro que eras la hostia! ¡Escritora millonaria y actriz! ¿Cuántas intérpretes pueden decir que han matado a alguien del público con su talento?

No ha parecido que le hiciera gracia a nadie más.

—¿Te llegaste a enterar de cómo murió? —le ha preguntado Darrow a Amnesia, pasando por alto deliberadamente el arranque de hilaridad de Hello Kitty.

—Dijeron que de un ataque al corazón. —Parecía un poco incómoda por la dirección que había emprendido la conversación sobre su historia. La

muerte del hombre me interesaba menos que el hecho de que Amnesia hubiera contraído el VIH; por supuesto, no tenía intención de hacer ninguna pregunta que pudiera llamar la atención hacia mí. Pero colega, es una enfermedad espantosa. Debía de haberse pegado un batacazo enorme en la vida para acabar en el Fernsby Arms.

Hello Kitty todavía se estaba riendo, aunque con menos entusiasmo ahora que veía que los demás no participaban de sus burlas.

—Lo siento, pero no me hace mucha gracia —ha dicho Maine—. Tendrías que visitar un día las urgencias hospitalarias y ver cómo es que te dé un ataque al corazón.

En vez de responder, Hello Kitty se ha limitado a dar una calada larga a su vapeador y ha vuelto a encoger las piernas en su butaca de huevo con expresión desafiante.

Ha intervenido la Señora de los Anillos:

—Me encanta lo que has dicho de la jornada del actor. Nunca he sido actriz teatral, no exactamente, pero…, en fin, quizás sea el momento de contar mi historia.

Empezaba a agradecer la habilidad con que la Señora de los Anillos rebajaba la tensión en la azotea.

—¡Sí! —ha dicho Eurovisión—. ¿No mencionaste que habías vivido una mentira? Me muero de ganas de saber qué significa eso.

—Sí, bueno; en primer lugar, quiero aclarar que empecé siendo artista. Y era buena. O sea… —La Señora de los Anillos ha hecho una pausa y ha señalado con la cabeza a Vinagre—. Quizás no tan buena como tú. Pero había entrado en la Pratt. Y por entonces eso era importante. Llegué a pensar realmente… En fin. —Ha negado con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Resulta que mi hermano, el bobo de mi querido hermano Glenn, se creía autor teatral y también productor… —Se ha reído por lo bajo—. Sus obras no eran buenas, por desgracia. Pero tenía que producirlas. Siempre había sido su sueño y, por alguna razón, cuando uno de sus actores decidió que necesitaba un trabajo de verdad y lo dejó colgado la misma noche del estreno, Glenn me engatusó para que lo sustituyera. Solo por una noche. Una carambola. Glenn estaba totalmente… desesperado. Decía que tenía un «posible patrocinador», un tipo con mucha pasta, y que por favor…

»Mi papel era nada menos que el de mayordomo: muy poco texto y solo una noche. —Ha soltado una risita y se ha pasado los dedos largos por el contorno del mentón mientras lo rememoraba.

»Imaginaos esto: una peluca muy usada, un bigote que picaba un montón y un viejo esmoquin raído que Glenn había encontrado en una tienda de segunda mano de Red Hook. Tuve que ponerme una faja bien prieta en el pecho para esconder mis… argumentos. —Sonrió.

»En algún momento del segundo acto, se me ocurrió que no había esperado que asistiera nadie a la obra de Glenn, y mucho menos que la sufragara. Él había jurado que vendría un inversor, pero, con lo prieta que iba, simplemente me sentía mareada y molesta por haberle dicho que le echaría un cable. El técnico de iluminación era tan poco sutil que yo apenas podía ver al público. Pero sí que podía ver… y oler… el atrezo de segunda mano de Glenn, todavía húmedo por culpa del sótano inundado donde lo había encontrado. Los actores que pululaban con sus trajes de época se veían cómicamente cutres. Quizás solo estuviera mareada por apretarme demasiado los pechos. Además, el pegamento barato del bigote se había secado y me picaba horrorosamente. Aun así, pude distinguir a mi dulce y querido Glenn haciéndome un gesto con el pulgar levantado desde la tercera fila, sonriendo como si alguien le acabara de pagar. Supuse que debían de haber aparecido sus “inversores”. Así que me rasqué con vigor por debajo del bigote con la excusa de enroscar la punta y pronuncié mi gran línea:

»—*Madame*, creo que ha llegado el agente de la ley.

»El tercer acto fue un desastre absoluto. Para cuando mi personaje quedó libre de sospechas y se desveló que la culpable era una niñera que se llamaba, no os lo perdáis, Agnes Butler, la mayor parte del público ya había aprovechado la oscuridad para escabullirse. Llegados a aquel punto, yo estaba viendo halos alrededor de todas las luces y solo quería quitarme la faja antes de desmayarme.

»Pero tocaba hacer las reverencias. Incluso una segunda ronda de reverencias, gracias a Glenn, que lideraba en persona los aplausos. ¿Dónde había encontrado un público para aquella farsa plagada de juegos de palabras malos? El teatro RH había sido un almacén de verduras llevado a la quiebra por un huracán reciente. Mi querido hermano había podido pagarse aquel espacio gracias a que había estado tan desesperado como para tapar con pintura las manchas de humedad y obligar a sus actores a que gritaran el texto para hacerse oír a pesar del zumbido de los ventiladores gigantes. Las paredes y los suelos habían tardado una semana en secarse.

»Desde que se había graduado, dos años antes, Glenn había estado montando sus obras en universidades públicas, usando sobre todo a alumnos y a un grupillo abigarrado de amigos suyos del mundo del teatro. Las clasificaba en la categoría de "teatro experimental". Ninguna tenía ni pies ni cabeza. Ya no hablemos de beneficios. Pero sus amigos parecían decididos a representarlas a cualquier precio, de forma que reciclaban vestuario y montaban los decorados que podían sin importarles dónde ni cuándo estuvieran ambientadas las historias de Glenn. Creo que ninguna de sus obras se representó más de dos o tres noches.

»Lo que yo no sabía era que cada producción se tragaba todo el dinero que Glenn ganaba durante la semana haciendo de camarero y pintando pisos. Cuando éramos niños, yo había sido la protagonista por defecto de todas sus obras, desde su versión escrita en cuarto de primaria de *Wonder Woman, la precuela* hasta su parodia *Los cuentos de Cadbury*, que había montado en la sala comunitaria de nuestro edificio de apartamentos de Park Slope cuando iba a cuarto de secundaria. Para aquella, el reparto hizo una colecta de fondos.

»Creo sinceramente que la mayoría de espectadores vinieron por las golosinas gratis que repartimos en el intermedio.

»Yo había sido su cómplice gustosa. Pero habían sido otros tiempos. En cuanto entré en la Pratt, ya necesité tener por lo menos dos empleos cada semestre. Todas las becas que pude conseguir apenas me cubrían el coste de los materiales. Iba mal de dinero y peor de tiempo. Y le dejé claro a Glenn que no era actriz… Por entonces, mi arte lo era todo para mí. Así que, claro… —La Señora de los Anillos se ha encogido de hombros como quitándose aquella idea de la cabeza.

»Cuando el actor protagonista de Glenn le falló en el último momento, dejándolo en la estacada, ¿qué podía hacer yo? El tipo había elegido un trabajo "de verdad" en lugar de los focos y las bambalinas de Red Hook. Y solo era una noche.

»Nada más terminar los aplausos, me fui directa al almacén que Glenn me había montado a mí, su estrella. No me importaba interpretar a un hombre; había muy pocas cosas que no estuviera dispuesta a hacer por mi hermano. Pero necesitaba intimidad para ponerme y quitarme aquel uniforme de mayordomo. Hasta me había cortado el pelo bien corto para que me cupiera la peluca y había añadido aquel asco de bigote para darme una pinta más masculina. Había cogido virutas de lápices pastel —mis lápices pastel buenos marca Caran d'Ache, que solo me había podido comprar a base de pasarme una semana sin almorzar—, los había mezclado con vaselina, me había

embadurnado el mentón y la garganta con el mejunje resultante y *¡voilà!* Ya tenía barba de dos días y nuez. Pero lo de aplastarme el pecho… había sido agotador. Necesitaba respirar.

»Todavía no había llegado al almacén cuando oí que Glenn me llamaba:

»—¡Espera!

»Estaba sonriente y eufórico, flanqueado por los dos tipos con los que lo había visto sentado entre el público. Era imposible que lo que me había dicho de los inversores fuera verdad. Aquello seguía siendo Red Hook. Y ahora el iluso de mi dulce y entusiasta hermano Glenn, el hermano al que yo adoraba y al que siempre animaba, había escrito una verdadera mierda de obra. Pero yo nunca se lo diría. Por eso era capaz de enfundarme una faja, pegarme un bigote y seguirle la corriente igual que había hecho en la escuela primaria. Y de alguna forma Glenn se las había apañado para convencer a otras personas —que no eran parientes de sangre— para que aceptaran algún papel. Sin embargo, atraer a alguien que quisiera gastarse dinero de verdad en aquella obra… Imposible.

»—Jeremy, Chaz, me gustaría presentaros a mi estrella —les dijo Glenn con orgullo. Y me dedicó un guiño curioso.

»Intercambiamos saludos con la cabeza, apretones de manos y cumplidos. Mi acento, mi ritmo, mi presencia escénica… magistrales, farfulló Jeremy. ¿En serio? Su amigo Chaz no decía nada; se limitaba a examinarme la cara. De pronto fui consciente de lo húmedas y mohosas que estaban las paredes de aquel pasillo y del escaso espacio que quedaba entre ellas. Sinceramente, si no conseguía quitarme pronto aquel disfraz, me daba miedo terminar gastando el poco aire que me quedaba en gritar.

»Glenn me conocía perfectamente; sabía que tenía ganas de largarme.

»—Os vemos delante de la puerta en diez minutos, ¿vale? —les dijo a sus nuevos amigos, sin ver, o haciendo ver que no veía, la mirada de reojo que yo le estaba dedicando.

»—Tengo que quitarme esto, Glenn —insistí en cuanto se marcharon.

»—No, venga, Alex —me dijo—. Tienes que venir con nosotros. Por favor… Este tipo, Chaz, está forrado. Te hablo de una fortuna enorme, dinero viejo, ¿vale? Puede llevar mi obra directamente al off-Broadway.

»Me alegré por él. Me alegré de que tuviera tanta fe. Y se lo dije.

»—Pero háblame del tema después de que me cambie, ¿vale? —recuerdo que añadí. El simple hecho de hablar ya me suponía un agobio.

»Glenn se me acercó mucho, aunque sus nuevos amigos habían cerrado con firmeza la puerta al salir.

»—Escucha, tía. Chaz, el que tiene toda la pasta… Creo que piensa que eres un hombre. En serio. En plan, felicidades, tía, me quito el sombrero, ¡has bordado el papel!

»—¿Y qué? ¿Me va a dar el papel cuando lleve tu obra a Broadway…? ¿En serio? No te ofendas, querido hermano, ¿pero a mí qué coño me importa? No soy actriz, ¿te acuerdas? Y no lo quiero ser.

»Glenn puso los ojos en blanco.

»—No, mujer, claro que no. Pero tiene un trabajo para ti. Superbien pagado, creo —añadió—. No me digas que no es una buena noticia. Vente con nosotros a esa fiesta en el East Village, venga.

»Examiné a mi hermano. Sí, me hacía falta dinero. Me quedaba un semestre en la Pratt y no tenía perspectivas de encontrar trabajo. Me quedaban ciento treinta y ocho dólares en la cuenta de ahorro y en la corriente no había lo bastante para sacar metálico del cajero. Además, debía el alquiler. Eran cosas que tener en cuenta. WE Press Books, donde trabajaba de becaria, llevaba dos semanas sin pagarme, así que yo había dejado de ir. Lo cual hacía muy improbable que me fueran a pagar lo que me debían en un futuro próximo. Sí, me iría bien algo de dinero.

»Aun así, me acerqué a su oído para conseguir que me entendiera:

»—Que no… puedo… respirar…, joder.

»—Pero qué melodramática eres —fue lo único que me dijo.

»Cogimos un taxi para seguir al coche que habían llamado sus nuevos amigos; así Glenn tendría tiempo de explicarme cómo estaba dispuesto Chaz a financiar su obra, a hacerla “realidad”. Recuerdo que pensé en las muchas mentiras bienintencionadas que nos decimos. Miré a Glenn a la cara. Quería avisarlo. Pero me parecía una crueldad serle sincera. Mi hermano estaba demasiado emocionado como para contemplar la verdad sobre aquella obra. Cuando cruzamos el puente de Manhattan, las luces del techo no pararon de acariciarle la cara, ahora sí y ahora no, ahora sí y ahora no. Estaba convencido de que era su principio. Y yo quería que lo fuera. Demonios, lo quería tanto por él como por mí. Pero cuando la gente me había dicho a mí que yo tenía talento, había tenido suficiente sentido común para cuestionarlo. Los demás también podían ser mentirosos bienintencionados.

»¿Cuántas veces había despotricado yo contra la ética situacional? Pero aquello era distinto. Era Glenn. Y la ética situacional parecía mejor que mentir.

»Cada badén que pisamos en el puente, cada bache que cogimos de camino a The Bowery, tenía un efecto curativo, cada sacudida me aflojaba la

faja que me rodeaba el pecho. Intenté concentrarme en respirar. Más valía que aquello mereciera la pena.

»Resultó que la fiesta era en la azotea de un edificio anodino sin ascensor de la Calle 3 Este.

La Señora de los Anillos ha echado una mirada cargada de intención a todos los que la mirábamos afanosamente para intentar averiguar adónde estaba yendo aquella historia.

—En fin, la azotea estaba bordeada con ristras de lucecitas y la mayoría de los asistentes se apiñaban en las sombras de forma que sus siluetas se iban fundiendo y separando, definidas por las luces de fondo de la ciudad. Había una barra de bar improvisada, mantas, cojines y sillas en un rincón, y alguien estaba pinchando una especie de mezcla rara entre rap y música de sitar.

»Glenn me dejó y regresó con dos vasos de plástico llenos de vino muy malo. Después se fue en busca de sus amigos. Encontré un sitio en la cornisa del edificio que lindaba con la azotea de al lado, por el lado que no ofrecía una caída libre de siete pisos a la acera. Me aposenté allí y bebí un sorbo de vino.

»—¿Te ha dicho Glenn que tengo un trabajo para ti? —De pronto tenía a Chaz plantado delante, con una flauta de champán a medio llenar en la mano. Estaba claro que Glenn no había encontrado la barra que tenía las bebidas buenas.

»—Sí, lo ha mencionado —dije, confiando en haber puesto voz grave a pesar de haber sido pillada por sorpresa. Gracias a la distancia y al maquillaje, había conseguido pasar por hombre sobre el escenario y en aquel pasillo sumido en sombras. Ahora, en cambio, me preocupaba la farola que tenía varios pisos por debajo. ¿Cuánto revelaba aquella luz?

»—Lo que tengo es, en fin… No es, mmm… No es exactamente un trabajo de interpretación convencional. —Chaz soltó una risilla forzada y estrangulada. Entrecerró los ojos y me examinó como si no estuviera seguro de si debía decirme más.

»Me quedé mirando mi vaso de plástico y agité despacio el vino que me quedaba, manteniendo la cara lejos de la luz. Dios. ¿Qué me iba a ofrecer? ¿Ser payaso de fiestas de cumpleaños? ¿La grupa de un caballo? ¿Algún rollo sexual raro? ¿Acaso Glenn sabía de qué se trataba y no me lo había querido decir? ¿Acaso importaba? En dos días me vencía el plazo del alquiler.

»—¿Qué requisitos hay?

»—Bueno —dijo, sentándose a mi lado en la cornisa de la azotea—. Para empezar, deberías quitarte ese bigote, Alexandra.

Estábamos todos inclinados hacia delante y atentos cuando hemos oído un estruendo repentino en la otra punta de la azotea. Alguien se ha puesto a gritar y ha aparecido corriendo en mitad de nuestra reunión un hombre con la mirada frenética, desaliñado, sin mascarilla y cubierto de sudor.

—Anda, no esperaba que hubiera nadie aquí. Pensaba que estaría solo.

—¿Tú quién eres? —ha preguntado en tono imperioso Florida, levantándose a medias de su silla. Vi que Eurovisión y Vinagre intercambiaban una mirada alarmada. Nos hemos quedado todos medio paralizados por la sorpresa.

—No me habéis visto nunca, ¿verdad? No me conocéis. Claro que no. ¿Quién me conoce? Nadie. Por eso he subido aquí. En vista de que me estáis mirando como si fuera una especie de animal nuevo, os voy a contar la verdad. He subido aquí a saltar. Sí, señor. A tirarme al vacío. Desde la azotea. Ja, ja. Me estoy riendo de vuestra cara. Menudo terror. Esto parece una película mala. Ya podéis cerrar la boca. Debo de estar de broma, ¿no? O sea, es mi trabajo. Soy chistoso profesional. Ninguno me habéis visto, ¿verdad que no? Soy Morty Gund, el humorista. ¿Nadie ha estado en el Stewie's de la Segunda Avenida en las noches de micrófono abierto? Pues claro que no. ¿Y en el Comedy Shack de la Calle 96?

Nadie estaba intentando ni siquiera colar una palabra entre aquel monólogo.

»Morty Gund. El nombre no os dice nada. Y claro, es de pega. Me llamo Martin Grunwald. ¿Quién iría a ver a un humorista llamado Martin Grunwald? Martin Grunwald debería ser el típico director de funeraria que le dice a todo el mundo que lo acompaña en el sentimiento.

»Por eso me llamo Morty Gund, aunque no lo haya preguntado nadie.

»Morty Gund, el humorista más rápido del oeste. Ja, ja.

»A mi exmujer este no le parecía un buen chiste. No le parecía que yo fuera gracioso. Mi exmujer es la razón principal de que esté aquí diciendo en broma que voy a tirarme de la azotea.

»Más cosas que no queréis oír. Mi ex se llama Annie, pero yo la llamo Annie el Yunque porque ha sido como un yunque, un peso que me ha impedido moverme toda mi carrera.

»Eh, hay mucha gente a quien le hago gracia. En el Ray-Jay's de Hackensack triunfé. Se suponía que tenía que venir a verme un cazatalentos de *The Tonight Show*, pero creo que tuvo una avería en el coche. Actué tres veces en aquel club y la gente se reía a gritos.

»Pero mi exmujer no, claro. Aunque se le daba bien gritar. Se pasaba el día y la noche preguntándome a gritos por qué no me ganaba la vida. Nunca dejaba de gritarme que no era gracioso.

»Dañó mi confianza, pero sé que soy gracioso. No me conocéis, pero quizás conozcáis mi coletilla. Todo humorista tiene su coletilla, ¿verdad? Por ejemplo, Rodney Dangerfield decía: "Nadie me respeta". Hasta vosotros tenéis que acordaros.

»Pues mi coletilla es: "En serio muy serio, colegas". Lo digo irónicamente, ya sabéis, después de los chistes. Por ejemplo, cuento un chiste loco sobre mi exmujer y luego digo: "En serio muy serio, colegas". Y la gente se ríe.

»Escuchad, es un momento complicado para hacer reír. No soy el único que está fracasando. Últimamente la gente no se quiere reír. Solo quiere ofenderse.

»Todo el mundo está ofendido todo el tiempo. La gente va por el mundo ofendiéndose por todo lo que oye y por todos los chistes que hace alguien.

»Mi chiste del dentista gay triunfaba siempre. O sea, en serio muy serio, colegas.

»Pero intentad hacer un chiste de gais hoy en día. Se te quedan mirando como si hubieras cometido un crimen.

»Todo el mundo está muy tenso.

»Tenía un chiste buenísimo sobre mi mujer. Decía: "Es tan gorda que, cuando se para en una esquina, la gente le mete sobres en la boca". Ja, ja. La monda, ¿no?

»Siempre me encantaba que viniera alguna gorda al club. Me cebaba con ella y todo el mundo se partía de la risa. Luego decia: "Es broma, es broma. ¡O no!". Y las risas hacían temblar el suelo.

»Ahora ya no se puede hacer eso. Nadie tiene sentido del humor.

»O sea, ¿qué clase de mundo es este en el que ya no se pueden hacer chistes de gordas?

»Se ha puesto la cosa muy dura. Creedme. Y eso que yo he sido gracioso toda mi vida.

»Cuando iba a segundo de primaria, participé en una estúpida obrita de teatro. Subí al escenario delante de todos los padres y madres. Y se me cayó

el disfraz. Cuando me agaché para recogerlo, oí las carcajadas retumbar por todo el auditorio.

»Todavía me acuerdo de aquellas carcajadas. Y recuerdo pensar: "Qué divertido. Es divertido hacer reír a la gente". Mira que hace años de aquello. Pero desde entonces no he dejado de intentar hacer reír. Y lo he conseguido. En serio muy serio. Todo el mundo se reía menos el Yunque, mi exmujer.

»Vine a la ciudad para hacer comedia de micrófono. Mi exmujer hizo todo lo posible para disuadirme y hacerme dudar de mí mismo. Yo ya sabía que sería duro. Sabía que tendría que hacer doscientas noches de micrófono abierto y pasar por docenas de clubes cutres en pueblucos dejados de la mano de Dios. Pero estaba dispuesto a hacer todo aquello porque sabía que era un tío gracioso. Sabía que podía triunfar.

»Y sí, al principio tuve un mentor. Alguien que me ayudó a definir mi personalidad y a pulir mi espectáculo para que todo funcionara.

»Buzzy Gaines.

»¿Conocéis a Buzzy Gaines, verdad? Tenéis que conocerlo. Buzzy es muy famoso. El año pasado tuvo su propia serie de media hora en Netflix.

»Pues bueno, a Buzzy lo conocí en el Jokery de San José y nos hicimos buenos amigos. Me halagó que se ofreciera para darme consejos y ayudarme a trabajar en mi espectáculo. O sea, era un profesional. Estudiaba la comedia y a los públicos y tenía muy buen ojo para saber lo que funcionaba.

»Es muy importante que un profesional curtido se interese por ti y trate de echarte un cable. Buzzy y yo tuvimos una gran amistad durante un año. Y después pasó aquello de Hoboken.

»Buzzy actuaba de cabeza de cartel en el Sammy's Joint y decidí darle una sorpresa. Entré a hurtadillas en el club y me senté en la mesa del fondo del todo. Estaba muy oscuro junto a la barra y supe que Buzzy no podría verme.

»Mi plan era abuchearlo. Ya sabéis. Hacérselo pasar un poco mal. Sabía que le gustaría. Pero en cuanto subió al escenario, cambié de planes. Me quedé allí sentado, estupefacto.

»Porque resultaba que Buzzy estaba haciendo mi número.

»Me lo había robado entero. Palabra por palabra.

»No volví a dirigirle la palabra.

»Supongo que la traición me amargó. Cambié mi espectáculo. Ahora era todo sobre mi exmujer. Pero ya no podía hacer chistes de gordas. Así que hacía chistes de flacas.

»“Mi exmujer era tan flaca que la ponía cabeza abajo y la podía usar de escoba. Mi exmujer no tiene tetas. Cuando se pone de lado, ¡no la puedes ver!”

»Material buenísimo. Pero el público ya no se quiere reír. Las mujeres se ponían a soltar bufidos con cada chiste y los hombres se dedicaban a abuchear y a gruñir. Y Stewie me pidió que no volviera a presentarme las noches de micrófono abierto.

»—Ya te lo decía yo —me dijo Annie el Yunque—. Y fue entonces cuando decidí convertir a Annie en mi exmujer. Fue cuando decidí matarla.

»Hice toda clase de planes, pero después siempre decidía que no iban a funcionar. No me veía con fuerzas para estrangularla sin más.

»Annie me había dejado sin confianza en mí mismo. Sin fe en mí mismo.

»Pero me sorprendí a mí mismo. Porque encontré las fuerzas.

»Y así fue como se convirtió en mi exmujer.

»No. No os levantéis. Ya me voy. No me pienso tirar al vacío.

»Dejadme que os diga solamente: “Gracias por ser tan buen público. Buenas noches, conducid con cuidado y que Dios os bendiga”.

»Y no os preocupéis por mí. Estoy preparando un espectáculo nuevo que creo que va a ser matador.

Y se ha largado tan deprisa como había aparecido. Estamos rodeados de solares vacíos, de manera que no puede haber saltado a ninguna azotea vecina. Se tiene que haber marchado por la puerta, pero ninguno de nosotros la ha oído cerrarse. Todos nos hemos quedado respirando ruidosamente detrás de nuestra mascarilla, espantados.

—¿Qué coño acaba de pasar? —ha estallado por fin Eurovisión—. ¿Quién era ese tipo? —Se ha vuelto hacia mí con expresión casi acusadora—. ¿Es un inquilino?

—No lo he visto en mi vida —he dicho a la defensiva—. Las puertas están cerradas con llave. Se tiene que haber colado en el edificio.

—¿Adónde se ha ido? —ha exclamado Eurovisión, poniéndose de pie de golpe—. ¿Se ha tirado?

—Ha dicho que no se iba a tirar —ha señalado Wurly.

—Se tiene que haber tirado —ha afirmado Eurovisión—. ¡No está aquí y no se ha ido por la puerta! Estaba ahí cuando ha desaparecido. Por el amor de

Dios, que alguien mire por ese lado. —Ha clavado la mirada en Darrow, que era el que estaba más cerca.

—Ni hablar —ha dicho Darrow—. No pienso mirar. No quiero terminar testificando en un juicio. Que mire otro.

—Lo deberíamos haber oído estrellarse contra el suelo —ha indicado la Señora de los Anillos.

—¿Cómo lo sabes? —le ha preguntado Vinagre—. No me digas que empujaste a Chaz al vacío.

—Eso no tiene gracia —ha dicho la Señora de los Anillos.

Por fin, con un susurro de irritación, Hello Kitty se ha levantado de su silla, ha caminado hasta el parapeto y se ha asomado mientras los demás la mirábamos paralizados por el miedo.

—Está demasiado oscuro para ver nada —ha dicho mientras regresaba a su butaca de huevo.

—¿Pues qué hacemos? —ha preguntado Wurly.

—Nada —ha dicho Hello Kitty encogiéndose de hombros—. Se nos ha colado en la azotea un intruso que está como una puta cabra y luego ha desaparecido. No es problema nuestro.

—¡Sí que es problema nuestro si se está muriendo en la acera! —ha exclamado Vinagre.

—Si tanto te preocupa —ha repuesto Florida—, ¿por qué no bajas y le haces el boca a boca?

—Pero ¿cómo ha entrado? —ha dicho Whitney, volviéndose otra vez hacia mí—. ¿No está cerrada con llave la puerta del edificio?

—¡Pues claro que sí! —he repetido—. Seguramente lo ha dejado entrar algún vecino. —He mirado a mi alrededor a ver si podía pillar al culpable—. Así es como suele entrar la gente que no debería estar en el edificio.

—Quizás todavía esté en el edificio —ha dicho Wurly—. Alguien debería ir a mirar.

He sentido sus miradas en mí y ha crecido mi resentimiento.

—Soy la conserje, no un puto abrepuertas.

Se ha puesto de pie el enorme y callado veterano de Irak, Barbanegra:

—Voy a hacer una batida.

Se ha ido. Por un momento nadie ha hablado y por fin Amnesia ha dicho:

—Mientras esperamos, ¿podríamos oír cómo termina la historia de Chaz?

Ha parecido que los murmullos estaban a favor de que la Señora de los Anillos terminara su historia. Todo el mundo estaba demasiado preocupado como para quedarse esperando sin más y pensar en lo que acababa de suceder.

—¿Por dónde iba? —ha dicho la Señora de los Anillos.

—Chaz tenía un trabajo para ti.

—Sí. —Se ha recogido las puntas del pañuelo y se lo ha ceñido más para protegerse del frío que estaba viniendo—. Cuando Chaz Cavanaugh me llamó Alexandra y me dijo que me quitara el bigote, me lo arranqué allí mismo y me relajé un poco… Y cuando me enseñó sus fotos, por fin entendí lo que quería de mí. En qué quería que me convirtiera.

Se ha atusado el pelo con una mano cargada de anillos. Hemos esperado.

—Así pues, dejadme que os describa una escena de treinta años más tarde. Otra noche, en otro mundo, yo estaba dando una fiesta. Me habían recomendado encarecidamente aquel servicio de *catering*, pero estaba llegando tarde. Y Glenn también. Me había prometido venir directamente del teatro con un par de estrellas y su función debía de haber terminado hacía unos cuarenta minutos. Yo había pasado por la peluquería, me había puesto elegante, había considerado cinco opciones de calzado, me había cambiado las joyas, me las había vuelto a cambiar y hasta había tenido tiempo de dar instrucciones a Hervé para que colocara los sillones en la terraza de tal manera que rodearan el foso de la chimenea al aire libre lo bastante cerca como para facilitar las conversaciones, pero no tan cerca del fuego como para pasar calor. Recuerdo que era una noche fresca como la de hoy.

»Había salido al balcón para ver cómo se acercaba una caravana de taxis por Park Avenue, muchas plantas más abajo. Mi piso era tan alto que nunca me llegaba el ruido del tráfico. Desde las alturas, asomada a la barandilla, me resultaba fácil admirar el diseño de los jardines que decoraban el centro de la avenida. Alguien debía coordinar las flores y los arbustos, decidir qué árboles se incorporaban y dónde colocarlos. Alguien tenía que seleccionar las esculturas, que se renovaban cada estación. Era algo que se me habría dado bien a mí. Elegir colores y motivos. Eso me habían dicho siempre, que tenía un sentido magnífico del color. Casi nunca me asomaba por encima de aquella barandilla sin acordarme de la azotea de la Calle 3 Este y de aquella noche de hacía tantos años.

»—¡Ha llegado el *catering*, señora Cavanaugh! —me anunció Hervé desde la puerta de la terraza. El indispensable Hervé. Nunca se me escapaba la ironía de tener mayordomo. Detrás de él, mi ama de llaves estaba dejando

entrar a un grupillo de empleados con bandejas y carritos indicándoles dónde estaba la cocina.

»Y por intrincado, improbable y turbio que me hubiera parecido todo de entrada, tuve que admitir en aquel momento lo bien que había salido. Chaz Cavanaugh ni siquiera había pestañeado cuando yo me había quitado aquel bigote. Se había limitado a mirarme. Para ser sincera, fue una mirada larga, dura e inquietante. Cuando me enseñó fotos de su hermana, sin embargo, entendí lo que quería. Jessa Cavanaugh podría haber sido mi gemela. Me dio la sensación de estar mirando fotos de mí, pero con ropa distinta y en lugares que no recordaba haber visitado. En cuanto acepté su propuesta, todo sucedió deprisa. Durante los dos días siguientes, Chaz me instruyó sobre todos los detalles pertinentes de su infancia y la de su hermana. Me trajo documentos para que los estudiara; leí y releí cartas que había escrito Jessa. Me senté en un escritorio de anticuario en el apartamento de su hermana, un escritorio que valía lo mismo que mi último año en la Pratt, y practiqué su caligrafía. Ensayamos la historia de adónde se había marchado Jessa, cuándo había vuelto y por qué no se había puesto en contacto con nadie tras regresar. No eran mentiras, me dije a mí misma. Eran posibilidades.

»De vez en cuando, claro, me hacía sospechar el hecho de que Chaz estuviera tan seguro de que su hermana no iba a volver nunca. Pero ¿a quién hacíamos daño con aquello? Los abogados cobraron. Chaz recibió su herencia. Me aseguré de que Glenn llegara a Broadway. Y a mí me cayó el estilo de vida de Jessa.

»Chaz ya ha muerto. Como nunca se casó ni tuvo hijos, también heredé de él.

La Señora de los Anillos ha echado un largo vistazo a sus vecinos.

—Por supuesto, me acuerdo a menudo de él y de la noche en que cambió todo. Lo que más recuerdo son sus ojos. Y el alivio que sentí cuando se los miré, alivio al pensar que podía dejar de fingir… y alivio por no estar sentada en el lado del tejado que daba a un abismo de siete pisos.

—¿Y qué pasó? ¿Simplemente viviste treinta años como la hermana de Chaz? —ha preguntado Darrow—. ¿Descubriste adónde se había ido?

La Señora de los Anillos ha vuelto a sonreír.

—En aquellos tiempos no había fotos por todo internet que permitieran localizar a la gente. Glenn era mi único pariente cercano y estaba implicado en el juego. De forma que no había nadie que fuera a delatarme ni a preguntarse adónde me había ido. No teníamos una relación estrecha con nuestros padres. Si me cambiaba de domicilio, o incluso de nombre, lo

achacarían a nuestra vida de “artistas”. Pero el dinero me permitió hacer el programa de posgrado de Bellas Artes de la School of Visual Arts. Abrí una pequeña galería en el centro, contraté empleados y me centré sobre todo en exponer la obra de artistas conceptuales negros… David Hammons, Senga Nengudi y hasta Elizabeth Catlett. Una vez al año exponía mi obra. ¡Ja! Era delicioso mezclarme con el público y oír los comentarios sobre la misteriosa artista Alex Chimère, que nunca asistía a sus inauguraciones. En realidad, Alex se convirtió en una pequeña sensación durante un tiempo. A Chaz le encantaba aquello. Un poco de maquillaje teatral, un par de pelucas y *¡voilà!* Ya tenía retratos de la esquiva señorita Chimère para cada exposición. La artista era muy “tímida” y nunca daba entrevistas.

»Mi falsificación de la vida de Jessa continuó de forma impecable. Solo nosotros tres sabíamos la verdad y estábamos interesados en mantener la farsa. Hubo momentos…, pero me mantuve dentro de mi personaje, ¿sabéis? Incluso cuando murió Chaz y me entró el miedo a que alguna vieja amistad o algún pariente distanciado me delatara en el funeral. Y contestando a tu pregunta: no, nunca me enteré de qué le había pasado a Jessa. Podría haber insistido. Ciertamente, tenía los recursos necesarios para averiguarlo. Pero…

La Señora de los Anillos ha hecho una pausa. Ha puesto la espalda rígida y ha apartado la vista.

—Nunca lo intenté —ha dicho.

La puerta de la azotea ha dado un portazo y todos nos hemos sobresaltado. Ha salido Barbanegra.

—No hay nadie en el edificio —ha dicho—. La puerta de entrada está cerrada con llave y todo parece seguro. A menos que se haya metido en algún apartamento y se haya encerrado, el tipo no está.

—¿Lo has buscado por la acera? —ha preguntado Vinagre.

—Ni hablar. No pienso salir, joder.

Después de eso, ha quedado claro que todo el mundo estaba por irse a su apartamento y cerrar a cal y canto su puerta. Antes de marcharme de la azotea, sin embargo, he ido adonde la Señora de los Anillos estaba recogiendo su copa de vino, porque se me había formado una sospecha en la mente. Por fin la he expresado:

—Chaz mató a su hermana, ¿verdad? Por eso no apareció nunca.

La Señora de los Anillos ha vacilado y le ha asomado a la cara una expresión cercana al dolor.

—Chaz me dijo que la gente desaparece de verdad; viajan a lugares remotos con alguien en quien confían…, aunque no deberían…, y encuentran un destino trágico que nunca se revela. Chaz era capaz de dar detalles curiosamente precisos sobre la cuestión de qué le podía haber pasado a Jessa. Pero así era Chaz, críptico como él solo. Ese hombre me cambió la vida. —La Señora de los Anillos negó lentamente con la cabeza—. No, no creo que matara a su hermana.

Pero aun así le he notado la duda en la voz. Tenía cara de estar satisfecha con cómo le había ido la vida, pero me he preguntado si realmente estaría en paz después de haber construido una vida, quizás, sobre los cimientos de un asesinato. Aunque yo no era quién para hablar.

—Y con toda esa riqueza —ha dicho Eurovisión, hablándome por sorpresa por encima del hombro—, ¿cómo demonios has terminado aquí, en el Fernsby?

—Eso —ha contestado ella en tono lúgubre— es una historia que creo que me voy a guardar para la siguiente pandemia.

Nos hemos despedido hasta el día siguiente. He bajado a mi apartamento, pero en vez de transcribir las extrañas historias de la velada, que todavía me estaba costando asimilar, me he sentido tan agotada que he decidido dejarlo para la mañana siguiente. Me he acostado, pero no he podido dormir. Dios, cómo odio esta crisis reciente de insomnio. No podía dejar de pensar en la Señora de los Anillos. Si tenía tanto dinero, ¿por qué estaba viviendo en aquel estercolero de edificio? ¿Acaso era realmente quien decía ser ahora o se había inventado la historia entera? Pero me caía bien. Me caía muy bien. Me pregunté cuántos de los que estábamos en la azotea teníamos cosas que esconder.

Los crujidos y chirridos del viejo edificio han llenado el silencio y después han llegado los pasos, con puntualidad. Un sonido de algo deslizándose, como si alguien estuviera arrastrando por el suelo unos pies enfundados en calcetines gruesos. Me ha venido una idea repentina y escalofriante: «Quizás sea ahí donde se ha estado escondiendo ese loco de Morty Gund».

Al cabo de unos momentos de pelearme con mi conciencia, he cogido la llave maestra y el bate de béisbol Louisville Slugger que tenía junto a la puerta el antiguo conserje y he salido al pasillo. El sótano estaba frío y oscuro y la mitad de las bombillas del techo quemadas, pero con la luz del móvil me bastaba para ver. Han salido corriendo unas cuantas cucarachas que me han recordado otra cosa que se me ha acabado: las trampas para cucarachas. He subido las escaleras hasta la primera planta. El largo pasillo estaba en silencio.

Me he acercado a la puerta y he escuchado. Estaba todo en silencio.

He metido la llave en la cerradura, la he hecho girar y he empujado la puerta con el pie, ladeando el bate y encendiendo el interruptor de la luz al mismo tiempo.

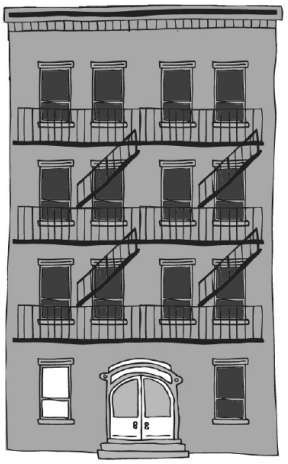
No había luz. Claro, al no haber inquilino, la electricidad estaba cortada. He dado un paso atrás, he bajado el bate, he buscado a tientas el teléfono y he encendido la linterna, que ha proyectado un tenue resplandor azulado por la sala. Estaba vacía, salvo por los muebles destartalados. El polvo del suelo seguía intacto, sin más huellas visibles que las pisadas que había dejado yo cuando buscaba filtraciones. He cruzado la sala de estar con el bate en una mano y el teléfono en la otra, he dejado atrás la cocina abierta y he entrado en el dormitorio y el baño, iluminándolo todo con la luz del móvil. Había un olor extraño a humedad, como de hojas mojadas. La ventana del dormitorio, cerrada y bloqueada, daba al solar de al lado, cubierto de escombros y ladrillos rotos, y más allá a una alambrada y un tramo de The Bowery. Me he detenido a escuchar, pero solo he podido oír los murmullos del viejo edificio, que nunca parecían apagarse.

El apartamento estaba claramente vacío. He bajado el bate, sintiéndome tonta.

De vuelta en mi apartamento me he desplomado en la cama, vestida. Juraría que todavía podía oír aquel deslizarse de pies.

Me he quedado despierta a oscuras hasta el alba, que es cuando por fin me he dormido.

Día 12



11 de abril

Los días se estaban alargando y el alboroto de las siete en punto ya no tenía lugar al anochecer, sino justo antes de que se pusiera el sol. Esta noche ha sido la más bonita que recuerdo en muchos años, con un dosel de nubes de color rojo sangre sobrevolando la ciudad y proyectando un resplandor intenso por las calles mientras golpeábamos nuestras cacerolas y vitoreábamos. Era como estar debajo de una fogata enorme.

Cuando la ciudad ha quedado en silencio y el espectáculo de luces alcanzaba su punto álgido, nos ha llegado un alboroto de la calle. Había un hombre gritando por el móvil en The Bowery. Al principio me he preguntado si alguien habría terminado descubriendo el cadáver de Gund. Pero a juzgar por las frases sueltas que subían flotando, ha dado la impresión de que la pareja del hombre estaba muerta o bien muriéndose de COVID y que había salido a la calle para llamar al número de emergencias. El horror se ha apoderado de todas las caras de la azotea cuando nos hemos dado cuenta de lo que estaba pasando mientras la voz débil y desesperada se propagaba. Enseguida hemos oído que una sirena de ambulancia se aproximaba por The Bowery y se detenía cerca y luego un estruendo de radios y técnicos de emergencias médicas gritándose entre sí. Nadie se ha acercado al parapeto para mirar. Al cabo de diez minutos, la sirena se ha encendido con una serie de ululatos y se ha alejado por The Bowery hasta que todo ha vuelto a quedar en silencio.

—Dios le acaba de dar otra vuelta a la caja de los conejos —ha dicho en voz baja la Reina.

Por fin *Monsieur* Ramboz ha carraspeado.

—Creo que estamos haciendo algo extraordinario al contarnos historias aquí arriba en medio de esta maldita enfermedad. —Y ha añadido—: Quizás las deberíamos empezar a grabar para la posteridad.

—¿Grabarnos? —ha dicho Vinagre—. Ni hablar.

—Entiendo el sentimiento —ha dicho Próspero—. Pero lo que está pasando en esta azotea es una afirmación de nuestra humanidad contra el terror y la banalidad de un virus. No debería caer en el olvido.

—Calla, anda —ha respondido la Señora de los Anillos—. Personalmente, si alguien se pone a grabar, pienso boicotear esta azotea. —Y no me ha extrañado, teniendo en cuenta la historia que nos acababa de contar.

—Si Boccaccio o Chaucer no hubieran escrito las historias que habían recogido durante su vida —ha insistido Ramboz—, habríamos perdido algunas de las grandes historias del canon occidental.

Varias personas han puesto los ojos en blanco al oír «canon occidental». Nadie más ha manifestado su acuerdo con la propuesta de Ramboz. Yo, por mi parte, me he callado la boca… y he seguido grabando.

—Me importan un pimiento tu canon occidental y tu Chaucer —ha dicho Vinagre—. Si quieres plasmar algo permanente, escribe o pinta en la pared. Pero deja en paz nuestras historias.

—El *Decamerón* —ha anunciado el Poeta en voz bien alta, reclinándose en su asiento. Se han vuelto en su dirección varias cabezas. Ha sonreído con expresión algo petulante—. Es lo mismo que está pasando aquí. Llevo días aquí sentado, escuchándoos a todos, escondidos de la plaga, contando historias. ¿Cómo puede ser que todo esto no os recuerde al *Decamerón*?

—Muy bien, ¿pero qué es el *Decamerón*? —ha preguntado la Cocinera.

—Uno de los clásicos del canon del Hombre Blanco Muerto —ha contestado Amnesia.

Al oír esto, el Poeta ha soltado una risotada larga y grave que ha sonado casi a silbido y que ha tenido el efecto de hacer callar a todos.

—Sí. —El Poeta ha mirado a su alrededor.

—Dejadme que os cuente una historia del *Decamerón*. Pasó este mismo año, cuando nadie esperaba que la pandemia llegara a Estados Unidos de la forma que ha llegado. Todavía estábamos empezando a oír las noticias de Wuhan y la posibilidad de un desastre global era más una idea de ciencia ficción que

esta realidad patética en la que estamos atrapados. En fin, fue entonces cuando apareció el *Decamerón*.

»Yo había empezado el semestre en la universidad experimental del Downtown de Manhattan, donde doy clases, y mi clase de poesía ya había cogido ritmo. Había dejado de venir aproximadamente una quinta parte de los alumnos. La mitad ya no entregaba los ejercicios de clase a tiempo. Dos o tres acabarían siendo publicados. Cada cinco semestres más o menos, algún que otro estudiante matriculado en mi clase se hacía famoso. Algunos se habían graduado y habían tenido éxitos de ventas mientras que yo, con cincuenta años, sigo siendo un poeta experimental, una especie de miembro bohemio de una familia de adictos al trabajo cuyos componentes compiten entre sí por ver quién puede hacer más horas extras. Solo en las artes se puede ser "experimental" sin obtener resultados. Si fuera científico, ya hace años que habría perdido mi financiación.

»Mis hermanos son personas con éxito. Profesionales. Y sus cónyuges también. Sus hijos tienen un coeficiente intelectual alto. Todos tienen casas de vacaciones fuera de Nueva York. Están bien conectados porque pertenecen a la iglesia anglicana. Uno incluso es diácono. Tienen propiedades en Harlem. Uno de mis hermanos, Jack Caldwell, es extremadamente rico y se mete conmigo por mi ocupación. Lo ha fotografiado a menudo Bill Cunningham cuando asiste a bailes benéficos e inauguraciones en museos, que son las únicas ocasiones en que pisa un museo. Cuando Jack piensa en poesía, piensa en cosas tipo: "Las rosas son rojas / las violetas azules…". Mi madre, que compró su propiedad de Queens antes de que acabaran desterrados allí quienes no se podían permitir vivir en Nueva York, siempre me pregunta cuándo voy a buscar un trabajo de verdad. ¿Cuándo me voy a casar? ¿Debería mandarme a su estilista para que me corte el pelo? ¿Cuándo me voy a mudar de mi apartamento, que tiene el mismo espacio que mis hermanos dedican a un armario? Mi madre y mis hermanos metieron a mi padre en una residencia. Y no, no tenía demencia. Simplemente no les podía seguir el ritmo. ¿Y qué problema alegaron? Pues consultaron a un psiquiatra amigo suyo y entre todos se inventaron algo basado en el *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales*, que considera que toda conducta es expresión de alguna enfermedad mental, y lo metieron en una de esas residencias asistidas tipo club de campo. Y parece que le gusta.

»Con mi salario de profesor, que me obliga a dar clases cada dos semestres, apenas consigo llegar a final de mes en esta ciudad tan cara en que se ha convertido Manhattan, una tendencia que empezó en la década de 1980.

(Soy uno de esos escritores “de culto”, lo cual significa que mis libros no se venden).

»Mi agente me dijo que el mercado les pedía a los autores negros libros “de novias” y, mientras tomábamos unas copas en el norte de Manhattan, me explicó cínicamente que las editoras feministas blancas estaban promoviendo aquellos libros como forma de reparación literaria porque se sentían culpables por las condiciones en que sus familias trataban a las empleadas domésticas negras. Aquellas empleadas domésticas negras habían prestado más atención a aquellos futuros reseñistas, editores y dueños de librerías que sus padres, que eran la típica gente que Woody Allen satirizaba en una película tras otra. Una gente que pasaba más tiempo haciendo terapia que con sus hijos. Una de aquellas mujeres blancas había escrito que había tenido una experiencia “de cariño” con una mujer negra y una de esas feministas negras atípicas e impredecibles le había contestado preguntándole: “¿Eso significa que creciste en una casa con empleada doméstica negra?”. Por su insolencia, la feminista negra fue condenada por el movimiento, cuyas líderes, todas mujeres blancas, vendían la idea de que reinaba la solidaridad entre las feministas blancas, las negras y las latinas. No consiguió encontrar trabajo hasta que le salió de repesca una plaza mal pagada de profesora asistente en una universidad de Down Creek, Alabama. La cosa se puso tan mal después de que los comerciales de las grandes editoriales empezaran a dictar las tendencias de la literatura negra que Rita Dove, una excelente expoeta laureada de Estados Unidos, quedó en el número noventa y nueve entre los cien autores más vendidos de poesía negra. ¡La noventa y nueve! Como malas hierbas robándole el agua y los nutrientes a una orquídea.

»Mi agente es un hipócrita. Se podía permitir una casa grande en el norte del estado gracias a las mujeres negras superventas que tenía en el catálogo. Y la forma en que se vanagloriaba del éxito de ellas era grotesca. La mayoría de las escritoras negras que conozco están sin un centavo o bien han tenido que coger trabajos de enseñanza, como yo, para sobrevivir. A diferencia de ellas, yo he tenido apoyo.

»Dos de mis alumnos, una pareja casada que trabajaba en gestión cultural, me sugirieron que buscara una beca para tomarme un año libre de la enseñanza. Podía escribir un libro de no ficción que instruyera a los blancos acerca de cómo llevarse bien con la gente negra. El típico libro de *coaching*. (Lo “negro” como género, además de los libros “de novias”, eso vende). Se trataba de una variación del antiguo timo de las indulgencias que permitió a la iglesia católica acumular sus tesoros en los siglos XI y XII. Si compras mi

producto, solo tendrás que pasar un año en el purgatorio. El nuevo discurso de venta de las indulgencias era que, si comprabas mi libro, yo te absolvía de tu racismo, un discurso de venta promovido de forma brillante por el difunto James Baldwin. Hoy en día hay más imitadores de Baldwin que de Elvis. Simplemente no tienen su rabia aterciopelada ni su ojo pictórico para los detalles. Después de enseñar en mis clases los libros de Baldwin, me di cuenta de que la mayoría de sus fans lo conocían por su presencia escénica más que por haber leído con atención sus libros. Había estudiado en el Actors Studio, y en el libro que le hizo perder el patrocinio de "la Familia", el *establishment* literario de Nueva York, el personaje principal era actor. Hablo de su mejor novela, *Dime cuánto hace que el tren se fue*.

»Estaba yo entrando en el Starbucks de la calle Delancey para comprar mi habitual café grande con un chorrito de expreso cuando me encontré con mis alumnos. Fue este mismo enero, un par de meses antes de que el Gobierno declarara la emergencia nacional, el mismo Gobierno que nos ha dicho que no tenemos por qué preocuparnos por el COVID-19, que ya se marchará. Por supuesto, los primeros signos de infección tuvieron lugar en diciembre, como sabemos todos, pero los líderes del Gobierno nos aseguraron que no era una amenaza y que solo iba a afectar a los estados demócratas. Es la clase de razonamiento que te encuentras cuando pones a tu yerno al cargo de todo.

»La solicitud de la beca, que cumplimentaron mis alumnos en mi nombre, fue una obra maestra. Habían gestionado a la perfección las complejas preguntas sobre idoneidad, un verdadero laberinto de papeles diseñado para disuadir a las organizaciones artísticas pobres para que se presentaran. Lo único que necesitaba yo era describir mi proyecto y, si cerraban los gimnasios por culpa de la emergencia nacional, leer libros para saber cómo llevarse bien con los negros reemplazaría al aeróbic. Le mandé a la pareja un esquema y un presupuesto. Por ejemplo: (1) en el primer encuentro que tengáis, no te pongas a hablar de deportistas negros; (2) no preguntes a las mujeres negras cuánto cobran por hacer la colada; (3) no preguntes a los hombres negros si alguna vez han usado vaselina para el pelo; (4) no saques el tema de Elvis Presley. No saques el tema de Oprah; (5) no cuentes la historia de la primera persona negra a la que conociste; (6) enseña a tus hijos a no decir "cara de caca" para describir a una persona negra; (7) no pidas a las mujeres negras que te hagan de psiquiatra. Y si lo haces, págales doscientos dólares la hora.

»Mientras que en tiempos pasados se suministraba un capital inicial a las organizaciones en ciernes para que pudieran crecer, hoy en día una organización ha de tener un presupuesto grande para recibir becas. Esto

favorece a organismos culturales como la ópera y el *ballet*. Pero gracias a la ayuda de mis estudiantes, solo me hizo falta firmar o poner mis iniciales en varios lugares.

»Vi que se llevaban unos recipientes enormes de café.

»—¿Adónde vais con ese café? —les pregunté.

»—Vamos a hacer lecturas de clásicos sobre la peste ahora que se ha declarado la emergencia nacional.

»Supuse que debía de haber sido idea del marido. Cada vez que yo intentaba presentarles a mis alumnos poetas de origen latino, asiáticos americanos, nativos americanos o feministas, se quejaba y me acusaba de bajar los niveles de calidad o bien de practicar la corrección política. Creo que estaba intentando conseguir trabajo de crítico en el *City Journal*. Era el típico sabelotodo de Manhattan. Siempre estaba interrumpiendo a los demás estudiantes y tratando de ser el centro de atención y el más intelectual. Y no paraba de dejar caer nombres de autores a los que conocía. Costaba imaginar que sus dos bisabuelos habían sido radicales que habían venido a principios de la década de 1850, se habían alistado en la Guerra Civil y habían formado parte de un grupo de inmigrantes que habían combatido al ejército confederado en Gettysburg.

»Entregaba unos poemas tan abstractos y densos que resultaban ilegibles. Si le pedías que te los tradujera, te contestaba con sarcasmo: “Yo sé lo que significa, pero tú lo has de averiguar”. Los poemas del marido parecían acertijos, pero, a diferencia de los acertijos, si el lector exasperado decía: “Vale, me rindo”, quedaba como un inculto. Entretanto, su mujer usaba la poesía para vengarse de su padre, que dirigía una compañía de redes sociales. Uno de sus poemas lo reñía por olvidarse de mandarle la limusina para llevarla a una escuela de élite. La escuela estaba a tres manzanas de su apartamento de Park Avenue.

»—¿Por qué no viene con nosotros, profesor Caldwell? Vamos a servir el almuerzo.

»¿Por qué no?, pensé. Se suponía que tenía que almorzar con mi agente, pero había cancelado nuestra cita. Al parecer, tenía una reunión con un cliente “importante”. Dudo que se molestara en leer aquellos libros que le permitían vivir tan bien. Se había hecho agente por accidente. Había empezado de camarero en la misma casa señorial donde almorzaban los ejecutivos de las editoriales cuando se popularizaron los “libros de disturbios”, como los llamó el cínico departamento comercial de una de las editoriales. Estaban buscando editores de mesa, y mientras él le servía agua en el vaso a uno de los

ejecutivos, un famoso director editorial, que había bebido más de la cuenta, dijo, refiriéndose a él:

»—¿Y por qué no Jake?

»Así que lo sacaron de aquel comedor y lo nombraron editor de mesa. Al cabo de un tiempo, dejó el mundo editorial y se estableció como agente. Ahora tenía sesenta y tantos años.

»Le pregunté a mi alumno dónde se iban a hacer aquellas lecturas. Me contestó que en el Kenkeleba House, una galería de arte que había en la Calle 2 Este.

»El edificio donde estaba ubicada la galería tenía una historia fabulosa. Conocido como Henington Hall y situado en el 214 de la Calle 2 Este, se construyó en 1907 como edificio de seis y dos plantas, de acuerdo con el permiso de obra. Diseñado por el arquitecto Herman Horenburger para Solomon Henig, probablemente debió de crearse como espacio comunitario para los residentes judíos de la zona. Desde 1974 alberga la Kenkeleba Gallery. El director de la Kenkeleba les dijo a los alumnos que podían usar un espacio de su galería para hacer sus sesiones. Al parecer, aquello ayudaba a que la galería recibiera subvenciones.

»Las lecturas se harían después del almuerzo, inspirándose en los narradores que habían huido de la Florencia asolada por la peste con destino al campo, donde llevaron a cabo sus sesiones originales de contar cuentos en la sobremesa.

»Incluso se daba de almorzar a los asistentes. Pizzas vegetarianas, aguacates, sándwiches de pepino, brócoli, zanahorias, apio, queso, té verde y café de Starbucks. De postre, bizcocho y fresas. Decidí asistir a una de las sesiones. Alrededor de una mesa se sentaba un grupo de asistentes que reflejaba la complejidad racial y de género de nuestro Lower East Side, que se podría llamar perfectamente la Ciudad de los Empollones. La pareja repartió los textos de las lecturas, que incluían notas a pie de página a veces más largas que los relatos.

»La mujer habló primero:

»—Esto ha sido idea mía y de mi amorcito. Con las noticias que llegaban de Wuhan, decidimos que podíamos leer literatura clásica sobre plagas anteriores: el *Decamerón* de Boccaccio, además de Chaucer, Shakespeare y Defoe, y aprovechar para conocernos entre nosotros. —Se dirigió a su pareja y le preguntó—: Cariño, ¿quieres añadir algo?

»Por supuesto, otras plagas habían arrasado Nueva York, pero como aquellos dos habían recibido una educación eurocéntrica, creían que solo los

europeos producían clásicos.

»—Empezaremos con las lecturas del *Decamerón*. —Y se puso a hablar de Boccaccio, de su época y de la historia de la peste de Florencia. El marido charloteó sin parar mientras dirigía miradas lascivas a las mujeres presentes. Tras recibir nuestras instrucciones, algunos de los asistentes se quedaron a hablar un rato. Examiné algunos cuadros de las paredes de la galería.

»Al llegar la sesión siguiente, los demás ya se habían leído las secciones del *Decamerón* asignadas por la pareja.

»—¿Hay algo que queráis comentar sobre las lecturas? —preguntó el marido.

»Intervino un autor teatral negro y gay:

»—Que es homofóbico. El amor gay se califica de "antinatural".

»—¿Dónde has encontrado eso?

»—En el Día Primero, Segundo Relato. Cuando manda al judío Abraham a Roma, Abraham se encuentra una corte papal "vergonzosamente entregada al pecado de la lujuria y no solo de la forma natural, sino también de la manera sodomita, sin restricción ni remordimiento ni vergüenza". ¿Este texto dice que hay que avergonzarse de ser gay?

»—En el Relato Tercero, Día Segundo —añadió la persona de raza blanca y transgénero encargada del diseño de exposiciones de un importante museo —, cuando el abad se prepara para hacer el amor con Alessandro creyendo que Alessandro es un hombre, descubre que es una mujer. En Boccaccio hay personajes que se travisten para esconder su identidad. Hemos luchado mucho por el derecho de usar nuestra identidad verdadera y ahora nos vienes con un relato cuyos personajes tienen miedo de revelar la suya.

»El marido intentó hablar:

»—Señora, no sabíamos que…

»—Mi género es neutro, no señora. Eres igual de reaccionario que Boccaccio, capullo.

»Viendo a aquel listillo retorcerse mientras lo acribillaban a preguntas, pensé para mí mismo: "Esto va a ser divertido".

»Entró en la galería un bailarín en silla de ruedas. Era un protegido de David Toole, que defendía una mayor visibilidad para los actores y bailarines discapacitados. Tenía la cara roja. Apenas podía hablar de enfadado que estaba.

»—Me ha asqueado el uso de la palabra "lisiado".

»—¿Dónde? —preguntó la esposa.

»—En el Relato Primero, Día Segundo: “Contestó Martellino: ‘Te diré qué haremos: me haré pasar por lisiado, y contigo a un lado y Stecchi al otro sosteniéndome, haremos como si no pudiera caminar por mí mismo y vosotros me estuvierais cargando hasta el santo para que me cure’”. En este relato, en este pasaje, los discapacitados somos objeto de burla. Al elegir este pasaje, ¿estás mostrándote de acuerdo con que los discapacitados somos graciosos y que la gente se puede hacer pasar por nosotros para engañar? ¿Te parezco gracioso?

»Antes de que los dos gestores culturales pudieran defenderse, el director de un teatro radical del Downtown protestó:

»—Todos los relatos tratan de gente rica. De reyes y reinas y gente con dinero. Igual que hoy en día, cuando ha llegado el coronavirus a nuestra ciudad, los ricos huyen a los Hamptons o a sus yates y dejan que la plaga la sufran los pobres. Los ricos recibirán curas experimentales que no están disponibles para los pobres. Y mientras esos pocos contaban sus historias en una mansión de Florencia, las calles iban llenas de carretillas cargadas de cadáveres y la gente tenía que mantenerse a distancia de su familia. ¿Por qué has elegido a este lameculos de los ricos? Supongo que has elegido estos personajes porque reflejan los valores libertarios de tu generación. Tienes el lujo de malgastar nuestro tiempo leyendo historias. —Y se sentó.

»El director de un semanario sobre arte de Brooklyn fue el siguiente en hablar:

»—Solo he venido para decir que no vendré a más lecturas. —Se acercó a los alumnos de posgrado y se plantó delante de ellos. Si se los hubiera designado como el “rey y la reina” del encuentro, que eran los títulos que se daban a quienes moderaban las lecturas originales del *Decamerón*, se estaría produciendo una revuelta. El director estaba temblando de rabia—. Boccaccio, Dante, Chaucer en el *Cuento de la abadesa*, donde los judíos asesinan a un niñito por cantar un himno a la Virgen María, y el resto de esos desgraciados eran unos antisemitas. En el Relato Segundo, Día Primero, descubrimos que “el alma de un hombre tan bueno, discreto y valioso iría a la perdición por carencia de fe; por lo cual se puso a suplicarle con amistoso consejo que abandonara los errores de la fe judía y acudiera a la verdad cristiana, que podría ver crecer y prosperar, mientras que su fe, por el contrario, estaba manifiestamente decayendo y reduciéndose a la nada”. ¿Los errores de la fe judía? ¿La verdad cristiana? Si eliges esta lectura, debe de ser porque promueves esta visión antisemita del judaísmo.

»—Pero es que esta es la gran literatura mundial —dijo el marido mientras el director salía hecho una furia.

»Hubo una ola de murmullos. Me lo estaba pasando en grande. Cogí una taza de café y me repanchingué en una de las sillas. Estaba resultando ser todo un espectáculo.

»Intervino la directora de la revista feminista *Représailles*. Era una escritora excelente sobre el papel, pero, cuando hablaba frente a un público grande de mujeres, destrozaba a los hombres, y su público pedía a gritos la sangre de aquella especie, entre vítores y patadas al suelo, y fulminaba con la mirada a los hombres presentes. A los que no estaban buscando ya las salidas. Con voz temblorosa de indignación, dijo:

»—Boccaccio me parece profundamente misógino. Califica a las mujeres de "volubles, obstinadas, recelosas, pávidas y timoratas". O bien dice que los hombres "son la cabeza de las mujeres, y que sin su mandato casi nunca puede llegar ninguna empresa nuestra a buen fin; pero ¿cómo podemos encontrar a esos hombres?". ¿Cómo te atreves a hacernos leer esta basura que fomenta el odio a las mujeres? Su obra *Il Corbaccio* todavía es más misógina. ¿Y tienes planeado que leamos a Chaucer? Otro escritor que rabia contra las mujeres. Fue él quien tradujo el *Romance de la rosa*, en el que las mujeres son, como dijo una académica, "conflictivas, orgullosas, exigentes, quejumbrosas y bobas; son incontrolables, inestables e insaciables". Tradujo esas diatribas contra las mujeres y se vio obligado a disculparse en su poema *La leyenda de las buenas mujeres*. —Se volvió hacia la mujer y le preguntó —: ¿Cómo puedes vivir con un hombre que nos pide que leamos esta basura misógina?

»Una mujer negra, diseñadora de vestuario cuyo trabajo se había usado en obras de Broadway, dijo:

»—¿Por qué no podías haber elegido algo estadounidense? Por ejemplo, William Wells Brown, autor teatral negro que escribió una obra titulada *La escapada o el salto a la libertad*, sobre unos médicos que ganan dinero con la epidemia de la fiebre amarilla. ¿No es eso lo que están haciendo Moderna, Pfizer, Kodak y Johnson and Johnson? Competir para crear una vacuna. Una que dé beneficios a sus inversores. En vez de elegir a Wells, has elegido el *Decamerón* este, que es racista.

»Volvió a intervenir el marido:

»—¿Cómo puede ser racista si en la historia no hay personajes negros?

»—Ese es precisamente el problema. En la Florencia de aquella época sí que había mujeres negras, simplemente no aparecen. A Boccaccio no le

importaban las mujeres negras. —Se volvió a sentar.

»Más gente siguió quejándose de cómo trataba Boccaccio a sus respectivos grupos. La hora del almuerzo se convirtió en la de la cena. Eran las cinco de la tarde y un muralista de origen puertorriqueño estaba criticando a la pareja. Se estaba quejando de la falta de representación visual de las plagas:

»—¿Qué pasa con los retratos indígenas de las consecuencias de las plagas que trajeron al continente los europeos? Podéis encontrar a gente enferma y moribunda en los dibujos aztecas.

»La pareja se estaba derrumbando bajo aquel asalto. La mujer parecía derrotada. El arrogante de su marido seguía defendiendo sus lecturas. Achacó las críticas que hacían los congregados a un ataque por parte de la cultura de la cancelación destinado a deshacer el canon occidental. Uno tras otro, los descontentos le explicaron que eran sus culturas las que estaban siendo canceladas.

»Intervino un escritor negro:

»—Si miras el catálogo de, por ejemplo, Princeton o Harvard, verás que el profesorado que se dedica a la cultura occidental es tan numeroso como la plantilla de la General Motors. Aun así, estáis todos embarcados en una misión para salvar la cultura occidental, que sería inexistente sin los académicos musulmanes que rescataron las obras que los vándalos cristianos consideraban paganas.

»Después de aquello, ya me empezaron a dar lástima el “rey y la reina”.

»Me acordé de que me habían ayudado con aquella beca para que me pudiera tomar un año libre y escribir mi libro de no ficción. Mi libro de *coaching*. El que explicaba a la gente blanca cómo llevarse bien con la negra. Y no me cobraron nada. Soy el típico individuo que cree que hoy por ti, mañana por mí. Así se hacen las cosas en Tennessee, que es el hogar ancestral de mis padres. De manera que me puse de pie.

»—Creo que habéis sido todos injustos con estos jóvenes. ¿Por qué los culpáis a ellos? Toda su vida les han hecho creer que no existía más civilización que esa que los profesores estadounidenses llaman “la civilización occidental”. Que ese era el ámbito de todo lo que era digno de estudio y pensamiento. Con la generación *woke* se ha producido lo que podríamos llamar una retirada del mercado de la civilización occidental. Igual que un fabricante retira un automóvil que tiene los frenos defectuosos. Pero no queremos deshacernos del coche entero solo por los frenos. —Dirigiéndome al “rey y la reina”, intenté hacer de mediador—. Vuestros

críticos dicen que nuestro examen de la posición intolerante que tiene tu autor contra los judíos, los negros, los discapacitados y la gente *queer* no debería dejarlo exento de las críticas que recibiría si estuviera vivo hoy en día. —Algunos miembros de la reunión asintieron con la cabeza.

»—¿Acaso eso no es censura? —preguntó el marido.

»Pero si yo le estaba intentando lanzar un salvavidas. ¿Por qué no se podía callar?

»—Bueno —le dije—, quizás algunos de nuestros miembros practiquen la censura, pero el *Decamerón* está cargado de didacticismo. Lleno de proselitismo a favor del cristianismo.

»—Tiene razón —dijo una voz. El que había hablado se identificó como poeta ruso que estaba allí como parte de alguna clase de programa de intercambio. Hablaba con acento.

»Se puso de pie y dijo:

»—El profesor tiene razón. El *Decamerón* está lleno de didacticismo. La pareja que ha organizado esta lectura es capaz de reconocer el didacticismo en las obras de otros, pero no en las que vuestro canon occidental ha adoptado. Esas son inmunes a todas las acusaciones, y por eso no habéis incluido en vuestra lista de lecturas las obras de una de las grandes escritoras sobre plagas, Marina Tsvetaeva. —Sostuvo en alto su libro de poemas, *Moscú en el año de la plaga*—. Los occidentales creéis que los artistas rusos se limitan a hacer pósteres de propaganda sobre planes quinquenales. A diferencia de Boccaccio, con su preciosa educación y su crianza de clase media, o de Chaucer, que siempre tuvo un buen trabajo, o de Dante, que era el prior de la ciudad de Florencia, Tsvetaeva no solo escribió sobre la plaga de Moscú, sino que vivió una vida que fue una plaga en sí, algo que no entenderéis nunca los estadounidenses privilegiados.

»—Nuestra gente ha sido puesta a prueba mientras vosotros os habéis ablandado. Por mucho que el coronavirus eche raíces aquí en Estados Unidos, seamos realistas: el sacrificio nunca llega a las costas estadounidenses. En una pandemia global, seguiréis disfrutando de la vida en los restaurantes y las tabernas y abarrotando las playas mientras compartís el aire cargado de efluvios de murciélago. ¿Podríais haber sufrido un número elevado de víctimas como las sufrimos nosotros en la Segunda Guerra Mundial, con nuestras ciudades rodeadas de tropas enemigas durante un largo invierno en Leningrado, donde resistimos durante más de ochocientos días? Pues no; para vosotros, los estadounidenses, nada debe interferir con el derecho a la fiesta. Mirad por ejemplo una de vuestras fiestas sagradas del capitalismo, el Black

Friday, la representación perfecta de vuestra sociedad, donde, si no sois lo bastante rápidos o codiciosos, os pisotean. Los estadounidenses no conocéis las penurias. Os habéis puesto fofos. Las líneas aéreas han tenido que crear asientos más grandes para acomodar vuestro culo gordo y sin embargo siempre estáis diciendo en las encuestas que el país se mueve en la dirección equivocada. Perezosos. Mimados. Para los rusos, en cambio, la vida nunca ha sido unas vacaciones de primavera. Y la vida no fue una velada social para Marina; aun así, produjo poemas de entre cuatro y seis versos que eran como pequeñas joyas. Su poema sobre el Domingo de Ramos, *1920*, por ejemplo.

»Se ha puesto a recitar el poema con los ojos cerrados como si fuera Andrei Voznesensky. Tenía la misma expresión crispada e intensa que Voznesensky:

»—"Tan en desgracia he caído, y tú eres tan infeliz / tan aislado y solo / los dos vendidos por un real, pese a nuestros buenos caracteres / no poseo ni un bastón / ella usó la nota para encender la estufa". A diferencia de los hombres burgueses a los que habéis elegido, hombres que disponían de patronos como Petrarca, Tsvetaeva era tan pobre que, en 1919, un ladrón que estaba a punto de robarle, al ver las condiciones de miseria en que vivía, le ofreció dinero. Mientras que vuestros héroes, Dante, Boccaccio y Chaucer, tenían conexiones con la aristocracia, Marina escribe sobre el hecho de tener un solo vestido durante la plaga de Moscú. Y hacía chistes al respecto.

»Se puso a recitar una vez más:

»—"Mi día: me levanto – un destello muy tenue de la ventana del tejado – frío – charcos – serrín – cubos – jarras – trapos – faldas y blusas de chica por todas partes. He visto madera. He encendido el fuego. He lavado patatas en agua helada y las he cocinado en el samovar, que mantengo encendido con brasas sacadas de la estufa. (Día y noche llevo el mismo vestido de fustán, que le hicieron a Asya en Alexandrov en la primavera de 1917 mientras ella estaba fuera, y que un día se encogió horriblemente. Está todo lleno de quemaduras de las ascuas y los cigarrillos que le han caído encima. Antes sujetaba bien las mangas con una goma elástica. Ahora las llevo remangadas y sujetas con un imperdible)".

»—Marina no pudo conservar a sus hijas. Las mandó a un orfanato. Una contrajo malaria. La otra murió de hambre. La próxima vez que elijáis a un autor que escribió sobre una plaga, elegid a uno que fuera víctima de la plaga y aun así le encontrara diversión y humor. No a uno de esos tipos que se codeaba con la realeza. Y por cierto, ¿los derechos de las mujeres? —Miró a la feminista que había criticado la misoginia de Boccaccio y Chaucer—. En

eso también nos adelantamos mucho a vosotros. ¿Qué mejor manera hay de empoderar a las mujeres que dar armas a ochocientas mil de ellas, que es el número de mujeres que combatieron la invasión nazi con los hombres? Las mujeres rusas lucharon codo con codo con los hombres para repeler al enemigo en Stalingrado. Los alemanes, que ponían a las mujeres alemanas en un pedestal y las trataban con caballerosidad mientras asesinaban a millones de mujeres que "no eran arias", se quedaron pasmados al ver a aquellos hombres y mujeres luchando juntos. Una de ellas, Lidiya Vladimirovna Litvyak, la Rosa Blanca de Stalingrado, derribó a varios ases de la aviación alemanes y siguió combatiendo incluso cuando se precipitaba a la caída que la mató. Aunque hay quien dice que no murió, sino que se la vio escapar perseguida a toda velocidad por los aviones nazis. Fue una de las dos ases de la aviación mujeres que había en el mundo. Los estadounidenses os sacrificasteis en la Segunda Guerra Mundial y desde entonces os habéis olvidado de cómo sufrir. De cómo pasar hambre.

»Se sentó. Se hizo el silencio. Me quedé pensando en Litvyak. ¿Acaso los ciudadanos de este egoísta país nuestro se defienden entre sí tanto como se unieron los hombres y las mujeres para defender Stalingrado? Estoy seguro de que otros de los presentes estarían pensando en aquel único vestido que tenía Marina. Se había convertido en una especie de correlato objetivo de la reunión. Quizás por eso la feminista que se había metido tanto con el marido se estaba mirando ahora los zapatos, que seguramente se había comprado con un descuento del setenta por ciento en el Saks de la Quinta Avenida. El vestuario masculino incluía productos de Calvin Klein, Ralph Lauren y Nike. Ropa hecha seguramente con trabajo infantil. Escuchando la situación de Marina, quizás la diseñadora de vestuario negra se acordó del maravilloso seguro médico que recibía por estar sindicada. Sus hijas nunca contraerían malaria ni morirían de hambre. El bailarín discapacitado debió de ser consciente de que, si tenía ofertas para actuar tanto en Estados Unidos como en el extranjero, se debía en parte al movimiento de promoción de los derechos de los discapacitados, que también estaba ayudando a llamar la atención hacia poetas excelentes como Jillian Weise. Todos los edificios de la universidad disponían de rampas y ascensores. Igual que los demás que estaban leyendo sobre la plaga, el bailarín tenía una vida cómoda.

»Al escuchar las poderosas palabras de Marina, algunos miembros del público habían empezado a sollozar por lo bajo. El marido mostró indicios de compasión mientras cogía a su mujer de la mano. El sol del color de la melaza ya estaba descendiendo sobre el río Hudson y, tal como yo había predicho,

unos cuantos asistentes empezaron a sugerir que necesitábamos cenar. Yo había llamado a Grubhub a media tarde y ahora llegó el repartidor. Nos dejó tres bolsas de gran tamaño en la mesa y se marchó. Parecían aquellas típicas tartas que se calientan en el microondas, pero tenían ingredientes distintos. Era *poi*. El *poi* es un plato hawaiano hecho con el tallo bulboso subterráneo del ñame. Los participantes empezaron a hurgar en las bolsas y, después de probar los *poi*, dieron su aprobación levantando los pulgares.

»—¿Por qué has pedido esto? —preguntó alguien.

»—Bueno, es pertinente para nuestra discusión —dije.

»—¿Por qué?

»—Porque "poi" ser muy bueno para uno, y "poi" ser muy malo para otro. —Hubo algunos gruñidos—. Ya sé que os parecerá una metáfora bobalicona, pero se aplica al arte, ¿no lo veis? Lo que unos consideran censura, otros lo consideran didacticismo.

»Intervino el listillo del marido.

»—Pero ¿el arte no debería ser universal? —dijo.

»Citando a T. S. Eliot, contesté:

»—"Puede que todos los escritores étnicos no sean grandes, pero todos los grandes escritores son étnicos".

»Aquello lo hizo sentarse, pero entonces habló su esposa:

»—No podemos aplicar los valores ilustrados de nuestra época a Boccaccio, Chaucer y Dante.

»Aquel comentario recibió carcajadas de respuesta.

»—¿Los valores ilustrados de nuestra época? —dijo alguien—. Millones de personas han votado a un tipo que cree que el agua fluye de los océanos a las montañas y que la mejor forma de terminar con los incendios forestales es barrer los bosques.

»—Una cuarta parte de los estadounidenses cree que el sol gira en torno a la Tierra —apuntó otra persona.

»Alguien empezó a hablar, pero lo interrumpió el dulce rasgar de una guitarra. El músico de *blues* residente se había puesto a cantar después de recordar a los congregados que las lecturas diarias originales del *Decamerón* siempre terminaban con una *canzone*. Una canción. Se puso a tocar un tema de Blind Willie Johnson. El músico de *blues* tenía una voz como la de Taj Mahal. Ronca y robusta. Se puso a cantar:

Well, we done told you, our God's
done warned you, Jesus comin'
soon
We done told you, our God's done

warned you, Jesus comin' soon
In the year of 19 and 18, God sent a
mighty disease
It killed many a-thousand, on land
and on the seas
We done told you, our God's done
warned you, Jesus comin' soon
We done told you, our God's done
warned you, Jesus comin' soon
Great disease was mighty and the
people were sick everywhere
It was an epidemic, it floated
through the air
We done told you, our God's done
warned you, Jesus comin' soon
We done told you, our God's done
warned you, Jesus comin' soon
The doctors they got troubled and
they didn't know what to do
They gathered themselves
together, they called it the Spanish'in flu
Well, the nobles said to the
people, "You better close your
public schools
Until the events of death has
ending, you better close your churches too"
We done told you, our God's done warned you, Jesus comin' soon
We done told you, our God's done warned you, Jesus comin' soon
Read the book of Zacharias, bible plainly says

Said the people in the cities dyin', account of they wicked ways'[1]

»Y terminó con una de esas notas graves y profundas con que siempre terminaba Paul Robeson.

»Los congregados siguieron comiéndose su *poi* mientras el músico cantaba otra canción sobre la plaga. El *poi* estaba siendo un éxito tremendo. La gente empezó a echar mano a la bolsa de Grubhub para repetir una y otra vez. Una nube negra pasó por delante de la luna, suspendida sobre Union Square. Empezó a lloviznar. Me levanté y me desperecé. Otros aprovecharon para ir al baño. Eché un vistazo a las oficinas de Kenkeleba. Corrine Jennings, la directora artística, estaba sentada frente a su ordenador, rodeada de montones de papel. Decidida a continuar un legado que habían iniciado ella y su pareja, el gran pintor Joe Overstreet.

»Había expuestos cuadros de artistas haitianos. Algunos eran pintores autodidactas; otros, como Jean Dominique Volcy, Michele Voltaire Marcelin y Emmanuel Merisier, tenían formación. Me llamó la atención una de las pinturas. Representaba el terremoto de magnitud siete punto cero que había

azotado la isla el 12 de enero de 2010, a las cuatro y cincuenta y tres de la tarde. Las caras expresaban horror. Los brazos esquemáticos en alto. El centro lo ocupaba una figura oscura con rasgos de matrona rodeada de dos niños sobre un fondo amarillo.

»Los estadounidenses venceremos el COVID. Tenemos el dinero y los recursos científicos necesarios. Entretanto, Haití seguirá sufriendo como Job.

Al concluir el Poeta su relato, Próspero se ha puesto a asentir con la cabeza.

—Esto es igual que el *Decamerón* original —ha dicho—. Los príncipes y princesas huyen de la ciudad a una mansión de las colinas y se cuentan historias mientras la mitad de Florencia muere llena de bubones supurantes.

—No estaba segura de adónde estabas yendo con esa historia —ha añadido Florida—. Esos gestores culturales parecían unos capullos y, en mi opinión, quienes los critican tienen razón. Pero, al final, Dios ha avisado a los pobres. Los ricos simplemente se han ido a los Hamptons. Es el resultado de esta pandemia: ellos largándose de la ciudad y dejándonos a los demás que nos muramos aquí. Sean cuales sean nuestras diferencias, somos los neoyorquinos los que nos hemos quedado; estamos todos metidos en esto juntos.

—Es un momento de juzgar —ha ratificado Vinagre, en tono agrio—. Esta pandemia ha rasgado la cortina, ¿no? No hay nada como una plaga para mostrar cómo se vapulea a los pobres en este país. Seguro que la mitad del Upper East Side está vacía. Abandonada. Todas esas mansiones y casas elegantes y apartamentos de una planta entera atiborradas de muebles de anticuario y pinturas… Todo vacío y muerto. Mientras sus dueños han aparcado su culo gordo en jardines de veinte mil metros cuadrados en Southampton, bebiendo cócteles y hablando de Damien Hirst.

Nadie ha preguntado quién era Damien Hirst. Finalmente ha hablado Whitney:

—Conozco esas casas elegantes. Cuando tenía veintitantos años, trabajé en una casa de subastas de la avenida Madison. Vendíamos obras de arte, pero también las tasábamos, a veces para venderlas y otras para asegurarlas o autenticarlas. De forma que visitábamos esas casas y examinábamos grandes colecciones. A veces las había reunido de forma meticulosa algún coleccionista a quien le encantaba el material; otras veces las había juntado un curador contratado por gente que simplemente quería estatus social.

—Ahí hay una lección —ha dicho la Señora de los Anillos—. Tanto acumular posesiones… ¿para qué?

—Bueno —ha respondido Whitney—, creo que el arte es importante. Te amplía la vida. Es importante amar el arte. Y es importante coleccionar cosas que te gusten. Pero coleccionar no lo es todo.

—Dios se lo acaba llevando todo —ha dicho Florida—. «Idos ahora, hombres ricos, llorad y aullad por las desgracias que os sobrevendrán. Vuestro oro y plata están podridos, y su óxido dará testimonio en vuestra contra y se os comerá la carne como si fuera fuego. Habéis vivido con placer en la tierra y de forma disipada; habéis nutrido vuestros corazones como en el día de la matanza».

Aquella cita repentina de la Biblia, declamada por Florida con voz enérgica de profeta, nos ha hecho callar un momento a todos, Vinagre incluida.

Pero Whitney ha sonreído:

—Me parece una introducción muy apropiada para mi relato, que es un cuento de terror sobre una riqueza putrefacta que presenta muchos paralelismos con esos versos.

—Las oficinas de la casa de subastas estaban en un elegante edificio que ocupaba una manzana entera.

»Dominaba nuestra amplia entrada un bajorrelieve estilo *art déco*: una musa suspendida sobre un artista anhelante mostrando que nuestro dios no era el comercio, sino el arte. Por entonces nos acababa de comprar una casa de subastas británica, lo cual nos otorgaba cierto caché internacional, aunque ya éramos una firma antigua y distinguida y provista de una envergadura considerable. Prácticamente todas las ventas públicas de arte importantes pasaban por nosotros. Tratábamos con pinturas de Rembrandt, huevos Fabergé, muebles Luis XV, biblias Gutenberg y alfombras Aubusson. Las ventas importantes las hacíamos fuera de las horas de trabajo, con todo el mundo trajeado y exclusivamente por invitación. Vendíamos objetos de una gran belleza y singularidad a expertos provistos de un gran conocimiento y riqueza. Residíamos en el pináculo de la cultura y la opulencia. En la pared de nuestro departamento teníamos cuatro relojes con placas que decían: TOKIO, LOS ÁNGELES, NUEVA YORK y LONDRES. Ocupábamos un lugar en el mundo, y

aquel lugar estaba en el centro de todo. Teníamos un concepto muy elevado de nosotros mismos.

»Yo trabajaba en el Departamento de Pintura Americana. Cada departamento suministraba estimaciones a sus clientes, pero también había un Departamento de Tasaciones independiente que trataba con clientes corporativos, ya fueran bancos, bufetes de abogados o museos. El Departamento de Tasaciones reunía a equipos de empleados y los mandaba a tasar patrimonios o colecciones.

»Grant Tyson era el director de Tasaciones. Era un británico alto y apuesto de cuarenta y tantos años, corpulento, con tez de rosbif, muy serio, culto, impecablemente cortés y dueño de un sentido del humor endiablado. Su ayudante era Priscilla Watson, que había estudiado en el Smith College y venía de una familia con solera de Filadelfia. Se recogía el pelo en un moño perfecto con una banda de terciopelo, y los zapatos siempre le hacían juego con el bolso. Era remilgada, quisquillosa y muy lista y tenía una lengua afilada como un diamante. Debía de rondar los treinta y pocos años; la casa de subastas era antigua, pero sus trabajadores eran sorprendentemente jóvenes. Había muchos directores de departamento que tenían cuarenta y pico y muchos de los asistentes, como yo, no llegábamos a los treinta.

»Grant nos mandó hacer una tasación: una colección grande en una propiedad de Nueva Jersey. Sobre todo, bronces europeos del XIX. También había unos cuantos bronces y pinturas americanos, razón por la cual me habían incluido en el equipo. Había que tasarlo todo, aunque no esperábamos encontrar nada más de valor. Los coleccionistas solían tener obras de arte valiosas o bien muebles valiosos, pero casi nunca ambas cosas.

»La especialidad de Grant eran los maestros antiguos y la de Priscilla la porcelana, pero también eran generalistas y podían tasar un amplio espectro de piezas. Nos acompañaba Rex Miller, de nuestra filial. (Rex Miller tenía unos modales perentorios, muy patricios, y un sentido del humor socarrón. Una vez que Grant estaba dando una charla sobre los maestros antiguos, Rex le metió una diapositiva pornográfica en la máquina. La sala a oscuras estaba llena de académicos y coleccionistas a quienes de pronto se les gratificó con un luminoso vislumbre de carne rosada. Imperturbable, Grant dijo: “Siguiente diapositiva”).

»La filial era donde vendíamos las piezas de poco valor, más objetos decorativos que obras de arte. Las tasaciones de patrimonios siempre contenían alguna pieza suelta inesperada: un huevo de avestruz del siglo XVIII con el padrenuestro grabado en holandés o un tosco platito de madera que

había pertenecido a un antepasado durante la revolución. Y todo patrimonio incluía objetos sin valor suficiente para venderlos. Algunos simplemente nos los llevábamos a casa. Los llamábamos *haggies*, por la palabra escocesa *haggis*, que eran las vísceras que el jefe regalaba a los miembros de su clan el día de la matanza después de quedarse él los cortes buenos de la carne. En nuestro caso, un *haggie* podía ser ropa, utensilios de cocina, hormas de zapatos o algo frágil e irreparablemente dañado. Uno de los patrimonios que tasé había contenido un surtido de bóxers de seda de colores rosa oscuro y verde lima. Me terminé llevando a casa un par de color rosa oscuro. Era una prenda al mismo tiempo elegante e inquietante: la factura era hermosa, pero no dejaba de ser la ropa interior de un muerto. Se me ocurrió ponérmelos como broma, pero nunca surgió la ocasión. Se pasaron mucho tiempo en un cajón de mi escritorio y al final los perdí.

»Aquella mañana esperamos junto a las puertas de cristal de la entrada. Los abogados nos recogieron en una larga limusina negra y pusimos rumbo a la parte rica de Nueva Jersey. La dueña de la colección era viuda, según nos había contado Grant. Había sido la única heredera de una gran fortuna y se había casado con el único heredero de otra. Reconoceríais sus nombres. Eran impensablemente ricos. Tenían una mansión en la Quinta Avenida con la Calle 65. Ya no existe, pero era una casa enorme de seis plantas de estilo federal, sombría e imponente, con persianas de metal oscuro en las ventanas. La señora Heredera vivía en la finca de Nueva Jersey. No habían tenido hijos.

»Durante el trayecto, guardamos silencio por la presencia de los abogados. Llevaban el pelo corto, traje de raya diplomática y corbata corta de rayas diagonales. Nos parecían seres grises atrapados en un laberinto tedioso de legalismos. No como nosotros, gente animada e interesante que nadaba en una corriente chispeante de arte y riqueza. No queríamos hablar con ellos. Condescendíamos a tratarlos, igual que condescendíamos con todo el mundo: nuestra erudición nos situaba por encima de los ricos y nuestro estatus social por encima de los académicos.

»Habíamos llegado a esa parte de Nueva Jersey que está llena de casas antiguas de piedra, prados extensos y caballos pastando. En la entrada de la finca había unos pilares altos de piedra y, más allá, un paisaje bucólico. Mientras cruzábamos los amplios prados, el abogado nos señaló un grupo de edificios bajos.

»—Eso son las perreras —dijo—. Siempre que me quedo a almorzar, me entero primero de qué sirven en la casa, porque si no me gusta puedo comer en las perreras. Siempre sirven filete.

»Sonreímos con cortesía, pero no nos reímos; no nos permitíamos aquellas familiaridades.

»Los herederos criaban perros de raza, como hacía la gente con glamur en las décadas de 1930 y 1940. Me encantaban los perros y me pregunté qué raza habrían elegido ellos, pero no quería tener ninguna conversación con los abogados. En cualquier caso, entonces ya habíamos dejado atrás las perreras, en cuyo interior comían filete aquellos perros invisibles.

»Avistamos la casa a lo lejos: enorme y señorial, coronada de torres y chimeneas. El camino para los coches serpenteaba hacia ella y terminaba en una rotonda enorme frente a la entrada. Los abogados nos llevaron al vestíbulo, un salón grande y sombrío con paneles de madera oscura, techos altos y una escalinata que subía en curva. Vino un hombre trajeado a recibirnos y cogernos los abrigos.

»Los abogados nos explicaron que la colección estaba dispersa por la casa. Teníamos que entrar en todas las habitaciones, las de arriba y las de abajo, en todos los recibidores y armarios. Se reunirían con nosotros para almorzar a la una en el comedor. Asentimos con la cabeza y nos pusimos en marcha armados con portapapeles y cintas métricas.

»La casa era grande y majestuosa. Los salones formales de la planta baja tenían paneles de madera, molduras ornamentadas, chimeneas enormes de piedra labrada y pinturas enormes con marcos dorados en las paredes. La mayoría de las obras de arte eran europeas, aunque también había unos pocos paisajes impresionistas americanos de poco valor y algunos bronces americanos.

»Empecé por la sala de estar. Las pinturas eran poco distinguidas. Por lo general, los cuadros suelen ser fáciles de reconocer: paisajes fluviales fantasiosos de George Inness o cubismo fracturado de John Marin, aunque a veces te pueden confundir. Es sorprendente lo mucho que cuesta identificar una obra sin firma, sobre todo si es una obra de juventud o tardía de algún artista conocido o bien un ejemplo muy malo de su arte o una falsificación. A veces te metían un dibujo europeo en una colección americana o uno de un americano que había trabajado en Francia. A veces una pintura favorita de un artista importante resultaba no ser “buena”, es decir, resultaba no ser suya, lo cual causaba una consternación considerable.

»Otras veces, las tasaciones revelaban tesoros inesperados: en una sala olvidada de una escuela de Inglaterra, por ejemplo, se había descubierto un paisaje enorme de Albert Bierstadt. Pero normalmente los descubrimientos eran más modestos. En una de mis tasaciones, yo había mirado el contenido

de una caja de cartón llena de cuadritos enmarcados que había en el sótano y me había encontrado un grabado de Whistler, con su firma de mariposa. Cuando se lo dije a los clientes, no parecieron interesados; no me quedé convencida de que supieran quién era Whistler. Pero me sentí feliz. Siempre era emocionante trabajar con obras maestras —muy emocionante, de hecho —, pero aquella colección no tenía ninguna, o por lo menos ninguna que perteneciera a mi departamento, de manera que no me había esperado emociones de ninguna clase.

»El mobiliario de la sala de estar era francés: sofás tapizados duros, sillas con las patas finas y mesas con tablero de mármol. Grant estaba detrás de mí; Priscilla había subido al piso de arriba. Rex se detuvo a mi lado y cogió un jarrón con acabados dorados. Le dio la vuelta para verle la marca.

»—Nicolás II. Qué bonito, tener la porcelana de un hombre asesinado en tu sala de estar —dijo con un tonillo exasperado. Le gustaba hacer comentarios escandalosos.

»—¿De verdad perteneció al zar? —pregunté—. ¿O simplemente se hizo durante su reinado?

»—La marca está ahí. —Sostuvo el jarrón hacia mí, pero no lo miré. No me dedico a la porcelana—. Te aseguro que yo no tendría en mi mesa las posesiones de la víctima de un asesinato.

»Negando con la cabeza, Rex dejó el jarrón y siguió adelante. Me acordé de los calzoncillos de seda que todavía tenía en mi escritorio y de todas las posesiones de gente muerta que nos habíamos llevado a casa. Aunque no eran de gente asesinada. En nuestro mundo era importante la procedencia de las cosas; el valor de un objeto se incrementaba si había un historial largo de propietarios conocidos. ¿Por qué era signo de distinción poseer algo que tenía siglos de antigüedad y había sido propiedad de varias generaciones de gente ya muerta y en cambio era de mal gusto adquirir posesiones de una persona cuya muerte había sido inmediata?

»¿Acaso era útil hacerse aquellas preguntas?

»La señora heredera tenía bronces en todas partes, en todas las mesas, metidos en todas las librerías y desplegados de dos en dos en las repisas de todas las chimeneas. Eran formas oscuras y pesadas, animales enzarzados con su presa, humanos atormentados en *contrapposto*, todo insulso, deprimente o sentimental. Obras de Rosa Bonheur y de Louis Barye. Examiné uno a uno aquellos bronces para ver si eran americanos, pero casi todos eran europeos, así que se los dejé a Grant.

»Terminé con los salones de la planta baja y subí al piso de arriba. Grant estaba junto a una mesa del rellano y cuando llegué me enseñó una estatuilla.

»—Mira esto —me dijo—. Si quieres ver cómo se reclina un buey, esta pieza te lo enseña.

»—El *Buey reclinado* —dijo asintiendo con la cabeza—. La autora fue a un matadero en busca de modelos.

»—No creo que los bueyes se reclinaran mucho en los mataderos —señalé —. Seguramente es *Buey muriéndose*.

»—Fuera cuando fuera, Rosa Bonheur fue a tomar notas —dijo Grant—. Para tu información.

»Caminé hasta la otra punta del rellano, donde había otro bronce. Aquel representaba a una mujer desnuda con aspecto de ninfa, reclinada bocabajo. Acababa de levantar el torso del suelo empujando con las manos y con las puntas de los pies pegadas a la nuca. Su pose era abiertamente romántica y encubiertamente erótica. Me recordó a un escultor americano que conocía, así que la cogí y miré la base, pero no había marcas. Busqué con la vista a Grant, pero se había alejado en la dirección contraria. Ahora estábamos casi en extremos opuestos del rellano, de forma que, cuando hablé, fue en voz bastante alta. Los abogados estaban en la planta baja y no había nadie más en la casa que nos pudiera molestar.

»—¿Has visto a esta señorita en cueros haciendo porno blando? Parece de Harriet Frishmuth, pero no veo la marca.

»Grant se volvió, pero, en vez de contestar, se me acercó rápidamente por el pasillo. Cuando me alcanzó, cogió la estatuilla.

»—Europea —dijo—. Ya la he tasado. —La dejó y se me acercó, inclinándose hacia mí, en tono confidencial y urgente—. Está aquí. —Me miró fijamente.

»—¿Quién? —le pregunté, pero por su forma de hablar me di cuenta de a quién se refería. Fue un *shock*—. ¿Aquí? —Señalé el suelo—. ¿Aquí en la casa? —Ahora era yo quien estaba susurrando.

»—En el dormitorio —dijo Grant.

»—En el dormitorio —repetí, asimilándolo.

»—Con ventilación mecánica. Con soporte vital, básicamente.

»Me había imaginado que la señora heredera estaría en otra parte, no sé dónde. Había supuesto que tendríamos libertad para deambular por aquel mausoleo enorme lleno del botín de su fortuna familiar con libertad total para juzgar su colección, su gusto y su casa. Sentí que se me contraía el pecho.

»—¿Está…? —No supe cómo terminar la frase.

»—No —dijo él—. En coma.

»Estaba allí, acostada en su cama, en su habitación, silenciosa pero todavía presente en aquella casa en la que había vivido durante décadas, reinando sobre todas las cosas, las perreras y sus menús, las colinas, la enorme entrada de grava para coches, la sala de estar con su chimenea gigantesca de piedra y el trofeo de la exhibición canina de Westminster: todo había formado parte de su vida. Todas aquellas cosas seguían siendo ella mientras yacía allí con los ojos cerrados, una aguja hundida en la carne flácida y un cuerpo inmóvil que apenas abultaba bajo las sábanas de la cama ornamentada. ¿Cuánto tiempo llevaría en cama? ¿Y cómo habían decidido los abogados el momento de nuestra visita? Estábamos tasando las propiedades de una mujer que todavía estaba viva. Era una noción horrible.

»—¿Dónde? —pregunté en voz baja.

»Grant señaló una puerta que quedaba en mitad del rellano.

»—¿Hay piezas dentro? ¿Tengo que entrar?

»Asintió con la cabeza.

»—Unas cuantas acuarelas —dijo—. Solo será un momento. Y hay una enfermera.

»Grant me sostuvo la mirada hasta que asentí con la cabeza. Revisé los cuadros —que eran sobre todo grabados franceses— y un puñado de bronces que había sobre una mesa. Por fin me preparé para entrar en los dormitorios. Solo había tres puertas. La primera daba a un cuarto de invitados. Dos camas individuales con cabecero de mimbre trenzado francés y lámparas recargadas con pantalla drapeada. Un escritorio francés de gran tamaño y una *chaise longue*. Los cuadros eran europeos: acuarelas, paisajes, dos franceses y uno español. Sentí que se me aceleraba el pulso cuando abrí la siguiente puerta. Al otro lado había otro cuarto de invitados: una cama doble con cabecero labrado francés, secreter de caoba y escritorio francés, sobrio y elegante. Acuarelas en las paredes. Eran todas francesas y del siglo XIX, salvo un grabado del estadounidense Joseph Pennell. Lo descolgué, lo medí y apunté la información. Ya había acabado con aquel cuarto, pero estaba retrasando deliberadamente el momento de seguir. En el secreter había varias fotografías y me incliné para examinarlas. Siempre miraba las fotografías familiares.

»La primera mostraba a un niño montado en un poni con las orejas replegadas hacia atrás. El niño tenía los ojos entrecerrados porque le daba el sol en la cara y las piernas gordezuelas apenas le llegaban para meter los pies en los estribos. La siguiente foto quizás mostrara al mismo niño, pero ahora mayor, con ropa blanca de tenis, jersey de cuello de pico y una raqueta de

madera en la mano. Por último, un retrato formal de graduación, con toga negra y birrete. Me acerqué para ver dónde se había graduado. Encontré el texto impreso debajo de la imagen: UNIVERSIDAD DE PRINCETON, DEI SUB NUMINE VIGET.

»Al lado del secreter había una librería. Me puse a fisgar los libros. *La travesía del cachalote. Pasando fatigas. Moby Dick*. Hemingway y Fitzgerald. Muchos títulos que no me sonaban, sobrecubiertas viejas y oscuras de los años 30 y 40. Unos cuantos volúmenes de ingeniería. Fui al escritorio: más fotografías. Un equipo de remo en camiseta y pantalones cortos, sus miembros descalzos en cubierta, cada uno sosteniendo un remo largo en la mano. Un retrato formal de un equipo de remo, de más edad, ahora con *blazer* blanco y canotier. El texto decía que la imagen era de Oxford y que su embarcación había tenido el imposible nombre de *Torpid*. Debía de ser la habitación de infancia del señor heredero. Parecía congelada en el tiempo y en desuso, pero la señora heredera era muy mayor, claro, y debía de hacer muchas décadas que aquella habitación no la usaban invitados. Me la imaginé inmóvil bajo las sábanas, con el susurro del oxígeno, y me estremecí.

»Solo quedaba una puerta. Giré el picaporte con cuidado. Se abrió sin hacer ruido y entré. Una cama de gran tamaño pegada a una pared que tenía una ventana salediza y con vistas al jardín. En mitad del saliente, un tocador y en el extremo, un sillón. En el sillón estaba sentada una enfermera con uniforme. Cuando entré, levantó la vista y nos saludamos con la cabeza. Evitando cuidadosamente mirar a la cama, me puse a examinar los cuadros. Había un secreter alto pegado a la pared opuesta a la cama, una librería baja y una *chaise longue* tapizada con *toile de jouy* azul. Fui despacio de pared en pared, examinando cada cuadro. Había uno que parecía de Childe Hassam, pero cuando miré el reverso resultó ser de un artista francés que no conocía. Tuve que pasar por detrás de la enfermera para mirarlo y me excusé en voz baja. Asintió vigorosamente con la cabeza y bajó la vista: estaba haciendo un crucigrama. Desde arriba pude ver que tenía el pelo oscuro recogido con una redecilla; distinguí la trama de hilos cruzados.

»Había una acuarela colgada encima de la cama, un paisaje de gran tamaño firmado por Harpignies. Era francés, de manera que no me hacía falta descolgarlo. Pero mientras lo observaba, no pude evitar ver lo que había debajo. Intenté no mirar directamente, pero se me fue la vista hacia abajo y vislumbré una cabeza sobre una almohada con el cabello plateado, los ojos cerrados y la tez amarillenta. Me la tapaba parcialmente un soporte metálico alto del que colgaba una bolsa de fluido con un tubo de color claro que

serpenteaba hasta el cuerpo. También estaba conectada a alguna clase de máquina que emitía un jadeo intermitente. Aquello parecía un cruce infernal entre un hospital y un laboratorio. Me retumbó el corazón en el pecho. Aterrada, volví a mirar a la enfermera. Me hizo un gesto con la cabeza y aparté la mirada de la cama. Mientras me volvía, vi la mano agarrotada y amarilla, terrible, inmóvil, sobre la sábana almidonada.

»Terminé con los cuadros de la otra pared y me pegué el cuaderno amarillo al pecho. La habitación estaba en silencio salvo por el resuello entrecortado. La llenaba por completo lo que estaba pasando en ella. Habían perdido todo su significado los cuadros, los muebles, las moquetas y todas las razones que me habían llevado allí. Lo único que importaba ahora era una marcha lenta y sombría que no se podía detener.

»Fui en silencio hasta la puerta y puse la mano sobre el pomo. Miré a la enfermera y nos volvimos a saludar con la cabeza, como si nos hubiéramos convertido en colaboradoras silenciosas en alguna empresa. Abrí la puerta y salí. Cerré la puerta sin hacer ruido y me alejé. Me iba el pulso a cien, como si acabara de escapar por poco de algo.

»Era la una pasada. Mientras estaba dentro no me había atrevido a mirar el reloj, pero había sido consciente de que llegaba tarde al almuerzo. Bajé a toda prisa la escalera en curva sin hacer ruido, como si fuera necesario guardar silencio. Oí a los demás en el comedor. Y al entrar me los encontré: Grant, Priscilla y Rex. También estaban presentes los abogados, de forma que el menú debía de ser algo mejor que filete.

»Ocupé el asiento vacío contiguo al de Priscilla. Los cuatro hombres estaban sentados en fila: Grant y Rex uno junto al otro y flanqueados por los abogados. Por supuesto, los abogados se querían sentar con la gente importante, que eran los hombres. Una vez yo había salido a atender a una clienta que había traído un cuadro para tasar. Al verme, le había cambiado la cara y me había preguntado si no podía atenderla algún caballero.

»Grant estaba siendo profesional:

»—Es una colección muy importante —le dijo al abogado n.º 1—. Hay piezas muy buenas. Unos metales excelentes.

»Por supuesto, eran abogados, no coleccionistas de verdad. No sabrían distinguir entre una pieza de metal fundido y una obra de teatro.

»—Sí, eso he oído —dijo el abogado n.º 1—. Hay varios museos interesados.

»Grant asintió con la cabeza.

»—Y deberían estarlo —dijo. Aun así, nosotros no habríamos estado allí de no haberse firmado el acuerdo. Aunque quizás solo estuviéramos haciendo la tasación para autenticar el material y no para venderlo—. Por supuesto, un museo no se quedaría el patrimonio entero, solo los bronces.

»—Probablemente —dijo el abogado n.º 2.

»—Y probablemente a nosotros no nos interesaría el patrimonio sin los bronces.

»El abogado asintió con la cabeza.

»—¿Qué tal son los muebles? —le pregunté a Priscilla—. ¿Alguna porcelana interesante? —Quería algún cotilleo que me distrajera. No quería pensar en la figura que yacía en la cama del piso de arriba. Tampoco me atrevía a mencionarla delante de los abogados.

»—Algunos muebles franceses muy interesantes, una porcelana alemana excelente y bastantes cosas espantosas. —Hizo un mohín con la boca y negó con la cabeza, imprimiéndole una serie de sacudidas minúsculas y rápidas. Siempre nos burlábamos de la gente con dinero y buen gusto que podía permitirse piezas exquisitas y en cambio decidía comprar basura—. Un juego de té precioso de Messien y una vajilla soberbia de Sèvres; he contado ciento setenta y ocho piezas. Y luego una imitación de Luis XVI que podría haber salido de los grandes almacenes Sloan. —Negué con la cabeza para mostrarme de acuerdo.

»La comida estaba deliciosa. De primero, una crema de pepino aterciopelada; de segundo, pollo asado a las hierbas. No me quitaba de la cabeza la figura acostada del piso de arriba, pero al mismo tiempo me sentía agradecida por haber sido devuelta a aquel mundo confortable de arte y cotilleos. Priscilla tenía unos primos que vivían cerca y se puso a contarme los aspectos políticos de la caza local, lo mucho que costaba hacerse miembro del club de caza y lo escandalosos que eran los esfuerzos para conseguirlo.

»—Hay recién llegados que no saben montar a caballo, imagínate —dijo Priscilla en tono confidencial—. Solicitan hacerse miembros y apenas saben ir en bicicleta.

»—¿Qué clase de perros criaban aquí? —pregunté—. Esos que almuerzan filete.

—Schnauzers —dijo Priscilla—. Esos chuchos nerviosos y horribles que te muerden si los miras. No los soporto. También rottweilers y dobermans. Le gustaban las razas alemanas.

»—Schnauzers —repetí.

»—Prefiero mil veces un retriever —dijo Priscilla. Hablaba deprisa y con certidumbre absoluta—. O un ovejero. No una criatura nerviosa que ladra sin parar y cuando no está ladrando está mordiendo.

»A mí tampoco me gustaban los schnauzers, lo cual era otra forma de distanciarme de la habitación de arriba.

»—A mí me gustan los border collies —dije—. O los caniches estándar.

»—Bueno, si no te importa pagarle todo tu sueldo al peluquero canino… —comentó de inmediato Priscilla. Tenía opiniones acerca de todo.

»Yo no quería discutir con ella.

»—No, eran famosos por los schnauzers, y ganaron millones de premios con ellos, pero también tenían perros domésticos; alguno sin raza, algún… ¿Qué era? ¿Algún corgi? No me acuerdo. Vinimos hace años y había perros aquí en la casa. De alguna raza que le gustaba al hijo.

»—¿Al hijo? —dije—. Creía que no habían tenido hijos.

»—Oh, no, tuvieron un hijo —declaró Priscilla. Le dio las gracias animosamente a la sirvienta, que se estaba llevando los platos del postre—. Tuvieron un hijo que murió.

»Debía de ser el niño del poni, el de la foto de graduación. Aquella había sido la habitación del hijo.

»—¿Y qué le pasó? —pregunté.

»—Que se murió —repitió Priscilla—. Se murió y los padres no lo superaron nunca. Quería ser piloto y alistarse en la fuerza aérea. Pero no se lo permitieron, no se lo permitió ella; le parecía demasiado peligroso, de forma que lo mandaron a trabajar de ingeniero a Francia. Les encantaba Francia; se nota por la colección.

»—¿Y cómo murió? —pregunté—. ¿En la guerra?

»Priscilla negó con la cabeza.

»—Nada tan heroico. En accidente de tráfico. Se estrelló contra un árbol. Murió al instante. La noticia casi acabó con su madre. La recibió en francés y por telegrama. Cuentan que se quedó leyéndolo una y otra vez, intentando que significara algo distinto. Nunca se recuperó. Fue entonces cuando cerraron la casa de Nueva York.

»Miró a su alrededor.

»—¿Crees que nos traerían más agua? No quiero vino. No se puede beber en plena tasación. —Mientras lo estaba diciendo, apareció detrás un hombre con una jarra de agua con hielo. Se le inclinó por encima del hombro y le llenó la copa.

»—¡Gracias! —dijo Priscilla dedicándole una sonrisa instantánea—. Perfecto. —Se volvió hacia mí—. Aquella muerte los hizo pedazos y, además, eran una familia tan conocida que fue noticia en todo el país. Ya sabes que en aquella época el público amaba a los ricos. Siempre estaban haciendo películas de hombres con chistera y mujeres con collar de esmeraldas. Fred Astaire y abrigos de marta cibelina. Así pues, todo el mundo conocía a la familia, pese a que eran discretos y odiaban la atención pública. Salvo cuando ganaban sus perros en Westminster. De eso sí que estaban orgullosos. Pero cuando murió su hijo, no quisieron que se enterara nadie. Y se enteró el país entero, claro. Y se recluyeron.

»Todo aquello me parecía terrible, atroz.

»Me imaginé a la madre leyendo el telegrama una y otra vez, aquella ristra de palabras en francés que se negaban a formular un mensaje distinto. El chico con su remo, de pie en cubierta. Aquellos libros de la estantería: yo ya lo había empezado a conocer personalmente.

»—¿Y sabes que la tapa del ataúd está aquí? —dijo Priscilla bajando la voz.

»—¿Qué? —pregunté.

»—Aquí, en este comedor —dijo Priscilla. Dio un golpecito en la mesa con un dedo cuidado con manicura. Nos habíamos acabado la *crème brûlée* y era hora de volver al trabajo, de recorrer habitaciones y evaluar cosas.

»—¿Cómo que aquí? —pregunté.

»—Ahora te lo enseño —me dijo y le dedicó una sonrisa luminosa al hombre del café—. No, muchas gracias.

»Nadie quería café, nadie quería demorarse, todo el mundo se estaba poniendo ya de pie. Mientras los demás salían del comedor, Priscilla me llevó rápidamente hasta una puerta que daba a una especie de solario. Entramos las dos y cerró la puerta. De la parte de detrás colgaba un plafón alargado de madera barnizada. La forma era inconfundible: estrecha en la parte superior, ensanchándose hacia los hombros y después estrechándose gradualmente hasta la parte de abajo. Los pies. En la madera había una placa metálica con el nombre y las fechas. Había muerto a los veintidós años.

»Aquella tapa de bordes oblicuos había colgado desde entonces de la puerta. Había estado allí en todas las comidas, oculta pero presente. Era el único objeto de la casa que realmente les pertenecía, irremplazable, sin precio.

»Me quedé mirándola durante lo que me pareció un momento largo. La terrible pátina suave de la madera —era roble—, el lustre silencioso del

metal. Aquel objeto representaba la vida entera de la mujer. Era la pieza que lo significaba todo para ella. Todos aquellos bronces de animales y muebles franceses, nuestros comentarios ingeniosos y despectivos… Todo aquello se alejó como espuma arrastrada por una corriente. No conseguí hablar ni quise mirar a Priscilla porque tenía lágrimas en los ojos.

»Por fin cogí mis cosas, fui a las habitaciones del fondo y terminé la tasación. No había mucho que ver en las cocinas, en las despensas ni en los armarios de la porcelana. En las paredes solo había reproducciones enmarcadas. Pero ya me había cambiado el estado de ánimo. ¿Qué tenía de malo colgar de la pared una imagen bonita? ¿A quién le importaba que fuera una reproducción? Y durante el resto de la tarde, mientras iba de habitación en habitación, abriendo puertas y examinando cuadros, no me pude quitar de la cabeza aquel plafón de roble barnizado. Ni las fechas. Me acordé de aquella casa de la Quinta Avenida, de sus persianas metálicas.

»Después de aquella visita, me pasé años en que cada vez que iba a hacer una tasación me acordaba de la mujer acostada en su cama y del jadeo entrecortado de la máquina. De su mano amarilla y de la madera barnizada que colgaba de la puerta del comedor.

El sonido de la voz de Whitney se ha quedado flotando en la oscuridad creciente.

—Oh, Dios mío —ha susurrado Eurovisión—. Esa tapa de ataúd.

—¿Creéis que lo enterraron sin la tapa? —ha dicho Hello Kitty arrastrando las palabras—. Qué poco higiénico.

—Por favor —ha soltado Eurovisión volviéndose hacia ella—. ¿Qué pasa, que necesitas tener una respuesta sarcástica para todo? Ha sido una historia muy trágica. ¿Entiendes lo que significa no someterlo todo a tu juicio siempre?

Me he acordado de todas las cosas que había dejado el conserje y de pronto se me ha ocurrido la idea impactante —y no sé por qué no lo había pensado antes— de que quizás el conserje anterior no se marchara del edificio; quizás se muriera. Si se hubiera marchado por su propio pie, ¿acaso no se habría llevado las cenizas de su mascota? He mirado a mi alrededor. ¿Me atrevía a hacer la pregunta? La mayoría de los vecinos debían de haberse enterado de su muerte. Pero antes de poder decidir si lo preguntaba o no, Próspero ha soltado una risa.

—Negación de la realidad. De la realidad de lo que decía el telegrama. De la realidad de la muerte y el entierro de su hijo. De la muerte en sí. Igual que ahora. Las morgues están llenas y los cadáveres se amontonan en contenedores refrigerados en los campos de fútbol de la Isla de Randall. No hay nadie que contemple a la muerte desde el pie de la cama, no hay funerales ni entierros. Todo es negación de la realidad.

—El COVID está borrando nuestras ceremonias mortuorias —ha intervenido la Señora de los Anillos, señalando con la cabeza a la Reina, acordándose claramente de la historia de la muerte ya lejana de su abuelo y de aquel «lo somos» que le había susurrado su abuela.

—Pero menuda visión de la anciana allí en coma —ha dicho Darrow—, rodeada de sus cosas, de su dinero y sus obras de arte y de todas las cosas que protegían y acolchaban su vida. Sin embargo, lo más importante que había tenido ya no estaba: el recuerdo de su hijo. Se le había borrado del cerebro en ruinas. ¿Adónde se había ido?

—Dicen los físicos que en el universo la información no puede ni crearse ni destruirse —ha apuntado el Poeta, con los ojos entrecerrados—. De manera que sigue estando todo ahí, en alguna parte. Su hijo, los recuerdos de su hijo y los recuerdos que tenía su hijo de ella, todo sigue ahí, entre las estrellas.

Florida ha negado con la cabeza.

—¡Santo cielo, qué tontería de conversación! ¡Qué complicado lo hacéis todo! Si queréis respuestas, id a la iglesia. Es así de simple.

—Ahí, en alguna parte —ha repetido una joven en la penumbra del borde de nuestra reunión. Y lo ha vuelto a decir, más alto—. Ahí, en alguna parte.

Eurovisión me ha clavado una mirada acusatoria, como si fuera yo la que estaba invitando a todos aquellos desconocidos. Luego ha recompuesto su expresión y se ha vuelto hacia la recién llegada.

—Sí, bienvenida. ¿En qué…, mmm, en qué apartamento vives?

—En el 6E. Soy Socia. Creo que todos conocéis a mi madre —ha dicho con voz baja, serena y nostálgica.

—¿Eres la hija? —ha preguntado Eurovisión—. ¿La de las historias de Compi?

La joven ha asentido con la cabeza.

—Las historias de mi madre tienen historias dentro de sus historias. Y también las tenía el apartamento donde vivíamos. Jericho, mi padre, escondía

diarios en las paredes. Encontré por lo menos tres. Y también encontré una nota que le había escrito a mi madre, pero que después no le había dejado para que la encontrara. Decía: «Me avergüenzo de lo que me creó. Amar a una mujer negra no cambia esto. Cantar el *blues* no cambia esto. Gracias por no recriminarme a mi gente». Y luego contaba una historia sobre su abuela y unas mangueras.

»Y terminaba escribiendo: "Te pregunté por el rifle porque sabía que no sabías lo que estaba pensando tu padre aquella noche en el muelle. Pero se apoyó en ti y murió de causas naturales en su cama. Yo no voy a hacer eso. No puedo separarte a ti de mi deseo de ser negro. Es duro ser un cantante de *blues* tejano y no ser negro. Y al mismo tiempo es mucho más fácil ser un cantante de *blues* tejano y ser blanco. Estoy jodido". Me alegro de que no le dejara aquella nota. Si estuviera aquí mi madre, no os contaría nada de esto.

»Y tampoco os hablaría de los fantasmas.

»Resulta que hay dos fantasmas en mi apartamento. Uno se vino conmigo de Misisipí. El otro ya venía con el piso. Rosie habla en verso y está cansada de la gente blanca. Nació ya cansada de la gente blanca, en Misisipí, seguramente hace unos noventa años. Al otro lo llamo Fantasma Blanquito. Es una especie de profeta. Blanco y rural como él solo y también, de alguna forma, cansado de la gente blanca. A veces se cree el más negro de la sala. Rosie lo odia.

»Fantasma Blanquito dice que es duro haber nacido en un mundo donde el mero hecho de tener la piel blanca y polla solía darte ventaja y después despertarse un buen día y ver que ahora la ventaja la tiene la gente con coño. Y encima la gente con la piel oscura y coño… En fin, mejor no hablar. Preguntarse por eso, por cómo una gente que empezó yéndote detrás ha terminado por delante, basta para que se te caigan todos los dientes. O si eres Fantasma Blanquito, basta para que te mueras.

»Rosie dice que no es más que un fantasma que quiere ser un ángel y me considera a mí su tren para salir de la ciudad. Amo a Rosie. Siempre dice la verdad sin tapujos.

»La otra noche se me cayó una copa de vino tinto al suelo; Fantasma Blanquito estaba profetizando a lo loco otra vez y Rosie cayó en una especie de ensoñación. Se puso a hacer preguntas.

¿Puede un sonido encender las luces? ¡Ja!
¿Acaso viaja la luz

por su cuerpo el tiempo suficiente
como para tomarle la medida allí?

Oh, ¿conserva la madera
algún sabor?

»Fantasma Blanquito ama a Rosie. Se cree que está en la iglesia del *blues*. Se cree que esto es un diálogo con el coro.

»—Sigue hablando del sabor de la madera, chica. —Le centellea el diente de oro. Se cree que tiene un encanto deslenguado. Yo me limito a fregar el suelo y a escuchar.

»Rosie pone voz grave y va a por él.

¿Cuánta madera sureña lleva sabor
a chica negra a sudor de muslos? ¿Qué madera
no lo querría?

»Ahora pienso en lo que me gotea por la parte de atrás de la pierna mientras limpio el vino, fregando la misma mancha roja y pensando que hemos llegado muy lejos y a la vez no, Rosie y yo, desde Misisipí hasta esta perspectiva de hombre blanco que es Nueva York. ¿Estoy dejando mis sales en este suelo? ¿Acaso he heredado de mi madre alguna clase de sudor de supervivencia? ¿Acaso me otorga un sabor distinto cuando estoy fuera del sur? ¿Tiene la madera un sabor distinto en el norte? Sospecho que Fantasma Blanquito me lo podría decir, me lo imagino pegando la lengua al grano de la madera, al interior de mi pierna, si se lo permito…

»—*Ooh, tierra y carne* —dice Rosie.

»*Ooh, madera y carne*… Ahora le está dando bien. Tiene los ojos cerrados. Una flor en el pelo. El vestido holgado, ceñido a las caderas, y meciéndose al son de su sermón. Fantasma Blanquito agacha la cabeza. Siempre hace lo mismo cuando sabe que ella está a punto de empezar a predicar perdiendo su voz y personificando al Delta de las historias de mi madre; el nombre del lugar entraña un cambio.

Resulta que me hundo reluciente bajo su rodilla doblada
Resulta que me lleno de la presión de su zapato y me agito resulta
que sus manos rojas de dolor siguen cantando sangre
en mis aguas… resulta que

necesito a la señorita Rosie
¿verdad?
Ella son mis vituallas ¿verdad?

Su dulce olor / sazón / mis vitales. Ellas las sostiene. ¿Puede un lugar
tener preferencias? El Señor
sabe que este sitio no es como Dios
ecuánime

sí, y aunque me alimento de ella
su sufrimiento me duele, aún y siempre.

»Cuando acaba, Fantasma Blanquito y yo estamos apoltronados juntos en el sofá, los dos secándonos una lágrima o algo así. Deseando tener las palabras necesarias o algo así.

»Rosie deja que le caiga de los labios un pequeño y brusco "¡ja!".

»Fantasma Blanquito se estremece y estira las piernas.

»—Nos ha jodido bien a todos.

»Rosie todavía se está asomando por la puerta de mi dormitorio, absolutamente estupenda con su vestido rojo y ahora fumando.

»—No nos mereces, blanquito —dice.

»—Y un carajo. ¿Acaso esa no es mi guitarra? ¿Acaso no es una guitarra de blanquito la que le da todas sus canciones a la señorita "de blanquita no tengo un pelo"? ¿Los sonidos que mantienen encendida la luz, como decís?

»Ahora mis fantasmas se están riendo los dos juntos de mí. No me importaría, salvo por el hecho de que todas mis palabras las saco de ellos y no quiero que mi propia voz me asuste ni me haga daño.

»—Rosie —le digo—. ¿Puedo ser yo la tierra ahora? ¿Puedo hablar un poco en su nombre?

»—¿Qué sabes tú de la tierra, mulatilla? —Fantasma Blanquito se cree que, como es del campo, sabe más de los cuerpos negros de lo que podría o debería. O por lo menos más que yo. Pero cuánto se equivoca, Dios mío—. ¿Qué sabes tú de eso, chica de ciudad?

»—Sabe lo bastante —me defiende Rosie—. Venga, niña. Cuéntanos lo que te trajiste.

»Vino de alguna parte fuera de mí, o de alguna parte de mis huesos y de mi sangre que ya estaba decidida antes de que yo naciera. Quizás en Meridian, como dice mi madre. Vino del ritmo, tal como me ha enseñado Fantasma Blanquito. Tal como él aprendió de Rosie cuando todavía estaba vivo; necesitaba la idea de ella todos los días de su vida; creo que ella lo rondaba como un fantasma sin saberlo. La mayoría de las veces yo soy la forma que tienen de comunicarse. Un psicopompo en alpargatas. Esta noche soy una clase distinta de testigo.

Llamadme
cuna
y nido…

»—No está mal, para empezar. —Fantasma Blanquito cree que tiene derecho a decir algo al respecto.

»—Calla, chaval. —Rosie sabe que no lo tiene, y yo también. Así que sigo.

Llamadme Misisipí

»—¡Carajo! —susurra él.

»—Mmm. Ssshh. —Ella lo toca.

Soy
todo lo malo
del Edén
Y toda esperanza que alberga antes
y después…

caen,
dicen,
dame de comer, Misisipí. ¿Ves esto,
mi puño? ¿Ves esto, mi bulto de furia?

»Fantasma Blanquito niega con la cabeza. Se enciende un cigarrillo.

No veo
ni el hecho de no ver
Misisipí… mira
cómo me crecen estos
no veo
ni un pimiento. Pienso
en frijoles blancos
y panceta salada
reblandecidos casi dulces
y con pimienta.
Bajando por la lengua

no veo

»Noto que mis pies siguen una cadencia, que las manos me tamborilean en el esternón y el costado del muslo.

para que no
me toque el vientre el espinazo

no veo
por un rato Digo
Oh, Dios, ayúdame a comer
para sobrevivir
Digo
Oh, Dios, que me sustente esta cuchara

este labio ahuecado
que sostiene
su pequeña alianza… hoy
voy a comer.
Sí, me los he comido
me los he comido
a todos. He dejado
el kudzu crecer
y crecer y crecer
y crecer y
esta planta verde

me adora
me adora
y la dejo vivir,
vivir y comerse cosas
que la gente intenta
proteger.
Esta casa: ¡ja!
Sus cimientos: no son nada.
la dejo comerse
estos cuerpos negros: sí

mira cómo crío
un mosquito: sí,
que se comerá y se comerá
vivo a un hombre
y aun así
dejo que viva y viva
y viva.

»Mientras yo hablaba, Fantasma Blanquito se ha escurrido por el sofá cuan largo es.

»—Es vuestra hora, chavalas de piel medianamente oscura —dice desde el suelo. Y se tumba a los pies de Rosie.

»—¿Qué está diciendo, niña? —Rosie deja que le salga de la boca el humo de un cigarrillo y le vaya hasta los ojos cerrados; como el humo de una escopeta fantasma.

»—Las chavalas de color caramelo. No me refiero a las de piel morena muy clara, sino a las del medio. —Abre los ojos y nos dedica un brindis a las dos—. Es vuestra hora. El mundo está listo. Es hora de enseñarle al mundo lo que el mundo no puede ver. Dilo conmigo, chica. Sé que lo ves venir.

»Y tiene razón. También me puede defender a mí cuando quiere. Encontramos juntos las palabras:

Dame sal fresca, Rosie…
Salpícame con ese sudor, Rosie…
Mándamelo desde tu labio, desde tu rodilla, desde el canal de entre los pechos…

Provéeme de sales con tu trabajo duro y tus lamentos, Rosie…
Dame de comer la sangre de tus manos, lávate en mi río…

»Fantasma Blanquito se pone de rodillas. Se agarra al vestido de Rosie. La mira a la cara y me deja la última palabra a mí:

Te conozco, chica. Soy tú, mujer. Ven a ver.

»Rosie se lleva la mano a la mejilla y se escapa de su abrazo.

»—No seas como yo, chata —le dice él—. Soy incapaz de quedarme quieto o de pasar mucho tiempo en ningún sitio agradable.

»Rosie no ha dicho nada, pero sé qué lo ha oído. Se sirve una copa y se pasa un momento largo removiéndola.

»—Nanay. No consigo quedarme quieto. Ni siquiera en mi mente ni en mi corazón. Es como que primero te escapas a casa, vienes corriendo aquí, alejándote de todos los sitios y caras de fuera. Y después te expulsas a ti mismo de las partes agradables de tu cabeza.

»—Todos los vicios y nada bueno —digo sonriendo—. Así es como acabas muerto, a base de perseguir a la muerte, en vez de vivir como es debido.

»Por una vez, Fantasma Blanquito no tiene nada que decirnos a ninguna de los dos. Se limita a despegar los brazos del suelo para intentar coger su guitarra.

»Su forma de tocar es digna de verse, su forma de mover la mano sobre el mástil. Tiene razón: hay veces en que nada en él está quieto. Ni siquiera puede dejar los dedos quietos durante el tiempo suficiente para tocar ningún acorde a la manera tradicional. Siempre le tiene que añadir alguna *bent note*, alguna *blue note*, y hay veces en que me parece que incluso Rosie reconoce que sabe tocar el *blues*.

»Esta noche Rosie se pone a cantar, le da su bendición en forma de compases:

Haz lo que te digo, niña, no lo que hago, por Dios
haz lo que te digo, niña preciosa, y no lo que hago
en esta vida hace falta el perdón,
así que acepta este que te estoy trayendo

»Fantasma Blanquito termina de tocar, pero se aferra a la caja de la guitarra como si fuera algo tierno, y Rosie se moja los labios con su copa, y yo los amo a ambos. Esto de vivir con fantasmas significa que nunca habrás de temer a tu primer fantasma ni tampoco serlo.

Y con eso ha terminado. Mientras se apagaba su voz, se me ha quedado una frase en la mente: «Vivir con fantasmas significa que nunca habrás de ser tu primer fantasma». Yo vivía con fantasmas. Quizás era el caso de todos los que estábamos allí arriba, compartiendo nuestros recuerdos.

—Esa sí que ha sido una historia de fantasmas distinta —ha dicho Vinagre en medio del silencio general. Quizás sean Rosie y Fantasma Blanquito quienes han estado ocupando el 2A por las noches. La idea casi me ha hecho sonreír.

—Esa tal Rosie —ha dicho Wurly de pronto—, ¿es la misma señorita Rosie de la que hablaba tu madre, la de la canción de Leadbelly *Midnight Special*?

—Sí —ha confirmado Socia.

—Y Fantasma Blanquito, el tipo blanco ese, ¿dices que sabe tocar *blues*? No es un cumplido que se haga a la ligera.

—No, ya lo creo que no.

—*Midnight Special* —ha dicho Wurly—. No se me ocurre otra canción que haya recorrido tanto mundo y haya llegado al corazón de tanta gente. Paul Evans. Johnny Rivers. Creedence y Little Richard. Incluso ABBA.

—Es un sentimiento humano —ha dicho Socia—. Todos estamos en la cárcel, esperando a que nos ilumine esa luz. Leadbelly la aprendió cuando estaba encerrado en la prisión de Texas Sugar Land, junto a las vías del tren. Si la luz del tren te iluminaba a través de la ventanilla de tu celda, eso significaba que venía la señorita Rosie con un indulto a salvarte y llevarte a la libertad. —Ha hecho una pausa, ha cogido aire y se ha puesto a cantar, con voz grave y rica:

Yonder comes Miss Rosie, how in the world do you know?
Well, I know her by the apron and the dress she wore.
Umbrella on her shoulder, piece of paper in her hand,
Well, I'm callin' that Captain, "Turn a-loose my man."

Let the midnight special, shine the light on me,
Let the midnight special, shine the ever-lovin' light on me.[2]

—Ya he oído demasiadas historias de fantasmas —ha dicho Eurovisión en tono irritado, guardando su altavoz y su bebida mientras empezaban a sonar las campanas de la vieja San Patricio—. Mañana contemos historias que no tengan gente muerta ni fantasmas, ¿de acuerdo?

—Como si tuvierais derecho a hablar con vuestros rollos de «la importancia del trauma». —Hello Kitty puso los ojos en blanco. Él fingió que

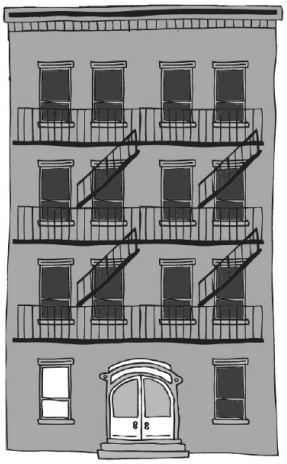
no la oía.

Mientras guardábamos nuestras cosas, he oído que Socia decía, sin dirigirse a nadie en particular:

—Tengo que encontrar a mi madre. —Y ha parecido que desaparecía en las sombras. Me he guardado el termo y el cuaderno en la bolsa, he apagado el teléfono y me lo he metido en el bolsillo y por fin me he apresurado a marcharme con los demás. Esta noche tenía tantas ganas como Eurovisión de marcharme de la azotea. Creo que todos nos sentíamos un poco rodeados de fantasmas. Hemos bajado la estrecha escalera dejando dos metros de distancia entre nosotros, de regreso al edificio destartalado, para hacer lo que sea que hace cada cual en estas largas noches del COVID.

Quizás estuviéramos todos regresando con nuestros fantasmas.

Día 13



12 de abril

Completamente harta de mi tumba en el sótano, esta noche he sido la primera en subir a la azotea, con un termo lleno de Moscow Mule bastante cargado. La primavera ya debería estar en flor, pero, en vez de eso, el día oscuro y lluvioso ha dejado paso a una noche todavía más oscura y a un viento que barría a rachas la azotea llena de charcos y de olor a alquitrán y tierra húmedos. En alguna parte había un trozo suelto de metal y cada corriente de aire lo hacía traquetear.

Me sentía desequilibrada. El viento llevaba todo el día soplando y sus ráfagas poblaban el edificio de crujidos y gruñidos. Me había olvidado de que era Domingo de Pascua hasta que vi que alguien había pintado en la pared de los murales, al lado de Dios y su conejo, a otro conejo, este con los ojos grandes y sentado encima de un huevo de Pascua. Mi padre siempre había dado mucha importancia a la Pascua. Normalmente la celebrábamos los dos solos, pero comíamos cordero asado y jugábamos a derribar huevos. Es una tradición rumana: decoras huevos hervidos, luego los haces chocar unos contra otros y el que no se rompe gana. Mi padre decía que entrechocar huevos con tus seres queridos en Pascua te aseguraba que los volverías a ver después de la muerte. Parece una tontería, me gustaría haberle preguntado de dónde salía. La idea de pasar la Pascua sin mi padre me hacía sentir fatal. Pero después de las historias de muerte y fantasmas de ayer y de una larga noche de insomnio, hoy he decidido adoptar un mantra nuevo: «Mi padre ha muerto».

Supongo que este es el momento en que debería contaros que por fin he dejado de llamar a la Mansión Prados Verdes. Mi mente ya no lo podía

soportar: el pitido interminable del tono de llamada al otro lado de la línea y la voz robótica: «La persona con la que está intentando contactar no está disponible…». No paran de llegar noticias de cifras vertiginosas de muertes en las residencias de ancianos. Maine lleva todo este tiempo intentando ayudarme y está igual de angustiada que yo por no haber podido encontrar tampoco a nadie. Estamos todos aislados, perdidos, a la deriva, atomizados y separados.

Así pues, como mi padre está vivo o muerto y yo no puedo saber cuál de las dos cosas, necesitaba tomar una decisión. Y la he tomado esta mañana: está muerto. Si está muerto, ya no corre peligro. He confiado en que mi decisión pueda evitarme esas horas de mirar el techo y combatir las imágenes espantosas que me vienen a la cabeza. Está muerto. Simple e indeciblemente horrible, pero por lo menos es algo sólido a lo que me puedo aferrar. He intentado imaginármelo paseando por ese ridículo paraíso ortodoxo rumano del que siempre hablaba el patriarca, con sus nubes y sus ángeles cantarines y todo el mundo mirando a Dios con adoración infinita: ese mundo en el que mi padre creía tan fervientemente. No lo he conseguido. Otro problema era que yo no sentía que estuviera muerto: seguía siendo una presencia muy intensa en mi mente. Pero antes de perder la cabeza de preocupación, atrapada aquí, sin forma de comunicarme con él, necesitaba hacer algo al respecto, decirme a mí misma algo que funcionara. Podéis juzgarme por ello si queréis.

Al llegar a la azotea, Eurovisión se ha detenido junto al conejo recién pintado y ha recibido los cumplidos de todo el mundo, sonriendo y saludando con la cabeza como si fuera el sacerdote en la puerta de la iglesia en domingo. Yo no tenía ni idea de que celebrara la Pascua. Quizás solo le gustaran los conejos. Metidos en cajas o donde fuera. Florida le ha dedicado un saludo especialmente amable y hasta se ha santiguado delante del mural.

La Señora de los Anillos llevaba un pañuelo nuevo en torno al cuello, no de Hermès como el que había sacrificado para hacerse la mascarilla, sino una de esas pañoletas baratas para turistas de las que dicen I ♥ NEW YORK. En vez de sentarse, ha caminado hasta el parapeto y se ha asomado. Ha señalado los solares llenos de escombros que rodean la azotea y en los que se construirán rascacielos.

—Mirad esto —ha dicho—. Lo están derribando todo. Se avecina un mundo nuevo.

He dado un trago del daiquiri de plátano, seguido de otro, y no he tardado en sentir que me empezaba a subir el alcohol a la cabeza. Ha sido otro día de muerte y sirenas: hoy el estado de Nueva York ha tenido más casos de

COVID —188 694— que ningún país del mundo. Más que Italia o que China. Cuomo ha ordenado que todas las banderas ondeen a media asta. No ha dicho cuándo las volverían a izar. Él y todo el mundo siguen afirmando que el brote está empezando a tocar techo, que ya se está estabilizando y que pronto decaerá. Me he preguntado cuánto tiempo más vamos a estar aporreando cazuelas y ollas. Ya me estoy hartando. De todo.

He mirado a mi alrededor, pero no he visto a la joven que contó la historia de fantasmas de anoche, Socia, ni a Compi. Si he de ser sincera, estoy preocupada por ella. Además, le quería preguntar por los pasos suaves que se oyen en el 2A. ¿Sus fantasmas van de puntillas y en calcetines?

—Saludos a todos, bienvenidos a la azotea —ha dicho Eurovisión cuando han empezado a amainar los cumplidos a su conejo.

—¿Alguien más cree que hay fantasmas en el edificio? —ha preguntado Darrow de repente.

El comentario ha llamado la atención de todos.

Darrow se ha metido las manos en los bolsillos del elegante traje con expresión desacostumbradamente incómoda.

—Terminé, mmm, sacando mis prismáticos y examinando el solar en obras de ahí abajo, que es donde creo que se pudo caer el tal Gund —ha seguido diciendo Darrow—. No hay nada. Pero vino y se fue sin usar las escaleras, ¿verdad? Eso me sugiere que quizás sea un fantasma.

—Creía que no íbamos a hablar de fantasmas —ha dicho Eurovisión.

—A veces oigo pasos y ruido de grifos en el apartamento de debajo del mío, que estoy bastante seguro de que debería estar vacío —ha dicho Wurly, que vive en el 3A. Y ha visto que yo levantaba de golpe la cabeza, sobresaltada—. Eh, ¿la conserje no vive en el 1A? ¿Alguna vez oyes algo encima de ti por las noches?

—Pues sí —he admitido tartamudeando—. Pero he mirado unas cuantas veces. Y está completamente vacío.

—Quizás sea el fantasma del viejo que se murió en el 4C —ha dicho Hello Kitty.

—A veces noto una presencia fría que se me cruza en los pasillos —ha confesado Florida.

—Es porque hay corrientes de aire —ha dicho Vinagre.

Eurovisión ha soltado un soplido de burla.

—Por favor. No hay fantasmas en el edificio. —Me ha clavado una mirada. Me ha entrado una oleada de pánico. ¿Por qué he tenido que

contestar? ¿Por qué no podía mantener la puñetera boca cerrada?—. Todavía no hemos oído ninguna historia de nuestra conserje.

—¡Sí que la habéis oído! Os conté una.

—Leíste una carta que habías encontrado. Queremos oír una historia.

—Ya os lo he dicho, no conozco historias.

—¡Pues claro que sí! Debes de tener un cargamento entero.

He sacado un documento que encontré en la carpeta de acordeón del viejo conserje.

—No tengo ninguna historia, pero tengo esto.

—¿Qué es?

—Un informe científico sobre un animal poco conocido. Es extraño de verdad…

—No, no, no —ha dicho Eurovisión—. Sobre ti. O sea, todas las noches te sientas aquí a escuchar nuestras historias, pero nunca cuentas nada de ti. Puedes entrar en nuestros apartamentos cuando te da la gana y lo sabes todo de nosotros. Pero ¿y tú? Aquí nadie sabe nada de ti. Simplemente apareciste un día.

—No estoy escondiendo nada —me he apresurado a decir.

—No digo eso. Lo único que digo es que eres la única persona de la azotea que no ha contado ninguna historia de verdad. —Se ha cruzado de brazos y se ha reclinado en su asiento, esperando.

Cuando he mirado a mi alrededor, solo he visto caras recelosas devolviéndome la mirada. Soy consciente de no haber causado una buena impresión en ellos. Quizás porque el edificio está hecho una mierda o porque parece que están entrando extraños o porque no me relaciono con nadie. Me he planteado mandarlos a la mierda a todos, pero enseguida he visto claro que sería mala idea, teniendo en cuenta que hemos de pasar Dios sabe cuánto tiempo más encerrados en este vagón de transporte de ganado del coronavirus. De pronto me he sentido furiosa conmigo misma porque me hayan empezado a caer bien estos capullos, por tener ganas de pasar ratos con ellos. Quizás fuera porque estaba medio borracha o porque odiaba que me miraran con condescendencia, como le habían hecho a mi padre toda su vida, pero me ha venido un impulso salvaje. Quería escandalizarlos. Ver su horror y sacarme por fin algo de dentro. De manera que sí, tenía algo que contarles.

—Muy bien. Tengo una historia —les he dicho—. No trata de mí, sin embargo. Solo es una historia que escuché. Trata de alguien que cuenta historias. Es decir, de la persona que contó la historia que escuché. Así pues, es una historia sobre una narradora que cuenta una historia.

—Suéltala ya, anda —ha dicho Eurovisión.

He respirado hondo.

—¿Conocéis esos eventos que organizan a veces en los bares, donde la gente se levanta y cuenta historias?

—Claro —ha dicho Vinagre—. Cada persona tiene diez minutos, no puede usar notas y la historia tiene que ser verídica. ¿Te refieres a eso?

—Exacto —he dicho—. En fin, yo nunca había asistido a ninguno de esos eventos hasta que hace un año, una amiga mía… Una amiga me citó allí. No quedaba lejos de aquí, de hecho. ¿Os acordáis de cuando los camareros del Burp Castle se disfrazaban de monje y no hablaban? Pues durante una época hubo un local temporal en la puerta de al lado y allí se organizaban narraciones, como si estuviera montado para ser la antítesis del bar del silencio. Las copas te las tenías que traer tú. Así pues, asistí con un Moscow Mule en un termo. El mismo que tengo aquí. —Les he enseñado mi termo y lo he agitado como una tonta. Espabílate, Yessie—. Cuando llegó la hora del evento, sin embargo, me di cuenta de que mi amiga me había plantado. Ya estaba a punto de volverme a Queens, pero entonces subió una mujer al escenario y supuse que las historias no podían durar más de diez minutos, así que me quedé a escucharla.

—Espera. Por lo menos, descríbela un poco. ¿Era alta, baja, vieja, joven? —ha preguntado Eurovisión.

—Era muy alta, yo diría que metro ochenta y pico —he dicho—. Llevaba el pelo tirando a largo, pero más tipo greñas en el cogote que melena cuidada. Estilo Jesucristo, vamos. Llevaba una camiseta de manga corta común y corriente que decía BEACH VIBES y vaqueros. Recuerdo pensar que se la vería igual de natural con una guitarra acústica en las manos que con un lazo de vaquero. Tenía un aura de *hippy* vaquera que resultaba de lo más encantador. Dijo que se llama Priya.

—¿En serio? ¿Una vaquera llamada Priya? —ha preguntado Eurovisión.

—Ssshh —ha dicho Vinagre—. Basta de interrupciones.

—La velada de historias tenía una presentadora —he seguido explicando.

—La presentadora era una mujer llena de energía llamada Senga. Llevaba un vestido estampado de color azul intenso que recuerdo que me pareció bastante fuera de lugar en el Lower East Side. Senga se encargaba de controlar el tiempo y de asegurarse en general de que nada se desmadrara. Yo había oído

que a veces los narradores salían a actuar borrachos, o con intención de difamar a alguien, o simplemente se alargaban demasiado. Así pues, Senga estaba entre bastidores para mantenerlo todo bajo control.

»Echando una mirada cálida en dirección a Priya, Senga la presentó diciendo que era nueva en el local y en el programa de historias, y Priya se colocó con timidez bajo los focos. Tardó un segundo en subir un palmo y medio el micrófono para ajustarlo a su altura y creo que durante ese tiempo el público se dedicó a examinarla. No se parecía demasiado a las mujeres de Manhattan.

»"Hola", dijo por fin, bajando la voz, como si se burlara de sí misma o de la idea misma de decir "hola". Luego levantó la vista hacia la luz suave de los focos y su cara cumplió con la promesa inherente en la mirada risueña de la presentadora.

»Era una mujer espectacularmente atractiva con el pelo claro, entre rubio y castaño, ojos oscuros y ángulos por todas partes: mentón afilado, pómulos afilados, cuello largo y espaldas anchas y allanadas.

»Por fin sonrió. Y fue su sonrisa, más que ningún otro factor, lo que hizo que se juntaran las cabezas del público para susurrar. Era una sonrisa de vaquera que se vio cándida y al mismo tiempo la hizo parecer más fuerte que antes.

»"Gracias por invitarme y por escucharme. Gracias por adelantado —dijo, y carraspeó de una forma que casi sonó engañosa—. Como creo haber mencionado ya, me llamo Priya y os voy a contar una historia. —Volvió a carraspear y esta vez pareció parte de la actuación—. Quiero avisar a todo el mundo de que empieza siendo un poco oscura, pero tiene un final feliz. Así que tened paciencia. Sé que todos los presentes os lo vais a pasar bien y no quiero decepcionar a nadie. De manera que os digo ya que el final es bueno".

»Lo dijo de una forma que hizo sonreír a gran parte del público. Recuerdo que pensé: "Les va a encantar cualquier cosa que diga esta mujer".

»"Muy bien —dijo Priya—. Hace mucho tiempo, yo estaba saliendo con una mujer joven. Yo también era joven, de forma que todo era perfectamente, mmm, apropiado. —Aquello provocó una ola de risotadas cautelosas".

»"Llamémosla Lynn. Cuando llevábamos unos seis meses de relación, y mientras dábamos un paseo por el bosque cerca de donde vivíamos, Lynn me dijo que me tenía que contar una cosa. Era otoño, todo estaba de color anaranjado y marrón, y la simple idea de tener que contarme aquello ya la estaba poniendo muy nerviosa. Di por sentado lo mismo que habría imaginado cualquiera: que iba a romper conmigo. No me habría sorprendido.

Era preciosa y había conseguido muchas más cosas en la vida que las que conseguiría yo".

»"Pero no: se puso a hablarme de un hombre al que había conocido una vez y que le había dado clases en la universidad. No era profesor titular y no llegaría a serlo nunca. Estaba allí en calidad de profesor invitado y Lynn se había matriculado en una asignatura con él. Un día, al final del primer semestre, había invitado a todos sus estudiantes a su casa. Lynn asistió, en la fiesta había marihuana y alcohol y todo el mundo estaba muy feliz de ir a la universidad y de haber terminado el semestre y de caerle tan bien a aquel profesor invitado".

»"Cuando ya se estaba acabando la velada y todo el mundo empezaba a marcharse, el profesor le pidió a mi novia que se quedara. Y ella se quedó porque le caía bien el tipo. Cualquier alumna de diecinueve años, me dijo, se habría quedado al acabar la fiesta para recibir la atención de aquel hombre".

»"Se tomaron otra copa de vino y luego la forzó a tener relaciones sexuales. Cuando ella protestó, él se rio, la inmovilizó y le dijo que se portara bien. Esas fueron sus palabras: 'Pórtate bien'. Ofreció resistencia, pero el hombre era muy fuerte y le inmovilizó ambos brazos sobre la cabeza con una mano. Lynn lloró todo el tiempo que duró; lloró, según ella, por lo estúpida que había sido".

»Hubo asentimientos de reconocimiento entre el público y exclamaciones ahogadas, pero la mayoría de la sala se había olvidado de respirar.

»"Después de aquello, Lynn y su profesor invitado se siguieron viendo en el campus, y cada vez que se encontraban él la saludaba con profesionalidad. No parecía en absoluto avergonzado por lo que había hecho, pero tampoco la buscó. Para él había sido una simple transacción. La había invitado a su casa, le había robado lo que creía que merecía y la había abandonado a su suerte".

»"Lynn no lo llevó bien. A medida que se acercaba el verano, lo empezó a pasar tan mal que se saltó los exámenes finales y finalmente dejó la universidad. Aunque ya no estaba el profesor invitado, decidió que no podía volver a aquel campus. Se pasó un año en su casa, hundida en la depresión más negra, y solo gracias al milagro de sus padres consiguió recuperarse y volver a la universidad, a otra distinta, muy lejos de la primera, casi dos años después de ser violada".

»"Lynn me contó todo esto mientras paseábamos por el bosque, y llegadas a aquel punto de la historia nos habíamos sentado en un árbol caído y se había puesto a sollozar. Le sostuve la cabeza contra mi pecho, le dije que lo sentía y le conté lo que me gustaría hacerle a aquel hombre, que era asesinarlo a plena

luz del día, delante de todos sus conocidos. Pensé que le gustaría oír aquello, pero todavía la angustió más. Le pregunté por qué y me dijo que tenía miedo, ahora que me había contado aquella historia, de que la dejara. De parecerle estropeada, dañada, indeseable".

»"Le dije a Lynn que no era el caso. Que no podía serlo. Volvimos a casa andando y traté de tenerla pegada a mi lado, sin interrupciones, durante las siguientes veinticuatro horas. No quería que se sintiera frágil ni sola y quería asegurarme de que sabía que, en todo caso, la quería más que antes, porque, cuando le cuentas algo así a alguien, se lo estás contando por amor, y eso solo puede generar más amor".

»Priya se miró los zapatos y di por sentado que había acabado su historia. No era la clase de historia que yo había esperado oír en un evento como aquel. Normalmente eran historias en las que el narrador se ridiculizaba cómicamente a sí mismo. Unas pocas personas aplaudieron a Priya, pero ella volvió a levantar la mirada e hizo un ligero gesto con la mano para indicar que no había terminado.

»"Pero mientras la abrazaba —siguió diciendo— también estaba pensando en hacer daño al hombre y en cómo conseguirlo".

»Hubo risas dispersas, pero Priya no se reía.

»"Aquella experiencia con el profesor invitado —continuó— había sucedido cinco años antes de que Lynn me la contara. Por tanto, no me fue fácil encontrarlo. Empecé a buscar al día siguiente. Las herramientas de internet todavía no eran lo que son hoy en día, de forma que tuve que llevar a cabo algunas pesquisas discretas y sin que ella se enterara. Por fin lo encontré y me enteré de que estaba en Nueva York haciendo lo mismo que cuando ella lo había conocido, es decir, ejerciendo como profesor invitado o algo parecido en una de las universidades de la ciudad".

»"Por entonces, Lynn y yo estábamos viviendo a unos cientos de kilómetros al norte de Nueva York, en los bosques de Vermont que he mencionado antes. Así pues, durante unos días no hice nada con la información; al fin y al cabo, el tipo no estaba precisamente en el pueblo de al lado. Había algo en el hecho de saber que se encontraba tan lejos que enfriaba mi determinación".

»"O por lo menos lo hubo al principio. Luego, el hecho mismo de que todavía existiera, y de que existiera en un campus universitario, con acceso al mismo tipo de mujer joven que había sido mi novia, empezó a canalizar otra vez mi rabia".

»“Así pues… —Y en aquel punto, Priya se puso a sonreír como una vaquera al describir a un ternero enloquecido al que no podía echar el lazo—, apenas me di cuenta y ya estaba en el coche y a medio camino de Nueva York, después de pasarme horas conduciendo sin parar. Lynn se había ido a Australia por trabajo y no volvería hasta después de diez días, de forma que me pareció el momento perfecto para…, bueno, no sabía qué tenía planeado. Se me ocurrían algunas ideas, pero nada concreto”.

»“Así que recuerdo que iba cruzando el puente del Tappan Zee, a pocos minutos ya de la ciudad, y pensar: ‘¿Qué voy a hacer cuando vea al tipo ese?’. O sea, he estado en un par de peleas en mi vida, al principio de la secundaria, y las perdí las dos. En los últimos años del instituto pegué el estirón y me fortalecí, pero no soy una persona violenta. Y además, ¿de verdad iba a acosar a aquel hombre?”

»Y llegado a este punto, pareció que el público se relajaba. Todo el mundo dio por sentado que la historia de Priya estaba cerca de agotarse y terminar con alguna clase de interacción frustrada, con el hallazgo de alguna paz interior y el reconocimiento de que hay cosas que se pueden cambiar y rectificar y otras que no.

»“Pero entonces vi al tipo —continuó Priya—. Lo encontré aquel primer día. Fue demasiado fácil. Lo busqué en internet, averigüé dónde daba clases, comprobé su horario y fui al edificio. Esperé delante de las puertas y, en efecto, lo vi salir diez minutos después del final de la clase. Sabía por mi búsqueda rápida en internet que solo vivía a unas veinte calles de distancia, en un edificio de apartamentos normal y corriente situado cerca del East River. Así pues, di por sentado que iría caminando en aquella dirección. —Priya se encogió de hombros—. Y me puse a seguirlo. Fue la primera vez que seguía a alguien, os lo aseguro”.

»“Es un subidón, lo reconozco. Por lo menos al principio. Tienes un conocimiento que tu presa no tiene. Los dos estáis caminando, pero tú vives a dos niveles a la vez. Tienes una meta que no tiene él. Él está paseando de vuelta a casa, pero tú eres un misil. Los dos estáis caminando, pero en ese momento tu vida es mucho más interesante que la suya. Él solo está yendo a su casa para ver media película e irse a dormir. Pero tú dispones de un objetivo. Tienes planeado hacer algo de dimensiones operísticas. Así caminaba yo, sintiendo electricidad por todo el cuerpo. Lo seguí durante unas manzanas hasta que certifiqué que se estaba yendo a casa. Que había sido mi esperanza”.

»“Tengo que recordaros a todos que había recorrido cientos de kilómetros en coche para encontrar a aquella persona. Pero no había decidido qué iba a hacer con él cuando lo encontrara. Supongo que había algo en mi corazón que creía que, en cuanto diera con él, sabría qué hacer. O bien yo me acobardaría. Pero llevaba una docena de manzanas siguiéndolo y el corazón todavía no me había transmitido ninguna lucidez”.

»“Y entonces pasó algo. Y ahora os parecerá que estoy embelleciendo la historia, pero os juro que es verdad. El tipo se detuvo para hablar con alguien en la acera y yo me detuve también. Era una mujer joven. Llevaba una mochila, de las de dos correas, así que di por sentado que era una estudiante. Me escondí detrás de una furgoneta de mudanzas y durante unos minutos me dediqué a mirar y escuchar cómo hablaban. Y cuando el hombre siguió su camino, alejándose de ella, tenía una sonrisa en la cara. Incluso desde el otro lado de la calle se la pude ver, aquella sonrisa precavida, privada y terrible: una sonrisa llena de planes y prerrogativas. Iba caminando, sonriendo para sí mismo al pensar en aquella jovencita con la que acababa de hablar, y fue entonces cuando me llegaron las respuestas que había esperado. Los planes me llenaron el corazón”.

»“Sin saber lo que hacía, me puse a cruzar la calle y dejé que me viera acercarme. Me moví muy deprisa, y al verme se detuvo. Me di cuenta de que se estaba preguntando si me conocía, porque no había nadie más en la calle y yo estaba alcanzándolo sin dejar de mirarlo. Era impensable que yo estuviera cruzando la calle por allí por ninguna otra razón. De forma que el tipo estaba pensando: ‘¿Quién es esta mujer? ¿Y cómo sé que está viniendo a por mí?’”

»“Y entonces, cuando ya lo tenía a tres metros, le apareció otra cosa en la expresión, algo que interpreté como reconocimiento. No puedo explicar cómo lo supe, pero lo supe. Lo vi. El reconocimiento de que le llegaba el castigo. El reconocimiento de que yo era una agente del castigo. En un solo momento le vi en los ojos los pecados que llevaba consigo y le vi en los ojos el conocimiento de que yo venía para ajustarle las cuentas. Nunca olvidaré ese momento. Era la confirmación de que somos todos seres tremendamente inteligentes e intuitivos capaces de comunicar muchas cosas con una sola mirada. A menudo fingimos necesitar que nos expliquen las cosas, que nos las verbalicen y clarifiquen, pero casi siempre sabemos lo que tiene la otra persona en mente”.

»“Y acordaos de que os dije que no sabía lo que haría cuando por fin lo viera. En ese momento, en cambio, antes de poder realizar ningún cálculo mental, antes de trazar mentalmente ningún plan, me agarré las manos y

formé con ellas un martillo enorme, como el que se usa para golpear un yunque".

»Priya entrelazó los dedos para formar un puño gigante, con los antebrazos pegados.

»"Tomé impulso para golpear y, como él se encogió de miedo bajo la sombra de mi martillo, mis brazos y puños le cayeron sobre la nuca".

»"La fuerza del golpe fue mucho mayor de lo que yo me había creído capaz de reunir. Y con aquel primer golpe, el profesor invitado se desplomó como un abrigo que se escurre de su percha".

»Priya hizo una pausa larga. Por fin levantó la vista y nos dedicó aquella sonrisa de vaquera.

»"Pensad que aquel hombre medía metro setenta y cinco. Yo soy más alta. Calculo que pesaría unos setenta kilos. Yo peso más. Era alguien que se pasaba la mayor parte del día tecleando en su ordenador. Yo… me dedico a otras cosas. De forma que no fue una pelea igualada. Y él ya estaba en el suelo. Aun así, no pude parar. Había algo en su cobardía que me enfurecía todavía más. Así pues, con un movimiento repetitivo que yo compararía con remachar las traviesas de una vía de tren, lo golpeé seis o siete veces con mi martillo mientras se encogía sobre la acera".

»Priya volvió a mirar el reloj. Le quedaban cuatro minutos, pero parecía que la historia estaba tocando a su fin. El público dio por sentado que nos iba a explicar cómo se alejó a continuación o lo que dijo mientras se alejaba o cómo se disculpó el profesor invitado.

»"Enseguida me di cuenta de que estaba inconsciente —siguió diciendo Priya—. Respiraba, pero había perdido el conocimiento. Y fue entonces cuando se me ocurrió algo. Los golpes de martillo no habían sido una idea: solo habían sido la voz de mi furia y habían sucedido sin que yo pudiera pensar. Ahora, en cambio, se estaba formando un plan. De manera que lo dejé donde estaba y fui a buscar el coche. Confié en que mientras tanto no lo viera nadie. Mis esperanzas se vieron recompensadas. Al volver me lo encontré consciente a medias, de forma que lo puse en el asiento de detrás del coche y conduje hasta salir de Nueva York y entrar en Nueva Jersey. Estaba buscando un Walmart o alguna tienda que pudiera tener artículos de ferretería y abriera tarde. Eran sobre las nueve cuando encontré un Target junto a la autopista en las inmediaciones de Middletown. Nuevamente confié en que el tipo no se despertara y se marchara del coche mientras yo estaba de compras".

»"Hice mis compras deprisa y volví al cabo de diez minutos provista de cinta americana, diez metros de cuerda de vinilo, un tubo de goma, una

linterna, una neverita, una bolsa de hielo y una sierra de mano de las que se usan para podar. Cuando volví al coche, el hombre seguía allí, despertándose. Aprovechando que el aparcamiento estaba vacío, usé la cinta americana para amordazarlo y la cuerda para atarlo de pies y manos. Cuando lo tuve bien atado, volví a coger la autopista en busca de una zona donde pudiera ejecutar mi idea sin molestias".

»"Al cabo de cuarenta minutos encontré una zona rural y me adentré unos cinco kilómetros por una carretera estrecha. Un momento, ¿cuánto tiempo me queda?".

»Priya miró a la presentadora, Senga, cuya cara imperturbable había palidecido. Parecía lista para poner fin a la historia de Priya antes de que diera un giro todavía más inquietante.

»Priya comprobó el reloj:

»"Oh, mierda —dijo—. Solo me quedan cuarenta y cinco segundos. ¿Continúo? Tardaría varios minutos en acabar".

»El público la apremió a que acabara. Alguien le gritó a Senga: "¡Más te vale dejar que acabe!".

»"Muy bien, muy bien —dijo Priya, levantando las manos, como si le estuvieran pidiendo que tocara un bis con su guitarra—. Así pues, encontré un lugar apropiado, paré el coche y apagué las luces. Coloqué la linterna en un árbol de manera que me iluminara una zona pequeña. Arrastré al hombre hasta la luz y le dije que estaba a punto de serrarle el brazo derecho. Le dije que el brazo derecho era el que había usado para sujetar a mi novia mientras la violaba. Le dije que le iba a serrar el brazo por debajo del codo y que, si se portaba bien, le metería el brazo en la nevera llena de hielo y le haría un torniquete para que tuviera más posibilidades de sobrevivir a la herida. Luego le daría la linterna y le dejaría que se fuera andando con la nevera hasta el hospital. Allí podrían cosérselo a tiempo. Parece justo, ¿no?".

»Nadie del público dijo nada.

»"Nunca había serrado un brazo", dijo, y se oyeron risillas entre el público, como si unos cuantos de sus miembros se hubieran dado cuenta de que la historia era inventada y de que Priya los había llevado con maestría hasta el ámbito de lo imposible.

»"Pero diré un par de cosas sobre serrarle a alguien el brazo —continuó —. Lo primero es que sangra muchísimo". —Priya se rio y el público, o por lo menos la mitad, también se rio. Aquello tenía que ser una broma.

»"¡Es como serrar un globo de agua! —dijo Priya con una risita—. Me llené de sangre la cara, los ojos y toda la ropa. Y no iba preparada. Sabía que

habría sangre, pero no tanta. En segundo lugar, la parte del hueso no es tan difícil. El hueso es duro, sí, pero después de unos segundos de serrarlo y ver que costaba bastante, decidí romperlo primero. Me puse de pie y le di con el tacón, partiéndolo. Se rompió muy cerca de donde lo estaba serrando, de manera que me limité a cortar un poco las astillas y por fin terminé de serrar el resto de la carne y el cartílago".

»"Os estaréis preguntando si el hombre gritaba. ¡Ya lo creo que gritaba! Pero tenía la boca tapada con cinta americana, de forma que los gritos sonaban bastante amortiguados. Y me acuerdo de que tenía la radio del coche puesta, por si acaso había alguien en el bosque aquella noche. De haber alguien, oiría la emisora de temas antiguos que yo escuchaba y los ruidos amortiguados y pensaría que alguien estaba teniendo relaciones en el asiento de atrás".

»"Le até el torniquete y detuve la hemorragia. Luego le metí en la nevera el brazo cortado con su mano, y lo gracioso es que resultó que la nevera no era lo bastante grande. Tendría que haber comprado la de treinta litros en vez de la de quince. De forma que tuve que recolocar el hielo y luego poner el brazo en ángulo oblicuo para que quedara en diagonal".

Priya usó su brazo derecho para demostrar la posición del brazo cercenado.

»"Me aseguré de que estaba en condiciones de ponerse de pie y caminar. Todavía tenía la boca tapada con cinta americana, pero cuando le pregunté si podía andar, me indicó por señas que sí. Le recordé que todo aquello le había pasado a modo de castigo por lo que le había hecho a alguien a quien yo conocía y pareció que también lo entendía. Le dije que no sería buena idea denunciarme, ni denunciar aquel incidente, porque seguramente eso haría que mi novia presentara cargos formalmente, y sin duda también muchas otras alumnas a las que había asaltado. Su mirada culpable me demostró en aquel momento que yo estaba en lo cierto: que mi novia solo era una de las muchas mujeres a las que había violado. Todas habían tenido demasiado miedo para acusarlo, miedo a alterar su vida, a darle una parte mayor de su vida que la que ya les había quitado".

»"De forma que confié en que le cosieran el brazo y en que, cada vez que lo mirara, que viera su forma contrahecha y su funcionalidad restringida, supiera por qué le había pasado aquello. Cada vez que se encontrara a solas con su brazo mutilado, yo estaría allí con él; igual que, cada vez que mi novia y yo nos encontrábamos a solas, él estaba allí con nosotras".

»El público no dijo nada.

»“¡Gracias a todos!”, exclamó Priya en tono risueño, antes de bajar del escenario. Hubo aplausos dispersos y todos intercambiamos miradas como si estuviéramos intentando decidir si aplaudíamos y si acabábamos de oír la confesión de un grave delito o bien una historia inventada horripilante.

»Y entonces, como si nos leyera el pensamiento, Priya volvió a subirse de un salto al escenario, cogió el micrófono y dijo:

»“¡Historia verídica!”

»Y se marchó por la puerta de atrás.

Me he detenido para dar otro trago a mi bebida y por fin he levantado la cabeza. Me he encontrado con una muralla de caras petrificadas mirándome. Darrow en particular parecía encontrarse mal. «Ellos lo han querido», pensé.

—¿Y nadie en el local llamó a la policía? —ha preguntado Whitney.

—¡No! —he dicho, dándome cuenta demasiado tarde de que me ha salido en tono quejumbroso—. ¿Por qué? Solo es una historia.

—¿Por qué? —ha dicho Whitney—. ¿Pues porque es una historia sobre un violador múltiple, un asalto y quizás incluso un asesinato? Alguien debería haber llamado a la policía. Lo tendríais que haber denunciado.

—No tenía nada que ver conmigo. Ni con nadie del local. No era asunto mío —he dicho.

—Llamar a la policía —ha dicho Hello Kitty—, claro. Qué gran idea. Siempre llamar a la poli. —Expulsó un aro perezoso de humo con el vapeador.

Darrow ha hecho un ruido repentino parecido a un carraspeo para llamar la atención, pero le ha salido estrangulado.

—Llamar a la policía es justamente lo que no debería haber hecho.

—¿Por qué? —ha preguntado Whitney.

—Nuestra conserje oyó una historia que describía múltiples delitos graves cometidos por una persona a la que no conocía y sin ningún asomo de pruebas que sustentaran la historia. En esas circunstancias, se trata de habladurías infundadas. Podría ser ficción y seguramente lo sea. Si la conserje lo denunciara y resultara ser una historia falsa o difamatoria o causara perjuicios a alguien, podría verse expuesta a consecuencias legales graves. Así que mi consejo sería claramente que no lo denunciara.

—Gracias —le he dicho a Darrow. Ya me estaba arrepintiendo amargamente de haber contado la historia.

—En mi opinión —ha intervenido Florida—, es un cuento chino. Si fuera una historia verídica, nunca la habría confesado delante de toda aquella gente.

—Por pura curiosidad —ha dicho Darrow—, ¿el hombre llegó al hospital o murió en el bosque? —Se me ha quedado mirando durante un instante lo bastante largo como para incomodarme.

—¿Cómo lo voy a saber? —he dicho—. No lo especificó.

Darrow se ha encogido de hombros y se ha vuelto hacia Maine.

—¿Cuál es el pronóstico, doctora? ¿Crees que el cabrón podría sobrevivir con un brazo cortado? Hablando hipotéticamente, claro.

La cabeza me daba vueltas y los edificios altos y oscuros que nos rodeaban giraban con movimientos lentos y horribles. Me he preguntado si necesitaba ir corriendo al parapeto para echar una buena vomitona.

—Si le hubiera cortado el brazo por debajo del hombro, sería una herida muy grave —ha dicho Maine con voz pensativa—. Sin embargo, teniendo en cuenta que fue por debajo del codo, el hombre podría haber sobrevivido con un buen torniquete. Y Priya parece bastante capacitada. Depende mucho de qué distancia tuviera que caminar el hombre, de cuánta sangre perdiera antes de que se le aplicara el torniquete y de lo profundo que fuera el *shock*. Es posible que consiguiera recorrer unos centenares de metros dando tumbos antes de desplomarse o es posible que pudiera recorrer un kilómetro o más. Yo diría que las probabilidades serían del sesenta-cuarenta.

Se ha hecho el silencio en la azotea. He dado otro trago de mi daiquiri.

—Pasemos a la siguiente historia —he murmurado.

Eurovisión, que me había estado mirando con curiosidad, ha dicho con voz lenta:

—Me acuerdo del Burp Castle.

—Muy bien. —He evitado su mirada.

—Pero nunca ha habido un local temporal en la puerta de al lado.

—Oh. Pues supongo que estaría en otro sitio —he dicho—. No me acuerdo.

—Y además… —le ha bajado el timbre de la voz— no me imagino a Priya ni a nadie contándole esa historia a un grupo de desconocidos.

—Como he dicho, es una historia inventada —ha señalado Florida—. Contada para epatar.

—Pues mira… Creo que no —ha dicho Eurovisión lentamente con los ojos grises clavados en mí.

—Déjala en paz —ha murmurado la Señora de los Anillos.

Eurovisión no me ha quitado la vista de encima.

—¿Cuál de las mujeres de la historia… eres tú?

—¡Ninguna! ¡Vete a la mierda!

—Cierra la puñetera boca —le ha dicho en tono cortante la Señora de los Anillos a Eurovisión. Luego se ha vuelto hacia mí. Me estaba temblando el cuerpo entero—. Cariño, no tienes por qué contestar esas preguntas.

He escrutado al grupo con una sensación de opresión en el pecho tan dolorosa que me ha parecido que me iba a matar. «A la mierda», he pensado. De pronto quería que lo supieran: que todos me vieran por fin.

—Soy la que le cortó el brazo.

Han recibido mi revelación con un silencio asombrado, de forma que he añadido:

—No se murió, ¿vale? Pero tampoco presentó denuncia. No le pudieron volver a coser el brazo. —Diciendo esto, y experimentando un vuelco repentino en las tripas, me he levantado dando tumbos y he ido renqueando hasta el parapeto. Eurovisión, que ya estaba de pie, ha salido disparado como si me quisiera agarrar —ha debido de pensar que me iba a tirar—, pero luego se ha detenido con torpeza a un metro y medio de mí y ha retrocedido un par de pasos con expresión de disculpa, ajustándose la mascarilla. No he conseguido llegar al parapeto y he vomitado antes de alcanzarlo. Me he quedado encogida, muerta de vergüenza, jadeando.

—No… te tires —ha dicho Eurovisión con voz ronca.

—Vete a la mierda —le he soltado, incorporándome, escupiendo y limpiándome la boca con el dorso de la manga—. ¿Por qué me iba a tirar?

Me he quedado un momento más apoyada en el parapeto y después he vuelto a mi sofá y me he dejado caer en él. He notado las miradas de todo el mundo. Ya estaba: algún moralista biempensante me iba a entregar a la policía, igual que yo había entregado a mi padre cuando se le había empezado a ir la cabeza. Cuando eres conserje, nunca puedes olvidarte de cuál es tu sitio. ¿Qué demonios acababa de hacer?

Pero cuando finalmente he levantado la vista, a través de mi velo de turbación, vergüenza y embarazo, he descubierto que la mayoría de las caras estaban llenas de empatía y preocupación. Unas cuantas todavía parecían escandalizadas y recelosas, pero la mayor parte de los inquilinos parecía creer que mi crimen no era tan grave como yo siempre había considerado.

Por su parte, Eurovisión se las estaba apañando para parecer activamente culpable.

—Dios, escucha, lo siento —me ha dicho—. ¿En qué estaba pensando? Soy un idiota…

—Sí que eres un idiota —le ha soltado la Señora de los Anillos. Luego se ha vuelto hacia mí—. Aquí no ha pasado nada, ¿vale? El tipo sobrevivió. Creo que muchos estaremos de acuerdo en que recibió lo que se merecía. En cuanto a ti, has contado esa historia porque tenías que contarla. Lo necesitabas.

—Menuda carga debes de haber llevado encima todos estos años —ha comentado Vinagre.

Me he quedado sin palabras. Estaba allí sentada, apoyada en el respaldo del sofá, intentando controlar las vueltas que daba todo e incapaz de contestar.

—Escucha —ha dicho Eurovisión—. Tu secreto está a salvo con nosotros. Lo juro.

—Absolutamente —ha corroborado Darrow.

Los vecinos de la azotea me han prometido su silencio por lo bajo.

Eurovisión ha seguido hablando:

—Ese cabrón se lo merecía. Seguramente salvaste a más mujeres de ser violadas. No lo volverá a hacer, con un solo brazo y ese recuerdo espantoso.

Al cabo de un momento, y a pesar de mi confusión mental, he descubierto que quería añadir más cosas.

—Nunca se lo conté a Lynn —he dicho—. Cuando volvió de Australia, no le dije ni una palabra de lo que había hecho. Pero se me quedó ahí, en la cabeza. Me fue carcomiendo y terminó estropeando nuestra relación. Fue todo culpa mía. Mi amor por ella no pudo resistir a… lo que ahora yo sabía que era capaz de hacer. Así que la dejé y perdimos el contacto.

Después de aquello, nadie ha tenido gran cosa que decir. Finalmente, la Terapeuta ha hablado:

—Gracias por contarlo. —Y ha añadido—: Estamos aquí para lo que necesites.

Eran frases manidas, pero las respaldaba tanto sentimiento que sentí que se me erizaban las defensas. Les he pedido, a ella, a todo el mundo y a nadie en particular:

—¿Podemos, por favor…, cambiar de tema?

Antes de que Eurovisión pudiera elegir a alguien, Darrow ha vuelto a emitir esa especie de carraspeo. Se le veía pálido y tenía la frente perlada de sudor, pese a que la noche era fría.

—Aprovechando que estamos en modo confesiones —ha comenzado—, yo tengo otra. Parecida, aunque peor. Mucho peor. —Ha dicho con voz lenta y mesurada.

Todo el mundo se ha quedado esperando. ¿Qué historia podía ser tan horrible como para eclipsar la mía?

—Antes de mudarme a Nueva York, vivía con mi familia en las afueras de Stockton, en California.

»No era ningún secreto que me gustaba correr. Aunque, bueno, ¿cómo puedo decir simplemente que me gustaba correr cuando corría una media de trece kilómetros al día? Era una obsesión. Lo necesitaba. ¿Una adicción? Suelo pensar en las adicciones como algo nocivo y, aunque quizás un día contraiga artritis, por lo general correr me sentaba bien, física, psicológica e incluso espiritualmente. Salvo una vez.

»Por entonces vivíamos en las montañas, de forma que correr era una actividad bastante privada para todo el mundo salvo para quienes vivían cerca, que sabían que era una dedicación diaria para mí, basándose en el hecho de que me veían, se veían obligados a aminorar la marcha, saludarme con la mano y comprobar que, en efecto, allí volvían a tenerme, compartiendo con ellos aquel tramo de carretera sin policía y de carril único por el cual odiaban tener que aminorar la marcha. Casi siempre corría con nuestro perro Seidón, que todavía era bastante joven para correr tantos kilómetros, a diferencia del mayor de nuestros perros, que se había tenido que retirar de las carreras tras alcanzar la edad en que le había desarrollado una artritis supuestamente común en los bóxer mayores. Queríamos mucho a Seidón. Todavía lo queremos, en la medida en que se puede querer a quienes se han ido. Lo adoptamos de la perrera de Stockton. Me había llegado a encantar la ciudad de Stockton porque, cuanto más la conocía, más me recordaba a Oakland, que es la misma razón por la que a mi mujer le encantaba Oakland, donde nos habíamos conocido: porque le recordaba mucho a Stockton.

»Poseidón fue el nombre que se le ocurrió, el dios del mar, pero nunca lo llamamos Poseidón, solo el diminutivo Seidón. A veces Dondón. Otras veces Posi. A veces, Papá Posi. Alguna vez, Papá Doni. Es lo que pasa con los nombres de los perros, o de todas las cosas queridas, que proliferan los apodos. Lo mismo nos pasaba con nuestro chaval, nuestro hijo; había tenido incontables apodos entre que era un bebé y el momento en que le empezó a resultar embarazoso que lo llamáramos usando palabras que no eran su nombre legal.

»Vivir en las montañas era maravilloso por muchas razones, entre ellas la posibilidad de correr por un paisaje precioso, el aire puro y la ausencia de las complicaciones propias de las ciudades, de las multitudes y de lo que compone las multitudes: la gente. Estábamos básicamente apartados de todos los problemas derivados de la gente. Los únicos problemas derivados de la gente que teníamos eran los yonquis. No sé muy bien de qué iban colocados, seguramente de cristal, o de la droga que fuera que pudieran conseguir, extraños montañeses barbudos que vivían en su coche. A lo largo de cualquier carretera rural siempre había cosas sin vigilar que se podían robar. Y ahora os hablaré del yonqui del Ford Escort con matrícula de Washington. Lo había visto por primera vez cargando una batería de coche robada con un único panel solar —también robado— en una carretera rural todavía más rural que nuestra carretera rural que se llamaba Esmerelda en el mapa de mi teléfono, pero no había ningún letrero en ninguna parte con aquel nombre ni por un lado ni por el otro de la colina donde la carretera se convertía en una pista de tierra rojiza y no se veían más indicios de que allí viviera gente que las verjas y los buzones. El yonqui estaba enfrascado en su actividad, con la lengua asomándole un poco, robando y convirtiendo energía del sol por medio de maquinaria robada tanto para el robo como para el almacenaje. Llevaba un mono de trabajo y se parecía a Charles Bukowski si Bukowski se hubiera enganchado al cristal en vez de al alcohol. Aquella primera vez que nos cruzamos no nos vio pasar corriendo. La siguiente vez se nos cruzó con su Escort sin silenciador, pasando peligrosamente deprisa a pocos centímetros de Seidón y de mí. Le hice una peineta casi instintiva y vi que nos miraba por el retrovisor. Ya entonces me di cuenta de que mi peineta lo había provocado.

»Poco después del episodio de la peineta, yo estaba corriendo con mis auriculares con cancelación de ruido escuchando música a todo volumen y subiendo una cuesta muy empinada, que es cuando suelo necesitar ponerme música muy enérgica para ayudarme a subir las cuestas, en vez de un pódcast o un audiolibro, que son más para las bajadas y los tramos rectos, pero allí donde vivíamos prácticamente era todo subidas y bajadas, de forma que siempre estaba cambiando entre modalidades de audio y ajustando el volumen. Está claro que es muy jodido perder a un perro al que quieres, no hace falta decirlo. Peor todavía es que te lo mate un yonqui al volante de un coche estruendoso porque iba sin prestar atención. Pero ¿que te mate a tu perro alguien que quizás lo haya hecho a propósito y se muera atado con la correa que llevas en la mano? Fue el yonqui del Ford Escort con matrícula de Washington quien se lo cargó, obviamente. No estoy seguro de por qué paró

el coche y salió. Es la única parte que no puedo entender, si lo había matado a propósito por la peineta. ¿Acaso estaba intentando fingir que había sido una equivocación para salvarse de una posible denuncia? Nunca lo sabré. Porque el tío se me acercó agitando las manos en plan: “Lo siento, colega, lo siento, colega, ¿estás bien? ¿Estás bien?”. Si me estaba preguntando aquello, debía de ser porque mi cara mostraba mis sentimientos o quizás mostraba algo patéticamente accesible, algo necesitado de consuelo. Pero no era eso lo que me estaba pasando por dentro. Cuando vi a Seidón claramente muerto en la carretera, con los ojos todavía abiertos, sentí una rabia tan pura que casi fue amor y ataqué al hombre con todas mis fuerzas. Las correas de perro de buena calidad son duraderas, pero por encima de todo son duras y no se rompen con facilidad. El primer golpe fue la parte de plástico que retrae la correa y contiene el carrete, y aquel primer golpe lo dejó más o menos aturdido. Después abrió mucho los ojos y los enfocó en mí de tal forma que supe que me convenía moverme deprisa. Así pues, fui a por una de sus piernas con una maniobra que mi hijo había aprendido a hacer en clase de karate y que luego me había enseñado a mí. Mi ejecución de la maniobra no fue limpia ni demostró técnica alguna, pero funcionó. Le aterricé encima con la correa todavía en la mano. Luego, sin vacilar, procedí a golpearlo con ella una y otra vez, y otra, y otra, sin que la correa de plástico se partiera ni mucho menos se replegara, ya que tenía el cadáver de mi pobre perro todavía enganchado en la otra punta. Al principio, el hecho de que el cuerpo del yonqui se quedara inmóvil no me asustó.

»Me sorprendí de repente llorando y llamando a mi mujer, pero no me cogió el teléfono. La volví a llamar y tampoco me contestó, y entretanto me vino una especie de lucidez aterrada en relación con mi futuro inmediato y con lo que necesitaba hacer. La mera idea de cargar colina abajo con el cuerpo de Seidón, a fin de poder enterrarlo como era debido y llorar su muerte, consiguió que la realidad del cuerpo del yonqui asumiera un peso que hasta entonces yo no había percibido. Incluso me rechinó en la cabeza la expresión “el cuerpo del yonqui”, y en vista de lo deprisa que reaccioné a continuación, casi dio la impresión de que no era la primera vez que yo hacía aquello.

»No vino nadie a investigar la desaparición ni del yonqui ni de su coche con matrícula de Washington. Mi mujer y mi hijo estuvieron ausentes aquel día el tiempo suficiente como para que yo lo pudiera esconder todo. Vivíamos en unas tres hectáreas de tierra llenas de árboles y de sotobosque donde podías esconder lo que quisieras. Me adentré con el coche en aquel

sotobosque al que jamás nos acercábamos. Cavé un hoyo, enterré al yonqui y dejé el coche encima del hoyo. Era posible que algún día mi mujer o mi hijo encontraran aquel coche, pero ¿qué pasaría entonces? Pues que llamaríamos a la grúa para que se lo llevara. Nada más. Cuando volvieron a casa, lloraron al ver a Seidón muerto. Luego lo enterramos y lloramos y hablamos de todo lo que habíamos amado de él. Mi mujer no paró de frotarme la espalda, convencida de que me lo estaba tomando fatal.

»Dejé de correr por las colinas que rodeaban nuestra casa y encontré una ruta distinta a unos tres kilómetros de distancia. Era una ruta más larga, y por ella casi nunca se veía a nadie. Hubo una vez, sin embargo, quizás un año después de matar al yonqui con la correa del perro, en que vi a un tipo con un camión llevarse una bolsa de basura que parecía que podría contener un cadáver hasta una pila de leña y porquería a la que a continuación procedió a pegar fuego. Para cuando me crucé con él, ya estaba otra vez en su camión, ahora fumando un cigarrillo, vigilando las brasas de la fogata para asegurarse de que se consumiera todo, o no sé para qué. Nuestras miradas se encontraron de pasada. Y él me miró muy fijamente a los ojos. No me gustó, pero es la típica cosa que no se puede controlar. Fue como si estuviera buscando algo dentro de mí, algún elemento en común que yo no quería que encontrara allí, una parte en común que poseía secretos que hacía falta quemar o enterrar y, en cuanto encontró aquello en mí, le guiñó el ojo, o me lo guiñó a mí, como si aquello fuera algo que compartíamos, nuestro secreto, el hecho de que la gente de campo como nosotros, debido a que nadie nos veía, podíamos hacer cosas de forma impune si lo necesitábamos, si no nos quedaba otro remedio, y que más me valía no decir nada a nadie de su fogata y terminar de correr, volver a mi vida tranquila en las montañas con mi mujer y mi hijo y nuestros otros dos perros, a salvo de los yonquis irresponsables, y fingir que no había sucedido nada, ni el hecho de matarlo ni de enterrarlo, dejar que su fogata lo consumiera todo y finalmente dejar que se asentaran las brasas, y que las cenizas se las llevara el viento que soplaba al pie de aquellas colinas, en el límite mismo de la nieve de las montañas, donde los incendios se estaban convirtiendo cada vez más en un problema por culpa del calentamiento global, ¿y acaso mi mujer no quería desbrozar la zona para prevenir incendios?, ¿y acaso los operarios no desvelarían así el coche del yonqui y eso llevaría a mi mujer a preguntar una vez más, como ya había preguntado el día en que el yonqui nos arrebató a Seidón: “¿Quién dices que era el tipo que lo atropelló y se dio a la fuga y qué coche conducía?”. Y yo sabría que me estaría poniendo a prueba, que desde el principio había sospechado que yo me

había inventado que lo había atropellado un coche distinto, y encima yo me había olvidado de qué coche me había inventado. Todo aquello estaba en la mirada del viejo cuando me crucé con él y con su fogata, en aquella carretera rural, el venirme abajo, el desenterrar el cuerpo del yonqui al que había matado movido por una rabia tan pura que era amor.

Ha terminado de hablar y se ha asentado en el aire una sensación de horror real. Me he sentido infinitamente agradecida. Darrow acababa de contar aquella historia para echarme un cable. Me sentí exorcizada.

—¿Cuánto hace de eso? —ha preguntado Hello Kitty.

—Diez años.

—¿Y tu mujer desbrozó los terrenos?

—Sí.

—¿Y te lo preguntó?

—Sí.

—¿Y sucedió todo eso de venirse abajo?

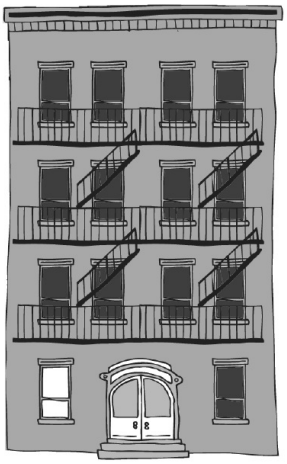
—Sí.

—¿Y no estás preocupado? ¿A diario? —le ha preguntado Hello Kitty—. El dueño actual de la propiedad puede ponerse a excavar para poner unos cimientos o hacer un jardín o algo.

—Nunca he vendido la propiedad. El coche sigue allí, y la casa, cayéndose a pedazos. ¿Tengo miedo? Lo tuve. Pero cuanto mayor me hago, menos miedo tengo. Y en cuanto a lo que le hice al yonqui, no me arrepiento. —Me clavó una mirada cargada de intención al decir esto y sentí que algo se estremecía dentro de mí, no estoy segura de qué.

—En fin —ha dicho Eurovisión con voz débil—. Dios bendito y todo eso.

No estaba segura de qué hora era ni de cuándo iban a sonar las campanas de la vieja San Patricio, pero ya no he podido soportar más historias ni más secretos. Lo único que se me ha ocurrido ha sido dar gracias a Dios porque mi padre ya nunca saldrá de los Prados Verdes y nunca tendrá ocasión de enterarse de lo que hice. Me he puesto de pie de golpe, murmurando que estaba cansada, y he huido de la azotea. He regresado como he podido al sótano y me he metido en cama, completamente purgada.



Día 14

13 de abril

Hemos ocupado nuestros asientos. Después de lo de anoche, he estado a punto de no subir, pero no quería una laguna en mis grabaciones y tampoco quería parecer una desertora. He empezado a grabar con el teléfono y me he reclinado en el sofá descolorido. He dado por sentado que podría hacerme una vez más invisible y pasar desapercibida. Pero los saludos demasiado joviales, las miraditas de todos los vecinos de la azotea cuando tomaban asiento y las sonrisas de compasión, todo ello me ha confundido. ¿Están preocupados por mí de verdad? ¿Acaso lloran por mí por las noches? Ja, ja, claro que no. A nadie le importan los conserjes.

Estaba bebiendo Pastis de una botella mugrienta que parecía tener medio siglo de antigüedad. Nunca me ha gustado el sabor a regaliz, pero ahora me estaba sentando bien. He renunciado a mi esfuerzo diario de acumular osarios de cifras en mi biblia por la misma razón que dejé de intentar contactar con mi padre. Llevamos catorce días aquí en la azotea, que es el periodo de cuarentena que el Gobierno estableció como necesario para acabar con el riesgo de contagio, pero aun así no hay final a la vista. Empieza a dar la sensación de que vamos a estar atrapados en esta azotea para siempre, aporreando nuestras ollas y cazuelas hasta que las ranas críen pelo. Al mismo tiempo, a lo largo del día no paro de sorprenderme esperando con unas ganas extrañas la reunión de la azotea, las historias extravagantes de estos neoyorquinos desconocidos.

Esta noche ha aparecido otro añadido en el mural: alguien ha garabateado una cita debajo de la imagen de Dios con la caja de los conejos.

«¿ACASO ES DIOS CAPAZ PERO REACIO? EN ESE CASO, ES MALÉVOLO.»
EPICURO

Hello Kitty la ha leído en voz alta y se ha reído.

—¿Quién nos ha regalado esa exquisitez?

El Poeta ha levantado la mano con una sonrisilla.

—Lo apruebo. —Hello Kitty se ha encogido en su butaca, acariciando el vapeador con los labios—. A esos idiotas que creen en Dios habría que exigirles que explicaran por qué no nos quiere ayudar con este virus; por qué es capaz pero reacio.

—El Señor obra de formas misteriosas —ha afirmado Florida— «porque considero que el sufrimiento presente no es nada comparado con la gloria que nos será revelada».

—Dios nos libre de quienes citan la Biblia —ha dicho Vinagre en tono ácido.

Esta tarde ha vuelto a llover bastante y nos ha quedado el típico anochecer en que el cielo encapotado simplemente pasa del gris al negro. He cambiado la vela de mi fanal, que ha proyectado una pequeña burbuja de luz alrededor de mi sofá rojo. Las demás velas y fanales de petróleo eran como gotas de rocío amarillas en la oscuridad. Hemos armado el bullicio de siempre a las siete, sin mucho entusiasmo, y después hemos caído en el mutismo. Nadie quería contar ninguna historia. Todo el mundo parecía incómodo. Supongo que seguían agitados por las historias de ayer, la mía y la de Darrow. ¿Acaso se dedicaban a inspeccionar nuestro círculo y a preguntarse de qué otros crímenes eran capaces sus vecinos?

—¿Y cómo está nuestra conserje esta noche? —ha preguntado Eurovisión amablemente, sacándome con un sobresalto de mi ensoñación cínica.

—Mmm, con un poco de resaca —he murmurado, y he levantado mi copa de Pastis—. Chin, chin.

—Imagino que somos varios los que estamos resacosos últimamente.

La Señora de los Anillos ha hecho tintinear las manos para llamar la atención de todos.

—Me parece una lástima —ha dicho— que no tengamos a un sacerdote aquí arriba para decirnos cuántas avemarías deberíamos recitar a modo de penitencia. Porque esta azotea se está convirtiendo en eso, ¿no os parece? En un confesionario. Nos está dando a todos ocasión de expiar nuestros pecados. Los míos incluidos. —Se volvió hacia mí, abarcando también a Darrow con la

mirada—. Espero que te sientas mejor después de compartir tu historia con nosotros.

—No tengo ni idea de cómo me siento —he respondido con brusquedad, en un tono que he confiado en que evitaría más muestras de conmiseración. Y luego me he sentido mal, porque realmente me ha empezado a caer bien la Señora de los Anillos—. A lo que me refiero es a que no quiero que nadie se preocupe por mí.

—Es muy comprensible —ha dicho Eurovisión—. Así pues, ¿quién quiere empezar con la primera historia? O con la primera confesión.

No ha hablado nadie.

—¡Venga, gente! —ha exclamado Eurovisión—. ¿Nadie?

—Quizás deberíamos tomarnos un descanso de las historias.

—Tonterías —ha dicho Eurovisión, sondeando al grupo con las manos juntas, intentando esconder cierto aire de desesperación.

—El antiguo conserje tenía buenas historias —ha sugerido Darrow—. Siempre que venía a arreglar algo, traía cotilleos jugosos.

—Demasiadas historias —ha dicho Florida—. No se callaba jamás. No lo podías apagar. —Se ha vuelto hacia mí—. Prefiero a nuestra conserje nueva. Es callada y no mete las narices en los asuntos de los demás.

Me he sentido agradecida por esas palabras y he confiado en que no vea nunca que me dedico a grabarlos con el teléfono. Por fin se me ha presentado la oportunidad de hacer la pregunta que llevo mucho tiempo queriendo hacer:

—¿Qué le pasó al conserje de antes?

Ha habido un silencio incómodo.

—Pues fue extraño —ha dicho Eurovisión—. Se marchó al principio del COVID. Desapareció un día, sin más. Supongo que huyó de la ciudad, igual que todos los demás.

—¿Cómo era?

—Bueno —ha dicho Eurovisión—. Era gordo, bajito, risueño y griego. Hablaba deprisa y hacía un montón de preguntas indiscretas y siempre estaba repartiendo consejos. Te juro que, si no hubiera sido conserje, habría sido un magnífico terapeuta. Era omnipresente en el edificio, siempre iba ajetreado. Como ha dicho Florida, era imposible librarse de él.

—Era amigo de lo ajeno —ha dicho Florida.

Aquello me ha intrigado.

—¿En serio? ¿Por qué lo dices?

—Porque una vez vino a arreglar algo en mi apartamento y después descubrí que habían desaparecido mis manos que rezaban. A partir de ese día

ya no le quité la vista de encima.

¡Aquellas manos las tenía yo! Pero si decía algo ahora, ya no me podría enterar del resto.

—¿Cómo se llamaba? —he preguntado.

—Zynodeia —ha dicho Florida—. Virgilios Zynodeia.

Adiós a la imagen completamente equivocada que me había hecho de Wilbur P. Worthington III, que en mi imaginación se había vuelto completamente real.

—Es curioso que menciones que le gustaba lo ajeno —ha dicho Whitney —. Siempre me he preguntado qué pasó con mi mariposa *Morpho didius*. Simplemente desapareció un día.

—Les tenía mucho apego a esas manos —ha comentado Florida.

—A mí me desapareció mi colección de infancia de discos de 45 RPM de Elvis —ha dicho la Señora de los Anillos—. Me pregunto si me los robó él. Pero era un hombre muy agradable. Quizás tuviera algún trastorno mental.

Me estaba arrepintiendo mucho de haber sacado el tema.

Antes de que se me pudiera ocurrir algo que decir en su defensa —o incluso de poder preguntarme si me correspondía a mí defenderlo—, nos ha interrumpido la Cocinera, que llegaba tarde. Nos ha enseñado su teléfono con una sonrisa encantada:

—Lo traigo cargado del todo. Estoy segura de que esta noche veréis a mi ángel.

—Toma dos del ángel —ha dicho Hello Kitty—. Clac.

—Llevo esperándolo toda la semana —ha dicho Florida.

Yo estaba segura de que tampoco aparecería hoy, pero el entusiasmo de la Cocinera era contagioso.

Ha sostenido el teléfono en alto para que lo viéramos. Hemos estirado el cuello. Se veía la perspectiva de los jardines desde la cámara de San Miguel y, más allá, la iglesia rosada con sus torres escalonadas. Se estaba poniendo el sol y la escena estaba bañada de una luz dorada, muy distinta de los cielos grises que teníamos nosotros, a miles de kilómetros de distancia.

—Acercaos —ha dicho la Cocinera—. Así veréis mejor. —Se ha mirado el reloj de pulsera—. Las siete y veintinueve. Falta un minuto.

Algunos han movido las sillas para ver mejor.

Ha habido un movimiento en el rectángulo luminoso. Por detrás de los árboles ha aparecido una figura vestida de negro: pequeña, encorvada, vetusta, enfundada en harapos y apoyándose en dos bastones para llevar con dificultad una bolsa de malla con una naranja dentro. La Cocinera ha ahogado

una exclamación de alegría y todos nos hemos acercado. La mujer ha ido dando tumbos con lentitud agónica por los toscos adoquines, acercándose a la cámara, que estaba en la parte alta de un edificio. Cuando ha llegado a un sitio que quedaba debajo de ella, se ha detenido y ha levantado lentamente la cabeza. Ha clavado la mirada de ojos hundidos en las nuestras, atravesando de alguna manera la pantalla. Nos ha mirado con fijeza con una cara imposiblemente arrugada, con el pelo blanco escapándosele de debajo del pañuelo, y ha sonreído. He visto que movía los labios para pronunciar alguna frase. Por fin ha agachado la cabeza y ha seguido con su dolorosa caminata, rumbo a la iglesia, hasta desaparecer de la pantalla.

La Cocinera ha retirado su teléfono y se lo ha guardado en el bolsillo.

—¿Qué ha dicho? —ha preguntado Eurovisión.

—«Mis hijos». —Ha puesto expresión triunfal—. ¡Os prometí que veríais al ángel!

—Mmm —ha dicho Eurovisión—. No te ofendas, pero a mí me ha parecido una viejita normal.

—Crees que los ángeles son criaturas hermosas con alas, ¿no? —ha dicho en tono de burla.

—No… —Eurovisión ha guardado silencio.

—La habéis visto todos, ¿verdad?

Todos hemos admitido haberla visto.

—Pues entonces ya estoy contenta.

De repente se ha abierto con un porrazo la puerta de la azotea y ha salido una pareja. Desconocidos. Otra vez.

Por encima de sus mascarillas rojas de fabricación casera, dos pares de ojos agotados han contemplado la escena de la azotea.

—¿Qué es esto? —ha preguntado Eurovisión, levantándose de su asiento, alarmado—. ¿Quiénes sois?

La mujer ha dado un paso adelante.

—Somos de un edificio de esta misma calle —ha explicado el hombre con expresión frenética.

—Mi marido, mi suegra, los niños y yo —ha dicho la mujer—. ¡Dios, no podemos volver a casa!

—¿Cómo habéis entrado? —ha preguntado Eurovisión.

La pareja se ha mirado.

—La puerta estaba abierta —ha dicho el hombre—. Y llovía. Así que hemos entrado.

La mujer ha enseñado su maleta con ruedas.

—No tenemos adonde ir —ha dicho.

Me he preparado para una tromba de acusaciones. Pero sabía, sabía, que había cerrado bien la puerta. Alguien la había vuelto a dejar abierta de par en par, pero ¿cómo? Me he preguntado si sería deliberado, si habría algún saboteador en el edificio.

—Pero… ¡no podéis estar aquí! —ha dicho Eurovisión con un punto de desesperación—. ¡Estamos en pandemia!

—¿Y nosotros no? —le ha gritado la mujer. El marido le ha puesto una mano en el hombro. Ha habido una pausa y la mujer se ha sentado encima de la maleta. Tenía aspecto de no poder dar un paso más.

Ha hablado la Terapeuta:

—Por favor, descansad aquí hasta que se solucione esto. Siento que no tengamos más sillas que ofrecer. Pero si no os molesta, mantened la distancia, por favor. Por el bien de todos.

—Y por el nuestro también. —El hombre le ha puesto la mano suavemente a su mujer en la espalda—. Tú descansa aquí —le ha dicho—. Voy a buscar a mi madre y a los niños.

Me he dado cuenta de que la conversación estaba a punto de girar hacia la cuestión de la puerta «abierta» y de aquella intrusión repentina, pero Eurovisión me ha salvado:

—¿Qué quiere decir que no podéis ir a vuestra casa?

—Se nos han puesto en contra los vecinos. —La mujer ha suspirado—. No nos dejan entrar.

—¿No os dejan entrar? —ha dicho Vinagre—. ¿Durante una pandemia y lloviendo? ¿Cómo demonios ha pasado algo así?

La mujer ha respirado hondo y ha soltado el aire, como si estuviera dejando ir la tormenta que tenía encerrada dentro.

—Era una noche más oscura y tormentosa que esta cuando nos quedamos sin poder entrar en nuestro bloque de pisos. Temblando y estornudando en el vestíbulo, con las maletas empapadas después de un vuelo de tres horas desde la República Dominicana, de hacer una cola interminable en la aduana y del largo trayecto en taxi a casa.

»No nos funcionaba el código para abrir la puerta del edificio. Supusimos que el conserje por fin había tomado cartas en el asunto de los robos de paquetes en el edificio, más allá de encogerse de hombros y decir: “Solo soy

el Súper, colega, no soy la poli". Le gustaba que lo llamáramos el Súper, por superintendente, pero también se daba aires de superhéroe.

»Pero quizás también fuera un ladrón. Quizás el Súper fuera ese vendedor de eBay cuyos artículos siempre coincidían con las compras de Amazon que les desaparecían a los vecinos. Quizás fuera cierto lo que nos había dicho nuestra vecina: que era el Súper quien robaba las entregas de comida de los demás.

»A aquella hora intempestiva, sin embargo, el Súper era la única persona del edificio a quien nos atrevíamos a molestar. Vale, teníamos también a nuestra vecina, pero estaba tomando antidepresivos por culpa del perdido de su hijo y supusimos que la medicación la había mandado volando a Marte. Además, el Súper nos debía un favor. Y a fin de cuentas, las tareas de conserje, o lo que fuera a que se dedicaba, era lo que cobraban por hacer los héroes de los edificios.

»Llamamos al timbre una vez y otra y otra.

»Mientras esperábamos, nos fijamos en el póster pegado con cinta adhesiva al lado del panel de los timbres. Reconocimos el mismo estilo gráfico de todos los pósteres de instrucciones que el Súper colgaba en los ascensores y pasillos. El arte era peor que nunca.

»Hacía unas semanas, habíamos arriesgado nuestra vida para ayudarlo a subir a su apartamento una mesa de dibujo, además de otros muebles que habían pertenecido al caricaturista político del 4C, a quien primero habían expulsado de El Salvador y después el ICE lo había deportado de vuelta a su país. Que Dios se apiade de su alma y de la de tantos otros. El Súper nos suplicó que lo ayudáramos a trasladar los materiales artísticos del caricaturista a "Krypton", que era como llamaba al enorme apartamento que la inmobiliaria le había adjudicado para compensarlo por el "sueldo de mierda de conserje". Se le daba de maravilla suplicar y siempre pedía las cosas justo después de recordarnos que volvíamos a ir retrasados con el alquiler. Por supuesto, le pusimos excusas; le dijimos que éramos una familia de cinco personas, incluyendo una señora mayor y dos niños bien educados, limpios y listos que hablaban inglés y tenían la ciudadanía estadounidense. Entonces el Súper se disculpó y dijo en tono envarado que, de todos los inquilinos del edificio, había pensado que al menos podría contar con una gente bendecida con nuestro apellido. Y como somos unos buenos samaritanos, cedimos, nos reforzamos las mascarillas caseras con pañuelos de papel y aceptamos hacerle aquel favor.

»Krypton parecía un almacén; tuvimos que maniobrar para esquivar toda clase de cosas, desde viejas lámparas de cuentas y baldosas de cerámica hasta cajas de papel higiénico de doble capa y desinfectante de manos orgánico. “Emporio pandemonio endémico y pandémico”, recitó el Súper entre caladas a su porro. En vez de ofrecernos algo de beber por las molestias, nos regaló un boceto firmado del último póster en el que estaba trabajando.

»—Esta pandemia va a hacer que mi poesía y mi arte se vuelvan virales —nos dijo nuestro antihéroe, abriéndose una lata de Corona Hard Seltzer sabor mango.

»Y ahora, en el vestíbulo, retrocedimos un par de metros del póster ya terminado: un Tío Sam con mascarilla haciéndonos una peineta por encima de las palabras: VETE A LA MIERDA, COVID.

»—Vete a la mierda tú, Súper —dijo nuestro hijo mayor.

»Usando la punta de un paraguas, nuestro hijo menor llamó y llamó sin parar al timbre etiquetado con la “S”.

»Y entonces vimos la peineta suprema: alguien había tachado nuestro apellido en la etiqueta del timbre del apartamento 3A. Habría sido menos violento usar típex. Seguramente aquella tachadura negra y gruesa procedía de uno de los puñeteros rotuladores permanentes que habíamos rescatado del 4C.

»Tachaba lo que era más sagrado para nosotros.

»Tachaba la razón misma de que hubiéramos roto la cuarentena para viajar a nuestra tierra natal, atendiendo la llamada mesiánica del Narrador.

»Tachaba una historia llena de siglos dorados, mucho antes de que existiera este país dejado de la mano de Dios.

»Nuestro hijo menor levantó una pierna y con la punta de la zapatilla deportiva llamó una y otra vez al timbre del Súper.

»Y por fin lo vimos al otro lado de la puerta de cristal. Apareció en el otro extremo del pasillo, iluminado por las luces fluorescentes. Un espejismo ataviado con ropa interior de cuerpo entero, mascarilla azul y Crocs amarillos y polvorientos. Cuando estuvo cerca de la puerta del vestíbulo, le sonreímos, lo saludamos con la mano y sostuvimos en alto la bolsa de ron dominicano del *duty free* que originalmente habíamos comprado para nuestros parientes de Brooklyn.

»El ondear de su capa roja nos dio esperanzas.

»En un universo alternativo, el Súper habría abierto los brazos y habría soltado: “¡Bienvenidos! ¿Cómo os ha ido el viaje? ¿Habéis conocido a la familia que estabais buscando? Un día visitaré vuestro país y encontraré a

alguna Lois Lane que me haga todo el trabajo. Olvidaos del alquiler que me debéis. ¡*Black lives matter*, colegas! Ah, y he cambiado el código de la puerta para que no puedan entrar ni el presidente ni su horda de ladrones. El código nuevo es 440. Je, je, je. ¡Ábrete, sésamo!".

»Pero en nuestro universo actual, no dijo ni una palabra ni nos miró a los ojos. Con una mano enguantada, el Súper nos pasó un sobre por debajo de la puerta.

»Estupefactos, lo vimos volverse a su apartamento arrastrando los pies.

»Aporreamos el cristal sin parar.

»En cuanto desapareció de nuestro campo visual, nos turnamos para llamar a todos los timbres, incluido el nuestro.

»¿Quién es…? *Qu'est-ce…?* ¿Qué pasa…? ¿Quién es…? *Quem é…?*

»Nos dedicamos a gritar nuestro Apellido una y otra vez.

»Nadie nos abrió.

»El sobre llevaba impreso nuestro Apellido en Times New Roman negritas.

»La carta nos informaba de que, conforme a algún acuerdo que habíamos firmado con la inmobiliaria Rivington hacía más de una década, se nos prohibía la entrada en el edificio hasta que satisficiéramos tres condiciones. Se nos señalaba también con amabilidad que dichas condiciones serían imposibles de cumplir: (1) un mes de cuarentena —sí, un mes—; (2) dar negativo en una prueba de las cepas alfa, beta, gamma, delta y todas las demás posibles variantes alfabéticas del nuevo coronavirus SARS-CoV-2, y (3) remitir íntegramente varios meses de alquiler pasado, presente y futuro. Si no satisfacíamos los mencionados requisitos, se nos retiraría el estatus VIP de inquilinos de renta controlada y se iniciaría un procedimiento judicial sumario bajo el estatuto vigente para retirarnos la posesión del apartamento 3A.

»Al pie de la carta figuraban las firmas de la misma gente a cuyos perros autistas habíamos reconfortado, cuya ropa limpia habíamos doblado y desdoblado, la misma gente que había sollozado en nuestra cocina después de que se les murieran las orquídeas bailarinas.

»Impresa en cursiva Helvetica sobre aquellas firmas, la frase: CON AMOR, VUESTROS VECINOS.

»Así que allí nos quedamos, en una noche todavía más oscura y tormentosa que esta, afrontando un desahucio durante una pandemia en un vecindario que ya se moría de ganas de echarnos.

»Tres semanas. Solo habíamos estado tres semanas fuera. En un viaje familiar. Habíamos tenido cuidado. No habíamos abrazado ni besado a ningún pariente, ni siquiera a aquellos perdidos hacía tiempo a los que habíamos ido a consultar. Habíamos mantenido la distancia social mientras grabábamos las entrevistas y habíamos usado desinfectante de manos para manipular los certificados de nacimiento. Desinfectante de manos estadounidense. Nos habíamos fabricado mascarillas extra, nos habíamos lavado las manos y habíamos recitado nuestras plegarias. Mascarillas rojas, desinfectante blanco y plegarias azules.

»Llamamos a otro Uber, esta vez para que nos llevara por el puente hasta Brooklyn, a casa de una pariente que vivía en Williamsburg. Al cabo de diez minutos, un conductor con máscara antigás cargaba nuestras maletas en el maletero de su monovolumen. Nuestro hijo pequeño lo miraba aterrorizado y tuvimos que meterlo a la fuerza en el vehículo.

»El interior apestaba a lavanda falsa.

»Bajamos por la calle Delancey estornudando y discutiendo.

»Que si necesitábamos llamar antes de presentarnos en la puerta de una pariente, al infierno con nuestro Apellido. Que si esto era lo que nos pasaba por escuchar al Narrador y por gastarnos el dinero del alquiler en perseguir la quimera que nos había prometido. Que si teníamos hambre. Que si delante de los niños no, por favor. Ah, ¿de estos niños sin techo? Que si necesitábamos tener fe, demonios. Que si necesitábamos mear…

»Nuestro hijo mayor chasqueó la lengua y cogió el teléfono.

»Nuestra pariente descolgó al segundo timbrazo.

»—Venid, venid —nos dijo.

»—¿Lo veis? —dijo nuestro hijo mayor después de colgar—. Ya os lo he dicho, la gente que trabaja en bares no duerme.

»El conductor frenó en seco en el semáforo de entrada al puente. Cuando volvió la cabeza, pudimos oírlo respirar con dificultad a través de la máscara.

»—Había una vez —dijo con voz amortiguada— un dueño de bar que tenía muchos sirvientes y ganado y hectáreas de tierra.

»—¡Conduce! —le gritamos.

»El semáforo se acababa de poner verde; el conductor no dio su brazo a torcer.

»—Una tarde —continuó—, mientras intentaba alcanzar el estante de arriba del bar, al propietario se le cayeron todas las botellas de Johnnie Walker Gold Label Reserve que tenía debajo del brazo.

»Y siguió conduciendo por el puente en silencio.

»Más tarde le daríamos una puntuación de cinco estrellas, no por la calidad de su servicio, sino por contarnos lo que no nos había contado el Narrador.

»Puede que nuestro Apellido signifique muy poco en este vecindario y en este país, pero en la isla vale una fortuna.

»No podemos alegar que el Narrador no nos lo dijera.

»Quizás tenía razón cuando proclamó: "**Incluso entre vuestros vecinos, habrá enemigos de quienes llevan vuestro Apellido**".

»Mucho antes de esta pandemia, el Narrador ya nos había contado que teníamos derecho a una herencia colosal.

»—**Oro infinito** —nos dijo, primero en salas de estar y después en ruedas de prensa—. **Un oro colonial tan amarillo que es** verde.

»El Narrador es abogado. Puede que no lleve nuestro Apellido, pero sí que nació con un diente de oro en la boca.

»Su madre contó la historia en TV Orovisión:

»—Cuando tenía catorce años, le cayó un rayo en el colmillo izquierdo, justo después de mirar la lluvia con una sonrisa. A partir de entonces ya no dejarían de pitarle los oídos. A través de los ruidos de la cafetera y de las bocinas de los coches y los ladridos de los perros, ya nunca dejarían de pitarle mil y una historias en los oídos. Y cada vez que contaba una, se detenían los pitidos.

»Cuando tenía quince años, el Narrador contó esta historia en la fiesta de cumpleaños de su padre:

»—**Había una vez un periquito sordo al que le gustaba comer caña de azúcar en las vías del tren. "¡Aparta de en medio!", le gritaba la gente, pero el periquito sordo seguía dando picotazos a su caña. "No digas que nadie te ha avisado", le decían, y seguían felizmente su camino. Un día pasó un tren a toda velocidad y dejó tras de sí un manchón de plumas de colores y jugo de caña**.

»Cuando tenía dieciséis años, el Narrador contó esta historia en la fiesta de cumpleaños de su madre:

»—**Había una vez una mujer que no tenía cara. Pero sus manos conocían el idioma del polvo. Cuando sus manos decían: "Conviértete en arcilla", el polvo se convertía en arcilla. Cuando sus manos decían: "Conviértete en mí", la arcilla se convertía en una mujercita sin cara.**

Pronto empezó a llegar gente de todas partes para comprarle sus muñecas de cerámica. "¿Cuánto valen?", le preguntaban. "Demasiado", le decían, y ella les regalaba aquellas versiones de sí misma. Un día, un hombre le puso un techo, un letrero y un precio sobre su cabeza. "Voy a hacerme rico", pensó el hombre. Pero cuando le puso a la mujer un anillo en el dedo, sus manos se olvidaron del idioma del polvo y el hombre perdió la mitad de su cara.

»Cuando tenía diecisiete años, el Narrador contó esta historia en la fiesta de cumpleaños de su hermano:

»—**Había una vez un pueblo donde las chicas se convertían en chicos al cumplir trece años. Cada mes llegaba al pueblo un tren para recoger sal y yeso. Un día, un chaval de doce años se subió en secreto al tren justo cuando estaba saliendo del pueblo. Quería ir a la capital y hacerse rico. Tenía planeado regresar con un anillo de oro para la chica con la que se quería casar. Se pasó el trayecto de tres horas a la capital chupando sal y caña de azúcar. Para cuando llegó el tren a la capital, el chico se había convertido en mujer. Regresó al pueblo años más tarde, hundida en la miseria. Pero se casó con la chica, que para entonces había perdido una mano y se había convertido en un hombre rico**.

»Cuando tenía dieciocho años, el Narrador contó esta historia en la fiesta de cumpleaños de su hermana:

»—**Había una vez un cañaveral infestado de periquitos. Mientras los cortadores de caña daban hachazos, los periquitos se posaban en los tallos y cantaban esta historia cada vez que pasaba silbando un tren: "Había una vez un cañaveral infestado de periquitos. Mientras los cortadores de caña daban hachazos, los periquitos se posaban en los tallos y cantaban esta historia cada vez que pasaba silbando un tren**…".

»Fue en aquella fiesta cuando un músico desdentado interrumpió al Narrador para darle este consejo: "No toques la música que oyes, chico. Haz bailar a los bailarines".

»Cuando llegamos al bar-restaurante, estaba sonando *A la mar*, de Vicente García. En el toldo estaba estampado nuestro Apellido, que nuestra parienta había adoptado al casarse y del que estaba en proceso de divorciarse.

»Bajo las cortinas de lluvia, sentimos que estaba saliendo el sol.

»En nuestro universo, la gente te recibe con música. Después del beso y del abrazo, te preguntan cómo estás de salud. Te traen toallas limpias del apartamento de arriba y café con una pizca de nuez moscada. Reorganizan las mesas y las sillas y preparan la pista de baile para la cuarentena. Ahuecan las almohadas de las cuatro literas extra que resulta que tienen en sus oficinas. Te escriben la clave del wifi en una tarjeta de visita para que los niños no se pierdan las clases. Bajan al colmado para comprar un par de envases extra de un galón de leche y uno pequeño de almendra para el único vegano de la familia. Son capaces de dividir mentalmente fracciones entre otras fracciones y de alguna manera obtienen números enteros.

»Comimos y dormimos como si fuéramos la realeza. Todos los días después de la cena, a las siete en punto, nos plantábamos en la puerta del bar, haciendo sonar ollas y cazuelas. Avergonzando a los niños, silbábamos y aplaudíamos en honor a los trabajadores sanitarios, que sonreían fatigados de camino al trabajo o de vuelta. Llenábamos las horas ociosas poniéndonos al día de los cotilleos familiares mientras bebíamos ron dominicano del *duty free*.

»—No sois refugiados de la pandemia —nos dijo nuestra pariente al cabo de tres días—. Sois un regalo.

»Teníamos miedo de empezar a oler mal, de manera que le pedimos productos de limpieza para empezar a pagarle nuestra estancia. Le quitamos el polvo al bar, botella tras botella, y reparamos sillas rotas tiempo atrás por bailarines celosos. Fregamos hasta el último rincón de los suelos, arreglamos bisagras y cambiamos cables eléctricos. Nivelamos la máquina de discos y pusimos el resto de álbumes de García en bucle. Todas las noches asumíamos la tarea de negar la entrada a los habituales que no hacían caso del letrero de LO SENTIMOS, ESTAMOS CERRADOS y suplicaban que los dejáramos pasar. A modo de preparación para una gran reapertura, compramos madera y pintura de colores tropicales y construimos un paraíso en el pequeño vestíbulo con luces de Navidad y palmeras de plástico incluidas.

»—Sois un regalo —nos dijo ahora—. Genios salidos de una farola de la calle.

»Ciertamente, su vida había tenido un aspecto bastante más gris antes de nuestra llegada. Estaba cansada. Llevaba décadas trabajando en este país para que sus hijos pudieran salir adelante y quedarse algún día con el negocio. Luego habían llegado la discordia conyugal, la artritis, el insomnio y la universidad de los tres chavales. Una estudiaba infodemiología, otra tanatología y el último numismatología. Todo inútil, decía ella. Los estaba

formando mediante su programa casero de MBA para que trabajaran en la empresa familiar. Ay, el vecindario, sus hijos, el mundo…, ¡todo cambiaba demasiado deprisa! Y, por el amor de Dios, allí estaba ella, una vieja divorciada tomando macrodosis de CBD. Para la inflamación, insistía; para el insomnio.

»Declinamos el ofrecimiento. Escuchamos. Empatizamos. Le hablamos del Narrador.

"**El Día del Desembolso está a la vuelta de la esquina**", nos aseguraba el Narrador a través de mensajes de WhatsApp que le reenviábamos a ella a diario.

»Ah, sí, había oído hablar de aquella estafa.

»De estafa nada, insistimos, enseñándole los números PIN del banco que nos había asignado el Narrador, la clave de nuestra libertad financiera.

»A pesar de todos sus problemas, su respuesta inicial fue:

»—Gracias, pero tengo a Dios.

»—Para ya de acapararlo —le dijimos— y deja algo de Dios para los demás.

»Declinó el ofrecimiento. Escuchó. Empatizó.

»Porque las iglesias habían cerrado en aquellos días de avemarías no respondidos. Cada vez colgaban más rosarios de los retrovisores. También veíamos rosarios en la basura. Aquellos los rescatábamos y grabábamos las letras de nuestro Apellido en las cuentas, porque la cuarentena había otorgado incluso a los más escépticos de nosotros una fe renovada en el Narrador. Enseguida transformamos el bar en un altar, donde nos reuníamos para rezar antes de cada comida. El rosario nos ayudaba a llevar la cuenta de los días, que subdividíamos contando una y otra vez las historias del Narrador agrupadas por temas y en series de cinco: las felices, las luminosas, las tristes, las gloriosas y las renacidas. Cuenta a cuenta, recitábamos nuestro sagrado Apellido para ayudarnos a recordar la secuencia de nuestra historia robada.

»Porque si no hay método, hay locura.

»Y aunque lo haya, hay locura.

»Siguiendo el consejo del músico, el Narrador empezó a escuchar a sus oyentes. Dejó de contar sus historias y le volvieron a pitar los oídos. Dejó que le pitaran, decidido a encontrar su historia maestra. Y cuanto menos contaba el Narrador, más contábamos sus oyentes.

»En menos que canta un gallo, averiguó las cinco cosas que más valorábamos: los nombres, el oro, la tierra, los sueños y Dios. Y en menos que canta un gallo, averiguó las cinco cosas que más temíamos: los documentos, el polvo, la ley, el silencio y Dios.

»Cuando lo hubo averiguado todo, el Narrador fue y se sacó la carrera de Derecho. Se pasaba los días en la biblioteca nacional Pedro Henríquez Ureña, que a menudo estaba vacía. Además de casos jurídicos y ética, estudiaba las historias de la Biblia, de la Torá y del Corán, así como cualquier otro libro sagrado que estuviera disponible en traducción. A veces, cuando los sobornaba con comida, los empleados le dejaban plantar su tienda de campaña entre las estanterías, donde leía hasta perder el conocimiento.

»Cuando hubo aprendido todas las leyes, el Narrador entró a trabajar para una inmobiliaria. Se compró un traje beis y un reloj de oro. Memorizó mapas del norte, el este, el sur y el oeste. En los pocos días libres que le quedaban, dormía siestas cortas y daba paseos largos. Se hizo amigo de lavanderas y limpiabotas. Memorizó sus nombres y visitó sus centros de culto. Llevaba una maleta llena de recortes de prensa, piruletas y corbatas de recambio. Asistía a bautizos, bodas y funerales. Hacía donativos a orfanatos y extendía el brazo cuando había que donar sangre. Se hizo amigo del alcalde y de los amigos del alcalde, entre ellos el obispo.

»Y no contó ni una sola historia.

»Cuando hubo conocido a todo el mundo, el Narrador fue al dentista para que le hiciera una limpieza. Había quien decía que el diente de oro se le había vuelto de plomo a raíz de una maldición que le había echado el músico. Pero muchos teníamos fe en que regresaran las historias del narrador y estábamos dispuestos a bailar lo que fuera.

»“Somos gente hambrienta porque no tenemos el control de nuestra historia. Somos una gente a quien le han secuestrado su historia”. Haile Gerima.

»Cuando llevábamos dos semanas de cuarentena, nuestra pariente contestó con esta cita a uno de nuestros mensajes de WhatsApp. Nuestro mensaje había tratado del Día del Desembolso, de forma que su respuesta nos dejó confundidos.

»Más tarde ella bajó, cuando todavía estábamos terminando las plegarias del día, y se apoyó con los brazos cruzados en la máquina de discos. Cuando terminamos de recitar la última ronda de nuestro Apellido, descruzó los brazos. Se levantó la mascarilla, inclinó la cabeza hacia atrás y se echó varias

gotas de tintura debajo de la lengua. A continuación, respiró hondo varias veces.

»Le preguntamos si estaba bien su exmarido. Si se había muerto alguno de sus antiguos empleados. No paraba de subir la cifra de muertos en la ciudad.

»Nos pidió que le leyéramos nuestro aviso de desahucio.

»Aquella petición tan directa coincidió con el momento en que la máquina de discos cambiaba al color azul.

»Nuestro hijo mayor le dio un toque de bastón al menor.

»—¡Papeles, muchacho! La mujer nos está pidiendo nuestros papeles.

»En menos que canta un gallo, el chico le presentó el sobre manchado de humedad a la pariente con la misma solemnidad que si fuera un paje imperial.

»—Y un cuerno —dijo ella tras examinar la carta.

»Nos ofendimos, creyendo que estaba insinuando que éramos pordioseros pandémicos.

»—Quien ha escrito esta carta es un embustero —clarificó—. ¿No podéis oler a gato encerrado o qué?

»Nos ofendimos, creyendo que estaba insinuando que habíamos perdido el sentido del olfato.

»Nos preguntó cómo era posible que no se nos hubiera ocurrido volver al edificio ni ponernos en contacto con la inmobiliaria Rivington. Por lo menos, podríamos haber comprobado nuestro estatus como inquilinos. Aunque solo fuera, nos dijo, porque tanto mi suegra como los niños necesitaban estabilidad.

»Nos ofendimos, creyendo que estaba insinuando que éramos tan inestables como el presidente.

»La verdad era que habíamos disfrutado de nuestro tiempo en aquella cápsula de Apellido. Había sido más que una simple extensión de nuestro viaje a la isla, donde nos habíamos pasado tres semanas enredados en documentos, reuniones y burocracia. En el bar-restaurante habíamos llegado a conocerla a ella y a sus hijos de una forma que nunca los habíamos conocido desde que habíamos inmigrado, hacía una eternidad. Nos habíamos deleitado en ponerles música de la máquina de discos a nuestras sesiones nocturnas de historias y en ver los vídeos de nuestro teléfono móvil en pantalla grande. Habíamos disfrutado de inventar recetas nuevas con sobras que convertíamos en festines en la espaciosa cocina del restaurante. Y gracias a las semillas de aquellos trabajos, habíamos podido llenar las repisas de plantas, cuyo crecimiento medíamos hora a hora. Por primera vez en mucho tiempo nos habíamos sentido útiles, vivos, esenciales.

»Si nos habíamos olvidado momentáneamente del Rivington era porque habíamos empezado a recordarnos a nosotros mismos.

»Por supuesto, a nuestra pariente le conmovió aquel sentimentalismo. Y sí, ella también nos quería. Nuestra presencia la había ayudado a recomponer su vida hecha pedazos. Pero los cuentos de hadas necesitaban terminar. Tenía negocios que atender, abogados a los que consultar en relación con su divorcio, hijos a los que formar laboralmente. Y gente con la que salir. Así pues, con nuestro permiso, regresamos al asunto del aviso de desahucio.

»Le mandó un mensaje a uno de sus hijos estudiantes de -ología.

»Su hijo apareció en el piso de abajo como si ya hubiera estado esperando entre bastidores. Era el hijo al que la oíamos criticar por haber suspendido sus exámenes a distancia y por oler a cannabis.

»—Sesión de MBA casero —le dijo ella con voz de sargento de instrucción y el chico se puso firme. Le entregó el aviso de desahucio—. ¿Qué problema presenta este documento?

»El muchacho le echó un vistazo, nos miró y sonrió.

»—Pues obvio, que no tiene membrete.

»—**No hay "érase una vez"** —dijo el Narrador— **porque no estoy contando ninguna historia**.

»Empezó convocando aquellas reuniones en nuestra sala de estar, después en la frutería, en iglesias, reuniones sindicales, protestas antigubernamentales, ruedas de prensa y por fin en nuestros sueños.

»—**Lo que os estoy contando es Historia, con mayúscula. La Historia de dos grandes antepasados que tenían una mina de oro en esta tierra. Una parte del oro se la mandaban a través del océano azul al rey y a la reina. El resto lo escondieron durante la guerra en varios bancos europeos. Oro grabado con el mismo Apellido que os corre por las venas. ¡Un brindis por Dios, por la nación, por la libertad!**

»Así que a fin de cuentas no somos bastardos, pensamos. Venimos de alguien.

»Para celebrarlo, nos pusimos a desenterrar certificados de nacimiento y títulos de propiedad de tierras en un país cuyo clima y funcionarios gubernamentales devoraban papel. Quienes vivíamos en el extranjero teníamos que suplicar y pedir prestado para conseguir vuelos que nos llevaran de nuestros diversos puntos de partida al aeropuerto que tenía por nombre Las Américas, donde, siglos atrás, nuestros antepasados indígenas habían recibido

la visita de una variedad distinta de buscadores de oro, algunos de los cuales también llevaban el Apellido.

»—Ja, los colonizados reivindicando el nombre de los colonizadores —decían los enemigos del Apellido. Se reían de nosotros en persona y por escrito.

»Aun así, emprendimos nuestra misión de forma paciente y civilizada. La pandemia nos había dado tiempo suficiente para reclamar nuestro ADN antes que ningún virus. Cientos de compatriotas se dedicaban a entrevistar a gente mayor, a peinar archivos de iglesias y a visitar la biblioteca nacional del país en busca de los orígenes de nuestro Apellido. Los menos afortunados lloramos tras oír la historia nunca contada del abuelo que en realidad había sido huérfano y al que simplemente le había encasquetado el Apellido, como si fuera un burro, un terrateniente benévolo. Los más afortunados nos alegramos de encontrar en los archivos nacionales la firma de una abuela en los registros de un barco colonial español, daba igual qué desafortunada profesión la hubiera llevado hasta allí.

»A fin de pagar las tasas de los documentos, mucha gente de la isla que llevaba el Apellido ahorraba, vendía las vacas o hacía de taxista. Luego nos plantábamos al sol y hacíamos cola durante horas para presentarles nuestras carpetas de papel manila húmedo al Narrador, cuyo ejército de empleados nos ungía con números PIN.

»“**Para el Día del Desembolso**”, declaró por las redes sociales, santiguándose.

»—Para el Día del Desembolso —nos jactamos después ante otros, posteando imágenes pixeladas de nuestros números mágicos, junto con emojis de manos que rezaban.

»De regreso a Nueva York, cuando pasó la fecha del Día del Desembolso, conservamos la fe. El Narrador congregó a los fieles en sus oficinas de la capital o por Zoom y anunció:

»**—¡Tened fe!**

»Y nosotros rezamos.

»**—¡Y heredaréis la tierra!**

»Y susurramos: “¡Amén!”.

»Esta mañana, temprano, hemos llamado a un Uber, esta vez de regreso a The Bowery.

»Al cabo de diez minutos, nos hemos encontrado cara a cara con una conductora que llevaba una mascarilla con la imagen impresa de un selfi. Mientras cargaba nuestras maletas y plantas en el maletero de su monovolumen, nuestro hijo menor ha entrado por su cuenta en el coche entre risillas.

»El interior apestaba a suavizante y hemos estado estornudando de una punta a otra del puente de Williamsburg.

»En mitad del puente, nuestro hijo menor se ha inclinado hacia la conductora para preguntarle por qué llevaba su cara en la cara.

»—¿Y cómo sabes que es mi cara si no me has visto la cara? —ha preguntado ella con la mirada pegada a la carretera.

»—¡Qué harta estoy de esta mierda! —ha dicho mi suegra, quitándose la dentadura postiza. Ha bajado la ventanilla y ha arrojado el rosario en dirección al East River gritando nuestro Apellido y una sarta de palabrotas: su número PIN, su número de la seguridad social, sus números de la lotería y la fecha de la futura muerte del Narrador.

»Nadie más ha dicho nada durante el resto del trayecto a casa.

»En el vestíbulo del edificio nos hemos encontrado con nuestra vecina. Estaba encorvada e introduciendo la combinación de la puerta interior, de espaldas a nosotros. La ráfaga de aire frío la ha hecho volverse. A punto ha estado de gritar antes de darse cuenta de que éramos nosotros.

»Su suspiro de alivio ha sido reconfortante.

»Nos ha pedido perdón. Se han cometido atracos en el edificio. Pero era una tonta por no darnos la bienvenida como Dios manda. ¿Cómo nos había ido el viaje? ¿Les habíamos entregado las cartas y las mascarillas a sus hermanas? Ay, cómo las echaba de menos. Su hijo le había prometido comprarle un billete de avión en cuanto se terminara la pandemia. Pero nos ha dicho que la escuchemos, que han pasado muchas cosas mientras estábamos fuera. Tenemos que ir a tomar café algún día con ella, bueno, no, mejor llamarla. ¿Nos acordábamos de la racista del 3A? Pues estaba saliendo con uno de Black Lives Matter y ella los oía a través del radiador. Ah, ¿el código nuevo? No nos lo podía dar, lo sentía mucho. “Porque no hay buena acción sin castigo”, ha espetado mi suegra. Mientras hablábamos, estaba sentada sobre su maleta en el vestíbulo, soltando una avalancha de palabrotas delante de los niños.

»Hemos decidido pedir asilo aquí en el Fernsby Arms solo porque nuestros hijos han insistido en que la palabra *arms* detrás de ese apellido no significa ‘armas’, sino ‘brazos’. Nuestros hijos nos ayudan a seguir creyendo

en la bondad de la humanidad. Uno de ellos incluso le ha puesto una reseña de cinco estrellas a la conductora del Uber “por no mirarnos mal por el retrovisor y concentrarse en el vaso medio lleno que le brindaba la noche”.

Creo que ninguno de los presentes ha sabido cómo interpretar esa historia extraña y conmovedora.

—Bueno… —ha empezado a decir Vinagre.

—¡A ese casero habría que enterrarlo en demandas! —ha dicho Florida, con una expresión repentinamente escandalizada—. Y al Narrador también.

La mujer le ha dedicado una leve sonrisa.

—Gracias, pero no queremos interrumpir vuestra reunión —ha dicho—. Solo necesitamos descansar. —Terminada su historia, la mujer ha cerrado los ojos—. Ahora solo necesitamos descansar.

—Pues claro —ha dicho la Terapeuta—. Podéis quedaros aquí con nosotros tanto como necesitéis.

No parecía del todo convencida de esto, pero lo ha dicho con voz tranquilizadora y profesional. Me he preguntado qué le iba a pasar a esa familia y me han entrado ganas de ayudarlos. Pero antes de que se me pudiera ocurrir qué hacer, ha intervenido Eurovisión:

—Pues muy bien —ha dicho—. Mientras esta gente se recupera un poco —ha hecho una pausa con intención de mostrar respeto, aunque se estaba mirando el reloj de pulsera— tenemos más tiempo. ¿Alguien tiene alguna historia?

—¿O quizás otra confesión? —ha preguntado la Señora de los Anillos.

—Pues mirad, yo tengo una especie de confesión —ha dicho Ramboz—. O mejor dicho, una revelación. Una revelación de infancia que me abrió los ojos a la realidad en la que vivimos. Hay muchas cosas que no entenderemos nunca de la gente con la que nos cruzamos a diario. ¿Podría contar otra historia?

—Por favor —ha dicho Eurovisión.

—Crecí en Wellesley, Massachusetts. Por entonces, en los años sesenta, era una de las ciudades más ricas del país. Seguramente todavía lo sea. Subiendo un poco la cuesta desde mi casa, delante del campo de golf, había un hospital privado llamado sanatorio Wiswall. Ya hace mucho que no existe, pero en

1965 era un sitio caro y exclusivo, una mansión con varias hectáreas de prados rodeados de bosque. Wiswall era donde le habían dado a Sylvia Plath sus primeros tratamientos de electroshock. En su libro *La campana de cristal* el sitio se llamaba Walton. Había crecido en Wellesley y, cuando yo era chaval, su madre todavía vivía en el número 26 de Elmwood Road. Era una señora muy maja, callada y triste. En fin, a Sylvia la habían mandado a Wiswall en 1953 con la esperanza de que los médicos le pudieran curar la depresión con terapia de electroshock. No había funcionado, obviamente, pero la cuestión era que Wiswall era un lugar bastante siniestro. El Departamento de Salud Mental del Estado de Massachusetts hizo varias inspecciones y acabó cerrándolo en 1975.

»En 1965, toda mi clase de cuarto de primaria de la escuela elemental Hunnewell sabía que Wiswall era una "granja de momias" donde le freían el cerebro a los pacientes con descargas eléctricas y los convertían en zombis babeantes. Éramos unos críos ignorantes y no sabíamos nada de enfermedades mentales, claro, pero no nos faltaban las ideas fantasiosas. Muchas veces, mis amigos Petey, Chip, J. C. y yo íbamos en bicicleta a la verja del Wiswall y nos quedábamos mirando las curvas de la entrada para coches intentando oír los gritos inarticulados de los locos y el crepitar de la electricidad cuando convertían a los pacientes en bombillas. En la escuela, siempre que parpadeaban las luces los chavales comentaban que debían de estar muy atareados en el Wiswall. Pero daba igual cuánto tiempo esperáramos frente a la verja, nunca oíamos nada que no fuera el viento entre los árboles.

»Un día, Chip sugirió que nos coláramos. Metimos las bicicletas entre la maleza y trepamos por el muro de piedra que rodeaba los terrenos. Nos abrimos paso por el bosque cerrado y dimos la vuelta hasta la parte de atrás del edificio. No tardamos en llegar a la mansión donde vivían los lunáticos. Nos escondimos detrás de unos rododendros y contemplamos un porche protegido con tela mosquitera que había al otro lado de una zona de césped. No pasaba nada. Todo estaba en silencio. No se oían chillidos ni gritos ni el crepitar lejano de la electricidad. Pero sí veíamos siluetas de gente con aspecto normal en el interior en sombras. Unos leían en calma y otros estaban simplemente sentados o viendo la tele. Todo estaba tranquilo. Lo que había empezado como una tarde prometedora se estaba convirtiendo en decepción y aburrimiento. Decidimos volvernos a casa.

»Y entonces empezó la verdadera aventura. Mientras regresábamos por el bosque, avistamos un edificio abandonado y escondido entre los árboles. Era cuadrado y tenía dos plantas. La parte inferior era de piedra, y el piso de

arriba, de listones de madera. Todas las ventanas estaban rotas y la hiedra había subido por las tuberías del desagüe. Aquello sí que era un buen descubrimiento. Petey se preguntó si sería allí adonde llevaban a los pacientes para encadenarlos y torturarlos y Chip sugirió que, si alguien se había escapado del manicomio, lo más seguro era que estuviera allí escondido y armado con un escalpelo.

»Nos acercamos y vimos que el sótano tenía dos ventanas horizontales a ras del suelo. Nos asomamos y vimos algo maravilloso: dos carruajes y un trineo de caballos auténtico. Eran unas antiguas caballerizas.

»Chip forzó el marco de la ventana hasta que pudimos meternos por ella. El trineo tenía dos asientos de banqueta, uno delante y otro detrás. Estaba pintado de rojo y decorado con tracería de florituras doradas. En la pared había un perchero de madera del que colgaban arneses y collares de cuero decorados con cascabeles. Agitamos los cascabeles, riendo y armando un estruendo de tintineos. J. C. encontró un hueso que no le cupo duda de que debía de ser de algún paciente al que habían electrocutado por accidente y cuyo cuerpo habían tirado allí. Más adelante lo llevaría a comisaría para denunciar el asesinato y nos metería a todos en un lío, pero eso ya es otra historia.

»Pronto dirigimos nuestra atención a una escalera siniestra y torcida que llevaba al piso de arriba. La subimos y nos encontramos en un desván atestado de cajas de cartón, archivadores antiguos de madera de roble y pilas de revistas médicas. La luz se colaba por las ventanas rotas y el techo goteaba encima de todo. Muchas de las cajas se habían podrido y estaban abiertas, con el contenido desparramado por el suelo: toneladas de expedientes y carpetas de acordeón. Las ratas y los ratones habían escarbado cuanto habían querido entre aquel desastre masticando los expedientes hasta convertirlos en pelusa y el aire olía a papel mohoso y a meados.

»Algunas de las cajas contenían unos discos azules, cada uno en su funda. Parecían discos de cuarenta y cinco revoluciones, con un agujero en el centro y surcos circulares. Me pregunté qué clase de música habría en aquellos discos. Entretanto, Petey, J. C. y Chip estaban hurgando en los expedientes y leyéndolos en voz alta. Eran historiales antiguos de pacientes, escritos en un lenguaje anticuado que la psiquiatría ya no usaba. Había expresiones que ya por entonces nos parecieron hilarantes. Incluso me acuerdo de algunas: “Defectuoso en grado máximo. Individuo débil mental por encima del nivel de idiota. Desviación psicosexual. Tortícolis espasmódica. Parálisis bulbar”.

»La siguiente media hora la pasamos leyendo extractos de locura y desgracia ajenas y riéndonos a carcajadas hasta caer agotados sobre los montones de papel. Me pregunté en voz alta cómo habían terminado todas aquellas cajas en un desván abandonado. Y nos lo seguimos preguntando hasta que Chip dijo:

»—Porque toda esta gente está muerta.

»Se hizo un silencio repentino. Estaba claro; por eso habían tirado y olvidado aquellos expedientes. El descubrimiento fue un jarro de agua fría y decidimos que era hora de marcharnos. Mientras salía, agarré un puñado de aquellos discos azules.

»Ya en mi casa, pusimos uno en el aparato de alta fidelidad de mi padre. En la funda alguien había escrito una fecha, un número y un nombre propio con la inicial del apellido: Charlotte P. Saqué el disco y lo anclé en el plato con cinta adhesiva porque el agujero del disco era demasiado grande para el eje. Encendimos el fonógrafo, bajamos la aguja y escuchamos.

»Una voz de hombre débil y neutra se puso a hablar en tono horriblemente monocorde; era un médico refiriéndose a una paciente a la que acababan de ingresar. Emprendió una lista de sus síntomas y antecedentes, y creedme que el caso no tenía nada de aburrido. Esta es la historia que contó el médico:

»Charlotte P. era una mujer casada a la que había llevado al hospital su marido. Antaño había sido una ama de casa normal con tres hijos. Su marido tenía un trabajo de profesional cualificado en Boston. En el último año, Charlotte P. se había retraído. Había dejado de cuidarse y de lavarse y no se quería vestir por las mañanas. Finalmente, había dejado de comer. Cuando su marido le preguntó por qué, ella le contestó que era porque había hecho un descubrimiento. Tras mucho pensar y observar, se había dado cuenta de que estaba muerta. Y no solo eso, sino que estaba bastante segura de que su familia también estaba muerta, pero no se daban cuenta.

»Cuando terminó de contar estos detalles con la misma voz inexpresiva, el médico diagnosticó el trastorno de la mujer y el disco azul se terminó haciendo un chirrido.

»Ninguno de nosotros dijo nada. Mis amigos se habían quedado asustados. Yo, en cambio, estaba aterrado. En mitad de aquel recital de locura, me había acordado de repente de una serie de conversaciones en voz baja que había oído en mi familia a lo largo de los años acerca de una tal tía-abuela Charlotte, hermana de mi abuelo, que había vivido en Wellesley y se había casado con un banquero cuyo apellido empezaba con P. A aquella tía-abuela le había sucedido algo vergonzoso e incomprensible. Lo llamaban

“colapso nervioso”, pero era todo muy vago y nadie explicaba nunca lo que significaba y, cada vez que se acercaba alguno de los hijos, cambiaban de tema.

»No me olvidaré nunca de la sensación de náusea que me revolvió el estómago. ¿Era posible que fuera pariente mía? ¿Mi tía-abuela? ¿Acaso habían construido un manicomio allí mismo, en mitad de su pequeño vecindario blanco, residencial y ordenado, porque era allí donde estaba la enfermedad?

»Nunca se lo conté a mis amigos y nunca les pregunté nada a mis padres. Estaba desesperado por no saber la verdad. Me repetí a mí mismo una y otra vez que había muchas Charlotte P. en el mundo. Cuando se marcharon mis amigos, escondí los discos azules en un agujero de la pared que había detrás del equipo de alta fidelidad y aquellas historias de locura se quedaron escondidas en la pared hasta que vendimos la casa veinte años más tarde. Puede que todavía sigan ahí.

Parecía que la ciudad se había hundido en la oscuridad mientras Ramboz contaba su historia. Las sirenas se habían apagado. Lo admito: la historia me había horripilado.

—Todo eso pasó hace cincuenta y cinco años —ha dicho Ramboz—. Aquel desván estaba abarrotado de historias de gente olvidada cuya vida había sido metida de cualquier modo en una caja y tirada allí para que se la comieran las ratas. —La emoción le ha puesto la voz ronca—. ¿Sabéis qué da más miedo que la muerte? —Ha hecho una pausa—. Caer en el olvido.

—Me muero de ganas de caer en el olvido —ha dicho Hello Kitty.

—Eso dices ahora —ha dicho la Señora de los Anillos—. Pero espera a tener setenta años como yo y el cerebro a rebosar de historias y de gente y de amores; todos esos recuerdos tan preciados que no quieres perder, sobre todo cuando veas que se acerca la muerte para quitártelos todos.

—Todos necesitamos al Narrador —ha intervenido la mujer del Apellido, que al parecer no estaba dormida.

—He pensado a menudo en el proceso de caer en el olvido —ha dicho Ramboz—. Primero te mueres. Luego se muere la gente que te conoció y que podría contar tu historia. Luego se muere esa gente. Y cuando se mueren tus historias con ellos, es entonces cuando por fin has desaparecido.

Es cierto. No entra en mis planes tener hijos —ni siquiera he tenido novia desde hace una eternidad—, así que, cuando me muera, mi padre se morirá conmigo. Y los pocos recuerdos de mi madre, donde demonios esté…, desaparecerán.

Mientras pensábamos todos en esto, la puerta de la azotea se ha vuelto a abrir de golpe y ha salido el marido de la mujer con un macuto echado a un hombro y tambaleándose por el peso de un niño dormido en el otro, seguido por una anciana y un adolescente empapado con una mochila mojada y arrastrando otras dos maletas con ruedas. El adolescente se ha dejado caer en el suelo de la azotea junto a su madre, que se ha dado la vuelta para cogerle el niño dormido al marido, que a su vez se ha dado la vuelta para ayudar a la anciana a echarse sobre su macuto.

Sentados en nuestras sillas, cómodas y familiares, a salvo en nuestra burbuja de dos metros, los hemos contemplado con piedad y con una sensación creciente de lástima. Se les veía completamente desastrados, al marido y la mujer, a la anciana y al adolescente aturdido del pelo todavía mojado, pero nadie se ha movido para ayudarlos, claro, porque ¿qué podíamos hacer? Ni siquiera podíamos tocarlos sin arriesgarnos. Llevamos todo este puñetero confinamiento teniendo el máximo cuidado.

Por fin, la Señora de los Anillos ha carraspeado.

—Estoy segura de que hablo por todo el mundo —ha dicho— cuando digo que sois bienvenidos en el Fernsby hasta que se haya arreglado la cosa.

He mirado a mi alrededor para ver si era verdad que hablaba por todo el mundo y me ha sorprendido ver que nadie se mostraba en desacuerdo. Incluso Vinagre estaba asintiendo con la cabeza.

Antes de que nadie me pudiera detener —antes de poder detenerme a mí misma—, me he plantado a menos de dos metros de ellos y les he ofrecido las llaves del 2A, que llevaba en el bolsillo de mi chaqueta desde que las había usado hacía unas noches.

—Tened —he dicho—. Es un apartamento vacío. Por lo menos en teoría. Soy la conserje. Quedaos aquí hasta que arregléis las cosas con la gente de Rivington. De momento, el Fernsby Arms os da la bienvenida.

—¿Tú eres la conserje? —ha dicho el adolescente.

La pareja se ha quedado mirando las llaves temblorosas que tenía en la mano. La breve expresión de alarma de su cara me ha dicho lo que ya sospechaba: que no podían pagar ninguna clase de alquiler. No me ha importado. Tampoco es que el puto casero esté pendiente de lo que hacemos.

—Podemos hablar de los detalles más adelante —he dicho, consciente del silencio repentino que se ha hecho en la azotea. Parecido al silencio que se hizo después de que yo contara mi historia sobre Priya, y Maine la suya sobre Elijah. Algo parecido a un dolor fantasma. Después de todas las confesiones y del dolor y la esperanza que hemos oído en las dos últimas semanas, he dudado de que nadie fuera a quejarse porque le estuviera ofreciendo el apartamento a aquella familia.

Al instante se han oído vagos murmullos de aprobación e incluso un «amén».

—Quedan algunos muebles —he dicho lo sufientemente alto como para que me oyeran mis disidentes—. Bastante hechos polvo, pero por lo menos tendréis sillas y una cama. Seguidme. —Me he acercado a la puerta de la azotea—. Os llevo.

La familia entera se ha puesto de pie con esfuerzo y me ha seguido cargando con sus maletas atiborradas por los cinco pisos de escaleras. Me dolían los brazos de las ganas que tenía de ayudarlos, pero si quería volver a ver alguna vez a mi padre, exponerme a aquellos gérmenes de fuera era una línea que no estaba dispuesta a cruzar. Al llegar al 2A, he abierto con la llave y he empujado la puerta. He ido a encender la luz y me he acordado de que no había electricidad.

Ha entrado el padre arrastrando las maletas y seguido de la madre. Lo ha dejado todo en el suelo mientras entraba la anciana con el niño de la mano. Se han detenido en medio de la sala de estar. Por entre las persianas rotas que daban a The Bowery se colaba una luz tenue.

—Siento que no haya electricidad —les he dicho—. De momento vais a tener que usar velas. Tengo algunas en mi apartamento, os las puedo subir. —Y me he acordado de los montones de trastos viejos de Wilbur, algunos de los cuales podrían resultar útiles, por lo menos los que no había robado de mis compatriotas de la azotea—. Os subiré unas cuantas cosas más. Os dejo las llaves aquí en la puerta.

He vuelto a mi apartamento y he llenado una caja de cartón con velas, un par de ollas, vasos, cubiertos y unos cuantos platillos y tazas de porcelana. Mientras estaba preparando la caja, he oído sus pasos encima de mí y he sentido una oleada repentina de alivio, agradecida porque ya no fueran pasos de fantasmas. Por fin, he pensado —o he esperado—, iba a poder dormir.

He subido la caja y se la he dejado en el suelo, al lado de la puerta. La madre me ha dado las gracias. He visto al padre detrás de ella, cogiendo a su madre de la mano, examinando la sala que los rodeaba. Les he dedicado la

sonrisa más amplia que he podido detrás de mi mascarilla y he vuelto a subir disparada las escaleras. Mientras se cerraba la puerta tras de mí, me ha parecido oír a la anciana murmurar: «¿No es así como hemos entrado?».

Me ha sorprendido darme cuenta de lo ansiosa que estaba por volver a mi áspero sofá rojo de la azotea, a nuestra pequeña comunidad peculiar, traumatizada y unida por el azar. No quería perderme ninguna historia.

Pero cuando he abierto la puerta chirriante de la azotea, mi sofá ya no estaba vacío. Había un hombre sentado en él, de espaldas a mí, contándole una historia al grupo. Me ha parecido increíble que me pudieran reemplazar con tanta facilidad. Ya me estaba empezando a sulfurar cuando me ha detenido el sonido de la voz. Me he quedado petrificada. No era posible.

—Por entonces, mi mujer estaba enferma. Llevaba la mayor parte de su vida luchando contra la depresión: una infancia horrenda en Rumanía y sus padres ejecutados por la Securitate de Ceauşescu. Pero aquí en Estados Unidos no le pude conseguir ayuda. El sistema médico no podía hacer nada. La llevaba a urgencias y nos pasábamos doce horas allí sentados para que le dieran un sedante y la mandaran a casa. Una y otra vez.

»Me alegré mucho cuando mi hija vino a casa con aquel pajarillo en la mano ahuecada. Aquello la distraería de tener a una madre incapaz de salir de la cama. Al pájaro lo habían echado del nido porque tenía una pata deforme, con la garra encogida como un puño cerrado. Era una criatura minúscula, pelona y rosada, con los ojos saltones. De niño yo había tenido un estornino, así que me alegró especialmente ver que ahora mi hija estaba viviendo la misma experiencia.

»Lo guardó en una caja con una toalla en el fondo. Se dedicaba a correr por nuestro apartamento de Queens matando moscas, aplastando cucarachas y metiéndole los bichos chafados en el pico. El pajarillo siempre tenía hambre y cada vez que la veía se ponía a piar como un loco. Cuando a mi hija no le quedaron bichos por matar en el apartamento, sacó de la nevera la carne cruda para hacer hamburguesas y se puso a hacer bolitas con ella para dárselas de comer. Daba de comer a aquel pájaro día y noche. Yo oía piar al pájaro y a continuación oía a mi hija salir de la cama y caminar descalza y darle de comer, y entonces el piar se detenía un par de horas antes de reanudarse.

»Lo bautizó Cielícola porque decía que su casa era el cielo, por mucho que no supiera volar. Ella era terrícola y él cielícola; eso me dijo. El pajarillo

creció deprisa. Pronto ya le habían salido unas plumas negras que reverberaban en tono azul oscuro cuando les daba el sol. Tenía unos ojos amarillos y saltones que te miraban cuando ladeaba la cabeza. Mi hija fue a la biblioteca y sacó un volumen de aves y descubrió que era un estornino. Según el libro, los estorninos comían de todo, basura incluida. Le empezó a dar de comer pipas de girasol, huevo hervido y pastelitos Pop Tarts y Ding Dongs. Aunque los que más le gustaban a Cielícola eran los Fig Newtons.

»No era un pájaro cantor. No emitía sonidos bonitos. Graznaba y hacía un ruido como de uñas arañando una pizarra. Cuando mi hija le acariciaba la cabeza, cerraba los ojos y estiraba el cuello para que se lo rascara como si fuera un perro.

»Mi hija supuso que no iba a volar a menos que fuera capaz de agarrar una rama con la pata deforme, así que todos los días le abría la garra y se la cerraba en torno a su dedo. Un día, cuando lo tenía posado en el dedo, le dio un empujoncito y el pájaro se cayó al suelo como un fardo y se puso a chillar con furia. No le gustaba que lo tiraran de aquella manera. ¡Ja! Pero mi hija repitió la operación una y otra vez hasta que el pájaro se avino y aprendió a volar. Muy pronto ya estaba volando por el apartamento. Le compré una caja y la colgué de un gancho en la habitación de mi hija. Le poníamos la comida en la jaula y él se metía volando en ella para pasar la noche.

»Cuando llegó el verano, mi hija me suplicó que le dejara sacar a Cielícola de la casa. Me preocupaba que se le escapara, pero ella insistió en que su pájaro no la abandonaría. Esto coincidió con el periodo en que a mi mujer se le agravó la depresión. Estaba entrando en su espiral descendente final. Por entonces yo no lo sabía, claro, pero aun así estaba desesperado por mantener a nuestra hija tan alejada de la casa y de su madre como fuera posible. Yessie era consciente de que su madre estaba enferma y no podía salir de la cama, pero no sabía qué le pasaba exactamente, claro. Empezó a llevar a aquel pájaro en su jaula a un parquecillo de la avenida Whitney llamado Veterans Grove. Allí abría la puerta y el pajarillo salía volando y se iba a un árbol. Pero cuando ella daba unos golpes en la jaula y le colocaba dentro un Fig Newton, él volvía a entrar. Mi hija frecuentaba aquel parque tanto como podía. Abría la puerta de la jaula y el pájaro volaba por las copas de los árboles, a veces se pasaba horas allí, pero en cuanto ella daba unos golpes, volvía volando y se ponía a graznar y a pedir su Fig Newton.

»Mi mujer se suicidó en otoño. Pastillas. Gracias a Dios que Yessie estaba en la escuela. Le conté que su madre se había vuelto a Rumanía. ¿Cómo le iba a contar la verdad? Quizás hice mal, porque mi nena se quedó furiosa porque

su madre nos hubiera abandonado. La verdad era que mi mujer, a su manera desquiciada, había creído que tenía que quitarse la vida porque amaba a Yessie. Le aterraba la posibilidad de que su enfermedad mental destruyera la vida de nuestra hija.

»No me abandonará, insistía siempre, refiriéndose a Cielícola. Estaba muy segura. Pero una semana más tarde lo llevó a Veterans Grove y había una bandada de grajos en las copas de los árboles. Cuando le abrió la puerta de su jaula, Cielícola subió volando y se unió a la bandada. Y por mucho que Yessie silbara y aporreara la jaula y tratara de tentarlo con Fig Newtons, ya no quiso volver. Mi hija se quedó allí, llamándolo para que bajara del árbol, hasta que oscureció y la bandada echó a volar y desapareció en dirección al sur.

»Después de aquello, se pasó semanas yendo a Veterans Grove con un paquete de Fig Newtons y la jaula, golpeándola y llamándolo. Pero el pájaro nunca volvió.

»Así pues, como he dicho al empezar mi historia, fue entonces cuando decidí que, pasara lo que pasara, me iba a quedar con mi hija para siempre. O durante todo el tiempo que ella me necesitara.

Se ha detenido; la historia se había acabado. Me daba miedo moverme, hablar o hacer cualquier cosa que pudiera deshacer el hechizo.

Pero entonces… no lo he podido evitar. El ruido que me ha salido de la garganta, mitad sollozo y mitad jadeo, ha resonado por toda la azotea. Todas las cabezas se han vuelto hacia mí.

Cielícola. Me acordaba muy bien de él. Me pasé años escuchando por si lo oía en los parques de Nueva York. Si tengo que ser sincera, creo que, cuando me mudé a los bosques de Vermont al acabar la universidad, no lo hice solo por Lynn, sino también porque tenía la idea bobalicona de que de alguna forma a Cielícola le costaría menos encontrarme allí.

—¿Papá? —me las he apañado para decir con voz ronca, con las extremidades todavía paralizadas por el *shock*—. ¿Qué… haces aquí? —He contemplado su cara ancha, su pelo blanco y tupido peinado hacia atrás y sus ojos verdes centelleantes y muy abiertos de sorpresa y alegría.

—¡Yessie! ¡Hija mía! ¿Qué haces aquí tú?

—Soy… la conserje.

—¿En serio? ¡Magnífico! Siempre fuiste muy hábil con las manos. Oh, estaba muy preocupado por ti después de que te cogiera aquel ataque de asma —ha dicho—. Y después desapareciste. ¿Por qué no has llamado?

—Pero… —Todavía no podía procesar lo que estaba pasando—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

—¿Cómo has entrado?

—No me acuerdo muy bien. —Se ha frotado la frente.

Me daba vueltas la cabeza. ¿Lo había traído Maine? Imposible. Era mi padre, pero ya no era el hombre al que yo había visto la última vez, tumbado en su cama de la Mansión de New Rochelle, un despojo humano, con la carne colgándole de los huesos, los ojos de color polvo y una mano esquelética que agarraba y soltaba la manta. La combinación de terror y alegría me tenía mareada.

—Me acuerdo —ha dicho lentamente, con el ceño fruncido por el esfuerzo de hacer memoria— de que me fui a dormir a nuestro apartamento de Poyer. Y tuve un sueño. Soñé que me despertaba en un sitio muy extraño. Entró en la habitación una mujer vestida de blanco y, cuando habló, fue en un idioma que yo no entendía. Intenté acordarme de cómo había llegado allí, pero no recordaba nada de mi vida, ni quién era ni lo que había pasado. Busqué en mis recuerdos, presa del pánico, intentando acordarme de algo, y me volvió una cosa a la cabeza: que tenía una hija. Tú. Pero esto es lo más horrible: me acordaba de tu cara, pero no de tu nombre. Aparte de eso, mi vida era un vacío.

Mientras lo escuchaba, me ha bajado por la nuca una sensación gélida de lo más extraña.

—En aquel sueño terrible, me aterraba perder el único recuerdo que tenía, así que dibujé tu cara en un papel. Y lo escondí.

Dio otra bocanada larga y profunda de aire.

—Y no me acuerdo de ningún detalle más, pero… aquí estoy.

—Pero, papá, ¿qué pasa con la residencia? ¿Y con la pandemia? ¡Estamos confinados!

Ha hecho un gesto con la mano, como quitándole importancia a todo, sin escuchar siquiera.

—Yessie, pequeña mía. ¡Se te ve muy bien de salud! ¿Estás mejor del asma? —Se ha levantado del sofá, sin problemas para alzarse del terciopelo rojo, cuando hacía un mes ni siquiera se podía sentar en la cama. Al ponerse

de pie, le ha caído revoloteando un papel del regazo y ha aterrizado sobre el asfalto de la azotea, junto al pie de Vinagre.

Nos hemos quedado todos mirando el papel. Mostraba el boceto delicado de una niña.

Ha soltado una risilla cohibida.

—Mi pequeña terrícola. No te quería olvidar.

Al oír aquello, ya no lo he podido soportar más. El dibujo me ha sacado de mi parálisis. «A la mierda el COVID», he pensado mientras corría hacia él, sepultaba la cara en su pecho y sentía cómo me rodeaban sus brazos. Me daba igual que aquel abrazo nos condenara a los dos. Era el primer contacto humano que experimentaba en varias semanas, aunque parecían años, vidas enteras que aquel confinamiento nos había robado. Noté que mis lágrimas le empapaban la camisa.

La Señora de los Anillos ha carraspeado una vez y después otra, más alto.

—Cariño, no te olvides de la distancia. A ver si vas a acabar contagiando a tu padre, bueno, ya sabes…

Ha habido una pausa y luego la Terapeuta, después de mirar el dibujo ajado, ha levantado la vista y ha dicho en voz baja:

—Creo que eso no importa ya.

—¿Cómo? —Eurovisión se ha molestado—. Pues claro que importa. Tenemos que estabilizar la maldita curva.

—Creo que no.

—Oh, por el amor de Dios —ha empezado a decir Darrow, pero se ha detenido.

Nadie se ha movido.

—Qué ridiculez —ha soltado Eurovisión—. ¿De qué demonios estáis hablando?

—Está hablando de nosotros —ha dicho Amnesia—. De todos nosotros. O sea, es todo bastante confuso, como ha dicho él. Yo también me lo he estado preguntando: ¿cómo he llegado aquí?

—¡Vivimos aquí! —ha exclamado Eurovisión—. ¡Estamos haciendo la cuarentena en este cuchitril por culpa de una pandemia mortal!

—¿Alguien más se siente un poco confuso? —ha preguntado Ramboz.

—Bueno —ha dicho Darrow—, antes del COVID, yo tenía un apartamento bastante majo en Chelsea.

Con expresión casi traviesa, la Señora de los Anillos se ha levantado la mascarilla, haciendo tintinear sus anillos. Ha respirado hondo y ha sonreído.

—¿Qué estás haciendo? —ha dicho Eurovisión.

—Creo… —ha dicho lentamente— que ya no necesitamos preocuparnos por las mascarillas y la distancia social. Que quizás ya es tarde para eso.

—¿Tarde para qué? —ha dicho Hello Kitty, levantando la voz—. ¿Qué estás diciendo?

Mi padre me ha mirado en busca de ayuda. Me he acordado del ataque terrible de asma que tuve en marzo y me he dado cuenta de que lo entendía.

—Lo que quiere decir es que ya no puede pillar el COVID —he dicho—. Ninguno podemos.

Agarrándose a los lados de su trono con los nudillos blancos, como si se aferrara al mundo mismo, Eurovisión ha exclamado:

—¿Por qué estáis todos mirándoos con esas caras? ¿Qué está pasando? —Se ha levantado de golpe de su silla, tirando al suelo su fanal de queroseno.

—¡Dios mío! —ha gritado Florida, apartándose de un salto del montón de hojas que ya se estaba prendiendo a sus pies.

—¡Madre mía! ¡Fuego, eso es lo que está pasando! —ha gritado Vinagre mientras las llamas del queroseno se propagaban por la tela asfáltica de la azotea.

Con un chillido, Eurovisión ha intentado sofocar las llamas con el Martini que se acababa de servir. Mala idea. Con un rugido, las llamas han arreciado y lo han obligado a echarse atrás.

Vinagre ha agarrado su botella de vino, se ha acercado al fuego y lo ha derramado sobre las llamas. He vaciado mi termo de Pastis sobre el fuego y los demás han sacrificado también sus bebidas, con niveles variables de éxito, hasta que Hello Kitty ha echado un cubo entero de hielo sobre el charco y al cabo de un momento las llamas se han extinguido, dejando una masa alcohólica humeante, apestosa y burbujeante sobre el asfalto.

Estando todos allí plantados, en estado de *shock*, jadeantes, estupefactos, a salvo, contemplando a los que estábamos en el círculo…, por alguna razón, me he echado a reír. Le he cogido la mano a mi padre. Podía sentirlo. Era la prueba de que estábamos hechos de la misma sustancia. Si estaba muerto —y yo sabía que tenía que estarlo—, entonces era un fantasma y los demás también éramos… ¿qué? ¿Espíritus también? El recuerdo confuso de mi estancia en el hospital, la forma poco clara en que había conseguido el trabajo de conserje, los ruidos misteriosos de pasos encima de mí, la atmósfera fantasmal del edificio… De pronto, todo cobraba sentido. Los fantasmas éramos nosotros.

El COVID nos había matado a todos.

La ligereza e incluso el alivio que se había adueñado de mí se estaba extendiendo a los demás. Ya no necesitábamos tener miedo los unos de los otros ni sentir terror del contacto humano ni preocuparnos por respirar ni tocar ni compartir.

Eurovisión, el último en entenderlo, se ha dejado caer lentamente en su silla y se ha cubierto la cara con las manos. Vinagre se le ha acercado y le ha rodeado los hombros con el brazo. Hemos pasado un rato largo callados, quitándonos despacio la mascarilla uno tras otro mientras el cielo se despejaba y salían las estrellas en la gran bóveda del cielo nocturno. Le he dado un apretón en la mano a mi padre. Tenía ganas de que me contara muchas más cosas de mi madre.

Por fin, Eurovisión ha levantado la cabeza.

—Bueno —ha dicho, echando un vistazo a su alrededor—, pues aquí estamos, supongo. Y sigo siendo el presentador de esta congregación de la azotea.

Le hemos devuelto la sonrisa sin saber qué hacer a continuación.

Se ha puesto de pie y nos ha mirado, juntando y separando las manos.

—Me da la impresión de que todavía quedan historias por contar. ¿Quién tiene una?

Apoyada en el pecho de mi padre, sintiendo sus brazos fuertes y familiares en torno a mí, he contemplado las vistas de la ciudad desde nuestra azotea. Me he imaginado a los fantasmas del COVID rodeándonos por todas partes y lo he sabido: había muchas, muchísimas historias más.

AVISO DE INCIDENTE DEPARTAMENTO DE BOMBEROS

Sistema de avisos informatizado Starfire

Fecha y hora del incidente: 13 abril 2020 11:59 PM
Dirección: calle Rivington, 2, 10002, Nueva York
Equipo de respuesta: camión departamento bomberos 145, camión escalera 117

Notas: aviso de posible incendio en azotea de edificio abandonado situado en el 2 de la calle Rivington. Tras investigar se observan una serie de velas consumidas como evidencia de un fuego de pequeñas dimensiones, extinguido. Se percibe la presencia reciente de ocupantes ilegales: sillas, pintadas, mantas y propiedades misceláneas abandonadas. No se recupera identificación alguna, con la siguiente excepción: (1) un manuscrito de grandes dimensiones, encuadernado, con el nombre y la dirección en el interior de la cubierta: Yessenia Grigorescu, 48-27 calle Poyer, Queens, 11373, Nueva York. La investigación posterior revela que Grigorescu falleció de COVID el 20/3/20 en el New York-Presbyterian. No se han localizado allegados. El manuscrito se archiva en la Oficina de Objetos Perdidos del Departamento de Policía de Nueva York, calle Front; esperando reclamación de propietario; no se emprenden acciones posteriores; incidente cerrado.

Participantes

CHARLIE JANE ANDERS (Día 8: Amnesia, «El arcén») es autora de una novela de próxima publicación titulada *The Prodigal Mother*, además de las novelas *Todos los pájaros del cielo* y *The City in the Middle of the Night*. También es autora de un libro sobre el poder salvador de la escritura creativa titulado *Never Say You Can't Survive: How to Get Through Hard Times by Making Up Stories* y de una colección de relatos titulada *Even Greater Mistakes*. Es copresentadora del pódcast *Our Opinions Are Correct*.

MARGARET ATWOOD (Día 10: La Araña, «La exterminadora») es autora de más de cincuenta libros de narrativa, poesía, ensayo y novela gráfica. Su última novela fue *Los testamentos* (2019), ganadora del premio Booker de ese año y secuela de *El cuento de la criada*.

JENNINE CAPO CRUCET (Día 5: La Reina, «Langosta») es novelista, ensayista y guionista. Es autora de tres libros, incluido *Make Your Home Among Strangers*, que ganó el International Latino Book Award, fue nombrado libro destacado por el editor de la *New York Times Book Review* y citado como mejor libro del año por NBC Latino, *The Guardian* y el *Miami Herald*, entre otros.

JOSEPH CASSARA (Día 6: Eurovisión, «Trauma de conejo») es el autor de la novela aclamada por la crítica *The House of Impossible Beauties,* que ganó el premio Edmund White a la ópera prima, dos International Latino Book Awards y el National Arts & Entertainment Journalism Award al mejor libro de ficción y fue finalista del Lambda Literary Award for Gay Fiction. Sus relatos, ensayos y críticas han aparecido en *The New York Times Style Magazine, Boston Review*, *Asymptote* y *The Queer Bible*. Actualmente es profesor del programa MFA de la Universidad Estatal de San Francisco.

ANGIE CRUZ (Día 3: Florida, «Apartamento 3C») es novelista y editora. Su novela más reciente es *How Not to Drown in a Glass of Water*, de 2022. Su novela anterior *Dominicana* fue la primera obra seleccionada del GMA Book Club, finalista del Women's Prize, finalista de la Andrew Carnegie Medal for

Excellence in Fiction y del Aspen Words Literary Prize, elegida libro notable de la lista RUSA y ganadora del premio de narrativa ALY/YALSA Alex.

PAT CUMMINGS (Día 11: La Señora de los Anillos, «Teatro») es autora e ilustradora de más de cuarenta libros infantiles. Recibió el premio de ilustración Coretta Scott King por *My Mama Needs Me*, escrito por Mildred Pitts Walter. Su obra abarca tanto la narrativa como la no ficción e incluye títulos como *Trace*, *C.L.O.U.D.S.* y *Talking with Artists*. Da clases de ilustración y escritura de libros infantiles en la Parsons School, la New School for Design y el Pratt Institute.

SYLVIA DAY (Día 10: Tango, «En Carnegie Lane») es la autora de *The Crossfire Saga* y otras más de veinte novelas premiadas, entre ellas diez aparecidas en la lista de más vendidos de *The New York Times* y trece en la del *USA Today*. Su obra se ha traducido a cuarenta y un idiomas y se ha adaptado al cine. Ha sido número uno en ventas en veintinueve países, con más de veinte millones de ejemplares impresos de sus libros.

EMMA DONOGHUE (Día 4: Eurovisión, «La fiesta») es autora, guionista y dramaturga premiada. Escribió el guion de la adaptación al cine de 2015 de su *bestseller* internacional *La habitación* (nominada a cuatro premios de la Academia) y coescribió la adaptación de Netflix de 2022 de su novela de 2016 *The Wonder*. Su novela más reciente, *Learned by Heart*, se publicó en 2023.

DAVE EGGERS (Día 13: la Conserje, «La narradora») es autor de *The Every*, *El círculo*, *The Monk of Mokha* y *A Hologram for the King* y otros muchos libros. También es fundador de McSweeney's, editorial independiente en San Francisco, página web de humor y revista de nueva escritura.

DIANA GABALDON (Día 2: Whitney, «El fantasma del Álamo» / Día 4: Lala, «Una quietud en el corazón») es la autora de la serie de novelas *Outlander* y, más recientemente, de *Go Tell the Bees That I Am Gone* (2021), que llegó a la lista de *bestsellers* de *The New York Times*. También fue fundadora y directora de la revista académica *Science Software Quarterly*.

TESS GERRITSEN (Día 4: Maine, «La doctora») es autora de varios *bestsellers* internacionales. Sus libros incluyen *The Spy Coast*, de 2023 y *Listen to Me*, de 2022. Su serie de novelas protagonizadas por la detective de homicidios Jane Rizzoli y la forense Maura Isles inspiraron la serie de televisión de TNT *Rizzoli & Isles*. También es cineasta.

JOHN GRISHAM (Día 4: Darrow, «Otro hermano para Navidad») es autor de cuarenta y siete libros que han alcanzado de forma consecutiva el número uno de las listas de los más vendidos. Entre sus obras más recientes están *La lista del juez, El sueño de Sooley* y *Tiempo de perdón*. Ha ganado dos veces el premio Harper Lee de novela jurídica y ha recibido el Creative Achievement Award for Fiction Award de la Biblioteca del Congreso.

MARIA HINOJOSA (Día 1: La Hija del Merenguero, «La doble tragedia contada por la chismosa del 3B») es presentadora y productora ejecutiva del programa *Latino USA* de la NPR así como fundadora, presidenta y directora ejecutiva de Futuro Media Group. Es autora de cuatro libros, entre ellos *The Latino List* y *Raising Raul: Adventures Raising Myself and My Son*. Ganó el premio Pulitzer en la categoría de reportaje radiofónico por su serie de pódcasts de siete capítulos, Suave.

MIRA JACOB (Día 4: Amnesia, «La mujer de la ventana») es novelista, autora de memorias, ilustradora y crítica cultural. Sus memorias en formato de novela gráfica *Good Talk: A Memoir in Conversations* fueron finalistas del National Books Critics Circle Award, finalistas del premio PEN Open Book, nominadas a tres premios Eisner y nombradas Libro Notable de *The New York Times* y mejor libro del año por *TIME*, *Esquire*, *Publishers Weekly* y *Library Journal*. Su adaptación a serie televisiva se encuentra en fase de desarrollo. Es profesora ayudante en el Máster de Escritura Creativa de The New School y miembro fundador del cuerpo docente del Máster de Escritura del Randolph College.

ERICA JONG (Día 11: Amnesia, «Los monólogos de la vagina») es autora de más de veinticinco libros traducidos a cuarenta y cinco idiomas, entre ellos *Miedo a volar, ¿Qué quieren las mujeres?, Seducing the Demon: Writing for My Life* y *A Letter to the President*. Ha ganado numerosos premios por su poesía y su narrativa en todo el mundo, incluidos los premios Fernanda Pivano y Sigmund Freud en Italia, el premio Deauville en Francia y el premio de las Naciones Unidas a la Excelencia en Literatura.

CJ LYONS (Día 3: Hello Kitty, «Pulmón artificial») es autora de varias obras de las listas de más vendidos de *The New York Times* y *USA Today*, con más de cuarenta novelas en su haber, y expediatra de urgencias. Sus novelas han ganado dos veces el International Thriller Writer's Thriller Award, así como el premio RT Reviewers' Choice, el Readers' Choice, el Sello de Excelencia

de la RT y el premio Daphne du Maurier a la Excelencia en Misterio y Suspenso.

CELESTE NG (Día 1: La Terapeuta, «Las maldiciones») es autora de tres novelas, la más reciente de ellas *Corazones perdidos*. Con tres libros en la lista de los más vendidos de *The New York Times*, sus ensayos y cuentos han aparecido en *The New York Times* y en *The Guardian*, entre otras publicaciones. Ha recibido el premio Pushcart, una beca del National Endowment for the Arts y una beca Guggenheim.

TOMMY ORANGE (Día 13: Darrow, «El yonqui») es el autor de *There There* (2018), finalista del premio Pulitzer de 2019 y ganador del American Book Award de 2019. Actualmente da clases en el Institute of American Indian Arts.

MARY POPE OSBORNE (Día 9: Whitney, «Viaje a Oriente, 1972») es autora premiada de más de cien libros para niños y jóvenes. Es conocida sobre todo por la serie *La casa mágica del árbol*. Sus contribuciones personales a través de su programa Gift of Books han proporcionado más de 1,5 millones de libros para niños desatendidos.

DOUGLAS PRESTON (Narración-marco de los días 1 a 14: Yessie / Día 6: Ramboz, «El sueño imposible de los Red Sox» / Día 14: El padre de Yessie, «El pájaro de Yessie» / Día 14: Ramboz, «Las cintas de Charlotte P») es autor de treinta y nueve libros de narrativa y no ficción, de los cuales treinta y dos han llegado a la lista de los más vendidos de *The New York Times*. Es coautor, junto con Lincoln Child, de la serie de *thrillers* de Pendergast. Ha trabajado como editor en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York y ha dado clases de escritura de no ficción en la Universidad de Princeton.

ALICE RANDALL (Día 5: Compi, «Lafayette» / Día 8: Compi, «Jericho») ha figurado en la lista de libros más vendidos de *The New York Times*, es compositora galardonada, educadora y activista alimentaria. Ha ganado el premio NAACP Image Award, el premio Pat Conroy Cookbook y el Phillis Wheatley Book Award, entre otros honores. Tiene un doctorado honorario de la Fisk University y forma parte del cuerpo docente de la Universidad de Vanderbilt.

ISHMAEL REED (Día 12: El Poeta, «El poeta experimental») es autor de más de treinta libros de poesía, prosa, ensayos y obras de teatro. Entre sus libros de poesía está *Conjure* (1972), finalista del premio Pulitzer y nominado al

National Book Award. Su colección de poesía más reciente es *Why the Black Hole Sings the Blues, Poems 2007-2020*. También es autor de muchas novelas aclamadas por la crítica, entre ellas *Mumbo Jumbo* (1972), *Juice!* (2011) y *The Terrible Fours* (2021).

ROXANA ROBINSON (Día 12: Whitney, «Tasación») es autora de once libros: siete novelas, tres colecciones de cuentos y una biografía de Georgia O'Keeffe. Cuatro de ellos han sido libros notables de *The New York Times*. Ha recibido dos veces el premio de narrativa Maine Writers and Publishers Award y el premio James Webb; su novela *Cost* fue finalista del premio Dublin IMPAC. Ha recibido becas del National Endowment for the Arts y de la Fundación Guggenheim. Ha recibido el premio Barnes and Noble Writers for Writers de Poets & Writers y el premio Preston por servicio distinguido a la comunidad literaria del Authors Guild. Da clases en el programa MFA del Hunter College.

NELLY ROSARIO (Día 14: Familia de desconocidos, «El rosario de Rivington») es la autora de *Song of the Water Saints: A Novel*, ganadora del premio PEN Open Book. Tiene un máster en Bellas Artes por la Universidad de Columbia y su narrativa y su no ficción aparece en varias antologías y revistas. Ha recibido el premio Sherwood Anderson de narrativa y el premio Creative Capital Artist de literatura. Es subdirectora de redacción del Proyecto de Historia Afroamericana del MIT y profesora asociada del Programa de Estudios Latinos del Williams College.

JAMES SHAPIRO (Día 7: Próspero, «Shakespeare en los tiempos de la plaga») es el autor de *1599: A Year in the Life of William Shakespeare*, que recibió el premio de no ficción Baillie Gifford "Winner of Winners" y *The Year of Lear: Shakespeare in 1606*, que ganó el premio James Tait Black. Su último libro, *Shakespeare in a Divided America*, fue incluido en la lista de los diez mejores libros de 2020 de *The New York Times*. Da clases en la Universidad de Columbia y ejerce de especialista residente en Shakespeare en el Public Theatre de la ciudad de Nueva York.

HAMPTON SIDES (Día 10: Maine, «Elijah Vick») es el autor de los exitosos libros de historia *Ghost Soldiers*, *Blood and Thunder*, *Hellhound on His Trail*, *In the Kingdom of Ice* y *On Desperate Ground*. Es director general de *Outside* y colaborador frecuente de *National Geographic* y otras revistas. Su trabajo periodístico ha sido nominado dos veces a los premios de reportaje National Magazine Awards.

R. L. STINE (Día 11: El humorista, «El intruso») es el autor de *Pesadillas*, la serie de terror para adolescentes más vendida de todos los tiempos, y de la serie de terror infantil *Escalofríos*. Figura en los Guinness World Records como el autor más prolífico de novelas infantiles de terror.

NAFISSA THOMPSON-SPIRES (Día 2: Vinagre, «Me llamo Jennifer») es la autora de *Heads of the Colored People: Stories*, que ganó el premio PEN Open Book Award y el premio LA Times Art Seidenbaum a la mejor ópera prima de narrativa. También fue nominada al National Book Award de 2018, entre otros honores. Su trabajo ha aparecido en varias publicaciones, incluidas *The White Review*, *Los Angeles Review of Books Quarterly*, *StoryQuarterly*, *Lunch Ticket* y *The Feminist Wire*.

MONIQUE TRUONG (Día 9: Hello Kitty, «Buster») es novelista, ensayista y libretista. Es autora de las novelas *The Book of Salt* (2003), *Bitter in the Mouth* (2010) y *The Sweetest Fruits* (2019). Ha recibido una beca Guggenheim, el premio Young Lions Fiction de la Biblioteca Pública de Nueva York, el premio Bard Fiction, el premio Rosenthal Family Foundation de la Academia Estadounidense de Artes y Letras, el premio John Gardner Fiction Book Award y el premio John Dos Passos de literatura, entre otros.

SCOTT TUROW (Día 6: Barbanegra, «Irak») es el autor de muchas obras superventas de narrativa, incluidas *The Last Trial*, *Testimony*, *Identical* e *Inocente*. Sus libros han vendido más de treinta millones de ejemplares en todo el mundo y han sido adaptados al cine y a varios proyectos televisivos. Escribe a menudo ensayos y artículos de opinión para publicaciones como *The New York Times*, *The Washington Post*, *Vanity Fair*, *The New Yorker* y *The Atlantic*.

LUIS ALBERTO URREA (Día 8: La Cocinera, «Alicia y el ángel del hambre») es autor de diecisiete libros aclamados por la crítica y superventas. Fue finalista del premio Pulitzer de no ficción en 2005 y es miembro del Salón de la Fama de la Literatura Latina. Entre sus libros más recientes están *Buenas noches, Irene* y *La casa de los ángeles* rotos.

RACHEL VAIL (Día 7: La Conserje, «Un regalo para vuestra boda, a la que no me invitasteis») es autora galardonada de más de cuarenta libros. Su trabajo más reciente incluye los libros ilustrados *Sometimes I Grumblesquinch* y *Sometimes I Kaploom*; las novelas para alumnos de secundaria *Well*, *That Was Awkward* y *Bad Best Friend* y una adaptación de la novela de León Tolstoi *Anna Karenina*.

WEIKE WANG (Día 9: NYU, «La estudiante de intercambio china») es la autora de *Chemistry* (2017) y *Joan Is Okay* (2022). Ganó el premio PEN Hemingway de 2018 y un premio Whiting y ha sido seleccionada entre los cinco autores menores de 35 años de la National Book Foundation. Da clases en la Universidad de Pensilvania, en la Universidad de Columbia y en el Barnard College.

CAROLINE RANDALL WILLIAMS (Día 12: Socia, «Fantasma Blanquito y Rosie») es poeta, novelista juvenil y autora de varios libros de cocina premiados. Se unió al profesorado de la Universidad de Vanderbilt en otoño de 2019 como escritora residente de medicina, salud y sociedad. Sus obras incluyen *Lucy Negro Redux* y *Soul Food Love*.

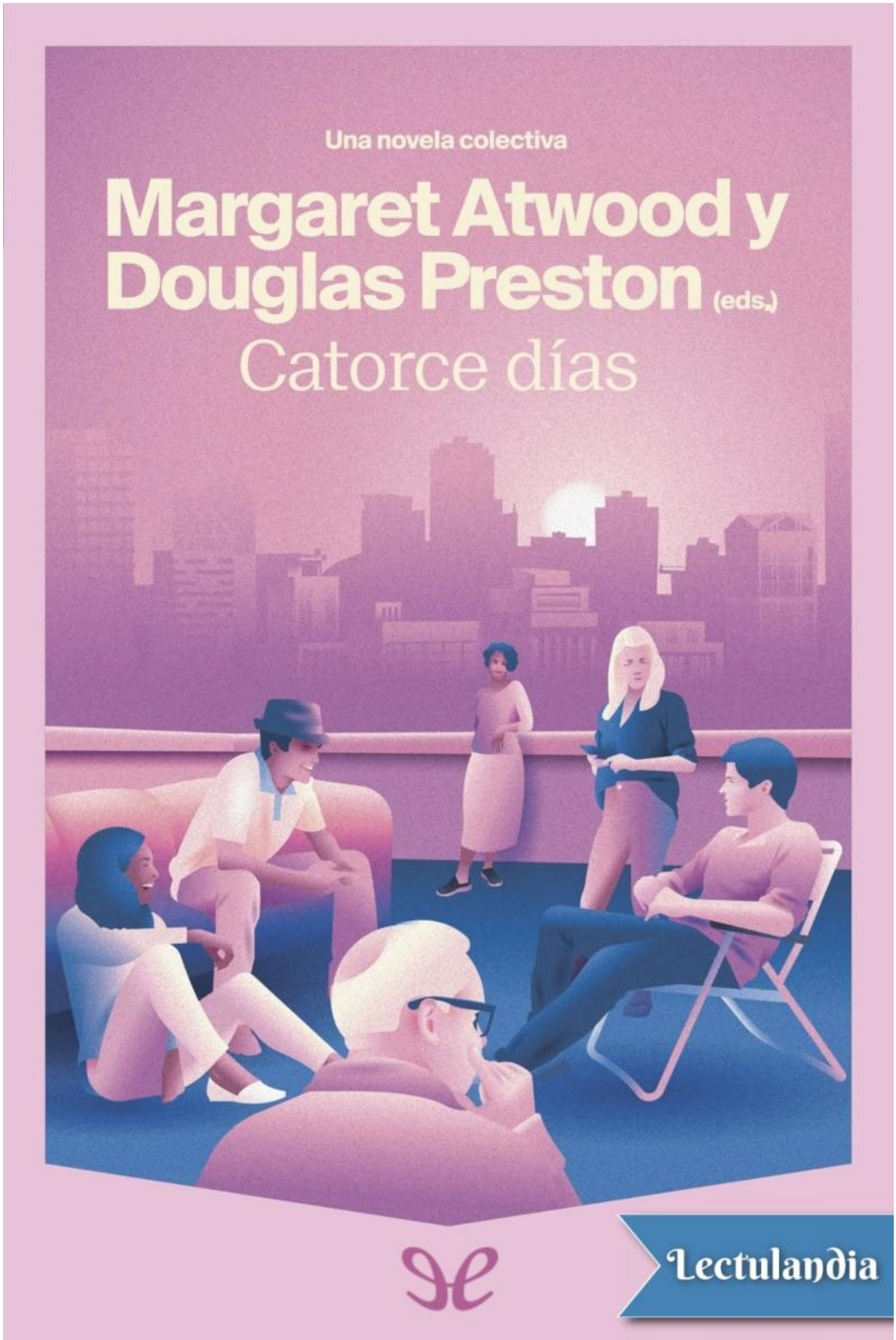
DE'SHAWN CHARLES WINSLOW (Día 5: Wurly, «Recordando a Bertha») es el autor de *In West Mills*, ganador del primer premio de novela del Centro de Ficción, ganador del American Book Award, ganador del premio Willie Morris de ficción sureña y finalista del premio Los Angeles Times Book Award, del premio Lambda Literary y del premio Publishing Triangle. También es autor de *Decent People*, de 2023.

MEG WOLITZER (Día 7: Tango, «El delantal») es la autora superventas de *The New York Times* de *The Interestings*, *The Female Persuasion*, *The Position* y *The Wife*, entre otras novelas. También es presentadora del programa de radio literario y pódcast *Selected Shorts*.

Notas

[1] En fin, ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / En el año 1918, Dios mandó una plaga poderosa / Que mató a muchos miles de hombres, en tierra y en la mar / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Fue muy poderosa aquella plaga, y enfermó la gente en todas partes / Fue una epidemia, que flotaba por el aire / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Los médicos estaban confusos y no sabían qué hacer / Se reunieron y lo llamaron la Gripe Española / Y le dijeron los nobles al pueblo: 'Será mejor que cerréis vuestras escuelas / Hasta que se acabe toda esta muerte, más vale que cerréis también las iglesias' / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Ya os lo dijimos, y Dios os lo avisó, pronto llegará Cristo / Leed el libro de Zacarías, la Biblia lo dice claramente / Dijo la gente que moría en las ciudades, como castigo por sus costumbres viciosas. <<

[2] Aquí viene la señorita Rosie, ¿cómo la conoces? / Pues la conozco por el vestido y el delantal que lleva / el paraguas al hombro y el papel en la mano / Vengo a ver al capitán, para que suelte a mi hombre. / Que el tren especial de medianoche me ilumine / que el tren especial de la medianoche me ilumine con su luz de amor. <<


Una novela colectiva
Margaret Atwood y
Douglas Preston (eds.)
Catorce días
Lectulandia